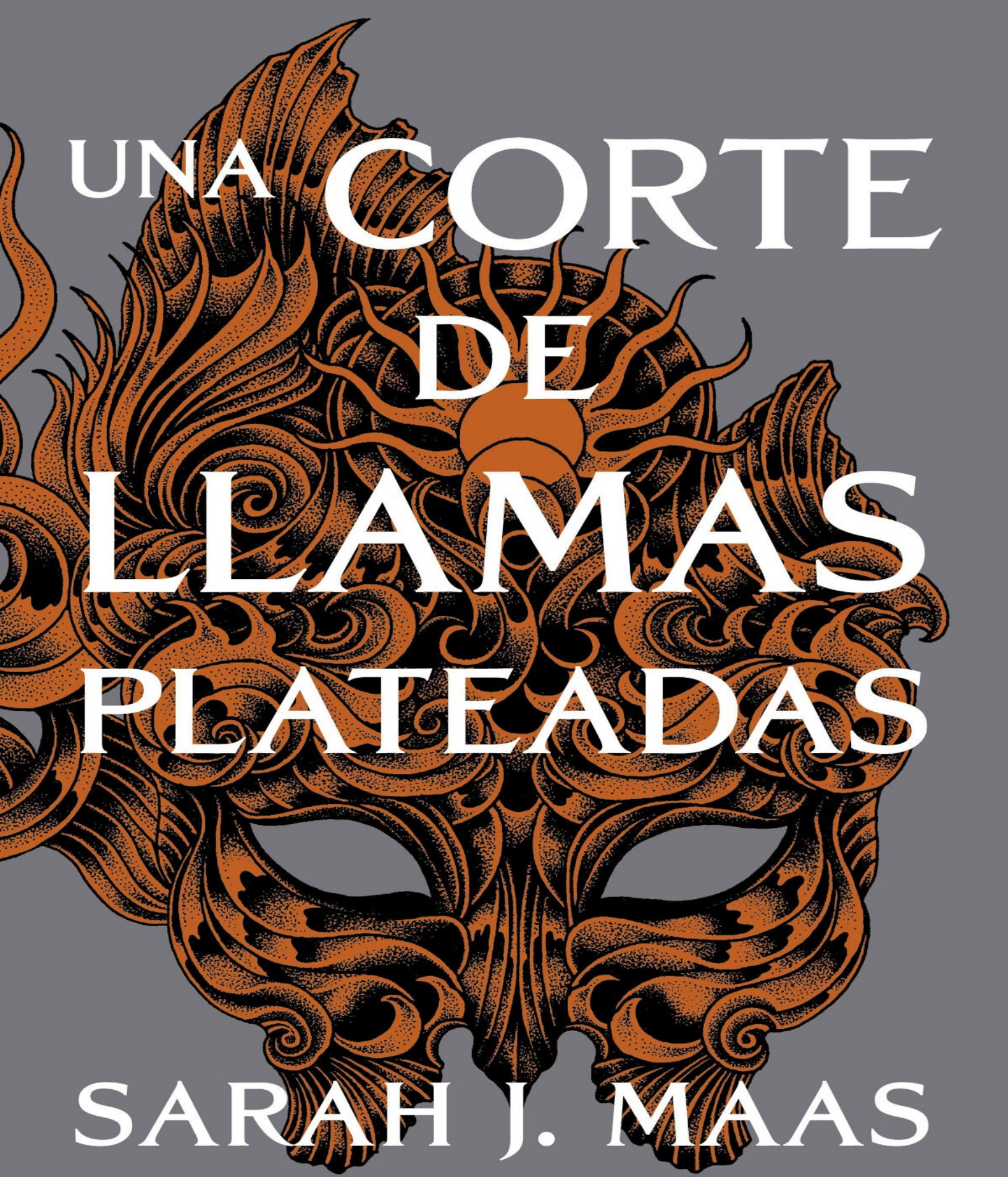
UNA CORTE DE LLAMAS PLATEADAS



SARAH J. MAAS

Desde que fue forzada a meterse en el Caldero y se convirtió en alta fae en contra de su voluntad, Nesta Archeron lucha por encontrar su propio lugar dentro del extraño y letal mundo en el que habita. A su temperamento irascible se suma la dificultad para superar los horrores de la guerra con Hybern y todo lo que perdió en ella.

Mientras que Cassian, miembro de la Corte Noche de Rhysand y Feyre, es designado para entrenar a la incontrolable Nesta y entre ellos se enciende el más ardiente de los fuegos, las traidoras reinas humanas forjan una nueva y peligrosa alianza que amenaza la frágil paz establecida entre los reinos. Y la clave para detenerlas podría depender de que Cassian y Nesta logren superar sus inquietantes pasados.

En un mundo arrasado por la guerra, Nesta y Cassian deberán enfrentarse tanto a sus monstruos interiores como a los que acechan en el exterior, y buscarán la aceptación —y la curación— en brazos del otro.

Sarah J. Maas

Una corte de llamas plateadas

Una corte de rosas y espinas - 5

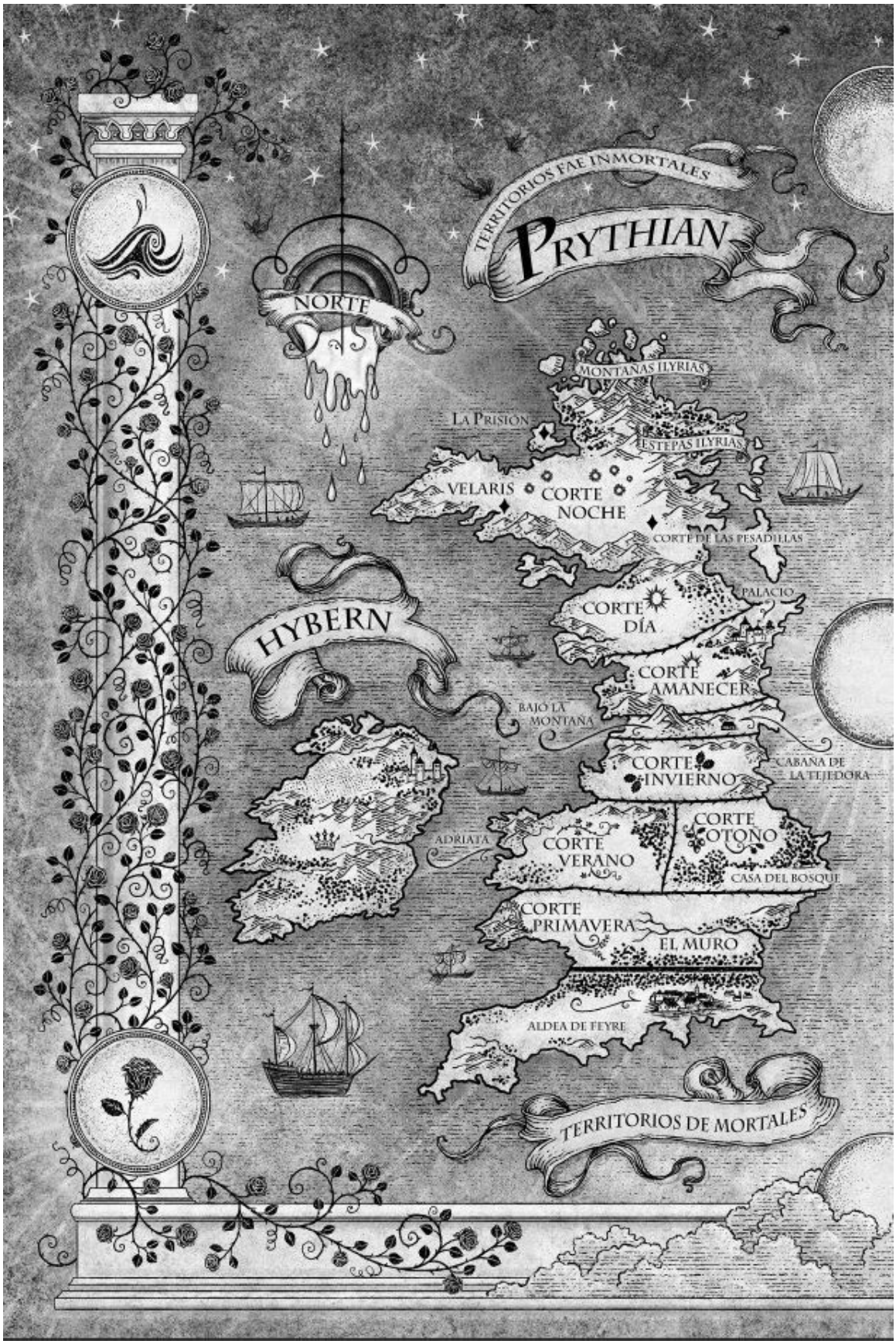
ePub r1.1
Titivillus 06.02.2023

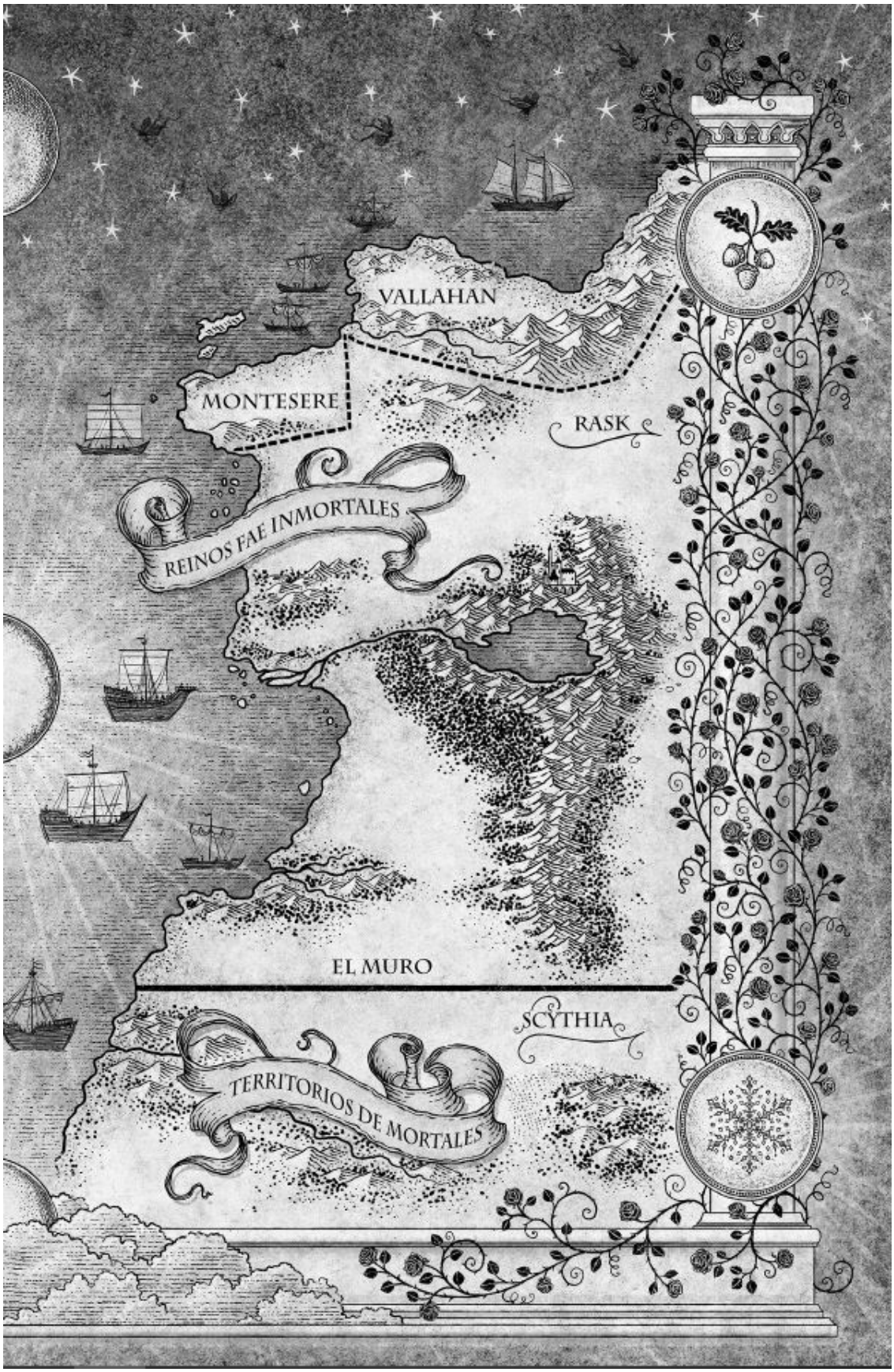
Título original: *A Court of Silver Flame*
Sarah J. Maas, 2021
Traducción: Julio Sierra
Mapa: Virginia Allyn

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para todas las Nesta de este mundo,
sube la montaña

Y para Josh, Taran y Annie,
que son la razón por la que sigo subiendo la mía


TERRITORIOS FAE INMORTALES
PRYTHIAN
NORTE
MONTAÑAS ILYRIAS
LA PRISION
ESTEPAS ILYRIAS
VELARIS
CORTE NOCHE
CORTE DE LAS PESADILLAS
HYBERN
PALACIO
CORTE DÍA
CORTE AMANECER
BAJO LA MONTAÑA
CORTE INVIERNO
CABAÑA DE LA TEJEDORA
ADRIATA
CORTE VERANO
CORTE OTOÑO
CASA DEL BOSQUE
CORTE PRIMAVERA
EL MURO
ALDEA DE FEYRE
TERRITORIOS DE MORTALES


VALLAHAN
MONTESERE
RASK
REINOS FAE INMORTALES
EL MURO
SCYTHIA
TERRITORIOS DE MORTALES

El agua negra que le entumecía los maltratados talones estaba helada.

No era el ardor del frío invernal, ni tampoco la quemadura del hielo sólido, sino algo más frío. Más profundo.

Era el frío de los espacios entre las estrellas, el frío de un mundo antes de la luz.

El frío del infierno… el verdadero infierno, se dio cuenta mientras oponía resistencia a las fuertes manos que trataban de empujarla al interior de aquel Caldero.

El verdadero infierno, porque esa era Elain caída en el suelo de piedra mientras el pelirrojo y tuerto fae revoloteaba por encima de ella. Porque aquellas que asomaban por entre el empapado pelo marrón dorado de su hermana y el brillo inmortal que irradiaba la piel clara de Elain eran orejas puntiagudas.

Un verdadero infierno… peor que las profundidades negras como la tinta a pocos centímetros de los dedos de sus pies.

—Bájala —ordenó el rey fae de duro rostro.

Y escuchar esa voz, la voz de quien le había hecho eso a Elain…

Sabía que iba a acabar en el interior del Caldero. Sabía que iba a perder esta pelea.

Sabía que nadie vendría a salvarla: ni la llorona Feyre, ni el amordazado examante de Feyre, ni su devastada nueva pareja.

Ni Cassian, derrotado y sangrando en el suelo. El guerrero seguía tratando de levantarse apoyándose sobre sus brazos temblorosos. Para llegar a ella.

El rey de Hybern… él les había hecho esto. A Elain. A Cassian.

Y a ella.

El agua helada se hizo sentir en las plantas de sus pies.

Era un beso envenenado, una muerte tan definitiva que cada milímetro de ella rugió desafiante.

La iban a meter allí, pero no iba a ceder fácilmente.

El agua se apoderó de sus tobillos con fantasmales garras que tiraban hacia abajo. Se retorció, soltó su brazo del guardia que la sujetaba.

Y Nesta Archeron señaló con un dedo. Un dedo que apuntaba al rey de Hybern.

Una promesa de muerte. Un objetivo marcado.

Unas manos la lanzaron a las garras del agua que la esperaban.

Nesta se rio del miedo que se adueñó de los ojos del rey justo antes de que el agua la devorara por completo.

Al principio
y al final,
solo había oscuridad
y nada más.

No sintió el frío mientras se hundía en un mar que no tenía fondo, ni horizonte, ni superficie. Pero sintió el ardor.

La inmortalidad no era una serena juventud.

Era fuego.

Era mineral fundido que se vertía en sus venas, hirviendo su sangre humana hasta que no fue más que vapor, endureciendo sus frágiles huesos hasta convertirlos en acero nuevo.

Y cuando abrió la boca para gritar, cuando el dolor la partió en dos, no hubo sonido. No había nada en ese lugar aparte de oscuridad, sufrimiento y poder.

Ellos lo iban a pagar. Todos ellos.

Comenzaría con este Caldero.

Comenzaría ya mismo.

Se abrió paso en la oscuridad con uñas y dientes. Rasgó, atravesó y desgarró.

Y la eternidad a su alrededor se estremeció. Se resistió. Se revolvió.

Ella se reía mientras la oscuridad retrocedía. Se reía de los bocados de poder que iba arrancando para tragarlos enteros; se reía de los puños de eternidad que se le metían en el corazón, en las venas.

El Caldero luchaba como un pájaro en las garras de un gato. Ella se negaba a ceder.

Todo lo que el Caldero les había robado, a ella y a Elain, se lo iba a quitar.

Envueltos en la negra eternidad, Nesta y el Caldero se entrelazaban y ardían en la oscuridad como una estrella recién nacida.

Parte uno
Novata

Capítulo 1

Cassian levantó el puño hacia la puerta verde en el pasillo oscuro… pero vaciló.

Había derribado a más enemigos de los que le interesaba contar, la sangre le había llegado hasta las rodillas en innumerables campos de batalla sin por ello dejar de luchar, había tomado decisiones que le costaron la vida a expertos guerreros, había sido general, soldado raso, y asesino, pero de todos modos… ahí estaba, bajando el puño.

Vacilando.

El edificio en la ribera norte del río Sidra necesitaba una nueva capa de pintura. Y suelos nuevos, como sugerían las tablas que crujían debajo de sus botas mientras subía los dos tramos de la escalera. Pero al menos estaba limpio. Decididamente sombrío para los estándares de Velaris, pero como la ciudad carecía de barrios marginales, eso no quería decir mucho. Había visto y se había hospedado en lugares mucho peores.

Lo cierto era que nunca entendió por qué Nesta insistía en vivir ahí. Entendía por qué no quería vivir en la Casa del Viento… estaba demasiado lejos de la ciudad como para llegar volando o transportándose. Lo cual significaba lidiar con los diez mil escalones para subir o bajar. Pero ¿por qué vivir en ese antro, cuando la casa de la ciudad estaba vacía? Desde que se terminó de construir la amplia residencia de Feyre y Rhys sobre el río, la casa de la ciudad quedó abierta para cualquiera de sus amigos que la necesitara o la quisiera. Sabía con certeza que Feyre le había ofrecido a Nesta una habitación allí, pero la había rechazado.

Miró con desagrado la pintura descascarada de la puerta. No se oía ruido alguno a través del considerable espacio que había entre la puerta y el suelo,

suficiente como para que hasta la más gorda de las ratas pudiera pasar. No había olores nuevos en el estrecho corredor.

Tal vez tenía suerte y ella había salido; o quizá estaba dormida en el bar de alguna de las sórdidas tabernas que había visitado la noche anterior. Aunque esto sería peor, ya que tendría que ir a buscarla.

Cassian levantó el puño de nuevo, y el color rojo de su Sifón brilló bajo las antiguas luces fae del techo.

«Cobarde. Vamos, un poco de coraje», se dijo.

Cassian llamó una vez. Dos veces.

Silencio.

Cassian casi suspiró en voz alta, aliviado. Gracias a la maldita Madre…

Precisos y rítmicos pasos sonaron en el otro lado de la puerta. Cada uno con más ira que el anterior.

Recogió sus alas y las apretó; acomodó los hombros a la vez que separaba los pies para afirmarse. Una postura tradicional de lucha, inculcada en él durante sus años de entrenamiento, y que ya era solo memoria muscular. No se atrevió a considerar que el sonido de esos pasos hacía que su cuerpo les siguiera el ritmo.

Cuando abrió, el chasquido de cada uno de sus cuatro cerrojos bien podría haber sido el batir de un tambor de guerra.

Cassian repasó la lista de cosas que iba a decir, tal como Feyre le sugirió que las dijera.

La puerta se abrió de un tirón; el pomo giró con tanta fuerza que Cassian se preguntó si ella no estaría imaginando que se trataba del cuello de él.

Nesta Archeron ya tenía el ceño fruncido. Pero ahí estaba.

Tenía un aspecto infernal.

—¿Qué deseas? —Apenas abrió la puerta poco más que el ancho de una mano.

¿Cuándo la había visto por última vez? ¿En la fiesta del fin del verano en aquella barcaza en el Sidra el mes anterior? No tenía un aspecto tan desagradable. Aunque supuso que después de una noche tratando de ahogarse en vino y licor nadie tenía un aspecto particularmente bueno a la mañana siguiente. Especialmente a las…

—Son las siete de la mañana —continuó ella, recorriéndolo de arriba abajo con aquella mirada gris azulada que siempre lo ponía de mal humor.

Llevaba una camisa de macho. Peor aún, *solo* tenía puesta una camisa de macho.

Cassian apoyó una mano en el marco de la puerta y le dirigió una media sonrisa que hacía que ella sacara las garras.

—¿Una noche difícil?

Un año difícil, en realidad. El hermoso rostro de ella estaba pálido, mucho más delgado de lo que era antes de la guerra con Hybern, sus labios, descoloridos, y aquellos ojos…, fríos y penetrantes, como una mañana de invierno en la montaña.

Sin alegría, sin risa, en ningún ángulo del rostro. De toda ella.

Hizo el gesto de querer cerrar la puerta sobre la mano de él.

Él metió una bota en ese espacio antes de que Nesta pudiera romperle los dedos. Las fosas nasales de ella se ensancharon levemente.

—Feyre te quiere en casa.

—¿Cuál de ellas? —quiso saber Nesta, mirando con ceño fruncido el pie que él había encajado en la puerta—. Tiene cinco.

Él se contuvo y no respondió. Aquello no era el campo de batalla… y ella no era su oponente. Su tarea consistía en transportarla hasta el lugar asignado. Y luego rezar para que la hermosa casa a la que Feyre y Rhys acababan de mudarse no quedara reducida a escombros.

—La nueva.

—¿Por qué mi hermana no viene a buscarme ella misma? —Él conocía ese brillo suspicaz en sus ojos, la ligera rigidez de su espalda. Sus propios instintos emergían para enfrentar el desafío, para empujar y empujar y descubrir qué podría suceder.

Desde el solsticio de invierno, solo habían intercambiado un puñado de palabras.

Casi todas ellas en la fiesta a bordo de la barcaza el mes anterior. Y habían consistido en:

«Apártate».

«Hola, Nes».

«Apártate».

«Encantado».

Después de meses y meses de nada, de apenas verla, eso había sido todo.

Ni siquiera supo por qué había aparecido en la fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que ella no ignoraba que iba a estar atrapada con ellos a bordo durante horas. Probablemente Amren merecía el crédito de esa rara aparición, tal vez debido a la poca influencia que la hembra ejercía sobre Nesta. Pero al final de

aquella noche, Nesta fue la primera de la fila para bajar del bote, con los brazos cerrados sobre sí misma, y Amren permanecía taciturna en el otro extremo, casi temblando de rabia y disgusto.

Nadie había preguntado qué había pasado entre ellas, ni siquiera Feyre. El barco atracó y Nesta prácticamente salió corriendo, y nadie había hablado con ella desde entonces. Hasta este día. Hasta esta conversación, que parecía ser la más larga que habían tenido desde las batallas contra Hybern.

Cassian, por fin, habló.

—Feyre es la alta lady. Está ocupada dirigiendo la Corte Noche.

Nesta movió la cabeza y el cabello marrón dorado se deslizó sobre un hombro huesudo. En cualquier otra persona, ese movimiento habría sido uno de reflexión. En ella, era la advertencia de un depredador que evaluaba a la presa.

—Y mi hermana —dijo ella con esa voz inexpresiva que se negaba a conceder la más mínima señal de emoción— ¿consideró necesaria mi presencia inmediata?

—Sabía que probablemente necesitarías prepararte y quiso darte tiempo. Te espera a las nueve.

Él esperó la explosión mientras ella hacía los cálculos.

Sus ojos se encendieron como fuego.

—¿Tengo el aspecto de necesitar dos horas para ponerme presentable?

Él aceptó la invitación para examinarla: piernas largas y desnudas, un elegante movimiento de caderas, cintura estrecha —lástima, demasiado delgada — y pechos generosos y atractivos que desentonaban con los nuevos ángulos agudos de su cuerpo.

En cualquier otra mujer, esos magníficos pechos podrían haber sido motivo suficiente para que él comenzara a cortejarla en el momento en que la conoció. Pero desde el instante en que conoció a Nesta, el fuego frío en sus ojos había sido una tentación de otro tipo.

Pero dado que ella ya era alta fae, puro dominio y agresión —y una actitud despreciable— la evitaba tanto como le era posible. Especialmente después de lo ocurrido durante y después de la guerra contra Hybern. Ella había dejado muy en claro cuáles eran sus sentimientos hacia él.

Cassian finalmente habló.

—Parece que te vendrían bien unas cuantas buenas comidas, un baño y alguna ropa de verdad.

Nesta miró hacia un lado y se cogió el dobladillo de la camisa.

—Echa a ese pobre desgraciado —añadió Cassian—, date un baño y te traeré un poco de té.

Ella hizo un leve movimiento de cejas.

Él le dirigió una sonrisa torcida.

—¿Crees que no puedo oír a ese macho en tu dormitorio que trata de vestirse en silencio y escabullirse por la ventana?

Como si se tratara de una respuesta, un ruido sordo llegó desde el dormitorio. Nesta siseó.

—Volveré en una hora para ver cómo van las cosas. —Cassian puso la suficiente intención detrás de sus palabras que sus soldados habrían sabido que no debían presionarlo… ellos recordaban que necesitaba siete Sifones para mantener su magia bajo control por una buena razón. Pero Nesta no volaba en sus legiones, no luchaba bajo su mando, y ciertamente no parecía recordar que él tenía más de quinientos años y…

—No te molestes. Estaré allí a tiempo.

Empujó la puerta, y movió levemente las alas mientras retrocedía unos pasos.

—Eso no es lo que me pidieron que hiciera. Voy a llevarte hasta la puerta de su casa.

El rostro de ella se tensó.

—Ve a posarte en una chimenea.

Esbozó una reverencia, sin atreverse a apartar los ojos de ella. Nesta había emergido del Caldero con… dones. Dones considerables, oscuros. Pero nadie había visto ni sentido ninguna señal de ellos desde la última batalla con Hybern, desde que Amren había destrozado el Caldero y Feyre y Rhys habían logrado restaurarlo. Elain tampoco había mostrado indicación alguna de sus habilidades de vidente desde entonces.

Pero si Nesta conservaba su poder y aún era capaz de influir en los campos de batalla… Cassian sabía muy bien que lo mejor era no volverse vulnerable ante otro depredador.

—¿Quieres el té con leche o con limón?

Le cerró la puerta en la cara.

Luego trabó cada una de las cuatro cerraduras.

Cassian se fue silbando para sí mismo a la vez que se preguntaba si aquel pobre bastardo habría huido por la ventana, más que nada para escapar de ella, mientras caminaba por el pasillo oscuro. Fue a buscar algo para comer.

Ese día necesitaba alimentarse. Sobre todo debía estar listo para cuando Nesta se enterara precisamente de por qué su hermana la había convocado.

Nesta Archeron no sabía el nombre del macho que estaba en su apartamento. Buscó en su memoria empapada de vino mientras regresaba al dormitorio, esquivando pilas de libros y montones de ropa. Recordaba las ardientes miradas en la taberna, el húmedo y cálido encuentro de sus bocas, el sudor que la cubrió mientras lo montaba hasta que el placer y la bebida la enviaron a la bendita inconsciencia, pero no pudo recordar su nombre.

El macho ya estaba asomado por la ventana, mientras Cassian, sin duda, esperaba abajo, en la calle, para presenciar su espectacular y patética salida, cuando Nesta entró al dormitorio estrecho y oscuro. La cama con postes de bronce estaba desecha, las sábanas, medio desparramadas sobre el suelo de tablas desparejas, y la ventana abierta golpeaba contra la pared colgada de los goznes flojos. El macho se volvió hacia ella.

Era guapo, en la medida en que la mayoría de los varones alto fae lo eran. Un poco más delgado de lo que a ella le gustaban… prácticamente un jovencito comparado con la imponente masa de músculos que acababa de estar en la puerta de sus aposentos. Él hizo una mueca cuando ella entró, su expresión se tornó doliente cuando vio lo que ella llevaba puesto.

—Yo… Esa es…

Nesta se quitó la camisa que dejó tras de sí nada más que piel desnuda. Los ojos de él se abrieron de par en par, pero el olor de su miedo seguía allí, no por miedo a ella, sino al macho al que oyó hablar en la puerta principal. Miedo al recordar quién era la hermana de ella. Quién era la pareja de su hermana. Quiénes eran los amigos de su hermana. Como si todo eso significara algo.

¿A qué olería su miedo si llegaba a enterarse de que lo había usado, de que había dormido con él para frenarse a sí misma; para detener la inquieta oscuridad que hervía dentro de ella desde el momento en que emergió del Caldero? Sexo, música y bebida… todo eso ayudaba. Lo sabía porque lo había aprendido ese último año. Era una ayuda, pero no del todo. Aunque evitaba que el poder se desbordara. Aun cuando todavía podía sentir que fluía a través de su sangre, que se envolvía alrededor de sus huesos.

Le arrojó la blanca camisa.

—Ya puedes usar la puerta principal.

Él se puso la camisa por la cabeza.

—Yo… él todavía está…

Su mirada seguía fija en sus pechos, erguidos contra la fría mañana; su piel desnuda. El ápice de sus muslos.

—Adiós.

Nesta entró en el baño oxidado y con goteras junto a su dormitorio. Al menos el lugar tenía agua corriente caliente.

A veces.

Feyre y Elain habían intentado convencerla de que se mudara. Siempre ignoró sus consejos. Del mismo modo que iba a ignorar lo que se le dijera ese día. Sabía que Feyre planeaba una reprimenda. Quizá algo que ver con el hecho de que Nesta hubiera cargado la escandalosa cuenta de la noche anterior en la taberna a la cuenta bancaria de su hermana.

Nesta resopló y abrió el grifo de la bañera. El metal era helado al tacto y crujió cuando el agua salió en chorros irregulares, que luego cayeron en la bañera agrietada y manchada.

Esta era su residencia. Sin sirvientes, sin ojos que controlaran y juzgaran cada movimiento, sin ninguna compañía, a menos que ella la invitara. O a menos que guerreros fanfarrones y entrometidos decidieran hacerle una visita.

El agua tardó unos cinco minutos en calentarse lo suficiente como para comenzar a llenar la bañera. Hubo algunos días en el último año en los que ella ni siquiera se había molestado en esperar ese tiempo. Algunos días en los que se había metido en el agua helada sin sentir ese frío, sino el de las oscuras profundidades del Caldero cuando era completamente devorada por él. Mientras le arrancaba su humanidad, su mortalidad, y la convertía en esto.

Le había costado meses luchar contra eso… el pánico que le tensaba el cuerpo y hacía que sus huesos temblaran al sumergirse. Pero se había obligado a sí misma a enfrentarlo. Había aprendido a sentarse en el agua helada, con náuseas y temblando, con los dientes apretados; negándose a moverse hasta que su cuerpo reconociera que estaba en una bañera y no en el Caldero, que estaba en su apartamento y no en el castillo de piedra al otro lado del mar, que estaba viva, que era inmortal. Aunque su padre ya no lo estuviera.

No, su padre era cenizas en el viento, su existencia marcada solo por una lápida en una colina a las afueras de esta ciudad. Al menos eso era lo que le

habían dicho sus hermanas.

«Te amé desde el primer momento en que te sostuve en mis brazos», le había dicho su padre en aquellos últimos momentos juntos.

«No pongas tus sucias manos sobre mi hija». Esas habían sido sus últimas palabras, espetadas al rey de Hybern. Su padre había malgastado esas últimas palabras dirigidas a ese rey que era un gusano.

Su padre. El hombre que nunca había luchado por sus hijos, no hasta el final. Cuando había venido a salvarlos, a salvar a los humanos y a los fae, sí, pero sobre todo a sus hijas. A ella.

Un enorme y estúpido desperdicio.

Un impío y oscuro poder la dominó, pero no fue suficiente para evitar que el rey de Hybern le rompiera el cuello a él.

Odiaba a su padre, lo odiaba profundamente y, sin embargo, él la amaba, por alguna razón inexplicable. No lo suficiente como para intentar librarles de la pobreza o evitar que murieran de hambre. Pero de alguna manera había sido suficiente para que levantara un ejército en el continente. Para que navegara en un barco que llevaba el nombre de ella y conducirlo a la batalla.

Todavía odiaba a su padre en esos últimos momentos. Y luego el cuello de él se quebró y sus ojos no estaban llenos de miedo mientras moría, sino llenos de ese tonto amor por ella.

Eso fue lo que quedó: la mirada en sus ojos. El resentimiento en su corazón mientras moría por ella. Se había apoderado de ella, dominándola como un poder que metió profundamente dentro de sí, desenfrenado en su cabeza hasta que no hubo baño helado que pudiera adormecerlo.

Podría haberlo salvado.

Era culpa del rey de Hybern. Lo sabía. Pero también suya. Del mismo modo que era culpa suya que Elain hubiera sido capturada por el Caldero después de que Nesta mirara dentro de él para ver el futuro, era su culpa que Hybern hubiera hecho cosas tan terribles para cazarlas a ella y a su hermana como se caza un ciervo.

Algunos días, el puro terror y el puro pánico trababan el cuerpo de Nesta de manera tan completa que nada podía hacerla respirar. Nada podía impedir que el terrible poder comenzar a crecer, crecer y crecer en ella. Nada aparte de la música en aquellas tabernas, los juegos de cartas con extraños, las incontables botellas de vino, y el sexo que la hacía no sentir nada, salvo ofrecerle un momento de alivio en medio del rugido dentro de ella.

Nesta terminó de lavarse el sudor y otros restos de la última noche. El sexo no había sido malo, había tenido otros mejores, pero también otros mucho peores. Ni siquiera la inmortalidad era suficiente tiempo para que algunos machos dominaran las artes del dormitorio.

De modo que se había enseñado a sí misma lo que le gustaba. Había conseguido un té mensual anticonceptivo de su boticario local, y luego había llevado a aquel primer macho a ese lugar. Él no tenía ni idea de que la virginidad de ella estaba intacta hasta que vio la sangre que manchaba las sábanas. Su rostro se tensó con disgusto. Luego, tuvo un destello de temor a que pudiera informar acerca de una primera relación insatisfactoria a su hermana. A la insufrible pareja de su hermana. Nesta no se había molestado en decirle que los evitaba a ambos de todas las maneras posibles. Especialmente a él. En esos tiempos, Rhysand parecía contentarse haciendo lo mismo.

Después de la guerra con Hybern, Rhysand le ofreció distintos trabajos. Diferentes cargos en su corte.

Ella no los quería. Eran ofrecimientos condescendientes, débiles intentos para conseguir que formara parte de la vida de Feyre, que tuviera un empleo remunerado. Pero al alto lord nunca le había gustado ella. Sus conversaciones eran, en el mejor de los casos, fríamente civilizadas.

Ella nunca le había dicho que las razones por las que la odiaba eran las mismas razones por las que vivía ahí. Se bañaba con agua fría algunos días. Otros días se olvidaba de comer. No toleraba los crujidos y otros ruidos de la chimenea. Y se ahogaba en vino, música y placer cada noche. Todo lo que Rhysand condenaba en ella era verdad, y ella lo había sabido mucho antes de que él siquiera hubiera proyectado su propia sombra en el umbral de la casa de ella.

Cualquier ofrecimiento que Rhysand le hiciera era hecho únicamente por amor a Feyre. Era mejor que pasara su tiempo como ella quería. Después de todo, ellos seguían pagando por ello.

El golpe a la puerta sacudió todo el apartamento.

Miró a la sala de estar, preguntándose si fingir o no que había salido, pero Cassian podría oírla, olerla. Y si derribaba la puerta, lo cual era probable que hiciera, tendría el problema de explicárselo a su tacaño casero.

De modo que Nesta se puso el vestido que había dejado en el suelo la noche anterior, y luego abrió de nuevo las cuatro cerraduras. Las había instalado el primer día que había llegado. Cerrarlas cada noche era prácticamente un ritual.

Incluso cuando el macho sin nombre estaba ahí, incluso cuando estaba perdida por el vino, siempre recordaba cerrarlas todas.

Como si eso mantuviera a raya a los monstruos de este mundo.

Nesta tiró de la puerta para abrirla solo lo suficiente como para ver la sonrisa arrogante de Cassian, y la dejó entreabierta mientras se alejaba furiosa a buscar sus zapatos.

Él entró detrás de ella, con una taza de té en la mano, taza probablemente prestada de la tienda de la esquina. O directamente obsequiada por alguien, ya que la gente tendía a adorar el suelo que pisaban sus botas embarradas. Ya era adorado en esta ciudad antes del conflicto de Hybern. Su heroísmo y sacrificio —las hazañas que había realizado en los campos de batalla— le granjearon aún más admiración después de terminada la guerra.

No culpaba a sus admiradores. Ella misma había experimentado el placer y el puro terror al verlo en aquellos campos de batalla. Todavía se despertaba cubierta de sudor por aquellos recuerdos: cómo se quedaba sin respiración mientras lo veía luchar, rodeado de enemigos; cómo se había sentido cuando el poder del Caldero crecía y supo que iba a atacar donde su ejército era más fuerte: donde estaba él.

No había podido salvar a los mil ilyrios que habían caído un momento después de que ella lo hubiera trasladado a un lugar seguro. Se apartaba de ese recuerdo, también.

Cassian inspeccionó su apartamento y dejó escapar un silbido bajo.

—¿Alguna vez has pensado en contratar a alguien para que limpie?

Nesta recorrió la pequeña sala de estar con la mirada: un hundido sofá carmesí, una chimenea de ladrillos manchados de hollín, un sillón floreado comido por las polillas, luego la pequeña cocina antigua, llena de platos sucios apilados en montones inclinados. ¿Dónde había tirado los zapatos la noche anterior? Dirigió la búsqueda a su dormitorio.

—Un poco de aire fresco sería un buen comienzo —agregó Cassian desde la otra habitación. La ventana crujió cuando la abrió.

Encontró sus zapatos marrones en rincones opuestos del dormitorio. Uno apestaba a vino derramado.

Nesta se sentó en el borde del colchón para ponérselos tirando de los cordones. No se molestó en levantar la vista cuando los pasos tranquilos de Cassian se acercaron para detenerse en el umbral.

Olfateó una vez. Ruidosamente.

—Esperaba que al menos cambiaras las sábanas entre un visitante y otro, pero aparentemente eso no te molesta.

Nesta ató los cordones del primer zapato.

—¿Y eso a ti qué te importa?

Se encogió de hombros, aunque la tensión en su rostro no reflejaba tanta indiferencia.

—Si yo puedo oler a algunos machos diferentes aquí, seguramente tus compañeros también pueden.

—Eso no los ha detenido todavía. —Se ató el otro zapato, mientras los ojos castaños de Cassian seguían el movimiento.

—Tu té se está enfriando. —Los dientes de él brillaron.

Nesta lo ignoró y volvió a registrar el dormitorio. Su abrigo…

—Tu abrigo está en el suelo junto a la puerta de la entrada —la informó él—. Y hace frío, así que lleva una bufanda.

También ignoró eso, y pasó junto a él, con cuidado de no tocarlo, y encontró su abrigo azul oscuro exactamente donde había dicho que estaba. Abrió la puerta principal y le indicó que saliera primero.

Cassian le sostuvo la mirada al acercarse a ella y luego estiró el brazo…

Y sacó del gancho de la pared la bufanda de colores azulados y crema que Elain le había regalado para su cumpleaños esa primavera. La cogió con el puño, balanceándola como una serpiente estrangulada mientras pasaba junto a ella.

Algo lo corroía. Por lo general, Cassian aguantaba un poco más antes de ceder a su mal humor. Quizá tenía que ver con algo que Feyre quería decir en la casa.

A Nesta se le revolvió el interior mientras trababa cada cerradura.

No era estúpida. Sabía que había malestar desde que la guerra terminó, tanto en estas tierras como en el continente. Sabía que, sin la barrera del muro, algunos territorios fae estarían empujando los límites para ver si podían salirse con la suya en términos de reclamos fronterizos y también cómo trataban a los humanos. Y sabía que esas cuatro reinas humanas todavía estaban instaladas en su palacio compartido, con sus ejércitos sin usar e intactos.

Eran monstruos, todas ellas. Habían matado a la reina de cabello dorado, que las había traicionado, y vendido a otra, Vassa, a un lord hechicero. Parecía apropiado que la más joven de las cuatro reinas restantes hubiera sido transformada en bruja por el Caldero. Hecha como una longeva fae, sí, pero envejecida hasta convertirse en una envoltura marchita como castigo por el

poder que Nesta había tomado del Caldero. Cómo se lo había arrancado mientras el Caldero hacía que su cuerpo mortal tomara la forma de algo nuevo.

Esa reina marchita la culpaba a ella. Había querido matarla, si los cuervos de Hybern habían tenido razón antes de que Bryaxis y Rhysand los destruyeran por infiltrarse en la biblioteca de la Casa del Viento.

No hubo ni un susurro de esa reina en los catorce meses desde la guerra.

Pero si hubiera surgido alguna nueva amenaza…

Las cuatro cerraduras parecieron reírse de ella antes de que Nesta saliera del edificio siguiendo a Cassian rumbo a la bulliciosa ciudad al otro lado.

La «casa» frente al río era en realidad una mansión, y tan nueva, pulcra y hermosa que Nesta recordó que sus zapatos estaban sucios de vino rancio precisamente mientras atravesaba el altísimo arco de mármol e ingresaba al brillante vestíbulo, decorado con gusto exquisito en tonos marfil y arena.

Una imponente escalera dividía en dos el enorme espacio, una araña de vidrio soplado a mano —hecha por artesanos de Velaris— colgaba del techo tallado sobre ella. Las luces fae de cada orbe en forma de nido arrojaban deslumbrantes reflejos sobre los suelos de pálida madera pulida, interrumpidos solo por helechos en macetas, muebles de madera también hechos en Velaris y un extravagante despliegue de obras de arte. No se molestó en comentar nada de todo aquello. Lujosas alfombras azules interrumpían los prístinos solados, un largo camino cubría los pasillos cavernosos a ambos lados, y uno corría por debajo del arco de la escalera, directamente hacia una pared de ventanas al otro lado, que daban a una pendiente de césped y un reluciente río a sus pies.

Cassian se dirigió a la izquierda, hacia las salas formales para negocios, según le había informado Feyre a Nesta durante aquella primera y única visita hacía dos meses. Nesta estaba medio borracha en aquel momento, y odió cada segundo de la visita, odió cada una de las perfectas salas.

La mayoría de los machos les compraban joyas a sus esposas y parejas como exagerados presentes del solsticio de invierno.

Rhys le había comprado a Feyre un palacio.

No… él le compró el terreno diezmado por la guerra, y luego le dio a su compañera rienda suelta para diseñar la residencia de sus sueños.

«Y de alguna manera —pensó Nesta mientras seguía en silencio a un Cassian extrañamente callado por el pasillo hacia uno de los estudios cuyas puertas estaban entreabiertas—, Feyre y Rhys se las habían arreglado para hacer que el lugar pareciera confortable y acogedor». Un edificio gigante, pero de todos modos un hogar. Incluso los muebles formales parecían diseñados para sentirse cómodo y relajado, para largas conversaciones con abundante comida. Cada obra de arte había sido elegida por la propia Feyre, o pintada por ella, muchas de las cuales eran retratos y representaciones de ellos… de sus amigos, de su… nueva familia.

No había ninguna imagen de Nesta, por supuesto.

Hasta su padre maldito por los dioses tenía un retrato en la pared a un lado de la gran escalera: él y Elain, sonrientes y felices, como habían sido antes de que el mundo se fuera a la mierda. Sentados en un banco de piedra entre macizos rebosantes de hortensias rosadas y azules. Los jardines formales de su primer hogar, aquella hermosa mansión cerca del mar. Por ninguna parte se veía a Nesta ni a su madre.

Después de todo, así habían sido las cosas: Elain y Feyre, malcriadas por su padre; Nesta, apreciada y educada por su madre.

Durante aquella primera visita, Nesta notó la ausencia de ella misma. La ausencia de su madre. No dijo nada, por supuesto, pero era una ausencia notoria.

Aquello fue suficiente para que apretara los dientes, para hacerla agarrar la invisible correa interna que mantenía a raya el horrible poder dentro de ella y tirar con fuerza, mientras Cassian entraba al estudio y le decía a quienquiera que los esperara:

—Está aquí.

Nesta respiró hondo y se preparó. Feyre simplemente se rio entre dientes.

—Cinco minutos antes de lo previsto. Estoy impresionada.

—Parece un buen augurio para el juego. Deberíamos ir a casa de Rita —estaba diciendo Cassian justo cuando Nesta entró en la habitación recubierta con paneles de madera.

El estudio daba a un exuberante jardín interior. El espacio era cálido y lujoso, y podría haber admitido que le gustaban las estanterías de libros hasta el techo, los muebles de terciopelo color zafiro ante la chimenea de mármol negro, si no hubiera visto quién estaba sentada en el lugar.

Feyre estaba sentada en el brazo redondo del sofá, vestida con un pesado jersey blanco y mallas oscuras.

Rhys, vestido como siempre de negro, estaba apoyado en la repisa de la chimenea con los brazos cruzados. Ese día sin alas.

Y Amren, vestida con su gris preferido, estaba sentada con las piernas cruzadas en el sillón de cuero junto a la chimenea encendida, y sus inexpresivos ojos plateados miraban a Nesta con disgusto.

Mucho había cambiado entre ella y esa hembra.

Nesta se había encargado de esa… destrucción. No se permitía pensar en aquella discusión en la fiesta del final del verano en la barcaza por el río. O en el silencio entre ella y Amren desde entonces.

Se acabaron las visitas al apartamento de Amren; no más charlas sobre rompecabezas y acertijos. Ciertamente, no más lecciones de magia. Se había asegurado también de esto último.

Feyre, al menos, le sonrió.

—Me enteré de que pasaste una buena noche.

Nesta recorrió con la mirada todo el lugar, desde el sillón que Cassian había ocupado frente a Amren, pasando por el lugar vacío en el sofá junto a Feyre, hasta donde estaba Rhys junto a la chimenea.

Mantuvo la espalda erguida, la barbilla en alto, odiando que todos la miraran mientras optaba por sentarse en el sofá junto a su hermana. Odiaba que Rhys y Amren notaran sus zapatos sucios, y probablemente todavía tenía en ella el olor de aquel macho a pesar del baño.

—Tienes un aspecto atroz —observó Amren.

Nesta no era tan estúpida como para mirar directamente a esa… fuera lo que fuese Amren. Ella ya era una alta fae, sí, pero alguna vez había sido algo diferente. No de este mundo. Su lengua seguía siendo suficientemente aguda como para herir.

Al igual que Nesta, Amren no poseía magia específica de la corte relacionada con los altos fae. Pero eso no hacía que su influencia en esa corte fuera menos poderosa. Los poderes de los altos fae propios de Nesta nunca se habían materializado; solo tenía lo que había tomado del Caldero, en lugar de dejar que este se dignara a otorgarle poderes a ella, como había hecho con Elain. No tenía ni idea de lo que le había arrancado al Caldero mientras este le robaba su humanidad, pero sabía que eran cosas que no entendía y nunca desearía entender, ni dominar. La sola idea le revolvía el estómago.

—Aunque apuesto a que es difícil lucir bien —continuó Amren—, cuando estás fuera hasta las horas más oscuras de la noche, bebiendo estúpidamente y

haciendo el amor con cualquiera que se te presente.

Feyre volvió la cabeza con la rapidez de un látigo hacia el segundo del alto lord. Rhys se mostraba inclinado a estar de acuerdo con Amren. Cassian mantuvo la boca cerrada. Nesta habló con suavidad.

—No sabía que mis actividades estaban bajo tu jurisdicción.

Cassian soltó un murmullo que sonó como una advertencia. No sabía a cuál de ellos lo dirigió. Ni le importaba.

Los ojos de Amren brillaron, un remanente del poder que una vez había ardido dentro de ella. Eso era todo lo que le quedaba. Nesta sabía que su propio poder podía brillar también de esa manera, pero mientras que el de Amren se había revelado como luz y calor, Nesta sabía que su llama plateada provenía de un lugar más frío y oscuro. Un lugar que era viejo… y a la vez completamente nuevo.

—Lo están —la desafió Amren—, cuando gastas tanto de nuestro oro en vino.

Quizá se había excedido demasiado con la cuenta de la noche anterior.

Nesta miró a Feyre, quien hizo una mueca.

—¿Así que realmente me has hecho venir hasta aquí para regañarme?

Los ojos de Feyre —idénticos a los suyos— se suavizaron un poco.

—No, no te estoy regañando. —Le dirigió una dura mirada a Rhys, todavía gélidamente en silencio junto a la repisa de la chimenea, y luego a Amren, que hervía en su asiento—. Piensa que se trata de un intercambio de opiniones.

Nesta se puso de pie de un salto.

—Mi vida no es de tu incumbencia, ni es tema de debate.

—Siéntate —gruñó Rhys.

Esa voz era una cruda orden, una voz de dominio y poder absoluto…

Nesta se quedó helada, luchando contra eso, odiando esa parte fae de ella que se inclinaba ante esas cosas. Cassian se inclinó hacia delante en su sillón, como si fuera a saltar entre ellos. Podría haber jurado que algo parecido al dolor se había marcado en la cara de él.

Nesta le sostuvo la mirada a Rhysand. Puso en ella todo el desafío que pudo, aun cuando la orden de él hizo que sus rodillas quisieran doblarse, sentarse.

—Te vas a quedar —dijo Rhys—. Y vas a escuchar.

Ella soltó una risa por lo bajo.

—No eres mi alto lord. No me das órdenes. —Pero ella sabía lo poderoso que era él. Lo había visto, lo había sentido. Todavía temblaba cuando estaba

cerca de él.

Rhys olió ese miedo. Un lado de su boca se curvó en una cruel sonrisa.

—¿Quieres un enfrentamiento, Nesta Archeron? —Él, el alto lord de la Corte Noche señaló el césped en pendiente al otro lado de las ventanas—. Tenemos mucho espacio para una pelea.

Nesta enseñó los dientes, rugiéndole en silencio a su cuerpo para que obedeciera las órdenes de ella. Prefería morir antes que inclinarse ante él. Ante cualquiera de ellos.

La sonrisa de Rhys se agrandó, muy consciente de ese hecho.

—Ya basta —espetó Feyre a Rhys—. Te dije que te mantuvieras fuera de este asunto.

Él dirigió sus ojos salpicados de estrellas a su pareja, y fue todo lo que Nesta pudo hacer para evitar derrumbarse en el sofá cuando sus rodillas finalmente cedieron. Feyre inclinó la cabeza. Tenía las fosas nasales dilatadas cuando le habló a Rhysand.

—Puedes irte o puedes quedarte y mantener la boca cerrada.

Rhys volvió a cruzarse de brazos, y no dijo nada.

—Tú también —le espetó Feyre a Amren. La hembra carraspeó y se acurrucó en su sillón.

Nesta no se molestó en mostrarse agradable cuando Feyre se volvió para quedar cara a cara frente a ella y sentarse de manera apropiada en el sofá. Los cojines de terciopelo suspiraron debajo de ella. Su hermana tragó saliva.

—Tenemos que hacer algunos cambios, Nesta —comenzó Feyre con voz ronca—. Tú los haces… y nosotras los hacemos.

¿Dónde diablos estaba Elain?

—Yo asumiré la culpa —continuó Feyre—, por permitir que las cosas llegaran tan lejos y tan mal. Después de la guerra contra Hybern, con todo lo que estaba ocurriendo, eso… tú… debería haber estado ahí para ayudarte, pero no estuve, y estoy dispuesta a admitir que es parcialmente culpa mía.

—¿Qué es tu culpa? —susurró Nesta hablando entre dientes.

—Tú —intervino Cassian—. Tu comportamiento estúpido.

Él ya había dicho eso en el solsticio de invierno. Y tal como había ocurrido entonces, la espalda de ella se bloqueó ante el insulto, ante esa arrogancia…

—Mira —continuó Cassian, levantando las manos—, no es una falta moral, pero…

—Entiendo cómo te sientes —interrumpió Feyre.

—No sabes nada de cómo me siento.

Feyre siguió adelante.

—Es hora de algunos cambios. Comenzando ahora.

—Mantén tus tonterías justicieras y fariseas fuera de mi vida.

—No tienes una vida —replicó Feyre—. Y no me voy a quedar sentada un momento más para ver cómo te destruyes a ti misma. —Puso una mano tatuada en el corazón, como indicando que eso significaba algo—. Decidí después de la guerra darte tiempo, pero parece que estaba equivocada. Me equivoqué.

—¿Cómo? —La palabra fue una daga lanzada entre ellas.

Rhys se tensó ante la burla, pero siguió sin decir nada.

—Eso se terminó —suspiró Feyre, con voz temblorosa—. Ese comportamiento, ese apartamento, todo… tú has terminado, Nesta.

—¿Y dónde —replicó Nesta, con un tono afortunadamente helado— se supone que voy a ir?

Feyre miró a Cassian.

Por una vez, Cassian no estaba sonriendo.

—Vienes conmigo —dijo él—. A entrenar.

Capítulo 2

Cassian sintió como si hubiera disparado una flecha a un dragón de fuego dormido. Nesta, envuelta en aquel abrigo azul gastado, con sus zapatos sucios y su arrugado vestido gris, lo miró y le preguntó:

—¿Qué?

—A partir de esta reunión —aclaró Feyre—, te mudarás a la Casa del Viento. —Movió la cabeza en dirección al este, al palacio tallado en las montañas en el otro extremo de la ciudad—. Rhys y yo hemos decidido que cada mañana entrenarás con Cassian en el Refugio del Viento, en las Montañas Ilyrias. Después del almuerzo, para el resto de la tarde, se te asignará un trabajo en la biblioteca debajo de la Casa del Viento. Pero el apartamento, las sórdidas tabernas… todo eso se acabó, Nesta.

Los dedos de Nesta se curvaron hasta convertirse en puños sobre su regazo. Pero no dijo nada.

Él debió haberse puesto a su lado, en lugar de permitir que su alta lady se sentara en ese sofá a un brazo de distancia de su hermana. No importaba que Feyre tuviera ya un escudo que la envolvía, cortesía de Rhys…, escudo que también estuvo allí durante el desayuno.

—Como parte de mi actual entrenamiento —murmuró Feyre para sí cuando Cassian preguntó por esa imbatible defensa, tan fuerte que hasta enmascaraba su olor—. Rhys le pidió a Helion que le enseñara todo sobre los escudos impenetrables, así que por supuesto tengo el placer de ser el sujeto de prueba. Se supone que debo intentar romper este escudo para ver si Rhys está siguiendo las instrucciones de Helion correctamente. Es un nuevo tipo de locura.

Pero una que resultó ser fortuita. Incluso si ellos no supieran qué podía hacer el poder de Nesta contra la magia habitual.

Rhys parecía estar pensando lo mismo, y Cassian se preparó para saltar entre las dos hermanas. Sus Sifones se encendieron a modo de advertencia mientras el poder de Rhys retumbaba.

Cassian no tenía ninguna duda de que Feyre podía defenderse sola de la mayoría de los oponentes, pero de Nesta…

No estaba completamente seguro de que Feyre fuera a responder, aun cuando Nesta lanzara ese terrible poder contra ella. Y detestaba no poder saber si Nesta iba a caer tan bajo como para hacerlo. Odiaba que las cosas se hubieran puesto tan mal como para que él siquiera considerara esa posibilidad.

—No me mudaré a la Casa del Viento —replicó Nesta—. Y no voy a entrenar en ese miserable pueblito. Ciertamente no con él. —Le dirigió una mirada que era casi venenosa.

—No se trata de una negociación —intervino Amren, rompiendo por segunda vez en otros tantos minutos su promesa de mantenerse fuera de la discusión en la medida de lo posible. La mayor de las hermanas Archeron tenía talento para llegar a irritarlos a todos. Pero Nesta y Amren siempre habían compartido un lazo de unión, una cierta comprensión.

Hasta la pelea que tuvieron en la barcaza.

—Al diablo con eso —la desafió Nesta, pero no intentó enfrentar los ojos de Rhys que parpadeaban con una fría advertencia.

—Tu apartamento está siendo desmantelado mientras hablamos —informó Amren, mientras se quitaba una mota de pelusa de su blusa de seda—. Para cuando regreses, estará vacío. Tu ropa ya está siendo trasladada a la Casa, aunque dudo que sea la ropa adecuada para entrenar en el Refugio del Viento. —Una mirada deliberada al vestido gris de Nesta, más holgado de lo que le quedaba antes. ¿Se daba cuenta Nesta del tenue brillo de preocupación en los ojos ardientes de Amren…, comprendía lo raro que era?

Más que eso, ¿se daba cuenta Nesta de que esa reunión no era para condenarla, sino más bien que provenía de la preocupación? Su vibrante mirada le decía que ella consideraba que aquello era simplemente un ataque.

—No puedes hacer esto —protestó Nesta—. No soy miembro de esta corte.

—No pareces tener reparos en gastar el dinero de esta corte —respondió Amren—. Durante la guerra con Hybern, aceptaste la tarea de ser nuestro emisario humano. Nunca renunciaste al cargo, así que formalmente la ley

todavía te considera un miembro oficial de esta corte. —Un movimiento de sus dedos pequeños y un libro flotó hacia Nesta antes de caer ruidosamente sobre los cojines a su lado. Ese era más o menos el alcance de la magia que Amren poseía en ese momento. La magia común y corriente de los altos fae, nada complicado —. Página doscientos treinta y seis, si quieres comprobarlo.

¿Acaso Amren había revisado sus leyes para esto? Cassian ni siquiera sabía que esa regla existía… aceptó el puesto que Rhys le ofreció sin cuestionarlo, sin pensar en lo que estaba aceptando, aparte de que él, Rhys y Azriel iban a estar juntos. Que tendrían un hogar que nadie podría arrebatarles jamás. Hasta que llegó Amarantha.

Él nunca iba a dejar de estar agradecido por eso, a la alta lady que los salvó a todos del dominio de Amarantha, que le devolvió a su hermano y luego sacó a Rhys de la oscuridad en la que había quedado suspendido.

—Así que estas son tus opciones, niña —concluyó Amren y levantó la delicada barbilla. Cassian no se perdió la mirada entre Feyre y Rhys: el total sufrimiento en el rostro de su alta lady ante el ultimátum que sabía que le iba a ser presentado a Nesta, y la rabia a medias contenida en el rostro de Rhys porque su pareja sufriera tanto por eso. Él ya había visto ese intercambio de miradas una vez ese mismo día… y esperaba no volver a verlo.

Cassian había estado desayunando temprano con ellos esa mañana cuando Rhys recibió la cuenta de la noche de fiesta de Nesta. Cuando Rhys leyó cada ítem en voz alta. Botellas de vinos raros, comidas exóticas, deudas en juegos de azar…

Feyre se quedó mirando su plato hasta que sus lágrimas silenciosas gotearon sobre sus huevos revueltos.

Cassian sabía que existieron conversaciones previas —peleas—, a propósito de Nesta. Sobre si había que darle tiempo para que se repusiera, ya que todos creían al principio que así sería, o si debían intervenir. Pero cuando Feyre lloró durante el desayuno, él supo que se trataba de una especie de ruptura. La aceptación de una esperanza frustrada.

Se requirió todo el entrenamiento de Cassian, todos los horrores que había soportado dentro y fuera del campo de batalla, para evitar que ese mismo dolor aplastante apareciera en su rostro.

Rhys había puesto su mano reconfortante sobre la mano de Feyre y la apretó suavemente antes de mirar a Azriel, y luego a Cassian, para exponer su plan. Como si lo hubiera tenido listo hacía mucho mucho tiempo.

Elain había entrado y estaba a mitad de camino. Venía de los jardines de la finca, donde había estado trabajando desde el amanecer, y se mostró solemne cuando Rhys la informó de lo que ocurría. Feyre no había podido decir una palabra. Pero la mirada de Elain se mantuvo firme mientras escuchaba a Rhys.

Entonces Rhys llamó a Amren a su ático al otro lado del río. Feyre había insistido en que la orden procediera de Amren, no de Rhys, para preservar algún tipo de vínculo familiar entre Rhys y su hermana.

Cassian no creía que hubiera alguno para empezar, pero Rhys estuvo de acuerdo y se acercó para arrodillarse al lado de Feyre, secarle lo que quedaba de sus lágrimas y besarla en la sien. Entonces todos abandonaron la mesa para darles privacidad a su alto lord con su alta lady.

Cassian voló hacia los cielos momentos después y dejó que el ruido del viento ahogara todo pensamiento en su cabeza, que su frescura le enfriara el corazón palpitante. Esa reunión, y lo que estaba por venir… nada de eso era fácil.

Amren, estaban todos de acuerdo, siempre había sido una de las pocas personas que podía llegar a Nesta. A quien Nesta parecía temer, aunque solo fuera un poco. Ella era quien entendía, de alguna manera, lo que era Nesta en el fondo.

Ella había sido la única con la que Nesta había realmente hablado después de la guerra.

No parecía una coincidencia que, en el último mes, desde que discutieron en aquel barco, la conducta de Nesta se hubiera deteriorado aún más. Que en ese momento se viera… así.

—Uno —comenzó Amren, levantando un delgado dedo—, puedes mudarte a la Casa del Viento, entrenar con Cassian por las mañanas y trabajar en la biblioteca por las tardes. No serás una prisionera. Pero no habrá nadie para transportarte hasta la ciudad, ni para llevarte volando. Si quieres aventurarte a la ciudad de todos modos, por supuesto, hazlo. Es decir, si te atreves a bajar los diez mil escalones desde de la Casa. —Los ojos de Amren brillaron desafiantes —. Y si de alguna manera puedes encontrar y juntar dos monedas para comprarte una bebida. Pero si sigues este plan, en unos meses vamos a reconsiderar dónde y cómo vas a vivir.

—¿Y mi otra opción? —espetó Nesta.

Por la Madre en el cielo, esta mujer… más bien esta hembra. Ella ya no era humana. Cassian podía pensar en muy muy pocas personas que se atrevieran a

desafiar a Amren y a Rhys. Ciertamente no en la misma habitación. Ciertamente no con ese veneno.

—Volver a los territorios humanos.

Amren había sugerido unos días en una mazmorra en la Ciudad Tallada, pero Feyre simplemente había dicho que el mundo humano sería una prisión más que suficiente para alguien como Nesta.

Para alguien como Feyre también. Y como Elain.

Las tres hermanas ya eran altas fae con poderes considerables, aunque solo los de Feyre se habían manifestado. Ni siquiera Amren tenía idea de si los poderes de Elain y de Nesta seguían existiendo. El Caldero les había concedido poderes únicos, diferentes de otros altos fae: el don de la visión de lo antiguo y el don de… Cassian no sabía cómo llamar al don de Nesta. No sabía en absoluto si era un don… o algo que ella había tomado. El fuego plateado, esa sensación de muerte que acecha, el puro poder del que él había sido testigo cuando estalló contra el rey de Hybern. Fuera lo que fuese, existía más allá de la variedad habitual de dones de los altos fae.

El mundo humano quedaba atrás de ellas. Nunca podrían regresar. Aunque las tres eran heroínas de guerra, cada una por derecho propio, a los humanos no les iba a importar. Iban a permanecer muy muy lejos, si no eran incitados a la violencia. Entonces, sí: Nesta técnicamente podría volver a los territorios humanos, pero no iba a encontrar compañía allí, ninguna cálida bienvenida, ninguna ciudad que la aceptara. Dondequiera que pudiera encontrar un lugar para vivir, estaría esencialmente confinada a la casa, confinada a los límites del terreno de su casa por miedo a los prejuicios humanos.

Nesta se volvió hacia Feyre, y sus labios se apartaron de los dientes.

—¿Y estas son mis únicas opciones?

—Yo… —Feyre se detuvo antes de decir el resto: «lo siento» y acomodó los hombros. Se convirtió en la alta lady de la Corte Noche, incluso sin su corona negra, incluso con el viejo jersey de Rhys que llevaba puesto—. Sí.

—No tienes derecho.

—Yo…

Nesta estalló.

—Tú me arrastraste a esta porquería, a este horrible lugar. Tú eres la razón por la que soy así, la razón por la que estoy atrapada aquí…

Feyre se estremeció. La rabia de Rhys se hizo palpable, un pulso de poder besado por la noche apretó las entrañas de Cassian, todos los instintos del

guerrero inculcados en él entraban en acción.

—Es suficiente —suspiró Feyre.

Nesta parpadeó.

Feyre tragó saliva, pero no se detuvo.

—Es suficiente. Te vas a mudar a la Casa, vas a entrenar y a trabajar, y no me importa qué clase de vitriolo arrojes a mi paso. Eso es lo que harás.

—Elain necesita poder verme…

—Elain aceptó esto hace horas. Ahora está recogiendo tus cosas. Te estarán esperando cuando llegues.

Nesta retrocedió.

Feyre no cedió.

—Elain sabe cómo ponerse en contacto contigo. Si desea visitarte en la Casa del Viento, es libre de hacerlo. Cualquiera de nosotros con mucho gusto la llevará allí.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas, de manera tan pesada e incómoda que Cassian dijo:

—Prometo no morder.

El labio superior de Nesta se tensó cuando lo miró.

—Supongo que esto fue idea tuya…

—Lo fue —mintió con una sonrisa—. Juntos vamos a pasar un tiempo maravilloso.

Probablemente se matarían el uno al otro.

—Quiero hablar con mi hermana. A solas —ordenó Nesta.

Cassian miró a Rhys, quien dirigió una calculada mirada a Nesta.

Cassian había recibido esa misma mirada unas cuantas veces a lo largo de los siglos y no envidió ni un poquito a Nesta. Pero el alto lord de la Corte Noche asintió moviendo la cabeza.

—Estaremos en el pasillo.

Cassian cerró el puño ante el insulto implícito de que no confiaban en ella lo suficiente como para ir más lejos, a pesar del escudo que protegía a Feyre. Aunque la parte racional y de mentalidad guerrera de él estaba de acuerdo. Los ojos de Nesta brillaron y él supo que también lo había entendido.

Por la forma en que Feyre apretó la mandíbula, sospechó que no estaba contenta con el sutil ataque. No ayudaría a convencer a Nesta de que lo que estaban haciendo era para ayudarla. Rhys iba a recibir más tarde la paliza verbal que se merecía.

Cassian esperó a que Rhys y Amren se levantaran antes de seguirlos para salir. Fiel a su palabra, Rhys dio tres pasos por el pasillo, alejándose de las puertas de madera hechizadas para evitar oídos curiosos, y se apoyó contra la pared.

Después de hacer lo mismo, Cassian le habló a Amren.

—Ni siquiera sabía que teníamos leyes como esa respecto de los miembros de la corte.

—No las tenemos. —Amren se concentró en sus uñas pintadas de rojo.

Él maldijo en voz baja.

Rhys sonrió con ironía. Y Cassian frunció el ceño mirando hacia las cerradas puertas dobles y rezó para que Nesta no hiciera ninguna estupidez.

Nesta mantuvo la columna vertebral tiesa como un palo de escoba, con la espalda dolorida por el esfuerzo. Nunca había odiado tanto a nadie como los odiaba a todos en ese momento. Salvo al rey de Hybern, supuso.

Todos habían estado hablando de ella, considerándola inadecuada y sin control, y…

—No te importaba antes, ¿por qué ahora? —quiso saber Nesta.

Feyre jugó con su anillo de bodas de plata y zafiro estrella.

—Te lo dije. No es que no me importara. Nosotros…, todos nosotros quiero decir, tuvimos muchas conversaciones sobre esto. Sobre ti. Nosotros… decidí que lo mejor sería darte tiempo y espacio.

—¿Y qué dijo Elain al respecto? —Parte de ella no quería saberlo.

La boca de Feyre se tensó.

—No se trata de Elain. Y por lo último que supe, tú tampoco la viste.

Nesta no se había dado cuenta de que le habían estado prestando tanta atención.

Nunca le había explicado a Feyre —nunca había encontrado las palabras para explicárselo— por qué había puesto tanta distancia entre todos ellos. Elain había sido secuestrada por el Caldero y fue salvada por Azriel y Feyre. De todos modos, el terror todavía se apoderaba de Nesta, despierta o dormida, con el recuerdo de cómo se había sentido en aquellos momentos después de oír la llamada seductora del Caldero y darse cuenta de que era por Elain, no por ella o

por Feyre. ¿Cómo se había sentido el Caldero al encontrar la tienda de Elain vacía, al ver esa capa azul abandonada?

Las cosas solo habían empeorado a partir de entonces.

«Vosotros tenéis vuestras vidas y yo tengo la mía», le había dicho a Elain el pasado solsticio de invierno. Sabía lo profundamente que eso iba a herir a su hermana. Pero no podía soportarlo… no podía soportar el horror que persistía en lo más profundo de sus huesos. Las fugaces imágenes de aquella capa abandonada, de las gélidas aguas del Caldero, de Cassian arrastrándose hacia ella, del cuello de su padre al quebrarse…

—Por si sirve de algo —dijo Feyre con delicadeza—, esperaba que tú misma te recuperaras. Quería darte espacio para que lo hicieras, ya que parecías arremeter contra todos los que se acercaran demasiado, pero ni siquiera lo intentaste.

«Tal vez puedas encontrar en ti misma lo necesario para esforzarte un poco más este año». Las palabras de Cassian de hacía nueve meses todavía sonaban como nuevas en la mente de Nesta, pronunciadas en una resbaladiza calle no lejos de allí.

—¿Intentarlo? —Eso fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Sé que es una palabra extraña para ti.

Entonces estalló de rabia.

—¿Por qué debería intentar hacer algo? Fui arrastrada a este mundo tuyo, a esta corte.

—Entonces vete a otro lugar.

Se había tragado su propia respuesta: «No tengo adónde ir».

Era la verdad. No tenía ningún deseo de volver a territorio humano. Allí nunca se había sentido como en su hogar, no realmente. Y este extraño y nuevo mundo fae… Podría haber aceptado su cuerpo diferente y alterado, haber aceptado que estaba cambiada para siempre, y la desaparición de su humanidad, pero tampoco sabía cuál era su lugar en este mundo. Trataba de ahogar este pensamiento en licor, música y naipes, tan a menudo como solía usar esas cosas para sofocar ese poder que se retorcía muy dentro de ella.

—Lo único que has hecho —continuó Feyre— es usar nuestro dinero.

—El dinero de tu pareja. —Otro destello de dolor. La sangre de Nesta gritó ante el golpe directo—. Muchas gracias por quitarle tiempo a tus tareas del hogar y tus compras para acordarte de mí.

—Construí una habitación en esta casa para ti. Te pedí que me ayudaras a

decorarla. Me dijiste que me fuera a la mierda.

—¿Por qué querría quedarme en esta casa? —Donde podía ver con precisión lo felices que eran, donde ninguno de ellos parecía ni remotamente lastimado por la guerra, como lo había sido ella. Había estado muy cerca de ser parte de eso… de ese círculo. Se habían cogido de las manos todos juntos en la mañana de la batalla final creyendo que todos lograrían salvarse.

Luego había aprendido con precisión cuán despiadadamente uno podía ser arrancado. Cuál era realmente el costo de la esperanza, de la alegría y del amor. No quería volver a enfrentarse a ello. No quería soportar lo que había sentido en aquel claro del bosque, con el rey de Hybern riendo y sangre por todas partes. Su poder no había sido suficiente para salvarlos ese día. Suponía que desde entonces había estado castigando a ese poder por fallarle. Por eso lo mantenía encerrado con firmeza muy dentro de ella.

—Porque eres mi hermana —respondió Feyre.

—Sí, y siempre te estás sacrificando por nosotras, tu pequeña y triste familia humana.

—¡Anoche te gastaste quinientos marcos de oro! —explotó Feyre, y se puso de pie de un salto para pasearse delante de la chimenea—. ¿Sabes que eso es mucho dinero? ¿Sabes lo avergonzada que me sentí cuando recibí la cuenta esta mañana y mis amigos, mi familia, tuvieron que escucharlo todo?

Nesta odiaba esa palabra. El término que Feyre usaba para referirse a su corte. Como si las cosas hubieran sido tan lamentables en la familia Archeron que Feyre había necesitado encontrar otra. Había elegido la suya. Las uñas de Nesta se clavaron en las palmas de sus manos hasta que el dolor prevaleció sobre él de su pecho acongojado.

Feyre prosiguió:

—Y escuchar no solo el importe de la factura, sino también en qué lo gastaste…

—Oh, entonces se trata de mantener las apariencias…

—¡Se trata de cómo eso me afecta a mí, a Rhys y a mi corte cuando mi maldita hermana gasta nuestro dinero en vino y juegos de azar y no hace nada para contribuir con esta ciudad! Si mi hermana no puede ser controlada, entonces ¿por qué deberíamos tener derecho a gobernar a cualquier otra persona?

—No soy una cosa que debes controlar —replicó Nesta con frialdad. Todo en su vida desde el momento en que nació había sido controlado por otras personas.

Las cosas le pasaban a ella; cada vez que intentó ejercer el control, se vio frustrada en todo momento, y odiaba todo eso, incluso más que al rey de Hybern.

—Por eso vas a entrenar en el Refugio del Viento. Aprenderás a controlarte.

—No iré.

—Vas a ir, incluso si hay que atarte y arrastrarte hasta allí. Seguirás las lecciones de Cassian, y harás cualquier trabajo que Clotho requiera en la biblioteca. —Nesta bloqueó aquel recuerdo, el de las profundas oscuridades de esa biblioteca, el del antiguo monstruo que había morado allí. Los había salvado de los compinches de Hybern, sí, pero… Se negaba a pensar en eso—. La respetarás a ella y a las demás sacerdotisas de la biblioteca —señaló Feyre—, y nunca les darás ni el más mínimo problema. Y todo el tiempo libre que tengas, podrás usarlo como desees. En la Casa.

La invadió una furia ardiente, tan fuerte que Nesta apenas podía oír el fuego de verdad ante el cual su hermana se paseaba. Se alegró del rugido en su cabeza ya que el crujido de la madera al arder se parecía mucho al cuello roto de su padre, tanto que no podía soportar encender un fuego en su propia casa.

—No tenías derecho a cerrar mi apartamento, a llevarte mis cosas…

—¿Qué cosas? Un poco de ropa y algo de comida podrida. —Nesta no tuvo ni tiempo para preguntarse cómo Feyre sabía eso. No cuando su hermana dijo—: Voy a hacer que todo ese edificio sea destruido.

—No te atreverás.

—Ya está hecho. Rhys ya visitó al propietario. Será derribado y reconstruido como refugio para las familias que todavía siguen desplazadas por la guerra.

Nesta trató de dominar su respiración irregular. Estaba siendo despojada de una de las pocas cosas que había decidido por sí misma. A Feyre no parecía importarle. Feyre siempre había sido su propia dueña. Siempre conseguía lo que deseaba. Y en ese momento, al parecer, a Feyre también se le concedería este deseo. Nesta estaba que hervía.

—No quiero volver a hablar contigo nunca más.

—Está bien. En lugar de ello, puedes hablar con Cassian y las sacerdotisas.

No había insulto que pudiera hacerla desistir.

—No seré tu prisionera…

—No. Puedes ir a donde quieras. Como dijo Amren, eres libre de salir de la Casa. Si puedes ocuparte de esos diez mil escalones. —Los ojos de Feyre ardían —. Pero no seguiré dándote dinero para que te destruyas a ti misma.

Destruirse a sí misma. El silencio resonó en los oídos de Nesta, se extendió a

través de sus llamas, sofocándolas, acallando la insoportable ira. Ese silencio extremo y congelado.

Había aprendido a vivir con el silencio que comenzó en el momento en que su padre murió, el silencio que empezó a aplastarla cuando fue al estudio de él en su mansión casi totalmente destrozada días después y encontró una de sus patéticas pequeñas tallas en madera. Había querido gritar y gritar, pero había demasiada gente alrededor. Se contuvo hasta que terminó el encuentro con todos aquellos héroes de guerra. Entonces se dejó caer. Directamente en ese pozo de silencio.

—Los demás están esperando —dijo Feyre—. Elain ya debe de haber terminado.

—Quiero hablar con ella.

—Vendrá a visitarnos cuando esté lista.

Nesta le sostuvo la mirada a su hermana.

Los ojos de Feyre brillaron.

—¿Crees que no sé por qué alejaste de ti incluso a Elain?

Nesta no quería hablar de eso. Del hecho de que siempre habían sido ella y Elain. Y, de alguna manera, eso se había convertido en Feyre y Elain. Elain había elegido a Feyre y a estas personas y la había dejado atrás. Amren había hecho lo mismo. Lo había dejado claro en la barcaza.

A Nesta no le importaba que durante la guerra con Hybern, su propio vínculo tentativo se había formado con Feyre, forjado sobre objetivos comunes: proteger a Elain, salvar los territorios humanos. Nesta se daba cuenta de que esas cosas eran excusas para ocultar lo que en ese momento hervía y bramaba en su corazón.

Nesta no se molestó en responder y Feyre no volvió a hablar mientras partían.

Ya no había nada que las uniera.

Capítulo 3

Cassian observó a Rhysand que removía su té con cuidado.

Había visto a Rhys cortar a sus enemigos con la misma fría precisión que en ese momento estaba usando con la cuchara.

Estaban sentados en el estudio del alto lord, iluminados por la luz de lámparas de cristal verde y una pesada araña de hierro. Aquel salón de dos niveles ocupaba el extremo norte del ala de los negocios, como la llamaba Feyre.

Allí estaba el piso principal del estudio, decorado con alfombras azules hechas a mano que Feyre había elegido entre los artesanos de Cesere, con sus dos áreas de estar, el escritorio de Rhys y largas mesas gemelas junto a las estanterías. En el otro extremo de la habitación, un pequeño estrado conducía a un amplio espacio elevado, flanqueado por más libros, y en el centro, un enorme y articulado modelo de su mundo, con las estrellas y los planetas alrededor y algunas otras cosas extravagantes que le fueron explicadas a Cassian alguna vez antes de que las considerara aburridas y procediera a ignorarlas por completo.

Az, por supuesto, estaba fascinado. Rhys había construido el modelo hacía siglos. No solo podía ubicar el sol, sino también decir la hora, y de alguna manera le permitía a Rhys reflexionar sobre la existencia de la vida más allá de su propio mundo y otras cosas que Cassian, una vez más, había olvidado instantáneamente.

En el entrepiso, accesible por una ornamentada escalera de caracol de hierro forjado justo a la izquierda cuando uno entraba, había más libros, miles solo en este espacio, algunas vitrinas llenas de objetos delicados de las que Cassian se mantuvo alejado (por temor a romperlos con sus «garras de oso», como Mor describía sus manos) y varias pinturas de Feyre.

También había muchas de estas en el nivel inferior, algunas en la sombra y se suponía que debían permanecer así, otras iluminadas por la radiante luz que se reflejaba desde el río al pie de la pendiente de césped. La alta lady de Cassian tenía una forma de capturar el mundo que siempre lo hacía detenerse. A veces, sus pinturas lo inquietaban. Las verdades que retrataba no siempre eran agradables.

Él había ido a su estudio varias veces para verla pintar. Para su sorpresa, se lo había permitido.

La primera vez que la visitó, encontró a Feyre tensa junto a su caballete. Estaba pintando lo que él se dio cuenta de que era una escuálida caja torácica, tan delgada que se podían contar casi todos los huesos.

Al descubrir una conocida marca de nacimiento en el delgadísimo brazo izquierdo de la imagen, miró hacia la misma marca en medio del tatuaje del brazo extendido de ella, pincel en mano. Simplemente movió la cabeza en dirección a ella, dándole a entender que había entendido.

Él nunca había estado tan delgado como Feyre durante los años de su propia pobreza, pero entendía el hambre en cada pincelada. La desesperación. El sentimiento hueco, el vacío se sentía tal como mostraban esos grises, esos azules y ese pálido, enfermizo, blanco. La desesperación de la negra profundidad detrás de ese torso y ese brazo. La muerte, que revoloteaba cerca, como un cuervo en busca de carroña.

Pensó mucho en esa pintura en los días posteriores, en cómo lo había hecho sentir, en lo cerca que habían estado todos de perder a su alta lady antes de siquiera conocerla.

Rhys terminó de revolver su té y dejó su cuchara con una tremenda delicadeza.

Cassian alzó los ojos hacia el retrato detrás del enorme escritorio de su alto lord. Los orbes dorados de luz fae en la habitación estaban ubicados para que pareciera vivo, brillante.

El rostro de Feyre —un autorretrato— parecía reírse de él. De la pareja a cuya espalda estaba ella. Para poder cuidarlo, decía Rhys.

Cassian rezó para que los dioses lo cuidaran a él mientras Rhys bebía su té.

—¿Estás listo? —quiso saber Cassian, quien se reclinó en su asiento—. He conseguido mantener a jóvenes guerreros bajo control antes.

Los ojos violetas de Rhys brillaron.

—Nesta no es un macho joven que traspasa los límites.

—Puedo manejarla.

Rhys miró fijamente su té.

Cassian reconoció ese rostro. Ese rostro serio, inquietantemente sereno.

—Bien sabes que hiciste un buen trabajo con los ilyrios para ponerlos otra vez en orden esta primavera.

Respiró hondo. Estaba preparado para esta charla después de haber pasado cuatro meses con los ilyrios, limando asperezas entre los bandos en guerra, asegurándose de que las familias que habían perdido padres, hijos, hermanos y maridos fueran atendidas, de que supieran que estaba allí para ayudar y escuchar, y en general dejando muy en claro que, si se levantaban contra Rhys, el precio sería endemoniadamente alto.

El Rito de Sangre la primavera anterior se había ocupado de los peores de ellos, incluido el alborotador Kallon, cuya arrogancia no había sido suficiente para compensar su pobre entrenamiento de mala calidad cuando fue asesinado no lejos de las laderas de Ramiel. Que Cassian había soltado un suspiro de alivio ante la noticia de la muerte del joven era algo bien sabido, pero los ilyrios habían dejado de quejarse poco después. Y, desde entonces, Cassian había pasado el tiempo reconstruyendo sus filas, supervisando el entrenamiento de los prometedores nuevos guerreros y asegurándose de que los más experimentados siguieran estando en buena forma para luchar de nuevo. Reponer las bajas entre ellos al menos les había dado a los ilyrios algo en lo que concentrarse, y Cassian sabía que había poco más que pudiera agregar, aparte de las ocasionales inspecciones y reuniones del consejo.

De modo que los ilyrios estaban en paz, o tan en paz como una sociedad de guerreros podría estar, con su entrenamiento constante. Que era lo que Rhys deseaba. No solo porque una rebelión sería un desastre, sino por esto. Lo que él sabía que Rhys estaba a punto de decir.

—Creo que es hora de que asumas mayores responsabilidades.

Cassian hizo una mueca. Era eso.

Rhys se rio entre dientes.

—No puedes, honestamente, querer decirme que no sabías que la cuestión de Ilyria era una prueba, ¿no?

—Esperaba que no —se quejó, y cerró más las alas.

Rhys mostró una sonrisita de satisfacción, aunque rápidamente se puso serio.

—Pero lo de Nesta no es una prueba. Es… diferente.

—Lo sé. —Incluso antes de que fuera hecha, lo había visto. Y después de

aquel terrible día en Hybern… Nunca había olvidado las palabras del Tallador de Huesos susurradas en la Prisión.

«¿Y si te digo lo que la roca y la oscuridad y el mar más allá me susurraron, lord del derramamiento de sangre? Cómo se estremecieron de miedo en esa isla en el mar. Cómo temblaron cuando emergió. Ella se apoderó de algo… de algo precioso. Lo arrancó con los dientes. ¿Qué despertaste aquel día en Hybern, príncipe de los bastardos?».

Esa última pregunta le había quitado el sueño durante más noches de lo que quería admitir.

Cassian se obligó a decir:

—No hemos visto ni un indicio del poder de ella desde la guerra. Por lo que sabemos, desapareció con la rotura del Caldero.

—O tal vez está inactivo, ya que el Caldero ahora está dormido y bien escondido en Cretea con Drakon y Miryam. Su poder podría aparecer en cualquier momento.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cassian. Confiaba en el príncipe de los serafim y en la mujer medio humana para mantener oculto el Caldero, pero no habría nada que ni ellos ni nadie pudieran hacer para controlar su poder si despertaba.

—Debes estar atento —señaló Rhys.

—Parece que le tienes miedo.

—Tengo miedo.

Cassian parpadeó.

Rhys levantó una ceja.

—¿Por qué crees que te envié a buscarla esta mañana?

Cassian movió la cabeza, sin poder evitar la risa. Rhys sonrió, entrelazando sus dedos detrás de su cabeza y reclinándose en su asiento.

—Tienes que subir más a menudo al campo de práctica, hermano —le dijo Cassian, examinando el poderoso cuerpo de su amigo—. No quiero que esa pareja tuya encuentre ningún punto débil en ti.

—Nunca encuentra partes blandas cuando estoy cerca —replicó Rhys, y Cassian se rio de nuevo.

—¿Feyre te va a patear el trasero por lo que dijiste antes?

—Ya les dije a los sirvientes que se fueran el resto del día tan pronto como lleves a Nesta a la Casa.

—Creo que los sirvientes ya han oído muchas peleas. —En efecto, Feyre no

vacilaba a la hora de decirle a Rhys que se había pasado de la raya.

Rhys le dirigió una sonrisa pícara.

—No es la pelea lo que no quiero que ellos escuchen.

Cassian le devolvió la sonrisa, aunque algo parecido a celos lo estremeció por dentro. No envidiaba su felicidad, en absoluto. Muchas veces había visto la alegría en el rostro de Rhys y tenía que alejarse para no llorar, porque su hermano había esperado ese amor, se lo había ganado. Rhys había ido a la lona una y otra vez para luchar por ese futuro con Feyre. Por esto.

Pero, a veces, Cassian veía ese anillo de apareamiento y el retrato detrás del escritorio, y esta casa, y simplemente… sentía que algo le faltaba.

El reloj dio las diez y media y Cassian se levantó.

—Disfruta de tu no-pelea.

—Cassian.

El tono lo detuvo.

El rostro de Rhys estaba cuidadosamente tranquilo.

—No preguntaste qué responsabilidades más importantes tengo en mente para ti.

—Supuse que Nesta era lo suficientemente importante —le aseguró.

Rhys lo miró con complicidad.

—Podrías ser algo más.

—Soy tu general. ¿No es eso suficiente?

—¿Es suficiente para ti?

Casi dijo «Sí». Pero se encontró dudando.

—Ah, ciertamente estás dudando —reaccionó Rhys. Cassian trató de mover sus escudos mentales, pero descubrió que estaban intactos. Rhys sonreía como un gato—. Aún revelas todo en esa cara tuya, hermano —canturreó Rhys. Pero su diversión se desvaneció rápidamente—. Az y yo tenemos una buena razón para creer que las reinas humanas están conspirando de nuevo. Necesito que te ocupes de ello. Ocúpate.

—¿Qué, estamos haciendo un cambio de roles? ¿Az va a liderar a los ilyrios ahora?

—No te hagas el tonto —lo detuvo Rhys con frialdad.

Cassian puso los ojos en blanco. Pero ambos sabían que Azriel disolvería y destruiría Ilyria antes que ayudarla. Convencer a su hermano de que los ilyrios eran un pueblo que valía la pena salvar era todavía una batalla entre los tres.

—Azriel —continuó Rhys— está haciendo más malabares de los que va a

admitir en este momento. No le voy a agregar una responsabilidad más. Tu tarea es ayudarlo. —Rhys esbozó una sonrisa desafiante—. Y veremos de qué pasta estás realmente hecho.

—¿Quieres que juegue a ser espía?

—Hay otras formas de reunir información, Cass, además de espiar por los ojos de las cerraduras. Az no es un cortesano. Opera desde las sombras. Pero necesito a alguien, te necesito a ti, ubicado en un lugar abierto. Mor puede darte todos los detalles. Regresará de Vallahan hoy, en algún momento.

—Yo tampoco soy un cortesano. Lo sabes. —La sola idea hizo que se le revolviera el estómago.

—¿Asustado?

Cassian dejó que los Sifones sobre el dorso de sus manos brillaran con fuego interior.

—¿Así que debo ocuparme de estas reinas además de entrenar a Nesta?

Rhys se reclinó en su asiento. Su silencio lo confirmó.

Cassian se dirigió hacia las cerradas puertas dobles, apenas conteniendo una retahíla de maldiciones.

—Entonces, nos esperan unos cuantos meses.

Estaba casi llegando a la puerta cuando Rhys dijo en voz baja:

—Te esperan a ti.

—¿Todavía tienes los protectores de cuero que usaste en la guerra? —le preguntó Cassian a Nesta a modo de saludo mientras atravesaba el vestíbulo de la entrada—. Los vas a necesitar mañana.

—Me aseguré de que Elain los metiera en la maleta —respondió Feyre desde donde estaba en la escalera, sin mirar la espalda rígida de su hermana detenida al pie. Él se preguntó si su alta lady habría ya advertido la desaparición de los sirvientes.

La sonrisa secreta en los ojos de Feyre le dijo que ella lo sabía todo al respecto. Y lo que la esperaba en unos pocos minutos.

Gracias a los dioses él estaba yéndose de aquel lugar. Probablemente tendría que volar hasta el mar para no escuchar a Rhys. O sentir su poder cuando él… Cassian se detuvo antes de terminar ese pensamiento. Él y sus hermanos ya

habían puesto mucha distancia entre los estúpidos jóvenes que habían sido —aquellos que hacían el amor con cualquier hembra que mostrara interés, a menudo en la misma habitación que los demás—, y los machos adultos que eran en la actualidad. Él quería dejar las cosas así.

Nesta simplemente se cruzó de brazos.

—¿Nos vas a transportar hasta la Casa? —le preguntó él a Feyre.

Como respuesta, Mor habló detrás de él.

—Yo lo haré. —Le guiñó un ojo a Feyre—. Ella tiene una reunión especial con Rhysie.

Cassian sonrió cuando Mor entró desde el ala residencial.

—Pensé que no ibas a volver hasta más tarde hoy. —Abrió los brazos, acercándola al pecho y apretándola con fuerza. El dorado cabello de Mor, que le llegaba hasta la cintura, olía a mares fríos.

Le devolvió el apretón.

—No tenía ganas de esperar hasta la tarde. Vallahan ya está hasta las rodillas de nieve. Necesitaba algo de sol.

Cassian se apartó para observar su hermoso rostro, tan familiar para él como el suyo propio. Los ojos marrones de ella estaban sombríos a pesar de sus palabras.

—¿Qué ocurre?

Feyre se levantó de su asiento al advertir también la tensión.

—Nada —respondió Mor, moviendo el cabello sobre un hombro.

—Mentirosa.

—Te lo contaré todo más tarde —reconoció Mor, y miró a Nesta—. Deberías ponerte la ropa de cuero mañana. Cuando entrenes en el Refugio del Viento la vas a necesitar por el frío.

Nesta le dirigió una mirada fría y aburrida a Mor.

Mor simplemente le devolvió la sonrisa.

Feyre pensó que era un buen momento para ubicarse distraídamente entre ellos. El escudo de Rhys todavía seguía duro como el acero alrededor de ella. No importaba que todos ellos fueran a estar muy cerca en aproximadamente un minuto.

—Hoy dejaremos que te instales en la Casa. Puedes dejar aquí tus cosas. Y descansar un poco, si quieres.

Nesta no dijo nada.

Cassian se pasó una mano por el pelo. Caldero, perdónalas. ¿Rhys esperaba

que jugara a la política cuando ni siquiera podía manejar esto?

Mor sonrió mordaz, como si leyera el pensamiento en su rostro.

—Felicidades por tu ascenso. —Sacudió la cabeza—. Cassian el cortesano. Nunca pensé vivir para ver tal cosa.

Feyre se rio con disimulo. Pero la mirada de Nesta se dirigió a él, sorprendida y cautelosa. Él le dijo, aunque solo fuera para adelantarse:

—Sigo siendo un bastardo don nadie, no te preocupes.

Los labios de Nesta se tensaron.

Feyre le habló con cautela a Nesta.

—Pronto hablaremos.

Nesta, una vez más, no respondió.

Parecía que había dejado de hablar con Feyre. Pero al menos iba de buena gana.

De buena gana, a medias.

—¿Vamos? —invitó Mor, ofreciendo ambos brazos.

Nesta miraba al suelo, su rostro, pálido y demacrado, los ojos, ardiendo.

Feyre encontró su mirada. La mirada por sí sola transmitía todo lo que ella le estaba rogando a él.

Nesta pasó junto a ella, tomó el antebrazo de Mor y miró un punto en la pared.

Mor se encogió ante él, pero Cassian no se atrevió a compartir la mirada. Nesta tal vez no los estaba mirando, pero sabía que ella veía, escuchaba y lo evaluaba todo.

Así que simplemente tomó el otro brazo de Mor y le guiñó un ojo a Feyre antes de que todo se desvaneciera en viento y oscuridad.

Mor los transportó hacia el cielo justo por encima de la Casa del Viento.

Antes de que el salto por el aire fuera registrado por el estómago, Nesta ya estaba en los brazos de Cassian, con sus alas extendidas, volando hacia la terraza de piedra. Hacía mucho tiempo que no la abrazaba, que no veía tan pequeña la ciudad.

Él podría haber volado con ella hasta ese lugar, Nesta se dio cuenta mientras él descendía y Morrigan se desvanecía después de aquella caída en picado con

un gesto de la mano. Las reglas de la Casa eran simples: nadie podía llegar volando directamente al interior gracias a sus pesadas crujías, por lo que había que elegir entre subir los diez mil escalones, elevarse y dejarse caer una distancia aterradora hacia la terraza —probablemente para romperse los huesos—, o transportarse hasta el borde de las crujías con alguien que tuviera alas para volar el resto del camino de entrada. Pero estando en los brazos de Cassian… preferiría haberse arriesgado a romperse todos los huesos del cuerpo en la caída a la terraza. Afortunadamente, el vuelo terminó en cuestión de segundos.

Nesta se soltó de las manos de él en el momento en que sus pies tocaron las piedras gastadas. Cassian la dejó, plegó sus alas y se detuvo junto a la barandilla. Todo Velaris brillaba debajo y más allá de él.

Ella había pasado semanas en ese lugar el año anterior, durante ese terrible período después de haberse convertido en fae, rogándole a Elain que mostrara alguna señal de querer vivir. Apenas dormía por miedo a que Elain saliera de esa terraza, o se asomara demasiado por una de las innumerables ventanas, o simplemente se arrojara por esos diez mil escalones.

Se le cerró la garganta con la oleada de recuerdos y ante la extensa vista del río Sidra y del palacio de piedra roja construido en la ladera de aquella montaña de cima plana.

Nesta hundió las manos en los bolsillos y deseó haber optado por los abrigados guantes que Feyre había insistido en que llevara. Pero se había negado. Es decir, se negó en silencio, ya que no le había dicho una sola palabra a su hermana después de que salieran del estudio.

En parte porque tenía miedo de lo que pudiera decir.

Nesta y Cassian se miraron largamente el uno al otro.

A él, el viento le revolvía el cabello oscuro, largo hasta los hombros, pero bien podría haber estado en un campo de verano a juzgar por la reacción que mostraba ante el frío, mucho más intenso allí arriba, muy por encima de la ciudad. Era todo lo que ella podía hacer para evitar que los dientes se le salieran del cráneo.

—Te quedarás en tu antigua habitación —dijo Cassian finalmente.

Como si ella tuviera algún tipo de derecho sobre ese lugar. O sobre cualquier lugar.

—Mi habitación —continuó— está un nivel por encima.

—¿Por qué tengo que saber eso? —Las palabras salieron de ella con fuerza.

Él comenzó a caminar hacia las puertas de vidrio que conducían al interior

de la montaña.

—En caso de que tengas una pesadilla y necesites que alguien te lea un cuento —explicó con voz cansina y una media sonrisa bailoteándole en el rostro —. Quizá uno de esos libros obscenos que tanto te gustan.

Las fosas nasales de Nesta se ensancharon. Y cruzó la puerta mientras él la sostenía para ella. Casi lanza un suspiro ante el calor acogedor que llenaba los pasillos de piedra roja. Su nueva residencia. El sitio para dormir.

El lugar no era un hogar. Tal como su apartamento no había sido un hogar.

Tampoco lo había sido la nueva y elegante casa de su padre, antes de que Hybern la hubiera destruido casi totalmente. Y tampoco la cabaña, ni la gloriosa mansión antes de esta. «Hogar» era una palabra extranjera.

Pero conocía bien este nivel de la Casa del Viento: el comedor a la izquierda, y la escalera a su derecha por la que debía bajar dos niveles hasta su piso, y las cocinas un nivel por debajo de ese. La biblioteca muy muy por debajo de él.

No le habría importado dónde debía instalarse, salvo por la comodidad de la pequeña biblioteca privada también en su nivel. Ese fue el lugar donde descubrió esos libros obscenos, como los llamaba Cassian. Había devorado algunas docenas de ellos durante aquellas semanas que había estado ahí por primera vez, desesperada por cualquier salvavidas que evitara su desmoronamiento, que le impidiera gritar por lo que le habían hecho a su cuerpo, a su vida… a Elain. Esa Elain, que no quería comer, ni hablar, ni hacer nada.

Elain, que de alguna manera se había convertido en la adaptada.

En los meses previos a la guerra y durante la misma, Nesta se las había arreglado. Había entrado en este mundo, con esta gente, y había empezado a verlo, a ver un futuro.

Hasta que fue perseguida por el rey de Hybern y por el Caldero.

Hasta que se dio cuenta de que todos aquellos a los que amaba serían utilizados para lastimarla, para quebrarla, para atraparla. Hasta aquella última batalla cuando no pudo evitar que mil ilyrios murieran, y en cambio había podido salvar a uno solo.

A él. Lo haría de nuevo, si se viera obligada a hacerlo. Y sabiendo eso… tampoco podía soportar esa verdad.

Cassian se dirigió a la escalera de bajada, cada uno de sus movimientos rebosaba una arrogancia inquebrantable.

—No necesito un escolta hasta mi habitación —dijo Nesta, sin importarle que las habitaciones de él estuvieran también en esa dirección—. Sé cómo llegar.

Esbozó una sonrisa irónica mirándola por encima de un hombro musculoso y bajó por la escalera de todos modos.

—Solo quiero asegurarme de que llegas de una sola pieza antes de instalarme. —Señaló con la cabeza el rellano por el que pasaban, hacia el arco abierto que conducía al pasillo de su dormitorio. Lo sabía porque no había tenido casi nada que hacer durante esas semanas iniciales como alta fae, aparte de vagar como un fantasma por ese palacio.

—Az está en la habitación dos puertas más allá de la mía —agregó Cassian. Llegaron al nivel del dormitorio de ella y él avanzó por el pasillo—. Sin embargo, es probable que no lo veas.

—¿Está aquí para espiarme? —Sus palabras rebotaron en la piedra roja.

Cassian respondió con tensión.

—Dice que prefiere quedarse aquí arriba y no en la casa del río.

Ya eran dos que pensaban lo mismo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Él es Az. Le gusta tener su espacio. —Se encogió de hombros y la luz fae se filtró a través de los soportes dorados que aparecían como garras en la punta de sus alas—. Le gusta la soledad, de modo que casi todo el tiempo solo seremos tú y yo.

Ella no se atrevió a responder. No a todo lo que implicaba esa afirmación. Sola… con Cassian. En ese lugar.

Cassian se detuvo ante una conocida puerta de madera en forma de arco. Se apoyó contra una jamba. Sus ojos castaños observaban cada paso de ella.

Sabía que la Casa pertenecía a Rhys. Sabía que toda la existencia de Cassian era pagada por Rhys, del mismo modo que el alto lord financiaba a todos los de su círculo íntimo. Sabía que la forma más rápida y profunda de molestar a Cassian, de herirlo en ese mismo momento sería atacarlo por ahí, hacerle dudar del trabajo que hacía y de si merecía estar ahí. El instinto creció como una ola ascendente, cada palabra seleccionada para cortar y herir. Siempre había tenido ese don, si es que se lo podía llamar así. Aunque no era una maldición, no del todo. Y eso le había sido bastante útil.

Examinó su rostro cuando ella se detuvo frente a la puerta del dormitorio.

—Dilo, Nes.

—No me llames así. —Ella dejó caer las palabras como un cebo. Dejó que pensara que era vulnerable.

Pero empujó la puerta, con las alas plegadas.

—Necesitas una comida caliente.

—No quiero comer.

—¿Por qué?

—Porque no tengo hambre.

Eso era cierto. Su apetito fue lo primero en desaparecer después de aquella batalla. Solo el instinto y la ocasional exigencia social de parecer que algo le importaba una mierda hacían que comiera.

—No durarás ni una hora de entrenamiento mañana sin comida en tu barriga.

—No voy a entrenar en ese lugar horrible. —Odiaba el Refugio del Viento desde la primera vez que lo vio. Era un lugar frío, sombrío y lleno de gente malhumorada y de expresión severa en el rostro.

El Sifón atado sobre la mano izquierda de Cassian brillaba. Era una banda roja de luz que se entrelazaba con la piedra para envolver la manija de la puerta. Movió el hierro hacia abajo, la puerta se abrió con un crujido, y luego desapareció como si fuera humo.

—Te dieron una orden, así como la alternativa de no obedecerla. Si quieres volver a los territorios humanos, hazlo.

Entonces ve a otro lugar.

Probablemente haría que la vanidosa Morrigan la pusiera al otro lado de la frontera como si fuera parte del equipaje.

Y Nesta habría aceptado la jugada engañosa, solo que… sabía lo que la esperaba en el sur. La guerra había hecho poco para mejorar los sentimientos humanos por los fae.

No tenía adónde ir. Elain, por mucho que lamentara la vida que hubiera tenido con Graysen, había encontrado un lugar, un papel en ese lugar. Se ocupaba de los jardines de aquel verdadero palacio de Feyre sobre el río y ayudaba a otros residentes de Velaris a restaurar sus propios jardines destruidos. Tenía un propósito, tenía alegría y tenía amigos: esos dos semiespectros que trabajaban en la casa de Rhysand. Pero a su hermana esas cosas siempre le habían resultado fáciles. Siempre habían hecho que Elain fuera especial.

Habían hecho que Nesta luchara con toda su fuerza para mantener a Elain a salvo a toda costa.

El Caldero lo comprendió. El rey de Hybern también lo comprendió.

Una vieja y pesada carga la arrastraba hacia abajo, la llevaba hacia el olvido.

—Estoy cansada. —Sus palabras salieron misericordiosamente inexpresivas.

—Tómate el día para descansar, entonces —sugirió Cassian, con su voz un

poco más serena—. Mor o Rhys nos transportarán hasta el Refugio del Viento mañana después del desayuno.

Ella no dijo nada. Y él continuó:

—Empezaremos con calma: dos horas de entrenamiento, luego el almuerzo, luego te traerán de regreso aquí para reunirte con Clotho.

Ella no tenía la energía para preguntar más sobre el entrenamiento, o sobre el trabajo en la biblioteca con su alta sacerdotisa. En realidad, no le importaba. Dejaría que Rhysand, Feyre, Amren y Cassian le hicieran hacer esas estupideces. Que pensaran que eso de alguna manera podría significar alguna diferencia.

Nesta no se molestó en responder antes de atravesar el arco rumbo a su dormitorio. Pero sintió la mirada de él fija en ella, evaluando cada paso en el umbral, la forma en que su mano agarró el borde de la puerta, la forma en que flexionó los dedos antes de cerrarla de golpe.

Esperó a poca distancia dentro del dormitorio, parpadeando ante la brillante luz que llegaba de la pared de ventanas en el otro extremo. Un roce de botas sobre la piedra la informó de que él se alejaba.

Justo cuando el ruido se desvaneció por completo, ella le prestó atención a la habitación, que seguía sin cambios desde la última vez que estuvo ahí, la puerta que conectaba con la que era la suite de Elain, en ese momento estaba sellada e inhabilitada.

El amplio espacio incluía fácilmente una gigantesca cama con dosel contra la pared a su izquierda, así como una pequeña área de descanso a su derecha, con un sofá y dos silloncitos. Una chimenea de mármol tallado ocupaba la pared delante del área de los sillones, afortunadamente oscura, y había muchas alfombras esparcidas por todas partes, que ofrecían un respiro entre los helados suelos de piedra.

Pero no era eso lo que le gustaba de aquella habitación. No, lo que le gustaba era lo que en ese momento tenía delante: la pared de ventanas que daban a la ciudad, al río, a las tierras llanas y al distante brillo del mar. Toda esa tierra, toda esa gente, tan lejos. Como si ese palacio flotara en las nubes. Durante su estancia allí, hubo días en los que la niebla era tan espesa como para bloquear la vista de abajo, haciendo remolinos tan cerca de la ventana que había podido atravesarlos con los dedos.

Pero en ese momento no flotaba nada de niebla. Las ventanas solo mostraban un claro día de comienzos de otoño, con la luz del sol casi enceguecedora.

Pasaron los segundos. Los minutos.

Un rugido familiar resonó en sus oídos. Ese pesado vacío tiraba de ella hacia abajo, con la seguridad de una criatura fantástica cuyas manos huesudas le agarraban los tobillos impulsándola hacia abajo, hacia una oscura superficie. Con la seguridad con la que había sido arrastrada bajo el agua eterna y helada del Caldero.

El cuerpo de Nesta se volvió distante, extraño, mientras cerraba las pesadas cortinas de terciopelo contra la luz. La oscuridad fue cubriendo poco a poco la habitación. Ignoró las tres maletas y los dos baúles colocados junto a la cómoda mientras se acercaba a la cama.

Apenas logró quitarse los zapatos con los pies antes de deslizarse por debajo de las capas de mantas y edredones de plumas blancas, cerró los ojos y respiró.

Y respiró.

Y respiró.

Capítulo 4

Mor ya se había apoderado de una mesa en el café frente al río, con un brazo colgando en el respaldo de una silla de hierro forjado, y el otro elegantemente recogido sobre sus rodillas cruzadas. Cassian se detuvo a pocos metros del laberinto de mesas junto a la pasarela, sonriendo para sí mismo al verla: la cabeza inclinada hacia el sol, el cabello suelto que brillaba y se ondulaba alrededor de ella como oro líquido, sus labios carnosos curvados hacia arriba, disfrutando de la luz.

Ella nunca dejó de valorar la luz del sol. Incluso después de quinientos años de haber salido de aquella verdadera prisión que llamaba hogar y los monstruos que la consideraban como una pariente, su amiga, su hermana, honestamente, todavía saboreaba cada momento bajo el sol. Como si los primeros diecisiete años de su vida, pasados en la oscuridad de la Ciudad Tallada, todavía la acecharan rodeándola como sombras de Az.

Cassian se aclaró la garganta al acercarse a la mesa, ofreciendo sonrisas agradables a los otros clientes y personas a lo largo de la pasarela que lo miraban con la boca abierta o lo saludaban moviendo la mano, y cuando se sentó, Mor ya estaba sonriendo irónicamente, sus ojos marrones iluminados por la diversión.

—No empieces —le advirtió él, mientras acomodaba sus alas en el respaldo de la silla y le hacía una seña al dueño del café, quien lo conocía lo suficientemente bien como para entender que eso significaba que quería agua, no té o dulces, cosas que Mor tenía ya ante sí.

Mor sonrió de un modo tan hermoso que lo dejó sin aliento.

—¿No puedo disfrutar de ver a mi amigo adulado por el público?

Él puso los ojos en blanco y murmuró su agradecimiento al dueño cuando una jarra de agua y un vaso aparecieron delante de él.

Cuando el dueño se fue a atender otras mesas, Mor dijo:

—Creo recordar un momento en el que también disfrutabas de ese tipo de cosas.

—Era un joven idiota y arrogante. —Sintió cierta vergüenza al recordar cómo se había pavoneado después de batallas o misiones exitosas, creyendo que se merecía las alabanzas de los extraños. Durante demasiado tiempo se había entregado a esas tonterías. Necesitó caminar por estas mismas calles después de que Rhys fuera encarcelado por Amarantha, después de que Rhys sacrificara tanto para proteger esta ciudad, y ver la decepción y el miedo en tantos rostros, para darse cuenta de lo tonto que había sido.

Mor se aclaró la garganta, como si sintiera la dirección de los pensamientos de él. Ella no poseía el conjunto de habilidades de Rhys, pero después de sobrevivir en la Corte de las Pesadillas, había aprendido a leer las expresiones más sutiles. Un mero parpadeo, le había dicho una vez, podía significar la diferencia entre la vida y muerte en esa miserable corte.

—¿Ya se acomodó, entonces?

Cassian sabía a quién se refería.

—Está durmiendo una siesta.

Mor resopló.

—No. —La atención de él pasó al brillante Sidra, a pocos metros de distancia—. Por favor, no lo hagas.

Mor tomó un sorbo de té. Era el retrato de la elegante inocencia.

—Estaríamos mejor si arrojamos a Nesta a la Corte de las Pesadillas. Le iría bien allí.

Cassian apretó la mandíbula, tanto por el insulto como por la veracidad de eso.

—Ese es exactamente el tipo de existencia del que estamos tratando de apartarla.

Mor lo evaluó con un movimiento de sus espesas pestañas.

—Te duele verla así.

—Todo eso me duele. —Él y Mor siempre habían tenido este tipo de relación: la verdad a toda costa, por dura que fuera. Desde aquella primera y única vez que durmieron juntos, cuando él se enteró demasiado tarde de que ella

le había ocultado las terribles repercusiones. Cuando vio su cuerpo roto y supo que, aunque le hubiera mentido, él seguiría desempeñando un papel.

Cassian dejó escapar un suspiro que apartó el recuerdo empapado de sangre que todavía manchaba su mente cinco siglos después.

—Me duele que Nesta se haya convertido… en esto. Me duele que ella y Feyre estén siempre listas para cortarse el cuello la una a la otra. Me duele que Feyre sufra por ello y sé que Nesta también sufre. Me duele que… —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, luego bebió un sorbo de agua—. Realmente no quiero hablar de eso.

—Muy bien. —La brisa agitó la tela vaporosa del vestido azul crepúsculo de Mor.

De nuevo él se permitió admirar su rostro perfecto. Más allá de las desastrosas consecuencias para Mor después de su noche juntos, los daños indirectos para Rhys habían sido terribles, y Azriel se había disgustado tanto, que Cassian había sofocado cualquier deseo adicional por Mor. Dejó que la lujuria se convirtiera en afecto, y que todos los sentimientos románticos se convirtieran en lazos familiares. Pero aún podía admirar su pura belleza, como podía admirar cualquier obra de arte. Aunque sabía bien que lo que había dentro de Mor era mucho más hermoso y perfecto que su exterior.

Se preguntó si ella lo sabría.

Bebió de nuevo.

—Cuéntame —dijo— lo que pasó en Vallahan. —El antiguo y montañoso territorio fae al otro lado del mar del norte había estado inquieto desde antes de la guerra con Hybern, y había sido tanto enemigo como aliado de Prythian en diferentes eras de la historia. Qué papel iban a tener el irascible rey de Vallahan y su orgulloso pueblo en este nuevo mundo de ellos era algo que aún no se había decidido, aunque gran parte de su destino parecía depender de la frecuente presencia de Mor en su corte como emisario de Rhys.

Lo cierto fue que los ojos de Mor se cerraron.

—No quieren firmar el nuevo tratado.

—Mierda. —Rhys, Feyre y Amren habían pasado meses trabajando en ese tratado, con aportes de sus aliados en otras cortes y otros territorios. Helion, alto lord de la Corte Día y el aliado más cercano de Rhys, había sido el que más se había involucrado. Helion Rompemaldiciones no tenía rival en cuanto a pura y jactanciosa arrogancia, probablemente él mismo se inventó el apodo. Pero este

macho tenía mil bibliotecas a su disposición y bien que las usó en beneficio del tratado.

—He pasado semanas en esa maldita corte —dijo Mor mientras tomaba la masa de hojaldre que tenía junto a su taza de té—, congelándome el trasero, tratando de adularlos en su frialdad, pero su rey y su reina rechazaron el tratado. Hoy he vuelto a casa más temprano porque sabía que cualquier insistencia de última hora de mi parte no sería bien vista. Después de todo, mi tiempo allí se suponía que debía ser una visita amistosa.

—¿Por qué no quieren firmarlo?

—Porque esas estúpidas reinas humanas son unas provocadoras… su ejército sigue todavía sin ser disuelto. La reina de Vallahan incluso me preguntó cuál era el sentido de un tratado de paz cuando otra guerra, esta vez contra los humanos, podría modificar las líneas territoriales muy por debajo del muro. No creo que Vallahan esté interesada en la paz. Ni en aliarse con nosotros.

—Entonces, ¿Vallahan quiere otra guerra para ampliar su territorio? —Ya se habían apoderado de más de lo que les correspondía después de la guerra de hacía quinientos años.

—Están aburridas —sugirió Mor a la vez que fruncía el ceño con disgusto—. Y los humanos, a pesar de esas reinas, son mucho más débiles que nosotros. Avanzar sobre los territorios humanos sería pan comido. Montesere y Rask probablemente estén pensando lo mismo.

Cassian gruñó mirando al cielo. Ese había sido el temor durante la guerra reciente: que esos tres territorios al otro lado del mar pudieran aliarse con Hybern. Si lo hubieran hecho, no habría habido ninguna posibilidad de supervivencia. Ahora bien, incluso con el rey de Hybern muerto, su pueblo seguía enfadado. Se podría reclutar de nuevo un ejército en Hybern. Y si se uniera con Vallahan, si Montesere y Rask se unieran con el objetivo de reclamar más territorios humanos…

—Eso ya se lo has dicho a Rhys.

No era una pregunta, pero Mor asintió moviendo la cabeza.

—Por eso te ha pedido que investigues qué está pasando con las reinas humanas. Me tomaré algunos días libres antes de regresar a Vallahan, pero Rhys necesita saber cuál es la posición de las reinas humanas en todo esto.

—Entonces ¿se supone que tú debes convencer a Vallahan para no comenzar otra guerra, y yo debo convencer a las reinas humanas para que tampoco lo hagan?

—Te será imposible llegar a las reinas humanas —aseguró Mor con franqueza—. Pero por lo que observé en Vallahan, sé que están tramando algo. Están planeando algo. Simplemente no podemos averiguar de qué se trata, o por qué los humanos serían tan estúpidos como para comenzar una guerra que no pueden ganar.

—Necesitarían algo en su arsenal que pudiera otorgarles cierta ventaja.

—Eso es lo que tienes que averiguar.

Cassian golpeteó con la bota las piedras del suelo.

—Sin presiones.

Mor apuró su té.

—Jugar al cortesano no es solo cuestión de ropas bonitas y fiestas elegantes.

Él frunció el ceño. Pasaron un buen rato en amable silencio, aunque Cassian pudo oír a medias el viento que susurraba sobre el Sidra, los alegres parloteos de la gente alrededor de ellos, el tintineo de los cubiertos contra los platos. Dispuesta a dejarlo pensar, Mor volvió a tomar el sol.

Cassian se enderezó.

—Hay una persona que conoce muy bien a esas reinas. Y puede ofrecer alguna información.

Mor abrió un ojo, luego se incorporó lentamente hasta quedar sentada, el cabello le caía envolviéndola como un ondulante río dorado.

—¿Ah, sí?

—Vassa. —Cassian no había tratado mucho con la reina humana derrocada… la única buena del grupo superviviente, que había sido traicionada por sus reinas colegas cuando la vendieron a un lord hechicero que la maldijo para que fuera un pájaro de fuego de día y una mujer de noche. Había tenido suerte. La otra reina rebelde se la habían entregado al attor. Quien la había empalado en un poste de luz que estaba unos pocos puentes más lejos de donde Cassian y Mor estaban sentados.

Mor asintió con la cabeza.

—Podría ser de ayuda.

Él apoyó los brazos sobre la mesa.

—Lucien está viviendo con Vassa. Y Jurian. Se supone que es nuestro emisario en los territorios humanos. Que se ocupe de eso.

Mor tomó otro bocado de su pastelillo.

—Ya no se puede confiar del todo en Lucien.

Cassian se sobresaltó.

—¿Qué dices?

—Incluso con Elain aquí, se ha convertido en íntimo de Jurian y Vassa. Está viviendo voluntariamente con ellos estos días. Y no solo como emisario. También como amigo.

Cassian repasó todo lo que había escuchado, examinando sus encuentros con Lucien desde la guerra, tratando de verlo tal como Rhys y Mor lo harían.

—Ha pasado meses ayudándolos a resolver la política de quien gobierna la porción de territorios humanos de Prythian —agregó Cassian lentamente—. De modo que Lucien no puede ser imparcial cuando nos informa sobre Vassa.

Mor asintió moviendo la cabeza con gravedad.

—Lucien puede tener buenas intenciones, pero sus informes podrían ser poco objetivos, aun cuando no sea consciente de ello, y en favor de ellos. Necesitamos a alguien fuera de su pequeña burbuja para reunir información y transmitirla. —Terminó su pastelillo—. Y ese serás tú.

Bien. Eso tenía sentido.

—¿Por qué no nos hemos puesto en contacto ya con Vassa?

Mor agitó una mano, aunque sus ojos sombríos contradecían su gesto de indiferencia.

—Porque justo ahora estamos descifrándolo todo. Pero deberías decididamente hablar con ella, cuando puedas. Más bien, tan pronto como puedas.

Cassian asintió con un gesto. No le disgustaba Vassa, aunque encontrarse con ella también implicaba hablar con Lucien y Jurian. Al primero ya se había acostumbrado, pero el último… No importaba que Jurian hubiera luchado del lado de ellos. Que el general humano que había sido prisionero de Amarantha durante cinco siglos hubiera luchado contra Hybern después de ser renacido por el Caldero, y hubiera ayudado a Cassian y a su familia a ganar la guerra. Lo cierto era que a Cassian seguía sin gustarle ese hombre.

Se levantó, y se inclinó para jugar con el brillante cabello de Mor.

—Te echo de menos estos días. —Últimamente se ausentaba con frecuencia, y cada vez que regresaba, una sombra que no podía identificar le opacaba los ojos—. Sabes que te avisaríamos en caso de que Keir viniera alguna vez por aquí. —El imbécil de su padre todavía no le había devuelto el favor a Rhys: visitar Velaris.

—Eris me dio tiempo. —Sus palabras estaban mezcladas con ácido.

Cassian había tratado de no creerlo, pero sabía que Eris lo había hecho como

un gesto de buena fe. Había invitado a Rhysand a entrar en su mente para que viera exactamente por qué había convencido a Keir de retrasar indefinidamente su visita a Velaris. Solo Eris tenía ese tipo de influencia sobre Keir, un hambriento de poder, y lo que fuera que Eris le hubiera ofrecido a Keir a cambio de que no viniera aquí seguía siendo un misterio. Al menos para Cassian. Muy probablemente Rhys lo sabía. Por la palidez del rostro de Mor, se preguntó si ella también lo sabría. Eris debía haber sacrificado algo grande para ahorrarle a Mor la visita de su padre, que probablemente habría sido calculada para producirse en un momento que pudiera aumentar su tormento.

—A mí no me importa. —Mor dio por terminada la conversación con un movimiento de su mano. Él se dio cuenta de que algo más la estaba carcomiendo. Pero lo dejaría entrar cuando estuviera lista.

Cassian caminó alrededor de la mesa y le dio un beso en la frente.

—Descansa un poco. —Y voló hacia el cielo antes de que ella pudiera responder.

Nesta se despertó en la más absoluta oscuridad.

Oscuridad que no había presenciado en años. Desde que aquella cabaña destartalada se había convertido en prisión e infierno.

Se incorporó de un salto, con las manos apretadas contra el pecho, y jadeó en busca de aire. ¿Había sido un sueño febril en una noche de invierno? Todavía estaba en aquella cabaña, todavía hambrienta, pobre y desesperada…

No. El aire en la habitación era tibio, y ella era la única persona en la cama, sin aferrarse a sus hermanas en busca de calor, siempre peleando por conseguir el codiciado lugar del medio en la cama en las noches más frías, o los bordes en las más calurosas del verano.

Y aunque se había quedado tan huesuda como lo había sido durante esos largos inviernos… este cuerpo también era nuevo. Fae. Poderoso. O lo había sido alguna vez.

Nesta se deslizó fuera de la cama frotándose la cara. El suelo estaba tibio. No eran las heladas tablas de madera de la cabaña.

Se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y miró afuera, a la ciudad oscurecida de abajo. Luces doradas brillaban en las calles, bailoteando en la

zigzagueante cinta que era el Sidra. Más allá de eso, solo la luz de las estrellas plateaba las tierras bajas antes del mar frío y vacío.

Una mirada al cielo no reveló nada con respecto a cuánto faltaba para el amanecer, y un largo rato de escucha sugirió que todos en la casa seguían dormidos. Los tres que la ocupaban.

¿Cuánto tiempo había dormido? Llegaron a las once de la mañana y se había quedado dormida poco después de eso. No había consumido absolutamente nada en todo el día. Le rugió el estómago.

Pero lo ignoró y apoyó la frente contra el frío vidrio de la ventana. Dejó que la luz de las estrellas le rozara suavemente la cabeza, el rostro, el cuello. Imaginó que sus dedos brillantes le recorrían la mejilla, tal como su madre le hacía a ella y solo a ella.

«Mi Nesta. Elain se casará por amor y belleza, pero tú, mi astuta y pequeña reina…, te casarás por la conquista».

Su madre se revolvería en su tumba al saber que, años después, su Nesta había estado peligrosamente cerca de casarse con un hombre de voluntad débil, hijo de un leñador, que se había quedado de brazos cruzados mientras su padre golpeaba a su madre. Quien le había puesto las manos encima cuando dio por terminadas las cosas entre ellos. Quien luego había intentado tomar lo que no le había ofrecido.

Nesta había intentado olvidar a Tomás. A menudo se encontraba deseando que el Caldero hubiera arrancado esos recuerdos tal como le había arrancado su humanidad, pero el rostro de él a veces mancillaba sus sueños. Y sus pensamientos en la vigilia. A veces, todavía podía sentir sus manos ásperas manoseándola, magullándola. A veces, el sabor a cobre de la sangre de él todavía le cubría la lengua.

Nesta se apartó de la ventana y estudió aquellas estrellas distantes otra vez. Medio se preguntaba si podrían hablar.

«Mi Nesta», su madre siempre la llamaba así, incluso en su lecho de muerte, tan consumida y pálida por el tifus. «Mi pequeña reina».

Nesta se había deleitado alguna vez con el título. Hizo todo lo posible para cumplir lo que el título prometía, entregándose a una vida deslumbrante que se había desvanecido tan pronto como los acreedores entraron y todos sus supuestos amigos revelaron no ser más que cobardes envidiosos con máscaras sonrientes. Ninguno de ellos se ofreció para ayudar a salvar a la familia Archeron de la pobreza.

Los habían arrojado a todos, simples niños y un hombre desmoronado, a los lobos.

Entonces Nesta se convirtió en lobo. Se armó con dientes y garras invisibles, y aprendió a golpear con mayor velocidad, con mayor profundidad, de manera más letal. Lo había disfrutado. Pero cuando llegó el momento de apartar al lobo, descubrió que la había devorado a ella también.

Las estrellas brillaban sobre la ciudad, como parpadeando su acuerdo.

Nesta apretó los puños y volvió a meterse en la cama.

Que el Caldero lo maldiga, tal vez no debió haber accedido a traerla a ese lugar.

Cassian yacía despierto en su gigantesca cama. Era tan grande que tres guerreros ilyrios podrían dormir en ella uno al lado del otro, con alas y todo. Poco en la habitación había cambiado en los últimos quinientos años. Mor ocasionalmente protestaba y quería redecorar la Casa del Viento, pero a él le gustaba esa habitación tal como era.

Se despertó con el sonido de una puerta que se cerraba e instantáneamente se puso en alerta, con el corazón martilleando mientras sacaba el cuchillo que guardaba en la mesita de noche. Tenía dos más escondidos debajo del colchón y había otro sobre la puerta. Además, había dos espadas, una debajo de la cama y otra en un cajón de la cómoda. Esa era solo su colección. La Madre sabría lo que Az guardaba en su propia habitación.

Supuso que entre él, Az, Mor y Rhys, en los cinco siglos que habían usado la Casa del Viento, la habían llenado con suficientes armas como para equipar una pequeña legión. Habían escondido, guardado y olvidado tantas de esas armas que siempre había una buena posibilidad de sentarse en un sofá y que alguna de ellas te pinchara el trasero. Y era muy posible que la mayoría de ellas estuvieran un poco más que oxidadas en sus vainas.

Pero las de este dormitorio las mantenía aceitadas y limpias. Listas.

El cuchillo brillaba a la luz de las estrellas, sus Sifones revoloteaban con luz roja mientras su poder examinaba el pasillo al otro lado de la puerta.

Pero no detectó ninguna amenaza, ningún enemigo había roto las nuevas barreras. Los soldados de Hybern lograron entrar hacía más de un año y casi consiguieron apoderarse de Feyre y Nesta en la biblioteca. Él no lo había

olvidado: aquel terror en el rostro de Nesta mientras corría hacia él, con los brazos extendidos.

Pero el sonido en el pasillo… era Azriel, se dio cuenta un instante después.

El solo hecho de que hubiera oído la puerta era una señal de que Az quería que fuera consciente de su regreso. No quería hablar, pero quería que Cassian supiera que andaba por ahí.

Lo que dejó a Cassian allí, mirando al techo, con sus Sifones durmiendo una vez más y el cuchillo de nuevo en su vaina y colocado en la mesita de noche. Por la posición de las estrellas supo que eran más de las tres. Faltaba mucho todavía para el amanecer. Debía dormir un poco. El día siguiente iba a ser bastante difícil.

Como si su silenciosa decisión hubiera salido al mundo, una suave voz de macho ronroneó en su mente.

¿Por qué estás despierto tan tarde?

Cassian escudriñó el cielo más allá de la pared de ventanas, como si hubiera visto a Rhys volando por allí.

Lo mismo digo.

Rhys se rio entre dientes.

Ya te lo dije: tenía que disculparme con mi pareja. Hizo una pausa larga y pícara. *Nos estamos tomando un descanso*.

Cassian se rio. *Deja dormir a esa pobre hembra*.

Fue ella quien inició esta ronda. Una pura satisfacción de macho envolvía cada palabra. *Aún no has respondido a mi pregunta*.

¿Por qué me espías a estas horas?

Quería asegurarme de que todo estuviera bien. No es mi culpa que ya estuvieras despierto.

Cassian dejó escapar un suave gruñido.

Está todo bien. Nesta se fue a dormir apenas llegamos y se quedó en la cama. Supongo que todavía está dormida.

Llegaste antes de las once.

Lo sé.

Son las tres y cuarto de la mañana.

Lo sé.

El silencio fue lo suficientemente incisivo como para que Cassian agregara: *No te metas*.

Ni soñando lo haría.

Cassian no quería particularmente tener esta conversación, no a las tres de la mañana y ciertamente no dos veces en un día.

Mañana por la noche te veré con un informe sobre la primera lección.

La pausa de Rhys fue de nuevo demasiado incisiva como para ignorarla. Y su hermano dijo:

Mor te llevará al Refugio del Viento. Buenas noches, Cass.

La oscura presencia en su mente se desvaneció, dejándolo vacío y helado.

El día de mañana iba a ser un campo de batalla diferente a cualquier otro en el que hubiera participado.

Cassian se preguntó cuánto de él quedaría intacto al final.

Capítulo 5

—Si no te comes eso, lo vas a lamentar en unos treinta minutos.

Sentada a la larga mesa en el comedor de la Casa del Viento, Nesta levantó la vista del plato de huevos revueltos y el cuenco humeante de avena cocida. El sueño todavía le pesaba en los huesos, lo que agudizaba su mal humor.

—No pienso comerme esto.

Cassian metió la cuchara en su propia porción, casi el doble de lo que había delante de ella.

—Es eso o nada.

Nesta se mantuvo perfectamente inmóvil en su silla, muy consciente de cada movimiento en las ropas de cuero de combate que se había puesto. Había olvidado lo que se sentía al usar pantalones… la desnudez de tener los muslos y el trasero en exhibición.

Afortunadamente, Cassian había estado demasiado ocupado leyendo un informe como para verla al entrar y deslizarse en su asiento. Miró hacia la puerta esperando que apareciera un sirviente.

—Voy a comer tostadas.

—Vas a quemar eso en diez minutos y estarás cansada. —Cassian movió la cabeza hacia la avena—. Ponle un poco de leche si necesitas hacerla más apetecible. —Y agregó antes de que ella pudiera pedirla—: No hay azúcar.

Apretó la cuchara.

—¿Como castigo?

—Te lo repito, te dará energía por un breve momento y luego te hará sucumbir. —Se metió una cucharada en la boca—. Necesitas mantener el nivel de energía constante durante todo el día. Los alimentos llenos de azúcar o un

poco de pan te dan un subidón temporal. Carnes magras, cereales integrales, frutas y verduras te mantienen relativamente estable y satisfecha.

Tamborileó con las uñas sobre la pulida mesa. Se había sentado en ese lugar varias veces antes, con los miembros de la corte de Rhysand. Pero ese día, con solo ellos dos, le parecía obscenamente grande.

—¿Hay alguna otra área de mi vida diaria que vayas a presidir?

Él se encogió de hombros, sin dejar de comer.

—No me des una razón para agregar alguna más a la lista.

Idiota arrogante.

Cassian volvió a señalar la comida moviendo la cabeza.

—Come.

Metió la cuchara en el cuenco, pero no la levantó.

—Haz lo que quieras, entonces. —Terminó su avena y volvió a los huevos.

—¿Cuánto durará la sesión de hoy? —El amanecer había revelado cielos claros, aunque sabía que las Montañas Ilyrias tenían su propio clima. Bien podrían estar ya cubiertas con las primeras nieves.

—Como dije ayer: la lección es de dos horas. Justo hasta el almuerzo. —Puso su cuenco en el plato y amontonó los cubiertos dentro. Desaparecieron un instante después. La magia de la Casa se ocupó de ellos—. Que será la próxima vez que comamos. —Miró intencionadamente la comida de ella.

Nesta se reclinó en su silla.

—Uno: no voy a participar en esta lección. Dos: no tengo hambre.

Los ojos color avellana de él parpadearon.

—No comer no traerá de vuelta a tu padre.

—Eso no tiene *nada* que ver con esto —susurró ella—. *Nada*.

Apoyó los antebrazos en la mesa.

—Dejémonos de tonterías. ¿Crees que no he pasado por lo mismo que tú? ¿Crees que no he visto, ni hecho, ni sentido todo eso antes? ¿Y que no he visto a los que amo lidiar con eso también? No eres la primera y no serás la última. Lo que le pasó a tu padre fue terrible, Nesta, pero…

Se puso de pie de un salto.

—Tú no sabes nada. —No podía detener el temblor que se apoderó de ella. Si era por rabia o por otra cosa, no lo sabía. Sus manos se convirtieron en puños —. Guárdate tus jodidas opiniones para ti mismo.

Él parpadeó ante la grosería, ante lo que ella supuso que era el gesto ardiente de rabia que le arrugaba el rostro. Y luego dijo:

—¿Quién te enseñó a maldecir?

Apretó los puños con más fuerza.

—Vosotros. Tenéis las bocas más sucias que jamás he escuchado.

Los ojos de Cassian se entrecerraron divertidos, pero su boca siguió siendo una delgada línea.

—Me guardaré mis jodidas opiniones para mí si comes.

Lanzó todo el veneno que pudo reunir en su mirada.

Él simplemente esperó. Inamovible como la montaña en la que la Casa estaba construida.

Nesta se sentó, agarró el cuenco de avena y se metió una grumosa cucharada en la boca, y el sabor casi le produjo náuseas. Pero hizo un esfuerzo y tragó. Luego otra cucharada. Otra. Hasta que el cuenco quedó limpio y luego comenzó con los huevos.

Cassian controlaba cada bocado.

Y cuando ya no quedó nada, cogió el plato y el cuenco, y le sostuvo la mirada mientras los ponía uno encima del otro. El ruido del traqueteo de los cubiertos llenó la habitación.

Se levantó de nuevo y se dirigió a él. Hacia la puerta más allá de él. Él también se puso de pie.

Nesta podría haber jurado que no respiraba cuando pasó por su lado, suficientemente cerca como para que un movimiento de su codo le rozara el estómago.

—Espero tu silencio —dijo ella con dulzura.

Incapaz de evitar que una sonrisa irónica apareciera en su boca, ella avanzó hacia la puerta. Pero una mano la agarró del brazo.

Los ojos de Cassian brillaron, el Sifón rojo atado en el dorso de la mano que la sujetaba parpadeó con color. Una sonrisa pícara y burlona le curvó los labios.

—Me alegra ver que te has despertado lista para jugar, Nesta. —La voz de él bajó hasta un retumbo grave.

No pudo evitar el tronar de su corazón al oír esa voz, el desafío en sus ojos, la cercanía y el tamaño de él. Nunca había podido evitarlo. Una vez le había dejado que le acariciara y le lamiera la garganta debido a ello.

Había dejado que la besara durante la batalla final. Apenas un beso —fue todo lo que pudo lograr, herido como estaba— y, sin embargo, eso la había destrozado por completo.

«No me arrepiento de nada en mi vida, salvo de eso. De no haber tenido

tiempo. De no haber tenido tiempo contigo, Nesta. Te encontraré de nuevo en el próximo mundo… en la próxima vida. Y tendremos ese tiempo. Te lo prometo».

Revivía esos momentos con más frecuencia de la que le gustaría admitir. La presión de los dedos de él al acariciarle el rostro, la forma en que sintió y saboreó la boca de él, manchada con sangre pero aún tierna.

No podía soportarlo.

Cassian ni siquiera parpadeó, aunque su mano en el brazo de ella se aflojó un poco.

Se obligó a no tragar saliva. Quería que su propia sangre en ebullición se enfriara hasta helarse.

Los ojos de él se entrecerraron de nuevo divertidos, y la soltó.

—Tienes cinco minutos antes de que nos vayamos.

Nesta logró alejarse un poco.

—Eres un bruto.

Él le guiñó un ojo.

—Así nací y fui criado.

Logró dar otro paso. Si ella se negaba a salir de la Casa, Cassian o Morrigan o Rhys podrían simplemente llevarla al Refugio del Viento. Y si se negaba absolutamente a hacer cualquier cosa, la arrojarían a los territorios humanos sin pensarlo dos veces. Darse cuenta de eso era suficiente para fortalecerla aún más.

—No vuelvas a ponerme las manos encima.

—Tomo nota. —Los ojos de él todavía brillaban.

Los dedos de ella se curvaron una vez más. Eligió sus siguientes palabras como cuchillos arrojadizos.

—Si crees que esta tontería del entrenamiento va a tener como resultado meterte en mi cama, estás delirando. —Y agregó con una media sonrisa—: Preferiría dejar entrar a un perro callejero sarnoso.

—Oh, no, el resultado no va a ser que yo me meta en tu cama.

Nesta disimuló una risita. Victoria lograda. Y estaba llegando a la escalera cuando oyó que canturreaba:

—Tú querrás meterte en la mía.

Se volvió hacia él, con el pie todavía suspendido en el aire.

—Prefiero pudrirme.

Cassian le dirigió una sonrisa burlona.

—Ya veremos.

Nesta trató de hallar alguna de esas palabras más hirientes, o una mueca, o

un gruñido, o algo, pero la sonrisa de él se hizo más grande.

—Tienes tres minutos para estar lista.

Nesta pensó en arrojarle lo que tenía más a mano: un florero sobre un pequeño pedestal junto a la puerta. Pero demostrarle que había logrado herirla sería demasiada satisfacción para él.

Así que simplemente se encogió de hombros y cruzó la puerta. Lentamente. Absolutamente indiferente a él y a sus jactanciosos e insufribles alardes.

Meterse en su cama. Qué locura.

Esos pantalones lo iban a matar.

Lo iban a matar de manera brutal, absoluta.

Cassian no había olvidado la imagen de Nesta con ropa ilyria de cuero para el combate durante la guerra… de ninguna manera lo iba a olvidar. Pero esto comparado con el recuerdo… Por la Madre en el cielo.

Toda palabra, todo idioma que él conocía se desvaneció al verla pasar junto a él, la espalda recta y con parsimonia, como cualquier noble dama que organizaba su residencia.

Cassian sabía que la había dejado ganar esa ronda, que había perdido la ventaja en el momento en que le dirigió aquel ligero encogimiento de hombros y continuó hacia el pasillo, sin pensar en la imagen que ofrecía. En cómo hacía que todo pensamiento, aparte del remolino más primario, quedara fuera de su mente.

Para calmarse necesitó los tres minutos completos que ella tardó en estar abajo. La Madre sabía que él ya tenía suficiente con qué lidiar ese día, tanto por la lección de Nesta, como el resto, sin tener que descender a pensamientos de arrancarle esos pantalones y adorar cada milímetro de ese espectacular trasero.

No podía permitirse distracciones como esa. Por un millón de razones.

Pero, demonios…, ¿cuándo había tenido un revolcón satisfactorio entre las sábanas por última vez? Ciertamente no desde la guerra. Tal vez desde antes de que Feyre los hubiera liberado a todos de las manos de Amarantha. El Caldero lo hirvió. Eso fue un mes antes de que Amarantha cayera, ¿no? Con esa hembra que había conocido en casa de Rita. En un callejón fuera de la sala de placer. Contra una pared de ladrillos. Rápido y sucio, y en cuestión de minutos, ya que ni él ni la hembra querían otra cosa más que una rápida liberación.

Ya hacía más de dos años de eso. Desde entonces solo había sido su mano.

Debería haberse rascado esa picazón en particular antes de decidir que vivir en la Casa con Nesta era una buena idea. Estaba sufriendo y a la deriva, y lo último que necesitaba era que él anduviera babeando tras ella. Agarrándole el brazo como un animal, incapaz de evitar acercársele.

Ella no quería tener nada que ver con él. Lo había dicho claramente en el solsticio de invierno.

«Sé con toda claridad qué es lo que quiero de ti».

Un puñado entero de nada.

Eso había roto una parte intrínseca de él, alguna última resistencia y una pizca de esperanza de que todo lo que habían soportado durante la guerra podría servir de algo. Que al abrirle su corazón cuando yacía moribundo, que cuando lo cubrió con su cuerpo y eligió morir junto a él, significaba que también lo había elegido a él.

Una maldita esperanza estúpida, y una que él debía saber que no tenía que albergar. Así que esa noche del solsticio de invierno en las calles heladas, cuando sabía que ella solo se había presentado en la casa de la ciudad para coger el dinero que Feyre le ofrecía a cambio de que hiciera acto de presencia, cuando ella le aseguró que no quería tener nada que ver con él… arrojó al Sidra congelado el regalo que había pasado meses buscando para luego dedicarse a sofocar los crecientes desacuerdos entre los ilyrios.

Y se había mantenido alejado de ella durante los nueve meses siguientes. Muy muy lejos. Estuvo muy cerca de cometer un error estúpido esa noche, de dejar su corazón al descubierto para que se lo arrancara del pecho. Él apenas logró alejarse con una cierta apariencia de orgullo. Por encima de su frío cadáver volvería a hacerle eso de nuevo.

Nesta apareció, esta vez con el cabello trenzado y recogido sobre la coronilla como una tiara tejida. Él se concentró en no mirar más abajo del cuello, de no mirar el cuerpo puesto en exhibición. Necesitaba recuperar el peso que había perdido y aumentar algo de músculo, pero… esa maldita ropa de cuero.

—Vamos —ordenó él, su voz áspera y fría. Gracias al Caldero por eso.

En la galería más allá de las puertas de cristal del comedor, Mor aterrizó, como si lanzarse desde diez metros por encima de las crujías no fuera nada. Aunque Cassian supuso que para ella eso era así.

Mor saltó de un pie a otro, frotándose los brazos y apretando los dientes. Le dirigió una mirada que decía: «Me debes mucho por esto, idiota».

Nesta frunció el ceño, pero se ocupó de su capa con elegantes y lentos movimientos, y luego se dirigió hacia donde Mor esperaba. Cassian las llevaría volando a ambas más allá de las crujías, y entonces Mor los transportaría hasta el Refugio del Viento.

Donde de alguna manera iba a encontrar el modo de convencer a Nesta para que entrenara.

Pero, afortunadamente, Nesta sabía qué tenía que hacer aunque más no fuera lo mínimo ese día, lo que significaba ir al Refugio del Viento. Siempre había sabido cómo librar este tipo de guerra mental y emocional. Habría sido una buena general. Todavía podría serlo, algún día.

Cassian no tenía claro si eso sería algo bueno. Eso de convertir a Nesta en un arma de ese tipo.

Había señalado al rey de Hybern en una promesa de muerte antes de verse convertida en alta fae en contra de su voluntad. Meses después, sostuvo su cabeza cortada como un trofeo y miró fijamente sus ojos sin vida.

Y si el Tallador de Huesos estaba en lo cierto cuando dijo que ella iba a emerger del Caldero convertida en algo a lo que había que temer… Mierda.

Él no se preocupó por su capa mientras abría de un tirón las puertas de cristal, respirando profundamente el aire fresco otoñal, y caminó hacia los brazos abiertos de Mor.

Ni el hielo ni la nieve cubrían la montaña del Refugio del Viento, pero eso no evitó que el intenso frío golpeara a Nesta en el momento en que aparecieron. Morrigan desapareció con un guiño a Cassian y una mirada de advertencia dirigida a Nesta, y los dejó que evaluaran el campo que se extendía frente a ellos.

Algunas casas pequeñas de piedra se alzaban a la derecha, y más allá de ellas se veían algunas residencias nuevas hechas de pino fresco. Un villorrio… pues en eso se había convertido ese lugar en los últimos tiempos. Justo delante de ellos estaban los *rings* de lucha, a lo largo del borde de la cima plana de la montaña, completamente equipados con varias armas, pesas y otros elementos para el entrenamiento. Nesta no tenía ni idea de lo que era ninguna de todas esas

cosas tan variadas, aparte de sus nombres básicos: espada, daga, flecha, escudo, lanza, arco, una bola puntiaguda sujeta a una cadena de aspecto brutal…

Al otro lado ardían fogatas, con nubes de humo que se elevaban por encima de un espacio cercado con diversos tipos de ganado, ovejas, cerdos y cabras, todos desprolijos, pero bien alimentados. Y, por supuesto, los propios ilyrios. Todas las hembras que se ocupaban de ollas y sartenes humeantes alrededor de esos fuegos se detuvieron cuando Cassian y Nesta aparecieron. También lo hicieron las docenas de machos que se agrupaban en campos de práctica de combate. Ninguno sonreía.

Un macho de hombros anchos y fornido a quien Nesta reconoció vagamente se plantó tranquilamente en su camino, flanqueado por una doble fila de machos más jóvenes. Todos ellos tenían sus alas recogidas, tal vez para avanzar como una unidad, pero cuando se detuvieron delante de Cassian, las alas se desplegaron ligeramente.

Cassian mantuvo las suyas en lo que Nesta llamaba su apertura informal, no amplia, pero tampoco recogidas con firmeza. Esa posición transmitía la dosis perfecta de serenidad y arrogancia, de presteza y poder.

La mirada de aquel macho conocido se dirigió a ella.

—¿Qué hace aquí?

Nesta le dirigió una sonrisa sigilosa.

—Brujería.

Podría haber jurado que Cassian murmuró una súplica a la Madre antes de intervenir.

—Te recuerdo, Devlon, que Nesta Archeron es la hermana de nuestra alta lady, y será tratada con respeto. —Las palabras expresaban la suficiente autoridad. Tanta, que incluso Nesta miró el rostro frío como la piedra de Cassian. No había escuchado ese tono inflexible desde la guerra—. Va a entrenar aquí.

Nesta quería empujarlo por el borde cercano que daba a un acantilado.

La cara de Devlon se endureció en un gesto acre.

—Cualquier arma que toque debe ser enterrada después. Déjalas en un montón.

Nesta parpadeó.

Las fosas nasales de Cassian se dilataron.

—No haremos tal cosa.

Devlon la olió y sus compinches se rieron.

—¿Estás sangrando, bruja? Si es así, no se te permitirá de ninguna manera

tocar las armas.

Nesta hizo una pausa. Contempló la mejor manera de bajarle los humos a ese bastardo.

Cassian habló con notable firmeza.

—Esas son supersticiones obsoletas. Puede tocar las armas tenga o no el período.

—Puede tocarlas —dijo Devlon—, pero de todos modos serán enterradas.

Se hizo un silencio. Nesta notó que la expresión de Cassian se ensombrecía al mirar a Devlon. Y aquel habló abruptamente.

—¿Cómo les está yendo a los nuevos reclutas?

Devlon abrió la boca, luego la cerró, irritado ante una pelea denegada.

—Bien —soltó, y se dio la vuelta, seguido por sus soldados.

El rostro de Cassian se tensaba con cada respiración, y Nesta se preparó. Un escalofrío se acumulaba lentamente en su sangre, lista para verlo destrozar a Devlon.

Pero Cassian solo gruñó.

—Vamos —dijo, y comenzó a caminar hacia un área de entrenamiento vacía.

Devlon miró hacia atrás, y Nesta le dirigió una fría mirada antes de seguir a Cassian. Siguió sintiendo la mirada del ilyrio como una ardiente marca en su espalda.

Cassian no fue hacia uno de los innumerables bastidores con armas distribuidos en toda el área de entrenamiento. Simplemente se detuvo en el *ring* más lejano, con las manos en las caderas, y la esperó.

Ni loca iba a reunirse con él. Vio una roca desgastada por la exposición a la intemperie cerca de un bastidor con armas, y muy suave, tal vez debido al duro clima o tal vez a la incalculable cantidad de guerreros que se habían sentado en ella, tal como ella hizo luego. Su piel sintió la superficie gélida aun a través del espesor de la ropa de cuero.

—¿Qué haces? —El hermoso rostro de Cassian era casi como el de un depredador.

Cruzó las piernas a la altura de los tobillos y dispuso la caída de su capa como la cola de un vestido.

—Te lo dije: no voy a entrenar.

—Levántate. —Él nunca le había dado órdenes de esa manera.

«Levántate», había sollozado ese día ante el rey de Hybern. «Levántate».

Nesta lo miró a los ojos. Quería que la mirada de ella fuera distante y serena.

—Estoy oficialmente asistiendo al entrenamiento, Cassian, pero no puedes obligarme a hacer nada. —Hizo un gesto para señalar el barro—. Arrástrame por ahí, si quieres, pero no voy a mover ni un dedo.

Las miradas de los ilyrios se dirigían a ellos como piedras. Cassian se enfureció.

Bien. Que vea qué desperdicio de vida, en qué cosa miserable se había convertido.

—Levántate de una vez. —Las palabras de él eran un suave gruñido.

Devlon y su grupo habían regresado, atraídos por la pelea, y se reunieron al otro lado del borde del campo de práctica. Los ojos color castaño de Cassian, sin embargo, permanecían fijos en ella.

Una leve nota suplicante parpadeaba en ellos.

«Levántate», una vocecita en su cabeza, en sus huesos. «No lo humilles así. No les des a estos imbéciles la satisfacción de verlo hacer el ridículo».

Pero su cuerpo se negó a moverse. Había trazado su línea y ceder… ante él… ante cualquiera…

Algo parecido al asco cubrió el rostro de él. Decepción. Ira.

Bien. Incluso cuando algo se desplomó dentro de ella, no pudo evitar el alivio.

Cassian se apartó de ella, sacó la espada envainada en la espalda. Y sin decir otra palabra, sin una mirada, comenzó sus ejercicios matinales.

Mejor que la odie. Era mejor así.

Capítulo 6

Cada serie de pasos y movimientos que Cassian realizaba era hermosa, letal y precisa, y Nesta nada pudo hacer para no quedar boquiabierta.

Nunca había podido apartar la mirada de él. Desde el momento en que se conocieron, había desarrollado una aguda conciencia de su presencia en cualquier espacio, en cualquier habitación. No podía impedirlo, ni bloquearlo, por mucho que sugiriera lo contrario.

«¡Vete!», le había suplicado él cuando agonizaba.

«No puedo», lloraba ella. «No puedo».

No sabía dónde estaba la persona que había sido en ese momento. No podía encontrarla y hacerla regresar.

E incluso mientras permanecía sentada en esa roca y miraba el balanceo de los pinos que cubrían las montañas, veía a Cassian por el rabillo del ojo, consciente de cada elegante movimiento, del ronroneo de su respiración equilibrada, del movimiento de su cabello oscuro en el viento.

—Veo que trabajas duro.

La voz de Morrigan hizo que Nesta desviara la mirada de las montañas y del guerrero que parecía una parte tan importante de ellas. La impresionante hembra estaba de pie a su lado, los ojos marrones fijos en Cassian, y la admiración brillaba en ellos. No había señales de Devlon ni de sus seguidores, como si se hubieran ido hacía mucho tiempo. ¿Habían pasado ya dos horas?

—Es hermoso, ¿no? —comentó Mor con voz suave.

La espalda de Nesta se puso rígida al escuchar la calidez de su tono de voz.

—Pregúntale a él.

El rostro de Morrigan no manifestaba nada de diversión al desviar su atención hacia Nesta.

—¿Por qué no estás allí?

—Me estoy tomando un descanso.

La mirada de Morrigan recorrió el rostro de Nesta, percibiendo la ausencia de sudor o enrojecimiento en su piel, ni siquiera parecía haberse despeinado.

—Sabes que hubiera votado para que te arrojaran de vuelta a los territorios humanos —señaló la hembra en voz baja.

—Claro que lo sé. —Nesta se negó a ponerse de pie para enfrentar el desafío —. Es bueno ser la hermana de Feyre. Tiene sus ventajas.

El labio de Morrigan se curvó. Más allá, Cassian detenía sus suaves movimientos.

Un fuego oscuro ardía en los ojos de Morrigan.

—He conocido a mucha gente como tú. —Se puso una mano sobre el abdomen—. Nunca te has merecido el beneficio de la duda que te conceden las personas buenas como él.

Nesta era muy consciente de eso. Y sabía a qué tipo de gente se refería Morrigan… a aquellos que habitaban en la Corte de las Pesadillas, en la Ciudad Tallada. Feyre nunca le había contado la historia completa, pero Nesta conocía los detalles principales: los monstruos habían atormentado y vejado a Morrigan hasta que fue arrojada a los lobos.

Nesta se apoyó en las manos. Sintió la fría roca a través de los guantes. Abrió la boca, pero Cassian ya las había alcanzado. Estaba casi sin aliento y brillante de sudor.

—Llegas temprano.

—Quería ver cómo iban las cosas. —Morrigan apartó su ardiente mirada de Nesta—. Parece que el de hoy ha sido un comienzo lento.

Cassian se pasó los dedos por el pelo.

—Se podría decirse que sí.

Nesta apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió.

Morrigan le tendió una mano y luego dirigió la otra hacia Nesta sin siquiera una mirada.

—¿Vamos?

Morrigan era una mojigata entrometida.

La idea se le cruzó por la mente a Nesta una vez instalada en la biblioteca subterránea debajo de la Casa del Viento. Una egoísta y mojigata entrometida.

Cassian no le había hablado durante la vuelta. Tampoco había esperado a ver si le ofrecía el almuerzo, antes de ir a su habitación y tomar un baño para calentarse los huesos.

Cuando salió del agua, encontró una nota que le habían deslizado por debajo de la puerta. La nota, concisa y escrita en letras llamativas, decía que estuviera en la biblioteca a la una. Sin amenazas ni promesas de enviarla a territorios humanos. Como si a él no le importara si ella obedecía o no.

Bueno, al menos doblegarlo había resultado más fácil de lo que había imaginado.

Se dirigió a la biblioteca no debido a algún deseo de obedecer sus órdenes o las de Rhysand, sino porque la alternativa era igualmente insoportable: quedarse sentada en su dormitorio silencioso, con solo el rugido en su cabeza para llenar el silencio.

Había pasado más de un año desde la última vez que estuvo allí.

Desde aquellos aterradores momentos en que los asesinos de Hybern habían entrado, persiguiéndolas a ella y a Feyre hasta el oscuro corazón de la biblioteca. Miró por encima del borde de la barandilla de piedra del rellano, directamente a la profunda negrura. Ya ninguna criatura antigua dormía en esa oscuridad, pero la penumbra seguía allí. Y en el fondo estaba el suelo donde Cassian había aterrizado, buscándola. Había tal rabia en su rostro al ver el terror de ella…

Cortó el pensamiento. Reprimió el temblor que la recorrió, y se concentró en la hembra sentada junto al escritorio, casi oculta tras las pilas de libros amontonados allí.

Las manos de la hembra estaban destrozadas. No había una forma educada de describirlas aparte de esa. Huesos doblados y deformados, dedos en ángulos incorrectos… Feyre había mencionado una vez que las sacerdotisas en esa biblioteca habían tenido pasados difíciles. Por decir lo mínimo.

Nesta no quería saber qué le habían hecho a Clotho, la alta sacerdotisa de la biblioteca, para dejarla así. Le cortaron la lengua y luego deliberadamente la curaron de esa manera para que el daño nunca fuera deshecho. Los machos la habían lastimado y…

«Manos que la empujan hacia abajo, hacia abajo, hacia el agua helada, voces riendo y burlándose».

«Un rostro de macho brutal sonreía mientras anticipaba el trofeo que sería arrancado…».

«No pudo detenerlo. No pudo salvar a Elain, que sollozaba en el suelo. No pudo salvarse a sí misma. Nadie vendría a rescatarla, y esos machos iban a hacer lo que querían, y el cuerpo de ella no era el suyo, no era humano… no por mucho tiempo más…».

Nesta obligó a sus pensamientos a volver al presente, haciendo retroceder la memoria.

Con el rostro velado en las sombras debajo de su capucha pálida, Clotho estaba sentada en silencio, como si hubiera visto los pensamientos que resonaban dentro de Nesta, como si supiera con qué frecuencia la despertaba el recuerdo de ese día en Hybern.

La límpida piedra azul que coronaba la capucha de la túnica de Clotho parpadeó como un Sifón en la penumbra mientras deslizaba un trozo de pergamino sobre el escritorio.

«Puedes comenzar hoy colocando libros en el nivel tres. Toma la rampa detrás de mí para llegar a él. Habrá un carrito con los libros, que están organizados alfabéticamente por autor. Si no hay autor, déjalos a un lado y pide ayuda al final de tu turno».

Nesta asintió con la cabeza.

—¿Cuándo termina mi turno?

Clotho sacó un pequeño reloj usando sus muñecas y el dorso de sus manos y lo puso junto a ella. Señaló con un nudillo abultado a las seis en punto.

Cinco horas de trabajo. Nesta podía hacerlo.

—Bien.

Clotho volvió a observarla. Como si pudiera ver el revuelto mar rugiente dentro de ella, que se negaba a dejarla tranquila por un momento siquiera, que se negaba a concederle un segundo de paz.

Nesta bajó la mirada hacia el escritorio. Se obligó a soltar un suspiro. Pero con ese escape por entre los labios, entró ese peso familiar.

«No valgo nada y no soy nada», estuvo a punto de decir Nesta. No estaba segura de por qué las palabras empujaban, presionándole los labios para dejarlas salir. «Odio todo lo que soy. Y estoy tan tan cansada. Estoy cansada de querer estar en cualquier parte, menos en mi propia cabeza».

Esperó a que Clotho hiciera un gesto, que hiciera algo para decir que había oído sus pensamientos.

La sacerdotisa señaló la biblioteca arriba y abajo. Un silencioso permiso para que se retirara.

Con pies pesados, Nesta se dirigió a la rampa por donde ascender.

La tarea era de baja categoría, pero requería suficiente concentración como para que el tiempo pasara y su mente se serenara hasta convertirse en una bienvenida nada.

Nadie se acercó a Nesta mientras buscaba secciones y estantes, recorriendo los lomos de los libros con los dedos en busca del lugar correcto. Había al menos tres docenas de sacerdotisas que trabajaban, investigaban y sanaban allí, aunque era casi imposible distinguirlas ya que todas vestían la misma túnica pálida y muchas mantenían las capuchas sobre sus caras. Las que se habían quitado las capuchas le ofrecían vacilantes sonrisas.

Este era su santuario, el que les había regalado Rhysand. Nadie podía entrar sin su permiso.

Lo que significaba que, por alguna razón, habían aprobado su presencia.

Las manos de Nesta estaban casi resecas por el polvo cuando una campana dio seis repiques de plata que resonaron por toda la cavernosa biblioteca, desde los niveles más altos hasta la oscura profundidad. Algunas sacerdotisas se levantaron de sus sillas; otras permanecieron trabajando.

Encontró a Clotho en el mismo escritorio. ¿Alguna vez se quitaba la capucha? Seguramente lo hacía para bañarse, pero ¿alguna vez le habría mostrado el rostro a alguien?

—He terminado por hoy —anunció Nesta.

Clotho deslizó otra nota sobre el escritorio.

«Gracias por tu asistencia. Te veremos mañana».

—Muy bien. —Nesta se guardó la nota en el bolsillo.

Pero Clotho levantó una mano rota. Nesta vio con gran asombro que una pluma estilográfica se elevaba sobre un trozo de papel y comenzó a escribir.

«Usa ropa que no te importe que se ensucie de polvo. Vas a destrozar ese hermoso vestido aquí».

Nesta miró el vestido gris que se había puesto sin pensar.

—Muy bien —repitió.

La pluma comenzó a moverse de nuevo, de alguna manera embrujada para conectarse con los pensamientos de Clotho.

«Ha sido un placer conocerte, Nesta. Feyre habla muy bien de ti».

Nesta se volvió.

—A nadie le gustan los mentirosos, sacerdotisa.

Podría haber jurado que un soplo de diversión revoloteó por debajo de la capucha de la mujer.

Cassian no se presentó a cenar.

Nesta se había detenido en su habitación solo el tiempo suficiente para lavarse el polvo de las manos y la cara, y luego casi corrió escalera arriba, con el estómago rugiendo.

El comedor estaba vacío. Que solo hubiera preparado un lugar le confirmó que le esperaba una comida solitaria.

Se quedó mirando la ciudad, bañada por el atardecer, con el único sonido de las telas de su vestido y el crujido de la silla.

¿Por qué estaba sorprendida? Lo había humillado en el Refugio del Viento. Era muy probable que estuviera con sus amigos en la casa del río, expresando su enfado y pidiéndoles que lo ayudaran a encontrar alguna otra forma de tratarla.

Apareció un plato de comida, servido sin ceremonias sobre la mesa. Hasta la Casa la odiaba.

Nesta frunció el ceño dirigiéndose a la habitación de piedra roja.

—Vino.

No apareció nada. Levantó la copa delante de ella.

—Vino.

Nada. Golpeteó con las uñas la superficie lisa de la mesa.

—¿Te han dicho que no me sirvas vino?

Hablarle a una casa: una nueva humillación.

Pero como si fuera una respuesta, el vaso se llenó de agua.

Nesta gruñó dirigiéndose hacia la arcada abierta detrás de ella.

—Muy gracioso.

Estudió la comida: medio pollo asado sazonado con algo que olía a romero y tomillo; puré de patatas bañado en mantequilla; y judías verdes salteadas con

ajo.

Ese silencio rugió en su cabeza, en la habitación.

Tamborileó con los dedos de nuevo.

Ridículo. Todo este asunto, esta interferencia prepotente era ridícula.

Nesta se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Guárdate tu vino. Tomaré el mío.

Capítulo 7

Sin la magia del muro que bloqueara el acceso a los territorios humanos, Mor se transportó con Cassian después de la puesta del sol directamente a la mansión que se había convertido en hogar y cuartel general de Jurian, Vassa y, aparentemente, Lucien. Aunque ya había pasado más de un año, los estragos de la guerra todavía eran evidentes alrededor de la finca: árboles caídos, parcelas de tierra yerma donde la vegetación aún no había brotado, y una desoladora vista general que hacía que la casa de piedra gris pareciera una superviviente accidental. A la luz de la luna, esa dura imagen parecía aún más vacía, los restos de árboles plateados, las sombras en la tierra con pozos más profundas.

Cassian no sabía a quién había pertenecido antes la casa y, al parecer, tampoco lo sabían sus nuevos ocupantes. Feyre le había dicho que ellos se llamaban a sí mismos Banda de Exiliados. Cassian sonrió para sí mismo ante la sola idea. Mor no se demoró después de dejarlo en la puerta de madera en forma de arco de la casa, sonriendo de una manera que le decía que, aunque se lo implorara, no iba a ayudarlo. No, quería verlo jugar al cortesano, tal como Rhys le había pedido.

Él no había planeado comenzar aquella misión ese día, pero después de aquel desastroso intento de lección a Nesta, tenía que hacer algo. Cualquier cosa.

Nesta sabía exactamente la tontería que estaba haciendo al negarse a abandonar aquella roca. Sabía lo que iban a pensar Devlon y los otros estúpidos fanfarrones. Lo sabía, y de todos modos lo hizo.

Así que apenas dejó a Nesta en la Casa, se dirigió a un acantilado desierto junto al mar donde el rugido de las olas ahogaba el furioso calor en sus huesos.

Se había detenido en la casa del río para admitir su fracaso, pero Feyre solo se mostró molesta por el comportamiento de Nesta, y Rhys le dirigió una mirada cautelosa y divertida.

Fue Amren quien le había dicho:

—Déjala cavar su propia tumba, muchacho. Luego ofrécele una mano.

—Pensé que eso era lo que había ocurrido el año pasado —le había respondido él.

—Sigue extendiéndole la mano —fue la única respuesta de Amren.

Se encontró con Mor poco después de eso y le explicó que necesitaba ser transportado, y ahí estaba. Levantó el puño hacia la puerta, pero aquella pieza de madera se abrió antes de que llegara a tocarla.

Apareció el bello rostro de Lucien, lleno de cicatrices. Sus ojos dorados zumbaban.

—Me pareció sentir que llegaba alguien.

Cassian entró en la casa y las tablas del suelo crujieron bajo sus botas.

—¿Acabas de llegar?

—No —respondió Lucien, y Cassian notó la tensión de sus hombros bajo la chaqueta gris oscuro que llevaba puesta. Un tenso silencio emanaba de cada piedra de la casa. Observó la disposición de los lugares, por si necesitaba buscar súbitamente una salida. Lo cual, dado el desagrado que Lucien irradiaba mientras caminaban hacia una arcada a su izquierda, no parecía una posibilidad remota.

Sin volverse, Lucien informó:

—Eris está aquí.

Cassian no alteró el paso. No buscó el cuchillo atado al muslo, aunque fue un esfuerzo bloquear el recuerdo del maltratado rostro de Mor. La nota clavada en su abdomen, su cuerpo desnudo arrojado como si fuera basura en la frontera de la Corte Otoño. El maldito bastardo la había encontrado allí y allí la dejó. Había estado en el umbral de la muerte y…

Los planes de Cassian para lo que le haría algún día iban mucho más allá del dolor infligido por un cuchillo. El sufrimiento de Eris debía durar semanas. Meses. Años.

A Cassian no le importaba que Eris hubiera convencido a Keir de retrasar su visita a Velaris, cosa que aparentemente había hecho por alguna pizca de bondad que pudiera quedar en él. No le importaba que Rhys hubiera notado algo en Eris que lo hacía confiar en él. Nada de eso le importaba una mierda. Su atención se

centró en el macho de pelo rojo sentado cerca del fuego que ardía sorprendentemente en una elegante sala. Tenía la suficiente experiencia como para saber estar en guardia ante un enemigo.

Eris descansaba en una silla dorada, con las piernas cruzadas. Su rostro pálido era el vivo retrato de la arrogancia cortesana.

Los dedos de Cassian se curvaron. Cada vez que había visto a ese cabrón en los pasados cinco siglos, había luchado con eso. Esa rabia cegadora ante el mero hecho de verlo.

Eris sonrió, muy consciente de ello.

—Cassian.

El ojo dorado de Lucien hizo clic al leer la rabia de Cassian mientras en su otro ojo, el rojizo, brillaba una advertencia.

El macho había crecido junto a Eris. Había convivido con la crueldad de Eris y de Beron. Su amante fue asesinada por su propio padre. Pero Lucien había aprendido a mantener la calma.

Bien. Rhys le había pedido a Cassian que hiciera esto. Debía pensar como Rhys, como Mor. Dejar a un lado la rabia.

Cassian se tomó un segundo para hacerlo, vagamente consciente de que Vassa estaba diciendo algo. Él había visto y a medias ignorado a los dos humanos en la habitación: el guerrero de pelo castaño —Jurian— y la joven reina pelirroja.

Si Rhys y Mor estuvieran ahí… No dirían ni una palabra sobre nada delante de Eris. Fingirían que aquella era una visita amistosa para ver cómo se mantenían unidos los territorios humanos. Aun cuando Eris fuera muy probablemente su aliado.

No, Eris era en efecto su aliado. Rhys había negociado con él, había trabajado con él. Eris había hecho su parte en todo momento. Rhys confiaba en él. Mor, a pesar de todo lo que había pasado, confiaba en él. Hasta cierto punto. De modo que Cassian supuso que también debía hacer lo mismo.

Le dolía la cabeza. Muchas cosas para calcular. Ya lo había hecho en los campos de batalla, pero estos juegos mentales y redes de mentiras… ¿Por qué Rhys le pidió que hiciera esto? Había sido directo al tratar con los ilyrios: les expuso con claridad el infierno que caería sobre ellos si se rebelaban y los ayudó en todo lo que necesitaron. Aquello no era de ninguna manera comparable con esto.

Cassian parpadeó y registró lo que Vassa había dicho: «General Cassian. Un

placer».

Le hizo una reverencia rápida y superficial a la reina.

—Su majestad.

Jurian tosió y Cassian miró al guerrero humano. ¿Otrora humano? ¿Parcialmente humano? No lo sabía. Jurian había sido despedazado por Amarantha, su conciencia de alguna manera quedó atrapada en su ojo, que ella había montado en un anillo y usado durante quinientos años. Hasta sus huesos persistentes habían sido utilizados por Hybern para resucitar su cuerpo y devolver aquella esencia a esta forma, la misma que había dirigido ejércitos en aquellos campos de batalla hacía mucho tiempo, durante la guerra. ¿Quién era Jurian? ¿Qué era él?

Desde su lugar en un ridículo sofá rosado junto a la pared del fondo, Jurian dijo:

—Solo se le sube a la cabeza cuando la llamas así.

Vassa se enderezó, su chaqueta color cobalto contrastaba con el rojo dorado de su cabello. De los tres pelirrojos que había en la sala, sus colores eran los que a Cassian le gustaban más: el tono dorado de su piel, el azul de sus ojos grandes e inclinados hacia arriba, enmarcados por pestañas y cejas oscuras, y el sedoso cabello rojo, que se lo había cortado a la altura de los hombros desde la última vez que la había visto.

—Soy una reina, ¿sabes? —le explicó Vassa a Jurian.

Una reina de noche y un pájaro de fuego de día, vendida por sus colegas reinas humanas a un lord brujo que la había hechizado. La había condenado a transformarse cada amanecer en un pájaro de fuego y ceniza. Cassian había esperado hasta la caída del sol para visitarla, y encontrarla en su forma humana. Necesitaba que ella pudiera hablar.

Jurian cruzó un tobillo sobre una rodilla, y dejó sus botas embarradas sin brillo a la luz del fuego.

—Lo último que supe fue que tu reino ya no era tuyo. ¿Sigues siendo una reina?

Vassa puso los ojos en blanco, luego miró a Lucien, quien se hundió en el sofá al lado de Jurian. Como si el macho fae hubiera resuelto discusiones similares entre ellos antes. Pero la atención de Lucien estaba puesta en Cassian.

—¿Has venido con novedades o con órdenes?

Muy consciente de la presencia de Eris cerca del fuego, Cassian mantuvo la mirada en Lucien.

—Te damos órdenes como nuestro emisario. —Asintió moviendo la cabeza en dirección a Jurian y a Vassa—. Pero cuando estás con tus amigos, solo hacemos sugerencias.

Eris resopló. Cassian lo ignoró y le preguntó a Lucien:

—¿Cómo está la Corte Primavera?

Tenía que darle crédito a Lucien: este macho de alguna manera podía moverse entre sus tres roles: emisario de la Corte Noche, aliado de Jurian y Vassa y enlace con Tamlin, y siempre vestido de manera impecable.

El rostro de Lucien no revelaba nada sobre cómo les iba a Tamlin y a su corte.

—Está bien.

Cassian no sabía por qué esperaba una actualización acerca del alto lord de Primavera. Lucien solo le daba esa información en privado a Rhys.

Eris resopló de nuevo ante los manejos de Cassian y, sin poder evitarlo, Cassian finalmente se volvió hacia él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Eris ni siquiera se movió en su asiento.

—Varias docenas de mis soldados estaban patrullando mis territorios hace varios días y no han regresado. No encontramos señales de lucha. Ni siquiera mis perros pudieron rastrearlos más allá de su última ubicación conocida.

Cassian bajó las cejas. Sabía que no debía permitir que nada se trasluciera, pero… Esos sabuesos eran los mejores de Prythian. Caninos bendecidos con su propia magia. Grises y lustrosos como el humo, podían correr tan rápido como el viento, y olfatear cualquier presa. Eran tan apreciados que la Corte Otoño prohibió que se regalaran o vendieran más allá de sus fronteras, y tan caros que solo los nobles podían ser sus dueños. Y rara vez los utilizaban para la cría, de modo que era muy difícil conseguir siquiera uno. Eris, Cassian lo sabía, tenía doce.

—¿Ninguno de ellos pudo transportarse? —quiso saber Cassian.

—No. Si bien la unidad es una de las más hábiles en combate, ninguno de sus soldados destaca por su magia ni por su reproducción.

La palabra reproducción fue dirigida a Cassian con una sonrisa irónica. Qué estúpido.

—Eris vino a preguntarme —intervino Vassa— si se me ocurría alguna razón por la que sus soldados podrían haberse metido en problemas con los humanos.

Sus perros detectaron olores extraños en el lugar de la abducción. Algunos parecían humanos, pero eran… extraños, de alguna manera.

Cassian arqueó una ceja mirando a Eris.

—¿Crees que un grupo de humanos podría matar a tus soldados? Pero ellos no pueden ser tan hábiles.

—Depende del humano —señaló Jurian, provocando que el rostro del macho se ensombreciera. Vassa era un espejo.

Cassian hizo una mueca.

—Lo siento. Lo… siento.

Vaya cortesano.

Pero Eris se encogió de hombros.

—Creo que muchos sectores están interesados en desencadenar otra guerra, y este sería el comienzo. Aunque quizá tu corte lo haya hecho. Y no descarto la posibilidad de que Rhysand haya podido transportar a mis soldados y plantar algunos aromas misteriosos para despistarnos.

Cassian le dirigió una sonrisa salvaje.

—Somos aliados, ¿recuerdas?

Eris le devolvió una sonrisa idéntica.

—Siempre.

Cassian no pudo evitarlo.

—Tal vez hiciste que tus propios soldados se desvanecieran en el aire… si es que de verdad desaparecieron… y solo estás inventando todo esto por la misma razón estúpida que acabas de lanzar.

Eris se rio entre dientes, y Jurian intervino.

—Ha habido tensiones entre los humanos y los de tu especie. Pero, por lo que sabemos, por lo que nos hemos enterado gracias a las fuerzas de lord Graysen, los humanos de aquí han respetado las viejas líneas de demarcación y no tienen ningún interés en generar problemas.

Sin embargo, algo quedó sin ser dicho.

¿Preguntar sobre las reinas humanas en el continente revelaría las intenciones de Rhys? La conversación se había encauzado hacia esa dirección, por lo que podía sacar el tema como una charla cualquiera, más que como la razón por la que había venido aquí… Joder, cómo le dolía la cabeza.

—¿Qué hay de tus… tus hermanas? —Le dirigió un movimiento de cabeza a Vassa—. ¿Tendrán algo que ver con esto?

La mirada de Eris se dirigió hacia él y Cassian frenó los improperios que

quería lanzarle. Quizá había hablado de más. Deseó que Mor estuviera allí. Aunque meterlos juntos en una habitación… No, mejor ahorrarle semejante dolor.

Los ojos azulados de Vassa se oscurecieron.

—En realidad, estábamos llegando a eso. —Le hizo un gesto a Cassian—. Has escuchado los mismos rumores que nosotros. Se están movilizando de nuevo al otro lado del mar y están dispuestas a provocar problemas.

—La cuestión es si son tan estúpidas como para hacerlo —observó Jurian.

—Son cualquier cosa menos estúpidas —aseguró Lucien y sacudió la cabeza —. Pero dejar un olor humano en el sitio es una pista tan obvia que parece improbable que fuera una de ellas.

—Cualquier movimiento que hagan tiene mucho peso —destacó Vassa, mirando la pared de ventanas con vistas a los destruidos territorios a lo lejos—. Aunque no entiendo por qué alguna de ellas iba a querer capturar a tus soldados —le dijo a Eris, que parecía estar controlando cada palabra que saliera de sus bocas—. Hay otros fae en el continente, así que ¿para qué molestarse en cruzar el mar para apoderarse de los tuyos? ¿Y por qué no los de la Corte Primavera? Tamlin no se daría cuenta de si falta alguien a estas alturas.

Lucien sintió un escalofrío, y Cassian, si bien se inclinaba a sonreír con ironía ante la idea del sufrimiento de ese cabrón, se encontró frunciendo el ceño. Si la guerra estaba cerca necesitaban que Tamlin y sus fuerzas estuvieran en forma para luchar. Necesitaban que Tamlin estuviera listo. Rhys lo había visitado con regularidad, asegurándose de que estuviera de su lado y también de que estuviera en condiciones de liderar.

Cómo Rhys se las había arreglado para no matar al alto lord de Primavera era algo que Cassian todavía no podía entender.

Pero esa era la razón por la que Rhys era alto lord y Cassian, su espada.

Sabía que, si alguna vez conseguía el nombre del bastardo humano que había puesto sus manos sobre Nesta, nada le iba a impedir encontrar al hombre. Una conversación que había tenido con Nesta años atrás, cuando todavía era humana, siempre acechaba en el fondo de su mente. Cómo se había tensado al tocarla, entonces olió y vio el miedo en sus ojos y supo… que un hombre la había lastimado. O lo intentó. Nunca le contó los detalles, pero el hecho de que se negase a compartir el nombre de ese hombre era una prueba suficiente de ello. A menudo había imaginado cómo mataría al hombre, si Nesta le daba el visto bueno. Arrancarle la piel de los huesos sería un buen comienzo.

Sus amigos entenderían la herida que lo presionaba. Hasta qué punto el dolor de esa antigua herida lo empujaría. Un campamento ilyrio arrasado fue todo lo que quedó la primera y última vez que se dejó llevar por la rabia.

Y Rhys lo había designado para hacer el papel de cortesano. Para que dejara a un lado la espada y usara sus palabras. Era una broma.

Eris descruzó las piernas.

—Supongo que esto podría sembrar tensiones entre nosotros. Hacer que nos miremos con desconfianza. Debilitar nuestros lazos.

—Eso es lo que Hybern habría hecho —convino Jurian—. Él podría haberles enseñado una o dos cosas. —Antes de que Nesta lo decapitara.

Entonces intervino Vassa.

—Las reinas no requieren enseñanza alguna. Ya eran grandes expertas en traiciones antes de entrar en contacto con Hybern. Y habían enfrentado a monstruos más grandes que él.

Cassian podría haber jurado que las llamas ondearon en sus ojos azules.

Tanto Jurian como Lucien fijaron la mirada en ella. El rostro del primero resultaba completamente ilegible, y el del otro era de dolor. Cassian reprimió su estremecimiento. Antes de venir a este lugar debió haberle preguntado a alguien cuánto tiempo le quedaba a Vassa antes de verse obligada a regresar al continente… a un lago remoto donde un lord hechicero la tenía presa, y le había permitido salir solo por un tiempo limitado, como parte de un trato que el padre de Feyre había hecho.

El padre de Feyre… y padre de Nesta. Cassian bloqueó el recuerdo del cuello resquebrajado del hombre. De la cara de Nesta cuando eso sucedió. Decidió mandar la cautela al infierno, y preguntó:

—¿Cuál de las reinas haría algo tan audaz?

El rostro dorado de Vassa se tensó.

—Briallyn.

La alguna vez joven, alguna vez reina humana que se había vuelto alta fae gracias al Caldero. Pero en su rabia por lo que fuera que Nesta le quitó, el Caldero había castigado a Briallyn. La convirtió en una fae inmortal, sí… pero en la forma de una vieja bruja. Condenada a ser vieja por milenios.

Ella no había ocultado su odio por Nesta. Su deseo de venganza.

Si Briallyn hacía una jugada contra Nesta, él mismo mataría a la reina.

Cassian trató de pensar por encima de la bestia que bramaba en su cabeza y que tensaba cada músculo de su cuerpo hasta que solo la violencia sangrienta

podía apaciguarlo.

—Tranquilo —sugirió Lucien.

Cassian gruñó.

—Tranquilo —repitió Lucien, y una llama chisporroteó en su ojo rojizo.

Esa llama, el sorprendente poder dentro de ella, golpeó a Cassian como una piedra en la cabeza, sacándolo de su necesidad de matar y matar y matar cualquier cosa que pudiera resultar una amenaza…

Todos estaban mirando. Cassian aflojó sus tensos hombros y estiró las alas. Había revelado demasiado. Como un estúpido bruto, permitió que todos ellos vieran demasiado, supieran demasiado.

—Envía a ese cantor de sombras tuyo para rastrear a Briallyn —ordenó Jurian con tono grave—. Si de alguna manera es capaz de capturar una unidad de soldados fae, tenemos que saber cómo. Y rápidamente. —Habló como el general que Jurian alguna vez había sido.

Cassian se dirigió a Vassa.

—¿De verdad crees que Briallyn haría algo así? ¿Sería tan indolente? Alguien tiene que estar tratando de engañarnos para que vayamos tras ella.

—¿Cómo pudo llegar hasta aquí y desaparecer tan rápido? —preguntó Lucien—. Cruzar el mar lleva semanas. Tendría que transportarse para lograrlo.

—Las reinas pueden transportarse —corrigió Jurian—. Lo hacían durante la guerra, ¿recuerdas?

—Pero solo cuando varias de nosotras estamos juntas —precisó Vassa—. Y no lo hacen como los fae, sino con un poder diferente. Algo semejante a la forma en que los siete altos lores pueden combinar los poderes de todos ellos para realizar milagros.

Bueno, joder.

—Sé de buena tinta —dijo Eris— que las otras tres reinas se han dispersado. —Cassian se guardó esa información y las preguntas que planteaba. ¿Cómo se había enterado Eris de eso?—. Briallyn vive sola en su palacio desde hace semanas. Mucho antes de que mis soldados desaparecieran.

—Entonces no puede transportarse —concluyó Cassian—. Y de nuevo… ¿sería realmente tan tonta como para hacer algo así si las otras reinas se han ido?

Los ojos de Vassa se ensombrecieron.

—Sí. La partida de las otras le serviría para eliminar obstáculos para sus ambiciones. Pero ella solo lo haría si tuviera a alguien de inmenso poder detrás de ella. Quizá alguien moviendo los hilos de sus movimientos.

Hasta el fuego pareció apagarse.

El ojo de Lucien hizo clic.

—¿Quién?

—¿Te preguntas quién es capaz de hacer que una unidad de soldados fae al otro lado del mar se desvanezca? ¿Quién podría darle a Briallyn el poder de transportarse… o lo hiciera por ella? ¿Quién podría ayudar a Briallyn para que fuera lo suficientemente audaz como para hacer tal cosa? Piensa en Koschei.

Cassian se congeló mientras los recuerdos iban encajando en su sitio, tan precisos como uno de los rompecabezas de Amren.

—El hechicero que te encarceló se llama Koschei, ¿no? ¿Él es… el hermano del Tallador de Huesos? —Todos se quedaron boquiabiertos. Y Cassian aclaró —: El Tallador de Huesos alguna vez me mencionó un hermano, un verdadero compañero inmortal y un lord de la muerte. Ese era su nombre.

—Sí —confirmó Vassa con un suspiro—. Koschei es… era… el hermano mayor del Tallador de Huesos.

Lucien y Jurian la miraron con sorpresa. Pero la mirada de Vassa seguía fija en él. Una mirada llena de miedo y de odio, como si el solo hecho de pronunciar el nombre de ese macho fuera aborrecible.

La voz de ella se volvió áspera.

—Koschei no es un simple hechicero. Está confinado en el lago debido a un antiguo hechizo. Porque una vez lo engañaron.

Todo lo que hace es para liberarse.

—¿Por qué fue hecho prisionero? —quiso saber Cassian.

—Es una historia demasiado larga como para contarla —se excusó—. Pero deben saber que Briallyn y las otras me vendieron a él no por sus propios medios, sino gracias a él. Con palabras que introdujo en sus cortes, susurradas a los vientos.

—Todavía está en el lago —informó Lucien con cuidado. Lucien había estado allí, recordó Cassian. Había ido con el padre de Nesta al lago donde Vassa estaba cautiva.

—Sí —confirmó Vassa, con alivio en sus ojos—. Pero Koschei es tan viejo como el mar… más viejo.

—Algunos dicen que es la misma Muerte —murmuró Eris.

—No sé si eso es cierto —dijo Vassa—, pero lo llaman Koschei *el Inmortal*, porque no lo espera la muerte. Es verdaderamente inmortal. Y estaría al tanto de cualquier cosa que pudiera darle a Briallyn una ventaja contra nosotros.

—¿Y crees que Koschei haría todo esto —presionó Cassian—, no por simpatía por las reinas humanas, sino con el objetivo de liberarse a sí mismo?

—Ciertamente. —Vassa se miró las manos y flexionó los dedos—. Tengo miedo de lo que pueda suceder si alguna vez se libera del lago. Si viera que este mundo está en la cúspide del desastre podría aprovechar el momento para dar el golpe, y atacar con fuerza para convertirse él mismo en su amo. Como ya intentó hacer alguna vez, hace mucho tiempo.

—Esas son leyendas anteriores a nuestras cortes —señaló Eris.

Vassa asintió.

—Eso es todo lo que aprendí durante el tiempo en que me tuvo esclavizada.

Lucien miraba por la ventana, como si pudiera ver el lago más allá de un mar y de un continente. Como si estuviera fijando su objetivo.

Pero Cassian ya había escuchado suficiente. No esperó sus saludos de despedida antes de dirigirse al pasaje abovedado y al vestíbulo del frente que lo seguía.

Había dado dos pasos más allá de la puerta principal y respiraba el aire fresco de la noche, cuando Eris habló detrás de él.

—Eres muy mal cortesano. —Cassian se dio la vuelta y encontró a Eris cerrando la puerta principal para apoyarse en ella. Su rostro se veía pálido y pétreo a la luz de la luna—. ¿Qué es lo que sabes?

—Tan poco como tú —respondió Cassian, ofreciéndole una verdad que esperaba que Eris considerara un engaño.

Eris olió la brisa nocturna. Luego sonrió.

—¿No podía molestarse y entrar a saludar?

Cassian no sabía cómo había detectado el persistente olor de Mor. Quizá Eris y sus sabuesos tenían más en común de lo que pensaba.

—No sabía que estabas aquí.

Una mentira. Probablemente Mor había percibido su presencia. Él le evitó el dolor de volver a ese lugar, e hizo que Rhys lo fuera a buscar. Volaría hacia el norte durante unas horas, hasta estar al alcance del poder de Rhys… y luego le enviaría un pensamiento.

El largo cabello rojo de Eris se agitó con el viento.

—Sea lo que sea que estés haciendo, lo que sea que estés investigando, quiero ser parte de ello.

—¿Por qué? Y desde ya, no.

—Porque necesito la ventaja que tiene Briallyn, lo que Koschei le dijo o le

mostró.

—Para derrocar a tu padre.

—Porque mi padre ya le prometió sus fuerzas a Briallyn y la guerra que ella tanto ansía.

Cassian se sobresaltó.

—¿Qué?

El rostro de Eris se cubrió de fría diversión.

—Quería tantear a Vassa y a Jurian. —No mencionó a su hermano, por extraño que parezca—. Pero ellos claramente saben poco sobre esto.

—Explica qué diablos quieres decir con eso de que Beron le ha prometido sus fuerzas a Briallyn.

—Es exactamente lo que digo. Se enteró de sus ambiciones, y fue a su palacio hace un mes para reunirse con ella. Yo me quedé aquí, pero envié a mis mejores soldados con él. —Cassian se abstuvo de criticar a Eris por decidir no participar, especialmente cuando pronunció las últimas palabras.

—¿No serían esos los mismos soldados que desaparecieron, no?

Eris asintió con gravedad.

—Regresaron con mi padre, pero estaban… apagados. Distantes y extraños. Desaparecieron poco después y mis perros confirmaron que los aromas en la escena son los mismos que los de los regalos que Briallyn envió para ganarse el favor de mi padre.

—¿Sabías que era ella todo este tiempo? —Cassian señaló la Casa y a las tres personas en su interior.

—No pensaste que iba a soltar toda esa información, ¿verdad? Necesitaba que Vassa confirmara que Briallyn podía hacer algo así.

—¿Por qué Briallyn se iba a aliar con tu padre solo para secuestrar a tus soldados?

—Eso es lo que me gustaría averiguar.

—¿Qué dice Beron?

—Él no lo sabe. Tú sabes cuál es mi posición respecto a mi padre. Y esta alianza impía que ha establecido con Briallyn solo nos hará daño. A todos nosotros. Se convertirá en una guerra fae por el control. De modo que quiero encontrar respuestas por mi cuenta… y no por lo que mi padre trate de darme.

Cassian observó al macho, su rostro sombrío.

—Entonces eliminamos a tu padre.

Eris resopló y Cassian se erizó.

—Soy la única persona a la que mi padre le ha hablado de sus nuevas obligaciones. Si la Corte Noche hace una jugada, eso me expondrá a mí.

—Entonces, tu preocupación por la alianza de Briallyn con Beron es por lo que significa para ti, y no para el resto de nosotros.

—Solo deseo defender a la Corte Otoño de sus peores enemigos.

—¿Y por qué debería yo trabajar contigo en esto?

—Porque de hecho somos aliados. —La sonrisa de Eris comenzó a parecerse a la de un lobo—. Y porque no creo que a tu alto lord le gustara que yo fuera a otros territorios y les pidiera que ayudaran a Briallyn y Koschei. Para ayudarlos, recuerda que lo único que podría necesitar para asegurar la alianza de Briallyn sería entregar a cierta hermana Archeron. No serás tan estúpido como para creer que mi padre tampoco pensó en eso.

La rabia de Cassian brilló en rojo ante sus ojos. Ya había revelado antes esa debilidad. Que Eris viera lo mucho que significaba Nesta para él, todo lo que haría para defenderla.

«Tonto», se maldijo a sí mismo. «Estúpido, tonto inútil».

—Podría matarte ahora y no preocuparme por esto en absoluto —reflexionó Cassian. Había disfrutado dándole una paliza al macho aquella noche en el hielo con Feyre y Lucien. Y habría esperado siglos para matarlo, de todos modos.

—Entonces ciertamente tendrías una guerra en tus manos. Mi padre iría directamente a Briallyn, y a Koschei, supongo, y luego a los otros territorios descontentos, y tú serías borrado del proverbial mapa. Tal vez literalmente, ya que la Corte Noche sería repartida entre los otros territorios, si Rhysand y Feyre mueren sin un heredero.

Cassian apretó la mandíbula.

—Entonces ¿serás mi aliado me guste o no me guste?

—El bruto por fin comprende. —Cassian ignoró la pulla—. Sí. Lo que tú sepas, yo quiero saberlo. Te avisaré de cualquier movimiento por parte de mi padre relacionado con Briallyn. Así que envía a tu cantor de sombras. Y cuando vuelva, búscame.

Cassian lo miró con las cejas bajas. La boca de Eris se curvó hacia arriba, y antes de transportarse en la noche como un fantasma, dijo:

—Limítate a librar batallas, general. Deja el gobierno a aquellos que saben cómo jugar ese juego.

Capítulo 8

Nesta no se molestó en ir a la bodega. Ni a la cocina. Seguramente estaban cerradas con llave.

Pero sabía dónde estaba la escalera. Conocía esa puerta en particular; esa al menos, no estaría cerrada con llave.

Todavía gruñendo, Nesta abrió de un tirón la pesada puerta de roble y miró la empinada y estrecha escalera que bajaba. Escalera de caracol. Cada escalón unos treinta centímetros de altura.

Diez mil escalones, dando vueltas, vueltas y vueltas. Solo alguna ocasional ventana estrecha para ofrecer un soplo de aire y hacer un rápido cálculo del avance.

Diez mil escalones entre ella y la ciudad… y luego una caminata de poco más de un kilómetro desde el pie de la montaña hasta la taberna más cercana. Y siempre esperando el bendito olvido.

Diez mil escalones.

Ya no era humana. Ese cuerpo de alta fae podía hacerlo.

Podía hacerlo.

No pudo hacerlo.

El mareo fue lo primero. Dar vueltas, una y otra vez, con los ojos mirando hacia abajo para evitar un resbalón que podría matarla, todo eso hizo que la cabeza le diera vueltas.

Se le revolvió el estómago vacío.

Pero se concentró, contando cada escalón. Setenta. Setenta y uno. Setenta y dos.

La ciudad allá abajo apenas se iba acercando a través de las ocasionales ventanas estrechas junto a las que pasaba.

Comenzaron a temblarle las piernas; las rodillas se quejaban del esfuerzo para mantenerla erguida, para mantener el equilibrio en el empinado descenso de cada escalón.

Solo su propia respiración y el ruido de sus pasos sobre los escalones llenaban el angosto espacio. Lo único que podía ver era la curva sin fin, el arco perfecto de la pared delante de ella. Nunca se alteraba, salvo por esas pequeñas y escasas ventanitas.

Vueltas, vueltas, vueltas, vueltas y vueltas…

Ochenta y seis; ochenta y siete…

Hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo y hacia abajo…

Cien.

Se detuvo, no había ventana a la vista, y las paredes parecían acorralarla, el suelo seguía moviéndose…

Nesta se inclinó sobre la pared de piedra roja, dejando que su frente absorbiera el frescor. Respiró.

Faltaban nueve mil novecientos escalones.

Apoyó una mano en la pared, reanudó el descenso.

La cabeza le daba vueltas otra vez. Sus piernas se tambaleaban.

Bajó once escalones más antes de que sus rodillas se doblaran tan repentinamente que casi se resbaló. Solo su mano agarrada a la pared irregular evitó que se cayera.

El pozo de la escalera giraba, giraba y giraba, y cerró los ojos para no verlo.

Su jadeo irregular rebotaba en las piedras. Y en el silencio, no tenía defensas contra lo que le susurraba la mente. No podía callar las últimas palabras que dijo su padre.

«Te amé desde el primer momento en que te tuve en mis brazos».

«Por favor», le había rogado al rey de Hybern. «Por favor».

De todos modos, le rompió el cuello a su padre.

Nesta apretó los dientes y respiró con fuerza, casi resoplando. Abrió los ojos y estiró la pierna para dar otro paso.

Todo temblaba tanto que no se atrevió.

No se permitió pensar en ello, ni enfurecerse por ello, y dio la vuelta. Ni

siquiera se permitió sentir la derrota. Las piernas protestaron, pero las obligó a subir. A alejarse.

Vueltas, vueltas de nuevo.

Arriba, arriba, ciento once escalones.

Casi subió gateando los últimos treinta, sin poder recuperar el aliento, el sudor se acumuló en el corpiño del vestido. Tenía el cabello pegado al cuello húmedo. ¿Cuáles eran los malditos beneficios de convertirse en alta fae si no podía soportar eso? Había aprendido a aceptar las orejas puntiagudas. El ciclo menstrual infrecuente, que Feyre le había advertido que sería doloroso, en realidad fue una bendición, algo de lo que Nesta estaba feliz de preocuparse solo dos veces al año. Pero ¿qué sentido tenía todo eso, o alguna de esas cosas, si no podía dominar esa escalera?

Mantenía los ojos fijos en cada escalón y no en la pared curva y la sensación de vértigo que le producía.

Esta odiosa Casa. Este horrible lugar.

Gruñó cuando finalmente la puerta de roble en la parte superior de la escalera se hizo visible.

Clavaba los dedos en cada escalón con tanta fuerza que las puntas gemían de dolor. Se arrastró hasta los últimos, deslizándose por el suelo del pasillo.

Hasta quedar cara a cara delante de Cassian, que sonreía irónico y apoyado en la pared adyacente.

Cassian necesitó algo de tiempo antes de volver a verla.

Puso al día a Rhys y a los demás apenas regresó; y ellos recibieron esa información con rostros severos y sombríos. Al terminar, Azriel ya se estaba preparando para un reconocimiento en torno a Briallyn, mientras que Amren pensaba sobre los poderes o recursos que la reina y Koschei podrían tener, si en realidad habían capturado a los soldados de Eris con tanta facilidad.

Y luego Cassian recibió el golpe de una nueva orden: vigilar a Eris.

—Más allá del hecho de que se acercara a ti —le había dicho Rhys—, tú eres mi general. Eris comanda las fuerzas de Beron. Mantente en comunicación con él.

Cassian había comenzado a objetar, pero Rhys había dirigido una dura mirada a Azriel y Cassian cedió. Az ya tenía demasiado a su cargo. Cassian podía ocuparse él solo de ese Eris de mierda.

«Eris quiere evitar una guerra que lo exponga —había adivinado Feyre—. Si Beron se pone del lado de Briallyn, Eris se vería obligado a elegir entre su padre y Prythian. El delicado equilibrio que había conseguido jugando en ambos lados podría desmoronarse. Quiere actuar cuando sea conveniente para sus planes. Y esto es una amenaza para ello».

Pero nadie había podido decidir cuál era la mayor amenaza para ellos: si Briallyn y Koschei, o la voluntad de Beron de aliarse con ellos. Mientras la Corte Noche había tratado de hacer que la paz fuera permanente, el bastardo hacía todo lo posible para comenzar otra guerra.

Después de una cena inusualmente tranquila, Cassian voló de regreso a la Casa. Y se encontró la puerta de roble de la escalera abierta, el olor de Nesta flotaba por allí.

Así que esperó. Contó los minutos.

Valió la pena.

Al verla arrastrarse sobre el rellano, jadeando, el cabello rizado por el sudor deslizándose en su rostro… sintió que aquel día de mierda en general, al final, había valido la pena.

Nesta estaba todavía echada en el suelo del pasillo cuando siseó:

—Quienquiera que diseñara esa escalera era un monstruo.

—¿Podrías creer que Rhys, Az y yo teníamos que subir y bajar por ella como castigo cuando éramos niños?

Los ojos de ella brillaron furiosos… Bien. Eso era mejor que el vacío congelado.

—¿Por qué?

—Porque éramos jóvenes y estúpidos. Y nos gustaba poner a prueba los límites con un alto lord que no entendía las bromas pesadas de la desnudez en público. —Señaló con la cabeza hacia la escalera—. Me mareé tanto en la bajada que vomité sobre Az. Y después él vomitó sobre Rhys, y Rhys se vomitó encima. Era pleno verano, y cuando terminamos el recorrido de regreso, el calor era insoportable, todos apestábamos, y el olor del vómito en la escalera se había tornado asqueroso. Todos vomitamos de nuevo cuando lo atravesamos.

Podría haber jurado que las comisuras de la boca de ella estaban tratando de moverse hacia arriba.

No contuvo su propia sonrisa ante el recuerdo. A pesar de que tuvieron que volver a bajar y limpiarlo todo.

—¿Hasta dónde has llegado? —preguntó Cassian.

—Escalón ciento once. —Nesta no se levantó.

—Patético.

Presionó los dedos sobre el suelo, pero su cuerpo no se movió.

—Esta estúpida Casa no quiso darme vino.

—Pensé que eso sería lo único que te impulsaría a intentar bajar los diez mil escalones.

Volvió a apretar los dedos en el suelo de piedra una vez más.

Él le lanzó una sonrisa torcida, encantado con la distracción.

—No puedes levantarte, ¿no?

Los brazos de ella se tensaron y se le doblaron los codos.

—Vete y vuela a una roca.

Cassian se apartó de la pared y llegó hasta ella en tres zancadas. Puso las manos debajo de sus brazos y la levantó.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Lo fulminó aún más con la mirada cuando se tambaleó y la agarró con más fuerza, manteniéndola erguida.

—Sabía que no estabas muy en forma —observó y se alejó cuando vio que no había peligro de que se desmayara—. Pero ¿cien escalones? ¿De verdad?

—Doscientos, contando la subida —refunfuñó ella.

—Sigue siendo patético.

Ella enderezó la espalda y levantó la barbilla.

«Sigue tendiéndole la mano».

Cassian se encogió de hombros y se volvió hacia el vestíbulo y el hueco de la escalera que lo llevaría a sus habitaciones.

—Si te cansas de ser débil como un gatito llorón, ven a entrenar. —Miró hacia atrás. Nesta todavía jadeaba, su rostro enrojecido y furioso—. Y a participar.

Nesta se sentó a la mesa del desayuno, agradecida de haber dejado su habitación poco después del amanecer para caminar hasta el comedor.

Le había llevado el doble de tiempo que normalmente, gracias a sus piernas rígidas y temblorosas.

Levantarse de la cama había requerido apretar los dientes y una letanía de maldiciones. Y después todo simplemente había empeorado: agacharse para meter las piernas en los pantalones, ir al baño, hasta el solo hecho de abrir la puerta. No había una sola parte de sus piernas que no le doliera.

De modo que había dejado su habitación temprano, pues no quería darle a Cassian la satisfacción de verla cojear con cara de sufrimiento al entrar al comedor.

El problema, por supuesto, fue que después no estuvo del todo segura de poder ponerse de pie.

Así que se tomó un buen rato para comer. Se estaba comiendo la papilla de avena cuando Cassian apareció en las puertas del comedor, la miró y sonrió.

Lo sabía. De alguna manera, el idiota fanfarrón lo sabía.

Podría haberle espetado algo, pero Azriel entró a la habitación pisándole los talones. Nesta se enderezó ante la aparición del cantor de sombras, con la oscuridad colgada de sus hombros mientras le ofrecía una adusta sonrisa.

Azriel era hermoso. Incluso con esas manos llenas de cicatrices y las sombras que fluían de él como humo, siempre había encontrado que era el más hermoso de los tres machos que se llamaban a sí mismos hermanos.

Cassian se acomodó en la silla opuesta a la de ella, su comida apareció instantáneamente delante de él, y habló con una alegría rechinante.

—Buenos días, Nesta.

Le devolvió una sonrisa igualmente empalagosa.

—Buenos días, Cassian.

Los ojos color avellana de Azriel bailaron, pero no dijo nada mientras ocupaba con gracia su lugar al lado de Cassian y aparecía un plato de comida.

—Hacía tiempo que no te veía —le dijo Nesta. De verdad, no pudo recordar cuándo fue la última vez.

Azriel probó un bocado de sus huevos antes de responder.

—Igualmente. —El cantor de sombras asintió con la cabeza mirándole las ropas—. ¿Cómo va el entrenamiento? —Cassian lo cortó con una aguda mirada.

Nesta miró entre ellos. No había forma de que Azriel no supiera lo ocurrido el día anterior. Cassian probablemente se había regodeado contándole también el incidente en la escalera.

Bebió un sorbo de su té.

—El entrenamiento es fantástico. Absolutamente fascinante.

La boca de Azriel se curvó en las comisuras.

—Espero que no le estés dando mucho trabajo a mi hermano.

Dejó la taza de té.

—¿Es eso una amenaza, cantor de sombras?

Cassian tomó un largo trago de su té. Se lo bebió todo.

—No necesito recurrir a amenazas —respondió Azriel con frialdad. Las sombras se arremolinaron a su alrededor, como serpientes listas para atacar.

Nesta le dirigió una sonrisa y le sostuvo la mirada.

—Yo tampoco.

Se reclinó en su silla y se dirigió a Cassian, quien miraba a ambos con el ceño fruncido.

—Quiero entrenar con él, en cambio.

Podría haber jurado que Cassian se quedó inmóvil. Interesante.

Azriel tosió al beber su té.

Cassian tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Creo que encontrarás que Az es incluso menos indulgente que yo.

—¿Con esa cara bonita? —canturreó ella—. Me cuesta creerlo.

Azriel agachó la cabeza y se concentró en su comida.

—Quieres entrenar con Az —dijo Cassian con firmeza—, entonces adelante. —Pareció pensativo por un momento y sus ojos se iluminaron antes de agregar —: Aunque dudo que sobrevivas a una lección con él, cuando ni siquiera puedes levantarte de la silla después de haber bajado tan solo cien escalones.

Ella afirmó los pies en el suelo. Él habría leído cada matiz de dolor en su rostro si se ponía de pie, pero dejarle ver que tenía razón…

Azriel los estudió a los dos cuando ella puso las manos sobre la mesa, acalló el grito y rápidamente se puso de pie.

Cassian se echó la cucharada a la boca y habló con la boca llena.

—No vale cuando usas las manos para hacer la mayor parte del trabajo.

Nesta hizo que su rostro mostrara un absoluto desdén, incluso cuando un susurro se elevó dentro de ella.

—Apuesto a que eso no es lo que te has estado diciendo toda la noche.

Los hombros de Azriel se sacudieron con una risa silenciosa cuando Cassian dejó el tenedor, sus ojos brillaban desafiantes.

La voz de Cassian bajó una octava.

—¿Es eso lo que esos libros obscenos te enseñan? ¿Que es solo por la

noche?

Bastó solo un instante para asimilar las palabras. Y no pudo detener el calor que le recorría el cuerpo, clavó su mirada en las poderosas manos de él. Incluso con Azriel ahí mordiéndose el labio para evitar reírse, no pudo contenerse.

—Podría ser en cualquier momento, al amanecer con la primera luz —explicó Cassian con una sonrisa pícara—, o cuando me estoy bañando, o incluso después de un largo y duro día de práctica.

No ignoró el leve énfasis que puso en «largo» y «duro».

Nesta no pudo evitar que los dedos de sus pies se doblaran dentro de las botas. Pero habló con una leve sonrisa, mientras caminaba hacia la puerta, negándose a dejar que se viera ni una pizca de la incomodidad de sus piernas doloridas.

—Parece que tienes mucho tiempo en tus manos, Cassian.

—Estás metido en un buen lío —le dijo Azriel suavemente en la fría terraza mientras, adentro, Nesta se ponía la capa.

—Lo sé —murmuró Cassian. No tenía ni idea de cómo había sucedido, de cómo había pasado de burlarse de Nesta a provocarla con sus propios hábitos de dormitorio. Para luego imaginar la mano de ella moviéndose, masturbándolo, hasta llegar a un instante antes de explotar y saltar de su silla hacia los cielos.

Sabía que Az era muy consciente del cambio en su olor. De cómo se le había puesto la carne de gallina por la forma en que ella había pronunciado su nombre, y de cómo su pene sufría un dolor insistente al frotarse contra los botones del pantalón.

Podía contar con los dedos de una sola mano la cantidad de veces que se había dirigido a él por su nombre.

Esa idea lo llevó de vuelta a la mano de ella, apretándolo con fuerza y dureza, tal como a él le gustaba…

Cassian apretó los dientes y respiró el aire fresco de la mañana. Buscaba que eso lo calmara. Se obligó a concentrarse en la dulce canción del viento de la mañana. El viento alrededor de Velaris siempre era encantador, suave. No como la amante cruel e implacable que dominaba los picos de Ilyria.

Az se rio entre dientes y el viento movió los mechones de su cabello oscuro.

—Vosotros dos…, ¿necesitáis una carabina?

Sí. No. Sí.

—Pensé que tú eras la carabina.

Az le lanzó una sonrisa maliciosa.

—No estoy completamente seguro de ser suficiente.

Cassian le hizo un corte de mangas.

—Buena suerte hoy.

Az se iría pronto para comenzar a espiar a Briallyn. Así lo decidió Feyre la noche anterior. Aunque Rhys le había pedido a Cassian que investigara a las reinas humanas, el subterfugio recaería en Az.

Los ojos color avellana de Azriel brillaron. Apretó el hombro de Cassian y su mano fue un peso cálido contra el frío.

—Buena suerte para ti también.

Cassian no sabía por qué había pensado que Nesta sí iba a entrenar ese día con él. Apoyó su trasero sobre la misma roca que el día anterior y no se movió.

Para cuando Mor apareció para transportarlos hasta el campamento, él ya había logrado tener suficiente control de sí mismo y había dejado de pensar en cómo se sentirían las manos de Nesta y comenzó a estructurar lo que iban a hacer ese día. Había planeado que la lección durara una hora, para luego dejarla en la antigua casa de la madre de Rhys mientras hacía una inspección estándar sobre el estado de la reconstrucción de filas de las bandas de guerra ilyrias.

No mencionó que pronto podrían volar a la batalla, según lo que Az averiguara.

Tampoco le comunicó a Nesta nada de esta información. En especial lo relacionado con Eris. Había dejado perfectamente claro su desprecio por los reinos fae. Y ni loco se le ocurriría proporcionarle otra arma verbal más para que la empuñara contra él, ya que probablemente vería a través de él y se daría cuenta de que sabía que toda esta intriga y planificación política estaba fuera de su alcance.

Tampoco se permitió considerar si era prudente dejarla sola ahí, aunque solo fuera una hora.

—¿Así que volvemos a esto? —preguntó Cassian, ignorando a todos los imbéciles del campamento que lo estaban mirando. A ellos. A ella.

Nesta se mordió las uñas mientras mechones de su cabello trenzado flotaban libremente en el viento. Estaba agachada sobre las rodillas, manteniendo su cuerpo lo más compacto posible.

—Dejarías de tener tanto frío si te levantaras y te movieras —le sugirió él.

Cruzó los tobillos.

—Si quieres quedarte sentada en esa roca y congelarte durante las próximas dos horas, hazlo.

—Está bien.

—Está bien.

—Está bien.

—Muy bueno, Nes. —Él le dirigió una sonrisa burlona que sabía la haría enfurecer, y caminó hacia el área de práctica. Se detuvo en el centro y dejó que su respiración se hiciera cargo.

Cuando no respondió, él se dejó llevar hacia ese lugar sereno y estable en su mente, y dejó que su cuerpo comenzara la serie de movimientos que venía realizando desde hacía cinco siglos sin interrupciones.

Los pasos iniciales eran para recordarle a su cuerpo que estaba a punto de comenzar el trabajo. Estiramiento, respiración, concentración en todo el cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la punta de las alas. Había que despertarlo todo.

A partir de ahí, todo se hacía más difícil.

Cassian se entregó al instinto, al movimiento y a la respiración, apenas vagamente consciente de la hembra que lo miraba desde aquella roca.

«Sigue tendiéndole la mano».

Cassian estaba sin aliento cuando terminó una hora más tarde. Nesta, para su satisfacción, estaba rígida de frío.

Pero no se había movido. Ni siquiera cambió de posición durante sus ejercicios.

Mientras se secaba el sudor de la frente, notó que los labios de ella habían adquirido un tono azulado. Inaceptable.

Señaló la casa de la madre de Rhys.

—Ve y espera allí. Tengo asuntos que atender.

No se movió.

Cassian puso los ojos en blanco.

—O te quedas ahí sentada durante la próxima hora, o puedes entrar y calentarte.

No era tan terca… ¿o sí?

Afortunadamente, una ráfaga de viento helado envolvió al campamento en ese preciso momento y Nesta comenzó a caminar hacia la casa.

Su interior estaba, en efecto, cálido, con un fuego crepitante en la chimenea cubierta de hollín que ocupaba gran parte de la sala principal. Feyre o Rhys seguramente despertaron la casa para ellos. Él le sostuvo la puerta mientras entraba, ya frotándose las manos.

Lentamente, Nesta examinó el espacio: la mesa de la cocina delante de las ventanas, la pequeña zona de estar que ocupaba la otra mitad de la habitación, la estrecha escalera que conducía al pasillo de arriba que estaba a la vista y a los dos dormitorios un poco más lejos. Una de esas habitaciones había sido la de él desde la infancia, su primer dormitorio, la primera noche bajo techo que había experimentado.

Esta casa fue el primer hogar de verdad que tuvo. Conocía cada rayadura y cada astilla, todas las marcas y los restos de quemaduras, todo ello conservado con magia. Allí, la abolladura en la base de la barandilla… allí fue donde se rompió la cabeza cuando Rhys lo abordó durante una de sus incontables peleas. Por allá, esa mancha en el viejo sofá rojo: eso fue cuando derramó su cerveza mientras los tres estaban totalmente borrachos en su primera noche solos a los dieciséis años —la madre de Rhys estaba en Velaris en una extraña visita a su pareja—, y Cassian estaba tan borracho que no supo qué hacer para limpiarla. Incluso Rhys, que se balanceaba debido a la combinación de cerveza y licor, no pudo quitar la mancha pues su magia accidentalmente la fijó en lugar de borrarla. Reubicaron los cojines para ocultársela a su madre, que regresaba a la mañana siguiente, pero ella la descubrió de inmediato.

Quizá eso tuvo algo que ver con el hecho de que todavía estaban borrachos, delatados por el implacable hipo de Az.

Cassian movió la cabeza señalando la mesa de la cocina.

—Ya que se te da tan bien estar sentada, ¿por qué no te pones cómoda?

Como no respondía, se dio la vuelta y vio a Nesta de pie frente a la chimenea, los brazos cruzados con fuerza y la titilante luz bailando en su

hermosa cabellera. Ella ni lo miró.

Siempre había adoptado esa actitud de inmovilidad. Incluso cuando todavía era humana. Solo se había intensificado cuando se convirtió en alta fae.

Nesta miraba fijamente el fuego como si este le murmurara algo a esa ardiente alma suya.

—¿Qué estás mirando? —preguntó él.

Ella parpadeó y pareció darse cuenta de que él todavía estaba en la estancia.

Un tronco en el fuego se quebró y ella se estremeció.

No con sorpresa, notó él, sino con temor. Con miedo.

Él miró entre ella y el fuego. ¿Qué estaría pasando por su cabeza en ese momento? ¿Qué horror estaría reviviendo?

El rostro de ella palideció. Y las sombras oscurecieron sus ojos azul grisáceos.

Conocía esa expresión. La había visto y sentido tantas veces que había perdido la cuenta.

—Hay algunas tiendas en el pueblo —sugirió repentinamente, desesperado por encontrar algo que le quitara a ella ese vacío—. Si no te apetece estar sentada aquí, podrías visitarlas.

Nesta siguió sin decir nada. Así que él lo dejó pasar y salió de la casa en silencio.

Capítulo 9

Nesta ingresó a la calidez de la pequeña tienda. La campanilla sobre la puerta tintineó cuando entró.

Los suelos eran de pino nuevo, todos pulidos y relucientes, y un mostrador en la parte de atrás hacía juego. Una puerta abierta más allá revelaba una habitación en la parte trasera. Ropas para machos y para hembras ocupaban el espacio, algunas prendas expuestas en maniquíes, otras dobladas cuidadosamente a lo largo de las mesas de exhibición.

Una hembra de pelo oscuro apareció al otro lado del mostrador, el cabello trenzado atrás brillaba con las luces. Su rostro era llamativo, elegante y de líneas finas, en contraste con sus labios gruesos. Sus ojos en ángulo y la piel marrón claro sugerían una herencia de otra región, tal vez un antepasado reciente de la Corte Amanecer. La luz en esos ojos era directa. Clara.

—Buenos días —saludó la hembra con voz sólida y franca—. ¿En qué puedo ayudarte?

Si reconoció a Nesta, no lo dijo. Nesta señaló hacia abajo, a su ropa de combate de cuero.

—Estaba buscando algo más cálido que esto. El frío se cuela.

—Ah —replicó la hembra, mirando hacia la puerta y la calle vacía al otro lado. ¿Le preocupaba que alguien pudiera verla ahí? ¿O esperaba a otro cliente? —. Los guerreros son todos unos tontos tan orgullosos que nunca se quejan de que la ropa de cuero es fría. Siempre dicen que los mantiene perfectamente abrigados.

—Es bastante abrigada —confesó Nesta, una parte de ella sonriendo por la forma en que la otra había dicho «tontos orgullosos». Como si compartiera el

instinto de Nesta de no dejarse impresionar por los machos del campamento—. Pero de todos modos siento el frío.

—Hmmm. —La tendera levantó la tapa del mostrador y pasó a la sala de exposición propiamente dicha. Observó a Nesta de la cabeza a los pies—. No vendemos equipos de combate, pero me pregunto si podríamos conseguir ropa de cuero forrada con lana de oveja. —Movió la cabeza hacia la calle—. ¿Con qué frecuencia entrenas?

—No estoy entrenando. Estoy… —Nesta trató de encontrar las palabras adecuadas. Honestamente, lo que estaba haciendo era portarse como una pobre imbécil—. Estoy observando —explicó en un tono un tanto patético.

—Ah. —Los ojos de la hembra brillaron—. ¿Te trajeron aquí contra tu voluntad?

No era de su incumbencia. Pero Nesta explicó.

—Parte de mis deberes con la Corte Noche.

Quería ver si la hembra era una entrometida, ver si realmente no la había reconocido. Si la iba a juzgar por ser un miserable desperdicio de vida.

La vendedora inclinó la cabeza, su trenza se deslizó sobre el hombro de su sencillo vestido hecho en casa. Sus alas vibraron, y ese movimiento atrajo la mirada de Nesta. Las recorrían algunas cicatrices, algo inusual en los fae. Azriel y Lucien eran dos de los pocos que tenían cicatrices, ambos por traumas tan terribles que Nesta nunca se atrevió a preguntar por los detalles. Y que esta hembra también las tuviera…

—Me cortaron las alas —explicó la hembra—. Mi padre era un… macho tradicional. Creía que las mujeres debían servir a sus familias y estar confinadas a sus hogares. Yo no estuve de acuerdo. Al final, ganó él.

Palabras breves, agudas. La madre de Rhys, le había dicho Feyre una vez, casi había sido condenada a un destino semejante. Solo la llegada del padre de él había evitado que se las cortaran. Había sido reconocida como su pareja y soportó aquella triste unión principalmente como agradecimiento por sus alas ilesas.

Al parecer, nadie había estado allí para salvar a esta hembra.

—Lo siento. —Nesta cambió de posición sobre sus pies.

La hembra agitó su delgada mano.

—No tiene importancia ahora. Esta tienda me mantiene tan ocupada como para que algunos días hasta me olvide de que alguna vez pude volar.

—¿Ningún sanador puede repararlas?

El rostro de la otra se tensó y Nesta lamentó haber preguntado.

—Es sumamente complejo… demasiados músculos, nervios y sentidos para volver a conectar. Salvo el alto lord de Amanecer, no creo que nadie pueda hacerlo.

Thesan, recordó Nesta, era un maestro de la curación. Feyre llevaba ese poder en las venas. Se había ofrecido a usarlo para curar a Elain de su estupor después de convertirse en alta fae.

Nesta bloqueó el recuerdo de aquel rostro pálido, de los ojos marrones vacíos.

—En fin —dijo la tendera rápidamente—, puedo preguntar a mis proveedores si la ropa de cuero podría ser más abrigada. Eso podría llevar algunas semanas, posiblemente un mes, pero te enviaré un mensaje tan pronto como sepa algo.

—Está bien. Gracias. —Una idea se le cruzó por la mente a Nesta—. ¿Cuánto va a costar? —No tenía dinero.

—Trabajas para el alto lord, ¿no es así? —La hembra inclinó la cabeza de nuevo—. Puedo enviar la factura a Velaris.

—Ellos… —Nesta no quería admitir lo bajo que había caído, no ante esa extraña—. En realidad, no necesito ropa más abrigada.

—Pensé que Rhysand pagaba bien.

—Y así es, pero yo… —Bien. Si la hembra podía ser franca, ella también podría serlo—. Estoy fuera.

La curiosidad inundó los ojos de la otra.

—¿Por qué?

Nesta se puso tensa.

—No te conozco lo suficiente como para decírtelo.

La hembra se encogió de hombros.

—Está bien. De todos modos siempre puedo preguntar. Conseguiré un precio para ti. Si tienes frío ahí fuera, no deberías sufrir. —Y añadió enfáticamente—: No importa lo que pueda pensar el alto lord.

—Creo que él preferiría que Cassian me arrojara por el borde de ese acantilado.

La hembra resopló. Y le tendió una mano a Nesta.

—Me llamo Emerie.

Nesta le estrechó la mano, sorprendida de encontrar un apretón de hierro.

—Nesta Archeron.

—Lo sé —dijo Emerie, soltando la mano de Nesta—. Mataste al rey de Hybern.

—Sí. —No se podía negar ese hecho. Y no pudo obligarse a mentir diciendo que no se sentía de ninguna manera orgullosa por ello.

—Bien. —La sonrisa de Emerie era de una belleza peligrosa. Dijo de nuevo —: Bien. —Había acero en esta hembra. No solo en su espalda recta y en el mentón, sino también en sus ojos.

Nesta se volvió hacia la puerta y el frío que la esperaba, sin saber qué hacer con la mera aprobación de lo que tantos otros habrían visto con asombro, o con miedo, o con dudas.

—Gracias por tu ayuda.

Resultaba extraño pronunciar palabras de cortesía y normales. Era extraño desear hacerlo, y sobre todo a una extraña.

Machos y hembras, niños corriendo entre ellos, miraban boquiabiertos a Nesta cuando salió a la calle. Algunos apartaban a sus hijos. Enfrentó sus miradas con fría indiferencia.

«Hacéis bien en apartar a vuestros hijos de mí —quería decir—. Yo soy el monstruo que teméis».

—¿La misma tarea de ayer? —le preguntó Nesta a Clotho a modo de saludo, todavía medio congelada después de apenas diez minutos de abandonar el campamento.

Cassian casi no había hablado al regresar a la casa de la madre de Rhysand, su rostro tenso por lo que fuera que había hecho en las otras aldeas ilyrias, y Morrigan tenía también el rostro tenso cuando llegó para transportarlos de regreso a la Casa del Viento. Cassian había dejado a Nesta en la terraza del rellano sin siquiera despedirse antes de volverse hacia donde Mor estaba quitándose el polvo. En segundos, él ya estaba llevando a la belleza rubia por el viento fresco.

No debió haberle molestado eso de verlo volando con otra mujer en sus brazos. Una pequeña parte de ella sabía que no era ni remotamente justo sentir esa irritación que le tensaba el cuerpo al ver tal cosa. Lo había rechazado una y otra vez, y él no tenía ninguna razón para creer que ella pudiera desear que no

fuera así. Además, ella sabía que él tenía una historia con Morrigan, que habían sido amantes hacía mucho tiempo.

Apartó la vista y entró en la Casa por el comedor, donde la esperaba un cuenco con una especie de sopa de cerdo y frijoles. Una ofrenda silenciosa y cortés.

Acababa de decirle a la Casa:

—No tengo hambre —antes de dirigirse a la biblioteca.

En ese momento estaba esperando a que Clotho escribiera una respuesta y le entregara un trozo de papel.

Nesta leyó: «Hay libros para guardar en el nivel cinco».

Miró por encima de la barandilla junto al escritorio de Clotho, contando en silencio. Cinco era… muy abajo. No dentro del primer anillo de verdadera oscuridad, pero flotando en la penumbra sobre él.

—Ya nadie vive ahí abajo, ¿no? ¿Bryaxis no ha vuelto todavía?

La pluma encantada de Clotho se movió. La segunda nota decía: «Bryaxis nunca dañó a ninguna de nosotras».

—¿Por qué?

El bolígrafo rasguñeó el papel.

«Creo que Bryaxis se apiadó de nosotras. Nosotras vimos nuestras pesadillas hacerse realidad antes de venir aquí».

Había que hacer un esfuerzo para no mirar las manos nudosas de Clotho o no intentar atravesar las sombras debajo de su capucha.

La sacerdotisa hizo un agregado a la nota: «Puedo reasignarte a un nivel superior».

—No —aseguró Nesta con voz ronca—. Yo me encargo.

Y eso fue todo. Una hora después, con la ropa de cuero cubierta de polvo, Nesta se desplomó junto a una mesa de madera vacía. Necesitaba una pausa.

Aquel mismo cuenco de sopa de cerdo y frijoles apareció en la mesa.

Miró al techo distante.

—He dicho que no tengo hambre.

Una cuchara apareció junto al cuenco. Y una servilleta.

—Esto no es de ninguna manera asunto tuyo.

Un vaso de agua se apoyó con fuerza junto a la sopa.

Nesta se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—¿Con quién estás hablando?

La leve voz femenina hizo que Nesta se diera la vuelta. Se puso rígida al

encontrarse con una sacerdotisa con túnica de acólita, de pie entre los dos estantes más cercanos. Tenía la capucha echada hacia atrás y luces fae bailaban en su denso y lacio pelo castaño cobrizo, sujeto con una horquilla. Sus grandes ojos color verde azulado eran tan claros y transparentes como la piedra de la capucha de una sacerdotisa, y tenía un montón de pecas esparcidas por la nariz y las mejillas, como si alguien las hubiera arrojado con la mano suelta. Era joven, casi como una potranca, con sus elegantes y delgados brazos y piernas. Alta fae, y sin embargo… Nesta sentía que había algo más oculto. Algo secreto debajo de su cara bonita.

Nesta señaló la sopa y el agua, pero habían desaparecido. Frunció el ceño mirando al techo, a la Casa que tenía el descaro de molestarla y luego hacerla parecer una loca. Pero solo le dijo a la sacerdotisa:

—No estaba hablando con nadie.

La sacerdotisa sopesó los cinco volúmenes en sus brazos.

—¿Has terminado por hoy?

Nesta miró el carrito de libros que había dejado sin clasificar.

—No. Me estaba tomando un descanso.

—Solo has estado trabajando una hora.

—No me di cuenta de que alguien me estaba cronometrando. —Nesta permitió que hasta el menor de los rasgos de disgusto se mostrara en su rostro. Ya había conversado con una extraña ese día, y había cumplido con su cuota básica de cortesía. Ser amable con una segunda era algo que estaba más allá de lo que ella podía hacer.

La acólita no se impresionó.

—No todos los días tenemos alguien nuevo en nuestra biblioteca. —Soltó los libros en el carrito de Nesta—. Estos son para ponerlos en sus estantes.

—No sigo instrucciones de las acólitas.

La sacerdotisa se irguió en toda su estatura, que era un poco más alta que el promedio de las hembras fae. Una especie de energía crepitante zumbaba alrededor de ella, y el poder de Nesta gruñó en respuesta.

—Estás aquí para trabajar —señaló la acólita con voz serena—. Y no solo para Clotho.

—Hablas de manera bastante informal de tu alta sacerdotisa.

—Clotho no impone el rango. Nos anima a que usemos su nombre.

—¿Y cuál es tu nombre? —Ciertamente se iba a quejar ante Clotho por la actitud de esta impertinente acólita.

Los ojos de la sacerdotisa brillaron divertidos, como si fuera consciente de los planes de Nesta.

—Gwyneth Berdara. —Poco usual que estos fae usaran los apellidos. Ni siquiera Rhys los usaba, hasta donde Nesta sabía—. Pero casi todos me llaman Gwyn.

Un nivel más arriba, dos sacerdotisas pasaron junto a la barandilla en silencio, agachadas las cabezas encapuchadas y con libros en los brazos. Aunque Nesta podría haber jurado que una de ellas las observaba.

Gwyn le siguió la mirada.

—Son Roslin y Deirdre.

—¿Cómo puedes saberlo? —Con las capuchas, todas parecían casi idénticas, salvo por las manos.

—Los olores —respondió Gwyn simplemente, y se volvió hacia los libros que había dejado en el carro—. ¿Vas a poner estos en sus estantes o tengo que llevármelos a otra parte?

Nesta la miró fijamente. Dado que vivían ahí abajo, era muy posible que las sacerdotisas no supieran quién era ella. Ni lo que había hecho. El poder que tenía.

—Yo lo haré —respondió con los dientes apretados.

Gwyn se recogió el pelo detrás de las orejas arqueadas. También tenía pecas en las manos, como salpicaduras de óxido. Si había marcas de trauma, cualquier prueba de ello estaba oculta por su túnica.

Pero Nesta sabía muy bien lo invisibles que podían ser las heridas. Cómo podían dejar cicatrices tan profundas y graves, igual que cualquier otra rotura física.

Y fue solo por ese recordatorio que Nesta habló con más gentileza.

—Lo haré ahora mismo. —Quizá le quedaba un poco de su cuota de cortesía.

Gwyn percibió el cambio.

—No necesito tu lástima. —Las palabras fueron cortantes, tan claras como sus ojos verde azulados.

—No era lástima.

—He estado aquí durante casi dos años, pero no me he desconectado tanto de los demás como para no darme cuenta cuando alguien recuerda por qué estoy aquí y altera su comportamiento. —La boca de Gwyn se apretó hasta ser una línea—. No necesito que me traten de manera especial. Solo tienes que hablarme como a una persona.

—Dudo que te guste la forma en que hablo con la mayoría de las personas —observó Nesta.

Gwyn resopló.

—Haz la prueba.

Nesta volvió a mirarla con las cejas bajas.

—Fuera de mi vista.

Gwyn sonrió, un gesto amplio y brillante que mostraba la mayoría de sus dientes e hizo que sus ojos brillaran de una manera que Nesta sabía que los suyos nunca lo habían hecho.

—Vaya, eres buena. —Gwyn se volvió hacia las pilas de libros—. Realmente buena. —Desapareció en la penumbra.

Nesta se quedó mirándola durante un largo momento, preguntándose si se habría imaginado todo aquello. Dos conversaciones amistosas en un día. No tenía ni idea de cuándo algo así había ocurrido por última vez.

Otra sacerdotisa encapuchada pasó cerca y le dirigió a Nesta un movimiento de barbilla a modo de saludo.

El silencio se instaló a su alrededor, como si Gwyn hubiera sido una tormenta de verano que sopló y se evaporó en un momento. Nesta, suspirando, recogió los libros que Gwyn había dejado en el carrito.

Horas más tarde, cubierta de polvo y exhausta, y finalmente con hambre, Nesta se paró delante del escritorio de Clotho.

—¿La misma historia mañana? —quiso saber.

«¿No estás satisfecha con tu trabajo?», escribió Clotho.

—Lo estaría si tus acólitas no me mangonearan como a una sirvienta.

«Gwyneth mencionó que se había encontrado contigo antes. Trabaja para Merrill, mi mano derecha, que es una erudita ferozmente exigente. Si las palabras de Gwyneth fueron bruscas, se debió a la naturaleza urgente del trabajo que realiza».

—Quería que guardara sus libros en las estanterías, no que le buscara otros.

«Otros estudiosos los necesitan. Pero no me dedico a dar explicaciones por el comportamiento de las acólitas. Si no te gustó el encargo de Gwyneth, debiste haberlo dicho en el momento. A ella».

Nesta se erizó.

—Eso hice. No es fácil llevarse bien con ella.

«Algunos podrían decir lo mismo de ti».

Nesta se cruzó de brazos.

—Algunos podrían.

Habría apostado a que Clotho sonreía bajo su capucha, pero la sacerdotisa escribió: «Gwyneth, como tú, tiene su propia historia de valentía y supervivencia. Te pediría que le concedieras el beneficio de la duda».

Un ácido que se parecía mucho al arrepentimiento ardía en las venas de Nesta. Lo apartó.

—Entendido. Y el trabajo está bien.

Clotho solo escribió: «Buenas noches, Nesta».

Nesta subió los escalones y entró en la Casa propiamente dicha. El viento parecía gemir por los pasillos, y la única respuesta fueron los gruñidos de su estómago.

La biblioteca privada estaba afortunadamente vacía cuando atravesó las puertas dobles, para relajarse al instante al ver todos esos libros abarrotados, la puesta de sol en la ciudad, allá abajo, el Sidra como una banda viva de oro. Sentada en el escritorio frente a la pared de ventanas, le dijo a la Casa:

—Estoy segura de que no lo harás ahora, pero me gustaría esa sopa.

Nada. Suspiró mirando al techo. Fantástico.

Su estómago se retorció, como si fuera a devorarle los órganos si no comía pronto.

—Por favor —añadió con fuerza.

Apareció la sopa, con un vaso de agua al lado. Luego llegó una servilleta y cubiertos. Un fuego cobró vida en la chimenea, pero ella dijo rápidamente.

—El fuego no. No es necesario.

El fuego desapareció, pero las luces fae de la habitación se hicieron más brillantes.

Nesta estaba a punto de coger la cuchara, cuando apareció un plato de pan recién hecho y crujiente. Como si la Casa fuera una madre sobreprotectora.

—Gracias —le dijo al silencio, y se puso a comer.

Las luces fae parpadearon una vez, como diciendo: «No hay de qué».

Capítulo 10

Nesta comió hasta que no pudo meter otro bocado en su cuerpo, después de tomarse tres platos de sopa. La Casa parecía dispuesta a complacerla, y hasta le ofreció una rebanada de pastel de chocolate doble para terminar.

—¿Esto está aprobado por Cassian? —Cogió el tenedor y sonrió mirando el pastel húmedo y reluciente.

—Por supuesto que no —aseguró él desde la puerta, y Nesta se dio la vuelta frunciendo el ceño. Él movió la cabeza en dirección al pastel—. Pero come.

Dejó el tenedor.

—¿Qué deseas?

Cassian echó una mirada a la biblioteca familiar.

—¿Por qué estás comiendo aquí?

—¿No es obvio?

La sonrisa de él era una franja blanca.

—Lo único que es obvio es que estás hablando sola.

—Estoy hablando con la Casa. Lo cual es una considerable mejora después de hablar contigo.

—La Casa no responde.

—Precisamente.

Él resopló.

—Te lo he puesto en bandeja. —Atravesó la habitación mirando el pastel que todavía no había tocado—. ¿De verdad lo haces…, eso de hablar con la Casa?

—¿Tú no?

—No.

—Ella me escucha —insistió Nesta.

—Claro que te escucha. Está encantada.

—Hasta me ha traído comida a la biblioteca sin que yo se lo pidiera.

Él levantó las cejas.

—¿Por qué?

—No sé cómo funciona tu magia fae.

—¿Hiciste… hiciste algo para que actúe de esa manera?

—Si te refieres a una página del libro de Devlon y me preguntas si hice alguna brujería, la respuesta es no.

Cassian se rio entre dientes.

—No me refería a eso, pero está bien. A la Casa le gustas. Te felicito.

Ella gruñó y él se inclinó sobre ella para coger el tenedor. Ella se puso rígida por su cercanía, pero él no dijo nada al darle un mordisco al pastel. Dejó escapar un murmullo de placer que atravesó todos los huesos de ella. Y luego dio otro bocado.

—Se supone que es mío —se quejó ella, mirándolo mientras él seguía comiendo.

—Entonces quítamelo —replicó él—. Una simple maniobra de desarme será suficiente, teniendo en cuenta que mi centro de gravedad está desequilibrado y estoy distraído por este delicioso pastel.

Lo fulminó con la mirada.

Tomó un tercer bocado.

—Estas son las cosas, Nes, que aprenderías en las lecciones conmigo. Tus amenazas serían mucho más impresionantes si pudieras llevarlas a cabo.

Ella tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Miró el tenedor en las manos de él y se imaginó clavándoselo en el muslo.

—Y también podrías hacer eso —agregó él, al ver la dirección de la mirada de ella—. Podría enseñarte a convertir cualquier cosa en un arma. Incluso un tenedor.

Ella le enseñó los dientes, pero Cassian dejó el tenedor con una irritante precisión y se retiró, dejándole el pastel a medias.

Nesta leyó la novela de amor deliciosamente erótica que había encontrado en un estante de la biblioteca privada hasta que sus párpados le pesaron tanto que solo

una voluntad de hierro podría mantenerlos abiertos. Fue entonces cuando caminó trabajosamente por el pasillo hasta su dormitorio y se dejó caer en la cama, sin molestarse en cambiarse de ropa antes de quedar tendida sobre el colchón.

Despertó helada en la oscuridad de la noche, apenas lo suficiente como para quitarse la ropa de cuero y meterse debajo de las sábanas, haciendo ruido con los dientes.

Un momento después, un fuego ardió en la chimenea.

—Sin fuego —ordenó, y las llamas desaparecieron.

Podría haber jurado que la envolvía una curiosidad tentativa. Temblando, esperó a que las sábanas alcanzaran la temperatura de su cuerpo.

Pasaron largos minutos y luego la cama se calentó. No por su propio cuerpo desnudo, sino por una especie de hechizo. Hasta el mismo aire se calentó, como si alguien hubiera insuflado un gran suspiro en todo el espacio.

Su temblor cesó y se acurrucó en aquella tibieza.

—Gracias —murmuró.

La única respuesta de la Casa fue cerrar las todavía abiertas cortinas. Para cuando estas terminaron de moverse, ella ya estaba dormida otra vez.

Elain había sido robada. Por Hybern. Por el Caldero, que había visto a Nesta mirándolo y mirándola a su vez. Había notado que veía el futuro con huesos y piedras e hizo que se arrepintiera.

Ella lo había hecho. Hizo que cayera sobre ellos. Recurrió a su poder, lo empuñó y lo hizo, y nunca se perdonaría a sí misma, nunca…

Elain seguramente sería atormentada, destrozada en cuerpo y alma.

Una grieta partía el mundo.

Su padre estaba frente a ella, con el cuello quebrado. Su padre, con sus ojos de suave color marrón, el amor por ella todavía brillaba en ellos mientras su luz se desvanecía…

Nesta se despertó bruscamente, las náuseas se apoderaron de ella mientras se aferraba a las sábanas.

En lo profundo de sus entrañas, de su alma, algo se movía y se retorcía buscando una salida, buscando un camino hacia el mundo…

Nesta lo empujó hacia dentro. Pisoteó su poder. Le cerró con fuerza todas las puertas mentales que pudo.

«Sueño —le dijo—. Sueño y recuerdos. ¡Largo!».

Su poder gruñó en sus venas, pero obedeció.

La cama se había calentado lo suficiente como para que Nesta pateara las sábanas antes de pasar las manos sobre su cara cubierta de sudor.

Necesitaba un trago. Necesitaba algo para quitarse eso de la cabeza.

Se vistió rápidamente, casi sin sentir del todo su cuerpo. Casi sin preocuparle qué hora era o dónde estaba, pensaba solo en el obstáculo entre ella y ese salón del placer.

La puerta de los diez mil escalones ya estaba abierta, las luces fae del pasillo disminuyeron hasta casi oscurecerse. Sus botas rasparon las piedras al irse acercando, mirando atrás para estar segura de que nadie la seguía.

Con las manos temblorosas, comenzó el descenso.

Dando vueltas, vueltas, y más vueltas.

«Te amé desde el primer momento en que te tuve en mis brazos».

Bajando, bajando y bajando.

Ese antiguo Caldero abrió un ojo para mirarla. Para inmovilizarla.

El Caldero la arrastró hacia sí, al pozo de la Creación, quitándole y quitándole cosas, sin piedad a pesar de sus gritos…

Dando vueltas y bajando, tal como fue arrastrada por el Caldero, aplastada por su terrible poder…

La náusea aumentaba, su poder aumentaba con ella y su pie resbaló.

Solo tuvo un instante para agarrarse a la pared, pero fue demasiado tarde. Sus rodillas golpearon contra los escalones, su cara golpeó un segundo después, y luego toda ella fue girando y precipitándose hacia abajo, chocando contra la pared, rebotando y cayendo escalón tras escalón.

Estiró una mano a ciegas, sus uñas se clavaron en la piedra. Explotaban chispas mientras gritaba y aguantaba.

El mundo dejó de moverse. Su cuerpo detuvo su caída.

Tendida sobre los escalones, aferrada a la piedra con la mano, jadeaba, profundas y sonoras respiraciones que se cortaban con cada inhalación. Cerró los ojos para saborear la quietud, la absoluta falta de movimiento.

Y en el silencio, se instaló el dolor. Dolor que gritaba y sentía en cada parte de su cuerpo.

El sabor cobrizo de la sangre le llenaba la boca. Algo húmedo y tibio se

deslizaba por el cuello. Al olfatear supo que también era sangre.

Y sus uñas, las que se aferraban a los escalones de piedra…

Nesta parpadeó al mirar su mano. Estaba segura… vio chispas.

Sus dedos estaban incrustados en la piedra, la roca brillaba como si estuviera iluminada por una llama interna.

Jadeando, retiró la mano y la piedra se oscureció.

Pero las huellas de los dedos estaban allí, cuatro surcos marcados en la parte superior del escalón, un solo agujero en el borde frontal donde había apretado el pulgar.

La recorrió un terror helado. La empujó sobre sus piernas maltratadas, y las rodillas gimieron al correr hacia arriba. Lejos de esa huella de la mano, para siempre grabada en la piedra.

—Entonces ¿quién ganó la pelea? —quiso saber Cassian a la mañana siguiente cuando ella se sentó en su roca para mirarlo hacer sus ejercicios.

Él no le había preguntado nada en el desayuno sobre el ojo morado y la barbilla cortada o por la rigidez con la que se movía. Mor tampoco lo había hecho cuando llegó. Que los moretones y los cortes siguieran ahí le decían a Nesta lo grave que había sido la caída, pero como alta fae, con su mejorada capacidad de curación, ya se estaban recuperando.

Como humana, supuso, la caída podría haberla matado. Quizá este cuerpo fae tenía sus ventajas. Ser humana, ser débil en este mundo de monstruos era una sentencia de muerte. Su cuerpo de alta fae era su mejor posibilidad de supervivencia.

La reticencia de Cassian solo duró una hora en su rutina. Estaba de pie en el centro del campo de entrenamiento, jadeando, con el sudor deslizándose por la cara y el cuello.

—¿Qué pelea? —Ella se observó las uñas destrozadas. Incluso con la… con lo que fuera que había usado para agarrarse, se le habían roto las uñas. No se permitió nombrar lo que había salido de su interior, no se permitió reconocerlo. Al amanecer, ya había sido dominado hasta la sumisión.

—La que se produjo entre tú y la escalera.

Nesta lo fulminó con la mirada.

—No sé de qué estás hablando.

Cassian empezó a moverse otra vez. Sacó la espada e hizo una serie de movimientos que parecían diseñados para partir a una persona en dos.

—Ya sabes: a las tres de la mañana, sales de tu habitación para ir a emborracharte hasta el límite en la ciudad, y tienes tanta prisa por bajar los escalones que te caes y ruedas por una buena treintena de ellos antes de poder detenerte.

¿Había visto el escalón? ¿La huella de la mano?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—¿Estabas mirando? —Y antes de que él pudiera responder, ella espetó—: ¿Estabas mirando y no fuiste capaz de ayudarme?

Cassian se encogió de hombros de nuevo.

—Dejaste de caer. Si hubieras seguido así, alguien eventualmente habría acudido para detenerte antes de que golpearas el fondo.

Ella suspiró mirándolo.

Él simplemente sonrió y le hizo una seña con la mano.

—¿Quieres acompañarme?

—Debería empujarte a ti por esa escalera.

Cassian envainó su espada por la espalda con un elegante movimiento. Quinientos años de entrenamiento. Debía de haber sacado y enfundado esa espada tantas veces que solo era memoria muscular.

—¿Bien? —quiso saber, con un cierto crujido en su voz—. Ya que tienes esos gloriosos moretones, bien podrías afirmar que son producto del entrenamiento y no de una patética caída. —Y añadió—: ¿Cuántos escalones bajaste esta vez?

Sesenta y seis. Pero Nesta dijo:

—No voy a entrenar.

En el borde del campo de práctica, otra vez unos machos los estaban mirando. Habían estado mirando a Cassian primero, en parte con admiración y en parte con lo que ella solo podía suponer que era envidia. Nadie se movía como él. Ninguno siquiera lo hacía parecido. Pero en ese momento sus miradas eran de diversión, de burla.

En otros tiempos, el año anterior, podría haber ido hasta aquellos machos para hacerlos pedazos. Podría haber dejado que un poco de ese terrible poder dentro de ella se mostrara para que de verdad creyeran que era una bruja que los

iba maldecir a ellos y a mil generaciones de sus descendientes si volvían a insultar a Cassian.

Nesta estiró las piernas y apoyó las palmas magulladas en la piedra.

—Disfruta de tus ejercicios.

Cassian se erizó. Pero volvió a tenderle la mano.

—Por favor.

Ella nunca lo había escuchado decir esas palabras. Era una cuerda arrojada entre ellos. Se encontrarían a mitad de camino… le dejaría ganar la batalla por el poder, admitiría la derrota, si ella simplemente se bajaba de la roca.

Se dijo a sí misma que debía levantarse, debía tomar esa mano extendida.

Pero no pudo. No pudo hacer que su cuerpo se levantara.

Los ojos color avellana de él tenían el brillo de la súplica en el sol de la mañana, con el viento bailando entre su cabello oscuro. Como si estuviera hecho de estas montañas, hecho de viento y de piedra. Era tan hermoso. No de la manera en que Azriel y Rhys eran hermosos, sino de una hermosura sin aristas. Salvaje e implacable.

La primera vez que vio a Cassian no podía apartar los ojos de él.

Se sentía como si hubiera pasado su vida rodeada de muchachos, y luego un hombre —un macho, supuso— apareció de repente. Todo en él irradiaba esa masculinidad arrogante y segura de sí. Había sido embriagador y abrumador, y todo lo que había querido, todo lo que había querido desde hacía tantos meses, era tocarlo, olerlo, saborearlo. Acercarse a esa fuerza y lanzar todo lo que ella era contra él porque sabía que él nunca se iba a quebrar, nunca iba a vacilar, nunca se iba a oponer.

Pero la luz de sus ojos se atenuó cuando bajó la mano.

Ella se merecía la decepción de él. Se merecía su resentimiento y desagrado. Aunque eso le arrancara algo vital.

—Mañana, entonces —precisó Cassian. No volvió a hablar con ella durante el resto del día.

Capítulo 11

Las puertas de la biblioteca privada estaban cerradas. Nesta movió el picaporte, pero este se negó a abrirlas.

—Abre esta puerta —dijo en voz baja.

La Casa la ignoró.

Probó de nuevo con la manija a la vez que empujaba la puerta con el hombro.

—Abre esta puerta.

Nada.

Continuó golpeando la puerta con el hombro.

—Abre esta puerta. Ahora mismo.

La Casa se negó a obedecer.

Apretó los dientes, jadeando. Había tenido más libros para ordenar que el día anterior, ya que aparentemente Gwyn les había dicho a las sacerdotisas que Nesta iba a ser la chica de los recados.

Entonces comenzaron a amontonar sus tomos en su carrito y algunas hasta le pedían que les buscara libros. Nesta les había hecho caso, aunque solo fuera porque buscar los libros solicitados la llevaba a nuevos lugares en la biblioteca y le mantenían ocupados sus pensamientos, pero cuando el reloj dio las seis, estaba exhausta, cubierta de polvo y hambrienta. Había ignorado el sándwich que la Casa había dispuesto para ella en la tarde, y esto aparentemente había enfadado tanto a la Casa que en ese momento se negaba a permitirle la entrada a la biblioteca.

—Lo único que quiero —gruñó Nesta— es una buena comida caliente y un buen libro. —Probó el picaporte de nuevo—. Por favor.

Nada. Nada en absoluto.

—Bien. —Se fue furiosa por el pasillo. Solo el hambre la llevó hasta el comedor, donde encontró a Cassian a mitad de la comida, con Azriel frente a él.

El rostro del cantor de sombras era solemne, con mirada cautelosa. Cassian, de espaldas a ella, solo se puso tenso, sin duda alertado por su olor o por la cadencia de sus pasos.

No habló mientras se dirigía a una silla en la mitad de la mesa. Cuando llegó a su asiento, apareció un juego de cubiertos y comida. Tuvo la sensación de que, si cogía el plato y se iba, este iba a desaparecer de sus manos antes de llegar a la puerta.

Nesta mantuvo su silencio mientras ocupaba su silla, cogió el tenedor y le hincó el diente al filete de ternera y a los espárragos asados.

Cassian se aclaró la garganta y habló con Azriel.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No estoy seguro. —Los ojos del cantor de sombras se clavaron en ella antes de añadir—: Vassa tenía razón al sospechar que algo andaba muy mal. Las cosas son bastante peligrosas allí y lo más prudente sería que tuviera mi base aquí en la Casa y me transportara de un lado a otro.

La curiosidad la invadió profundamente, pero Nesta no dijo nada. Vassa… no había visto a la embrujada reina humana desde que terminó la guerra. Desde que la joven mujer había intentado hablar con ella sobre lo maravilloso que había sido el padre de Nesta, sobre que había sido un verdadero padre para ella, sobre la manera en que la ayudó y le consiguió aquella libertad temporal, y muchas otras cosas más hasta que los huesos de Nesta clamaban por escapar, y la sangre le hervía al pensar que su padre había encontrado su coraje para alguien que no fuera ella y sus hermanas. Que había sido el padre que había necesitado, pero para otra persona. ¿Había dejado que su madre muriera al negarse a enviar a su flota mercante a buscar una cura para ella, habían caído en la pobreza y las había dejado morir de hambre, pero había decidido luchar por esta extraña? ¿Por esta insignificante reina que contaba una triste historia de traición y pérdida?

Aquella cosa en lo profundo de Nesta se agitó, pero la ignoró, la hundió lo mejor que pudo sin la distracción de la música, el sexo o el vino. Tomó un sorbo de agua que le enfrió la garganta, el vientre, y supuso que eso sería suficiente.

—¿Qué dijo Rhys al respecto? —preguntó Cassian con la boca llena de comida.

—¿Quién crees que insistió en que no me arriesgara a poner una base allí?

—Bastardo protector. —Aunque una nota de afecto resonaba en las palabras de Cassian.

Silencio otra vez. Azriel la miró.

—¿Y a ti qué te ha pasado?

Sabía lo que él quería decir: el ojo morado que finalmente se estaba desvaneciendo. Sus manos y la barbilla se habían curado, junto con los moretones en su cuerpo, pero el ojo morado se había vuelto verdoso. Mañana por la mañana desaparecería del todo.

—Nada —respondió sin mirar a Cassian.

—Se cayó por la escalera —explicó Cassian, también sin mirarla.

El silencio de Azriel fue intencionado antes de hacer su pregunta.

—¿Alguien… te empujó?

—Cabrón —gruñó Cassian.

Nesta levantó un poco los ojos de su plato, lo suficiente como para advertir la diversión en la mirada de Azriel, aunque ninguna sonrisa adornó su boca sensual.

—Hoy mismo le he dicho —prosiguió Cassian— que si se molestara en entrenar, al menos tendría derecho a presumir de los moretones.

Azriel tomó un tranquilo sorbo de agua.

—¿Por qué no estás entrenando, Nesta?

—No quiero.

—¿Por qué no?

—No pierdas el aliento, Az —murmuró Cassian.

Lo fulminó con la mirada.

—No voy a entrenar en ese pueblo miserable.

Cassian le devolvió la mirada.

—Te han dado una orden. Y conoces las consecuencias. Si no te bajas de esa maldita roca al final de esta semana, lo que suceda después está fuera de mi control.

—¿Así que irás con chismes a tu precioso alto lord? —canturreó ella—. ¿El grande y duro guerrero necesita al muy poderoso Rhysand para pelear sus batallas?

—No hables de Rhys en ese tono —gruñó Cassian.

—Rhys es un idiota —espetó Nesta—. Es un arrogante, pretencioso estúpido.

Azriel se reclinó en su asiento, con los ojos llenos de ira, pero no dijo nada.

—Eso es mentira —replicó furioso Cassian, los Sifones en el dorso de sus manos ardieron como llamas color rubí—. Sabes que eso es mentira, Nesta.

—Lo odio —se enfureció ella.

—Bueno. Él también te odia —replicó Cassian—. Todos te odian, joder. ¿Es eso lo que quieres? Porque, felicidades, eso ya ha sucedido.

Azriel dejó escapar un largo suspiro.

Las palabras de Cassian la golpearon, una tras otra. La golpearon en algún lugar bajo y suave, y golpearon con fuerza. Sus dedos se curvaron como garras, clavándose en la mesa mientras le arrojaba su respuesta.

—Y supongo que ahora me dirás que eres la única persona que no me odia, y se supone que debo sentir algo así como gratitud, y que debo aceptar entrenar contigo.

—Ahora te digo que yo he terminado.

Las palabras retumbaron entre ellos. Nesta parpadeó. Fue la única señal de sorpresa que se iba a permitir.

Azriel se tensó, como si también estuviera sorprendido.

Y le habló a Cassian antes de que este pudiera continuar.

—¿Eso significa también que has terminado de jadear detrás de mí? Porque será un alivio saber que finalmente has captado la indirecta.

El pecho musculoso de Cassian se agitó, su garganta se movió.

—Ya que quieres hacerte pedazos, adelante, hazlo. Destrúyete todo lo que quieras. —Se puso de pie, dejando el plato a medio terminar—. Se suponía que el entrenamiento te iba a ayudar. No es un castigo. No sé por qué narices no lo entiendes.

—Ya te lo dije: no voy a entrenar en ese miserable pueblo.

—Bien. —Cassian salió y sus pasos se desvanecieron en el pasillo.

A solas con Azriel, Nesta volvió a gruñir.

Azriel la miró con su fría serenidad, y se mantuvo completamente inmóvil. Como si estuviera viendo todo en la cabeza de ella. Incluso su corazón dañado.

No pudo soportarlo más. Así que se puso de pie, habiendo comido apenas dos bocados de su comida, y también abandonó la habitación.

Regresó a la biblioteca. Las luces resplandecían con la misma intensidad con que lo hacían durante el día, y quedaban unas pocas sacerdotisas moviéndose por los distintos niveles. Encontró su carrito, y lo llenó de nuevo con libros que había que colocar.

Nadie le habló y no habló con nadie y empezó a trabajar, con solo el

estruendoso silencio en su cabeza como compañía.

Amren estaba equivocada. Eso de «sigue tendiéndole la mano» era una total tontería cuando la persona a la que se le tendía podía morderte con tanta fuerza como para arrancarte los dedos.

Cassian estaba sentado en la cima plana de la montaña en la que la Casa del Viento fue construida, mirando hacia el campo de entrenamiento al aire libre debajo de él. Las estrellas brillaban en lo alto y una fresca brisa otoñal que sugería cambio de hojas y noches frescas pasó a su lado. Abajo, Velaris era un destello dorado, acentuado a lo largo del Sidra con un arcoíris de color.

Él nunca había fallado en nada. No de esta manera.

Y había estado tan estúpidamente desesperado, tan estúpidamente esperanzado, que jamás habría creído que de verdad pudiera negarse. Hasta ese día, cuando la vio sobre esa roca y supo que quería levantarse, pero la vio dominar ese instinto. La vio aplicar esa voluntad de acero sobre sí misma.

—No eres del tipo melancólico.

Cassian se sobresaltó y volvió la cabeza para encontrar a Feyre sentada a su lado. Los pies de ella colgaban en el vacío, su cabello marrón dorado se alborotaba por el viento mientras miraba hacia el área de entrenamiento.

—¿Has venido volando?

—Transportada. Rhys dijo que estabas pensando en voz alta. —La boca de Feyre se torció hacia un lado—. Decidí que tenía que ver lo que estaba pasando.

Una fina cubierta de poder seguía envolviendo a su alta lady, invisible a simple vista pero resplandeciente. Cassian movió la cabeza hacia ella.

—¿Por qué Rhysie todavía tiene ese escudo blindado sobre ti? —Tenía suficiente poder como para proteger a todo Velaris.

—Porque es un verdadero incordio —respondió Feyre, pero sonrió con suavidad—. Todavía está tratando de averiguar cómo funciona, y todavía no ha descubierto la manera de desactivarlo. Pero con las reinas como una renovada amenaza, y Beron con ellas, especialmente si Koschei es quien mueve los hilos, a Rhys no le molesta seguir dejándolo como está.

—Todo lo que tiene que ver con esas reinas es un jodido dolor de cabeza —refunfuñó Cassian—. Con suerte, Az va a descubrir lo que realmente están

haciendo. O al menos lo que están haciendo Briallyn y Koschei.

Rhys todavía estaba considerando qué hacer con las exigencias de Eris. Cassian supuso que pronto recibiría órdenes relacionadas con ese asunto. Y luego tendría que lidiar con ese estúpido. De general a general.

—Una parte de mí teme lo que Azriel pueda encontrar —señaló Feyre, y se echó hacia atrás apoyándose en las manos—. Mor irá a Vallahan de nuevo mañana. También eso me preocupa. Me preocupa que pueda regresar con peores noticias sobre las intenciones de ellos.

—Nos ocuparemos de eso.

—Dicho como lo diría un verdadero general.

Con el ala, Cassian le dio un golpecito a Feyre en el hombro, un gesto informal y de afecto. Uno que nunca se atrevería a hacer con las hembras de ninguna comunidad ilyria. Los ilyrios eran, en el mejor de los casos, psicóticos en cuanto a quién tocaban con sus alas y cómo lo hacían, y tocar las alas fuera del dormitorio, del entrenamiento o del combate mortal era un enorme tabú. Pero a Rhys no le importaba, y Cassian había necesitado ese contacto. Había aprendido que siempre necesitaba contacto físico. Probablemente debido a una infancia con muy poco de eso.

Feyre pareció comprender su necesidad de un contacto tranquilizador, porque dijo:

—¿Tan mal está?

—Mal. —Eso fue todo lo que se atrevió a admitir.

—Pero ¿va a la biblioteca?

—Volvió a la biblioteca anoche. Hasta donde sé, todavía está ahí abajo.

Feyre dejó escapar un suspiro de contemplación, mirando hacia la ciudad. Su alta lady se veía tan joven. Él siempre olvidaba lo joven que era en verdad, considerando todo lo que ya había enfrentado y logrado en su vida. A los veintiún años, él continuaba bebiendo, peleando y haciendo el amor, sin preocuparse por otra cosa que no fuera su ambición de ser el más hábil de los guerreros ilyrios desde el mismo Enalius. A los veintiuno, Feyre ya había salvado al mundo de ellos, se había apareado y había encontrado la verdadera felicidad.

—¿Dijo Nesta por qué no quiere entrenar? —quiso saber Feyre.

—Porque me odia.

Feyre resopló.

—Cassian, Nesta no te odia. Créeme.

—Pues actúa como si me odiara.

Feyre sacudió la cabeza.

—No. No te odia. —Sus palabras portaban tanto dolor que él frunció el ceño.

—Tampoco te odia a ti —dijo él en voz baja.

Feyre se encogió de hombros. El gesto hizo que a él le doliera el pecho.

—Por un tiempo pensé que no me odiaba. Pero ahora no lo sé.

—No entiendo por qué vosotras dos no podéis simplemente… —Buscó la palabra correcta.

—¿Llevarnos bien? ¿Ser civilizadas? ¿Sonreírnos la una a la otra? —La risa de Feyre fue hueca—. Siempre ha sido así.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Quiero decir, siempre fue así con nosotras, y también con nuestra madre. Solo se interesaba por Nesta. A mí me ignoraba y Elain era apenas un poco más que una muñeca para vestirla, pero Nesta era de ella. Nuestra madre se aseguró de que lo supiéramos. O simplemente le importaba muy poco lo que pensáramos o lo hacía sin molestarse en ocultárnoslo. —El resentimiento y el dolor de mucho tiempo se entrelazaba en cada palabra. Que una madre les hiciera esas cosas a sus hijos…—. Pero cuando caímos en la pobreza, cuando comencé a cazar, todo fue a peor. Nuestra madre se había ido y nuestro padre no estaba exactamente presente. No estaba del todo allí. Así que éramos Nesta y yo, siempre atacándonos. —Feyre se frotó la cara—. Estoy demasiado exhausta como para repasar cada detalle. Es todo un enredo.

Cassian se abstuvo de señalar que ambas hermanas parecían necesitarse la una a la otra… que Nesta quizá necesitaba a Feyre más de lo que pensaba. Y tampoco mencionó que este lío entre las dos hembras lo lastimaba más de lo que podía expresar.

Feyre suspiró.

—Esa es mi larga explicación para decirte que si Nesta te odiara… Sé que lo parece, pero no te odia.

—Pero podría odiarme después de lo que le dije anoche.

—Azriel me puso al tanto. —Feyre volvió a frotarse la cara—. No sé qué hacer. No sé cómo ayudarla.

—Solo han pasado tres días y ya estoy al borde de mi aguante —explicó él.

Permanecieron sentados en silencio, y el viento pasaba entre ellos. La niebla aumentaba en el Sidra, allá muy abajo, y blancas columnas de humo que salían de incontables chimeneas subían para unirse a ella.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Feyre.

Él no tenía respuesta.

—Tal vez el trabajo de la biblioteca sea suficiente para sacarla de eso. —Pero incluso mientras decía las palabras, estas sonaban falsas.

Feyre aparentemente estuvo de acuerdo.

—No, en la biblioteca puede esconderse en el silencio y entre los estantes. El sentido de la biblioteca era equilibrar lo que produce el entrenamiento.

Él movió los hombros.

—Bueno, dijo que no iba a entrenar en ese pueblo miserable, así que estamos en un compás de espera.

Feyre volvió a suspirar.

—Eso parece.

Y Cassian hizo una pausa. Parpadeó una vez y fijó la mirada hacia abajo, hacia el campo de entrenamiento que tenía delante.

—¿Qué?

Él resopló, sacudiendo la cabeza.

—Debería haberlo sabido.

Una sonrisa tentativa apareció en la boca de Feyre, y Cassian se inclinó para darle un beso en la mejilla. Solo se acercó a un par de centímetros del rostro de ella antes de que sus labios se encontraran con el acero.

Vaya… el escudo.

—Este nivel de protección es una locura.

Se acomodó el grueso jersey color crema.

—La locura de Rhys.

Cassian olfateó, intentando infructuosamente detectar su olor.

—¿También ha blindado tu olor?

Feyre sonrió.

—Todo es parte del mismo escudo. Helion no bromeaba al decir que era impenetrable.

Y, a pesar de todo, Cassian le devolvió la sonrisa. Lo envolvió el recuerdo de cuando se encontró con ella en el comedor varios niveles abajo, esta joven que se iba a convertir en su alta lady. Era tan horriblemente delgada entonces, con los ojos tan apagados y tan reservada que necesitó todo su autocontrol para no salir volando hacia la Corte Primavera para arrancarle un miembro tras otro a Tamlin.

Cassian apartó el pensamiento, para centrarse en cambio en la revelación que tenía ante sí.

Una última vez. Lo intentaría una última vez.

Capítulo 12

Nesta estaba en el campo de entrenamiento en lo alto de la Casa del Viento con el ceño fruncido.

—Pensé que íbamos a ir al Refugio del Viento.

Cassian se acercó a la escalera de cuerda tendida en el suelo y enderezó un peldaño.

—Cambio de planes. —No quedaba ni rastro de aquella candente ira en su rostro esa mañana cuando entró en la sala para desayunar. Azriel ya se había ido, y Cassian no había dicho una palabra sobre por qué se había ido. Algo sobre las reinas, presumiblemente, a juzgar por lo que había escuchado la noche anterior.

Cuando terminó su avena con leche, buscó alguna señal de Morrigan, pero la hembra no había aparecido. Y Cassian la había guiado hasta ahí sin hablar en el camino.

«Todo el mundo te odia». Las palabras seguían flotando, como una campana que no deja de sonar.

—Mor ha vuelto a Vallahan —clamó él finalmente—, y Rhys y Feyre están ocupados. Así que no hay nadie que nos transporte hasta el Refugio del Viento. Vamos a entrenar aquí hoy. —Señaló el *ring* vacío. Libre de ojos curiosos. Y añadió con una aguda sonrisa que le hizo tragar saliva—. Solo tú y yo, Nes.

Nesta había dicho la noche anterior que no iba a entrenar en el pueblo. Lo había dicho muchas veces, Cassian se había dado cuenta. No iba a entrenar en ese miserable pueblo.

Él debió haberse dado cuenta unos días antes. Después de todo era quien mejor la conocía.

Nesta podría estar dispuesta a enfrentarse al propio rey de Hybern, y estaba más que orgullosa de ello. Preferiría morir antes que parecer tonta, o mostrarse vulnerable. Preferiría quedarse sentada en una roca helada en medio del viento gélido durante horas antes que parecer una tonta delante de cualquiera, especialmente delante de guerreros arrogantes listos para burlarse de cualquier hembra que intentara luchar como ellos.

A él no le importaba dónde entrenara ella. Lo importante era que comenzara el entrenamiento.

Si se negaba ese día, él no sabía qué más hacer.

El sol de la mañana caía a plomo, lo que prometía un día cálido, y Cassian se quitó la chaqueta de cuero antes de subirse una manga de la camisa.

—¿Bien? —preguntó él, y levantó los ojos hacia el rostro de ella.

—Yo…

Esa vacilación hizo que el pecho de él se tensara de modo insoportable. Pero aplastó esa esperanza, mientras se subía lentamente la otra manga. Se preguntó si ella notaría que los dedos le temblaban un poco.

«Finge que todo es normal —se dijo—. No la asustes».

No había ahí ningún lugar donde ella pudiera sentar ese hermoso trasero. Él ya había corrido las tumbonas que a Amren —y a veces a Mor— le gustaba usar para tomar el sol mientras él y los demás entrenaban.

Cuando Nesta se detuvo junto a la puerta, Cassian se encontró diciendo:

—Voy a hacer un trato contigo.

Los ojos de ella brillaron. Los tratos de los fae no eran algo para menospreciar. Él sabía que Feyre ya le había hablado de ellos a Nesta la primera vez que su hermana estuvo ahí. Como una precaución. Por la mirada cautelosa de Nesta, supo que recordaba bien las advertencias de Feyre: los tratos de los fae se regían por la magia y se marcaban con tinta sobre el cuerpo de uno. La tinta no se desvanecería hasta que el trato hubiera sido cumplido. Y si se rompía el trato… la magia podría exigir una terrible venganza.

Cassian mantuvo una postura relajada.

—Si haces una hora de ejercicios ahora mismo, te deberé un favor.

—No necesito ningún favor de ti.

—Entonces dime cuál es tu precio. —Se esforzó para serenar su corazón acelerado—. Una hora de entrenamiento por lo que quieras.

—Eso es un acuerdo tonto para ti. —Entrecerró los ojos—. Pensé que eras un general. ¿No se supone que eres bueno para negociar?

La boca de él se arqueó hacia arriba. No estaba peleando con él.

—Para ti no tengo estrategias.

Lo estudió con profunda atención.

—¿Cualquier cosa que yo quiera?

—Cualquier cosa. —Añadió con ironía—. Cualquier cosa menos que me pidas que caiga del cielo y me estrelle de cabeza contra la tierra.

No sonrió de la manera que él esperaba. Sus ojos se convirtieron en astillas de hielo.

—¿De verdad me crees capaz de tal cosa?

—No —respondió sin dudarlo.

La boca de ella se apretó. Como si no le creyera. A ver… ahí estaban esas manchas oscuras debajo de sus ojos. ¿Cuánto tiempo había trabajado en la biblioteca la noche anterior? Pedirle que supiera por qué se había quedado despierta tan tarde no sería prudente. Guardaría esa batalla para otro momento. En una hora, tal vez.

Ella lo examinó de nuevo, y Cassian se obligó a quedarse quieto, a parecer abierto y no amenazante, y no como si su propio corazón estuviera en sus malditas manos extendidas.

—Bien —dijo por fin—. Digamos que será un favor. De cualquier tamaño que yo desee.

Era peligroso permitir eso. Mortal. Estúpido. Pero él dijo:

—Sí.

Extendió la mano. Una última vez.

«Sigue tendiéndole la mano».

—Un trato. —La miró a los ojos con la misma expresión acerada de los de ella—. Entrenas conmigo durante una hora y te deberé un favor de cualquier tamaño que quieras.

—Convenido. —Puso su mano en la de él y la estrechó con firmeza.

La magia pasó entre ellos y ella jadeó. Retrocedió.

Cassian dejó que resonara dentro de él como una estampida de caballos al galope. La superó. Cualquiera que fuera su poder, había hecho que el trato fuera más intenso. Más exigente.

Él observó sus propias manos, sus antebrazos desnudos, en busca de algún indicio de un tatuaje, aparte de los tatuajes ilyrios que llevaba para la suerte y la

gloria. Nada.

Tenía que estar en alguna parte.

Se quitó la camisa y examinó las superficies musculosas de su torso. Nada.

Se acercó al estrecho espejo apoyado en un costado del *ring*, puesto allí para que ellos estudiaran su técnica cuando ejercitaban a solas. Cassian se detuvo ante él, se dio la vuelta para mirar por encima del hombro su espalda tatuada.

Allí, justo en el centro del tatuaje ilyrio que serpenteaba por su columna, había aparecido un nuevo tatuaje. Una estrella de ocho puntas, cuyos puntos cardinales irradiaban líneas nítidas a lo largo y a lo ancho de las curvas de su espalda, entrelazándose con las marcas ilyrias hacía mucho tiempo dibujadas allí con tinta. Los puntos este y oeste de la estrella apuntaban directamente a sus alas, el negro mezclándose con el negro. Sabía que habría uno igual en la columna de Nesta. Trató de no pensar en esa extensión de piel desnuda, marcada con tinta negra, cuando la miró a la cara.

Pero los ojos de Nesta no estaban en el espejo.

No, los tenía fijos en el torso de él. En su pecho, en sus abdominales, en sus brazos desnudos. Su pulso se agitó.

Él no se atrevió a moverse, no mientras la mirada de ella estuviera fija en los músculos en forma de letra V que se marcaban debajo de la cintura de sus pantalones. No mientras los ojos de ella se oscurecían y sus pestañas vibraban a la vez que el color se deslizaba sobre su piel pálida.

La sangre de él se calentó, la piel se le tensó sobre los huesos y los músculos, como si pudiera sentir el toque de sus ojos azul grisáceos, como si fueran los dedos de ella que le recorrían el abdomen. Y más abajo.

Sabía que era mejor no lanzar un comentario burlón. Si la irritaba, no solo se iba a negar al entrenamiento, sin importarle el trato, sino que iba a dejar de mirarlo de esa manera.

Lentamente, los ojos de ella le recorrieron el cuerpo, se detuvieron en sus pectorales tallados y en el tatuaje ilyrio que se arremolinaba sobre uno de ellos antes de fluir bajando por su brazo izquierdo. Él podría haber tensado el músculo. Ligeramente. Con voz ronca, logró hablar.

—¿Lista?

Con el Caldero hirviendo, sabía que la pregunta tenía más significados de los que él quería desenredar.

Por el brillo en sus ojos, supo que lo entendió. Pero ella encogió los hombros.

—Está bien. Te debo una hora de entrenamiento.

—Por supuesto que me la debes. —Cassian dominó su respiración, y mantuvo a raya aquel rugiente deseo. Se dirigió al centro del *ring*, y optó por quedarse sin la camisa. Porque el día era caluroso. Porque su piel ya estaba ardiendo.

Señaló el espacio junto a él, y le dirigió su más amplia sonrisa.

—Veamos qué puedes hacer, Archeron.

Un trato… con Cassian. Nesta no sabía cómo se había permitido aceptar tal cosa, dejar que pasara entre ellos esa magia y dejarle una marca, pero…

«Todos te odian».

Tal vez fue solo ese hecho lo que la hizo aceptar semejante locura. No tenía ni idea de qué favor le iba a pedir, pero… Bien. Este campo de entrenamiento, con sus altos muros, el cielo como su único testigo… ahí, suponía, podía dejar que él hiciera lo peor.

No importa que Cassian sin camisa rayara en lo obsceno, incluso con la colección de cicatrices que salpicaban su piel marrón dorada. La que tenía en su pectoral izquierdo era particularmente horrible y una que ella sabía que no había recibido en la guerra con Hybern. No quería saber qué había sido tan tremendo como para dejar esa cicatriz en su cuerpo. Sobre todo cuando toda evidencia de la devastadora herida que había recibido durante la guerra había desaparecido. Solo quedaban vigorosos músculos y piel.

Honestamente, había tantos músculos que no podía contarlos todos. Músculos en sus malditas costillas. Ella no sabía que la gente podría tener músculos allí. Y esos que bajaban por sus pantalones, como una flecha dorada que apuntaba exactamente a lo que ella quería…

Nesta se quitó ese pensamiento de la cabeza al ir acercándose a Cassian en el centro del *ring*. Él sonrió como un demonio.

Se detuvo a casi un metro de distancia, con el sol de la mañana que le calentaba el cabello, las mejillas. Era lo más cerca que había estado de él sin discutir ni pelear… desde hacía mucho tiempo.

Cassian hizo rodar sus poderosos hombros, su amplio tatuaje siguió ese movimiento.

—Muy bien. Empecemos con lo básico.

—¿Espadas? —Señaló el soporte para las armas contra la pared a la izquierda de la arcada hacia la escalera.

La boca de él se curvó hacia arriba.

—No vas a usar espadas todavía. Tienes que aprender a controlar tus movimientos, tu equilibrio. Vas a desarrollar la fuerza básica y la conciencia de tu cuerpo antes de que uses siquiera una espada de práctica de madera. —Él miró sus botas acordonadas—. Pies y respiración.

Ella parpadeó.

—¿Pies?

—Especialmente los dedos de los pies.

Él hablaba totalmente en serio.

—¿Qué pasa con los dedos de mis pies?

—Deben aprender a agarrarse al suelo, a equilibrar tu peso… eso sienta las bases para todo lo demás.

—¿Voy a ejercitar los dedos de los pies?

Él rio entre dientes.

—¿Pensaste que usarías espadas y flechas el primer día?

Estúpido arrogante.

—Arrojaste a mi hermana al campo de entrenamiento e hiciste precisamente eso.

—Tu hermana ya poseía un conjunto de habilidades que tú no tienes, y también carecía del lujo del tiempo.

Cazar para mantenerlos alimentados le había enseñado a Feyre ese conjunto de habilidades. Cazaba, mientras Nesta se quedaba en casa, segura y cálida, dejando que Feyre se aventurara en ese bosque sola. Esas habilidades que Feyre había perfeccionado le habían permitido sobrevivir contra los altos fae y todos sus horrores, pero… Feyre solo los tenía por lo que se había visto obligada a hacer. Porque Nesta no era la que debía hacerlo. La que se ofreció a hacerlo.

Encontró a Cassian observándola con mucha atención. Como si pudiera escuchar esos pensamientos, como si pudiera sentir el peso que tenían sobre ella.

—Feyre me enseñó a usar el arco. —Fueron solo unas pocas lecciones y hacía mucho tiempo, pero Nesta lo recordaba. Fue una de las pocas veces en que ella y Feyre fueron aliadas.

—No era un arco ilyrio. —Cassian señaló un soporte con enormes arcos y aljabas junto al espejo. Los arcos eran casi tan altos como una mujer adulta—.

No fue hasta que me convertí en un adulto que tuve la fuerza para al menos tensar la cuerda de esos arcos.

Nesta se cruzó de brazos, tamborileando con los dedos en los bíceps.

—Entonces ¿voy a pasar una hora aquí moviendo los dedos de los pies?

La sonrisa de Cassian volvió a ampliarse.

—Sí.

En algún momento, Nesta comenzó a sudar. Le dolían los pies, sus piernas parecían de gelatina.

Se quitó las botas y practicó algunas posiciones con Cassian y se concentró en apretar los dedos de los pies para encontrar el equilibrio y, en general, sintiéndose como una tonta. Por suerte no había nadie por allí para verla de pie sobre una pierna mientras giraba la cadera, con la otra pierna levantada detrás de ella. O verla usando dos postes de madera para estabilizarse mientras balanceaba el pie de un poste a otro, subiendo por cada palo. O cuando hizo unas sentadillas básicas, que resultaron salirle muy mal, con el peso mal distribuido y la espalda demasiado arqueada.

Todas las cosas básicas y estúpidas. Y todas las cosas en las que falló por completo.

Cassian no parecía ni remotamente impresionado cuando se levantó de la posición en cuclillas que la había hecho mantener mientras sostenía un bastón de madera sobre la cabeza.

—Ponte de pie, erguida, la cabeza primero.

Nesta obedeció.

—No. —Le hizo señas para que volviera abajo—. La cabeza primero. No curves la espalda ni te inclines hacia delante. El movimiento es hacia arriba.

—Eso es lo que estoy haciendo.

—Te estás agachando. Empuja tus pies hacia el suelo. Agárrate con los dedos de los pies mientras llevas la cabeza hacia arriba… Sí, eso es. —Lo fulminó con la mirada mientras se levantaba. Cassian solo dijo—: Haz otro ejercicio bien, y nuestra hora habrá terminado.

Ella lo hizo. Jadeaba con fuerza, le temblaban las rodillas y los muslos se quejaban de un dolor ardiente. Cuando terminó, se apoyó en la vara que había

levantado sobre su cabeza.

—¿Eso es todo?

—A menos que quieras negociar conmigo una segunda hora.

—¿De verdad quieres deberme dos favores?

—Si te mantiene aquí para terminar la lección, claro.

—No estoy segura de poder soportar más estiramientos como estos.

—Entonces haremos un trabajo de respiración y luego otro de relajación.

—¿Relajación?

—Más estiramientos. —Él sonrió. Cuando ella abrió la boca, le explicó—: Ejercicios diseñados para ayudar a que tu cuerpo vuelva a un ritmo normal y limitar cualquier dolor que puedas tener más tarde.

Su tono no mostraba condescendencia. De modo que ella preguntó:

—¿Y cómo es un trabajo de respiración?

—Exactamente eso. —Puso una mano en el abdomen, precisamente sobre aquellos músculos ondulantes, e hizo una gran inhalación antes de soltar el aire lentamente—. Tu poder cuando luchas proviene de muchos lugares, pero la respiración es uno de los más importantes. —Movió la cabeza hacia la vara que sostenía en las manos—. Empújala hacia delante como si estuvieras ensartando a alguien con una lanza.

Levantó las cejas y lo hizo. El movimiento fue torpe y poco elegante.

Él solo asintió moviendo la cabeza.

—Ahora hazlo de nuevo, y mientras lo haces, inhala.

Lo hizo y el movimiento fue notablemente más débil.

—Y ahora hazlo de nuevo, pero exhala al empujar.

Le tomó uno o dos segundos orientar su respiración, pero obedeció, y empujó la vara hacia delante mientras soltaba la respiración. El poder se agitó en sus brazos, en su cuerpo.

Nesta parpadeó mirando la vara.

—Pude sentir la diferencia.

—Todo está relacionado. Respiración, equilibrio y movimiento. Los músculos voluminosos como estos —se tocó ese abdomen absurdamente contorneado— no sirven para nada cuando no sabes cómo utilizarlos.

—Entonces ¿cómo se aprende a controlar la respiración?

Él volvió a sonreír, sus ojos color avellana brillaron bajo el sol.

—Así.

Y comenzó otra serie de movimientos, todos tremendamente simples cuando

él hacía la demostración, pero casi imposibles de coordinar en su propio cuerpo cuando ella quería replicarlos. Pero se concentró en la respiración, en el poder de ella, como si sus pulmones fueran los fuelles de una gran fragua.

El sol llegaba a lo más alto del arco, atravesando el espacio de entrenamiento, arrastrando las sombras con él.

Inhalar. Exhalar. Respiraciones acentuadas por una estocada profunda o una sentadilla, o haciendo equilibrio sobre una pierna.

Todos los ejercicios que ya había hecho en la primera hora, pero esta vez vistos de otra manera, con el elemento añadido de la respiración.

Inspirar y espirar, exhalar e inhalar, cuerpo y mente fluyen, concentración sin interrupciones.

Las órdenes de Cassian eran firmes, pero amables, alentadoras sin ser incómodas. «Retener, retener, retener… y soltar. Bien. De nuevo. De nuevo. De nuevo».

No había parte de su cuerpo que no estuviera cubierta de sudor, no había parte que no temblara cuando la invitó a acostarse sobre una colchoneta negra en el otro lado del *ring*.

—Relájate —le dijo mientras se arrodillaba y golpeteaba la colchoneta.

Nesta estaba demasiado cansada como para objetar, y prácticamente se arrojó sobre ella mirando al cielo.

El sol hacía arder el sudor en su cara. Jirones de nubes flotaban a lo largo del deslumbrante azul, totalmente ajenos a ella.

Su mente había quedado tan clara como ese cielo, la niebla y la presión ya no estaban ahí.

—¿Te gusta volar? —Ella no supo de dónde había salido la pregunta.

Él la miró.

—Me encanta. —La verdad resonó en aquellas palabras—. Es libertad, alegría y desafío.

—Conocí a la dueña de una tienda en el Refugio del Viento a la que le habían cortado las alas. —Volvió la cabeza apartándola del cielo para mirarlo a él. Su rostro estaba tenso—. ¿Por qué los ilyrios hacen eso?

—Para controlar a sus mujeres —explicó Cassian con serena indignación—. Se trata de una antigua tradición. Rhys y yo intentamos eliminarla haciendo que fuera ilegal, pero el cambio lleva un tiempo entre los altos fae. Y a los tontos y tercos como los ilyrios, les lleva aún más tiempo. Emerie, supongo que es ella a quien conociste, ya que es la única dueña de una tienda, fue una de las que se

deslizó a través de las grietas. Fue durante el reinado de Amarantha y… un montón de horrores ocurrieron entre las grietas.

Los ojos de él se veían turbados, no solo por lo que su padre le había hecho a Emerie, se dio cuenta Nesta, sino por todos los recuerdos de esos cincuenta años. Por la culpa.

Y tal vez fue para salvarlo de revivir esos recuerdos, para desterrar esa culpa injustificada en sus ojos, que ella se acomodó sobre la colchoneta.

—Relájate —lo invitó.

—Pareces ansiosa.

Lo miró a los ojos.

—Yo… —Tragó saliva. Se odió a sí misma por vacilar y se obligó a decir—: La respiración hace que mi cabeza deje de ser tan… —horrible. Espantosa. Miserable— ruidosa.

—Ah. —La comprensión inundó el rostro de él—. La mía también.

Por un momento, ella le sostuvo la mirada, observó cómo el viento despeinaba su larga melena. El instinto de tocar los rizos negros la hizo apretar las palmas de las manos contra la colchoneta, como si estuviera frenándose físicamente a sí misma.

—Tienes razón. —Cassian se aclaró la garganta—. Hay que relajarse.

Lo había hecho bien. Realmente muy bien.

Nesta terminó el tiempo de relajación y se recostó sobre la colchoneta negra, como si necesitara recomponerse. Recuperar sus fuerzas.

Cassian la dejó y se levantó para caminar hasta donde estaba el agua, a la derecha de la arcada.

—Necesitas beber tanta agua como puedas —indicó, y tomó dos vasos que llenó con la jarra que había en una mesita. Regresó a su lado, y bebió de su vaso.

Nesta permaneció boca abajo, las extremidades sueltas, los ojos cerrados. El sol iluminaba su pelo, su piel sudorosa. Él no pudo evitar que se le presentara la imagen de ella acostada en su cama de esa manera, saciada, el cuerpo fláccido por el placer. Tragó saliva. Ella abrió un ojo, y fue sentándose lentamente para tomar el agua que él le alcanzaba. Se la bebió de un trago, se dio cuenta de lo

sedienta que estaba y se puso de pie. Él vio que se dirigía a la jarra. Llenó el vaso y lo vació dos veces más antes de finalmente dejarlo.

—No me has dicho lo que querías a cambio de la segunda hora de entrenamiento —dijo él finalmente.

Lo miró por encima del hombro. Su piel estaba rosada de una manera que él no había visto en mucho mucho tiempo. Los ojos le brillaban. Ella le dijo que la respiración la había ayudado. La había serenado. Al ver el ligero cambio en su rostro, la creyó.

Quedaba por ver qué pasaría cuando se pasara el efecto. «Pequeños pasos —se aseguró a sí mismo—. Pequeños, pequeños pasos».

—La segunda hora —replicó Nesta— es cortesía de la casa.

Ella no sonrió, ni siquiera guiñó un ojo, pero Cassian sí sonrió.

—Generoso de tu parte.

Ella puso los ojos en blanco, pero sin su habitual veneno.

—Tengo que cambiarme antes de ir a la biblioteca.

Cuando Nesta llegó a la arcada, con la penumbra de la escalera más allá, Cassian habló.

—No quise decir lo que dije anoche… sobre que todos te odian.

Ella se detuvo, con sus ojos azul grisáceos.

—Pero es verdad.

—No es así. —Se atrevió a acercarse un paso más—. Estás aquí porque nosotros no te odiamos. —Se aclaró la garganta y se pasó una mano por el pelo —. Quería que lo supieras. Que nosotros no… que yo no te odio.

Ella sopesó lo que fuera que hubiese en la mirada de él. Probablemente más de lo que era prudente dejarle ver. Y habló en voz baja.

—Nunca te he odiado a ti, Cassian.

Dicho esto, cruzó la puerta de entrada a la Casa, como si no lo hubiera golpeado directamente en el estómago, primero con las palabras, luego al usar su nombre.

No fue hasta que ella desapareció escalera abajo que él soltó el aliento que había estado conteniendo.

Capítulo 13

Estaba famélica. Ese era el único pensamiento que ocupaba a Nesta mientras ordenaba libro tras libro en las estanterías. Eso y lo dolorido que sentía el cuerpo. Los muslos le ardían con cada pie que movía al subir y bajar por la rampa de la biblioteca, los brazos, insoportablemente rígidos con cada libro que levantaba hasta su lugar.

Todo ese dolor, solo por los estiramientos y los ejercicios de equilibrio. No quería ni pensar en lo que los ejercicios como los que le había visto hacer a Cassian le harían a ella.

Era patética por ser tan débil. Tan patética en ese momento en que no podía siquiera dar un paso sin hacer muecas.

—Relajación… vaya mierda —refunfuñó, mientras cargaba un libro en sus manos. Miró el título y gimió. Pertenecía al otro lado de ese nivel… una buena caminata de cinco minutos hasta el otro lado del atrio central y luego bajar por el pasillo sin fin. Sus piernas temblorosas bien podrían aflojársele a mitad de camino. Ya está.

El estómago le hizo ruido.

—Me ocuparé de ti más tarde —le dijo al libro y revisó los otros títulos que quedaban en su carrito. Ninguno, afortunada o desafortunadamente, pertenecía a la misma sección que el anterior. Arrastrar el carrito hasta allí sería agotador, sería mejor llevar solo ese volumen, aunque eso significaba básicamente un viaje sin sentido para guardar solo un libro.

No es que tuviera algo mejor que hacer con su tiempo. Con su día. Con su vida.

Cualquier claridad que hubiera sentido en el campo de entrenamiento varios niveles arriba, volvía a empañarse de nuevo. Toda la calma y la tranquilidad que había logrado concentrar en su cabeza se habían disipado como si fuera humo. Solo moviéndose podría mantenerla a raya.

Nesta encontró el estante que buscaba, a bastante distancia por encima de su cabeza, sin ningún taburete a la vista. Se puso de puntillas —sus piernas protestaron enérgicamente—, pero estaba demasiado alto. Nesta era más alta que una hembra promedio. Medía unos cinco o seis centímetros más que Feyre, pero ese estante estaba fuera de su alcance. Entre gruñidos, intentó guardar el libro con las puntas de los dedos, estirando los brazos.

—Ah, qué bien. Eres tú —dijo una conocida voz femenina desde el final de la fila. Nesta se dio la vuelta y descubrió a Gwyn que caminaba rápidamente hacia ella, con los brazos cargados de libros y el cabello cobrizo brillando en la penumbra.

Nesta no se molestó en mostrarse agradable mientras bajaba hasta la posición normal de sus pies.

Gwyn inclinó la cabeza, como si finalmente se diera cuenta de lo que la otra estaba haciendo.

—¿No puedes usar magia para ponerlo en el estante?

—No. —La respuesta fue fría y hosca.

Las cejas de Gwyn se movieron una hacia la otra.

—¿Quieres decir que has estado guardando todo a mano?

—¿De qué otra manera podría hacerlo?

Los ojos verde azulados de Gwyn se entrecerraron.

—Pero tienes poder, ¿no?

—Eso no es asunto tuyo. —No era asunto de nadie. Ella no tenía ninguno de los dones habituales de los altos fae. Su poder, esa cosa, era totalmente ajeno a ella. Grotesco.

Gwyn se encogió de hombros.

—Muy bien. —Arrojó sus libros directamente a los brazos de Nesta—. Estos pueden volver a su lugar.

Nesta se tambaleó bajo el peso de los libros y la fulminó con la mirada.

Gwyn ignoró esa mirada, y en cambio miró a su alrededor antes de bajar la voz.

—¿Has visto el volumen siete de *La gran guerra* de Lavinia?

Nesta rebuscó en su memoria.

—No. No lo he visto.

Gwyn frunció el ceño.

—No está en su estante.

—Entonces alguien lo tiene.

—Eso es lo que temía. —Soltó un suspiro dramático.

—¿Por qué?

La voz de Gwyn se transformó en un susurro conspirativo.

—Trabajo para alguien que es muy… exigente.

La memoria ayudó a Nesta. Alguien llamada Merrill, le había dicho Clotho el otro día. Su mano derecha.

—Supongo que no te gusta esa persona, ¿no?

Gwyn se apoyó en uno de los estantes y cruzó los brazos en un gesto relajado que no se correspondía con su túnica de sacerdotisa. De nuevo, no llevaba capucha y no había ninguna piedra azul sobre su cabeza.

—Honestamente, aunque considero que muchas de las hembras de este lugar son mis hermanas, hay algunas que no son lo que yo consideraría agradables.

Nesta resopló.

Gwyn volvió a recorrer la fila con la mirada.

—Tú sabes por qué estamos todas aquí. —Las sombras aparecieron en sus ojos. Era la primera vez que Nesta las veía en ella—. Todas nosotras hemos soportado… —Se frotó la sien—. Detesto, detesto siquiera hablar mal de cualquiera de mis hermanas aquí. Pero Merrill es desagradable. Para todas. Incluso para Clotho.

—¿Debido a sus experiencias?

—No lo sé —respondió Gwyn—. Lo único que sé es que me asignaron para trabajar con Merrill y ayudarla en su investigación, y yo podría haber cometido un pequeño error. —Hizo una mueca.

—¿Qué tipo de error?

Gwyn dejó escapar un suspiro mirando el techo oscurecido.

—Se suponía que yo debía entregar el volumen siete de *La gran guerra* a Merrill ayer, junto con una pila de otros libros, y podría haber jurado que lo hice, pero esta mañana, mientras estaba en su oficina, miré la pila y vi que, en cambio, le había entregado el volumen ocho.

Nesta contuvo su mirada de asombro.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Me matará cuando hoy quiera leerlo y no lo encuentre. —Gwyn no dejaba

de pasar su peso de un pie al otro—. Lo cual podría ocurrir en cualquier momento. Fui a buscarlo apenas pude, pero el libro no está en el estante. —Detuvo sus movimientos nerviosos—. Incluso si yo encontrara el libro, me descubriría al hacer el cambiazo.

—¿Y no puedes decírselo? —Gwyn no podía hablar en serio al decir que la mataría. Aunque con los fae, Nesta supuso que podría ser una posibilidad. A pesar de que aquel lugar era un lugar de paz.

—Por todos los dioses, no. Merrill no acepta errores. Se supone que el libro está allí, le dije que estaba allí, y… me equivoqué.

El rostro de la sacerdotisa palideció. Parecía casi enferma.

—¿Por qué eso es importante?

La emoción se agitó en esos extraordinarios ojos.

—Porque no me gusta fallar. No puedo… —Gwyn sacudió la cabeza—. No quiero cometer más errores.

Nesta no sabía cómo entender esa afirmación.

—Ah —fue lo único que atinó a decir.

—Estas hembras —continuó Gwyn— me acogieron. Me dieron refugio, me curaron, me dieron una familia. —Nuevamente, sus grandes ojos se oscurecieron —. No puedo soportar fallarles en cualquier cosa. Especialmente a alguien tan exigente como Merrill. Incluso cuando pueda parecer trivial.

Admirable, aunque Nesta se resistía a admitirlo.

—¿Has salido de esta montaña desde que llegaste?

—No. Una vez que entramos, no nos vamos a menos que sea el momento de partir… de volver al mundo en general. Aunque algunas de nosotras nos quedamos aquí para siempre.

—¿Y no volvéis a ver la luz del día? ¿Nunca volvéis a sentir el aire libre?

—Tenemos ventanas, en nuestros dormitorios. —Ante el gesto de incomprensión de Nesta, aclaró—: Tienen el encanto de la vista de la ladera de la montaña. Solo el alto lord sabe de ellas, ya que son sus hechizos. Y ahora tú, supongo.

—Pero ¿tú no sales?

—No —respondió Gwyn—. No hacemos esas cosas.

Nesta sabía que podía dejar que la conversación terminara ahí, pero decidió preguntar.

—¿Y qué haces en el tiempo que no estás en la biblioteca? ¿Practicas tus… cosas de religión?

Gwyn soltó una suave risa.

—En parte. Honramos a la Madre y al Caldero y a las fuerzas que existen. Tenemos un servicio al amanecer y al anochecer y todos los días sagrados.

Nesta debió de poner cara de desagrado porque Gwyn resopló.

—No es tan aburrido como parece. Los servicios son muy bellos, las canciones, tan hermosas como cualquier otra que puedas oír en una sala de conciertos.

Eso sí que pareció bastante interesante.

—Disfruto de los servicios vespertinos —continuó Gwyn—. La música siempre fue mi parte favorita, ya sabes. Quiero decir, no aquí. Yo era una sacerdotisa, una acólita todavía… antes de venir aquí. —Y añadió con una voz apenas un poco más baja—: En Sangravah.

Aquel nombre le resultaba conocido a Nesta, pero no podía recordar de dónde.

Gwyn sacudió la cabeza, su rostro estaba tan pálido que sus pecas destacaban con marcado relieve.

—Tengo que regresar con Merrill antes de que comience a preguntarse dónde estoy. Y pensar en alguna forma de salvar mi pellejo cuando no pueda encontrar ese libro en la pila. —Señaló con la barbilla los libros que Nesta sostenía—. Gracias por eso.

Nesta solo asintió moviendo la cabeza, y la sacerdotisa fue desapareciendo poco a poco de su vista.

Regresó a su carrito con una mínima mueca de dolor y gruñidos, ya que permanecer quieta durante tanto tiempo con Gwyn le había hecho casi imposible ponerse a caminar de nuevo.

Algunas sacerdotisas pasaron cerca, unas directamente junto a ella, otras en uno de los niveles de arriba o de abajo, totalmente en silencio. Todo ese lugar estaba totalmente en silencio. El único toque de color y sonido provenía de Gwyn.

¿Se quedaría aquí, encerrada debajo de la tierra, por el resto de su vida inmortal?

Parecía una lástima. Comprensible por lo que Gwyn seguramente soportó, sí… por lo que todas esas hembras resistieron y a lo que sobrevivieron. Pero de todos modos una lástima.

Nesta no sabía por qué lo hizo. Por qué esperó hasta que no hubiera nadie alrededor antes de hablarle al aire silencioso de la biblioteca.

—¿Puedes hacerme un favor?

Podría haber jurado que sintió una pausa en el polvo y en la penumbra, como si hubiera despertado un interés. Entonces hizo una pregunta.

—¿Puedes conseguirme el volumen siete de *La gran guerra*, de alguien llamado Lavinia? —La Casa no tenía problema en enviarle comida, tal vez podía encontrar el libro para ella.

De nuevo Nesta podría haber jurado que sintió esa pausa de interés, una repentina vacuidad.

Y en ese momento oyó un golpe en su carro cuando un volumen encuadernado en cuero gris con letras plateadas cayó sobre su pila de libros. Los labios de Nesta se curvaron hacia arriba.

—Gracias. —Una suave y cálida brisa le rozó las piernas, como si un gato pasara entre ellas, a modo de cordial saludo y despedida.

Cuando pasó la siguiente sacerdotisa, Nesta se acercó a ella.

—Disculpe.

La hembra se detuvo tan rápidamente que su túnica pálida se balanceó con ella y la piedra azul en su capucha brilló en la suave luz fae.

—¿Sí? —Su voz era suave, aterciopelada. El pelo negro y rizado asomaba de sus vestiduras, y una rica piel bronceada brillaba en sus hermosas y delicadas manos. Al igual que Clotho, esta llevaba su capucha sobre el rostro.

—La oficina de Merrill ¿dónde está? —Nesta hizo un gesto señalando el carro detrás de ella—. Tengo algunos libros para ella, pero no sé dónde trabaja.

La sacerdotisa señaló con la mano.

—Tres niveles arriba… nivel dos… al final del pasillo a su derecha.

—Gracias.

La sacerdotisa se apresuró a seguir su camino, como si incluso ese momento de interacción social hubiera sido excesivo.

Y Nesta miró hacia el nivel tres pisos arriba.

Su cuerpo dolorido no ayudaba para hacer esa tarea con sigilo, pero afortunadamente Nesta no encontró a nadie en su camino. Golpeó la puerta de madera que estaba cerrada.

—Adelante.

Nesta abrió la puerta que daba a una habitación que era una celda rectangular, ocupada por un escritorio en el extremo y dos bibliotecas que recubrían las dos paredes largas. A la izquierda del escritorio había un pequeño camastro, con una manta y una almohada perfectamente ordenadas. Como si la sacerdotisa encapuchada de espaldas a Nesta a veces no quisiera molestarse en volver al dormitorio para dormir.

No había señales de Gwyn. Nesta se preguntó si no la habrían ya despedido por la supuesta falta.

Nesta dio unos pasos y entró en la habitación. Miró los estantes a su derecha antes de hablar.

—He traído los libros que solicitaste.

La hembra seguía encorvada sobre su trabajo, y el ruido del rasguño de su pluma llenaba la habitación.

—Bien. —Ni siquiera se dio la vuelta. Nesta observó la otra estantería.

Ahí estaba… el volumen ocho de *La gran guerra*. Nesta había dado un paso silencioso hacia él cuando la cabeza de la sacerdotisa se levantó de golpe.

—No he pedido más libros. ¿Y dónde está Gwyneth? Debería haber regresado hace media hora.

Nesta habló de la manera más suave y estúpida que pudo.

—¿Quién es Gwyneth?

Merrill se dio la vuelta al escuchar eso, y Nesta fue observada por un rostro sorprendentemente joven… e increíblemente hermoso. Todas las altas fae eran hermosas, pero Merrill hacía que incluso Mor pareciera insulsa.

El cabello blanco como la nieve fresca contrastaba con el castaño claro de su piel y los ojos del color de un cielo crepuscular parpadearon una, dos veces. Como si estuviera poniendo el foco en el aquí y ahora y no en el trabajo que había estado haciendo. Notó la ropa de cuero de Nesta, la falta de túnica y de piedra encima de su cabello trenzado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Nesta. —Elevó los brazos con libros—. Me dijeron que le trajera estos.

El volumen ocho de *La gran guerra* estaba a escasos centímetros de distancia. Si estiraba la mano a su izquierda, podría sacarlo del estante. Y cambiarlo por el volumen siete de la pila de sus brazos.

Los notables ojos de Merrill se entrecerraron. Se veía tan joven como Nesta, sin embargo, una especie de energía malhumorada zumbaba a su alrededor.

—¿Quién te dio esas órdenes?

Nesta parpadeó. Era la viva imagen de la estupidez.

—Una sacerdotisa.

Merrill apretó su boca de labios gruesos.

—¿Qué sacerdotisa?

Gwyn tenía razón en su evaluación de esta mujer. Ser asignada a trabajar con ella parecía más un castigo que un honor.

—No sé. Todas usáis esas capuchas.

—Estas son las vestiduras sagradas de nuestra orden, niña. No «esas capuchas».

Merrill volvió a sus papeles.

—Entonces —Nesta preguntó, para enfurecer a la mujer—, ¿no pediste estos libros, Roslin?

Merrill dejó su pluma y mostró los dientes.

—¿Crees que soy Roslin?

—Me dijeron que le trajera estos libros a Roslin, y alguien me dijo que tu… que la oficina de ella era esta.

—Roslin está en el nivel cuatro. Yo estoy en el nivel dos. —Lo dijo como si eso implicara algún tipo de jerarquía.

Nesta volvió a encogerse de hombros. Y podría haber disfrutado muchísimo más todavía.

Merrill estaba furiosa, pero volvió a su trabajo.

—Roslin —murmuró—. Insufrible, estúpida Roslin. Un parloteo interminable.

Nesta extendió sigilosamente una mano hacia el estante a su izquierda.

Merrill volvió la cabeza y Nesta bajó el brazo a un lado.

—No me molestes nunca más. —Merrill señaló la puerta—. Sal y cierra la puerta al salir. Si ves a esa tonta de Gwyneth, dile que la espero aquí de inmediato.

—Mis disculpas —dijo Nesta, incapaz de impedir el destello de molestia en sus ojos, pero Merrill ya estaba volviéndose hacia su escritorio.

Tenía que ser en ese momento.

Con un ojo en la sacerdotisa, Nesta hizo su jugada.

Tosió para cubrir el ruido de los libros al moverse. Y para cuando Merrill de nuevo volvió la cabeza, Nesta se aseguró de no estar siquiera mirando hacia el estante. Allí era donde estaba el volumen siete de *La gran guerra* en lugar del

volumen ocho, que en ese momento estaba encima de los demás libros en los brazos de Nesta.

El corazón de Nesta latía con fuerza en todo su cuerpo.

—¿A qué estás esperando? —susurró Merrill—. Vete.

—Mis disculpas —repitió Nesta, doblando la cintura y se fue. Cerró la puerta al salir.

Y solo cuando se detuvo en el pasillo silencioso se permitió sonreír.

Encontró a Gwyn de la misma manera que había encontrado a Merrill: le preguntó a una sacerdotisa, esta más silenciosa y retraída que la otra. Tan temblorosa y nerviosa que incluso Nesta usó su voz más suave. Fue incapaz de quitarse la pesadez de su corazón mientras caminaba hacia el primer nivel del área de lectura. Al otro lado del silencioso y cavernoso espacio, era fácil escuchar el suave canturreo de Gwyn mientras revoloteaba de mesa en mesa, buscando entre las pilas de libros ya usados, tratando de encontrar desesperadamente el volumen que le faltaba.

Las palabras de la alegre canción de Gwyn estaban en un idioma que Nesta no conocía, pero, por un instante, Nesta se permitió escuchar, saborear la voz pura y dulce que subía y bajaba con sinuosa soltura.

El cabello de Gwyn parecía brillar más con su canción, la piel irradiaba una luz llamativa. Eso atraía a cualquiera que la escuchara.

Pero la advertencia de Merrill resonaba a través de la belleza de la voz de Gwyn, y Nesta se aclaró la garganta. Gwyn se volvió hacia ella, y el brillo se desvaneció incluso cuando su rostro pecoso se iluminó por la sorpresa.

—Hola de nuevo —saludó.

Nesta simplemente le entregó el volumen ocho de *La gran guerra*. Gwyn jadeó.

Nesta le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Esto estaba en el lugar equivocado. Lo cambié por el libro que correspondía.

Gwyn no pareció necesitar más que eso, afortunadamente, y apretó el libro en su pecho como un tesoro.

—Gracias. Me acabas de salvar de una terrible reprimenda.

Nesta arqueó una ceja mirando al libro.

—¿Y qué es lo que Merrill está investigando?

Gwyn frunció el ceño.

—Muchas cosas. Merrill es brillante. Es horrible, pero es brillante. Cuando llegó estaba obsesionada con las teorías sobre la existencia de diferentes reinos, de diferentes mundos. Mundos y reinos que vivían uno encima del otro sin siquiera saberlo. Si hay solo una existencia, la nuestra, o si es posible que los mundos se superpongan, ocupando el mismo espacio, pero separados por el tiempo y un montón de otras cosas que ni siquiera puedo explicarte porque apenas las entiendo yo misma.

Las cejas de Nesta se levantaron.

—¿De verdad?

—Algunos filósofos creen que hay once mundos así. Y otros creen que hay hasta veintiséis, y el último sería el Tiempo mismo, que… —La voz de Gwyn se convirtió en un susurro—. Honestamente, busqué algunas de sus primeras investigaciones y mis ojos sangraron al leer sus teorías y fórmulas.

Nesta se rio entre dientes.

—Puedo imaginarlo. Pero ¿está investigando alguna otra cosa ahora?

—Sí, gracias al Caldero. Está escribiendo una minuciosa historia de las valquirias.

—¿Las qué?

—Un clan de hembras guerreras en otro territorio. Incluso eran mejores luchadoras que los ilyrios. Aunque el nombre de valquirias era solo un título. No eran una raza como la de los ilyrios. Provenían de todo tipo de fae, por lo general reclutadas al nacer o en la primera infancia. Tenían tres etapas de entrenamiento: novatas, espadas y finalmente valquirias. Convertirse en una era el máximo honor en su tierra. Su territorio ya ha desaparecido, al ser incorporado a otros.

—¿Y las valquirias también han desaparecido?

—Sí. —Gwyn suspiró—. Las valquirias existieron durante milenios. Pero la guerra, la de hace quinientos años, eliminó a la mayoría de ellas, y las pocas supervivientes ya eran demasiado mayores y rápidamente entraron en la vejez y murieron. De vergüenza, según afirma la leyenda. Se dejaron morir antes de enfrentar la vergüenza tras haber perdido la batalla y haber sobrevivido a sus hermanas.

—Nunca había oído hablar de ellas. —Sabía poco sobre la historia de los fae, tanto por elección como por la absoluta falta de educación al respecto en el

mundo de los humanos.

—La historia y el entrenamiento de las valquirias eran sobre todo por tradición oral, de modo que todos los relatos que tenemos son los que escribieron los historiadores, o los filósofos, o los comerciantes. Son solo fragmentos y datos dispersos en varios libros. No hay fuentes primarias más allá de unos preciosos rollos de pergamino que Merrill metió en su cabeza hace años para comenzar a compilarlo todo en un solo volumen. Su historia, sus técnicas de entrenamiento.

Nesta abrió la boca para seguir preguntando, pero un reloj sonó en alguna parte detrás de ellas. Gwyn se puso rígida.

—He estado demasiado tiempo lejos de ella. Debe de estar furiosa. —Sin duda Merrill estaría furiosa. Gwyn se volvió hacia la rampa más allá de la zona de lectura. Pero se detuvo y se volvió—. Pero no tan furiosa como se habría puesto con el libro equivocado. —Le dirigió una sonrisa a Nesta—. Gracias. Estoy en deuda contigo.

Nesta apenas movió los pies.

—No fue nada.

Los ojos de Gwyn brillaron, y antes de que Nesta pudiera evitar la emoción, la sacerdotisa corrió hacia la oficina de Merrill. Su túnica flameó detrás de ella.

Nesta llegó a su habitación sin colapsar por puro agotamiento o porque Merrill se hubiera dado cuenta de que había sido engañada y la buscaba para matarla. Para ella, ambas cosas eran grandes logros.

Encontró un plato de comida caliente esperándola en el escritorio de su dormitorio, y ni bien estuvo sentada arremetió contra la carne, el pan y la mezcla de verduras asadas. Volver a ponerse en pie significó un esfuerzo, pero lo logró y se dirigió al baño, donde el agua caliente ya estaba humeando.

Meterse en la bañera requirió toda su concentración. Levantó una pierna por vez y suspiró aliviada cuando el delicioso calor la fue envolviendo. Se quedó allí hasta que su cuerpo se aflojó lo suficiente como para moverse, y cayó sobre las sábanas ya calentadas sin molestarse en ponerse un camisón.

Esa noche no habría intentos de ir a la escalera. Tampoco sueño alguno la despertó.

Nesta durmió, durmió y durmió, aunque podría haber jurado que en algún momento su puerta se abrió. Podría haber jurado que un perfume conocido, atractivo, llenó su habitación. Estiró la mano pesada por el sueño hacia él, pero ya se había ido.

Capítulo 14

Cassian estaba de pie en el campo de entrenamiento, tratando de no mirar hacia la puerta de entrada vacía.

Nesta no había ido a desayunar. Él lo dejó pasar porque tampoco se presentó a cenar, y eso fue porque se había quedado profundamente dormida en la cama. Desnuda. O casi.

Él no había visto nada cuando asomó la cabeza en su habitación, al menos, nada que pudiera haber confundido su mente hasta el punto del sinsentido, pero aquel hombro desnudo había sugerido lo suficiente. Se preguntó si debía despertarla e insistir en que comiera, pero entonces intervino la Casa.

Apareció una bandeja junto a la puerta, llena de platos vacíos.

Como si la Casa le estuviera mostrando precisamente todo lo que había comido. Como si la Casa se sintiera orgullosa de todo lo que había logrado que comiera.

—Buen trabajo —murmuró al aire, y la bandeja desapareció. Debía recordar preguntarle a Rhys más tarde si la Casa experimentaba sensaciones. Nunca había escuchado a su alto lord mencionar algo así en cinco centurias.

Considerando todas las cosas indecentes que había hecho en su dormitorio, en su baño —joder, en tantas de las habitaciones del lugar— y la idea de que la Casa estuviera mirándolo… el Caldero lo iba a hervir vivo.

Así que Cassian dejó que Nesta siguiera durmiendo durante el desayuno, y esperaba que la Casa al menos le hubiera llevado la comida a su habitación. Pero eso no significaba que tuviera la menor idea de si ella iba a aparecer o no. Habían hecho un trato, el día anterior, y estaba allí para comprobar si al menos

se reunía con él. Para demostrar que lo del día anterior no había sido una casualidad.

Pasaron los minutos.

Tal vez había sido un tonto al tener esperanzas. Pensar que una lección podría ser suficiente…

Veladas maldiciones llenaron la escalera más allá de la arcada. Cada ruido de botas parecía moverse lentamente.

No se atrevió a respirar, no cuando las maldiciones de ella se fueron acercando. Centímetro a centímetro. Como si le tomara mucho mucho tiempo subir la escalera.

Y entonces allí estaba ella, con la mano apoyada en la pared, y una mueca tal de sufrimiento en el rostro que Cassian no pudo menos que reírse.

Nesta frunció el ceño.

—Debí haberme dado cuenta —atinó él a decir, con las rodillas temblándole de alivio.

—¿De qué tenías que darte cuenta? —Ella se detuvo a poco más de un metro de él.

—De que llegarías tarde porque estás tan dolorida que no puedes ni subir la escalera.

Señaló la arcada.

—Aquí estoy, ¿no?

—Cierto. —Guiñó un ojo—. Dejaré que eso cuente como parte de tu calentamiento. Para aflojar los músculos de las piernas.

—Necesito sentarme.

—¿Y arriesgarte a no poder levantarte de nuevo? —Él sonrió—. De ninguna manera. —Movió la cabeza señalando el espacio a su lado—. Estiramientos.

Refunfuñó. Pero se puso en posición.

Y cuando Cassian comenzó a darle instrucciones para cada movimiento, ella escuchó.

Dos horas después, el sudor corría por el cuerpo de Nesta, pero, al menos, el dolor había cesado. «Tienes que eliminar el ácido láctico de tus músculos, eso es lo que hace que te duelan», le había dicho Cassian cuando ella se había quejado

sin parar durante los primeros treinta minutos. Lo que sea que aquello significara.

Se acostó en la colchoneta negra, otra vez jadeando, y contemplando el cielo nublado. Estaba mucho más fresco que el día anterior, con hilachas de niebla que cada tanto pasaban por el campo de entrenamiento.

—¿Cuándo dejaré de sentir dolor? —le preguntó a Cassian sin aliento.

—Nunca.

Volvió la cabeza hacia él, con todo el movimiento que pudo hacer.

—¿Nunca?

—Bueno, algo mejora —se corrigió, y se agachó a los pies de ella—. ¿Puedo?

No tenía ni idea de lo que le estaba preguntando, pero asintió.

Cassian le envolvió delicadamente el tobillo con las manos, su piel caliente contra el pie de ella, y le levantó la pierna. Bufó cuando un músculo en la parte posterior del muslo chilló en protesta, tirando tan fuerte que apretó los dientes.

—Respira hondo cuando empuje la pierna hacia ti —le ordenó.

Esperó a que ella exhalara antes de levantarle un poco más la pierna. La tensión en el muslo fue tan grande que la obligó a dejar de pensar en las manos callosas y cálidas de él sobre su tobillo desnudo, en cómo estaba arrodillado entre las piernas de ella, tan cerca que volvió la cabeza para mirar la piedra roja de la pared.

—Otra vez —indicó él, y ella exhaló, ganando otro centímetro—. De nuevo. Por el Caldero, tus ligamentos en la corva están tan tensos como para romperse.

Nesta obedeció y él siguió estirando su pierna hacia arriba, ganando centímetro tras centímetro.

—El dolor se hace más tolerable —explicó Cassian después de un momento, como si no estuviera sosteniendo la pierna de ella contra su pecho—. Aunque hay muchos días en los que apenas puedo caminar. ¿Y después de una batalla? Necesito una semana para recuperarme.

—Lo sé. —Los ojos de él se encontraron con los de ella, y ella aclaró—: Quiero decir, que te he visto. En la guerra.

Lo vio cuando lo llevaban inconsciente, con las tripas colgando. Lo vio en el cielo, cuando la muerte corrió hacia él hasta que ella gritó por él, para salvarlo. Lo vio en el suelo, quebrado y sangrando, cuando el rey de Hybern estaba a punto de matarlos a ambos…

El rostro de Cassian se suavizó. Como si supiera qué recuerdos la estaban

asaltando.

—Soy un soldado, Nesta. Todo eso forma parte de mis obligaciones. Es parte de lo que soy.

Ella se volvió para mirar hacia la pared y él le bajó la pierna antes de comenzar con la otra. La tensión en el tendón de esa corva era insoportable.

—Cuanto más estires —le explicó cuando ella cerró los ojos con fuerza por el dolor—, más movilidad ganarás. —Con un movimiento de cabeza señaló la escalera de cuerda colocada en el suelo del campo de entrenamiento, sobre la que le había hecho correr de una punta a la otra, con las rodillas hasta el pecho, sin salirse de los espacios entre los escalones, durante cinco minutos seguidos—. Eres ágil con los pies.

—Tomé lecciones de danza cuando era niña.

—¿De verdad?

—No siempre fuimos pobres. Hasta los catorce años, mi padre era rico como un rey. Lo llamaban el Príncipe de los Mercaderes.

Él le dirigió una sonrisa vacilante.

—¿Y tú eras su princesa?

El hielo la atravesó.

—No. Elain era su princesa. Hasta Feyre era más su princesa que yo.

—¿Y qué eras?

—La criatura de mi madre. —Lo dijo con tanta frialdad que casi se le congela la lengua.

—¿Cómo era ella? —preguntó Cassian con cuidado.

—Una peor versión de mí.

Las cejas de él se juntaron.

—Yo…

Ella no quería tener esta conversación. Ni siquiera la luz del sol lograba darle calor. Retiró la pierna de las manos de él y se sentó. Necesitaba poner distancia entre ellos.

Y como parecía que él iba a hablar otra vez, Nesta dijo lo único que se le ocurrió.

—¿Qué pasó con las sacerdotisas en Sangravah hace dos años?

Él se quedó completamente inmóvil.

Fue aterrador. Era la inmovilidad de un macho listo para matar, para defender, para cubrirse de sangre. Pero su voz sonó sumamente tranquila cuando habló.

—¿Por qué?

—¿Qué pasó?

Él tensó la boca y tragó saliva una vez antes de hablar.

—Hybern estaba buscando el Caldero en ese entonces… buscaba las partes de las patas del Caldero. Una estaba escondida en el templo de Sangravah, y su poder se usaba para alimentar los dones de sus sacerdotisas desde hacía milenios. Hybern se enteró y envió una unidad de sus guerreros más letales y crueles para recuperarla. —Una rabia fría le cubrió la cara—. Mataron a la mayoría de las sacerdotisas por deporte. Y violaron a cualquiera que encontraban de su agrado.

La atravesó un horror, helado y profundo. Gwyn había…

—¿Conociste a alguna de ellas —quiso saber él—, en la biblioteca?

Ella asintió, sin poder encontrar las palabras.

Él cerró los ojos, como si volviera a sentir su rabia.

—Me dijeron que Mor trajo a una. Azriel fue el que logró llegar primero, y mató a unos soldados de Hybern que quedaban, pero para entonces… —Se estremeció—. No sé qué fue de las otras supervivientes. Pero me alegra que una haya terminado aquí. A salvo, quiero decir. Con personas que entienden y desean ayudar.

—Yo también —dijo Nesta en voz baja.

Se levantó con las piernas sorprendentemente relajadas y parpadeó al mirarlas.

—Ya no me duelen tanto.

—El estiramiento —explicó Cassian, como si esa fuera una respuesta suficiente—. Nunca te olvides de los estiramientos.

La Corte Primavera irritaba a Cassian. Se había dado cuenta de que eso poco tenía que ver con el bastardo que la gobernaba, sino más bien se debía a que sus territorios estaban en una primavera perpetua. Lo que significaba que había nubes de polen por todos lados, lo que le hacía gotear la nariz y le producía picazón en la piel, como si al menos una docena de insectos estuvieran caminado sobre su cuerpo.

—Deja de rascarte —le dijo Rhys sin mirarlo mientras caminaban por un huerto de manzanos en flor. Ese día no se veían alas.

Cassian bajó una mano del pecho.

—No puedo evitarlo. Este lugar hace que se me erice la piel.

Rhys resopló, y señaló uno de los árboles en flor sobre ellos, cuyos pétalos caían como una espesa nevada.

—El temido general, derribado por las alergias estacionales.

Cassian se sorbió los mocos con ruidos innecesariamente fuertes, lo que le valió una gran risotada de Rhys. Bien. Cuando se encontró con su hermano hacía media hora, los ojos de Rhys eran distantes y su rostro, solemne.

Rhys se detuvo en medio del huerto, ubicado al norte de la otrora encantadora finca de Tamlin.

El sol de la tarde entibió la cabeza de Cassian, y si no le picara tanto todo el cuerpo, se habría acostado en la aterciopelada hierba para que sus alas tomaran el sol.

—Me quitaría la piel ahora mismo, si con eso parara la picazón.

—Espectáculo que me gustaría ver —dijo una voz detrás de ellos, y Cassian no se molestó en mostrarse agradable cuando encontraron a Eris de pie en la base de un árbol, a un par de metros de distancia. En medio de las flores rosadas y blancas, el frío heredero de la Corte Otoño se veía verdaderamente mágico, como si hubiera salido del árbol, y su único amo fuera la tierra misma.

—Eris —murmuró Rhys, y metió las manos en los bolsillos—. Un placer.

Eris respondió moviendo la cabeza en dirección a Rhys, el pelo rojo tocado por los rayos de la luz del sol se filtraba por entre las floridas ramas.

—Solo tengo unos minutos.

—Tú pediste esta reunión —señaló Cassian, y se cruzó de brazos—. Entonces adelante.

Eris le dirigió una mirada de disgusto.

—Seguro que ya le has informado a Rhysand de cuál es mi ofrecimiento.

—Lo hizo —confirmó Rhys, mientras su cabello oscuro era alborotado por una brisa suave como un suspiro. Como si hasta al viento mismo le encantara tocarlo—. No me gustan las amenazas.

Eris se encogió de hombros.

—Solo quería ser claro.

—Dilo de una vez, Eris —sugirió Cassian. Un minuto más ahí, y la picazón lo volvería loco.

Deseó que alguien más hubiera podido venir en su lugar. Pero él había sido designado por Rhys para tratar con el bastardo. De general a general. Eris pidió la reunión esa misma mañana, y eligió ese lugar por ser terreno neutral. Afortunadamente, su dueño no tenía interés en controlar quién entraba en sus tierras.

Eris mantuvo su mirada en Rhys.

—Supongo que tu cantor de sombras anda por ahí haciendo lo que mejor sabe hacer.

Rhys no dijo nada, no reveló nada. Cassian siguió su ejemplo.

Eris encogió los hombros y prosiguió.

—Estamos perdiendo el tiempo, reuniendo información en lugar de actuar. —Sus ojos ambarinos brillaban a la sombra del manzano—. Independientemente de los hilos que mueve el lord de la muerte, si las reinas humanas se proponen ser una espina en nuestro costado, simplemente podríamos ocuparnos de ellas. De todas ellas. Mi padre se vería obligado a abandonar sus planes. Y estoy seguro de que podrías inventar alguna razón que no tenga nada que ver conmigo o con lo que te he dicho para explicar su… eliminación.

—¿Lo que quieres —espetó Cassian— es que eliminemos a las reinas?

Fue el turno de Eris de no decir nada.

Rhys también permaneció en silencio.

Cassian les dirigió una mirada de incredulidad.

—Si matamos a esas reinas, nos meteremos en un lío más grande. Se han iniciado guerras por menos. Matar a una sola reina, por no hablar de cuatro, ya sería una catástrofe. Todos sabrían quién lo hizo, cualesquiera sean las razones que inventemos para justificarlo.

Rhys inclinó la cabeza.

—Solo si somos descuidados.

—Estás bromeando —le espetó Cassian a su hermano.

—Bromeo a medias —replicó Rhys, mirándolo con una seca sonrisa. Pero no lo miró a los ojos. Allí acechaba una gran distancia. Y Rhys se volvió a Eris—. Por muy tentador que sea tomar el camino más fácil, estoy de acuerdo con mi hermano. Es una solución simple para nuestros problemas actuales y para desbaratar los planes de tu padre, pero eso crearía un conflicto más grande que cualquier cosa que podamos anticipar. —Rhys observó a Eris—. Eso ya lo sabes.

Eris siguió sin decir nada.

Cassian miró entre ellos, viendo cómo Rhys se replanteaba la situación.

—¿Por qué tu padre —preguntó el alto lord solemnemente— quiere comenzar una guerra?

—¿Por qué alguien va a la guerra? —Eris abrió su larga y delgada mano para dejar que los pétalos cayeran en ella—. ¿Por qué Vallahan no firma el tratado? Las fronteras de este nuevo mundo aún no se han establecido.

—Beron no tiene la fuerza militar como para controlar la Corte Otoño y un territorio en el continente —aseguró Cassian.

Eris cerró la mano con los pétalos.

—¿Quién dice que quiere un territorio en el continente? —Observó el huerto, como si quisiera hacer hincapié en eso.

Se hizo silencio.

—Beron sabe —murmuró Rhys— que otra guerra que enfrente a fae contra fae sería catastrófica. Muchos de nosotros seríamos aniquilados por completo. Especialmente… —Rhys echó la cabeza hacia atrás para contemplar las flores de los manzanos—. Especialmente los más debilitados. Y cuando el polvo se asiente, quedaría al menos una corte vacante, sus territorios listos para ser tomados.

Eris miraba las colinas más allá del huerto, verde y dorado, que brillaban con la luz del sol.

—Dicen que una bestia ahora merodea por estas tierras. Una bestia de penetrantes ojos verdes y pelaje dorado. Algunas personas creen que la bestia ha olvidado su otra forma después de tanto tiempo. Y aunque vaga por estas tierras, no ve ni se preocupa por el abandono que sufre, ni por la anarquía, ni por la vulnerabilidad. Incluso su residencia ha caído en el deterioro, medio comida por las espinas, aunque corren rumores de que él mismo la destruyó.

—Basta de hablar sin decir nada —intervino Cassian—. Tamlin sigue en su forma de bestia y finalmente está recibiendo el castigo que se merece. ¿Y qué?

Eris y Rhys se miraron el uno al otro.

—Has estado tratando de traer a Tamlin de vuelta por un tiempo —dijo Eris —. Pero no está mejorando, ¿verdad?

Rhys apretó la mandíbula. Fue su única señal de disgusto.

Eris asintió con complicidad.

—Puedo retrasar a mi padre en su alianza con Briallyn y el comienzo de esta guerra por un tiempo. Pero no para siempre. Unos pocos meses, quizá. Así que sugiero que tu cantor de sombras se apresure. Que encuentre una manera de ocuparse de Briallyn, que averigüe qué quiere y por qué. Que descubra si

Koschei está realmente involucrado. En el mejor de los casos, los detendremos a todos. En el peor, tendremos pruebas para justificar cualquier conflicto y, con suerte, ganar aliados, y evitar el derramamiento de sangre que dividiría otra vez estas tierras. Mi padre se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse a un ejército de fuerza y tamaño superiores.

—Te has convertido por completo en un pequeño traidor —señaló Rhys, y las estrellas parpadearon en sus ojos.

—Te dije hace años lo que quería, alto lord —afirmó Eris.

Apoderarse del trono de su padre.

—¿Por qué? —quiso saber Cassian.

Eris comprendió lo que quería decir, aparentemente, porque una llama chisporroteó en sus ojos.

—Por la misma razón por la que dejé a Morrigan intacta en la frontera.

—La dejaste allí para que sufriera y muriera —espetó Cassian. Sus Sifones parpadearon, y lo único que pudo ver fue la bonita cara del macho, lo único que pudo sentir fue su propio puño, ansioso por hacer contacto.

Eris lo miró con desdén.

—¿Eso hice? Quizá deberías preguntarle a Morrigan si eso es verdad. Creo que ella finalmente sabe la respuesta. —A Cassian le daba vueltas la cabeza, y la implacable picazón empezó de nuevo, como si hubiera dedos que se arrastraran por su espalda, por sus piernas, por el cuero cabelludo. Eris añadió antes de transportarse—: Avísame cuando regrese el cantor de sombras.

Los pétalos se alzaron en remolinos, densos como una ventisca de montaña, y Cassian se volvió hacia Rhys.

Pero la mirada de Rhys era distante, otra vez estaba distraído. Observaba las colinas lejanas, como si fuera capaz de ver a la bestia que merodeaba por ellas.

Cassian había visto muchas veces a Rhys meterse en lo más profundo de su propia cabeza. Sabía que su hermano era propenso a ensimismarse y a la vez parecer estar perfectamente bien. Pero este nivel de distracción…

—¿Qué pasa contigo? —Cassian se rascó el cuero cabelludo. Ese maldito lugar.

Rhys parpadeó, como si hubiera olvidado que Cassian estaba a su lado.

—Nada. —Sacudió un pétalo del guantelete de cuero—. Nada.

—Mentiroso. —Cassian recogió las alas.

Pero Rhys otra vez no estaba escuchando. No dijo una palabra antes de transportarse de regreso con su hermano.

Nesta tenía la mirada fija en la penumbra rojiza de la escalera.

Había estado tan dolorida como el día anterior mientras trabajaba en la biblioteca, pero afortunadamente Merrill no le había dicho nada acerca del libro cambiado. No habló con nadie, salvo con Clotho, quien le había dirigido apenas un fugaz saludo. Así que Nesta había colocado los libros en la penumbra, rodeada de susurros de papeles que crujían, solo haciendo una pausa para limpiar el polvo de sus manos. Las sacerdotisas pasaban por ahí como fantasmas, pero Nesta no llegó a ver el cabello marrón cobrizo y los grandes ojos verde azulados.

Honestamente, no sabía por qué deseaba ver a Gwyn. Lo que Cassian le había contado sobre el ataque al templo no era el tipo de cosa que tenía derecho a mencionar.

Pero Gwyn no la buscó y Nesta no se atrevió a subir al segundo nivel para llamar a la puerta de Merrill y ver si Gwyn estaba allí.

Así que todo fue silencio y dolor, y el rugido en su cabeza. Tal vez fue el rugido lo que la había llevado a la escalera, y no a su dormitorio para lavarse. La oscuridad la llamaba, desafiándola como fauces abiertas de alguna gran bestia. Un monstruo wyrm listo para devorarla entera.

Sus piernas se movieron por propia voluntad, y su pie aterrizó sobre el primer escalón.

Abajo y abajo, vueltas y vueltas. Nesta ignoró el escalón con los cinco agujeros marcados en él. Deliberadamente no miraba abajo cuando lo pisó con cuidado.

Silencio y rugido y nada, nada, nada…

Nesta llegó hasta el escalón ciento cincuenta antes de que sus piernas casi volvieran a ceder. Tras evitar otra caída, jadeó apoyada en los escalones, con la cabeza contra la piedra.

En ese ruidoso silencio, esperó a que la escalera dejara de girar a su alrededor. Y cuando el mundo volvió a quedarse quieto, inició el largo y horrible camino ascendente de regreso.

La Casa había dispuesto que la cena estuviera esperándola en su escritorio, junto con un libro. Aparentemente, había tomado nota de su solicitud el día

anterior y consideró que *La gran guerra* era demasiado aburrido. El título de este era adecuadamente obsceno.

—No sabía que tenías un gusto tan indecente —observó Nesta con ironía.

La Casa solo respondió preparándole el baño.

—Cena, un baño de inmersión y un libro —dijo Nesta en voz alta, y sacudió la cabeza en un gesto cercano al asombro—. Es perfecto. Gracias.

La Casa no dijo nada, pero cuando entró en el cuarto de baño descubrió que no se trataba de un común baño de inmersión. La Casa había agregado una variedad de aceites que olían a romero y lavanda. Inhaló el embriagador y delicioso aroma, y suspiró.

—Creo que podrías ser mi única amiga —dijo Nesta, y en medio de gemidos de placer se metió en la acogedora tibieza de la bañera.

Aparentemente, la Casa estaba tan complacida con sus palabras que apenas se recostó, apareció una bandeja del ancho de la bañera. En ella había un enorme pedazo de pastel de chocolate.

Capítulo 15

El séptimo nivel de la biblioteca era desconcertante.

Junto a la barandilla de piedra en el nivel seis, Nesta, que llevaba contra el pecho un libro que debía ser devuelto a su sitio, se había quedado mirando la oscuridad a pocos metros de ella, tan densa que flotaba como una capa de niebla que ocultaba los niveles inferiores.

Los libros habitaban allí abajo. Ella lo sabía, pero nunca la habían enviado a esos niveles oscuros. Nunca había visto a ninguna de las sacerdotisas aventurarse más allá del lugar donde estaba en ese momento, mirando por encima de la barandilla. Delante de ella, la oscuridad invitaba a bajar por la rampa. Como si fuera una entrada a algún oscuro pozo del infierno.

Los cuervos gemelos de Hybern estaban muertos. ¿Su sangre todavía manchaba el suelo? ¿O Rhysand y Bryaxis habían borrado hasta el menor rastro de ellos?

La oscuridad parecía subir y bajar. Como si estuviera respirando.

Se le erizó el vello de los brazos.

Bryaxis había desaparecido. Andaba suelto por el mundo. Ni siquiera la cacería de Feyre y de Rhysand había podido recuperar lo que era el miedo mismo.

Y, sin embargo, la oscuridad seguía allí. Sus latidos enviaban hilachas de sombra que flotaban hacia arriba.

Había mirado demasiado tiempo hacia esas profundidades. Ellas podrían devolverle la mirada.

Pero no se apartó de la barandilla. No podía recordar cómo había bajado hasta allí, o qué libro sostenía todavía en sus manos.

Existía la noche, y existía la oscuridad al apagar una vela, y luego estaba esto. No solo era la verdadera ausencia de luz, era también… un útero. El útero del que había salido toda la vida y al que iba a regresar, ni bueno ni malo, solo oscuridad, oscuridad, oscuridad.

«Nesta».

Su nombre le llegó como si surgiera de las profundidades de un negro océano.

«Nesta».

Se deslizó por sus huesos, por su sangre. Ella tuvo que retroceder. Alejarse.

La oscuridad latía, la llamaba.

«Nesta».

Se dio la vuelta y estuvo a punto de dejar caer el libro por el borde.

Allí estaba Gwyn, mirándola.

—¿Qué estás haciendo?

Con el corazón a punto de estallar, Nesta se volvió hacia la oscuridad, pero… era solo eso. Turbia oscuridad, a través de la cual apenas podía distinguir los niveles inferiores más abajo. Como si la negrura espesa e impenetrable se hubiera desvanecido.

—Esto… yo…

Gwyn, con los brazos cargados de libros, se acercó a ella y observó la oscuridad. Nesta esperó la reprimenda, el ridículo y la incredulidad, pero Gwyn solo hizo la pregunta con seriedad.

—¿Qué has visto?

—¿Por qué? —quiso saber Nesta—. ¿Ves cosas en esa oscuridad? —Su voz se agudizó.

—No, pero alguna de las otras sí. Dicen que la oscuridad las arrastra. Directamente a sus puertas. —Gwyn se estremeció.

—He visto oscuridad —logró decir Nesta. Su corazón no se serenaba—. Pura oscuridad.

No había visto nada como eso desde que estuvo dentro del Caldero.

Gwyn miró entre Nesta y el abismo de abajo.

—Deberíamos subir.

Nesta levantó el libro aún en sus brazos temblorosos.

—Necesito poner esto en su estante.

—Déjalo —dijo Gwyn, con tanta autoridad entrelazada en sus palabras que Nesta dejó el libro sobre una mesa de madera oscura. La sacerdotisa le puso una

mano en la espalda, llevándola por la rampa inclinada—. No mires atrás —murmuró Gwyn con la boca casi cerrada—. ¿En qué nivel está tu carrito?

—En el cuatro. —Empezó a volver la cabeza para mirar atrás, pero Gwyn la pellizcó.

—No mires atrás —murmuró Gwyn de nuevo.

—¿Nos está siguiendo?

—No, pero… —Gwyn tragó saliva ruidosamente—. Puedo sentir algo. Como un gato. Pequeño, inteligente y curioso. Está observando.

—Si estás bromeando…

Gwyn metió la mano en el bolsillo de su pálida túnica y sacó la piedra azul de las sacerdotisas. Brilló con luz propia, como el sol en un mar poco profundo.

—Date prisa —susurró, y aceleraron el paso para llegar al quinto nivel. Ninguna otra sacerdotisa se acercó, y no había nadie para presenciar la insistencia de Gwyn—: Sigue.

La piedra en su mano brilló.

Dieron otra vuelta hacia arriba, y justo cuando llegaron al cuarto nivel, esa presencia, esa sensación de algo a sus espaldas, desapareció.

Esperaron hasta llegar al carrito de Nesta cuando Gwyn dejó sus libros en el suelo y se arrojó al sillón más cercano. Le temblaban las manos, pero la piedra azul se había apagado otra vez.

Nesta tuvo que tragar dos veces saliva antes de poder hablar.

—¿Qué es eso?

—Es una piedra de invocación. —Gwyn abrió los dedos y la gema en su mano quedó a la vista—. Es similar a los Sifones de los ilyrios, solo que es el poder de la Madre el que fluye a través de ella. No podemos usarla para hacer daño, solo para curación y protección. Nos estaba protegiendo.

—No… me refería a esa oscuridad.

Los ojos de Gwyn coincidían con su piedra casi a la perfección, hasta las sombras que en ese momento velaban su expresión.

—Dicen que el ser que vivía allí se ha ido. Pero creo que alguna parte de él podría seguir habitando el lugar. O como mínimo alteró la oscuridad misma.

—No se sentía de esa manera. Se sentía… más viejo.

Las cejas de Gwyn se levantaron.

—¿Eres una experta en estas cosas? —No había condescendencia alguna en sus palabras, solo curiosidad.

—Yo… —Nesta parpadeó—. ¿No sabes quién soy?

—Sé que eres hermana de la alta lady. Que mataste al rey de Hybern. —El rostro de Gwyn adquirió una expresión solemne, angustiada—. Que tú, igual que lady Feyre, alguna vez fuiste mortal. Humana.

—Fui hecha por el Caldero. Por orden del rey de Hybern.

Gwyn pasó los dedos por la suave superficie curva de la piedra de invocación. Al tocarla se produjeron ondas de luz.

—No sabía que tal cosa fuera posible.

—Mi otra hermana, Elain…, ambas fuimos obligadas a entrar en el Caldero y fuimos convertidas en altas fae. —Nesta tragó saliva de nuevo—. El Caldero… él impuso algo de sí mismo en mí.

Gwyn pensó en la barandilla, en la caída abierta hacia la oscuridad al otro lado de ella.

—Lo igual llama a lo igual.

—Así es.

Gwyn movió la cabeza y su cabello se balanceó.

—Bueno, tal vez sería mejor que no bajes de nuevo al nivel seis.

—Mi trabajo consiste en poner los libros en su sitio.

—Díselo a Clotho y ella se ocupará de que esos libros los coloque otra ayudante.

—Parece una cobardía.

—No quiero saber lo que podría surgir arrastrándose desde esa oscuridad si tú, hecha por el Caldero, le temes. Especialmente si es… atraído hacia ti.

Nesta se hundió en la silla junto a la de Gwyn.

—No soy una guerrera.

—Mataste al rey de Hybern —repitió Gwyn—. Con el cuchillo del cantor de sombras.

—Suerte y rabia —admitió Nesta—. Y había hecho la promesa de matarlo por lo que nos hizo a mi hermana y a mí.

Pasó una sacerdotisa, las vio allí holgazaneando y se marchó corriendo.

Su miedo dejó un olor fuerte en el aire, como de comida quemada.

Gwyn suspiró al verla.

—Esa es Riven. Ella todavía se siente incómoda con cualquier tipo de contacto con extraños.

—¿Cuándo llegó?

—Hace ochenta años.

Nesta se sobresaltó. Y la tristeza llenó los ojos de Gwyn mientras hablaba.

—Nosotras aquí no chismorreamos unas de otras. Cada una decide si contar su historia o no. Solo Clotho y el alto lord saben lo que le sucedió. Ella no quiere hablar de ello.

—¿Y no hay nada que pueda ayudarla?

—No estoy al tanto de esa información. Conozco los recursos disponibles para nosotras, pero no es asunto mío si Riven los ha utilizado o no. —Por la preocupación que en ese momento marcaba el rostro de Gwyn, Nesta supo que ella había usado esos servicios. O al menos lo había intentado.

Gwyn se acomodó el pelo detrás de las orejas arqueadas.

—Ayer quise encontrarte para agradecerte de nuevo lo que hiciste por mí, pero estuve muy ocupada con el trabajo de Merrill. —Inclinó la cabeza—. Estoy en deuda contigo.

Nesta se frotó un persistente calambre en el muslo.

—No fue nada.

Gwyn notó el movimiento.

—¿Qué te pasa en la pierna?

Nesta apretó los dientes.

—Nada. Entreno todas las mañanas con Cassian. —No tenía ni idea de si Gwyn lo conocía, así que aclaró—: Es el general del alto lord.

—Sé quién es. Todo el mundo sabe quién es. —Fue imposible interpretar el gesto en el rostro de Gwyn—. ¿Por qué entrenas con él?

Nesta se sacudió un resto de polvo en la rodilla.

—Digamos que me ofrecieron varias opciones, todas diseñadas para… controlar mi comportamiento. Entrenar con Cassian por la mañana y trabajar aquí por la tarde fue la más aceptable.

—¿Por qué tienes que controlar tu comportamiento?

Gwyn de verdad ignoraba que ella se había convertido en un horrible y miserable desastre.

—Es una larga historia.

Gwyn pareció darse cuenta de su reticencia.

—¿De qué tipo de entrenamiento se trata? ¿Combate?

—En este momento, hacemos muchos estiramientos y ejercicios para trabajar el equilibrio.

Movió la cabeza en dirección a la pierna de Nesta.

—¿Y eso es doloroso?

—Lo es cuando estás tan poco en forma como yo. —Una patética piltrafa.

Pasaron dos sacerdotisas más, y aparentemente la presencia de una de ellas fue suficiente para hacer que Gwyn se pusiera de pie.

—Bueno, debería volver con Merrill —anunció, sin el menor rastro de solemnidad. Movió la cabeza hacia el vacío—. No vayas a buscar problemas.

Gwyn se volvió sobre los talones, con el azul parpadeando en su mano.

Al ver ese azul Nesta sintió curiosidad.

—¿Por qué no te pones esa piedra en tu cabeza como las demás?

Gwyn guardó la gema en el bolsillo.

—Porque no me lo merezco.

—¿Es esto realmente todo lo que vamos a hacer? —quiso saber Nesta a la mañana siguiente en el campo de entrenamiento mientras se levantaba de lo que Cassian había llamado una reverencia en cuclillas—. ¿Equilibrio y estiramientos?

Cassian se cruzó de brazos.

—Mientras sigas teniendo un equilibrio pésimo, sí.

—No me caigo tanto. —Solo cada pocos minutos.

Le indicó que hiciera otra sentadilla.

—Todavía pones tu peso sobre la pierna derecha cuando estás de pie. Eso abre tu cadera y tu pie derecho gira ligeramente hacia un lado. Todo tu centro está fuera de sitio. Mientras no corrijamos eso, no vas a empezar con nada más intenso, no importa la agilidad que tengas en los pies. Solo te lastimarías más.

Nesta exhaló mientras hacía otra sentadilla y deslizaba la pierna derecha detrás de la izquierda a la vez que se acuclillaba. El ardor le recorrió el muslo y la rodilla izquierdos. ¿Cuántas reverencias había practicado bajo la mirada perspicaz de su madre? Había olvidado cuánto esfuerzo exigían.

—Como si tu posición de pie fuera perfecta.

—Es perfecta. —Una arrogancia inquebrantable envolvía cada palabra—. Entreno desde que era un niño. Nunca tuve la oportunidad de aprender a estar de pie de manera incorrecta. Tú tienes que luchar contra veinticinco años de malos hábitos.

Se levantó de la posición en cuclillas. Las piernas le temblaban. Ella estaba casi por decidirse a hacerle cumplir el trato y ordenarle que nunca más la

obligara a hacer otra sentadilla.

—¿Y de verdad disfrutas de los ejercicios y del entrenamiento sin fin?

—Dos más, y luego te lo diré.

Sin dejar de gruñir, Nesta obedeció. Solo porque estaba cansada de ser tan débil como un gatito que lloriquea, como él la había llamado varias noches atrás.

—Toma un poco de agua —le dijo Cassian cuando terminó. El sol de media mañana caía sobre ellos implacable.

—No necesito que me digas cuándo debo beber —espetó ella.

—Entonces adelante y desmáyate.

Nesta percibió la mirada color avellana, la seriedad del rostro y bebió agua. Se dijo a sí misma que era para detener las vueltas que le daba la cabeza.

—Nací de una mujer soltera en un asentamiento que hace que el Refugio del Viento parezca un paraíso tolerante y acogedor —dijo Cassian cuando ella terminó de beber—. Ella fue rechazada por tener un hijo fuera del matrimonio y obligada a parirme sola en una tienda de campaña en pleno invierno.

Se sintió atravesada por el horror. Sabía que Cassian era de baja cuna, pero tal nivel de crueldad por ello…

—¿Qué hay de tu padre?

—¿Te refieres a ese tipo de mierda que la obligó a tener sexo con él para luego regresar con su esposa y su familia? —Cassian dejó escapar una risa fría que ella rara vez había escuchado—. No hubo consecuencias.

—Nunca las hay —confirmó Nesta con frialdad. Ella bloqueó la imagen del rostro de Tomás.

—Aquí las hay —gruñó Cassian, como si sintiera la dirección de sus pensamientos. Cassian hizo un gesto que señalaba a la ciudad allá abajo, oculta por la montaña y por la Casa que bloqueaban la vista—. Rhys cambió las leyes. Aquí en la Corte Noche y en Ilyria. —Su rostro se endureció aún más—. Pero todavía se requiere que el superviviente se presente. Y en lugares como Ilyria, hacen que la vida sea un infierno para cualquier mujer que lo haga. Lo consideran una traición.

—Eso es indignante.

—Todos somos fae. Olvídate de las tonterías de los altos fae o de los fae inferiores. Todos somos inmortales o casi. El cambio llega lentamente para nosotros. Lo que los humanos logran en décadas, a nosotros nos lleva siglos. Y más, si vives en Ilyria.

—Entonces ¿por qué te preocupas por los ilyrios?

—Porque luché hasta el agotamiento para demostrarles mi valía. —Le brillaban los ojos—. Para demostrar que mi madre aportó algo bueno a este mundo.

—¿Dónde está ella ahora? —Nunca había hablado de ella.

Sus ojos se cerraron de una manera que ella no había visto antes.

—Me apartaron de ella cuando yo tenía tres años. Arrojado a la nieve. Y en ese estado de deshonra, como decían, se convirtió en presa de otros monstruos. —El estómago de Nesta se retorcía con cada palabra—. Ella hizo los trabajos más agotadores para ellos hasta que murió, sola y… —Se le hizo un nudo la garganta—. Yo estaba en el Refugio del Viento en ese entonces. No era tan fuerte todavía como para volver y ayudarla. Para llevarla a algún lugar seguro. Rhys aún no era todavía alto lord, y ninguno de nosotros pudo hacer nada.

Nesta no estaba del todo segura de cómo habían terminado hablando de esto.

Aparentemente, Cassian también se dio cuenta.

—Es una historia para otro momento. Pero lo que pretendía explicar es que, a pesar de todo, a pesar de cada cosa horrible, el entrenamiento me centró. Me guio. Cuando tenía un día de mierda, cuando me escupían, o me golpeaban, o me rechazaban, cuando conducía ejércitos y perdía buenos guerreros, cuando Rhys fue capturado por Amarantha, a pesar de todo eso, el entrenamiento me mantuvo centrado. Dijiste el otro día que la respiración te ayudó. También me ayuda a mí. Ayudó a Feyre. —Ella observó la pared que se levantaba en sus ojos, palabra tras palabra. Como si esperara que ella la rompiera. Que la derribara—. Tómalo como quieras, pero es verdad.

La envolvió una vergüenza untuosa. Ella había producido eso, había provocado en él ese nivel de actitud defensiva.

La pesadumbre la agobiaba. Comenzaba a roerle las entrañas.

Entonces Nesta habló.

—Enséñame otra serie de movimientos.

Cassian observó su rostro en busca de un latido, su mirada todavía estaba cerrada, y comenzó su siguiente demostración.

A la Casa le gustaban las novelas de amor. Nesta se quedaba despierta hasta más tarde de lo que debía para poder terminar la que le había dejado el día anterior, y

cuando ella regresaba a su habitación a la noche, otra la estaba esperando.

—No me digas que de alguna manera has leído esta. —Hojeó el volumen en su mesita de noche.

En respuesta, dos libros más cayeron sobre la superficie. Ambos completamente obscenos.

Nesta soltó una risita.

—Debe de ser muy aburrido este lugar.

Un tercer libro cayó encima de los demás.

Nesta volvió a reír. Fue un sonido ronco y oxidado. No podía recordar la última vez que se había reído. Una verdadera y profunda risa.

Quizá antes de que su madre muriera. Ciertamente no tuvo nada de qué reírse después de caer en la pobreza.

Nesta movió la cabeza para señalar el escritorio.

—¿No hay cena esta noche?

La puerta de su dormitorio apenas se abrió para dejar ver el pasillo tenuemente iluminado.

—He tenido suficiente por un día. —Apenas había podido hablar con Cassian durante el resto de la lección, sin poder dejar de pensar en cómo había levantado una pared sin que ella dijera ni una palabra, anticipando que ella iría tras él, suponiendo que ella era tan horrible que no podía tener una conversación normal. Que ella se iba a burlar de él por su madre y su dolor.

—Prefiero quedarme aquí.

La puerta se abrió más.

Nesta suspiró. Le dolía el estómago de hambre.

—Eres tan entrometida como todos los demás —murmuró, y se dirigió al comedor.

Cassian estaba sentado solo a la mesa, el sol poniente hacía brillar su cabello negro con tintes dorados y rojos. Los brillos se veían a través de sus hermosas alas. Por un instante, ella comprendió la necesidad de Feyre de pintar cosas, de capturar imágenes como esta, preservarlas para siempre.

—¿Qué tal la biblioteca? —preguntó Cassian mientras ella ocupaba el asiento frente a él.

—Hoy nada ha intentado comerme, así que ha estado bien.

Apareció un plato de cerdo asado y judías verdes con un vaso de agua delante de ella.

Pero él se había quedado en silencio.

—¿Algo intentó comerte en alguna otra ocasión?

—Bueno, no se acercó lo suficiente como para intentarlo, pero esa fue la impresión que tuve.

Él parpadeó, y sus Sifones brillaron.

—Cuéntame.

Nesta se preguntó si habría dicho algo inadecuado, pero relató el incidente con la oscuridad y terminó con la ayuda de Gwyn. No había visto a la sacerdotisa después de eso, pero al terminar la jornada encontró una nota en su carrito que decía: «¡Solo un recordatorio amistoso para que te mantengas alejada de los niveles más bajos!».

Nesta había resoplado cuando hizo una pelota con la nota, pero la guardó en el bolsillo.

Frente a ella, el rostro de Cassian estaba pálido.

—Viste a Bryaxis una vez —afirmó Nesta en el silencio.

—Unas cuantas veces —dijo él apenas respirando. Su piel se había puesto verdosa—. Sé que debemos seguir buscándolo. No es bueno que ande suelto por el mundo. Pero no creo que pueda soportar volver a encontrarlo.

—¿Cómo fue?

Sus ojos se encontraron con los de ella.

—Mis peores pesadillas. Y no estoy hablando de pequeñas fobias. Me refiero a mis miedos más profundos y primarios. He llevado a la Prisión a algunos de los peores y más viles monstruos, pero estos eran monstruos en todo el sentido de la palabra. Es… No creo que nadie pueda entenderlo a menos que lo haya visto.

Él la miró de nuevo y ella se dio cuenta de que se estaba preparando para recibir su veneno.

Monstruo. Ella era un monstruo. Saberlo lastimaba y lo hacía profundamente.

Cuando habló, lo hizo esperando que él viera que no se iba a entrometer en sus asuntos solo para herirlo.

—¿Qué tipo de criaturas llevaste a la Prisión?

Cassian tomó un bocado de comida. Una buena señal de que esto, al menos, era terreno aceptable.

—Cuando vivías en el mundo humano, conocías leyendas de las temibles bestias e inmortales que te matarían si alguna vez atravesaban el muro, ¿no? Cosas que se deslizaban por las ventanas abiertas para beberse la sangre de los

niños, ¿verdad? Cosas que eran tan malas, tan crueles que no había esperanza contra su maldad, ¿no?

A ella se le erizó el vello de la nuca.

—Sí. —Esas historias siempre la habían perturbado y petrificado.

—Estaban basadas en la verdad. Basadas en antiguos seres, seres casi primordiales que existían aquí antes de que los altos fae se dividieran en cortes, antes de los altos lores. Algunos los llaman Primeros Dioses. Eran seres casi sin forma física, pero con una inteligencia aguda y maligna. Los humanos y los fae eran por igual sus presas. La mayoría fueron cazados y obligados a esconderse o ir a la Prisión hace años. Pero algunos permanecieron, acechando en olvidados rincones de la tierra.

Tragó otro bocado.

—Cuando me acercaba a los trescientos años, uno de ellos apareció de nuevo, arrastrándose desde las profundidades de una montaña. Antes de ir a la Prisión y de que el confinamiento lo debilitara, Lanthys podía convertirse en viento y arrebatarte el aire de los pulmones, o convertirse en lluvia y ahogarte en tierra seca; podía arrancarte la piel del cuerpo con unos pocos movimientos.

»Nunca reveló su verdadera forma, pero cuando lo enfrenté, eligió aparecer como un remolino de niebla. Él engendró una raza de inmortales que todavía nos atormentan, que prosperaron durante el reinado de Amarantha: las Bogge. Pero las Bogge son pequeñas, meras sombras en comparación con Lanthys. Si existe algo como la encarnación del mal, eso es él. No tiene piedad, no tiene sentido del bien o del mal. Para él solo existe él y todos los demás somos sus presas. Sus métodos de matar son creativos y lentos. Se deleita con el miedo y el dolor tanto como con la carne misma.

A ella se le heló la sangre.

—¿Cómo atrapaste a esa cosa?

Cassian se tocó un punto en el cuello donde había una cicatriz debajo de la oreja.

—Aprendí rápidamente que nunca podría vencerlo en combate o con magia. Todavía tengo la cicatriz aquí para probarlo. —Cassian sonrió apenas—. Así que usé su arrogancia contra él. Lo halagué y me burlé de él para que se metiera en un espejo enmarcado con madera de fresno. Le aposté que el espejo lo atraparía y Lanthys apostó mal. Salió del espejo, por supuesto, pero para entonces ya había metido a su miserable yo en la Prisión.

Nesta arqueó una ceja. Él le dedicó una sonrisa aguda que no coincidió con

sus ojos.

—Después de todo —dijo—, no soy tan bruto.

No, no lo era, a pesar de que ella se lo había dicho directamente, aunque ni una sola vez lo pensara de verdad…

—De todos los ocupantes de la Prisión —prosiguió Cassian—, Lanthys es el único que me temo que va a encontrar una salida.

—¿Podría ocurrir algo así?

—No lo creo, gracias al Caldero. La Prisión es inviolable. A menos que seas Amren.

Nesta no quería hablar de Amren. Ni pensar en ella.

—Dijiste que también metiste en la Prisión a otros. —La mitad de ella no quería saberlo.

Él se encogió de hombros, como si no tuviera importancia que hubiera hecho cosas tan notables.

—Lubia, de siete cabezas, quien cometió el error de emerger de las cuevas en las profundidades del océano para atacar a las niñas a lo largo de la costa Oeste. Annis Azul, que era un horror: piel de cobalto y garras de hierro y, como Lubia, predilección por la carne femenina. Lubia, al menos, tragaba a su presa rápidamente. Annis… ella demoraba un poco más. Annis era como Lanthys en ese sentido. —Su garganta se movió y apartó el cuello de la camisa para mostrar otra cicatriz, esa horrible y gruesa que tenía sobre el pectoral izquierdo. Ella la había visto el otro día en el campo de entrenamiento—. Eso es todo lo que queda de eso ahora, pero Annis me había destrozado el pecho con aquellas garras de hierro y estaba ya casi en mi corazón cuando Azriel intervino. Entonces supongo que su captura es compartida entre los dos. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Y luego estaba…

—Ya he oído suficiente. —Ella pronunció esas palabras casi sin aliento—. No podré dormir esta noche. —Sacudió la cabeza y tomó otro bocado de comida —. No sé cómo puedes dormir, después de haberte enfrentado a todo eso.

Él se echó hacia atrás en su asiento.

—Aprendes a vivir con ello. Aprendes a separar esos horrores de tus pensamientos presentes. —Y añadió con voz ligeramente más baja—: Pero siempre están al acecho. En el fondo de tu mente.

Ella deseaba saber cómo hacer esas cosas: empujar todos los pensamientos que la devoraban detrás de una pared, o en un agujero dentro de ella, para poder enterrarlos en lo más profundo.

—La oscuridad en la biblioteca… —le preguntó Cassian, con la voz todavía baja—. ¿Crees que reaccionó contigo específicamente? —Como ella no dijo nada, él insistió—. ¿Por tus poderes?

—No tengo ningún poder —mintió. Entrenar con Amren no había hecho nada para ayudarla a entenderlos, de todos modos.

—Entonces ¿quién dejó esa huella en la escalera?

Ella no se molestó en mostrarse agradable.

—Quizá Lucien. Tiene fuego en las venas.

—Él dijo que tu fuego era diferente del suyo. Que ardía en frío, de alguna manera.

—Entonces, tal vez deberías encerrarme en la Prisión.

Él dejó su tenedor.

—Solo te estoy haciendo una pregunta.

—¿Es importante que yo tenga o no tenga poderes?

Cassian sacudió la cabeza en lo que parecía ser una mezcla de admiración y desagrado.

—Puede que hayas nacido humana, pero eres una inmortal pura. Respondes preguntas con preguntas, y evades dar una respuesta honesta.

—No acabo de entender si eso es un cumplido o no.

—No lo es. —Sus dientes brillaron—. El tipo de poderes que tienes no son de los que pueden permanecer inactivos. Necesitan una actividad, y entrenamiento…

—¿Equilibrio y estiramientos?

Él apretó la mandíbula.

—¿Qué pasó entre tú y Amren?

—¿Por qué tantas preguntas esta noche?

—Porque estamos hablando como gente normal y quiero saberlo. Quiero saberlo todo.

Nesta se levantó de la mesa para dirigirse a la puerta.

—¿Y eso a ti qué te importa?

—No volvamos siempre a lo mismo, Nes.

—No me había dado cuenta de que hubiéramos cambiado de tema —espetó ella al darse la vuelta.

—Pamplinas.

—Y ahora viene la parte en la que me recuerdas que todos me odian, y yo me voy.

Cassian saltó de su siento y en tres zancadas le bloqueó el camino a la puerta. Ella había olvidado lo rápido que era, lo elegante que era, a pesar de su tamaño.

La miró con el ceño fruncido.

—Nunca me importó si tomaste la mitad del poder del Caldero o solo una gota. Y sigue sin importarme.

—¿Por qué? —Nesta no pudo evitar preguntar—. ¿Por qué siquiera te tomas la molestia de ocuparte de ello?

El gesto de él se endureció.

—¿Por qué te quedaste a mi lado cuando nos enfrentamos al rey de Hybern durante aquella última batalla?

Como si eso fuera una respuesta. Ella no pudo soportar más esa charla, la expresión en su cara.

—Porque fui una tonta estúpida. —Lo empujó a un lado y siguió adelante.

—¿De qué tienes miedo? —quiso saber mientras la seguía hasta el pasillo.

Ella se detuvo en seco.

—No le tengo miedo a nada.

—Mentirosa.

Nesta se volvió lentamente. Para que él viera toda la manifestación de ira que la atravesaba.

Los ojos de Cassian brillaron con salvaje satisfacción.

Sus Sifones se encendieron para arrojar luz roja sobre las piedras, como si se hubiera derramado sangre aguada. La boca de él se torció hacia un lado en una perversa sonrisa burlona.

—¿Sabes cómo brillan tus ojos cuando tu poder sube a la superficie? Como acero fundido. Como plata ardiendo.

Lo había hecho a propósito… eso de irritarla de esa manera. Para obligarla a mostrar sus intenciones.

Los dedos de Nesta se convirtieron en garras. Dio un paso hacia él. Cassian se mantuvo en su lugar. Ella dio otro paso. Otro.

Hasta que estuvieron tan cerca que una inspiración profunda habría hecho que el pecho de ella rozara el de él. Hasta que ella mostró los dientes junto a la cara de él, que seguía sonriendo con suficiencia.

Cassian fijó su vista en ella. La miró a los ojos.

—Hermosa —suspiró.

No detuvo la mano que ella puso sobre su musculoso pecho. O cuando ella empujó aquel pecho, haciéndolo retroceder contra la pared. Sus alas se abrieron

con el impacto. Él simplemente no pudo dejar de mirarla y mirarla, maravillado… hambriento.

Nesta no se movió, no pudo moverse cuando Cassian se inclinó para susurrarle algo al oído.

—La primera vez que vi esa expresión en tu rostro, todavía eras humana. Todavía humana, y casi me arrodillo ante ti. —Su aliento le acarició la oreja y ella no pudo evitar que sus ojos parpadearan para cerrarse. La sonrisa de él le rozó la sien—. Tu poder es una canción, una que he esperado mucho mucho tiempo para escuchar, Nesta. —Ella arqueó ligeramente la espalda por la manera en que él pronunció su nombre, por la forma en que apretó los dientes en la segunda sílaba. Como si estuviera imaginando esos dientes apretados en otras partes de ella. Pero solo la mano de ella unía sus cuerpos. Solo la mano de ella que apartaba la camisa para sentir el latido atronador del corazón de él palpitando debajo de su mano.

Hasta que Cassian bajó la cara unos centímetros y pasó la punta de la nariz a lo largo del cuello de ella. Bajo aquella mano, su pecho se engrandeció mientras inhalaba una codiciosa bocanada de su aroma.

Demasiado lejos. Ella no debió haberse dejado llevar, no debió dejarlo acercarse tanto.

Sin embargo, ella no pudo apartarse. No pudo hacer otra cosa que dejar que pasara de nuevo la nariz sobre su cuello. El impulso de presionar su cuerpo contra el de él, de sentir su calidez y dureza, casi le anuló todo pensamiento racional.

Pero Cassian mantuvo las manos a los lados. Como si esperara que ella le diera permiso.

Nesta echó la cabeza hacia atrás, la apartó… justo lo suficiente como para ver su expresión.

Casi le temblaron las rodillas por el deseo que ardía en él. Un deseo líquido e implacable, todo concentrado en ella.

No pudo respirar mientras se ahogaba en esa mirada. Mientras sus partes sensibles se tensaban y comenzaban a palpitar, sus pechos se volvían pesados, le dolían. Las fosas nasales de él se ensancharon. También olían eso.

No podía. Ella no podía hacerle esto a él. A ella misma.

No podía, no podía, no podía…

Nesta comenzó a retirar la mano de su pecho, pero él deslizó la suya sobre la de ella. Frotó el pulgar sobre el dorso de la otra mano, y solo el roce de la carne

callosa le hizo rechinar los dientes, incapaz de pensar, de respirar…

—¿Sabes —le susurró Cassian al oído— en qué voy a pensar esta noche?

Un ligero sonido debió de salir de ella, porque él sonrió mientras daba un paso a un lado. Le soltó la mano.

La ausencia de su calor, de su olor, fue como un jarro de agua helada.

Él sonrió, solo había picardía y desafío.

—Voy a pensar en esa expresión de tu rostro. —Dio otro paso por el corredor —. Siempre pienso en esa expresión de tu rostro.

Ella no pudo dormir. Las sábanas la raspaban, la estrangulaban, la ahogaban con su calor hasta que el sudor recorrió su cuerpo.

«Siempre pienso en esa expresión de tu rostro».

Nesta yacía en la oscuridad, su respiración, irregular, su cuerpo, acalorado y dolorido.

Apenas pudo concentrarse en la lectura después de retirarse a sus aposentos. Y estuvo dando vueltas y vueltas en la cama durante lo que le habían parecido horas.

«Siempre pienso en esa expresión de tu rostro».

Podía verlo: Cassian en su propia cama, despatarrado como un rey oscuro, agarrándose, tocándose con fuerza…

—Vuelve al amanecer —logró susurrarle a la habitación.

No sabía si la Casa obedecía. No averiguó si entendía por qué quería privacidad mientras se pasaba la mano por el camisón y el roce de seda contra su piel se le hacía casi insoportable.

Gimió sobre la almohada mientras deslizaba los dedos entre las piernas, de pronto resbaladizas por la humedad acumulada allí, humedad que no había desaparecido desde que él la dejó en ese pasillo. Sus caderas se arquearon con el toque, y apretó los dientes, dejando escapar un largo siseo mientras arrastraba los dedos hacia su centro dolido y palpitante.

«Siempre pienso en esa expresión de tu rostro».

Deslizó los dedos hasta el fondo y se retorció por esa intrusión, sin dejar de ver el rostro de Cassian, su media sonrisa, esa luz en sus ojos. El poderoso cuerpo y las hermosas alas. Sacó los dedos casi hasta la punta, y cuando los

volvió a meter, fue la mano de Cassian la que imaginó allí, la que sintió allí. La otra mano de Cassian le agarraba el pecho, apretándolo fuerte, como a ella le gustaba, con una ligera y aguda pizca de dolor para incrementar el placer.

Era la mano de Cassian la que montaba, y se mordió el labio para contener un gemido. Fue la mano de Cassian la que la llevó al límite y a una culminación tan intensa que casi gritó. Era la mano de Cassian la que se deslizó dentro de ella, una y otra vez, culminación tras culminación, hasta que Nesta quedó agotada y jadeando sobre la cama. Solo la oscuridad estaba ahí para abrazarla.

Capítulo 16

Cassian no durmió bien.

Era difícil dormir bien ya que estaba tan excitado que tuvo que complacerse a sí mismo no una sino tres veces para serenarse lo suficiente y poder cerrar los ojos. Pero se despertó antes del amanecer, deseándola, con su olor todavía en la nariz, y una nueva autosatisfacción apenas había borrado el deseo que sentía.

Él le había dicho exactamente lo que planeaba hacer la noche anterior, pero enfrentar la mirada de Nesta en la mesa del desayuno a la mañana siguiente fue más incómodo de lo que había previsto.

Ella se había adelantado y estaba leyendo un libro mientras comía. Por el lomo dedujo que era una de las novelas que a ella tanto le gustaban.

—¿Qué estas leyendo? —preguntó Cassian para romper el silencio.

El color tiñó las pálidas mejillas de Nesta. Y él podría haber jurado que también ella tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para mirarlo a los ojos.

—Una novela de amor.

—Me lo imaginaba. ¿De qué se trata?

Ella bajó la mirada rápidamente. Pero el rubor permaneció.

Él sabía que no tenía nada que ver con la novela.

Y ella levantó los ojos hacia él de nuevo, con la espalda rígida. Como si estuviera esforzándose al límite para mirarlo a los ojos. Apretó el tenedor con los dedos. Y cuando él los miró, ella metió la mano debajo de la mesa.

Como si tuviera algo que esconder.

La sangre de él se calentó al ver el rubor, la vergüenza de ella… Se obligó a respirar hondo varias veces para serenarse. Tenían que entrenar juntos durante

las dos horas siguientes. Tener una erección no solo era inútil, sino que era poco apropiado en el campo de entrenamiento.

Eso no hizo que dejara de imaginar esa mano entre sus piernas, su cuerpo ansiando tanto la propia culminación como la de él. La forma en que ella probablemente se iba a morder el labio, tal como lo había hecho él, para no gritar. Su pene se endureció, y le empujó los pantalones hasta dolerle.

Cassian se movió en su asiento, tratando de liberar espacio. Eso solo logró que la áspera costura le rozara el pene, una fricción suficiente como para hacerle apretar los dientes.

Entrenamiento. Tenían que entrenar.

—El libro —dijo Nesta, un poco sin aliento— se trata de… —Se le dilataron las fosas nasales y sus ojos se desenfocaron un poco—. Un libro.

—Interesante —murmuró Cassian—. Seguramente genial.

Tenía que salir de esa habitación. Tenía que solucionar ese asunto antes de subir. El calor entre ellos no tenía nada que ver con el campo de entrenamiento. ¿Dónde diablos estaba Az cuando lo necesitaba? Cassian había hecho el papel de defensa para Mor durante años, ¿dónde narices estaba ella cuando él la necesitaba?

Pero no pudo levantarse de su silla. Si lo hacía, Nesta vería precisamente lo que ella producía en él. Es decir, si aún no lo había olfateado, y había comprendido el cambio en su olor. Y si miraba el bulto de sus pantalones con la fogosidad que tenía en sus ojos la noche anterior, la calentura de él con solo imaginársela, perfectamente podría hacer el ridículo.

Era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Tenía que hacerlo, antes de que él la acostara sobre la mesa y se quitaran la ropa, prenda por prenda.

Cassian saltó de su silla.

—Te veré afuera —murmuró, y se fue.

«El libro», se repitió Nesta, mirando su avena, «se trata de un libro». Se sostuvo la frente con las manos. «Idiota».

Al menos Cassian no parecía estar escuchando. Pero cualquier deseo que pudiera haber existido en sus ojos la noche anterior parecía no estar en ese momento, como si él no pudiera evitarlo… como si él no quisiera ese calor entre

ellos, esa tensión. Prácticamente salió corriendo de la habitación para evitar estar con ella.

El entrenamiento iba a ser terrible.

Él estaba esperando en el campo de prácticas. Era el vivo retrato de un guerrero fanfarrón. Nesta no se atrevió a mirarle los pantalones. Ella podría haber jurado que tenía las costuras y los botones tirantes cuando lo miró mientras huía de la habitación.

Pero si parecía sereno, entonces bien. Ella haría lo mismo.

Nesta enderezó los hombros y se le acercó.

—¿Más estiramientos y equilibrio?

—No.

Se miraron a los ojos y solo había una calma clara y decidida, y un reto.

—Haremos el calentamiento, y luego pasaremos a algunos ejercicios para fortalecer la zona media.

Ella se quedó boquiabierta. ¿Su… zona media?

—Abdominales —aclaró él, y el color rosa le tiñó el rostro. Se aclaró la garganta—. Mente sucia. —Le dio un golpecito en la mejilla—. Demasiada lectura obscena.

Ella lo apartó y le señaló los músculos ocultos debajo de la camisa.

—¿Vas a hacer que me vea así?

Él soltó una risa grave que recorrió el cuerpo de Nesta.

—Nadie puede verse así, salvo yo, Nes.

Idiota arrogante.

—Rhysand y Azriel sí —apostilló ella con dulzura.

—Yo tengo uno o dos músculos más que ellos.

—No los veo.

Guiñó un ojo.

—Quizá estén en otros lugares.

Ella no pudo evitarlo. No pudo detenerse. El destello de deseo y la sonrisa se apoderaron de su rostro. Soltó una carcajada.

Cassian la miró como si no la hubiera visto nunca antes.

Su sorpresa fue suficiente para que Nesta dejara de sonreír.

—Está bien —aceptó ella—. Calentamiento, luego abdominales.

Odiaba los ejercicios abdominales.

Sobre todo porque no podía hacerlos.

—Sabía que no tenías mucho músculo —observó Cassian mientras Nesta permanecía acostada boca abajo en el suelo. Había caído así después de intentar mantener todo su cuerpo en la postura de tabla—, pero esto es absolutamente patético.

—¿No se supone que eres mi maestro inspirador?

—No aguantas más de cinco segundos.

—¿Y cuánto tiempo aguantas tú? —espetó ella.

—Cinco minutos.

Nesta se apoyó en los codos.

—Lo siento, pero no he tenido quinientos años para trabajar mi zona media.

—Te pedí que sostuvieras esa postura durante treinta segundos.

Ella se puso de rodillas con el estómago dolorido. La había tenido haciendo rotaciones verticales, luego extensiones de piernas acostada de espaldas, y después tuvo que mantener una piedra de casi tres kilos sobre la cabeza mientras intentaba levantarse usando solo los músculos del abdomen. Ella no pudo hacer más de uno o dos de esos ejercicios antes de que su cuerpo se rindiera. No había fuerza de voluntad o coraje que pudiera hacer que se moviera.

—Esto es una tortura. —Nesta se abrazó las rodillas, y le señaló el *ring*—. Ya que eres tan perfecto, haz todo lo que me acabas de ordenar.

Cassian resopló.

—Un muchacho ilyrio de diez años podría hacerlo en unos pocos minutos.

—Entonces haz tu gran rutina de macho duro.

Él sonrió con suficiencia.

—Muy bien. Quieres que fanfarronee, entonces te mostraré mi gran rutina de macho duro.

Se quitó la camisa. Se recogió el cabello.

Y ese fue un tipo diferente de tortura. Verlo hacer los mismos ejercicios, solo que con más dureza, más peso, más velocidad. Mirar los músculos de su abdomen en movimiento, los músculos de todas partes en movimiento. Ver el brillo de su sudor recorriendo su cuerpo dorado, sobre sus tatuajes, sobre las ocho puntas de la estrella de su trato en la columna vertebral antes de deslizarse hasta la cintura y debajo de los pantalones.

Pero él fue profesional durante la lección. Totalmente profesional y distante, como si este *ring* de entrenamiento fuera sagrado para él.

Nesta no pudo apartar los ojos mientras él hacía sus ejercicios, jadeando suavemente. Ella trató de no preguntarse si ese jadeo era igual que el de la noche anterior cuando se daba placer a sí mismo.

Pero los ojos color avellana de Cassian se veían claros. Triunfantes.

En otra época, en otro mundo, él podría haber sido considerado un dios guerrero por los mortales. Y después de lo que le había contado sobre los monstruos que había enviado a la Prisión, bien podría ser considerado un gran héroe en esta época. Del tipo de los que algún día sus hazañas se recitarían alrededor de una fogata. La gente le pondría su nombre a sus hijos. Los guerreros querrían ser él. A un buen guerrero lo llamarían «Cassian renacido».

Ella lo había llamado «bruto».

—¿Qué? —Cassian se secó el sudor de la cara.

—¿De verdad —preguntó ella, para distraerse de sus pensamientos— no hay unidades de combate femeninas entre los ilyrios? —Ella no había visto ninguna durante la guerra.

La sonrisa de él se desvaneció.

—Lo intentamos una vez y fue un fracaso espectacular. Así que no, no las hay.

—Porque los ilyrios son atrasados y horribles.

Él hizo una mueca.

—¿Has estado hablando con Az?

—Solo son mis observaciones.

Él se soltó el cabello y los espesos mechones lacios le cayeron alrededor del rostro.

—Los ilyrios… ya te lo dije. Los avances son lentos. Es nuestro objetivo permanente… mío y de Rhys, quiero decir.

—¿Es tan difícil para las hembras convertirse en guerreras?

—No es solo el entrenamiento. También están las presiones sociales. Y también está el Rito de Sangre, que también tendrían que cumplir.

—¿Qué es el Rito de Sangre?

—Es eso precisamente. —Se frotó el cuello—. Cuando un guerrero ilyrio llega a su pleno poder, generalmente a los veinte, veintitantos años, tiene que pasar por el Rito de Sangre antes de poder ser considerado como un guerrero completo y un adulto. Todos los clanes y pueblos envían a los futuros guerreros, normalmente tres o cuatro cada uno, y son esparcidos por un área de las

Montañas Ilyrias. Nos dejan allí durante una semana con dos objetivos: sobrevivir y llegar a Ramiel.

—¿Qué es Ramiel? —Se sentía como una niña con estas preguntas, pero su curiosidad era más fuerte que ella.

—Nuestra montaña sagrada. —Dibujó un conocido símbolo en la tierra: un triángulo que apuntaba hacia arriba con tres puntos encima. Una montaña, distinguió ella. Y tres estrellas—. Es el símbolo de la Corte Noche. Los Ritos de Sangre siempre tienen lugar cuando Arktos, Carynth y Oristes, nuestras tres estrellas santas, brillan sobre ella durante una semana al año. En el último día del Rito, están directamente sobre su pico.

—Entonces ¿camináis hasta la montaña?

—Matamos para abrirnos paso hacia la montaña. —Sus ojos mostraban dureza—. Nos drogan y nos arrojan a la tierra salvaje, sin nada más que la ropa que llevamos.

—¿Y tienes que participar?

—Una vez que estás dentro, no puedes irte. Al menos hasta que termine el Rito, o llegas a la cima de Ramiel. Si alguien irrumpe en el Rito para sacarte o salvarte, la ley declara que ambos seréis perseguidos y ejecutados por la transgresión. Ni siquiera Rhys está libre de esas leyes.

Nesta se estremeció.

—Suena cruel.

—Eso no es todo. Utilizan un hechizo para inutilizar nuestras alas y no se puede usar magia. —Levantó una mano y mostró el Sifón rojo en el dorso—. La magia es rara entre los ilyrios, pero cuando se manifiesta, es necesario que los Sifones estén controlados, filtrados de modo que sean algo usable. Y eso nos da una ventaja sobre los otros ilyrios que no lo tienen, o sea que el hechizo iguala el juego. Pero los ilyrios poseen magia una noche al año: la noche anterior al Rito de Sangre, cuando los líderes de la banda de guerra pueden transportar a los novatos drogados al territorio salvaje. No me preguntes por qué. Nadie lo sabe.

—Sin embargo, Azriel puede transportarse todo el tiempo.

—Az es diferente. De muchas maneras. —Su tono no invitaba a seguir con las preguntas.

—¿Así que sin el uso de la magia en el Rito, se matan entre sí de la manera normal? ¿Espadas y dagas?

—Las armas también están prohibidas. Al menos las que se traen del exterior. Pero puedes fabricar las tuyas. Tienes que construir tus propias armas.

De lo contrario, te matarán.

—¿Los otros guerreros?

—Sí. Clanes rivales, enemigos, idiotas que buscan notoriedad… cualquiera de ellos. En algunas aldeas, cuanto mayor sea el recuento de muertos, más gloria darás. Los clanes más atrasados afirman que la matanza es para reducir a los guerreros más débiles, pero siempre pensé que era una gran pérdida de cualquier potencial talento. —Cassian se pasó una mano por el pelo—. Y además, están las criaturas que merodean por las montañas, y estas pueden derribar fácilmente con garras y colmillos a un guerrero ilyrio.

Un turbio recuerdo asaltó su mente, el de Feyre contándole historias sobre las horribles bestias que alguna vez había encontrado en la región.

—De modo que te enfrentas a todo eso —prosiguió Cassian—, mientras intentas llegar a las laderas de Ramiel. La mayoría de los machos se olvidan de guardar suficiente fuerza hasta el final de la semana para hacer la escalada. Es un día y una noche completos de brutal ascenso, donde una caída puede matarte. La mayoría ni siquiera llega al pie de la montaña. Pero si lo hacen, el oponente cambia. No te enfrentas a otros guerreros, te enfrentas a ti mismo, a tu propia alma. Por lo general, es ese hecho el que vence a quien intenta escalarla.

—Y entonces qué… ¿llegas a la cima y obtienes un trofeo?

Cassian resopló, pero sus palabras eran serias.

—Hay una piedra sagrada en la cima. El que la toca primero gana. Eso te transporta fuera de inmediato.

—¿Y qué ocurre con el resto cuando termina la semana?

—El que queda en pie es considerado un guerrero. Según el lugar donde estés cuando se termina, eres clasificado en uno de los tres niveles de guerrero, que llevan los nombres de nuestras estrellas sagradas: arktosianos, los que no llegan a la montaña, pero sobreviven; orisitanos, los que llegan a la montaña, pero no a la cima; y carynthianos, los que llegan a la cima. Estos son considerados guerreros de élite. Tocar la piedra en la cima de Ramiel es ganar el Rito. Solo una docena de guerreros en los últimos cinco siglos han llegado a la montaña.

—Y tocaste la piedra, supongo.

—Rhys, Az y yo la tocamos juntos, a pesar de que estábamos deliberadamente separados al principio.

—¿Por qué?

—Los líderes nos temían a nosotros y a aquello en lo que nos habíamos

convertido. Ellos pensaron que los guerreros o las bestias nos destruirían, si no nos teníamos cerca unos a otros para apoyarnos. Se equivocaron. —Sus ojos brillaron con fiereza—. Lo que aprendieron fue que nos amamos como verdaderos hermanos. Y no había nada que no haríamos, nadie a quien no mataríamos, para estar cerca uno de otro. Para salvarnos uno al otro. Matamos para seguir nuestro camino a través de las montañas y superamos la Grieta, la peor de las tres rutas a la cima de Ramiel, y ganamos la maldita cosa. Tocamos la piedra en el mismo momento, el mismo aliento, y entramos a la categoría de guerreros carynthios.

Nesta no logró apartar la fuerte impresión de su rostro.

—¿Y dices que solo doce se han convertido en carynthios… en quinientos años?

—No. Doce llegaron a la montaña y se convirtieron en oristianos. Solamente otros tres, además de nosotros, ganaron el Rito de Sangre y se convirtieron en carynthios. —Se le anudó la garganta—. Eran buenos guerreros y lideraron unidades ejemplares. Perdimos a dos de ellos contra Hybern.

Probablemente en esa explosión que había diezmado a miles de ellos. La explosión de la que ella lo había protegido. A él, y solo a él.

El estómago de Nesta se contrajo, la envolvieron las náuseas. Se obligó a respirar hondo.

—¿O sea que no crees que las hembras puedan participar en el Rito?

—Probablemente Mor ganaría esa maldita cosa en un tiempo récord, pero no. No me gustaría ni que ella participara en el Rito. —La parte no hablada de su razonamiento estaba fríamente en sus ojos. Habría un tipo diferente y peor de violencia contra la que defenderse, incluso si las hembras estuvieran tan entrenadas como los machos.

Nesta se estremeció.

—¿Podría haber una unidad femenina sin que ellas participaran del Rito de Sangre?

—Nunca serían honradas como verdaderas guerreras sin él, sin alguno de esos tres títulos. Bueno, yo las podría considerar guerreras, pero no el resto de los ilyrios. Ninguna otra unidad volaría con ellas. Lo considerarían una vergüenza, un insulto. —Ella frunció el ceño y él levantó las manos—. Como dije, el cambio llega lentamente. Escuchaste las tonterías que Devlon espetó acerca de tu ciclo menstrual. Eso se considera un progreso. En el pasado, habrían

matado a una hembra por coger un arma. Ahora «descontaminan» la hoja y se llaman a sí mismos pensadores modernos. —El desagrado retorció sus facciones.

Nesta se puso de pie y examinó el cielo. Su cabeza se había aclarado… solo un poco. No le agradaba la perspectiva de ordenar libros en las estanterías con el cuerpo dolorido… Pero quizá vería a Gwyn.

—Entrenar a las hembras ilyrias —prosiguió Cassian— no sería para que lucharan en nuestras guerras. Se trataría de demostrar que son tan capaces y fuertes como los machos. Se trataría de que dominen su miedo, perfeccionando la fortaleza que ya tienen.

—¿A qué le temen?

—A convertirse en mi madre —dijo él en voz baja—. A pasar por lo que ella soportó.

Por lo que habían soportado las sacerdotisas bajo la montaña.

Nesta pensó en las silenciosas sacerdotisas que no abandonaban la montaña, que habitaban en la penumbra. Riven le saltó a la memoria, cuando pasó apresuradamente junto a ella, incapaz de soportar la presencia de un extraño. Gwyn, con sus ojos brillantes que a veces se oscurecían con sombras.

Cassian inclinó la cabeza hacia un lado ante su silencio.

—¿En qué piensas?

—¿Entrenarías a hembras no ilyrias?

—Te estoy entrenando a ti, ¿no?

—Quiero decir, considerarías… —No sabía cómo decirlo elegantemente, no como lo haría la lengua de plata de Rhysand—. Las sacerdotisas en la biblioteca. Si las invitara a entrenar con nosotros aquí, un lugar privado y seguro. ¿Las entrenarías?

Cassian parpadeó lentamente.

—Sí. Quiero decir, por supuesto, pero… —Hizo una mueca—. Nesta, muchas de las hembras en la biblioteca no quieren estar… no soportan estar de nuevo cerca de los machos.

—Entonces le pediremos a alguna de tus amigas que se una a nosotras. Mor o cualquier otra que se te ocurra.

—Es posible que las sacerdotisas ni siquiera puedan soportar mi presencia.

—Nunca lastimarías a nadie de esa manera.

Los ojos de él se suavizaron levemente.

—No se trata de eso. Se trata del miedo… del trauma que cargan consigo. Aun sabiendo que nunca les haría daño, podría traerles recuerdos que les

resultaran increíblemente difíciles de enfrentar.

—Dijiste que este entrenamiento me ayudaría con mis… problemas. Quizá podría ayudarlas a ellas. Al menos podríamos darles una razón para salir un poco.

Cassian la observó durante un largo instante. Luego habló.

—Entrenaré con mucho gusto a cualquiera que traigas aquí con nosotros. Mor está lejos, pero le puedo pedir a Feyre…

—A Feyre no. —Nesta lamentó estas palabras, así como la manera en que su espalda se puso rígida. No pudo mirarlo mientras decía—: Yo solo… —¿Cómo podría explicar el enredo entre ella y su hermana? ¿O el desprecio por sí misma que parecía consumirla cada vez que miraba el rostro de su hermana?

—Está bien —repitió Cassian—. A Feyre no. Pero necesito avisarles, a ella y a Rhys. Tal vez deberías pedirle permiso a Clotho, también. —Una mano cálida le agarró suavemente el hombro y apretó—. Me gusta esta idea, Nes. —Sus ojos color avellana brillaron intensamente—. Me gusta mucho.

Y por alguna razón, esas palabras lo significaron todo.

Capítulo 17

—Tengo una propuesta para ti.

Le temblaban los músculos del abdomen y le dolían las piernas cuando Nesta se presentó ante el escritorio de Clotho mientras la sacerdotisa terminaba de escribir una anotación en el manuscrito sobre el que estaba trabajando. Su pluma encantada se movía haciendo ruido.

Clotho levantó la cabeza cuando la pluma puso su última marca y escribió en un trozo de papel: «¿Sí?».

—¿Permitirías que tus sacerdotisas entrenen conmigo todas las mañanas en el campo de prácticas en la parte superior de la Casa? No todas. Solo las que estén interesadas.

Clotho estaba sentada, perfectamente inmóvil. Luego la pluma se movió. «¿Entrenar para qué?».

—Para fortalecer sus cuerpos, para defenderse, para atacar, si eso quieren. Pero también para aclarar sus mentes. Para ayudarlas a estabilizarse.

«¿Quién va a supervisar el entrenamiento? ¿Tú?».

—No. No estoy calificada para eso. Yo voy a entrenar con ellas. —Se le aceleró el corazón. No estaba segura de por qué—. Cassian lo supervisará. Él no es de los que anda toqueteando… quiero decir, es respetuoso y… —Nesta sacudió la cabeza. Su discurso era el de una verdadera tonta.

Aun debajo de las sombras de su capucha, Nesta podía sentir la mirada de Clotho fija en ella. La pluma se movió de nuevo.

«No serán muchas las que acepten, me temo».

—Lo sé. Pero incluso para una o dos… Me gustaría intentarlo. —Nesta señaló un pilar detrás de Clotho—. Pondré ahí una hoja para que se registren.

Quien lo desee, será bienvenida.

Otra vez, esa intensa mirada debajo de la capucha, pesada como el toque de un fantasma.

Luego Clotho escribió: «Quien quiera hacerlo, tiene mi bendición».

Nesta pegó la hoja de registro en el pilar ese mismo día.

Para cuando terminó sus tareas y se retiró, nadie había escrito su nombre en la hoja.

Se despertó temprano, caminó hasta la biblioteca para revisar la lista, y seguía todavía en blanco.

—Llevará tiempo —la consoló Cassian cuando vio la expresión en su rostro al entrar en el campo de entrenamiento. Y añadió en un tono ligeramente más suave—: Sigue tendiéndoles la mano.

Eso fue lo que Nesta hizo.

Todas las tardes, cuando llegaba a la biblioteca, revisaba la lista. Todas las noches, cuando se iba, también la revisaba. Siempre estaba en blanco.

En el entrenamiento, Cassian comenzó a instruirla sobre los movimientos básicos de los pies y las posiciones del cuerpo para el combate mano a mano. Sin puñetazos ni patadas, nada de eso todavía. Nesta sostuvo esa postura de tabla infernal durante diez segundos. Luego quince. Después veinte. Treinta.

Cassian añadió pesas a sus ejercicios para fortalecer sus brazos endebles. Piedras pesadas con asas talladas para cargar mientras hacía sus estocadas y sentadillas.

Todo mientras ella respiraba, respiraba y respiraba.

Intentó bajar la escalera de nuevo. Llegó al escalón número quinientos antes de que sus músculos la obligaran a dar la vuelta. La noche siguiente se detuvo en el seiscientos diez. Después, en el setecientos cincuenta.

Ella no sabía qué haría al llegar al fondo: buscar una taberna o una sala de placer y beber hasta la inconsciencia, supuso. Si lo lograba, se lo merecía, se decía a sí misma con cada paso.

Por la noche, el cansancio era tal que apenas si podía comer y bañarse antes de dejarse caer en la cama. Apenas leía un capítulo de un libro antes de que sus párpados se cerraran. Había encontrado una novela erótica, que ya había leído y

le había encantado, en uno de los baúles que Elain había preparado, y la había dejado sobre el escritorio.

Le habló al aire.

—Encontré esto para ti. Es un regalo. —El libro desapareció en la nada. Pero por la mañana, encontró un ramo de flores otoñales sobre su escritorio, el jarrón de vidrio lleno de ásteres y crisantemos de todos los colores.

Pasó una semana, durante la cual apenas vio a Gwyn, aunque se enteró por Clotho de que Merrill la había estado presionando bastante con la investigación sobre las valquirias. Pero Nesta tenía tantos libros para guardar que las horas pasaban con rapidez.

Especialmente desde que comenzó a usar los libros para ejercitarse. Al subir por la rampa, cargaba una pila pesada y ejecutaba una serie de estocadas. Varias veces vio que algunas sacerdotisas que pasaban por un nivel superior la miraban cuando lo hacía.

Todos los días, revisaba la hoja de registro en el pilar más allá del escritorio de Clotho. En blanco.

Día tras día, tras día.

«Sigue tendiéndoles la mano», le había dicho Cassian.

Pero ¿para qué iba a servir, comenzó a preguntarse, si nadie se molestaba en tomarla?

—Si cierras el puño de esa manera cuando golpeas a alguien, te romperás el pulgar.

Jadeando, con el sudor chorreándole por la espalda en grandes ríos, Nesta frunció el ceño mirando a Cassian. Ella levantó el puño, como él le había ordenado que hiciera, con el pulgar dentro de los dedos doblados.

—¿Qué le pasa a mi puño?

—Mantén el pulgar encima de los nudillos del dedo índice y del dedo medio. —Cerró un puño para demostrárselo y movió el pulgar sobre sus dedos—. Si el pulgar da el golpe, te va a doler mucho.

Nesta estudió el puño que Cassian le mostraba e imitó la posición con su propia mano.

—Entonces ¿qué?

Él sacudió la barbilla.

—Ponte en la posición que practicamos ayer. Pies paralelos y afirma tu fuerza en el suelo…

—Lo sé, lo sé —murmuró Nesta, y adoptó la postura que él había pasado tres días haciéndole practicar. Se observó los pies mientras los ponía en posición, luego dobló las rodillas ligeramente y se movió de arriba abajo dos veces para estar segura de que había ajustado su centro de poder.

Cassian dio vuelta alrededor de ella.

—Bien. Cualquier golpe que hagas debe ser rápido y preciso, no un movimiento salvaje que te hará perder el equilibrio y privar de fuerza a tu brazo. Tu cuerpo y tu respiración van a impulsar el golpe más que tu brazo propiamente dicho. —Adoptó una postura similar y dio un golpe en el aire.

Se movió tan suavemente, tan brutalmente, que el golpe se produjo antes de que ella pudiera parpadear.

Él extendió el brazo moviendo los músculos cuando terminó. Se había arremangado para mitigar el cálido día de otoño, pero no se había quitado del todo la camisa. A la luz del sol, el tatuaje a lo largo de su brazo izquierdo parecía beberse el brillo.

—Alinea los dos primeros nudillos con el antebrazo. Con ellos es que vas a golpear y la fuerza de tu brazo llegará hasta ellos. Si golpeas con el dedo anular y el meñique, te romperás la mano.

—No tenía ni idea de que los puñetazos estuvieran tan llenos de peligros.

—Aparentemente, se necesita cerebro para ser un bruto.

Nesta aflojó las cejas, y se concentró en alinear su antebrazo y los nudillos como él le había indicado.

—¿Así?

—Para golpear con los nudillos adecuados, debes inclinar la muñeca hacia abajo apenas un poco.

—¿Por qué?

—Para que no se te rompa la muñeca.

Ella bajó el brazo.

—Dada la cantidad de formas de romperme la mano al golpear a alguien, no parece que valga la pena.

—Es por eso que un buen guerrero sabe cuándo elegir sus batallas. —Él bajó el puño—. Tienes que preguntarte si el riesgo vale la pena cada vez que lo vayas a hacer.

—¿Y siempre das un puñetazo de la manera correcta?

—Sí —aseguró Cassian sin una pizca de duda. Se apartó el pelo de los ojos —. Bueno, la mayoría de las veces. Ha habido algunas peleas en las que no tenía el ángulo y el equilibrio correctos, pero un puñetazo, incluso uno que podría romperme la mano, era la mejor manera de salir de un aprieto. Me he roto la mano… —Entrecerró los ojos mirando al cielo, como si estuviera haciendo un recuento mental—. Y… probablemente unas diez veces.

—En quinientos años.

—No puedo ser perfecto en cada momento de todos los días, Nes. —Sus ojos parpadearon.

La locura en el pasillo de la semana anterior no se volvió a repetir.

Y ella había estado demasiado cansada por la noche como para siquiera llegar al comedor, mucho menos para darse placer en la cama.

—Bien —continuó él—. Ahora mueve las caderas en dirección al golpe. — Dio otra vez un golpe en el aire. Se movió más lentamente esta vez, para que ella viera cómo su cuerpo fluía hacia el golpe—. Esto implica tu centro y tu hombro, y ambos añaden potencia adicional. —Otro golpe.

—¿Así que esos ejercicios abdominales son útiles más allá de querer hacer ostentación de tus músculos?

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—¿De verdad crees que esto es solo para presumir?

—Creo que te he pillado mirándote en ese espejo al menos una docena de veces en cada lección. —Nesta movió la cabeza en dirección al delgado espejo al otro lado del *ring*.

Él rio entre dientes.

—Mentirosa. Usas ese espejo para mirarme a mí cuando crees que no estoy prestando atención.

Ella se negó a dejarle ver la verdad en su rostro. Se negó incluso a bajar la cabeza. Se concentró de nuevo en su postura.

—Te lo estás tomando en serio, ¿eh?

—Quieres que entrene —replicó Nesta con frialdad—, pues entréname.

Aunque no apareciera ninguna sacerdotisa, aunque ella fuera una tonta estúpida por tener la esperanza de que lo hicieran, no le molestaba este entrenamiento. Le aclaraba la cabeza. Se necesitaba pensar y respirar tanto que los ruidosos pensamientos tenían pocas posibilidades de devorarla por completo. Solo en los momentos de serenidad esos pensamientos volvían a aparecer, por lo

general si perdía la concentración mientras trabaja en la biblioteca o cuando se bañaba. Y cuando eso pasaba, la escalera siempre la atraía. Los infernales diez mil escalones.

Pero ¿serviría para algo aquel entrenamiento, aquel trabajo, la escalera, aparte de mantenerla ocupada? Los pensamientos aún esperaban como lobos para atacarla. Para destrozarla.

«Te amé desde el primer momento en que te sostuve en mis brazos».

Los lobos se acercaban cada vez más, haciendo ruido con las garras.

—¿Adónde has ido? —preguntó Cassian. Sus ojos color avellana se nublaron por la preocupación.

Nesta volvió a adoptar su posición. Hizo que los lobos retrocedieran un paso.

—A ninguna parte.

Elain estaba en la biblioteca privada.

Nesta lo supo antes de terminar de subir la escalera, cubierta de polvo de la biblioteca.

El delicado aroma de jazmín y miel de su hermana permanecía en la piedra roja del pasillo como una promesa de primavera, un río chispeante que siguió hasta las puertas abiertas de la biblioteca.

Elain estaba de pie junto a la pared de ventanas, vestida con un vestido lila cuyo ajustado corpiño mostraba lo bien que se había llenado su hermana desde aquellos días iniciales en la Corte Noche. Atrás quedaron los ángulos agudos, para ser reemplazados por suaves y elegantes curvas. Nesta sabía que ella también se había visto así en algún momento, aunque los pechos de Elain siempre habían sido más pequeños.

Se miró a sí misma, huesuda y desgarbada. Su hermana se volvió hacia ella, radiante de salud.

La sonrisa de Elain era tan brillante como el sol poniente detrás de las ventanas.

—Pensé en pasar por aquí para ver cómo te estaba yendo.

Alguien había traído a Elain a este lugar, ya que no había manera de que ella hubiera subido esos diez mil escalones.

Nesta no le devolvió la sonrisa, sino que le hizo un gesto señalando su propio cuerpo, la ropa de cuero, el polvo.

—He estado ocupada.

—Tienes mejor aspecto que hace unas semanas.

La última vez que había visto a Elain… fue una semana antes de llegar a la Casa. Se había cruzado con su hermana en la bulliciosa plaza del mercado que llamaban el palacio de Hueso y Sal, y aunque Elain se había detenido, sin duda con la intención de hablar con ella, Nesta siguió caminando. No había mirado atrás antes de perderse entre la multitud. Nesta no quiso pensar en lo mal que se vería entonces, si la imagen que ofrecía en ese momento era mejor.

—Tienes buen color, quiero decir —aclaró Elain, caminando desde las ventanas para cruzar la habitación. Se detuvo a unos metros de distancia. Como si Nesta fuera una especie de enferma de lepra.

¿Cuántas veces habían estado en esta habitación durante esos primeros meses? ¿Cuántas veces habían estado en la misma situación, solo que con las posiciones cambiadas? En ese momento Elain había sido el fantasma, demasiado delgada, con sus pensamientos concentrados en su interior.

De alguna manera, Nesta se había convertido en el fantasma.

Peor que un fantasma. Un espectro, cuya rabia y hambre eran insondables, eternos.

Elain solo había necesitado tiempo para adaptarse. Pero Nesta sabía que ella misma necesitaba más que eso.

—¿Estás disfrutando de tu tiempo aquí?

Nesta miró los cálidos ojos marrones de su hermana. Cuando era humana, Elain fácilmente era la más bonita de las tres, y cuando la convirtieron en alta fae, esa belleza se había intensificado. Nesta no podía precisar cuáles eran los cambios que se habían producido aparte de las orejas puntiagudas, pero Elain había pasado de ser encantadora a ser devastadoramente hermosa. Elain nunca pareció darse cuenta de ello.

Siempre fue así entre ellas: Elain, dulce e inconsciente, y Nesta, la loba gruñona, lista para destrozar a cualquiera que la amenazara.

«Elain es agradable a la vista —comentó alguna vez su madre mientras Nesta estaba sentada junto a su tocador y una sirvienta cepillaba en silencio el pelo marrón dorado de su madre—, pero no tiene ambición. Sus sueños no van más allá de su jardín y la ropa bonita. Ella será muy atractiva en el mercado matrimonial y útil para nosotras, algún día, si esa belleza perdura. Pero serán

nuestras propias maniobras, Nesta, no ella, quienes nos harán conseguir un candidato ventajoso».

Nesta tenía doce años en ese momento. Elain apenas tenía once.

Había absorbido cada palabra de las intrigas y los planes de su madre para futuros que nunca se iban a cumplir.

«Tendremos que pedirle a tu padre que vayamos al continente cuando llegue el momento —solía decir su madre a menudo—. Aquí no hay hombres dignos de ninguna de las dos». Feyre ni siquiera había sido considerada en ese momento, una niña extraña y hosca a la que su madre ignoraba. «La realeza humana todavía gobierna allí —lores, duques y príncipes—, pero su riqueza está agotada, muchas de sus propiedades están cerca de la ruina. Dos hermosas damas con la fortuna de un rey podrían llegar lejos».

«¿Podría casarme con un príncipe?», había preguntado Nesta. Su madre solo había sonreído.

Nesta sacudió la cabeza para despejar los recuerdos y luego habló.

—No tengo otra opción que estar aquí, así que no veo cómo podría estar divirtiéndome.

Elain retorció sus delgados dedos. Tenía las uñas cortas por su trabajo en los jardines.

—Sé que las circunstancias que te trajeron aquí fueron horribles, Nesta, pero eso no significa que tengas que sentirte tan abatida por todo ello.

—Me he sentado junto a ti durante semanas —dijo Nesta sin ambages—. Semanas, mientras tú te consumías, negándote a comer y a beber. Mientras solo parecías estar esperando marchitarte y morir.

Elain se estremeció. Pero Nesta no pudo evitar que sus palabras salieran a raudales.

—Nadie sugirió que te adaptaras o de lo contrario serías enviada de regreso a territorios humanos.

Elain, sorprendentemente, se mantuvo firme.

—No estaba bebiendo hasta quedar inconsciente ni… haciendo esas otras cosas.

—¿Haciendo el amor con extraños?

Elain se estremeció de nuevo, con la cara sonrojada.

Nesta resopló.

—Estás viviendo entre seres que no tienen ninguna de nuestras formalidades humanas, ya sabes. —Elain volvió a acomodar los hombros, justo cuando Nesta

agregó—: No es que tú y Graysen no actuarais según vuestros propios sentimientos.

Fue un golpe bajo, pero a Nesta no le importó. Sabía que Elain le había entregado su virginidad a Graysen un mes antes de que se convirtieran en fae. Elain había estado radiante a la mañana siguiente.

Elain ladeó la cabeza. No se disolvió en el llanto en el que por lo general se convertía cuando se nombraba a Graysen.

—Estás enfadada conmigo —dijo en cambio.

Bien, entonces. Ella también podía ser directa.

—¿Por recoger mis cosas —replicó Nesta— mientras Rhysand y Feyre me decían que soy un inútil montón de mierda? Sí. Estoy enfadada contigo.

Elain se cruzó de brazos y habló con calma y tristeza.

—Feyre me advirtió que esto podría suceder.

Las palabras golpearon a Nesta como una bofetada. Habían hablado de ella, de su conducta, de su actitud. Elain y Feyre… así estaban las cosas en ese momento. Ese era el vínculo que Elain había elegido.

Era inevitable, supuso Nesta, con un nudo en el estómago. Ella era el monstruo. ¿Por qué no iban las dos a unirse y apartarla? Aunque hubiera creído tontamente que Elain conocía su peor versión y aun así había decidido quedarse a su lado.

—Quería verte, explicarte —continuó Elain con esa calma concentrada, el silencioso acero que crecía en su voz.

Elain había elegido a Feyre, había elegido su pequeño mundo perfecto. Amren no había sido diferente. La espalda de Nesta se puso rígida.

—No hay nada que explicar.

Elain levantó las manos.

—Hicimos esto porque te amamos.

—No me vengas con tonteras, por favor.

Elain se acercó más, con sus ojos marrones muy abiertos. Indudablemente del todo convencida de su propia inocencia, de su bondad innata.

—Es la verdad. Lo hicimos porque te amamos y nos preocupamos por ti, y si papá estuviera aquí…

—No vuelvas a mencionarlo. —Nesta mostró los dientes, pero mantuvo la voz baja—. Ni se te ocurra volver a mencionarlo, joder.

Impidió que el freno se aflojara por completo. Pero ella lo sintió, el tironeo de esa terrible bestia dentro de ella. Sintió que su poder crecía, ardiente pero frío.

Se abalanzó sobre él, empujándolo hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, pero era demasiado tarde. El jadeo de Elain confirmó que los ojos de Nesta se habían convertido en fuego plateado, tal como Cassian lo había descrito.

Pero Nesta sofocó el fuego en su oscuridad, hasta que tuvo frío y se sintió vacía, serena una vez más.

El dolor se apoderó lentamente del rostro de Elain. Y la comprensión.

—Entonces ¿se trata de eso? ¿De papá?

Nesta señaló la puerta, con el dedo temblando por el esfuerzo de mantener ese retorcido poder a raya. Cada palabra que salía de la boca de Elain amenazaba con deshacer su moderación.

—Sal de aquí.

Una línea plateada envolvía los ojos de Elain, pero su voz se mantuvo firme, segura.

—No había nada que se pudiera haber hecho para salvarlo, Nesta.

Las palabras ardían. Elain había aceptado su muerte como algo inevitable. No se había molestado en luchar por él, como si no hubiera valido la pena, precisamente porque Nesta sabía que tampoco ella merecía el esfuerzo.

Esta vez, Nesta no impidió que el poder brillara en sus ojos; temblaba tan violentamente que tuvo que apretar los puños.

—Te dices a ti misma que no había nada que se podría haber hecho porque es insoportable pensar que podrías haberlo salvado, si solo te hubieras dignado a aparecer unos pocos minutos antes.

La mentira sabía amarga en su boca.

No era culpa de Elain que su padre hubiera muerto. No, eso era totalmente culpa de Nesta. Pero si Elain estaba tan decidida a arrancar lo bueno en ella, entonces le mostraría a su hermana lo desagradable que podía ser. Dejó que una fracción de aquel dolor la desgarrara por dentro.

Por eso Elain había elegido a Feyre. Por eso.

Feyre había rescatado a Elain una y otra vez. Pero Nesta había permanecido a un costado, armada solo con su lengua viperina. Inmóvil mientras ellas morían de hambre. Inmóvil cuando Hybern las robó y las metió en el Caldero. Inmóvil cuando Elain fue secuestrada. Y cuando su padre estuvo en manos de Hybern, ella tampoco había hecho nada, nada para salvarlo. El miedo la había congelado, le bloqueaba la mente, y ella no se oponía, dejaba que la dominara, de modo que para cuando el cuello de su padre se rompió, ya era demasiado tarde. Y todo por su culpa.

¿Por qué Elain no iba a elegir a Feyre?

Elain se puso tensa, pero se negó a resistirse a lo que fuera que veía en la mirada de Nesta.

—¿Crees que soy la culpable de su muerte? —El desafío teñía cada palabra. El desafío…, que viniera de Elain, precisamente de ella—. Nadie más que el rey de Hybern tiene la culpa de eso. —El temblor en su voz desmentía la firmeza de sus palabras.

Nesta supo que había dado en el blanco. Abrió la boca, pero no pudo continuar. Suficiente. Ella había dicho suficiente.

Con gran rapidez, el poder en ella retrocedió, para desaparecer como humo en el viento. Solo dejaba el cansancio que pesaba en sus huesos, en su respiración.

—No importa lo que yo piense. Vuelve con Feyre y tu jardincito.

Ni siquiera durante las riñas en la cabaña, peleando por quién tenía la ropa, o las botas o las cintas, las cosas nunca habían sido así. Esas peleas habían sido menores, nacidas de la miseria y el malestar. Esta era una bestia del todo diferente, que venía de un lugar tan oscuro como la penumbra en las profundidades de la biblioteca.

Elain se dirigió a las puertas, con su vestido púrpura barriendo el suelo detrás de ella.

—Cassian dijo que pensaba que el entrenamiento estaba ayudando —murmuró, más para sí misma que para Nesta.

—Lamento decepcionarte. —Nesta cerró las puertas con fuerza y ruidosamente.

El silencio se apoderó del lugar.

No se dio la vuelta para ver por las ventanas quién pasaba volando con Elain, quién sería el testigo de las lágrimas que probablemente Elain estaría derramando.

Nesta se acomodó en uno de los sillones frente a la chimenea apagada y su mirada quedó fija en la nada.

No detuvo a los lobos cuando volvieron a reunirse a su alrededor, con sus odiosas y afiladas verdades en sus lenguas rojas. No los detuvo cuando comenzaron a destrozarla.

Cuando Elain irrumpió en el comedor de la Casa, Cassian y Rhys se estaban reponiendo del aire gélido que aullaba en el Refugio del Viento.

Los ojos castaños de ella brillaban llenos de lágrimas, pero mantuvo la barbilla en alto.

—Quiero irme a casa —dijo, con voz temblorosa.

Cassian miró a Rhys, que había dejado a la hermana mediana Archeron antes de buscar a Cassian en el Refugio del Viento. Él quería averiguar por sí mismo cuán preparados estaban los ilyrios para luchar. Que Rhys hubiera descubierto que no faltaba nada alegró a Cassian y también lo llenó de pavor. Si la guerra comenzara otra vez, ¿cuántos morirían? El destino en la vida de un soldado era luchar, marchar con la Muerte a su lado, y él había llevado a los machos a la batalla muchas veces. Pero ¿cuántas promesas de que la paz duraría por un tiempo les había hecho tontamente a las familias de aquellos que cayeron en la guerra reciente? ¿A cuántas familias más tendría que consolar? No sabía por qué era diferente esta vez, por qué pesaba tanto. Y mientras Rhys y Devlon estuvieron hablando, Cassian estuvo mirando a los niños del Refugio del Viento, preguntándose cuántos de ellos perderían a sus padres.

Cassian apartó el recuerdo cuando Rhys observó a Elain. A su ojo violeta azulado no se le escapaba nada.

—¿Qué ha pasado?

Cuando Rhys hablaba así, era más una orden que una pregunta.

Elain hizo un gesto de despedida con la mano antes de abrir las puertas de la galería para dirigir sus pasos hacia el aire libre.

—Elain —llamó Rhys mientras él y Cassian la seguían hacia la luz mortecina.

Elain estaba junto a la barandilla y la brisa le acariciaba el pelo.

—Ella no está mejorando. Ni siquiera lo está intentando. —Recogió los brazos sobre su cuerpo y miró al mar distante.

Rhys se volvió hacia él con expresión seria.

Feyre se lo advirtió.

Cassian maldijo en voz baja.

Nesta está progresando… sé que es así. Algo la hizo estallar. Rhys parecía la muerte personificada. Entonces Cassian añadió: *Llevará tiempo. Quizá no más visitas de sus hermanas, por el momento. Al menos no sin su permiso*. No quería aislar a Nesta. Para nada. *Si Elain quiere volver a verla, dejadme que le pregunte a Nesta primero*.

La voz de Rhys se deslizó como una noche líquida. *¿Y Feyre?*

No quiere a Feyre aquí.

El poder resonó a través de Rhys, lo que hizo lanzar destellos a las estrellas en sus ojos.

Cálmate, joder, espetó Cassian. *Tienen que resolver sus propios embrollos. Que amenaces con borrar a Nesta cada vez que aparece, no ayuda.*

Rhys le sostuvo la mirada. El dominio inherente de esa mirada tenía la fuerza de un maremoto. Pero Cassian lo resistió. Dejó que lo atravesara. Entonces Rhys sacudió la cabeza y le habló a Elain.

—Te llevaré a casa.

Elain no se opuso cuando Rhys la cogió y se lanzó hacia el cielo teñido de rojos y rosados.

Cuando eran apenas una mancha negra y violeta sobre los tejados, y Rhys volaba a lo largo del río dorado como si le estuviera dando a Elain un paseo panorámico, entonces, y solo entonces, Cassian entró en la Casa.

Irrumpió para atravesar el comedor y entrar en el pasillo; se lanzó escalera abajo. Sus pies devoraban cada centímetro de distancia hasta que abrió las puertas de la biblioteca familiar.

—¿Qué diablos ha pasado?

Nesta estaba sentada en un sillón frente a la oscura chimenea, con los dedos hundidos en los mullidos brazos del asiento. Una reina en un trono acolchado.

—No quiero hablar contigo —fue todo lo que ella dijo.

Se le aceleró el corazón. Su pecho palpitaba como si hubiera corrido varios kilómetros.

—¿Qué le dijiste a Elain?

Ella se inclinó hacia delante para mirarlo. Luego se puso de pie. Era un pilar de acero y llamas. Sus labios se tensaron y los dientes quedaron a la vista.

—Por supuesto supones que soy yo quien tiene la culpa. —Se acercó a él. Sus ojos ardían con fuego frío—. Siempre estás defendiendo a la dulce e inocente Elain.

Él se cruzó de brazos, dejando que ella se acercara a él tanto como quisiera. Ni loco iba a cederle siquiera un paso.

—Te recuerdo que eras la principal defensora de la dulce e inocente Elain hasta hace poco. —Él la había visto enfrentarse cara a cara con un fae capaz de matarla sin pensarlo un instante. Todo por su hermana.

Nesta solo hervía de furia y casi temblaba de rabia. O de frío. En el Caldero,

ahí sí que hacía frío. Solo los suelos calefaccionados ofrecían un respiro.

—Fuego —ordenó él, y la Casa obedeció. Una gran fogata cobró vida en la chimenea detrás de él.

—Sin fuego —dijo ella, concentrada en Cassian, aunque sus palabras no estaban dirigidas a él.

La Casa pareció ignorarla.

—Sin fuego —insistió ella. Él podría haber jurado que ella palideció un poco.

Por un instante, él sintió de nuevo que estaba en la casa de la madre de Rhys en el Refugio del Viento. Ella había estado con la mirada fija en el fuego, como si le estuviera hablando, como si no se diera cuenta de que él estaba allí.

El fuego crepitó y estalló. Nesta quería aire fresco.

—He dicho…

Un tronco se rompió, como si la Casa la ignorara alegremente, y agregó calor a la llama.

Nesta se estremeció. Apenas un parpadeo y un mínimo estremecimiento, pero todo su cuerpo se puso rígido. El miedo y el espanto se reflejaron en sus facciones, para luego desaparecer.

Qué extraño.

Nesta notó algo curioso en el rostro de él, lo que la hizo erizarse de nuevo, antes de lanzarse hacia las puertas abiertas de la biblioteca.

—¿Adónde vas? —quiso saber él, incapaz de disimular el enfado en su voz.

—Afuera. —Salió al pasillo y se dirigió al hueco de la escalera.

Cassian la siguió con un gruñido que le salió de la garganta. Rápidamente acortó la distancia entre ellos.

—Déjame en paz —le espetó ella.

—¿Cuál es el plan, Nes? —La siguió hasta el nivel más bajo de la Casa y el hueco de la escalera a mitad del pasillo—. Arremetes contra las personas que te aman hasta que finalmente te abandonan y te dejan sola. ¿Es eso lo que quieres?

Ella tiró de la manija de la puerta antigua y le dirigió una mirada fulminante por encima del hombro. Abrió la boca, pero la cerró para frenar lo que fuera que estuvo a punto de salir.

Como si ella tuviera que protegerlo. Tenerle lástima. Salvarlo. Como si él necesitara ser protegido de ella.

—Dilo —susurró él—. Dilo de una maldita vez.

La mirada de Nesta se iluminó con ese fuego plateado. Su nariz se arrugó

con furia animal.

Los Sifones encima de las manos de él se calentaron, preparándose para un enemigo que se negaba a reconocer.

Los ojos de ella se movieron hacia las piedras rojas. Y cuando volvieron a levantarse hasta el rostro de él, el fuego profano en su mirada había desaparecido. Y era reemplazado por algo tan muerto y vacío que era como mirar los ojos ciegos de un soldado caído en un campo de batalla. Él había visto cuervos que picoteaban ojos tan muertos como esos.

Nesta no dijo nada cuando se volvió hacia el hueco de la escalera y comenzó a descender.

Capítulo 18

Solo existía la piedra roja del pozo de la escalera, y su respiración irregular, y los cuchillos que se habían vuelto hacia dentro y cortaban y cortaban. Las paredes empujaban hacia dentro. Las piernas le ardían al bajar cada escalón.

No quería estar en su propia cabeza, no quería estar en su propio cuerpo. Quería que el batir de tambores y el canto desenfrenado de un violín la llenaran de sonidos, para silenciar todo pensamiento. Quería encontrar una botella de vino y beber a fondo, y así dejar que el vino la sacara de sí misma, dejar que hiciera que su mente divagara y se adormeciera.

Abajo, abajo y abajo.

Vueltas, vueltas y vueltas.

Nesta pasó por el escalón con la huella ardiente de su mano. Pasó el escalón doscientos cincuenta. Trescientos. Quinientos. Ochocientos.

Fue en el escalón ochocientos tres que sus piernas comenzaron a flaquear.

El rugido en su cabeza se atenuó mientras ella se concentraba en mantenerse de pie.

En el escalón mil, se detuvo por completo.

Lo único que existía era aquel silencio que giraba.

Nesta cerró los ojos y apoyó la frente en la fría piedra a su derecha. Levantó un brazo para descansar contra ella, como si se aferrara con fuerza a un amante. Podría haber jurado que un latido de corazón latía dentro de la piedra, tan firme como si latiera dentro de un pecho debajo de su oreja.

Era el palpitar de su propia sangre, se dijo. Y mientras ella se aferraba a la pared, allí estaba ese latido.

Dejó que su respiración entrara y saliera de ella. Dejó que el temblor de su cuerpo se relajara.

El latido en la piedra se desvaneció. La pared se sentía helada debajo de su mejilla enrojecida. Áspera en las yemas de sus dedos.

Comenzó a subir. Un escalón tras otro, tras otro. Tenía los muslos tensos, sus rodillas gemían, tenía el pecho en llamas.

Su cabeza ya se había vaciado cuando a medias gateó los últimos veinte escalones. Tuvo que detenerse cinco veces para descansar. Cinco veces, solo el tiempo necesario para recuperar el aliento y estabilizarse… hasta que el rugido de nuevo amenazó con presionar.

Cuando llegó de vuelta al final de la escalera, estaba agotada, completamente vacía. Cassian estaba apoyado contra la pared opuesta, con una expresión grave en el rostro.

—No tengo ganas de discutir contigo —dijo ella directamente. Estaba demasiado agotada como para estar enfadada. Sabía que podía recurrir al trato que tenían y ordenarle que la llevara volando a la ciudad, pero ni siquiera tenía la energía como para tomarse el trabajo de hacerlo—. Buenas noches.

Él se interpuso en su camino y la bloqueó con las alas.

—¿Hasta qué escalón has llegado esta vez?

Como si eso importara.

—Mil. —Las piernas le palpitaban y le palpitaban.

—Impresionante.

Nesta levantó la mirada hacia su rostro y lo encontró serio. Ella no se molestó en ocultar el cansancio que pesaba en cada parte de su cuerpo.

Intentó avanzar pasando junto a él, pero él no bajó las alas. Salvo que se abriera paso a puñetazos, no podía pasar.

—¿Qué?

—¿Qué te ha hecho estallar hoy?

—Todo. —Ella no quiso decir más.

—¿Qué te ha dicho Elain?

No podía revivir esa conversación, ni hablar de su padre, ni de su muerte, ni de nada de eso. Así que cerró sus abrumados ojos.

—¿Por qué no se registran para el entrenamiento?

Él sabía a quienes se refería.

—Tal vez no están listas.

—Creí que se animarían a hacerlo.

—¿Y por eso estás molesta? —Su pregunta fue muy gentil, muy triste.

Nesta abrió los ojos.

—Algunas llevan aquí cientos de años y todavía no han podido superar lo que tuvieron que soportar. Entonces ¿qué esperanza puedo tener yo?

Él se frotó el hombro, como si le doliera.

—Estamos trabajando desde hace apenas dos semanas, Nesta. Físicamente, es posible que estés viendo cambios, pero lo que está sucediendo en tu mente, en tu corazón, llevará mucho más tiempo. Joder, Feyre tardó meses…

—No quiero oír hablar de Feyre ni de lo que ella en particular tuvo que pasar. No quiero saber nada sobre lo que le ocurrió a Rhys, ni a Morrigan, ni a nadie.

—¿Por qué?

Las palabras, la rabia, volvían a tomar impulso. Se negó a hablar, para concentrarse en aplastar ese poder dentro de ella hasta convertirlo en un murmullo.

—¿Por qué? —insistió él.

—Porque no quiero —espetó ella—. Guarda esas alas de murciélago.

Cassian obedeció, pero se acercó, elevándose sobre ella.

—Pues voy a hablarte de lo que yo, en particular, pasé, Nes. —Su tono era de una frialdad que ella nunca había oído.

—No.

—Maté a todos los que lastimaron a mi madre.

Ella lo miró parpadeando. El peso dentro de ella se desvaneció ante tan terribles palabras.

El rostro de Cassian solo mostraba una antigua rabia.

—Cuando tuve la edad y la fuerza suficientes, volví al pueblo donde nací, donde fui arrancado de sus brazos, y me enteré de que ella estaba muerta. Y no había nadie con quien pudiera luchar para cambiar eso. Se negaron a decirme dónde la enterraron. Una de las hembras insinuó que la habían arrojado por un acantilado.

El horror y algo parecido al dolor la atravesaron.

Los ojos de él brillaron con una luz fría.

—Así que los destruí. A aquellos que no eran responsables (niños, algunas hembras y algunos ancianos) les permití irse. Pero a todos los que tuvieron algo que ver con su sufrimiento… los hice sufrir a su vez. Rhys y Azriel me

ayudaron. Encontré al hijo de puta que me engendró y dejé que mis hermanos lo destrozaran antes de acabar con él.

Las palabras flotaban entre ellos.

—Me llevó diez años —dijo él con suave furia— antes de poder enfrentarme a todo eso. Lo que les hice a esa gente y lo que perdí. Diez años. —Estaba temblando, pero no de miedo—. De modo que si quieres tomarte diez años para enfrentarte a lo que sea que te esté carcomiendo viva desde dentro hacia fuera, adelante. Si quieres tomarte veinte años, adelante.

Se hizo el silencio, interrumpido solo por sus resuellos desiguales.

Nesta suspiró.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste?

—No. —Esa honestidad inquebrantable. La misma honestidad con que en ese momento la evaluaba, señalando cada parte rugiente y afilada de ella.

Nesta bajó la cabeza, como si eso le impidiera a él verlo todo.

Unos dedos cálidos y fuertes le tomaron la barbilla y los callos le rasparon la piel.

Dejó que le levantara la cabeza. No se había dado cuenta de que él se había acercado más. Que solo los separaban unos centímetros. A menos que hubiera sido ella la que se había aproximado a él, atraída por esas brutales palabras.

Cassian mantuvo su barbilla sostenida con suavidad.

—Puedes arrojar sobre mí lo que quieras, puedo soportarlo. No me voy a romper. —No había ningún desafío en esas palabras. Solo una súplica.

—No lo entiendes —insistió ella con voz ronca—. No soy como tú y los demás.

—Eso nunca me ha molestado lo más mínimo. —Apartó la mano de su barbilla.

Ella se irguió.

—Debería molestarte.

—Lo dices como si quisieras que me molestara.

—A todo el mundo le molesta. Incluso al tan especial Rhysand.

A él le brillaron los dientes y desapareció toda apariencia de suavidad.

—Te lo dije una vez, y lo diré de nuevo: no adoptes ese maldito tono sarcástico cuando hables de él.

—Él no es mi alto lord. Puedo hablar de él como me dé la gana. —Ella se movió como para alejarse, pero él la agarró de la muñeca, y la mantuvo en su lugar—. Suéltame.

—Oblígame. Usa ese entrenamiento y oblígame.

El enfado creció.

—Eres un bastardo arrogante.

—Y tú eres una bruja altiva. Estamos iguales.

Ella gruñó.

—Suéltame.

Cassian resopló, pero obedeció y miró a otro lado mientras retrocedía un paso. Y apareció la luz de la victoria en sus ojos, la clara sensación de creer que de alguna manera la había puesto nerviosa y de haber ganado esta pelea que hizo que ella le agarrara la parte delantera de su chaqueta de cuero.

Nesta se dijo a sí misma que era para quitarle esa sonrisa del rostro el motivo por el que ella había enroscado los dedos en el cuero y había acercado su boca a la de él.

Capítulo 19

Por un instante, solo existió la tibieza de la boca de Cassian, la presión de su cuerpo, la rigidez en cada uno de sus músculos temblorosos cuando Nesta puso sus labios sobre los de él, y se empinó sobre los dedos de los pies.

Ella lo besó con los ojos abiertos, para poder ver con precisión cómo los de él se abrían de par en par.

Nesta se apartó un momento después y vio que los ojos de él aún seguían muy abiertos, y tenía la respiración entrecortada.

Ella se rio suavemente mientras trataba de desenganchar los dedos de su chaqueta para luego alejarse por el pasillo.

Solo llegó a bajar la mano derecha antes de que él se inclinara para devolverle el beso.

La fuerza de ese beso los empujó hacia la pared. La piedra golpeó en los hombros de ella mientras todo el cuerpo de él se alineaba contra el de ella, con una mano acariciándole el cabello mientras la otra le agarraba la cadera.

En el momento en que Nesta chocó contra esa pared, en el momento en que Cassian la envolvió, se destruyó cualquier ilusión de moderación. Ella abrió la boca y él metió la lengua en un beso castigador y salvaje.

Y el sabor de él, como viento besado por la nieve y brasas crepitantes…

Ella gimió, sin poder evitarlo.

Pareció que ese sonido fue la perdición de él, pues los dedos en el pelo de ella le llegaron hasta el cuero cabelludo para inclinarle la cabeza y poder saborearla mejor, para poder apoderarse de ella.

Y las manos de ella le recorrían el pecho musculoso, desesperadas por encontrar su piel, algo para tocar mientras sus lenguas se encontraban y se

separaban, mientras él le lamía el paladar, mientras deslizaba su lengua sobre los dientes de ella.

Ella lo siguió caricia a caricia, y todo sentido de sí misma la abandonó. Hundió los dedos en su pelo, y resultó tan suave como lo había imaginado; sus mechones eran como seda sobre su piel.

Todo pensamiento de odio desapareció de su mente. Se entregó a la distracción, la recibió con los brazos abiertos, dejó que sus besos la quemaran del todo. Solo existían su boca, su lengua y sus dientes, lamiendo, saboreando y mordiendo; solo existía la fuerza de su cuerpo que presionaba contra el de ella, pero no lo suficientemente cerca…

Él deslizó sus manos alrededor de ella para agarrarle el trasero y levantarla en el aire. Ella envolvió las piernas alrededor de su cintura y gimió de nuevo cuando él se apretó entre sus muslos.

Ella necesitaba este respiro momentáneo lejos de su mente, de esa cosa que ardía profundamente dentro de ella, de los recuerdos que la acosaban. Necesitaba esto. Lo necesitaba a él.

Cassian entró en ella y gimió sobre su boca con el primer empujón de sus caderas. Ella arqueó la espalda ante ese sonido del fondo de su garganta, y le ofreció el cuello desnudo. Él lo agarró y apartó su boca de la boca de ella.

La lengua de él siguió una línea a lo largo de la columna del cuello de ella, arrastrando calor a su paso, y llegó a ese punto justo debajo de la oreja que la hizo contraerse, la hizo lloriquear. Él dejó escapar una carcajada sobre su piel.

—¿Así? —murmuró él y volvió a lamerla.

Le dolían los pechos y se apretó contra él, buscando cualquier contacto con aquel torso, cualquier roce. Pero Cassian hundió el rostro contra el cuello de ella, apretando ligeramente los dientes sobre su pulso palpitante. Un leve dolor la hizo jadear; el roce de su lengua sobre el lugar hacía que los ojos de ella enloquecieran dentro de su cabeza.

Pero él apartó la cabeza de su cuello. Y Nesta nunca se había sentido tan desnuda como cuando él apretó las caderas sobre ella de nuevo y la vio retorcerse.

Una oscura sonrisa adornó la boca de Cassian.

—Tan receptiva —ronroneó él con una voz que ella nunca había escuchado, pero sabía que se arrastraría para escucharla de nuevo. Empujó sus caderas entre las de ella, un empujón perezoso y completo de la dureza de él dentro del dolor palpitante de ella, quien se apresuró para recuperar algo de sentido, de control,

de cordura… pero se encontró a sí misma queriendo entregárselo todo, dejar que la tocara, la tocara y la tocara, la lamiera y la succionara y la llenara…

Sus lenguas se enredaron, sus cuerpos se apretaron con tanta fuerza que ella podía sentir el latido de su corazón contra su pecho. Él la saboreó a fondo, se retiró y la saboreó de nuevo. Como si estuviera conociendo cada lugar de su boca.

Ella tenía que sentir la piel de él. Tenía que sentir la dureza de él empujándola con sus manos, su boca, su cuerpo. Ella se volvería loca si no lo hacía, se volvería loca si no podía quitarse esas ropas, enloquecería si él dejaba de besarla…

Nesta metió la mano entre sus cuerpos, buscándolo. Cassian gimió de nuevo, un gemido largo y bajo, mientras ella ahuecaba la mano sobre el cuero de sus pantalones. Se quedó sin aliento. El gran tamaño de él…

La boca se le hizo agua. Le dolía todo. Estaba tan mojada que cada puntada de la costura en el centro de sus pantalones era una tortura.

El beso de él se hizo más profundo, más salvaje, y ella luchó con los cordones y botones de los pantalones de él. Había tantos que no sabía dónde encontrarlos para desabrocharlos, sus dedos rasgando en cada lazo, casi arañando para liberarlo.

El jadeo de Cassian acariciaba su piel mientras le mordía el labio inferior, la oreja, la mandíbula. Su propia respiración entrecortada hacía eco, el fuego rugía en su sangre, y él se apoderó de su boca otra vez, gimiendo en ella mientras ella renunciaba a los cordones y los botones y apoyó la mano abierta sobre él. Él se arqueó cuando ella frotó la palma de su mano a todo lo largo, maravillándose en cada centímetro.

Él apartó su boca de la de ella.

—Si sigues haciendo eso, voy a…

Nesta lo hizo de nuevo, arrastrando la palma de su mano hacia arriba, hacia la punta, apretada contra la parte baja de su abdomen. Las caderas de él se arquearon hacia ella, y echó la cabeza hacia atrás, dejando a la vista la fuerte columna de su garganta. Ella percibió la forma de él a través de sus pantalones y apretó la mano con más fuerza, moviéndola. Él apretó los dientes, su pecho se agitaba como un fuelle, y verlo a él perdiendo el control la hizo inclinarse hacia delante. La hizo apretar los dientes sobre su cuello. Mientras lo frotaba de nuevo, más fuerte, con más violencia.

Él siseó. Con el nombre de ella en sus labios, sus caderas se apretaron contra

su mano con una fuerza que hizo que su centro palpitara hasta el punto del dolor, imaginando esa fuerza, ese tamaño y ese calor, metido profundamente en ella. Otro roce de castigo de su palma, un roce de dientes en su cuello, y Cassian estalló.

Sus alas se cerraron con fuerza mientras se corría, su pene se estremecía a través de sus pantalones, resonando a lo largo de la mano de ella mientras lo acariciaba y lo seguía acariciando.

Cuando Cassian se calmó, cuando estuvo temblando… justo entonces Nesta apartó la cara de su cuello. Los ojos color avellana de él estaban tan abiertos que los blancos brillaban a su alrededor. Un rubor teñía sus mejillas doradas, tan tentadoras que ella casi se inclinó hacia delante para lamerlas también.

Pero él permaneció boquiabierto. Como si se hubiera dado cuenta de lo que había hecho y lo lamentara.

Todo resto de deseo, de bendita distracción dentro de ella se desvaneció.

Nesta le dio un empujón en el pecho e inmediatamente él la soltó, casi dejándola caer al suelo mientras sus cuerpos se separaban.

Ella no esperó a escuchar las palabras de pesar de él, diciendo que aquello había sido un error. No iba a permitir que él tuviera ese poder sobre ella. Entonces Nesta curvó sus labios en una sonrisa fría y cruel.

—Alguien sabe cómo responder con rapidez —le dijo mientras se retiraba.

Cassian no pudo mirar a Azriel a la cara durante el desayuno a la mañana siguiente.

Su hermano había regresado tarde la noche anterior y se negaba a decir nada sobre lo que había descubierto sobre Briallyn, y solo insistió en que ese mismo día se encontraran en la casa del río para enterarse todos juntos. A Cassian no le había importado. Apenas había escuchado a Azriel preguntar por el entrenamiento.

Se había corrido en los pantalones después de algunos toques de Nesta, mojándose como si no hubiera aprendido nada desde que era joven.

Pero en el momento en que ella lo besó en el pasillo, perdió toda apariencia de cordura. Se convirtió en algo parecido a un animal, lamiendo y mordiéndole el cuello, incapaz de pensar con claridad más allá del instinto básico de posesión.

El sabor de Nesta había sido como fuego y acero y un amanecer invernal. Y eso que solo había probado su boca, su cuello. Si metiera la lengua entre sus piernas… Se movió en su asiento.

—¿Sucedió algo que yo, como tu acompañante, debería saber? —La seca pregunta de Azriel sacó a Cassian de su creciente excitación. Por la diversión en el rostro de su hermano, sabía que Az no solo podía percibir esa excitación, sino también verla en su rostro.

—No —refunfuñó Cassian. Nunca se iba a librar de él si admitía lo que había hecho.

Él había llegado, pero Nesta, no. Él nunca habría permitido que tal cosa sucediera.

Pero había alcanzado tal nivel de excitación que terminó viendo las estrellas, y solo entonces se dio cuenta de que ella no lo había hecho. Que él debía avergonzarse, que la había dejado insatisfecha, y si esa fuera la única oportunidad de estar con ella, la había desperdiciado de manera monumental, infernal.

Y además estaban sus palabras de despedida, que hicieron saltar en pedazos lo que quedaba de su orgullo.

«Alguien sabe cómo responder con rapidez», había ronroneado ella, como si lo que habían hecho no hubiera significado nada.

Sabía que era mentira. Había sentido su frenética necesidad, había escuchado sus gemidos y quería devorarlos enteros. Pero ese atisbo de duda echó raíces.

Tenía que superarlo, de alguna manera. Tenía que volver a tomar la delantera.

Azriel se aclaró la garganta y Cassian parpadeó.

—¿Qué?

—Acabo de preguntar si estáis listos para ir a la casa del río.

—¿Los dos? —Parpadeó a través de su nube de excitación.

Azriel se rio entre dientes, las sombras se escabulleron.

—¿Escuchaste algo de lo que te dije anoche?

—No.

—Al menos eres honesto. —Azriel sonrió—. Tú y Nesta debéis ir allí.

—¿Por el asunto con Elain?

Azriel se quedó quieto.

—¿Qué le pasó a Elain?

Cassian agitó una mano.

—Una pelea con Nesta. No lo menciones —le advirtió cuando los ojos de Azriel se oscurecieron. Cassian dejó escapar un suspiro—. Me temo que ese no es el tema de la reunión, entonces.

—Se trata de lo que he descubierto. Rhys dijo que os quiere a los dos allí.

—Entonces es malo. —Cassian observó las sombras reunidas alrededor de Az—. ¿Estás bien?

Su hermano asintió.

—Bien. —Pero las sombras todavía lo rodeaban.

Cassian sabía que era mentira, pero no insistió. Az iba a hablar cuando estuviera listo, y Cassian tendría más éxito convenciendo a una montaña de que se moviera que intentando que Az se abriera.

—Está bien —dijo en cambio—. Nos veremos allí.

Capítulo 20

Nesta apenas podía soportar estar cerca de Cassian mientras volaban sobre Velaris. Cada mirada, cada olor de él, cada toque mientras la llevaba a la casa del río le raspaba la piel, amenazando con llevarla de nuevo a la noche anterior.

Afortunadamente, Cassian no le habló. Apenas si la miró. Y para cuando apareció la extensa mansión junto al río, se había olvidado de sentirse molesta por su silencio. Dos semanas en la Casa y la ciudad repentinamente le pareció grande, demasiado ruidosa, demasiado llena de gente.

—Esta reunión será rápida —prometió Cassian mientras aterrizaban en el espacio de césped delantero, como si hubiera leído la tensión en su cuerpo.

Nesta no dijo nada, incapaz de hablar con el estómago revuelto.

¿Quién estaría allí? ¿A cuál de ellos tendría que enfrentarse para soportar la evaluación de su supuesto progreso? Probablemente todos habían oído hablar de su pelea con Elain…, por los dioses.

¿Estaría Elain presente?

Siguió a Cassian para entrar en la hermosa casa. Apenas notó la mesa redonda en el centro de la entrada, coronada con un enorme jarrón lleno de flores recién cortadas. Apenas notó el silencio de la casa, ni un sirviente a la vista.

Cassian se detuvo ante la pintura de un paisaje. Era una enorme y estéril montaña, carente de vida, pero de alguna manera vibrante de presencias. Nieve y pinos coronaban los picos más pequeños a su alrededor, pero esta extraña y desierta montaña… Solo una piedra negra sobresalía de la cima. Un monolito, distinguió Nesta al acercarse.

—No sabía —murmuró Cassian— que Feyre había hecho una pintura de Ramiel.

La montaña sagrada del Rito de Sangre. Además, tres estrellas brillaban débilmente en los cielos crepusculares sobre la cima. Era una imagen realista y casi perfecta de la insignia de la Corte Noche.

—Me pregunto cuándo la habrá visto —comentó suavemente Cassian con una ligera sonrisa.

Nesta no se molestó en sugerir que Feyre simplemente podría haber echado un vistazo en la mente de Rhysand. Cassian continuó avanzando, conduciéndola por el pasillo sin decir una palabra más.

Ella se armó de valor cuando él se detuvo ante las puertas del estudio, el mismo lugar donde recibió un azote público, y luego abrió una de las puertas.

Rhys y Feyre estaban sentados en el sofá zafiro frente a la ventana. Azriel estaba apoyado contra la repisa de la chimenea. Amren se había acurrucado en un sillón, envuelta en un abrigo de piel gris, como si el frío en el aire de ese día fuera una ráfaga de invierno. No estaba Elain, tampoco Morrigan.

La mirada de Feyre era cautelosa. Fría. Pero se entibió cuando le sonrió a Cassian, quien se le acercó para besarla en la mejilla… o más bien eso intentó.

—¿De verdad? —le dijo a Rhys—. ¿Está protegida incluso aquí?

Rhys estiró sus largas piernas y cruzó un tobillo sobre el otro.

—Incluso aquí.

Cassian puso los ojos en blanco y se dejó caer en el sillón junto a Amren, examinando su abrigo de piel.

—Hoy apenas hace frío —señaló.

Los dientes de Amren brillaron.

—Sigue hablando así y será tu piel la que usaré mañana.

Nesta podría haber sonreído si Amren no se hubiera vuelto hacia ella.

La tensión, espesa y dolorosa, los cubría a todos. Nesta se negó a apartar la mirada.

Los labios rojos de Amren se curvaron. Su melena negra resplandecía.

Feyre se aclaró la garganta.

—Está bien, Az. Veamos de qué se trata.

Azriel plegó sus alas y las sombras le dieron vueltas alrededor de los tobillos y del cuello.

—La reina Briallyn ha estado más ocupada de lo que pensábamos, pero no de la manera que esperábamos.

A Nesta se le heló la sangre. La reina había saltado al Caldero por su propia voluntad, desesperada por volverse joven e inmortal. Y emergió como una

anciana marchita… e inmortal. Condenada a ser vieja y encorvada para siempre.

—Durante la semana en que la estuve observando —prosiguió Azriel— yo… me enteré de cuáles serán sus próximos pasos. —La forma en que vaciló antes de decir «me enteré» era muy elocuente: había torturado a alguien. A muchos.

Nesta miró sus manos llenas de cicatrices, y Azriel las escondió tras la espalda, como si se hubiera dado cuenta de su mirada.

—Continúa —espetó Amren, removiéndose en su asiento.

—Las otras reinas se apartaron de Briallyn hace varias semanas, como dijo Eris. Ella sola está sentada en la sala del trono de su palacio compartido. Y lo que Eris reveló sobre Beron también era cierto: el alto lord visitó a Briallyn en el continente y comprometió sus fuerzas a la causa de ella. —Un músculo se tensó en la mandíbula de Azriel—. Pero la preparación de los ejércitos de Briallyn, la alianza con Beron, son solo la fuerza auxiliar de lo que ha planeado. —Sacudió la cabeza, y las sombras se movieron sobre sus alas—. Briallyn desea encontrar de nuevo al Caldero. Para recuperar su juventud.

—Nunca llegará al Caldero —afirmó Amren, moviendo una mano reluciente de anillos—. Nadie salvo nosotros, Miryam y Drakon sabemos dónde está oculto. Incluso si Briallyn descubriera su ubicación, hay suficientes protecciones y hechizos que nadie podría jamás atravesarlos.

—Briallyn lo sabe —informó Azriel con gravedad. El estómago de Nesta se retorció. Azriel movió la cabeza mirando a Cassian—. Lo que Vassa sospechaba es cierto. El lord de la muerte Koschei permanece atrapado en su lago, pero el viento conduce sus palabras hasta Briallyn. Es un anciano, la profundidad de sus conocimientos es insondable. Empujó a Briallyn hacia el Tesoro del Miedo, no por ella, sino para sus propios fines. Quiere usarlo para liberarse él mismo de su lago. Y Briallyn no es la marioneta que creíamos que era… Ella y Koschei son aliados. —Y añadió dirigiéndose a Cassian—: Debes preguntarle a Eris si Beron sabe algo sobre esto. Y sobre el Tesoro.

Cassian asintió en medio del silencio que se produjo. Nesta se encontró haciendo una pregunta.

—¿Qué es el Tesoro del Miedo?

Los ojos de Amren brillaron con un remanente de su poder.

—Muchos objetos de poder fueron hechos por el Caldero, hace mucho tiempo; forjó armas de inigualable poderío. La mayoría se perdieron en la historia y la guerra, y cuando entré en la Prisión, solo quedaban tres. En ese

momento, algunos afirmaban que había cuatro, o que la cuarta había sido deshecha, pero las leyendas de hoy solo hablan de tres.

—La Máscara —murmuró Rhys—, el Arpa y la Corona.

Nesta tuvo la sensación de que ninguna de ellas era buena.

Feyre miró a su pareja con el ceño fruncido.

—¿Son diferentes de los objetos de poder en la Ciudad Tallada? ¿Qué pueden hacer?

Nesta había hecho todo lo posible por olvidar aquella noche en que ella y Amren habían tratado de poner a prueba su supuesto don contra el tesoro dentro de las impías catacumbas. Los objetos estaban aprisionados a medias en la piedra misma: cuchillos, collares, orbes, libros, todos brillando con poder. Ninguno era agradable. Para que el Tesoro del Miedo fuera peor de lo que ella había presenciado…

—La Máscara puede resucitar a los muertos —respondió Amren por Rhys—. Es una máscara mortuoria, moldeada a partir del rostro de un rey olvidado hace mucho tiempo. Te la pones y puedes convocar a los muertos para que te obedezcan y ordenarles que actúen según tu voluntad. El Arpa puede abrir cualquier puerta, física o de otro tipo. Algunos dicen que entre mundos diferentes. Y la Corona… —Amren sacudió la cabeza—. La Corona puede ejercer poder sobre cualquiera, incluso puede atravesar los más poderosos escudos mentales. Su único defecto es que requiere una estrecha proximidad física para hundir inicialmente sus garras en la mente de la víctima. Pero si te pones la Corona puedes hacer que tus enemigos obedezcan tus órdenes. Puede hacer que un padre mate a su hijo, consciente del horror, pero incapaz de detenerse.

—¿Y estas cosas se perdieron? —quiso saber Nesta.

Rhys frunció el ceño.

—Aquellos que las poseían se volvieron descuidados. Se perdieron en guerras antiguas, o por traición, o simplemente porque fueron extraviadas y olvidadas.

—¿Qué tiene que ver con el Caldero? —insistió Nesta.

—Lo igual llama a lo igual —murmuró Feyre, mirando a Amren, que asintió —. Dado que el Tesoro fue hecho por el Caldero, entonces el Tesoro busca a su Creador. —Ella inclinó la cabeza—. Pero Briallyn también fue hecha por el Caldero. ¿No puede rastrearlo ella misma?

Amren tamborileó con los dedos en el brazo de su asiento.

—El Caldero envejeció a Briallyn para castigarla —respondió, mirando a Nesta—. O para castigarte a ti, supongo. —Nesta mantuvo su rostro cuidadosamente inexpresivo. Amren prosiguió—: Pero creo que le quitaste algo cuando adquiriste tu poder, niña.

Feyre miró en dirección a Nesta. Su voz era suave cuando hizo la pregunta.

—¿Qué sucedió exactamente en el Caldero?

Cada imagen, cada pensamiento y cada sentimiento caían como bombas sobre Nesta. La asfixiaban, tal como ella tuvo que sofocar el creciente poder en ella ante la pregunta de su hermana. Nadie habló. Todos se quedaron mirando.

Cassian se aclaró la garganta.

—¿Eso importa? —Todos lo miraron y Nesta casi se hundió aliviada por dejar de ser el foco de atención. Incluso mientras algo se encendía en su pecho con las palabras de él. Su defensa.

—Nos ayudaría a comprender mejor —respondió Feyre.

—Podemos discutirlo más tarde… —empezó Cassian, pero Nesta se irguió.

—Yo… —Todos se detuvieron. Se volvieron hacia ella. A Nesta se le secó la boca. Tragó saliva, rezando para que no vieran el temblor de sus manos cuando las metía debajo de los muslos. Sus pensamientos la invadían, cada recuerdo gritaba, y no sabía por dónde empezar, cómo explicarlo…

«Respira». Eso serenaba su mente cuando Cassian la guiaba en sus ejercicios. Así que se permitió inhalar… luego exhalar lentamente. Otra vez. Una tercera vez.

Y en el silencio, Nesta habló.

—No era consciente de lo que cogía. Solo sabía que estaba cogiendo cosas que el Caldero no quería que yo tuviera. Me pareció apropiado, dado lo que me estaba haciendo.

Ahí está. Eso era todo lo que podía decir, lo que iba a decir.

Feyre asintió. Sus ojos brillaban.

—Así que es muy posible que el Caldero no pudiera infundir en Briallyn la habilidad de rastrearlo —le dijo Feyre a Amren—. Lo único que pudo hacer fue darle a Briallyn la capacidad de rastrear todo lo que él hizo, una lamentable sombra del don original.

Los demás asintieron, y Nesta se atrevió a mirar a Cassian, quien le dedicó una suave sonrisa. Como si al decir las pocas palabras que logró pronunciar, ella de alguna manera hubiera hecho algo… valioso. Ella tensó su pecho.

¿Había hecho tantas cosas indignas que su escasa contribución merecía

tantos elogios?

Nesta se obligó a ignorar ese pensamiento nauseabundo mientras Amren continuaba.

—Si uno reuniera los tres objetos, podría usar la potencia combinada de su esencia para rastrear el Caldero, esté donde esté.

—Por no hablar de poseer tres objetos de terrible poder —agregó Azriel sombríamente—. Capaz de otorgarle incluso a un ejército humano una ventaja contra los fae.

—Resucita a los muertos —reflexionó Cassian, su rostro se tensó, todo rastro de aquella sonrisa de aprobación desapareció— y tendrás una fuerza imparable, capaz de marchar sin descanso ni comida. Abre cualquier puerta y podrás llevar a ese ejército de muertos a donde quisieras. Y con una influencia sin límite, podrías hacer que cualquier territorio enemigo y su gente se inclinaran ante ti.

El silencio volvió a llenar la habitación. El corazón de Nesta latía con fuerza.

—¿Y lo único que Koschei quiere es salir libre de su lago? —le preguntó Rhys a Azriel.

Pero la respuesta vino de Amren.

—Nadie conoce realmente el alcance completo de los poderes del Tesoro. Más allá de liberarlo de ese lago, Koschei puede muy bien saber algo sobre el Tesoro que nosotros ignoramos… algún poder superior que se manifiesta cuando las tres cosas están juntas.

Rhys miró a Azriel, quien asintió moviendo sombríamente la cabeza.

—¿Qué es un lord de la muerte? —preguntó Nesta en medio del silencio.

Sus miradas la golpearon como piedras. Cassian respondió, tocándose la cicatriz en el costado de su cuello.

—Ya te hablé de Lanthys…, de la herida que me produjo. Él es literalmente inmortal. Nada puede matarlo. A Koschei tampoco. Él es el amo de su propia muerte. —Bajó la mano apartándola de la horrible cicatriz. El brillo en sus ojos sugería que sus pensamientos se habían vuelto hacia sus propios poderes. Ella ignoró esa cosa que se retorcía dentro de ella en respuesta y confirmación, un fuego frío que le lamía la columna vertebral. Afortunadamente, Cassian prosiguió—: Ellos son lores de la muerte.

Las palabras flotaron en el aire. Rhys maldijo.

—Me había olvidado de Lanthys.

Cassian le lanzó una mirada seca, tocándose de nuevo esa cicatriz.

—Yo no.

Para horror de Nesta, Amren se estremeció. Amren, precisamente.

Feyre se aclaró la garganta.

—Así que están tratando de encontrar el Tesoro del Miedo para localizar el Caldero para Briallyn, y probablemente liberar a Koschei en el proceso. E iniciar una guerra, con Beron como aliado, lo cual les haría ganar cualesquiera territorios que deseen. O darle algo a Koschei, según el trato que haga con Briallyn… probablemente uno que lo beneficie.

—Una vez más, Briallyn es muy consciente de la insidiosa influencia de Koschei —confirmó Azriel—. Está moviendo todos los hilos para lograr sus propios fines.

—De modo que los tenemos a ellos en un frente —resumió Cassian—, y Beron aquí, listo y ansioso por entrar en guerra con Briallyn para poder expandir su propio territorio una vez que se termine la carnicería.

La cabeza de Nesta daba vueltas. No tenía ni idea de que nada de esto estuviera ocurriendo. Había captado algunas pistas, pero nada que la hubiera puesto en conocimiento del peligro al que se enfrentaban. Estar al borde de semejante desastre de nuevo… Se removió en su asiento.

—¿Briallyn aún no ha encontrado el Tesoro del Miedo? —le preguntó Feyre a Azriel.

Azriel negó con la cabeza.

—No que yo sepa. La última vez que se supo algo del Tesoro del Miedo se decía que estaba aquí, en Prythian. Eso es lo único que Koschei sabe, aparentemente. Tenemos eso de nuestro lado al menos. Briallyn no se arriesgará a venir por aquí… no todavía. Incluso con Beron como aliado. Y Koschei está atado a su lago. Pero están preparando a Briallyn para ello, reuniendo a los más grandes espías y guerreros de su reino. Ya había una gran cantidad de ellos en el palacio de las reinas. Por qué Briallyn y Koschei se llevaron a los soldados de Eris es algo que todavía no he descubierto. —Señaló a Cassian—. Tienes que reunirte con Eris.

Cassian asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo haré. Pero tendremos que reforzar las fronteras. Advertir a las cortes. Hablarles del plan de Beron. A la mierda con la discreción.

—Expondríamos a Eris al hacer eso —replicó Rhys—. Y perderíamos a un valioso aliado —añadió cuando Cassian movió los ojos en señal de desagrado—. Eris es una serpiente, pero es útil. Sus motivos pueden ser egoístas y sedientos de poder, pero él puede ofrecernos mucho. —Frunció el ceño y dijo con cuidado

—: Estoy de acuerdo con Az. Quiero que pongas al día a Eris sobre esto, como prometiste.

—Bien —coincidió Cassian—. Pero ¿qué hay de advertir a las cortes sobre el Tesoro?

—No —dijo Rhys—. Solo correríamos el riesgo de que una de ellas fuera en su busca. Beron enviaría a todos sus guerreros y espías para encontrarlo primero. Que no lo haya hecho ya sugiere que no sabe nada sobre el Tesoro, pero necesitamos que Eris lo confirme.

—¿Por qué no buscamos nosotros mismos el Tesoro cuando estuvimos buscando el Caldero? —quiso saber Feyre.

—Era más fácil encontrar el Libro —intervino Amren—. Y ya han pasado diez mil años desde que alguien usó el Tesoro. Supuse que todo estaba en el fondo de un océano.

—Pues lo encontraremos —aseguró Cassian—. ¿Alguna idea?

—Por lo general, los objetos hechos no desean ser encontrados por cualquiera —advirtió Amren—. Que hayan desaparecido de la memoria, que ni siquiera yo haya pensado en ellos inmediatamente en la lucha contra Hybern, sugiere que tal vez ellos quisieron que fuera así. Querían permanecer ocultos. Las cosas con verdadero poder tienen esos dones.

—Dices eso como si los objetos tuvieran conciencia de sí mismos —intervino Cassian.

—La tienen —aseguró Amren, con tormentas moviéndose en sus ojos—. Fueron hechos en una época en que la magia salvaje todavía deambulaba por la tierra, y los fae no eran los amos de todo. Los objetos hechos en ese entonces tendían a obtener conciencia de sí mismos y sus deseos. —La cara de Amren se nubló con recuerdos, y un escalofrío recorrió la espalda de Nesta.

—Así como yo puedo alterar una mente para que olvide —reflexionó Rhys —, tal vez ellos tengan un don similar.

—Pero Briallyn fue hecha —observó Amren. A Nesta se le secó la boca—. Cuando Briallyn fue hecha, probablemente le fue quitado el encanto, a falta de un término mejor, del Tesoro del Miedo. Y fue reconocida como una igual. Si bien alguna vez ella pudo saber de alguna mención de los elementos, sin volver a pensar en ellos, en ese momento le resultaban importantes. O tal vez la convocaron, o se le presentaron en un sueño.

Todos ellos, todos a la vez, miraron a Nesta.

—Tú —dijo Amren en voz baja— eres igual. Elain también.

Nesta se puso tensa.

—Si todos esos objetos os están hechizando para que olvidéis, ¿cómo es que Azriel pudo recordar y traer aquí esa información?

—Quizá una vez que uno se entera de ello, y lo reconoce, el hechizo se rompe —sugirió Amren—. O quizá el Tesoro del Miedo quiere que lo sepamos ahora, por algún motivo propio y oscuro.

A Nesta se le erizó el vello de los brazos.

Cassian se removió en su asiento.

—Entonces vamos a rastrear el Tesoro del Miedo… ¿cómo?

Elain habló desde la puerta. Había aparecido tan silenciosamente que todos se dieron la vuelta en dirección a ella.

—Usándome.

Capítulo 21

La cabeza de Nesta se quedó en silencio cuando las palabras de Elain terminaron de sonar en la habitación. Feyre se retorció en su asiento, con el rostro pálido, alarmado.

Nesta se puso de pie de un salto.

—No.

Elain permaneció en la puerta, su rostro pálido, pero con una dura expresión que Nesta nunca había visto.

—Tú no decides lo que puedo o no puedo hacer, Nesta.

—La última vez que tuvimos algo que ver con el Caldero, él te secuestró —replicó Nesta, luchando contra su temblor. Encontró las palabras, las armas que buscaba—. Creí que ya no tenías poderes.

Elain frunció los labios.

—Yo pensé que tú tampoco los tenías.

Nesta enderezó la espalda. Nadie habló, pero su atención permaneció en ella como una película pegada a su piel.

—No irás a buscarlo.

—Entonces búscalo tú, niña —dijo Amren con frialdad.

Nesta se volvió hacia la pequeña hembra.

—No sé cómo encontrar nada.

—Los iguales llaman a los iguales —replicó Amren—. Fuiste hecha por el Caldero. Entonces puedes rastrear otros objetos hechos por él, como puede hacerlo Briallyn. Y como estás hecha por él, eres inmune a la influencia y al poder del Tesoro. Tú podrías usarlos, sí, pero no pueden ser usados contra ti. —Una mirada a Elain—. Contra ninguna de vosotras.

Nesta tragó saliva.

—No puedo. —Pero dejar que Elain se involucre, arriesgar su seguridad…

—Rastreaste al Caldero… —observó Amren.

—Casi me mata. Me atrapó como a un pájaro en una jaula.

—Entonces lo buscaré yo —intervino Elain—. Podría necesitar algo de tiempo para… volver a familiarizarme con mis poderes, pero podría empezar hoy.

—Absolutamente no —espetó Nesta, apretando los dedos a los lados—. Absolutamente no.

—¿Por qué? —quiso saber Elain—. ¿Debo cuidar de mi pequeño jardín para siempre? —Cuando Nesta se estremeció, Elain dijo—: No puedes sentirte mal por mi decisión de llevar una vida humilde y tranquila, y al mismo tiempo negarte a dejarme hacer algo más grande.

—Entonces entrégate a las aventuras —reaccionó Nesta—. Vete a beber y a hacer el amor con extraños. Pero mantente alejada del Caldero.

—Eso es decisión de Elain, Nesta —intervino Feyre.

Nesta se volvió hacia ella, ignorando el parpadeo de advertencia de la ira primitiva en la mirada de Rhys.

—Mantente fuera de esto —le dijo entre dientes a su hermana menor—. No tengo ninguna duda de que introdujiste estos pensamientos en su cabeza, probablemente alentándola a arrojarse al peligro…

Elain la interrumpió bruscamente.

—No soy una niña por la que hay que pelear.

Nesta sentía palpitaciones por todo el cuerpo.

—¿Recuerdas la guerra? ¿A lo que nos enfrentamos? ¿No recuerdas que el Caldero te secuestró y te llevó al corazón del campamento de Hybern?

—Sí —respondió Elain con frialdad—. Y recuerdo que Feyre me rescató.

Un rugido estalló en la cabeza de Nesta.

Por un instante, pareció que Elain podría decir algo para suavizar las palabras. Pero Nesta la interrumpió, enfurecida.

—Mira quién ha decidido dejarse crecer las garras después de todo —canturreó—. Quizá por fin te vuelvas interesante, Elain.

Nesta vio cómo el golpe alcanzó, como un impacto físico, el rostro de Elain, en su posición corporal. Nadie habló, aunque las sombras se reunieron en los rincones de la habitación, como serpientes que se preparan para atacar.

Los ojos de Elain se iluminaron de dolor. Algo implosionó en el pecho de

Nesta ante esa expresión. Abrió la boca, como si pudiera de alguna manera deshacerlo. Pero fue Elain quien habló.

—También acabé en el Caldero, lo sabes. Y me secuestró. Y, sin embargo, de alguna manera lo único en lo que piensas es en lo que mi trauma te ocasionó.

Nesta parpadeó, todo dentro de ella se vació.

Y Elain se volvió sobre sus talones.

—Búscame cuando desees comenzar. —Las puertas se cerraron cuando ella salió.

Cada palabra horrible que Nesta había pronunciado flotaba en el aire, como un eco.

—No fue una decisión fácil para mí —dijo Feyre, con una gentileza irritante — pedirle a Elain que se pusiera en peligro de esa manera.

Nesta se volvió hacia Feyre.

—¿No puedes encontrar el Tesoro? —Odió cada palabra cobarde, odió el miedo en su corazón, odió que, con solo preguntarle, hubiera expuesto su preferencia por Elain—. Tienes toda esa magia, y fuiste hecha por ti misma, aunque no por el Caldero. Entrenaste, eres una guerrera. ¿No puedes encontrarlo?

De nuevo ese silencio. Pero de otro tipo. Como una tormenta a punto de desatarse.

—No —respondió Feyre en voz baja—. No puedo. —Miró a Rhys, quien asintió moviendo la cabeza. Tenía los ojos brillantes.

En ese momento todos miraban a Feyre. Pero la atención de Feyre permanecía fija en Nesta.

—No puedo arriesgarme.

—¿Por qué? —espetó Nesta.

—Porque estoy embarazada.

Se hizo el silencio. Silencio, y luego Cassian dejó escapar un grito de alegría que hizo añicos el tenso silencio. Saltó de su asiento y se abalanzó sobre Rhys.

Cayeron en una maraña de alas y cabello oscuro, y luego Amren felicitó a Feyre, con los ojos llenos de luz.

—Felicitaciones, muchacha.

Azriel se inclinó para darle a Feyre un beso en la cabeza, o a un par de centímetros de ella.

—Sabía que ese estúpido escudo no era solo para practicar algo que Helion te enseñó —estaba diciendo Cassian mientras le daba un beso en la mejilla a

Rhys antes de volverse hacia Feyre y abrazarla. Rhysand aflojó el escudo lo suficiente como para que Cassian pudiera envolverla con sus brazos, sin dejar de reírse.

Y cuando Rhys dejó caer el escudo, el olor de Feyre llenó la habitación.

Era el olor habitual de Feyre, solo… solo que había algo nuevo. Un perfume más pequeño, más suave, como un pimpollo de rosa dentro de él.

Cassian se rio.

—No me extraña que te hayas portado como un bastardo malhumorado, Rhys. Supongo que estamos a punto de conocer un nivel completamente nuevo de sobreprotección.

Feyre lo fulminó con la mirada, luego miró a su pareja.

—Ya hemos hablado de esto. El escudo es un punto intermedio.

Amren mostraba una amplia sonrisa.

—¿Cuál fue su oferta inicial?

Feyre frunció el ceño.

—No apartarse nunca de mí durante los próximos diez meses. —El período de gestación de los fae es más largo, cosa que Nesta había aprendido al estudiar detenidamente los libros en la biblioteca de la Casa sus primeras semanas allí. Un mes más que un embarazo humano.

—¿De cuántos meses estás? —preguntó Azriel, mirando fijamente el abdomen todavía sin cambios de Feyre.

Puso sus dedos sobre él, como si la atención de alguien puesta allí la hiciera querer proteger al bebé.

—Dos meses.

Cassian se volvió hacia Rhys.

—¿Has estado escondiendo esto durante dos meses?

Rhys le dirigió una sonrisa arrogante.

—Pensábamos que a estas alturas ya lo habríais adivinado, para ser honesto.

Cassian se rio de nuevo.

—¿Cómo podríamos adivinar si la tienes envuelta en ese escudo?

—Maldito bastardo, ¿recuerdas?

Cassian sonrió y miró a Azriel.

—Vamos a ser tíos.

Feyre gimió.

—Madre ayuda a este niño.

La sonrisa de Azriel apareció al escuchar eso, y la mirada de Feyre se dirigió

a Nesta.

—Felicidades —le dijo Nesta en voz baja a su hermana.

Porque ella no habría dicho nada, si solo hubiera podido quedarse allí y mirarlos a todos ellos, su alegría y cercanía, como si estuviera mirando a través de una ventana.

Y Feyre se lo agradeció con un intento de sonrisa.

—Gracias. Vas a ser tía, ya lo sabes.

—Que los dioses ayuden a esta criatura, por favor —murmuró Cassian, y Nesta lo fulminó con la mirada.

Se volvió hacia Rhys y Feyre y encontró al primero mirándola con sumo cuidado. Era la personificación misma de la serenidad, con su brazo alrededor de los hombros de su pareja… El brillo en sus ojos era pura amenaza.

Entonces él lo vio. Que no les guardaba rencor ni a Feyre ni al bebé. Alguna parte primordial de ella entendía que Rhys no solo era macho, sino un macho fae, y que él podía eliminar cualquier amenaza que acechara a su pareja y a su hijo. Que lo haría de manera lenta y dolorosa para luego alejarse de su cadáver destrozado sin una pizca de arrepentimiento.

Era supervivencia, tal vez algún nuevo instinto fae en ella, lo que hizo que Nesta inclinara ligeramente la barbilla, dejándole ver que no significaba un peligro, que nunca les haría daño.

La propia barbilla de Rhys bajó, y eso fue todo.

—¿Se lo has dicho a Elain? —le preguntó Nesta a Feyre.

Antes de que Feyre pudiera responder, intervino Azriel.

—¿Y a Mor?

Feyre sonrió.

—Elain fue la única que lo adivinó. Me pilló vomitando dos mañanas seguidas. —Movió la cabeza hacia Azriel—. Creo que te gana en cuanto a mantener secretos.

—Se lo diré a Mor cuando regrese de Vallahan —dijo Rhys—. Dada tu reacción, Cass, no confío en que pueda contener su entusiasmo si se lo digo mientras está allí, aunque no le diga nada a ellos. Y no quiero que un enemigo potencial lo sepa. No todavía.

—¿Varian? —preguntó Amren. Nesta nunca supo la historia de cómo la hembra y el príncipe de Adriata de la Corte Verano se habían relacionado. Supuso que ya nunca lo sabría.

—Todavía no —repitió Rhys, sacudiendo la cabeza—. No hasta que Feyre

esté más avanzada.

Nesta inclinó la cabeza hacia su hermana.

—Entonces ¿no puedes hacer magia mientras estés embarazada?

Feyre hizo una mueca.

—Puedo, pero dado mi inusual conjunto de dones, no estoy segura de cómo podría afectar al bebé. Transportar sí, pero algunos otros poderes, en una etapa tan temprana del embarazo, podrían forzar mi cuerpo de manera peligrosa. —La mano de Rhys se apretó sobre su hombro—. Es un incordio. —Feyre le dio un golpecito a la mano que le agarraba el brazo—. Tanto como un dolor en el culo, como él.

Rhys le guiñó un ojo. Feyre puso los ojos en blanco. Pero luego se dirigió a Nesta.

—Elain va a necesitar tiempo para desempolvar sus poderes y tratar de encontrar el Tesoro. Pero tú, Nesta…, tú podrías adivinar de nuevo.

—Lo más rápido posible —agregó Rhys—. El tiempo no es nuestro aliado.

—¿Tú no estás hecha? —le preguntó Nesta a Amren.

—No como tú —explicó Amren. Le dirigió a Nesta una sonrisa maliciosa—. ¿Tienes miedo?

Nesta ignoró la burla. Hasta la brillante felicidad de Cassian se había desvanecido.

—¿Qué opción tengo? —preguntó Nesta.

Si era entre ella y Elain, no había elección en absoluto. Siempre iría primero si eso significaba mantener a Elain fuera de peligro. Aunque eso lastimara a su hermana más de lo que podía soportar.

—Tienes una opción —intervino Rhys con firmeza—. Siempre tendrás una opción aquí.

Nesta le lanzó una mirada fría.

—Lo buscaré. —Le miró el abdomen a su hermana, con la mano puesta serenamente sobre él—. Por supuesto que lo voy a buscar.

Cassian quería hablar con Rhys sobre las legiones illyrias, así que Nesta se encontró sola caminando hacia la entrada principal de la casa del río.

Había llegado a la mitad del pasillo cuando Feyre la llamó por su nombre, y Nesta se detuvo, justo frente a la pintura de Ramiel.

La sonrisa de Feyre era vacilante.

—Esperaré contigo hasta que él termine.

«No te molestes», casi dijo Nesta, pero se contuvo. Atravesaron en silencio la entrada principal, con todas esas pinturas y retratos de todos, menos de ella y de su madre, mirándolas.

El silencio se tensó hasta volverse casi insoportable cuando se detuvieron en el enorme vestíbulo. Nesta no pudo pensar en nada que decir, nada que hacer consigo misma.

Hasta que Feyre habló.

—Es un niño.

Nesta volvió la cabeza hacia su hermana.

—¿El bebé?

Feyre sonrió.

—Quería que fueras la primera en saberlo. Le dije a Rhys que esperara hasta que te lo hubiera dicho, pero… —Feyre se rio entre dientes cuando renovados gritos de alegría resonaron al final del pasillo—. Supongo que en este momento se lo está contando a Az y a Cassian.

Pero Nesta necesitaba un respiro para entender la ofrenda de bondad que Feyre mostraba, lo que había revelado…

—¿Cómo es posible que sepas el sexo?

La sonrisa se desvaneció del rostro de Feyre.

—Durante el conflicto con Hybern, el Tallador de Huesos me mostró una visión del niño que iba a tener con Rhys.

—¿Y él cómo lo supo?

—No lo sé —admitió Feyre. Puso de nuevo la mano sobre el vientre—. Pero no me di cuenta de lo mucho que quería un niño hasta que supe que iba a parir uno.

—Probablemente porque tener hermanas fue tan horrible para ti.

Feyre suspiró.

—Eso no es lo que quise decir.

Nesta se encogió de hombros. Feyre podría decir eso, pero el sentimiento sin duda estaba allí. Todo lo que acababa de pasar con Elain…

Feyre pareció sentir la dirección de sus pensamientos.

—Elain tenía razón. Nos hemos concentrado tanto en cómo su trauma nos

afectó a nosotras que olvidamos que fue ella quien lo sufrió.

—Estaba dirigido a mí, no a ti.

—Yo he sido culpable de las mismas cosas, Nesta. —El dolor enturbió los ojos de Feyre—. Fue injusto que Elain dirigiera esa verdad solo a ti.

Nesta no tenía una respuesta a eso, no sabía por dónde empezar.

—¿Por qué no le has dicho primero a Elain el sexo del bebé?

—Ella descubrió el embarazo. Quería que supieras esta parte antes que nadie.

—No me había dado cuenta de que llevabas la cuenta.

Feyre la miró exasperada.

—No llevo ninguna cuenta, Nesta. Yo solo… ¿Necesito una excusa para compartir cosas contigo? Eres mi hermana. Quería contártelo antes que a cualquier otra persona. Nada más.

Nesta tampoco tenía una respuesta para eso. Afortunadamente, la voz de Cassian llenó el pasillo cuando se despedía de Rhys.

—Buena suerte —dijo Feyre en voz baja antes de correr a encontrarse con un jubiloso Cassian, y Nesta supo que su hermana no solo quería referirse al Tesoro del Miedo.

Capítulo 22

—¿Crees que Nesta puede encontrar el Tesoro? —le preguntó Azriel a Cassian mientras se relajaban en el salón que separaba sus dormitorios, con las llamas crepitando en la chimenea delante de ellos. La noche se había puesto bastante fría y necesitaron el fuego, y Cassian, a quien siempre le había gustado el otoño a pesar de los imbéciles en la Corte Otoño, disfrutaba del calor.

—Eso espero —respondió Cassian a regañadientes.

No podía soportar la idea de que Nesta se pusiera en peligro, pero entendía perfectamente sus motivaciones. Si él tuviera que elegir entre exponer a uno de sus hermanos a un peligro o hacerlo él mismo, siempre —siempre— escogería hacerlo él mismo. Aunque había hecho una mueca de dolor ante cada cruel palabra que había salido de la boca de Nesta dirigida a Elain, no podía ignorar el miedo y el amor detrás de su decisión. Solo podía admirar que hubiera dado un paso al frente, si no por el bien del mundo, al menos para mantener a salvo a su hermana.

—Nesta realmente debería adivinar el futuro —dijo Azriel.

Cassian miró al otro lado del espacio entre sus dos sillones. Se habían sentado allí, delante de ese fuego, tantas veces que ya era una regla tácita que el sitio de Azriel era el de la izquierda, más cerca de la ventana, y el de Cassian, el de la derecha, más cerca de la puerta. Un tercer asiento a la izquierda de Azriel, generalmente era para Rhys, y un cuarto, a la derecha de Cassian, siempre para Mor. Un pequeño almohadón con funda de encaje dorado adornaba el cuarto asiento, una marca permanente de su propiedad. Amren, por alguna razón, rara vez se quedaba aquí el tiempo suficiente como para ver esta habitación, por lo que nunca se había reservado un asiento para ella.

—Nesta no está dispuesta a hacer una adivinación —dijo Cassian—. Ni siquiera sabemos cuánto poder le queda.

Pero Elain se lo había confirmado a todos: ambas hermanas aún poseían los poderes obtenidos gracias al Caldero. Aunque no sabía si eran tan poderosos como antes.

—Pero lo sabes —replicó Azriel—. Lo has visto… incluso más allá de cuando brillan sus ojos.

Cassian no le había contado a nadie sobre el escalón que había encontrado con los bien definidos agujeros de dedos quemados en la piedra. Se preguntó si Azriel se había enterado de alguna manera de eso. Tal vez la información le llegó entre los susurros de sus sombras.

—En este momento es impredecible. La última vez que hizo una adivinación, terminó mal. El Caldero la miró. Y luego se llevó a Elain. —Había visto todos los horribles recuerdos que desfilaron ante los ojos de Nesta ese día. Y aunque entendió que Elain había dicho la verdad cuando dijo que el trauma de ese recuerdo era de ella, Cassian conocía de primera mano el horror y el dolor persistentes cuando un ser querido es robado y lastimado.

Azriel se puso tenso.

—Lo sé. Después de todo, yo ayudé a rescatar a Elain.

Az ni siquiera vaciló antes de entrar en el corazón del campo de guerra de Hybern.

Cassian apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón, haciendo crujir sus alas entre los huecos diseñados para acomodarlas.

—Nesta adivinará por su cuenta, eventualmente, si está en condiciones de hacerlo.

—Si Briallyn y Koschei encuentran solo uno de los objetos del Tesoro del Miedo…

—Deja que Nesta lo intente a su manera primero. —Cassian le sostuvo la mirada—. Si vamos y le ordenamos que lo haga, será contraproducente. Deja que agote sus otras opciones hasta que se dé cuenta de que solo una es viable.

Azriel estudió su rostro y luego asintió moviendo la cabeza con solemnidad.

Cassian exhaló un suspiro y observó cómo las llamas saltaban y revoloteaban.

—¡Vamos a ser tíos! —exclamó después de un momento, incapaz de disimular el entusiasmo de su voz.

El rostro de Azriel se llenó de orgullo y alegría.

—Un varón.

No era una garantía que el primogénito de un alto lord fuera su heredero. La magia a veces tardaba en decidirse y, a menudo, saltaba totalmente el orden de nacimiento. A veces, optaba por un primo. Otras veces abandonaba completamente la línea de sangre. O elegía al heredero en el momento mismo del nacimiento, entre los ecos de los primeros llantos del recién nacido. Sin embargo, a Cassian no le importaba si el hijo de Rhys heredaba su inmenso e impresionante poder, o apenas una gota.

A Rhys tampoco le iba a importar. A ninguno de ellos. Ese muchacho ya era amado.

—Estoy feliz por Rhys —dijo Cassian en voz baja.

—Yo también.

Cassian miró a Az.

—¿Crees que alguna vez estarás listo para tener uno? —preguntó, aunque quiso decir: «¿Alguna vez estarás listo para confesarle a Mor lo que tu corazón siente?».

—No lo sé —respondió Azriel.

—¿Quieres tener un hijo?

—No importa lo que yo quiera. —Palabras lejanas, unas que le impidieron a Cassian seguir fisgoneando. Seguía sintiéndose feliz de ser el mediador entre Mor y Azriel, pero había habido un cambio últimamente. En ambos. Mor ya no se sentaba junto a Cassian, envolviéndolo y Azriel… Aquellas miradas anhelantes se habían vuelto escasas y espaciadas. Como si hubiera abandonado la conquista. Después de quinientos años, de alguna manera se había rendido. Cassian no podía imaginar por qué.

—¿Y tú quieres un hijo? —quiso saber Az.

Cassian no pudo detener el destello de ese pensamiento, de él y Nesta contra la pared un nivel más abajo, su mano frotándolo exactamente de la manera en que a él le gustaba, los gemidos de ella como dulce música.

Él la había dejado insatisfecha… ella huyó. Él se había ido al Refugio del Viento después de la reunión más temprano, y no la había visto en la cena. Ni siquiera estaba seguro de qué narices le iba a decir, qué dirección iba a tomar la conversación entre ellos.

Era como el pacto inconcluso escrito en sus espaldas, aquel desequilibrio del placer. Y una cuestión de lo que él podía llamar, sin vergüenza alguna, orgullo masculino. En ese momento, ella tenía ventaja. Se había mostrado tan

condenadamente presumida cuando le dijo: «Alguien sabe cómo responder con rapidez».

Movió la rodilla y fulminó las llamas con la mirada.

—¿Cassian?

Se dio cuenta de que Azriel le había hecho una pregunta. Sí… era sobre los hijos.

—Por supuesto que quiero tener hijos. —Había pensado en ello muchas veces, qué tipo de familia iba a formar para sí mismo, cómo se iba a asegurar de que sus hijos nunca pensaran ni por un instante que no eran amados ni deseados; que nunca, jamás, pasaran un momento de hambre, de miedo, de frío o de dolor.

Pero nunca había aparecido ninguna hembra que lo hubiera tentado lo suficiente como para luchar por ese futuro.

Suponía, en el fondo, que eso era lo que estaba esperando: el vínculo del apareamiento. Lo que había visto entre Feyre y Rhys.

Cassian exhaló otro suspiro y se puso de pie. Azriel levantó una ceja en silencio.

Cassian se dirigió a la puerta. No iba a poder descansar, ni concentrarse, hasta igualar el juego. Al entrar en el pasillo, murmuró sin mirar atrás:

—Haz la vista gorda, carabina.

Acurrucada en la cama, con un libro apoyado en el grueso edredón de plumas, Nesta estaba llegando al primer beso chisporroteante en su última novela cuando alguien golpeó su puerta.

Cerró el libro de golpe y se sentó contra las almohadas.

—¿Sí?

La manija giró y allí estaba él.

Cassian todavía llevaba la ropa de cuero, las capas superpuestas llenas de sombras que lo hacían parecer una gran bestia en movimiento, mientras cerraba la puerta.

Se apoyó contra el roble tallado, sus alas se elevaron por encima de su cabeza como picos de montañas gemelas.

—¿Qué? —Deslizó el libro sobre la mesita de noche, sentándose un poco más arriba. Los ojos de él se fijaron en su camisón de seda sin mangas y luego

regresó rápidamente a su cara—. ¿Qué? —preguntó de nuevo, inclinando la cabeza. Su cabello suelto se deslizó sobre un hombro y vio que él se fijaba en eso también.

La voz de Cassian sonó áspera.

—Nunca te había visto con el pelo suelto.

Siempre lo llevaba trenzado en la cabeza o recogido.

—Es un incordio cuando lo llevo suelto —dijo, frunciendo el ceño, mientras largos mechones caían sobre sus hombros hasta la cintura.

—Es hermoso.

Nesta no pudo evitar tragar saliva al mismo tiempo que levantaba la mirada. Los ojos de él ardían, pero se mantuvo apoyado contra la puerta, con las manos entrelazadas a la espalda. Como si se estuviera refrenando físicamente.

Su olor llegó hasta ella, más oscuro, más intenso que de costumbre. Podía apostar todo el dinero que no tenía que era el olor de su excitación.

Eso le aceleró el pulso, alejándose mucho del camino de la cordura que ella trataba de mantener, pero que se le escapaba. Dejar que él la afectara tan fácilmente, tan enormemente… era algo inaceptable.

No se atrevió a mirar por debajo de su cintura, no mientras en sus labios apareciera una fría sonrisa.

—¿Vienes a por más?

—Estoy aquí para saldar la deuda entre nosotros.

Sus palabras eran guturales. Los dedos de los pies de ella se curvaron bajo la manta.

Pero su voz permaneció sorprendentemente tranquila.

—¿Qué deuda?

—La que tengo contigo por lo de anoche.

Él habló como si no hubiera espacio en él para la burla, para el humor. Sus ojos se desviaron por debajo de su rostro y notó el martilleo de su pulso.

—Tenemos asuntos pendientes.

Trató de encontrar algo para protegerse de él.

—El orgullo masculino es algo maravilloso. —Como él no respondió, puso otro obstáculo en su camino—. ¿Para qué has venido? Dejaste bastante claro que lo de anoche fue un error.

Él se negó a aceptar tal cosa.

—Jamás dije eso. —Su atención siguió fija en el pulso que golpeteaba en ella.

—No era necesario. Lo vi en tus ojos.

La mirada de él se concentró en la de ella.

—El único error fue que acabé antes de poder saborearte.

Nesta sabía que no se refería a su boca. Ni a su piel.

—El único error —prosiguió Cassian— fue que saliste corriendo antes de que yo llegara a ponerme de rodillas.

Se hizo difícil respirar.

—¿No te dirán tus amigos que esto es un error? —Ella hizo un gesto señalando el aire entre ellos.

—Mis amigos no tienen nada que ver con esto. Con lo que quiero de ti.

Lo dijo con tal intención que los pechos de ella se erizaron. Los ojos de él bajaron de nuevo, y cuando vio sus pezones duros contra la seda del camisón…

Todo su ser pareció concentrarse en eso. En ella. Los quinientos años de guerrero entrenado, de depredador superior. Todo eso se concentró en ella.

La sedienta mirada de Cassian la envolvió como una ráfaga de viento, de fuego.

—¿Y el entrenamiento? —preguntó ella apenas respirando.

—Esto no interfiere en el entrenamiento. —Sus ojos se habían puesto completamente oscuros.

La piel de ella se tensó, y se volvió casi dolorosa cuando se derritió palpitante entre las piernas.

—Nesta.

Una nota de súplica había entrado en la voz de él. Estaba temblando… la puerta detrás de él traqueteaba con la fuerza del deterioro de su autocontrol.

Entonces lo miró. Por debajo de la cintura. A eso que se tensaba debajo de sus pantalones.

La cabeza de ella se vació, y solo estaban ellos y el espacio entre ambos.

Cassian dejó escapar un gruñido, que fue también el sonido de una súplica.

—Esto —se obligó ella a decir— no interfiere en el entrenamiento… ni en todo lo demás. Esto es solo sexo.

Algo cambió en la expresión de él, pero lo aceptó.

—Solo sexo.

Seguro que esto era un error, seguro que acabaría pagando las consecuencias. Pero no pudo obligarse a rechazarlo. A negarse a sí misma. Solo por esa noche, se permitió.

Así que Nesta volvió a mirarlo a los ojos, asimiló cada temblor, cada

centímetro contenido.

—Sí —dijo.

Cassian se abalanzó sobre ella, una bestia liberada de su jaula, y ella apenas tuvo tiempo de volverse hacia el borde de la cama antes de que los labios de él estuvieran sobre los de ella, devorándola y poseyéndola.

Un ronroneo profundo vibró desde su pecho hasta los dedos de ella mientras le arrancaba la chaqueta, la camisa, rasgando la tela. Él apartó sus labios de los de ella solo el tiempo suficiente para quitarse la camisa. La tela se enganchó en sus alas antes de caer al suelo. Luego, volvió a acomodarse sobre Nesta, subiéndose a la cama, y ella abrió las piernas, dejando que su cuerpo cayera en la cuna entre los muslos de ella.

No pudo detener su gemido cuando él empujó sus caderas contra las de ella, el cuero de sus pantalones deslizándose. Él hundió la lengua en la boca de ella, el beso era un hierro candente, mientras una mano se deslizaba por su muslo desnudo, apartando el camisón. Cuando llegó a su cadera y sin encontrar ropa interior, susurró. Miró hacia donde apretaba su propia dureza y se dio cuenta de que solo el cuero de sus pantalones lo separaba de aquella humedad.

Ella estaba temblando, y no de miedo, cuando él movió una mano temblorosa y le subió el camisón. Se lo subió hasta el ombligo y entonces la miró fijamente, desnuda y reluciente, apretujada contra el bulto de sus pantalones. El pecho de él jadeaba, y ella esperaba ese toque brutal y exigente, pero él solo se inclinó y le dio un beso en el cuello.

Tierno, persuasivo. Cassian le dio otro en el hombro, y ella se estremeció. Se estremeció más cuando él recorrió con la lengua su cuello. Lo lamió.

Deslizó los tirantes del camisón sobre los brazos de ella. Le besó los huesos en la parte alta del pecho. Con cada beso, le bajaba cada vez más el cuello del camisón. Hasta que su aliento le entibió los pechos desnudos.

Cassian dejó escapar un sonido desde el fondo de la garganta, desde las entrañas. Como una especie de criatura atormentada y hambrienta. Le miró los pechos, y ella no pudo respirar bajo esa mirada ardiente. No pudo respirar cuando la cabeza de él bajó y envolvió con los labios el pezón.

Nesta se arqueó apartándose de la cama, con un leve jadeo.

Cassian simplemente repitió la maniobra en el otro pecho.

Y luego mordisqueó con los dientes sobre aquel pico sensible antes de apretar ligeramente.

Entonces ella gimió e inclinó la cabeza hacia atrás, empujando su pecho

hacia arriba, hacia él en una súplica silenciosa.

Cassian dejó escapar esa risa oscura y regresó al otro pecho para mordisquear, provocar, morder.

Nesta estiró las manos hacia él, entre sus piernas. Ella lo necesitaba… en ese momento. En su mano o en su cuerpo, no le importaba.

Pero Cassian se apartó. Se detuvo y se arrodilló ante ella.

La observó extendida debajo de él. El camisón era un montón de seda alrededor de su cintura, todo lo demás desnudo para él. Su propio festín devorador.

—Tengo una deuda contigo —confesó con esa voz gutural que la hacía retorcerse. Él vio que ella ondulaba las caderas y apoyó sus grandes y poderosas manos en cada muslo. Esperó a que ella le indicara que sabía lo que él pretendía. Lo que había soñado durante tanto tiempo, en las más oscuras horas de la noche.

Y ella habló con un susurro ahogado.

—Sí.

Cassian le dirigió una sonrisa salvaje, puramente masculina. Y luego sus manos agarraron sus muslos desnudos, abriéndolos aún más. Bajó la cabeza y lo único que ella pudo ver fue su cabello, dorado por la luz de las lámparas, y sus exquisitas alas, elevándose por encima de ambos.

Él no perdió el tiempo con toques suaves.

Él la abrió con una mano y arrastró la lengua hasta el centro.

El mundo se fracturó, se volvió a unir y se fracturó de nuevo. Él maldijo la humedad de ella, y bajó la otra mano para acomodarse en sus pantalones.

La lamió de nuevo, deteniéndose sobre el vértice de sus piernas, succionando y mordisqueando con suavidad aquel punto palpitante, antes de retirarse.

Ella se arqueó, y no pudo evitar el gemido que brotó de su garganta.

La lengua de Cassian la recorrió hacia abajo en un movimiento sin prisas, y le puso una mano sobre el abdomen que la inmovilizó mientras deslizaba la lengua directamente al núcleo. Se acurrucó en ella, yendo más adentro de lo que esperaba, y ella ya no pudo pensar, lo único que podía hacer era deleitarse en ello, en él…

—Tu sabor —gruñó él pegado a ella, subiendo de nuevo hacia el manojo de nervios con breves y provocadoras lamidas— es todavía más delicioso de lo que soñé.

Nesta gimió y él sacudió la lengua allí. El lloriqueo de ella se convirtió en un grito, y él se rio sobre ella y sacudió la lengua otra vez.

El final se convirtió en un velo brillante, más allá de su alcance, pero moviéndose cerca.

—Tan húmeda —suspiró, y lamió la entrada, como si estuviera decidido a consumir cada gota de ella—. ¿Siempre estás así de mojada para mí, Nesta?

No le iba a conceder la satisfacción de la verdad. Pero no pudo pensar en una mentira, no con su lengua jugueteando por las zonas más sensibles de su cuerpo, persuadiéndola, pero negándole la presión y la embestida implacable que tanto necesitaba.

Cassian dejó escapar unas risitas, como si supiera la respuesta. La lamió, su sedoso pelo le rozaba el abdomen, y levantó la mirada para encontrarse con la de ella.

Cuando sus ojos se encontraron, él deslizó un dedo dentro de ella.

Ella gritó y él deslizó una mano desde el muslo para mantener sus piernas separadas mientras lamía la zona sensible a la vez que su dedo entraba y salía de ella a un ritmo provocadoramente lento.

Más… ella quería más. Hacía ondular las caderas contra él, con fuerza, la suficiente para hundir su dedo más profundamente.

—Codiciosa —murmuró él sobre ella, y retiró el dedo casi hasta la punta. Solo para agregar un segundo dedo mientras volvía a empujar hacia dentro.

Entonces Nesta se soltó por completo. Dejó que toda cordura y todo orgullo desaparecieran mientras él la llenaba con esos dos dedos. Él siguió lamiendo y mordisqueando su cuerpo, y esa liberación la envolvió como una niebla iridiscente.

Cassian gruñó de nuevo, entregado a cualquier necesidad que lo impulsara y las reverberaciones del sonido resonaron en lugares de ella que nunca antes habían sido tocados. Sus dedos se deslizaban sensualmente dentro y fuera de ella, mientras saboreaba cada parte de su cuerpo.

Nesta le agarró la mano, la cara, apretándose contra él con abandono.

—¡Santo Dios! —exclamó Cassian, apretando los dientes—. Nesta.

El sonido de su nombre en los labios de él contra su zona más sensible hizo que su mente se dispersara en la eternidad.

Ella se arqueó sobre la cama con la fuerza de su orgasmo y él se sintió voraz, dedos entrando y saliendo, lengua y labios deslizándose sobre ella, como si quisiera devorar todo su placer. No se detuvo hasta que ella se desplomó contra el colchón, hasta que quedó floja y temblorosa, a la vez que trataba de reorganizar su mente.

El movimiento de sus dedos al salir de ella la dejó vacía y dolorida. Al retirar la lengua y la boca de entre sus piernas, sintió esa sensación de un beso frío.

Cassian estaba jadeando, todavía con su erección firme cuando se levantó y la miró.

Ella no podía moverse… no podía recordar cómo moverse. Nadie jamás le había hecho eso. La había hecho sentir así.

La había dejado sin aliento esa completa minuciosidad de su placer. Como si el mundo pudiera volver a hacerse con la fuerza de lo que había estallado en ella.

Ella simplemente miraba los esculpidos y agitados músculos de su pecho, sus alas, su hermoso rostro.

Nesta estiró la mano para agarrarle el pene, deseosa de sentir, de probar, pero él se apartó de la cama.

Cassian agarró su camisa y se dirigió a la puerta.

—Ahora estamos en paz.

Capítulo 23

Ver el orgasmo de Nesta fue lo más parecido a una experiencia religiosa que Cassian jamás había tenido. Lo había sacudido hasta lo más profundo, y solo la pura voluntad y el orgullo le habían impedido volver a eyacular en los pantalones. Solo la pura voluntad y el orgullo lo habían hecho apartarse de la cama cuando ella estiró la mano buscándolo. Solo la pura voluntad y el orgullo lo habían hecho salir de la habitación, cuando lo único que quería en aquel momento era sumergir su pene en esa dulce y apretada tibieza y hacer el amor hasta que ambos acabaran gritando.

No podía quitarse el perfecto sabor de ella de la boca. No cuando se lavó para ir a la cama. No mientras se entregó a su propio placer para luego mojar las sábanas. Ni tampoco cuando desayunó. No podía dejar de sentir la presión de ella alrededor de los dedos, como un puño ardiente y sedoso. Se había lavado las manos una docena de veces para cuando se encontró con Nesta en el campo de entrenamiento, y todavía podía olerla allí, todavía podía sentirla, saborearla.

Cassian eliminó ese pensamiento de su mente. También apartó la imagen de Nesta excitándose con sus dedos, con su lengua, pero eso no era nada comparado con lo que podría llegar a sentir con su pene. Ella había apretado lo suficiente como para saber que sería el paraíso y la locura… su propia perdición. Y ella se había mojado tanto que él sabía que era capaz de hacer cualquier cosa deplorable por volver a saborear esa humedad de nuevo.

Sin embargo, la Nesta que apareció en el lugar del entrenamiento fue la que él veía todas las mañanas.

Ni la menor señal de rubor, ni un brillo en sus ojos que revelara lo mucho que había disfrutado.

Tal vez porque Azriel entró detrás de ella.

Su hermano lo miró y sonrió irónico. Az lo sabía. Quizá podía oler a Cassian en Nesta, o a Nesta en Cassian, incluso desde el otro lado del campo de entrenamiento.

Cassian no se arrepintió de lo sucedido. Para nada. Y tal vez fue el hecho de que habían pasado dos años desde su última experiencia, pero no recordaba la última vez que había estado tan cargado por su propia necesidad básica.

Una pequeña y silenciosa parte de su cerebro susurró lo contrario. Él lo ignoró. Ya lo había ignorado durante mucho tiempo.

—Buenos días, Az —saludó Cassian alegremente. Movió la cabeza en dirección a Nesta—. Nes. ¿Cómo has dormido?

Los ojos de ella brillaron con una ira que era como encender la suya, pero luego sonrió con frialdad.

—Como un bebé.

Aquello iba a ser un juego. ¿Cuál de ellos dos podría fingir durante más tiempo que nada había sucedido? ¿Cuál de ellos podría parecer el menos afectado?

Cassian le dirigió una sonrisa que revelaba sus ganas de jugar.

Nesta simplemente comenzó a desatarse las botas.

Él movió la barbilla hacia Azriel.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé hacer alguna práctica antes de comenzar el día —explicó Az, mientras sus sombras permanecían en la arcada de entrada, como si temieran la brillante luz del sol en el campo de prácticas—. No interrumpo nada, ¿no?

Cassian podría haber jurado que los dedos de Nesta se detuvieron mientras se desataba los cordones.

—En absoluto —respondió, arrastrando las palabras—. Estamos empezando prácticas de combate cuerpo a cuerpo.

—No es precisamente lo que más me gusta —replicó Azriel.

—¿Por qué? —quiso saber Nesta mientras se iba quitando las botas.

Az miró fijamente a Nesta, que entraba descalza al *ring*.

—Me gusta más la espada. La lucha cuerpo a cuerpo requiere estar demasiado cerca para mi gusto.

—No le gusta que alguien le llene la cara con el sudor de las axilas —explicó Cassian riéndose.

Azriel puso los ojos en blanco, pero no lo negó.

Nesta miró al cantor de sombras con una franqueza que la mayoría de la gente rehuía. Azriel le devolvió la mirada con una serenidad de la que la mayoría de la gente rehuía.

Incluso Feyre dudaba de Az al principio, pero Nesta lo consideró con la misma evaluación inquebrantable que ella hacía de todos.

Tal vez por eso Azriel nunca había dicho una sola palabra negativa sobre Nesta. Nunca pareció inclinado a iniciar una pelea. Ella lo veía y no le tenía miedo. No había muchas personas que hicieran lo mismo.

—Mostradme cómo peleáis —dijo Nesta. Azriel parpadeó, y ella agregó—: Quiero saber a qué me enfrento. —Como ninguno de ellos dijo nada, preguntó —: Lo que vi en la batalla fue diferente, ¿no?

—Sí —confirmó Cassian—. Una variación de lo que hacemos aquí, pero requiere un tipo diferente de lucha. —Las sombras nublaron los ojos de Nesta, como si el recuerdo de aquellos campos de batalla la perturbaran. Y él continuo —: No vamos a empezar el entrenamiento para la batalla hasta dentro de un tiempo. —Años, probablemente. Az la estaba mirando como si él también hubiera visto las sombras en sus ojos. Cassian le preguntó a él—: ¿Quieres hacer un poco de *sparring*? Hace mucho que no limpio el suelo contigo.

Necesitaba consumir energía… el deseo persistente y desconcertante de la noche anterior. Necesitaba quemarla para sacarla de su cuerpo con el movimiento y la respiración.

Az acomodó un hombro, sereno y tranquilo, con los ojos brillantes como si percibiera la necesidad de Cassian de expulsar aquella energía acumulada. Y Az se quitó la chaqueta y la camisa, dejando los Sifones sobre los dorsos de sus manos, anclados en su lugar alrededor de la muñeca y con un lazo en el dedo del medio. Cassian hizo lo mismo mientras se quitaba la camisa.

La mirada de Nesta lo fulminó desde el otro lado del campo de entrenamiento. Cassian tensó los músculos abdominales mientras se acercaba al círculo de tiza. Az movió la cabeza.

—Patético, Cass —murmuró.

Cassian le guiñó un ojo, y movió la cabeza hacia el abdomen igualmente musculoso de su hermano.

—¿Dónde has estado ejercitándote estos días?

—Aquí —respondió Azriel—. Por la noche. —Al regresar, después de espiar a sus enemigos.

—¿No puedes dormir? —Cassian se puso en posición de lucha. Una sombra

se enroscó alrededor del cuello de Azriel, la única bastante valiente como para hacer frente a la luz del sol.

—Algo así —respondió Az, adoptando su propia posición frente a Cassian.

Cassian lo dejó pasar, sabiendo que Az ya se lo habría dicho si hubiera querido compartir lo que le había estado perturbando de tal manera que necesitaba ejercitarse por la noche, en lugar de hacerlo por la mañana, con ellos.

—Iremos a toda velocidad, luego nos detendremos y te daré los detalles. ¿Te parece? —le explicó Cassian a Nesta, que estaba un poco separada del círculo de tiza.

Necesitaba eliminar aquella energía antes de atreverse a estar tan cerca de ella.

Nesta se cruzó de brazos, la expresión de su rostro era tan neutral que él se preguntó por un momento si la noche anterior no habría soñado alguna fantasía salvaje con su cabeza entre las piernas de ella.

Apartó ese pensamiento y volvió a mirar a Az. Sus ojos se encontraron, el rostro de Az era tan inexpresivo como el de Nesta, y Cassian movió la cabeza. «Comencemos».

Aquello empezó con un juego de pies, moviéndose lentamente en círculo, esperando que el otro revelara su primer movimiento.

Cassian conocía los trucos de Az. Sabía qué lado prefería y cómo le gustaba atacar.

El problema era que Az también conocía todas sus técnicas y defectos.

Volvieron a dar vueltas uno alrededor del otro, los pies de Cassian marcaban un ritmo constante sobre el suelo seco.

—¿Bien? —le preguntó a Az—. ¿Por qué no me muestras cuál fue el resultado de todas esas noches de cavilaciones?

La boca de Az se curvó. Se negaba a morder el anzuelo.

El sol caía sobre ellos, calentando la piel desnuda y el cabello de Cassian.

—¿Realmente esto es de lo que se trata? —preguntó Nesta—. ¿Dar vueltas y provocarse?

Cassian no se atrevió a mirar en su dirección. Ni siquiera por un instante. Apenas él le dirigiera, aunque no fuera más que un parpadeo, Azriel lo golpearía, y golpearía con fuerza. Pero…

Cassian sonrió. Y miró a Nesta.

Az cayó en el engaño, y finalmente atacó.

Cassian, prevenido, detuvo el puño que Az le lanzó a la cara. Lo bloqueó, lo

desvió y devolvió el golpe. Az detuvo el golpe, esquivó el segundo, y apuntó uno a las costillas expuestas de Cassian.

Cassian bloqueó, contraatacó y luego se desarrolló el combate.

Puños, pies y alas, puñetazos y bloqueos, patadas y pisotones, jadeaban mientras él y Az trataban de romper las defensas de uno y del otro. Ninguno de los dos ponía toda la fuerza de sus cuerpos en los golpes… no como lo harían en una pelea real, cuando un golpe podía romper una mandíbula. Pero usaban potencia suficiente como para hacer que las costillas de Cassian sintieran el impacto, para hacer que Az resoplara cuando su hermano lanzaba un golpe afortunado a su abdomen. Az se salvó de quedarse sin aire girando a tiempo, de lo contrario la pelea habría terminado en ese mismo momento.

Vueltas y vueltas en el *ring*, puños que vuelan, dientes a la vista en feroces sonrisas, empapados en sudor, concentrados en la respiración. Habían nacido para esas cosas, habían soportado siglos de entrenamiento que habían perfeccionado sus cuerpos para convertirlos en instrumentos de violencia. Lograr que sus cuerpos hicieran precisamente lo que ellos deseaban era su propia especie de libertad.

Luchaban cada vez más y más rápido, e incluso la respiración de Cassian se hizo pesada. Aunque él era más corpulento, Azriel era infernalmente rápido… se igualaban de manera uniforme. Podrían seguir así durante horas, durante días, si hubieran sido verdaderos oponentes en una de las viejas guerras, donde batallas enteras se habían detenido para ver a los grandes héroes enfrentarse de igual a igual.

Pero el tiempo no era ilimitado, y él tenía una lección que darle a Nesta.

—Bien. —Cassian jadeó con los dientes apretados mientras bloqueaba la patada de Az y saltaba un paso atrás, dando vueltas de nuevo—. Quien dé el próximo golpe gana.

—Eso es ridículo —replicó Az, también jadeando—. Sigamos hasta que uno de nosotros muerda el polvo.

Az tenía una vena competitiva despiadada. No era jactancioso ni arrogante como Cassian, ni tenía una personalidad posesiva y aterradora como la de Amren. No, era silencioso, cruel y absolutamente letal. Cassian había perdido la cuenta de cuántas partidas habían jugado durante siglos, con uno de ellos seguro de una victoria, solo para que Az revelara alguna estrategia maestra. O cuántos juegos se habían reducido a que solo Rhys y Az quedaran en pie, jugando a los

naipes o al ajedrez hasta altas horas de la noche, cuando Cassian y Mor se habían dado por vencidos y comenzaban a beber.

Volvieron a dar vueltas, y Az volvió bruscamente la cabeza hacia Nesta, con los ojos muy abiertos.

Cassian miró, y el corazón se le subió a la garganta…

Azriel golpeó, un puñetazo en la mandíbula tan fuerte que Cassian se sorprendió.

Lanzó una maldición, tambaleándose, estabilizándose.

Az dejó escapar una risa suave y los ojos le parpadearon. Había utilizado el mismo engaño que Cassian al comienzo de esta lucha, jugó la única carta que haría que Cassian apartara la atención de un oponente.

Había sucedido antes… contra Hybern. Nesta había gritado su nombre, e incluso en medio del campo de batalla, había abandonado a sus soldados para correr hacia ella, sin importarle nada más que alcanzarla, salvarla.

Solo que Nesta lo había salvado a él. Y ella había gritado su nombre para ponerlo fuera del alcance del Caldero.

Sus soldados fueron destrozados un momento después. Y cuando él la miró a la cara, entendió algo… algo que hacía ya un año y medio se había hecho trizas y se había enfriado.

Cassian movió el hombro, con la mano en la mandíbula mientras le hablaba a Az.

—Bastardo.

Az se rio de nuevo y ambos se volvieron hacia Nesta. Permanecía como un pilar de calma fría, pero una línea de color le tiñó las mejillas.

No había viento que hiciera llegar su aroma hacia él, pero por la manera en que su garganta subía y bajaba mientras ella miraba el espacio entre ellos…

Azriel tosió y caminó hacia donde estaba el agua.

—Estás babeando —le dijo Cassian, y Nesta se puso tensa.

—Lo único atractivo —susurró ella al entrar al *ring*— ha sido el momento en el que Azriel te ha dado un puñetazo.

Cassian le hizo una señal para que se pusiera en posición de lucha.

—Sigue diciéndote eso a ti misma, Nes.

—¿Qué sabes del Tesoro del Miedo?

—¿El qué? —Gwyn se apartó del escritorio donde Nesta había encontrado a la sacerdotisa cantando en voz baja para sí misma, ubicado justo fuera de la puerta cerrada de la oficina de Merrill.

—El Tesoro del Miedo —repitió Nesta, a la vez que hacía una mueca por las protestas de su cuerpo dolorido y se sentaba en el borde del escritorio de Gwyn —. Tres antiguos artefactos…

Gwyn negó con la cabeza.

—Nunca he escuchado hablar de algo así.

Nesta todavía estaba sudada por la lección con Cassian y Azriel.

Había practicado los golpes, las patadas y los pasos que ellos habían hecho con facilidad, aunque ninguno se había reído cuando ella se mostró torpe o poco agraciada.

Verlos pelear había sido abrumador. Sus hermosas formas, con tatuajes y llenas de cicatrices, esculpidas con músculos, brillantes de sudor mientras luchaban con una ferocidad e inteligencia que ella nunca había visto… Ella misma había sudado mientras observaba el entrenamiento, y se preguntaba cómo sería estar entre esos dos cuerpos masculinos, dejándolos convertir toda esa atención letal en adoración hacia ella.

Elain se desmayaría si escuchara esos pensamientos. Y si se enterara de que Nesta ya había estado con dos hombres en la cama, no una sino dos veces, disfrutando cada instante. Pero los machos con los que Nesta se había acostado no se parecían a Cassian ni a Azriel. No eran Cassian ni Azriel.

Nesta se había concentrado en sí misma durante la lección, pero tan pronto como los dejó en el campo de entrenamiento, aparecieron los pensamientos obscenos, distrayéndola mientras se dirigía a la biblioteca. La idea de Cassian eyaculando en su boca mientras Azriel la embestía lentamente desde detrás, los dos moviéndose con ella en tándem…

Hablarle a Gwyn del Tesoro del Miedo la había serenado con bastante rapidez.

—Parece que el Tesoro tiene un encanto que hace que la gente se olvide de que existe —le informó Nesta a Gwyn, y le explicó sucintamente lo que era, junto con vagos detalles sobre por qué lo estaban buscando. No mencionó a la reina Briallyn, ni a Koschei, ni al Caldero. Solo dijo que había que encontrar urgentemente el Tesoro. Y que Gwyn no debía mencionárselo a nadie.

Nesta supuso que, al hacerlo, desobedeció directamente la orden de Rhys de

mantener el secreto, pero… al diablo con él.

Cuando terminó, Gwyn tenía los ojos muy abiertos y su rostro estaba tan pálido que las pecas resaltaban con un marcado relieve.

—¿Y tú debes encontrarlo?

—No tengo la menor idea de por dónde empezar a buscar. Cuál encontrar primero.

Gwyn se mordió el labio inferior.

—Tenemos un amplio sistema de catalogación de fichas —reflexionó distraídamente, pero miró hacia las pilas más allá de ellas, al pozo abierto en el fondo de la biblioteca—. Pero no incluye lo que está por debajo del nivel siete.

—Lo sé.

Gwyn inclinó la cabeza.

—Entonces ¿por qué acudes a mí?

—Está claro que eres buena en lo que haces, si trabajas con alguien tan exigente como Merrill. Si tienes un momento libre, cualquier ayuda sería muy bienvenida. O simplemente señálame alguna dirección.

—Déjame terminar de revisar este capítulo y luego veré lo que puedo descubrir.

Nesta le dirigió una sonrisa tensa.

—Gracias.

Gwyn agitó una mano.

—Encontrar objetos para ayudar a que nuestra corte proteja al mundo es bastante emocionante. Todo lo emocionante que estoy dispuesta a hacer en estos días, pero será una aventura.

—Podrías venir a entrenar si quieres otro tipo de aventura —ofreció Nesta con cuidado.

Gwyn le devolvió una sonrisa tensa.

—Eso no es para mí, me temo.

—¿Por qué no?

Gwyn señaló la ropa de cuero de combate de Nesta, las distintas capas superpuestas.

—No soy una guerrera.

—Yo tampoco. Pero podrías serlo.

Gwyn negó con la cabeza.

—No lo creo. Si quisiera ser una guerrera habría seguido ese camino cuando era niña. En cambio, me ofrecí como acólita… y eso es lo que soy.

—No tienes que renunciar a una cosa para ser la otra. El entrenamiento es ejercicio. Aprendes a respirar, a hacer estiramientos y a luchar. ¿No estás investigando a las valquirias para Merrill? Eso incluso podría darte otra percepción. —Nesta se palmeó un muslo—. Y mis músculos van mejorando. Dos semanas y ya puedo notar la diferencia.

—¿Para qué necesitaría una sacerdotisa muslos musculosos?

Nesta entrecerró los ojos cuando Gwyn volvió a su trabajo.

—¿Es por Cassian?

—Cassian es un hombre bueno y honorable.

—Sé que lo es. —Siempre lo había sabido. Insistió—. Pero ¿es la presencia de Cassian lo que te hace dudar?

Esa mañana no había el menor indicio de lo que había sucedido entre ellos la noche anterior. Como si la deuda entre ellos hubiera sido pagada y él ya no tuviera ningún interés en tocarla. Como si ella hubiera sido una simple picazón. O tal vez él no lo había disfrutado tanto como ella.

Estaba inquieta por todo el tiempo que pasaba pensando en ello.

Gwyn no respondió, y Nesta supo que no tenía derecho a presionarla, sobre todo porque el color se apoderó de las mejillas de Gwyn y su cabeza se inclinó ligeramente. Vergüenza… era vergüenza y miedo.

Algo en el pecho de Nesta se tensó cuando comenzó a alejarse.

—Está bien. Avísame si te enteras de algo sobre el Tesoro.

Nesta reflexionó sobre la conversación durante las horas de trabajo. Cuando, al salir de la biblioteca al atardecer, revisó la hoja de inscripción para el entrenamiento, no encontró ningún nombre.

Sintió los ojos de Clotho sobre sí misma mientras examinaba la página en blanco. Nesta finalmente se volvió hacia la sacerdotisa, sentada a su escritorio con las manos cruzadas. Solo silencio entre ellas, pero Nesta no dijo nada y salió.

Se dirigió hacia la escalera en lugar de a su habitación o al comedor, y observó la curva rojiza de los escalones.

Nesta inició el descenso, más lentamente esta vez, mirando bien dónde ponía cada pie. Que cada escalón hacia abajo sea un pensamiento, una pieza de alguno de los rompecabezas de Amren, que ella ya conocía.

Bajó y bajó, pensando en cada palabra y cada mirada de Gwyn durante el tiempo que Nesta trabajó en la biblioteca. «Escalón a escalón», se decía a sí

misma con cada movimiento ardiente y tembloroso de sus piernas. «Escalón a escalón a escalón».

Nuevamente, repitió la conversación. Cada escalón era una palabra diferente, o un movimiento diferente, o un aroma diferente.

Nesta estaba en el escalón dos mil cuando se detuvo.

Sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 24

Cinco días después, Cassian estaba sentado ante el escritorio de la alta sacerdotisa de la biblioteca y observaba cómo se movía su pluma encantada. Se había encontrado con Clotho algunas veces a lo largo de los siglos… sabía que ella tenía un sentido del humor seco y pícaro, así como una presencia relajante. Se había propuesto no mirarle las manos, ni la cara, que solo había visto una vez, cuando Mor la trajo hacía ya mucho tiempo. Estaba tan golpeada y ensangrentada que ni siquiera parecía una cara.

No tenía ni idea de si se había curado debajo de la capucha. Si Madja había podido salvarla a diferencia de sus manos. Suponía que no importaba cuál era su aspecto, pues había logrado y construido mucho con Rhys y Mor dentro de esa biblioteca. Un santuario para hembras que habían soportado horrores tan indescriptibles que él siempre estaba dispuesto a hacer justicia en nombre de ellas.

Su madre habría necesitado un lugar como este. Pero Rhys lo había creado mucho después de que ella dejara este mundo. Se preguntaba si la madre de Azriel habría considerado alguna vez venir a este lugar, o si alguna vez él la habría empujado a hacerlo.

—Bien, Clotho —dijo a la vez que se acomodaba en la silla, rodeado por los sonidos del pergamino al crujir y de las túnicas de las sacerdotisas como revoloteos de alas—, pediste una audiencia, ¿no?

Su pluma hizo una floritura cuando terminó lo que había estado escribiendo.

«Le he pedido a Nesta dos veces que no practique en la biblioteca, y ella ha hecho caso omiso de mi petición. Durante cinco días, ha ignorado descaradamente mis órdenes».

Las cejas de Cassian se levantaron.

—¿Está practicando aquí abajo?

Una vez más, la pluma raspó el papel. Él miró hacia el pozo abierto a su izquierda, como si hubiera visto a Nesta allí abajo. Había pasado una semana desde aquella locura en su dormitorio, y no habían hablado de ello, no habían hecho nada más. Él no estaba del todo seguro de que fuera prudente continuar.

Además de la agotadora serie de ejercicios para mejorar su cuerpo, Cassian la había guiado con los detalles del combate cuerpo a cuerpo, pasos y movimientos individuales que se podían ensamblar en infinitas combinaciones. Aprender cada uno de esos pasos requería no solo fuerza sino también concentración… recordar qué movimiento se correlaciona con cada paso numerado, dejar que su cuerpo comience a recordar por sí solo: un puñetazo directo, un gancho, una patada alta… Había perdido la cuenta de las veces que la había sorprendido murmurándole a su cuerpo para que recordara, así ella no tenía que pensar tanto.

Pero sabía que a ella le gustaban los golpes. Las patadas. Una luz brillaba en su rostro cuando su cuerpo fluía de un movimiento a otro, como una honda de fuerza que se estira hasta un punto de impacto. Él siempre se había sentido así cuando hacía los movimientos de manera correcta, como si su cuerpo, su mente y su alma se hubieran alineado y comenzaran a cantar.

Clotho escribió. «Nesta practica de manera constante últimamente».

—¿Ha hecho algún daño?

«No. Pero le pedí que dejara de hacerlo y no ha hecho caso».

Él contuvo una sonrisa. Quizá las lecciones de la mañana no eran suficientemente exigentes.

—¿Eso ha alterado su trabajo?

«No. Eso está fuera de discusión».

Él torció la boca.

Clotho escribió: «Necesito que pongas fin a esto».

—¿Molesta a las demás?

«Las distrae eso de ver a alguien dando patadas y puñetazos a las sombras».

Cassian tuvo que agachar la cabeza para que ella no pudiera leer la diversión en sus ojos.

—Hablaré con ella. ¿Está ella allá abajo ahora? —Movió la cabeza para señalar la rampa inclinada—. Con tu permiso, por supuesto.

Este era el puerto seguro de ellas. No importaba si él era miembro de la corte

de Rhys, o si ya hubiera visitado el lugar antes. Siempre pedía permiso. La única vez que no lo hizo fue cuando los cuervos de Hybern atacaron.

«Sí. Tienes permiso para entrar. Nesta está en el nivel cinco. Quizá tú puedas hacerla entender».

Tomó eso como señal de retirarse. Cassian se levantó.

—Tú sabes que es de Nesta Archeron de quien estamos hablando, ¿no? Ella no hace nada a menos que lo desee. Y ella es la que menos caso me va a hacer a mí.

Clotho soltó una carcajada.

«Tiene una voluntad de hierro».

—De acero. —Él sonrió—. Me alegró de verte, Clotho.

«A mí también me alegró verte, lord Cassian».

—Solo Cassian —sugirió, como ya lo había hecho tantas veces.

«Eres un lord por tus buenas obras. No es un título con el que naciste. Te lo has ganado».

Él inclinó la cabeza y habló con voz ronca.

—Gracias.

Justo cuando llegó a la sección donde Clotho le había dicho que estaba Nesta, pudo apartar de su cabeza las palabras de la alta sacerdotisa. Lo que significaban para él.

El ruido de pasos fue lo primero que él oyó, luego el firme ritmo de respiración que había llegado a conocer tan íntimamente. Cassian hizo que su respiración coincidiera con ese ritmo, hizo que sus pasos fueran silenciosos y miró en la siguiente fila de pilas de libros.

Cualquiera que caminara por la rampa solo tendría que mirar hacia la derecha para ver a Nesta de pie allí, en una casi perfecta posición de lucha, lanzando golpes hacia un estante. Había elegido cinco libros como blancos y preparaba cada golpe hacia ellos como si fueran las partes de un cuerpo que él le hubiera mostrado dónde golpear.

Luego se detuvo, dejó escapar un suspiro y se apartó un mechón de pelo que se le había soltado, y enderezó los libros antes de volver al carrito de metal detrás de ella.

—Todavía sigues bajando el codo —señaló él, y ella se dio la vuelta, para apoyarse en el carrito con gran sorpresa. Él contuvo la risa. Nunca había visto a Nesta Archeron así…, sorprendida.

Ella levantó la barbilla mientras caminaba hacia él. Él observó cada

movimiento de sus piernas. Ella había dejado de apoyar excesivamente su peso sobre la pierna derecha, y los músculos de sus muslos se movían elegantes y fuertes. Tres semanas puede que no sea mucho tiempo para que un cuerpo humano mejore sus músculos, pero ella ya era una alta fae.

—No bajo el codo —replicó ella en tono de desafío, mientras salía de entre las pilas de libros para quedar en el área plana antes de la pendiente de la rampa.

—Acabo de verte hacerlo dos veces con ese gancho de derecha.

Ella se apoyó en el extremo de un largo estante.

—Supongo que Clotho te envió para que me des una reprimenda.

Él se encogió de hombros.

—No sabía que estabas tan interesada en tu entrenamiento que lo seguías haciendo aquí abajo.

Los ojos de ella prácticamente brillaban en la penumbra.

—Estoy cansada de ser débil. De depender de otros para defenderme.

Eso estaba bien.

—Antes de prescindir del sermón sobre eso de ignorar las peticiones de Clotho, permíteme decir que…

—Muéstrame. —Nesta se apartó del estante y se puso en pie junto a él—. Muéstrame dónde dejo caer el codo.

Él parpadeó ante la intensidad ondulante en su rostro. Luego tragó saliva.

Tragó, porque allí estaba ella: una fugaz imagen de aquella persona que había conocido antes de que la guerra con Hybern hubiera terminado. Un destello de ella, como un espejismo… la imagen del cual, si uno la miraba demasiado tiempo, se esfumaría delante de sus ojos.

—Ponte en posición —ordenó Cassian.

Nesta obedeció.

—Está bien —dijo, con la esperanza de que Clotho no lo empujara por la barandilla por desobedecer sus órdenes—. Lanza el gancho de derecha.

Nesta así lo hizo. Y dejó caer su maldito codo.

—Vuelve a tu posición. —Ella lo hizo y él preguntó—: ¿Puedo?

Nesta asintió con un movimiento de cabeza y se mantuvo perfectamente inmóvil mientras él hacía pequeños ajustes con el ángulo de su brazo.

—Golpea de nuevo. Despacio. —Ella le hizo caso, y la mano de él le agarró el codo cuando empezó a moverse—. ¿Ves? Sigue así. —Él maniobró con el brazo de ella para volver a la posición inicial—. No olvides hacer fluir el peso a

través de las caderas. —Le agarró el brazo, manteniendo unos buenos treinta centímetros de distancia entre sus cuerpos, y lo movió siguiendo el golpe—. Así.

—Está bien. —Nesta empezó de nuevo y él dio un paso atrás. Sin que él diera la orden, golpeó de nuevo. Perfectamente.

Cassian silbó.

—Si hicieras eso con más fuerza, podrías romperle la mandíbula a un macho —dijo él con una sonrisa torcida—. Haz una combinación uno-dos, luego cuatro-cinco-tres, luego uno-uno-dos.

Nesta frunció las cejas mientras se reacomodaba. Movió los pies para ponerlos en posición y afirmó su peso en el suelo de piedra.

Y luego se movió, y fue como ver un río, como ver el viento atravesando completamente las montañas. No era perfecto, pero estaba cerca.

—Si hubieras hecho eso contra un oponente —explicó Cassian—, él ya estaría en el suelo, jadeando, tratando de respirar.

—Y luego lo mataría.

—Sí, una espada en el corazón terminaría el trabajo. Pero si le golpeas el pecho con la fuerza suficiente en ese puñetazo final, podrías hacerle colapsar uno de sus pulmones. En un campo de batalla, optarías por el golpe mortal con una espada o simplemente lo dejarías allí, incapaz de moverse, para que alguien lo remate mientras tú te enfrentas al próximo oponente.

Ella asintió con la cabeza, como si todo aquello pareciera una conversación perfectamente normal. Como si él le estuviera dando consejos de jardinería.

—Está bien. —Cassian se aclaró la garganta y recogió las alas—. Así que, basta de practicar en la biblioteca. La siguiente persona a la que Clotho le pida que te regañe, probablemente no será alguien con quien tengas ganas de hablar.

Los ojos de Nesta se oscurecieron al considerar cuál de las personas menos agradables de su vida sería, y asintió de nuevo.

—Haz una combinación más —le pidió para dar por terminada la tarea. Dio la orden sin vacilar.

La sonrisa de ella era la de un felino cuando hizo lo que él le ordenó. Y su gancho de derecha ni siquiera se balanceó hacia abajo.

—Bien —aprobó él, y se volvió hacia la rampa que lo conduciría a la salida.

Se sobresaltó por lo que vio: las sacerdotisas se detenían a lo largo de las barandillas en los diferentes niveles, para mirarlos. Para mirar a Nesta.

Cuando él las miró, instantáneamente comenzaron a caminar, a trabajar o a ordenar libros en los estantes. Pero una joven sacerdotisa con el pelo de color

marrón cobrizo —la única de todas ellas que no llevaba capucha ni piedra— se quedó en la barandilla un poco más. Aun desde un nivel inferior y al otro lado del pozo, pudo ver que sus grandes ojos eran del color del agua tibia y poco profunda. Los abrió de par en par por un momento antes de desaparecer rápidamente.

Cassian miró de nuevo a Nesta, quien le devolvió la mirada con ojos casi airados.

—Tu gancho de derecha ha sido perfecto esta mañana —murmuró él.

—Sí.

—Pero no cuando te he pillado practicando entre las pilas de libros.

—Supuse que me ibas a corregir.

Conmoción y placer se apoderaron de él. Ella se había apartado de los libros antes de que él se lo pidiera. A plena vista. Para que todas los vieran entrenar.

Él la miró boquiabierto.

—Puedes decirle a Clotho que ya no necesitaré practicar en la biblioteca. —Nesta habló con suavidad, y volvió a la fila de libros.

Sabía que Clotho y las demás nunca lo invitarían, y nunca subirían al *ring* para ver lo que él podía hacer. Así que, les había mostrado a las sacerdotisas lo que estaba aprendiendo, día tras día. Más que eso, había molestado a Clotho lo suficiente como para que le ordenara a él que bajara.

O sea que Nesta lo había utilizado como demostración. No para sí misma, sino para las sacerdotisas que se habían asomado a mirar.

Cassian soltó una risa suave.

—Astuta, Archeron.

Nesta levantó una mano por encima del hombro como gesto de despedida antes de tomar su carrito.

Nesta se había dado cuenta de que tenían que verlo. Ver cómo era Cassian cuando la entrenaba. De vez en cuando la tocaba, pero siempre lo hacía con su permiso y siempre como profesional. Tenían que ver que él nunca se burlaba de ella, sino que la corregía educadamente. Y tenían que ver lo que le había enseñado. Escucharlo decir con precisión lo que podía hacer con todas esas combinaciones de puñetazos y patadas.

Lo que las sacerdotisas podrían aprender a hacer.

Pero esa noche, cuando Nesta se fue, la hoja de registro seguía en blanco.

Volvió a mirar a Clotho, que estaba sentada a su escritorio, como siempre, desde el amanecer hasta el anochecer.

Si la sacerdotisa se había dado cuenta de que la había engañado, no dio muestras de ello. Pero había algo parecido a la tristeza que emanaba de Clotho, como si ella también hubiera querido ver esa hoja en blanco llena.

Nesta no sabía por qué le importaba. Por qué el dolor de Clotho alteraba el aire alrededor de ella, y de pronto Nesta se puso en marcha rumbo a los diez mil escalones.

Quizá aquello no había servido para nada después de todo. Tal vez ella había sido una tonta al pensar que aquel truco iba a convencerlas. A lo mejor el entrenamiento físico no era lo que necesitaban para vencer a sus demonios, y ella había sido muy arrogante al suponer que sabía lo que ellas necesitaban.

Nesta bajó y bajó la escalera, con las paredes aprisionándola.

Solo llegó al escalón novecientos antes de dar la vuelta, sus pasos eran pesados como si estuvieran cargados con bloques de plomo.

Nesta todavía estaba sudando y respirando con dificultad cuando llegó a su habitación y encontró un libro en la mesita de noche. Arqueó una ceja al ver el título.

—Este no tiene nada que ver con una novela romántica —le dijo a la habitación.

No era una novela de amor en absoluto. Era un antiguo manuscrito encuadernado llamado *La danza de la batalla*.

—Puedes llevártelo, gracias. —Lo último que quería leer por la noche era un viejo y lúgubre texto sobre estrategia de guerra. La Casa no hizo nada y Nesta suspiró y cogió el manuscrito, la encuadernación de cuero negro estaba tan gastada que era como mantequilla blanda.

Un olor familiar la invadió.

—No has sido tú, ¿verdad?

La Casa respondió dejando caer una pila de novelas de amor, como si quisiera decir: «Esto es lo que yo habría elegido».

Nesta miró con atención el manuscrito, lleno del olor de Cassian, como si él lo hubiera leído mil veces.

Él lo había dejado allí para ella. La consideraba digna de todo lo que contenía el manuscrito.

Nesta se sentó en el borde de la cama y abrió el libro.

Era medianoche cuando se tomó un descanso y se frotó las sienes. No dejó de leer, ni siquiera para cenar en su escritorio y sostuvo el libro con una mano mientras devoraba su estofado con la otra.

Era asombroso lo mucho que el arte de la guerra se parecía a la manipulación social que su madre había insistido tanto en que aprendiera: elegir terrenos para la batalla, encontrar aliados entre los enemigos del propio enemigo… Algunas cosas eran totalmente nuevas, por supuesto, y esa forma de pensar era tan precisa que ella supo que iba a tener que leer el manuscrito muchas veces para comprender plenamente sus lecciones.

Ella tenía conciencia de que Cassian sabía cómo dirigir ejércitos. Lo había visto hacerlo con precisión e inteligencia inquebrantables. Pero, al leer el manuscrito, también se dio cuenta de que nunca había llegado a comprender lo mucho de pensamiento avanzado que se necesitaba para la planificación de las batallas y las guerras.

Nesta dejó el manuscrito en su mesita de noche y se recostó contra las almohadas.

Se imaginó a Cassian en un campo de batalla, como aquel día en que se enfrentó a un comandante de Hybern y le arrojó una lanza con tanta fuerza que el macho fue derribado del caballo por el impacto.

Él se había apartado de los consejos del manuscrito en un aspecto: luchaba en el frente, con sus soldados, en lugar de comandar desde la retaguardia.

Ella dejó que sus pensamientos divagaran por un rato, hasta que se encontraron con otra maraña de espinas.

¿Importaba si las sacerdotisas no se presentaban al entrenamiento? Más allá de su propia renuencia a admitir el fracaso, ¿importaba?

Claro que importaba. De alguna manera, importaba.

Ella había fallado en todos los aspectos de su vida. Fracasó de manera total y espectacular, y su principal propósito era evitar que los demás se dieran cuenta. Los había excluido a todos, se había excluido a sí misma, porque el peso de todos esos fracasos amenazaba con hacerla pedazos.

Nesta se frotó la cara con las manos.

El sueño tardó mucho en llegar.

El sudor todavía corría por su cuerpo cuando Nesta entró a la biblioteca la tarde siguiente para dirigirse a la rampa que descendía hasta donde había dejado su carrito.

No tuvo coraje para mirar la hoja vacía de registro. Para romperla.

No tuvo el coraje de mirar a Clotho y admitir su derrota. Simplemente siguió caminando.

Pero Clotho la detuvo con una mano en alto. Nesta tragó saliva.

—¿Qué?

Clotho señaló detrás de Nesta. Su dedo nudoso indicaba la puerta. No, el pilar.

Y no era dolor lo que emanaba de la sacerdotisa, sino algo como un zumbido de emoción. Algo que hizo que Nesta se volviera sobre sus talones y avanzara hacia el pilar.

Había un nombre garabateado en la hoja.

Un nombre, en mayúsculas. Un nombre, listo para la lección de la mañana siguiente.

GWYN

Parte dos
La espada

Capítulo 25

—Deja de mostrarte tan nerviosa —murmuró Cassian por una comisura de la boca.

—No estoy nerviosa —respondió Nesta en un murmullo, mientras se ponía de pie de un salto, tratando de no mirar hacia la arcada abierta de la entrada. El reloj marcaba ya cerca de las nueve.

—Solo relájate. —Él se ajustó la chaqueta.

—Tú eres el que está inquieto —susurró ella.

—Porque me estás poniendo nervioso.

Se oyeron ruidos de pasos sobre la piedra más allá de la arcada, y Nesta exhaló sorprendida. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Y allí apareció el pelo marrón cobrizo de Gwyn. A la luz del sol, el color de su cabello era extraordinario, mechones dorados que brillaban y sus ojos verde azulados coincidían de manera casi perfecta con las piedras que llevaban las otras sacerdotisas.

Gwyn los vio de pie en el centro del campo de entrenamiento y se detuvo.

El olor de su miedo hizo que Nesta se acercara.

—Hola.

Las manos de Gwyn temblaban cuando dio otro paso y entró en el campo de entrenamiento y miró hacia esa concavidad abierta que era el cielo.

Era la primera vez que estaba fuera, realmente fuera, después de muchos años.

Cassian, hay que reconocerle el gesto, se dirigió hacia el soporte donde estaban las armas de práctica de madera, que, como él había asegurado, no iban a usar en varios meses, y simuló ponerlas en orden.

Gwyn tragó saliva.

—Yo… mmm… me he dado cuenta en el camino hacia aquí que no visto la ropa adecuada. —Hizo un gesto para señalar su túnica pálida—. Sospecho que esto no es lo ideal.

Cassian habló sin mirar.

—Puedo enseñarte con esa túnica, si deseas. Lo que te resulte más cómodo.

Gwyn lo miró con una sonrisa tensa.

—Veré cómo me va en la lección de hoy y luego decidiré. Usamos túnicas sobre todo por tradición, no hay normas estrictas en ese sentido. —Se encontró con la mirada de Nesta de nuevo mientras sonreía—. Me había olvidado de lo que se siente al tener el pleno sol sobre mi cabeza. —Miró de nuevo hacia arriba —. Perdonadme si paso algún tiempo mirando al cielo.

—Por supuesto —dijo Nesta. No se había encontrado con Gwyn el día anterior, después de ver que se había inscrito para la lección de esa mañana, pero había estado un tanto temerosa…, preocupada de que algún comentario áspero pronunciado de manera accidental pudiera hacer que Gwyn lo reconsiderara.

Las palabras se trabaron en la garganta de Nesta, pero Cassian pareció haber previsto eso.

—Está bien. Basta de charla. Nes, enséñale a nuestra nueva amiga… Gwyn, ¿no? Yo soy Cassian. Nes, enséñale lo de los pies.

—¿Pies? —Gwyn alzó las cejas cobrizas.

Nesta puso los ojos en blanco.

—Ya verás.

Gwyn captó el concepto de afirmar los pies en el suelo mejor de lo que Nesta había hecho, y ciertamente no tuvo problemas para dejar caer su peso sobre la cadera derecha y otras cosas en las que Nesta había trabajado tres semanas para corregir. Incluso con la túnica, era evidente que Gwyn tenía una figura esbelta y delgada, acostumbrada a la gracia informal de los fae que Nesta recién estaba aprendiendo.

Ella había esperado tener que convencer a su amiga, pero una vez que Gwyn superó su inquietud inicial, fue una participante dispuesta, y una alegre

compañera. La sacerdotisa se reía de sus propios errores y no se irritaba por las correcciones de Cassian.

Y así, al final de la lección, la ropa de Gwyn estaba empapada de sudor, y mechones de su cabello se rizaban alrededor de su rostro sonrojado. Cassian les ordenó beber un poco de agua antes de enfriarse.

—En el templo en Sangravah —dijo Gwyn mientras se servía un vaso— hacíamos una serie de movimientos antiguos que repetíamos cada amanecer. No como entrenamiento para la batalla, sino para serenar la mente. También hacíamos prácticas de enfriamiento después del entrenamiento, aunque las llamábamos «volver a los fundamentos». Esos movimientos nos sacaban de nuestros cuerpos, de alguna manera. Nos hacían comulgar con la Madre. Volver a los fundamentos nos devolvía al mundo actual.

—¿Por qué te inscribiste en esto, entonces —Nesta bebió el vaso que Gwyn le ofreció—, si ya conoces ejercicios para serenar la mente a los que estás acostumbrada?

—Porque no quiero volver a sentirme impotente nunca más —respondió Gwyn con suavidad, y todas aquellas sonrisas fáciles y risas brillantes desaparecieron. Solo la honestidad pura y dura brilló en sus extraordinarios ojos.

Nesta tragó saliva, y aunque el instinto le decía que se alejara, habló.

—Yo también —dijo en voz baja.

La campana sobre la puerta de la tienda tintineó cuando Nesta entró, sacudiéndose los copos de nieve pegados en los hombros de su capa. Cassian tuvo que ir a las Montañas Ilyrias después de la segunda lección con Gwyn y, para su sorpresa, le había pedido a Nesta que lo acompañara. Él ya había avisado a Clotho de que ella iba a llegar unas horas tarde a su trabajo en la biblioteca. No le había explicado por qué, aparte de un comentario casual acerca de sacarla de la Casa y que le diera el aire.

Y ella lo aceptó, aunque tampoco le dijo por qué. Cassian no se mostró curioso cuando ella le pidió que la dejara en el Refugio del Viento para hacer algunas compras. Quizá una chispa brilló en sus ojos, como si lo hubiera adivinado, pero se mantuvo distante, callado.

Dado que Cassian iba allí para reunirse con Eris, no lo culpó. Dejó a Nesta junto a la fuente en el centro del pueblo helado, no sin antes asegurarse de que supiera, que si necesitaba calentarse, la casa de la madre de Rhys estaba abierta.

Velaris todavía estaba en las manos del verano, y el otoño apenas se asomaba, pero el Refugio del Viento ya se había entregado por completo al abrazo del invierno. Nesta no perdió tiempo y pronto entró a la tienda.

—Nesta —dijo Emerie a modo de saludo desde el mostrador, mirando por encima del hombro de un macho de aspecto joven y con alas que estaba atendiendo—. Me alegra verte.

¿Era alivio lo que había en su voz? Nesta se aseguró de que la puerta detrás de ella estuviera bien cerrada antes de entrar. La nieve de sus botas dejaba huellas de barro junto a las del otro cliente.

El macho se volvió a medias hacia Nesta. Pudo ver su rostro no demasiado apuesto, con cabello oscuro recogido en la nuca y ojos marrones vidriosos. El estúpido estaba borracho. Estúpido parecía ser el término correcto, ya que la postura rígida de Emerie revelaba desagrado y cautela.

Nesta se acercó tranquilamente al mostrador. Le dirigió al macho esa mirada fugaz por la que ella sabía que la gente quería estrangularla. Por la forma en que él se tensó, balanceándose ligeramente sobre sus botas, supo que había dado resultado.

—Buenos días —saludó alegremente a Emerie. Otra cosa que los machos parecían detestar: ser ignorados por una hembra.

—Espera tu turno, bruja —refunfuñó el macho y se volvió hacia el mostrador, hacia Emerie.

Esta se cruzó de brazos.

—Creo que hemos terminado aquí, Bellius.

—Terminaremos cuando yo diga que hemos terminado. —Las palabras sonaron medio arrastradas.

—Tengo una cita —dijo Nesta, mirándolo con frialdad. Olió al macho. Arrugó la nariz—. Y tú pareces necesitar una con un baño.

Él se volvió completamente hacia ella, empujando los hombros musculosos hacia atrás. Incluso con la mirada vidriosa, la ira hervía en sus ojos.

—¿Sabes quién soy?

—Un borracho tonto que me está haciendo perder el tiempo —respondió Nesta. Dos Sifones, de un azul más oscuro que los de Azriel, se erguían sobre el dorso de sus grandes manos—. Sal de aquí.

Emerie no se movió, como preparándose para la represalia. Y habló antes de que el macho pudiera responder.

—Hablaremos de esto más tarde, Bellius.

—Mi padre me envió a transmitir un mensaje.

—Mensaje recibido —replicó Emerie, levantando la barbilla—. Y mi respuesta es la misma: esta tienda es mía. Si tanto la desea, puede abrir la suya.

—Perra odiosa —espetó Bellius, y retrocedió un paso.

Nesta se rio. Su risa fue fría y hueca. Los fae y los humanos tenían más en común de lo que ella había imaginado. ¿Cuántas veces había visto a los acreedores de su padre pintarrajear la puerta de su casa para exigirle dinero que no tenía? Y luego llegó el momento en que fueron más allá de las amenazas. Cuando le destrozaron la pierna a su padre. Y toda sensación de seguridad fue destrozada con ella.

—Sal de aquí —ordenó Nesta de nuevo, señalando la puerta mientras Bellius se erizaba ante su risa desvanecida—. Hazte un favor y lárgate.

Bellius se alzó en toda su estatura, con las alas desplegadas.

—¿O qué?

Nesta se mordió las uñas.

—No creo que quieras averiguar de qué se trata ese «qué».

Bellius abrió la boca, pero intervino Emerie.

—Tu padre ya tiene mi respuesta, Bellius. Te sugiero que tomes un poco de agua de la fuente antes de volar a tu casa.

Bellius solo escupió sobre las tablas del suelo y se dirigió a la salida mientras le lanzaba a Nesta una mirada neblinosa al cerrar la puerta.

En silencio, Nesta y Emerie lo vieron tambalearse por la calle cubierta de nieve para extender sus alas. Nesta frunció el ceño cuando él salió volando hacia el cielo.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Nesta, ya frente a Emerie junto al mostrador.

—Mi primo. —Emerie se sintió un poco avergonzada—. Su padre es mi tío. Por parte de mi padre. —Y agregó antes de que Nesta volviera a preguntar—: Bellius es un joven idiota y arrogante. Está previsto que participe en el Rito de Sangre esta primavera, y su arrogancia ha aumentado estos últimos meses pues está seguro de que va a convertirse en un verdadero guerrero. Es bastante hábil y ha sido asignado en una unidad de exploración al continente, y acaba de regresar para celebrar sus logros, aparentemente. —Emerie limpió una mota invisible de suciedad en el mostrador—. Pero no esperaba encontrarlo borracho al mediodía.

Ese es un nuevo defecto en él. —El color manchó sus mejillas—. Lamento que hayas tenido que presenciar esto.

Nesta se encogió de hombros.

—Tratar con tontos borrachos es mi especialidad.

Emerie seguía jugueteando con la imaginaria suciedad del mostrador.

—Nuestros padres eran iguales. Creían que los niños debían ser duramente disciplinados por cualquier infracción. Había poco espacio para la piedad o la comprensión.

Nesta frunció los labios.

—Conozco a ese tipo de gente. —La madre de su madre había sido igual antes de morir debido a una fuerte tos que se convirtió en una infección mortal. Nesta tenía siete años cuando aquella dama de rostro severo, que insistía en que la llamaran abuela, le golpeó las palmas de sus manos hasta dejárselas en carne viva con una regla por unos pasos mal dados en sus lecciones de baile. «Niña torpe e inútil. Me haces perder el tiempo. Quizá esto te ayude a prestar atención a mis órdenes».

Nesta solo había sentido alivio cuando la vieja bestia murió. Elain, quien se había librado de las crueldades de la tutela de la abuela, lloró y obedientemente puso flores en su tumba, una a la que pronto se unió la lápida de su madre. Feyre era demasiado joven como para entender, pero Nesta nunca se molestó en llevar flores a su abuela. No, pues Nesta tenía una cicatriz cerca del pulgar izquierdo provocada por uno de los castigos más desagradables de aquella mujer. Nesta solo había dejado flores para su madre, cuya tumba había visitado más a menudo de lo que le gustaría admitir.

No había visitado ni una vez la tumba de su padre en las afueras de Velaris.

—¿Estás bien? —le preguntó Nesta a Emerie finalmente—. ¿Bellius va a volver?

—No —aseguró Emerie, moviendo la cabeza—. Quiero decir, estoy bien. Pero no… él es miembro de la banda de guerra Crestón de Hierro. Sus tierras están a pocas horas de vuelo de aquí. No volverá pronto. —Se encogió de hombros—. Recibo estas breves visitas de la familia de mi tío de vez en cuando. Nada que yo no pueda manejar. Aunque Bellius es nuevo. Supongo que piensan que es ya bastante adulto como para intimidarme. —Nesta abrió la boca, pero Emerie le mostró otra media sonrisa y cambió de tema—. Te ves bien. Mucho más saludable que cuando te vi… ¿Hace cuánto? Hace casi tres semanas. —Observó con cuidado a Nesta—. Nunca más volviste.

—Trasladamos nuestro entrenamiento a Velaris —explicó Nesta.

—Estaba a punto de escribirte antes de que Bellius me interrumpiera. Pregunté sobre la posibilidad de confeccionar ropa de cuero con vellón en el interior. —Emerie apoyó los antebrazos en el mostrador inmaculado—. Se puede hacer, pero no es barato.

—Entonces está más allá de mis posibilidades, pero gracias por preguntar de todos modos.

—Podría encargar que la hicieran y tú la pagas cuando puedas.

Era una oferta generosa. Mucho más allá de la bondad que cualquiera le hubiera mostrado a Nesta en el reino humano, cuando su padre había estado tratando de vender sus tallas de madera por unos lamentables cobres.

Solo Feyre los había mantenido alimentados y vestidos con sus escasos ingresos por las pieles y la carne que cazaba. Ella los había mantenido con vida. La última vez que cazó para ellos, la comida se había acabado el día anterior. Si Feyre no hubiera regresado a casa con carne esa noche, habrían tenido que morir de hambre o mendigar en el pueblo.

Nesta se había dicho a sí misma ese día que Tomás la iba a acoger, si era necesario. Quizá incluso también a Elain. Pero la familia de él se oponía pues ya tenían demasiadas bocas que alimentar. El padre de él se habría negado a alimentarla, sin dudarlo. Ella estaba preparada para ofrecer lo único que tenía para intercambiar con Tomás, si eso servía para impedir que Elain muriera de hambre. Habría vendido su cuerpo en la calle a cualquiera que pagara lo suficiente para alimentar a su hermana. Su cuerpo no significaba nada para ella…, nada, se había dicho a sí misma a medida que sentía que cada vez tenía menos opciones. Elain lo significaba todo.

Pero Feyre había vuelto con aquella comida. Y luego desapareció al otro lado de la pared.

Tres días después, Nesta rompió con Tomás. Furioso, se lanzó sobre ella, inmovilizándola sobre la enorme pila de leña amontonada a lo largo de la pared del granero. «Puta rencorosa —había gruñido él—. ¿Te crees mejor que yo? Actúas como una reina cuando no tienes una mierda». Ella nunca olvidó el ruido de su vestido al rasgarse, la lujuria en los ojos de él mientras sus manos le toqueteaban las faldas, tratando de levantarlas mientras manipulaba la hebilla de su cinturón.

Solo el terror puro y sin límites más el instinto de supervivencia la habían salvado. Dejó que él se acercara, que pensara que sus fuerzas fallaban, y luego

apretó con fuerza los dientes en su oreja. Y la arrancó.

Él gritó, pero ya la había soltado y eso fue suficiente para que ella se liberara de él y se moviera por la nieve, escupiendo sangre para sacársela de la boca, y no dejó de correr hasta que llegó a la cabaña.

Y luego llegó la noticia de los barcos de su padre. Los habían encontrado, con toda su riqueza intacta.

Nesta sabía que era mentira. Los baúles de joyas y oro no provenían de aquel condenado cargamento, sino de Tamlin, como pago por la mujer humana que había robado. Para ayudar a la familia a la que había condenado a morir, de no ser por la caza de Feyre.

Nesta apartó el recuerdo.

—Todo está bien. Pero gracias.

Emerie se frotó sus largas y delgadas manos.

—Hace mucho frío y estoy a punto de tomar mi descanso para almorzar. ¿Quieres que almorcemos juntas?

Aparte de Cassian, nadie la había invitado a comer en mucho tiempo. No le había dado a nadie razón alguna para hacerlo. Pero ahí estaba: una invitación humilde y honesta. De alguien que no tenía ni idea de lo terrible que era ella.

Almorzar con Emerie fue un lujo; era solo cuestión de tiempo que la hembra supiera más sobre Nesta. Que se enterara de las cosas horribles, y luego las invitaciones cesarían. ¿Había sido mejor que Bellius, borracho e hirviendo de odio durante meses? Si Emerie lo supiera, también la echaría de aquella tienda.

Pero, por el momento, ni los rumores ni la verdad le habían llegado.

—Me encantaría —aceptó Nesta, y lo dijo en serio.

La trastienda del negocio de Emerie estaba tan inmaculada como la parte de delante, aunque contra una pared se apilaban cajas de mercancías de reserva. Dos ventanas daban a un jardín cubierto de nieve y, más allá de eso, estaba el pico de montaña más cercano, que se alzaba contra el cielo gris con su masa rocosa.

A la derecha había una pequeña cocina, poco más que un fuego, un mostrador y una pequeña mesa de trabajo con algunas sillas de madera a su

alrededor, y Nesta se dio cuenta de que esa mesa era también el comedor. La mesa estaba puesta para una sola persona.

—¿Solo tú? —preguntó Nesta mientras Emerie iba hasta el mostrador de madera para tomar una fuente de rosbif y otra con zanahorias asadas. Las puso en la mesa delante de Nesta y cogió una barra de pan, junto con un cuenco de mantequilla.

—Solo yo. —Emerie abrió un armario para sacar un segundo servicio de mesa—. Ningún compañero ni esposo que me moleste.

Habló un poco tensa, como si hubiera algo más que eso.

—Igual que yo —replicó Nesta.

Emerie le dirigió una mirada irónica.

—¿Qué hay de ese guapo general Cassian?

Nesta bloqueó el recuerdo de la cabeza de él entre sus muslos, de su lengua deslizándose dentro de ella.

—Ni en sueños —dijo Nesta, pero los ojos de Emerie brillaron. Ella lo sabía.

—Bien. Es bueno conocer a otra hembra que no está obsesionada con el matrimonio y la fabricación de bebés —comentó Emerie y se sentó a la mesa a la vez que le hacía un gesto a Nesta para que hiciera lo mismo. Puso rosbif, zanahorias y pan en el plato de Nesta, y le alcanzó el cuenco de mantequilla—. Está todo frío, pero se supone que hay que comérselo así. Normalmente paro para almorzar, aunque solo el tiempo suficiente para alimentarme.

Nesta comenzó y gruñó.

—Está delicioso. —Tomó otro bocado—. ¿Lo has hecho tú?

—¿Quién si no? Aquí no tenemos ningún tipo de tiendas de alimentos salvo el carnicero. —Emerie señaló con el tenedor el jardín al otro lado del edificio—. Cultivo mis propias verduras. Estas zanahorias son de ese jardín.

Nesta probó con un mordisco.

—Tienen un sabor absolutamente delicioso. —Manteca, tomillo y algo brillante…

—La clave está en las especias. Que escasean por aquí, lamentablemente. Los ilyrios no las conocen ni les interesan.

—Mi padre era comerciante —dijo Nesta. Se abrió un enorme abismo en ella con esas palabras. Se aclaró la garganta—. Comerciaba especias de todo el mundo. Todavía puedo recordar el olor de sus oficinas… era como mil personalidades diferentes, todas apiñadas en un único espacio.

A Feyre le encantaba pasar mucho tiempo en la oficina de su padre,

fascinada por el oficio de comerciante, más de lo que era aceptable para una niña rica, como le habían enseñado a Nesta. Feyre siempre había sido así, con una total falta de interés por las normas que regían sus vidas, sin el menor interés por convertirse en una verdadera dama, lo que ayudaría a hacer avanzar la posición de su familia con un matrimonio ventajoso.

Rara vez estaban de acuerdo en algo. Y esas visitas a las oficinas del padre habían provocado un larvado resentimiento entre ellas. Feyre había tratado de que ella se interesara, le había mostrado muchas rarezas para tentarla. Pero Nesta apenas si escuchó las explicaciones de su hermana. Le interesaba más averiguar si los socios comerciales tenían hijos que pudieran ser buenos candidatos. A Feyre eso le desagradaba. Lo cual hizo que Nesta estuviera más decidida a hacerlo.

—¿Viajabas con él?

—No, mis dos hermanas y yo nos quedábamos en casa. No era apropiado que nosotras viajáramos por el mundo.

—Siempre olvido lo similares que son las ideas humanas y las de los ilyrios sobre lo que es apropiado. —Emerie tomó otro bocado—. ¿Te habría gustado ver el mundo, si hubieras podido?

—Era la mitad del mundo, ¿no? Con el muro en medio.

—Sigue siendo mejor que nada.

Nesta se rio entre dientes.

—Tienes razón. —Pensó en la pregunta de Emerie. Si su padre les hubiera ofrecido llevarlas en uno de sus barcos, hacerles ver costas extrañas y lejanas, ¿habrían ido? Elain siempre quiso visitar el continente para estudiar los tulipanes y otras flores famosas, pero su imaginación no iba más allá. Feyre había hablado alguna vez sobre las gloriosas obras de arte en los museos y residencias privadas en el continente. Pero eso era toda la parte occidental. Aparte de eso, el continente era vasto. Y hacia el sur se extendía otro continente. ¿Habría ido?

—Me habría resistido un poco —replicó Nesta finalmente—, pero después habría cedido a la curiosidad.

—¿Todavía tienes familia en los territorios humanos?

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años, y mi padre… él no sobrevivió a la última guerra. Sus padres murieron durante mi infancia. No tengo parientes por parte de mi padre, y mi madre tenía una prima, que vive en el continente y convenientemente se olvidó de nosotras cuando llegaron los tiempos difíciles.

Nesta había escrito carta tras carta cuando cayeron en la pobreza,

suplicándole a su prima Urstin que las acogiera. No habían recibido respuesta, y luego se acabó el dinero para el correo. Nesta todavía se preguntaba si su prima sabría algo de ellas, de lo ocurrido.

—¿Y qué hay de tu familia? —quiso saber Nesta, hablando con cautela. Había visto y escuchado lo suficiente acerca de Bellius como para tener una idea general, pero no pudo evitar la pregunta.

—Mi madre murió al darme a luz y mi hermano mayor murió en una escaramuza entre bandas de guerra diez años antes de que yo naciera. Mi padre murió durante la guerra con Hybern. —Las palabras eran rígidas, frías—. No me interesa el resto de mi familia, aunque la familia de mi padre insiste en reclamar esta tienda y sus riquezas como suyas.

—No tienen derecho a ello, ¿verdad?

—No. Rhysand cambió las leyes de herencia hace siglos para incluir a las hembras, pero a mis tíos no parece importarles. Siguen apareciendo de tanto en tanto para molestarme como estaba haciendo Bellius. Creen que una hembra no debería tener su propio negocio, que yo debería casarme con un macho de este pueblo y dejarles la tienda a ellos. —Hizo una mueca—. Son unos buitres.

Emerie había terminado su almuerzo y sirvió un poco de té a cada una.

—Es una pena que no vengas por aquí más a menudo. Me vendría bien otra persona sensata con quien hablar.

Nesta parpadeó ante el cumplido, ante la parte de verdad que revelaba sobre Emerie: no estaba contenta en ese lugar. Todas esas preguntas sobre viajar…

—¿Alguna vez has pensado en mudarte?

Emerie se atragantó con la risa.

—¿E irme dónde? Al menos aquí conozco a la gente. Nunca he salido de este pueblo. Ni siquiera he subido a la cima de esa montaña que está allí. —Hizo un gesto en dirección a la ventana, y Nesta se esforzó para no mirarle las alas.

Nesta tomó un sorbo de su té. Era una infusión fuerte, con un toque picante. Debió de hacer una mueca porque Emerie le dio una explicación en voz baja.

—El té es escaso aquí, un lujo que me doy. Pero para estirarlo, le agrego un poco de corteza de sauce. Eso también me ayuda con algunos de mis… dolores.

—¿Qué dolores?

—A veces me duelen las alas. Las cicatrices, quiero decir. Como una vieja herida.

Nesta reprimió su compasión. Se terminó el té justo al mismo tiempo que Emerie.

—Gracias por la comida —dijo. Al levantarse cogió su plato.

—Yo lo hago. —Emerie se apresuró a ir al otro lado de la mesa—. No te preocupes.

Se movía con gracia sencilla, como alguien que confía en su cuerpo.

Nesta se dirigió a la salida de la tienda.

—El entrenamiento que estoy haciendo con Cassian —dijo antes de salir, finalmente expresando la razón de esa visita—, en la Casa del Viento, está abierto para cualquiera… para cualquier hembra, quiero decir. Hembras que hayan experimentado… violencia. —Las alas de Emerie, su horrible familia, no tenían nada que ver con lo que Gwyn había soportado, pero los traumas de cada una tenían diferentes máscaras—. Entrenamos todas las mañanas, de nueve a once, aunque a veces se alarga hasta el mediodía. Eres bienvenida si quieres venir.

Emerie se puso tensa.

—No tengo forma de llegar allí, pero agradezco el ofrecimiento.

—Alguien podría venir a buscarte y traerte de regreso. —Nesta no sabía quién, pero si tuviera que pedírselo incluso a Rhys, estaba dispuesta a hacerlo.

—Es un ofrecimiento generoso, pero tengo que ocuparme de mi tienda. —La cara de Emerie no decía nada, como el rostro de Azriel, endurecido por la batalla —. No me interesa un entrenamiento de guerrero. Dudo que gane clientes en esta ciudad si se enteran de que estoy haciendo tal cosa.

—No pareces ser cobarde.

Las palabras resonaron entre ellas.

Emerie se mordió el labio. Pero Nesta se encogió de hombros.

—Envíame un mensaje si deseas unirte a nosotros. El ofrecimiento sigue en pie.

Cassian odiaba admitirlo, pero para ser un imbécil mimado y desalmado, Eris tenía un lado útil. Principalmente uno: la burbuja de calor que los calentaba contra los vientos fríos que atravesaban los pinos de las estepas ilyrias. Algo de fuego mágico para calentarle los huesos.

—El Tesoro del Miedo —musitó Eris mientras contemplaba el denso cielo gris que amenazaba nieve—. Nunca he oído hablar de esos objetos. Aunque no

me sorprende.

—¿Tu padre sabe algo de ellos? —Las estepas no eran territorios neutrales, pero estaban lo suficientemente vacías como para que Eris finalmente aceptara la petición de Cassian de reunirse allí. Después de tardar días en responder a su mensaje.

—No, gracias a la Madre —respondió Eris y cruzó los brazos—. Me lo habría dicho si lo supiera. Pero si el Tesoro tiene una sensibilidad como la que tú sugieres cuando quiere ser encontrado… Me temo que también podría alcanzar a otros. No solo a Briallyn y a Koschei.

Que Beron poseyera el Tesoro sería un desastre. Él se uniría a las filas del rey de Hybern. Podría convertirse en algo terrible e inmortal como Lanthys.

—¿Así que Briallyn no informó a Beron sobre su búsqueda del Tesoro cuando la visitó?

—Aparentemente, ella tampoco confía en él —explicó Eris. Su rostro en estado de contemplación—. Tengo que pensar en eso.

—No se lo digas —le advirtió Cassian.

Eris sacudió la cabeza.

—Me malinterpretas. No le voy a decir absolutamente nada. Pero el hecho de que Briallyn le esté escondiendo activamente sus planes de mayor alcance… —Asintió con la cabeza, más bien para sí mismo—. ¿Es por eso que Morrigan ha vuelto a Vallahan? ¿Para descubrir si saben algo del Tesoro?

—Quizá —mintió Cassian. Ella todavía estaba tratando de convencerlos para que firmaran el nuevo tratado. Pero Eris no tenía por qué saber eso.

—Y yo que pensaba que Morrigan —confesó Eris— iba allí tan a menudo para esconderse de mí.

—No te hagas ilusiones. Es solo una coincidencia. —No estaba seguro de si la mentira se sostenía.

—¿Por qué no debería hacerme ilusiones con esos pensamientos? Tú te haces ilusiones pensando que eres más que un bastardo mestizo.

Los Sifones de Cassian brillaron sobre sus manos, y Eris sonrió irónico ante la evidencia de que había dado en el blanco. Pero Cassian se obligó a hablar con calma.

—Esa es toda la información que tengo.

—Me has dado mucho para pensar.

—Asegúrate de mantenerlo en secreto —advirtió Cassian de nuevo.

Eris le guiñó un ojo antes de transportarse y desaparecer.

Solo en medio de los aullidos salvajes, Cassian dejó escapar un suspiro. Se abrazó al viento frío, al olor del pino fresco y deseó que eso se llevara su irritación y su malestar.

Pero estos no se fueron. Por alguna razón, no se fueron.

Capítulo 26

Sin hacer entrenamiento adicional entre las pilas de libros, Nesta se sintió menos exhausta al salir de la biblioteca. Cassian la había pasado a buscar por el Refugio del Viento después de dos horas y media, y estaba tan aburrida de esperar sentada en la casa de la madre de Rhys que casi sonrió al verlo. Pero el rostro de Cassian estaba tenso, sus ojos, fríos y distantes, y apenas habló con ella cuando apareció Rhys. Y Rhys también apenas habló con ella, pero eso era de esperar. Lo mejor era que no hablaran en absoluto.

—Te veré más tarde —fue lo único que dijo Cassian antes de irse otra vez con Rhys, después de que el alto lord los llevara de vuelta a la Casa del Viento, su rostro siempre tenso y enojado.

Con la energía extra zumbándole por todo el cuerpo esa noche, ella se preguntaba de manera incesante por qué Cassian había estado tan molesto. Nesta no tenía ganas de comer en su habitación e irse a dormir. Así que se dirigió al comedor.

Cassian descansaba en su silla, con una copa de vino en la mano, con la mirada perdida. Un príncipe guerrero pensativo, contemplando la muerte de sus enemigos. Ella dio un paso para entrar en la habitación y la copa de vino desapareció.

Ella resopló.

—No estoy tan desquiciada por el vino como para quitártelo de las manos.

—La Casa tiene órdenes específicas… nada de vino cuando estés en la habitación. —Flexionó los dedos mientras se acomodaba en su asiento—. Yo se las di.

—Ah. —Ella ocupó el asiento frente a él mientras aparecían un servicio de mesa y una fuente de comida, junto con agua para ambos.

Cassian volvió a mirar su plato a medio terminar. Ella no le había visto el rostro tan serio desde la guerra.

—¿Pasó algo con las reinas o con el Tesoro?

Él parpadeó.

—¿Qué? —Luego encogió un solo hombro—. No, solo que… Eris estuvo tan encantador como siempre. —Jugueteó con el tenedor empujando el pollo asado.

Nesta cogió su propio tenedor. Tenía tanta hambre que dejó que el tema se perdiera mientras devoraba su comida. Cuando ella comenzó a saciar su hambre, volvió a hablar.

—Invité a Emerie a unirse al entrenamiento.

—Supongo que dijo que no. —El tono de sus palabras fue inexpresivo, su rostro, distante.

—Efectivamente. Pero si cambia de opinión, pensé que tal vez alguien podría transportarla hasta aquí.

—Por supuesto. —Ella pudo darse cuenta de que él no estaba simplemente siendo brusco con ella… él estaba tan preocupado con lo que fuera que lo estaba carcomiendo que apenas podía hablar.

Eso le molestó más de lo que debería molestarle. Tanto era así que fue inevitable que le hiciera una pregunta.

—¿Qué ha pasado? —Ella se obligó a comer más, actuando de la manera más relajada posible, tratando de convencerlo para que se abriera. Para hablar de lo que le había provocado esa mirada tan dolida.

Cassian bajó la mirada hasta su plato y le contó sobre la reunión con Eris.

—Así que Eris está decidido a ayudarnos a encontrar el Tesoro… y a asegurarse de que su padre no ponga las manos en él, y ni siquiera de que se entere —concluyó Nesta cuando él terminó—. ¿No es eso algo bueno? ¿Por qué estás irritado? ¿Por qué te ves tan abatido?

—Es la fealdad de su maldita alma lo que me irrita. No me importa que me llame bastardo mestizo. —Ella se dio cuenta de que Eris lo había llamado así ese día. La rabia se apoderó de ella—. Es que, aliado o no, lo odio. Es tan escurridizo y flemático y… No lo soporto. —Dejó el tenedor y miró hacia la ventana detrás de ella—. Eris y sus retorcidos juegos de palabras y de política son un enemigo que no sé cómo manejar. Cada vez que me encuentro con él,

siento que él lleva las de ganar. Como que yo solo puedo ir tras él, y que él ve a través de cada torpe intento mío de ser astuto. Tal vez eso me convierta en un bruto estúpido después de todo.

Un dolor verdadero se apoderó de su rostro… y tanto desprecio por sí mismo que Nesta se levantó de su asiento. Él se quedó quieto cuando ella se acercó rodeando la mesa, y solo levantó la cabeza cuando ella se apoyó contra el borde de la mesa junto a su plato.

—Rhys debería matarlo y terminar con esto.

—Si alguien va a matar a Eris, será Mor o seré yo. —Sus ojos color avellana estaban casi suplicando. No a ella, lo sabía, sino al destino—. Pero matarlo demostraría que él y los de su calaña tenían razón sobre mí. Y, a pesar de lo que siento por Eris, él sería un mejor alto lord que Beron. No importa lo que yo quiera, el hecho es que hay que considerar el bienestar de la Corte Otoño.

Cassian era bueno. En su alma, en su corazón de guerrero, Cassian era bueno de una manera que Nesta sabía que la mayoría de la gente no lo era. De una manera que ella sabía que ella no lo era y nunca lo sería.

No era un guerrero que mataba por capricho, sino un hombre que cuidadosamente evaluaba cada vida en sus manos. Que iba a defender lo que amaba hasta la muerte.

Y Eris… Había herido a Cassian. Con lo que le había hecho a Morrigan, sí, pero también con palabras tan similares a las que la propia Nesta había esgrimido. La herida estaba en los ojos de Cassian, tan abierta como cualquier herida.

La vergüenza se apoderó de ella. Vergüenza, ira y una especie de salvaje desesperación. Ella no podía soportar el dolor en los ojos de él, tambaleándose al borde de la desesperación. No podía soportar la ausencia de sonrisas, guiños y pavoneos que ella conocía tan bien.

Haría cualquier cosa para deshacerse de esa mirada. Aunque fuera por unos pocos momentos.

Así que Nesta apoyó las manos en los brazos de la silla de él y le dio un fugaz beso en el cuello.

Cassian se quedó sin aliento. Y ella le dio otro beso en la suave piel cálida del cuello, justo debajo de la oreja. Otro, más abajo esta vez, más cerca del cuello de su camisa oscura.

Él tembló y ella le besó el nudo duro en el centro de la garganta.

Lo lamió.

Cassian se estremeció en su silla, y dejó escapar un leve gemido. Levantó la mano para ponerla en la cadera de ella, como si fuera a detenerla, pero ella se la apartó.

—Déjame —dijo ella sobre su cuello—. Por favor.

Él tragó saliva y aquel nudo duro se movió contra su boca. Pero no la detuvo, así que Nesta lo besó de nuevo, y fue al otro lado del cuello. Llegó a ese punto justo debajo de la oreja mientras le ponía una mano en el pecho donde sintió los latidos de su corazón martilleando en la palma de su mano.

No lo besó en la boca. No quería esa distracción. No mientras ella se deslizaba entre él y la mesa para caer de rodillas.

Él abrió los ojos de par en par.

—Nesta.

Acercó las manos a la parte superior de sus pantalones. El bulto ya presionaba contra la tela.

—Por favor —imploró ella de nuevo, y lo miró a los ojos. Desde donde estaba arrodillada entre las piernas de Cassian, él se elevaba por encima de ella, y el borde de sus ojos se suavizaron casi imperceptiblemente antes de asentir con un movimiento de cabeza. Él la ayudó con los botones y los tirantes, y ella puso una mano sobre la de él.

Los dedos de ella se movían con firmeza, con seguridad, mientras le desabrochaba los pantalones. Ella lo tenía muy claro en su cabeza.

Los músculos de los muslos se apretaron sobre ella mientras lo liberaba. Casi se queda sin aliento.

Su pene era enorme. Hermoso, duro y absolutamente enorme. A ella se le secó la boca, y todo lo que antes había pensado hacer requería una revaluación. No había forma de que cupiera totalmente en su la boca. Quizá ni siquiera había manera de que entrara en su cuerpo.

Pero sin ninguna duda ella quería intentarlo.

Le temblaban un poco los dedos mientras acariciaban el grueso y largo falo. La piel era muy suave… más suave que la seda o el terciopelo. Y estaba duro como el acero. Él se estremeció y ella levantó la vista y vio que la mirada de él estaba fija en la mano de ella.

—¿Te gusta? —le preguntó ella, con voz entrecortada mientras una ardiente necesidad la recorría entera. Envolvió su mano alrededor del pene… sus dedos apenas capaces de completar el círculo—. ¿Suave? —Lo acarició con la suavidad de una pluma, apenas apretándolo.

Cassian negó con la cabeza, como si estuviera más allá de las palabras.

Lo acarició de nuevo, un poco más fuerte.

—¿Así?

El pecho de él palpitaba y los dientes le brillaban mientras los apretaba. Y negó moviendo la cabeza.

Nesta sonrió y cuando lo acarició por tercera vez, apretó con fuerza, e hizo que las uñas rozaran la sensible parte inferior del pene.

Él arqueó las caderas apartándolas de la silla y ella las sujetó con una mano.

—Ya veo —murmuró ella, y volvió a hacerlo. Con más fuerza todavía, haciendo girar el puño al llegar al glande.

Él trató de arquearse sobre su mano, pero ella lo inmovilizó de nuevo con esa otra mano.

—¿Y esto? —ronroneó, bajando la cabeza—. ¿Te gusta esto?

Nesta lamió el glande, y metió la lengua en la pequeña hendidura de la punta. Lamió la pequeña gota de humedad que ya se acumulaba allí.

Todo en el cuerpo de ella se derretía; una oleada de humedad resbaladiza se extendió entre sus muslos cuando el sabor de él le llenó la boca, sal y algo más, algo vital.

—¡Dios! —jadeó Cassian. Y las palabras, el gemido que las transportaba, eran tan deliciosos que Nesta se metió la suave punta en la boca y acarició con la lengua toda la parte inferior.

Él echó la cabeza hacia atrás contra la silla con un suspiro.

Ella lamió el tronco con un movimiento largo. Apretó sus propios muslos mientras lo saboreaba, sintió todo aquel acero caliente y orgulloso contra su boca. Lamió el otro lado, humedeciéndolo todo, haciendo que le resultara más fácil envolverlo con la boca otra vez y deslizarlo entre sus labios.

Él la llenó casi de inmediato, y ella miró hacia abajo y descubrió que todavía había tanto de él a la vista que tuvo que agregar su otra mano.

—Nesta —suplicó él, y ella lo acarició otra vez, sacándolo casi totalmente antes de metérselo de nuevo en la boca, y relajó la garganta, desesperada por tener tanto de él en su boca como pudiera caber.

Cassian hundió la mano entre su pelo, agarrándola, y ella se dio cuenta de que él se estaba conteniendo. No quería lastimarla, ni disgustarla.

Y eso no serviría. Para nada.

Ella quería que él se deshiciera, quería que le agarrara la cabeza y la penetrara por la boca con toda la fuerza que él quisiera.

Así que cuando Nesta lo metió en su boca de nuevo, con la mano moviéndose al mismo ritmo, arrastró los dientes. Lo hizo con la fuerza suficiente como para provocarle dolor, apenas un poquito de dolor.

Cassian empujó y ella lo dejó. Lo apretó con la mano lo suficiente como para indicarle que eso era lo que ella quería, deseaba que él se dejara llevar. Ella retiró los labios hasta la punta, y le pasó la lengua alrededor mientras lo miraba a través de las pestañas.

Los ojos de él estaban sobre ella, muy abiertos y vidriosos de lujuria.

Y cuando Cassian se encontró con la mirada de ella, cuando la vio mirándolo…

Él acabó.

Él no pudo soportarlo. Fue una tortura, un tipo especial de tortura, tenerla arrodillada ante él con su pene en la boca y en la mano y no poder rugir de placer. Pero luego ella lo miró a través de las pestañas, y verla con su pene entre los labios hizo que algo se rompiera.

No le importó que estuvieran en el comedor, que una pared de ventanas y puertas rodeara la mitad del espacio y cualquiera que pasara volando los pudiera ver.

Cassian deslizó su otra mano en el pelo de ella, con los dedos entrelazados sobre aquella corona de trenzas, y empujó el pene en su boca.

Ella lo recibió en profundidad y gimió tan fuerte que reverberó a lo largo del pene y directamente en sus testículos. Se apretaron aún más y la tensión se acumuló en su columna, un nudo abrasador que le hizo empujar otra vez el pene en la boca de ella. Estaba completamente a su merced.

Nesta gimió una vez más, un suave estímulo, y Cassian no necesitó nada más. Le agarró el pelo, el cuero cabelludo, manteniéndola en su lugar, y empujó las caderas. Ella recibió cada uno de los empujones, con la boca y la mano moviéndose al mismo ritmo, hasta que el calor resbaladizo de ella, los dientes que a veces lo raspaban, lo provocaban, la tensión del puño de ella… eran insoportables, eran todo lo que a él le importaba.

Cassian la penetró por la boca, y sus gemidos lo encendieron más todavía. Quería quitarle los pantalones y penetrarla tan profundamente que ella gritara su

nombre al techo.

Él intentó sacar el pene de su boca, pero Nesta se negó a moverse. Él gruñó, apretó los dedos en su cabeza para tranquilizarla.

—Quiero estar dentro de ti —logró decir con voz áspera.

Pero Nesta lo miró de nuevo por entre las pestañas, y él vio cómo su pene desaparecía en la boca de ella. La punta chocó contra la parte posterior de su garganta.

Oh, Dios. Apretó los dientes.

—Quiero acabar dentro de ti.

Nesta solo soltó una carcajada y lo chupó tan profundamente que él no pudo detenerse. No pudo detener la liberación mientras ella deslizaba la otra mano en sus pantalones para acariciarle los testículos, apretándolos suavemente.

Cassian acabó con un rugido que sacudió los vasos en la mesa, arqueándose dentro de ella mientras derramaba todo en su garganta.

Ella lo recibió, lo recibió a él, y cuando él dejó de temblar, suavemente, con gracia, deslizó su boca para apartarse de él.

Nesta le sostuvo la mirada mientras tragaba. Tragó cada gota de lo que él había derramado en su boca. Y luego sus labios se curvaron hacia arriba. Era una reina triunfante.

Cassian jadeó, sin importarle que su pene todavía estuviera afuera, húmedo y goteando, solo sabía que ella estaba a escasos centímetros de distancia y él le iba a devolver ese particular favor que ella le había hecho.

Nesta se puso de pie, con los ojos puestos en su pene. El calor en su mirada amenazó con quemarlo, y el olor de su excitación envolvió a Cassian por completo y le clavó profundamente las garras.

—Quítate los pantalones —le gruñó él.

La sonrisa de Nesta se ensanchó, pura diversión felina.

La iba a poseer sobre esa mesa. En ese mismo momento. A él no le importaba ninguna otra cosa, ni el espacio común en el que estaban, ni Eris, ni Briallyn, ni Koschei ni el Tesoro del Miedo. Necesitaba estar dentro de ella, sentir esa estrechez caliente a su alrededor y apoderarse de ella, como ella se había apoderado de él.

Los dedos de Nesta se deslizaron hasta los botones y cordones de sus pantalones, y él se estremeció al verlos liberar el último botón…

Se oyeron pasos por el pasillo. Una advertencia. De alguien que sabía cómo permanecer en silencio.

Cassian se puso tenso y metió el dolorido pene en los pantalones. Nesta oyó el sonido y se alejó unos metros, abrochándose el pantalón. Cassian apenas había terminado de arreglarse, cuando entró Azriel.

—Buenas noches —saludó su hermano con un irritante nivel de calma, y se dirigió hacia la mesa.

—Az. —Cassian no pudo evitar la dureza del tono de su voz. Miró a su hermano a los ojos. Este lo sabía todo y en silencio el otro le transmitió toda la molestia que sintió por el mal elegido momento. Azriel solo se encogió de hombros, atento a la comida que la Casa le había servido. Como si supiera exactamente lo que había interrumpido y se tomara muy en serio sus deberes de carabina.

Nesta los observaba, pero apenas Cassian se volvió hacia ella, que se puso en movimiento, apartó la mesa y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches. —Ella no esperó a que él respondiera y desapareció.

Cassian le dirigió una mirada furiosa a Az.

—Gracias.

—No sé de qué estás hablando —replicó Az, aunque sonrió mirando su comida.

—Estúpido.

Az se rio entre dientes.

—No muestres tu juego de una vez, Cass.

—¿Qué se supone que significa eso?

Az señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Guarda algo para más tarde.

—Entrometido.

Az tomó un bocado.

—Le dejas que te chupe la polla en medio del comedor. En una mesa que estoy usando ahora para cenar. Diría que eso me da derecho a opinar.

Cassian se rio, su anterior tristeza desapareció. Por ella. Todo por ella.

—Tienes razón.

Capítulo 27

Nesta no tenía la menor idea de cómo iba a mirar a Cassian a la cara la mañana siguiente, pero Gwyn le proporcionó un amortiguador que estaba muy dispuesta a usar. Encontró a la sacerdotisa en la escalera subiendo al lugar de entrenamiento, y Gwyn le dirigió una sonrisa brillante.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Nesta, poniéndose a la par de ella—. ¿Algo sobre el Tesoro?

Gwyn negó con la cabeza. Ella todavía llevaba su túnica, aunque había tenido la precaución de atarse el cabello hacia atrás en una apretada trenza.

—Hasta le pregunté a Merrill anoche. Ella atravesó aquel encantamiento, pero más allá de algunas menciones en viejos textos, no pudo encontrar nada más de lo que ya sabes. Ni una pista sobre cuándo o dónde se perdieron, o quién los perdió. No podemos siquiera descubrir quién los poseyó por última vez, ya que es información que se remonta al menos diez mil años atrás.

Siempre era un *shock* recordar cuán antiguos eran los fae. Cuán antigua debía de ser Amren, para haber recordado los objetos del Tesoro del Miedo cuando todavía estaban libres en el mundo. Pero aparentemente ni siquiera Amren recordaba quién los había usado por última vez.

Nesta dejó de pensar en esa hembra y la fría porción de dolor que acompañaba ese pensamiento.

—Podría resultar una tarea imposible —sugirió Gwyn, y torció la boca hacia un lado—. ¿No hay otra forma de encontrarlo?

La había. Involucraba huesos y piedras. El cuerpo de Nesta se bloqueó.

—No —mintió—. No hay otra manera.

—¿Vas al Refugio del Viento? —le preguntó Nesta a Cassian cuando Gwyn se despidió de ellos al final de la lección. Gwyn había comenzado con las posiciones de lucha esa mañana, y eso había acaparado la atención de todos, de modo que Nesta no había tenido un momento para hablar realmente con él a solas. Solo hubo una mirada un poco más larga cuando ella apareció, y eso fue todo.

No se arrepentía de lo que había hecho en el comedor. Aunque era claramente obvio que Azriel sabía lo que había interrumpido.

Pero estar allí, a solas con Cassian… El sabor de él persistía en su boca, como si se hubiera quedado marcado en su lengua.

Había permanecido despierta en la cama la noche anterior pensando en cada movimiento, en cada sonido emitido por él. Todavía sentía la presión de sus dedos en la cabeza mientras él empujaba el pene en su boca. Solo el recuerdo la había hecho deslizar una mano entre sus piernas, y necesitó encontrar dos veces el alivio antes de que su cuerpo estuviera suficientemente calmado como para dormir.

Cassian sacó su chaqueta de donde la había dejado, metida entre la ropa de cuero negro y las protectoras escamas imbricadas.

—Tengo que inspeccionar las legiones de nuevo. Debo asegurarme de que se están preparando para un posible conflicto y de que los reclutas estén en buena forma.

—Ah. —Los ojos de ambos se encontraron, y ella podría haber jurado que los de él se oscurecieron, como si recordara cada delicioso momento de la noche anterior. Pero sacudió la cabeza para apartar las telarañas.

—Gwyn lo está haciendo bien —comentó Cassian, moviendo la cabeza hacia la arcada por donde la sacerdotisa se había ido—. Es una muchacha agradable.

Nesta se había enterado de que Gwyn tenía veintiocho años…

Por supuesto, solo una niña para él.

—Me gusta —admitió Nesta.

Cassian parpadeó.

—No creo haberte escuchado decir eso sobre nadie. —Ella puso los ojos en blanco, pero él agregó—: Es una lástima que las otras sacerdotisas no vengan.

Nesta revisaba la hoja de registro todos los días, pero nadie más había agregado su nombre. Gwyn le dijo a Nesta que ella personalmente había invitado a algunas de las sacerdotisas, pero estaban demasiado asustadas, demasiado inseguras.

—No sé qué puedo hacer para animarlas —comentó Nesta.

—Sigue haciendo lo que estás haciendo. —Él terminó de abrocharse la chaqueta.

Una fresca brisa otoñal pasó junto a ellos, llevando consigo los aromas de la ciudad allá abajo: pan, canela y naranjas; carnes asadas y sal. Nesta inhaló, identificando cada uno de esos olores, preguntándose cómo podían todos de alguna manera combinarse para crear una sensación singular de otoño.

Nesta inclinó la cabeza cuando se le ocurrió una idea.

—Si vas a pasar por el Refugio del Viento, ¿puedes hacerme un favor?

Cassian se detuvo en la tienda de Emerie e hizo su mejor intento para esbozar una sonrisa no amenazadora mientras extendía el contenido del saco que había llevado.

Emerie miró lo que colocó en su prístino mostrador.

—¿Nesta te ha dado esto?

Técnicamente, le había informado Nesta, la Casa se lo había dado a ella. Pero ella le había pedido a la Casa esos artículos, con la intención de que los llevaran allí.

—Me ha dicho que es un regalo.

Emerie cogió un bote de latón, abrió la tapa e inhaló. El aroma ahumado y aterciopelado de las hojas de té salió flotando.

—Oh, esto sí que es bueno. —Levantó un frasco de vidrio con polvo finamente molido. Cuando giró la tapa y la sacó, un picante aroma a nuez llenó la tienda—. Comino. —Su suspiro fue como el de un amante. Pasó a otro, y a otro, y a otro, seis recipientes de vidrio en total—. Cúrcuma, canela, pimentón dulce, clavo y… —leyó la etiqueta— pimienta negra.

Cassian dejó el último recipiente sobre la mesa, una gran caja de mármol que pesaba al menos medio kilo. Emerie quitó la tapa y soltó una carcajada.

—Sal. —Pellizcó los cristales escamosos entre sus dedos—. Mucha sal.

Sus ojos brillaron y una extraña sonrisa le cubrió el rostro. Eso la hizo parecer más joven al borrar el peso y las cicatrices de todos aquellos años con su padre.

—Por favor, dale las gracias de mi parte.

Él se aclaró la garganta, recordando el discurso que Nesta le había hecho memorizar.

—Nesta dice que puedes agradecérselo presentándote al entrenamiento mañana por la mañana.

La sonrisa de Emerie vibró.

—Ya le dije el otro día que no tengo medios para llegar.

—Ella intuyó que dirías eso. Si quieres venir, envía un mensaje y uno de nosotros te llevará. —Tendría que ser Rhys, pero dudaba que su hermano se opusiera—. Si no puedes quedarte todo el tiempo, no importa. Ven una hora, antes de abrir la tienda.

Los dedos de Emerie se apartaron de las especias y del té.

—No es el momento adecuado.

Cassian sabía que era mejor no insistir.

—Si alguna vez cambias de opinión, háznoslo saber. —Se apartó del mostrador y se dirigió a la puerta.

Sabía que Nesta le había enviado el regalo en parte para tentar a Emerie a participar en el entrenamiento, pero también gracias a la bondad de su corazón. Él le había preguntado por qué le enviaba esos artículos, y la respuesta fue: «Emerie necesita especias y un buen té».

Eso lo sorprendió, tal como lo había sorprendido antes escucharla admitir que le gustaba Gwyn.

Nesta cerca de Gwyn era una criatura completamente diferente a la que era en la corte. No se hacían bromas ni se reían entre ellas, pero había una cordialidad que él nunca había presenciado, ni siquiera cuando Nesta estaba con Elain. Ella siempre había sido la protectora de Elain, o la hermana de Feyre, o la que fue hecha en el Caldero.

Con Gwyn… él se preguntaba si a Nesta le agradaba la chica porque con ella se sentía completamente ella misma. Quizá sentía lo mismo respecto de Emerie.

¿Había ido ella a Velaris, noche tras noche, no solo para distraerse y aturdirse, sino también para estar cerca de personas que ignoraran el peso de todo lo que ella cargaba?

Cassian llegó a la puerta y dejó escapar un suave suspiro. Se negaba a pensar

en lo que ella le había hecho en el comedor mientras estaban en el entrenamiento, sobre todo con Gwyn allí, pero al ver el atisbo de sonrisa de Nesta cuando metía el té y las especias en una bolsa, él tuvo que contener su impulso de empujarla contra la pared y besarla.

No tenía ni idea de cuál era la situación entre ellos. Si habían vuelto a una etapa de favor por favor. Ella no le había dado ni la menor pista de si lo iba a dejar que se metiera en su cama, o si ella se había arrodillado para sacarlo del estado de melancolía en el que había caído.

Si era así, eso implicaba cierto nivel de preocupación por el bienestar de él, ¿no? Y lástima. Joder… y si se la había chupado porque le tenía lástima…

No. No era eso. Él había visto el deseo en los ojos de ella, él sintió la suavidad de su boca en el cuello en aquellas caricias iniciales. Fueron reconfortantes, brindadas de la única forma que ella sabía hacerlo.

Cassian abrió la puerta y miró hacia atrás. Vio a Emerie todavía concentrada en el mostrador, con la mano apoyada sobre las especias y el té. Sus ojos tenían una expresión solemne, sus labios eran una línea apretada. No parecía consciente de su presencia, así que consideró que era el momento oportuno de irse y saltó rumbo al cielo.

Nesta subió los escalones hacia el campo de entrenamiento pensando en el Tesoro del Miedo. Supuso que los demás no habían tenido mejor suerte que ella, y si las cosas eran realmente tan urgentes como Azriel aseguraba, entonces quizá investigar en la biblioteca no era la mejor vía.

Pero su estómago se encogió al considerar la otra opción, al recordar qué había ocurrido la primera y única vez que había hecho una adivinación. Sus manos temblaban cuando subió el último de los escalones. Apretó los dedos y cerró los puños y soltó un aliento constante por la nariz.

Cassian ya estaba en el centro del *ring*. Sonrió cuando la vio aparecer.

Era una sonrisa más amplia que la habitual, emocionada y… complacida.

Los ojos de Nesta se entrecerraron cuando entró en el brillo del campo de entrenamiento. Gwyn ya estaba esperando a poca distancia de Cassian. Una sonrisa le iluminaba el rostro.

Y delante de ellos, bebiendo un vaso de agua junto a la jarra, estaba Emerie.

Capítulo 28

Así como Gwyn había sido elegante, Emerie resultó ser, en la misma proporción, torpe y carente de equilibrio.

—Tiene que ver con tus alas —le explicó Cassian con tanta gentileza que Nesta, que hacía equilibrio sobre una pierna y llevaba la otra hacia atrás, casi se cae al suelo junto a Emerie—. Sin el uso pleno de tus alas, tu cuerpo compensa ese desequilibrio de esa manera. —Él movió la cabeza para indicar la caída hacia delante que ella había sufrido.

Gwyn detuvo su propio ejercicio de equilibrio.

—¿Por qué?

—Las alas en general actúan como contrapeso. —Le ofreció una mano para ayudar a Emerie a levantarse—. Están llenas de delicados músculos que constantemente se ajustan y estabilizan sin que nosotros pensemos en ello. —Emerie ignoró su mano y se puso de pie. Cassian explicó cuidadosamente—: Muchos de los músculos clave pueden verse afectados cuando a alguien le cortan las alas.

Gwyn miró a Nesta, quien se tensó y frunció el ceño. Gwyn y Emerie habían desarrollado una espontánea camaradería en cuestión de minutos. Esto pudo haberse debido a que Gwyn acribilló a Emerie con preguntas sobre su tienda mientras hacían los ejercicios de apertura.

Emerie se sacudió el polvo de las perneras de sus ropas de cuero, más sueltas que las que llevaba Nesta, como si se sintiera incómoda con ropa ceñida.

Los ojos de Cassian se suavizaron.

—¿Cuál de los curanderos te cortó las alas?

Emerie levantó la barbilla y el color se apoderó de su rostro. Pero lo miró a los ojos… con un nivel de franqueza que Nesta no pudo más que admirar.

—Mi propio padre lo hizo.

Cassian maldijo con una palabrota en voz baja.

Emerie habló con voz fría.

—Luché y me resistí, así que su trabajo salió menos prolijo.

Gwyn y Nesta se quedaron calladas mientras Emerie estiraba su ala derecha casi del todo antes de que se encogiera temblando. El rostro de Emerie también temblaba.

—Esta no la puedo estirar más que hasta ahí. —Estiró el ala izquierda… hasta apenas la mitad de su longitud—. Esto es todo lo que puedo hacer en este lado.

Cassian parecía estar a punto de vomitar.

—Mereció morir en aquella batalla. Merecía morir mucho antes de eso, Emerie. —El brillo de sus Sifones indicó que estaban de acuerdo, y algo salvaje y malvado hirvió en la sangre de Nesta al escuchar las roncas palabras de él y ver la pura rabia en su rostro.

Emerie plegó las alas.

—Merecía morir por mucho más que por lo que le hizo a mis alas.

—Si vas a venir a Velaris todos los días, puedo traer a Madja. Ella es la sanadora privada de la corte. —Rhys había traído a Emerie, se enteró Nesta. Y la llevaría de vuelta en una hora.

Emerie solo se puso más tensa.

—Agradezco el ofrecimiento, pero no es necesario.

Cassian abrió la boca, pero Nesta intervino.

—Basta de parloteos. Si solo tenemos a Emerie por una hora hoy, enséñanos técnicas de ataque, Cassian. Que ella vea lo que tiene que hacer para que estemos al mismo nivel.

Emerie la miró agradecida y Nesta le devolvió una leve sonrisa.

Cassian asintió con un movimiento de cabeza y, por el brillo de sus ojos, ella supo que él sabía muy bien por qué lo había interrumpido.

—¿Hay bibliotecas en Ilyria? —le preguntó Gwyn a Emerie. Otra cuerda salvavidas.

—No. Nunca he estado en una. —Con cada palabra la tensión en la postura de Emerie se fue distendiendo.

Gwyn volvió a atarse el brillante cabello en la nuca.

—¿Te gusta leer?

La boca de Emerie se curvó hacia arriba.

—Vivo sola, allá en las montañas. No tengo nada que hacer en mi tiempo libre, salvo trabajar en mi jardín y leer los libros que pido por correo. Y en invierno, ni siquiera tengo la distracción de mi jardín. O sea que sí. Me gusta leer. No puedo sobrevivir sin leer.

—¿Qué tipo de libros? —quiso saber Gwyn.

—Novelas de amor —respondió Emerie, mientras se acomodaba su propio cabello, la negra y espesa trenza llena de rojos y marrones a la luz del sol. Nesta se sorprendió. Los ojos de Emerie se iluminaron—. ¿A ti también te gustan? ¿Cuáles?

Nesta recitó las cinco primeras de su lista de favoritas, y Emerie sonrió. Lo hizo tan ampliamente que fue como ver a otra persona.

—¿Has leído las novelas de Sellyn Drake?

Nesta negó con la cabeza. Emerie suspiró, de manera tan dramática que Cassian murmuró algo sobre librarse de continuar con esas hembras obsesionadas con la obscenidad, antes de adentrarse en el cuadrilátero.

—Tienes que leer sus libros. Debes hacerlo. Mañana te traeré el primero. Te pasarás toda la noche leyendo, te lo juro.

—¿Obscenidad? —preguntó Gwyn, al escuchar las palabras murmuradas por Cassian. Su voz vaciló lo suficiente como para que Nesta se enderezara.

Nesta miró a Emerie al darse cuenta de que ella no sabía nada de Gwyn, de su historia, o de por qué las sacerdotisas vivían en la biblioteca. Y Emerie hizo otra pregunta.

—¿Y tú qué lees?

—Aventuras, a veces misterios. Pero sobre todo tengo que leer lo que sea que Merrill, la sacerdotisa con la que trabajo, haya escrito ese día. No tan emocionante como las novelas de amor, ni mucho menos.

—Puedo traerte a ti uno de los libros de Drake —dijo Emerie sin prestar demasiada atención—, uno de los más suaves. Una introducción a las maravillas de las novelas de amor.

Emerie le guiñó un ojo a Nesta.

Nesta esperó que Gwyn se negara, pero la sacerdotisa sonrió.

—Me encantaría.

1

Rhys apareció en el campo de entrenamiento precisamente a la hora que dijo que lo iba a hacer. Una hora… ni más, ni menos.

Emerie estaba cubierta de polvo rojo y sudor, pero su mirada brillaba cuando se inclinó ante el alto lord.

Gwyn, por su parte, se quedó inmóvil, esos grandes ojos color verde azulado parecían aún más sobrenaturales cuando se abrían tanto. Ningún miedo matizó su olor, sino algo semejante a la sorpresa…, al asombro.

Rhys le dirigió una sonrisa informal, una que Nesta habría apostado que utilizaba para que la gente se sintiera cómoda en su tan magnífica presencia. La sonrisa informal de un macho acostumbrado a que la gente huya aterrorizada o caiga de rodillas en adoración.

—Hola, Gwyn —saludó cálidamente—. Encantado de verte de nuevo.

Gwyn se sonrojó, se quitó el estupor e hizo una profunda reverencia.

—Mi señor.

Nesta puso los ojos en blanco y vio que Rhys la miraba. Aquella sonrisa informal se hizo más dura cuando él se encontró con la mirada de ella.

—Nesta.

—Rhysand.

Las otras dos mujeres se miraban entre ellas, el vaivén de sus miradas era casi cómico. Cassian se acercó a Nesta y le pasó un brazo por los hombros antes de dirigirse a Rhys.

—Estas damas te van a hacer morder el polvo en combate muy pronto.

Nesta se movió para salir de debajo del pesado y sudoroso peso del brazo de él, pero Cassian apretó la mano de manera demasiado amistosa sobre su hombro, sin alterar su sonrisa. La mirada de Rhys se deslizó entre ellos, con poca calidez en sus ojos. Pero con mucha cautela.

Al principito no le agradaba que ella estuviera con su amigo.

Nesta se inclinó hacia Cassian. No mucho, pero lo suficiente como para que un guerrero entrenado como Rhysand lo notara.

Una mano oscura y sedosa sacudió su mente. Una petición.

Ella trató de ignorarla, pero no pudo evitarlo y abrió una pequeña puerta en la barrera de acero con púas que mantenía alrededor de sí día y noche. La abertura era esencialmente una mirilla, y le permitió a lo que suponía que era el

equivalente de su rostro mental para mirar a través de ella a la oscuridad, el brillante plano al otro lado.

¿Qué?

Debes tratar a Gwyn con amabilidad y respeto.

Lo que estaba más allá de la fortaleza de su mente era una criatura con garras, escamas y dientes. Estaba oculta a la vista por sombras que se retorcían y la ocasional estrella que pasaba brillando en la oscuridad, pero de vez en cuando se vislumbraba el destello de un ala o de una garra.

No te metas donde no te llaman.

Nesta cerró de golpe aquel pequeño orificio de visión.

Parpadeó y poco a poco pudo descubrir a Emerie preguntándole a Cassian sobre la lección de la mañana siguiente, y lo que se iba a perder ese día al irse una hora antes.

Los ojos de Rhysand brillaron.

Cassian no apartó su brazo de Nesta, y movió el pulgar sobre su hombro en una caricia serena y tranquilizadora. No dejó entrever si supo o sintió la conversación silenciosa entre ella y su alto lord.

—¿Lista? —le preguntó Rhys a Emerie, y esa amable y encantadora sonrisa apareció otra vez. Emerie podría haberse sonrojado. Rhysand producía ese efecto en la gente.

Nesta a menudo se preguntaba cómo Feyre podía soportar tal cosa… que toda la gente codiciara a su pareja. Nesta se apartó de nuevo del brazo de Cassian, y esta vez él la dejó ir. Ella se dirigió hacia Emerie, que estaba recogiendo su pesada capa.

—Entonces ¿volverás mañana? —preguntó Nesta. Echó un vistazo por encima del hombro y vio a Gwyn caminando hacia donde estaba el agua, tal vez para dar privacidad a los dos machos o por la incomodidad de que la hubieran dejado sola con ellos.

Nesta se sintió culpable por ese abandono, y se prometió estar atenta para que no volviera a suceder. Gwyn había estado bien con Cassian en los últimos días: ella no lo tocó a él, y él no la tocó ella, pero ella no lo había rehuido como lo hacía en ese momento. Nesta no quiso pensar en el porqué, en qué cicatrices se habían grabado tan profundamente en Gwyn que dos de los machos más dignos de confianza de todo el país no podían tranquilizarla.

Rhysand podía ser un bastardo arrogante y vanidoso, pero era honorable. Luchaba como nadie para proteger a los inocentes. El desagrado de ella por él no

tenía nada que ver con lo que él había demostrado tantas veces: era un gobernante justo, equitativo, que ponía a su pueblo antes que a sí mismo. No, a ella simplemente la personalidad de él, esa petulancia resbaladiza, le resultaba irritante.

—Regresaré mañana —fue la respuesta de Emerie.

Nesta inclinó la cabeza.

—No tenía ni idea de que el té y las especias fueran tan convincentes.

Emerie apenas sonrió.

—No fue solo el regalo, sino el recordatorio de lo que ellos significan.

—¿A qué te refieres?

Emerie miró hacia el cielo, y cerró los ojos cuando una brisa otoñal ondeó al pasar.

—Que hay un mundo más allá del Refugio del Viento. Que soy demasiado cobarde como para verlo.

—No eres cobarde.

—Dijiste que lo era el otro día.

Nesta hizo una mueca.

—Hablé con ira.

—Dijiste la verdad. Me quedé despierta esa noche pensando en ello. Y luego hiciste que Cassian me entregara las especias y el té y me di cuenta de que hay un mundo ahí fuera. Un mundo vasto y vibrante. Tal vez estas lecciones me hagan sentir un poco menos de miedo.

Nesta le dirigió una sonrisa vacilante.

—Eso me parece una buena razón.

Cassian observó con cuidado el rostro de Rhys mientras Nesta y Emerie hablaban, y Gwyn se unía a ellas. Promesas de libros para intercambiar flotaban en el aire.

Rhys dijo: *Interesante resultado.*

Cassian no se molestó en hacer que su rostro pareciera agradable.

Podría haberlo logrado sin que le hubieras lanzado a Nesta una advertencia mental.

Las cejas de Rhys se estrecharon.

¿Cómo lo has sabido?

El bastardo ni siquiera trató de negarlo.

Noté la forma en que ella se tensó. Y te conozco bien, hermano. Viste a Gwyn y pensaste lo peor de Nesta. Ella la ha tratado —también a Emerie— con amabilidad.

¿Eso es lo que te molesta?

Me molesta que tú no pareces poder creer ni una sola cosa buena sobre ella. Que te niegas a creer una maldita cosa buena de ella. ¿Era necesario acosarla de esa manera?

El arrepentimiento brilló en los ojos de Rhys.

Pero Cassian prosiguió: *No lo estás haciendo más fácil. Déjala construir estos lazos y mantente al margen.*

Rhys parpadeó.

Lo siento. Eso haré.

Cassian dejó escapar un suspiro. Y Rhys agregó: *¿Realmente sentiste que tenías que poner tu brazo en sus hombros para frenarla? No os quiero ver a menos de un metro de distancia el uno del otro.*

Tu pareja está embarazada, Rhys. Matarías a cualquiera que fuera una amenaza para Feyre. Tú eres un peligro para todos nosotros en este momento.

Jamás dañaría a alguien a quien Feyre ame. Lo sabes.

Había tanta tensión en las palabras que Cassian palmeó a su hermano en el hombro.

Quizá sea mejor que dejes a Emerie en el otro lado de la Casa mañana. Dale a Nesta un tiempo para que ponga en orden su mundo interior.

Está bien.

Las tres hembras se acercaron a ellos. Rhys abrió sus alas y se dirigió a Emerie.

—¿Vamos?

Emerie tomó la mano que Rhys le tendía.

—Sí. —Miró a Cassian, luego a Nesta, y les dijo—: Gracias.

Maldita sea, la gratitud y la esperanza en los ojos de Emerie le llegaron al corazón.

Rhys la acercó hacia sí, teniendo cuidado con la íntima presión de las alas de ella contra su cuerpo, y echó a volar.

Mientras Rhys volaba por encima de las barreras de la Casa, justo antes de transportarse hacia el Refugio del Viento, le dijo a Cassian: *No sé qué mierda*

habéis estado haciendo en esta Casa, pero apesta a sexo.

Cassian resopló. *Un macho caballeroso nunca lo dice*.

La risa de Rhys retumbó en su mente. *No creo que sepas lo que la palabra «caballeroso» significa*.

Gracias a Dios.

Su hermano volvió a reírse.

Le dije a Az que hacer de carabina sería inútil.

Capítulo 29

Las piernas de Nesta cedieron en el escalón tres mil.

Jadeaba y el sudor le corría por la espalda, por el abdomen. Apoyó las manos en los muslos temblorosos y cerró los ojos.

El sueño había sido el mismo. El rostro de su padre, lleno de amor y de miedo, y luego nada cuando murió. El crujido de su cuello. La sonrisa astuta y cruel de Hybern.

Cassian y Azriel no habían ido a cenar y ella no había recibido explicación alguna al respecto. Probablemente estaban en la casa del río o habían ido a la ciudad, y ella se sorprendió al encontrarse deseando esa compañía. Le sorprendió descubrir que el silencio del comedor pesaba sobre ella.

Por supuesto que no la iban a invitar a salir. Ella se había propuesto ser lo más desagradable posible desde hacía ya más de un año. Y más que eso, ellos no tenían la obligación de incluirla en todo.

Nadie tenía la obligación de incluirla de ninguna manera. Ni el deseo de hacerlo, aparentemente.

Su jadeo resonó como un eco en la piedra roja. Se había despertado de la pesadilla con un sudor frío, y estaba a mitad de camino antes de darse cuenta adónde iba. Si lograba llegar hasta el fondo, ¿adónde iría? Sobre todo vestida solo con el camisón.

Todavía podía ver a su padre detrás de sus ojos cerrados. Sentía cada destello del horror, del dolor y del miedo que había soportado durante esos meses cercanos a la guerra.

Tenía que encontrar el Tesoro del Miedo… de alguna manera.

Había fallado en todas las tareas que le habían encomendado. No pudo evitar que el muro fuera destruido, no pudo salvar a la legión ilyria del golpe incinerador del Caldero…

Nesta interrumpió esa serie de pensamientos.

Algo golpeó en el escalón junto a ella, y parpadeó. Encontró un vaso de agua.

—Gracias —dijo, y se lo bebió de un trago, dejando que su frescura la tranquilizara. Luego le preguntó a la penumbra—: ¿Has leído algún libro de Sellyn Drake?

La Casa no respondió, lo que supuso que equivalía a un «no».

—Una amiga me va a traer una de sus novelas mañana. Te lo puedo prestar cuando la termine.

Nada. Entonces una brisa fresca bajó por el pozo de la escalera, lo que alivió sus cejas sudorosas.

—Gracias —dijo de nuevo, inclinándose hacia la brisa.

Algo más tintineó junto a ella en el escalón, y encontró dos piedras planas ovaladas y tres trozos de huesos oscurecidos por el tiempo… huesos de la pata de alguna bestia ovina. Se le secó la boca. Huesos y piedras… para la adivinación.

—No puedo —dijo con voz ronca.

Aquella brisa juntó los huesos, y el repiqueteo sonó como una pregunta arrojada al hueco de la escalera. *¿Por qué?*

—Pasaron cosas malas la última vez. El Caldero me miró a mí. Y se llevó a Elain. —No pudo evitar que su cuerpo se bloqueara—. No puedo soportarlo, ni arriesgarme. Ni siquiera por esto.

Los huesos y las piedras desaparecieron, junto con la brisa refrescante.

Nesta comenzó a subir, gimiendo suavemente. Con cada paso, podía jurar que sentía el sabor de la decepción en el aire.

—Nesta tiene que empezar a buscar el Tesoro —aseguró Amren, haciendo girar el vino en su copa. Estaba sentada frente a Cassian en la enorme mesa del comedor de la casa del río. La cena mensual de la corte, como de costumbre, se había convertido en horas de hablar alrededor de la mesa, y varias botellas de

vino más tarde, cuando el reloj marcaba cerca de la una de la mañana, ninguno de ellos mostraba intención de retirarse.

Solo Feyre se había ido a la cama. El embarazo le provocaba somnolencia. Se cansaba tanto que necesitaba siestas durante todo el día, y se iba a dormir casi todas las noches a las nueve.

Cassian percibió la mirada gris de Amren.

—Nesta está en ello, lo está buscando. No la presiones.

—Ha hecho que las sacerdotisas investiguen por ella —aclaró Rhys desde donde descansaba en la cabecera de la mesa—. Difícilmente llamaría a eso «buscar».

Varian, sentado junto a Amren, con el brazo sobre el respaldo de la silla de ella, intervino.

—¿Todavía no le has pedido a Helion que investigue sobre el Tesoro en sus bibliotecas? —quiso saber. Varian era la única persona fuera de la Corte Noche, además de Eris, a quien Rhys le había contado lo de la búsqueda. Pero eso tenía un riesgo: Varian estaba al servicio de Tarquin, alto lord de la Corte Verano. Pero, aunque le había prometido a Rhys que no le diría nada al respecto, si Tarquin le preguntaba a Varian directamente sobre el asunto, su lealtad podría tambalearse.

La relación de Tarquin y Rhys se había restablecido desde el fin de la guerra, pero no lo suficiente como para que Rhys le confiara al macho algo sobre el Tesoro. Y Cassian, que se había metido en una insignificante pelea que podría haber terminado con la destrucción de un pequeño edificio la última vez que había estado en la Corte Verano, compartía su mismo parecer. No por Tarquin. No. A él le caía bien. Y también le caía muy bien Varian. Pero había gente malvada en la Corte Verano —en todas las cortes— y no confiaba en que ellos fueran tan amables como su gobernante.

—Helion es el último recurso —aseguró Rhys y bebió un trago de su vino—. Al que tendremos que recurrir en cuestión de días si Nesta no intenta al menos una adivinación. —Estas últimas palabras fueron dirigidas a Cassian—. Le pedí a Elain que intentara convencerla, antes de hablar con él.

Elain se había ido con Feyre, alegando que tenía que estar despierta al amanecer para cuidar el jardín de una anciana fae. Cassian no sabía exactamente por qué sospechaba que aquello no era cierto. Había visto cierta tensión en el rostro de Elain al decir lo que dijo. Normalmente cuando ella daba ese tipo de

excusas, Lucien estaba cerca, pero el macho seguía estando en territorios humanos con Jurian y Vassa.

—Lo hará —respondió Cassian—, aunque solo sea para evitar que Elain se ponga en riesgo. Pero tienes que entender que Nesta sigue profundamente afectada por lo que sucedió durante la guerra… Elain fue apresada por el Caldero después de que ella hiciera la adivinación. No puedes culparla por tener dudas.

—No tenemos tiempo para esperar a que Nesta se decida —intervino Amren —. Sugiero que hablemos con Elain mañana mismo. Es mejor tenerlas a ambas trabajando en ello.

Azriel se puso rígido, una clara señal de su mal humor y luego habló.

—Hay una oscuridad innata en el Tesoro del Miedo —dijo en voz baja— a la que Elain no debería exponerse.

—¿Y Nesta sí? —gruñó Cassian.

Todos lo miraron.

Tragó saliva, y le dirigió una mirada de disculpa a Az, quien simplemente se encogió de hombros.

Amren apuró su vino y se dirigió a Cassian.

—Nesta tiene una semana. Una semana más para encontrar el Tesoro con sus propios métodos. Luego buscaremos otras vías. —Movió la cabeza en dirección a Azriel—. Incluida Elain, quien es más que capaz de defenderse de la oscuridad del Tesoro, si así lo desea. No la subestimes.

Cassian y Azriel miraron a Rhys, quien simplemente bebió un poco de vino. La orden de Amren seguía en pie. Como segunda al mando de Rhys en esa corte, salvo que Rhys la contradijera, su palabra era ley.

Cassian miró a Amren con el ceño fruncido.

—No está bien usar a Elain para manipular a Nesta.

—Hay formas más duras de convencer a Nesta, muchacho.

Cassian se reclinó en su silla.

—Eres una tonta si piensas que las amenazas harán que ella te obedezca.

Todos se tensaron de nuevo. Incluso Varian.

Los labios de Amren se abrieron en una sonrisa afilada.

—Estamos al borde de otra guerra. Permitimos que el Caldero se nos escapara de las manos en la última y casi nos cuesta perderlo todo. —La nueva forma fae de Amren era una prueba de ello, había entregado su yo inmortal y de otro mundo para permanecer en ese cuerpo. Ningún fuego gris brillaba en sus

ojos. Ella era mortal, de la misma manera que lo eran los altos fae. Los dedos de Varian se enredaron en las puntas romas del cabello de ella, como si quisiera asegurarse de que ella estaba ahí, que seguía estando con él—. Debemos evitar este desastre potencial antes de perder la ventaja. Si tenemos que manipular a Nesta para que adivine, incluso usando a Elain contra ella, pues haremos lo que sea necesario.

El estómago de Cassian se encogió.

—No me gusta.

—No tiene que gustarte —observó Amren—. Solo tienes que callarte y hacer lo que te digan.

—Amren —intervino Rhys, su voz implicaba una reprimenda y una advertencia.

Amren ni siquiera parpadeó arrepentida, pero Varian la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —espetó ella.

El príncipe de Adriata le dirigió una sonrisa exasperada.

—¿No hemos ya hablado de esto? ¿Sobre… ser amable?

Amren puso los ojos en blanco. Pero su rostro se suavizó —aunque levemente— al volver a encontrarse con la mirada de Cassian.

—Una semana. Nesta tiene una semana.

Pasaron tres días. Emerie asistía a cada lección, y mientras Gwyn se había puesto a la par de los progresos de Nesta, Emerie iba a necesitar más trabajo. Así que Nesta y Gwyn trabajaban juntas, haciendo las series de ejercicios que Cassian les mostraba antes de trabajar individualmente con Emerie para mejorar su equilibrio y su movilidad.

A ninguno de ellos le importaba, ya que Emerie tenía razón sobre los libros de Sellyn Drake. Nesta se había quedado despierta dos noches seguidas leyendo la primera novela del autor, que era tan apasionantemente erótica como a ella le gustaba. Y, tal como prometió, Emerie había llevado un ejemplar de una de las novelas más suaves de Drake para Gwyn, quien había llegado ruborizándose la mañana siguiente para decirle a Emerie que, si ese libro era considerado suave, apenas si podía imaginar el contenido de los demás.

Después de ese primer día, Emerie se quedó todo el tiempo que duraban sus lecciones, que ya se habían extendido oficialmente a tres horas completas. Dado que la actividad de su negocio matutino era muy poca, decidió que valía la pena arriesgarse. De modo que entrenaban y entre un ejercicio y otro hablaban de libros, y Nesta se despertó la cuarta mañana y descubrió que… estaba ansiosa por verlas de nuevo.

Estaba guardando un tomo en la biblioteca esa tarde cuando Gwyn la encontró. Gracias al entrenamiento de las mañanas, Gwyn tenía más trabajo por las tardes, lo que significaba que Nesta rara vez la veía en la biblioteca, salvo cuando recorría las pilas de libros buscando algún título para Merrill. De vez en cuando, Nesta escuchaba algún encantador y sonoro fragmento de canción que provenía de algún rincón distante de la biblioteca… era la única señal de que Gwyn estaba cerca.

Pero esa tarde, fue el jadeo de Gwyn lo que anunció su presencia segundos antes de que ella apareciera, con los ojos lo suficientemente abiertos como para que Nesta se pusiera en alerta y escudriñara la penumbra detrás de la sacerdotisa.

—¿Qué pasa? —¿Acaso la oscuridad de abajo la perseguía?

Gwyn logró tranquilizarse.

—No sé cómo, pero Merrill se enteró de que cambiaste el libro. —Jadeó buscando aire y señaló hacia un nivel muy por encima—. Deberías irte.

Nesta frunció el ceño.

—¿A quién le importa? No voy a dejar que me asuste como a una niña díscola.

Gwyn palideció.

—Cuando está furiosa, es…

—¿Es qué, Gwyneth Berdara? —canturreó una voz femenina desde los libros amontonados—. Cuando estoy furiosa, ¿qué?

Gwyn hizo una mueca y se volvió lentamente mientras la belleza de pelo blanco aparecía desde la penumbra. Su pálida túnica flotaba detrás de ella como si la empujara un viento fantasma, y la piedra azul sobre su capucha parpadeó. Gwyn inclinó la cabeza y palideció.

—No quise decir nada, Merrill.

Nesta apretó los dientes ante esa inclinación de cabeza, ante el miedo en el rostro de Gwyn, en sus palabras suaves.

Las sacerdotisas se detuvieron junto a la barandilla sobre ellas.

Merrill volvió sus extraordinarios ojos hacia Nesta.

—No me gustan los ladrones ni los mentirosos.

—A mí tampoco —replicó Nesta con frialdad y la barbilla en alto.

—Trataste —susurró Merrill— de tomarme por tonta en mi propia oficina. —Ni siquiera miró a Gwyn, quien se encogió más.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Ah, sí? ¿Quieres decir que cuando fui a ver el libro que mi estúpida asistente me había traído incorrectamente… (oh, sí, lo supe desde el principio), y encontré el libro correcto en su lugar, con tu olor en él, no fuiste tú quien lo hizo? —Merrill miró entre Gwyn y Nesta—. Es imperdonable pedirles a otros que corrijan tu propia estupidez y tu propio descuido.

El miedo de Gwyn rechinó contra sus sentidos.

Nesta habló, bajando la voz.

—Gwyn no hizo tal cosa. ¿Y a quién le importa? ¿Estás tan aburrida aquí abajo que tienes que inventar estos dramas para entretenerte? —Movió una mano para señalar la pasarela abierta detrás de Merrill—. Ambas estamos ocupadas. Vete y déjanos trabajar en paz.

Alguien suspiró en un nivel superior.

Merrill se rio y ese viento fantasma a su alrededor susurró.

—¿No sabes quién soy, niña?

—Sé que estás impidiendo que trabajemos —respondió Nesta con esa calma fría que ella sabía que enfurecía a la gente—. Y sé que esta es una biblioteca, pero tú acaparas los libros como si fueran tu propia colección personal.

Merrill mostró los dientes.

—¿Crees que no te conozco? Eres la chica humana que fue arrojada al Caldero y salió convertida en alta fae. La hembra que mató al rey de Hybern y levantó su cabeza como un trofeo mientras su sangre llovía sobre ella.

La sorpresa iluminó el rostro de Gwyn ante esa gráfica descripción.

Nesta no se permitió ni siquiera tragar.

—El viento me susurra incluso aquí, bajo tanta piedra —continuó Merrill—. Encuentra su camino por entre las grietas y me susurra al oído lo que sucede en el mundo. —Merrill resopló—. ¿Crees que tienes derecho a hacer lo que te plazca ahora?

El poder de Nesta retumbó en sus venas. Ella lo pisoteó, lo empujó hacia abajo y lo estranguló.

—Creo que te gusta demasiado oírte hablar.

—Soy descendiente de Rabath, lord del Viento del Oeste. —Merrill hervía

—. A diferencia de Gwyneth Berdara, no soy un lacayo al que puedes ordenarle que se retire.

Al diablo con esta bruja. Al diablo con la moderación y la discreción.

Nesta dejó que buena parte de su poder emergiera a la superficie y supo que sus propios ojos brillaban. Dejó que crujiera, incluso cuando ella ignoró su salvaje y profano aullido.

Gwyn había retrocedido un paso. Incluso Merrill parpadeó cuando Nesta habló.

—Con un título elegante como ese, seguramente debe de haber un rencor insignificante debajo de ti.

Nesta sonrió, salvaje y cruel. Merrill solo miró entre ella y Gwyn antes de hablar.

—Vuelve a tu trabajo, ninfa.

Con el viento golpeándole los talones, Merrill se adentró en la penumbra.

Nesta soltó el hilo de su poder, sofocando su música y su rugido con mano de hierro.

Pero no fue hasta que el fuerte viento de Merrill se desvaneció que Gwyn se apoyó contra una pila de libros, frotándose la cara con las manos. Las sacerdotisas que habían estado observando se pusieron de nuevo en movimiento, y sus susurros llenaron la biblioteca.

—¿Ninfa? —preguntó Nesta en medio del susurro silencioso.

Gwyn bajó las manos, notó la falta de poder brillante en los ojos de Nesta, y suspiró aliviada. Y su voz sonó indiferente.

—Mi abuela era una ninfa de río que sedujo a un macho alto fae de la Corte Otoño. Así que soy un cuarto de ninfa, pero es suficiente para esto. —Gwyn hizo un gesto señalando sus grandes ojos… de un azul tan claro que podría haber sido el mar poco profundo… y su cuerpo flexible—. Mis huesos son un poco más flexibles que los de los altas fae comunes, pero ¿a quién le importa eso?

Quizá por eso Gwyn era tan buena con el equilibrio y los movimientos.

—Mi madre —continuó Gwyn— no era querida por ninguno de los suyos. No podía vivir en los ríos de la Corte Primavera, y era demasiado indómita como para soportar el confinamiento de la casa del bosque de Otoño. De modo que en su infancia fue entregada al templo de Sangravah, donde fue criada. Participó en el Gran Rito cuando tuvo la edad adecuada y yo, nosotras…, quiero decir mi hermana y yo, fuimos el resultado de esa sagrada unión con un macho desconocido. Ella nunca supo quién era, pues la magia lo eligió esa noche, y

nadie apareció para preguntar por las mellizas. También fuimos criadas en el templo. Nunca salí de allí… hasta que vine aquí.

Y el dolor llenó los ojos de Gwyn. Tan terrible dolor que Nesta supo que no debía preguntar por su madre ni por la hermana melliza.

Gwyn sacudió la cabeza, como para disipar el recuerdo. Abrió los dedos.

—Mi hermana tenía los dedos palmeados de las ninfas… yo no.

Tenía.

De nuevo, Gwyn suspiró.

—Merrill hará de tu vida un infierno, lo sabes.

—Puede intentarlo —replicó Nesta con suavidad—. Va a ser difícil que me resulte peor.

—Bueno, ahora tenemos un enemigo común. Merrill nunca olvidará esto. —Señaló con la cabeza hacia la barandilla donde habían estado las sacerdotisas—. Aunque supongo que tampoco ellas lo harán. No todos los días alguien le planta cara. Solo Clotho puede realmente ponerla en su lugar, pero Clotho deja que se salga con la suya, sobre todo porque las rabietas de Merrill desencadenan vientos capaces de desparramar los manuscritos de todos.

—Cuando necesites que alguien le baje los humos a Merrill, dímelo.

Gwyn sonrió levemente.

—La próxima vez tal vez tenga el coraje de hacerlo yo misma.

Parecía que las sacerdotisas no olvidaban lo que Nesta había hecho.

Nesta, Gwyn y Emerie estaban haciendo sus estiramientos iniciales, con Cassian con cara de piedra y ojos de águila listo para detectar cualquier error, cuando se oyeron pisadas en la arcada al otro lado del campo de entrenamiento.

Todos se detuvieron ante las tres figuras encapuchadas que emergieron, con las manos entrelazadas con tanta fuerza que tenían los nudillos blancos.

Y las sacerdotisas salieron a la luz del sol, al aire libre. Parpadearon, como si recordaran qué era todo eso.

Gwyn rodó ágilmente para ponerse de pie, sonriendo tan ampliamente que Nesta se quedó desconcertada por un momento. La sacerdotisa se veía hermosa en la biblioteca, pero con esa alegría, con esa confianza mientras se dirigía hacia

las tres sacerdotisas, mostraba una belleza que podía rivalizar con Merrill o con Mor.

O tal vez nada había cambiado en absoluto más allá de esa confianza, la forma en que echó los hombros hacia atrás, su cabeza en alto, su sonrisa libre al hablar.

—Roslin. Deirdre. Ananke. Esperaba que vinierais.

Nesta no había controlado la hoja de registro esa mañana. Había dejado de creer que alguna, excepto Gwyn, fuera a acudir jamás al entrenamiento.

Pero las tres se acurrucaron juntas cuando Cassian les dirigió una sonrisa que era casi una réplica de la de Rhys. Diseñada para que la gente se sintiera cómoda y disminuyera la amenaza de su poder, de su cuerpo.

—Señoras —saludó a la vez que hacía un gesto que apuntaba al campo de prácticas—. Bienvenidas.

Roslin y Ananke no dijeron nada, pero la del medio, Deirdre, echó hacia atrás la capucha.

Nesta reprimió todo instinto que la habría hecho suspirar. Emerie, en la colchoneta a su lado, parecía estar tratando de hacer lo mismo.

Una cicatriz larga y horrible atravesaba el rostro de Deirdre, muy cerca de su ojo izquierdo. Sobresalía con un color blanco puro sobre su piel morena, desde su rizado cabello negro hasta su esbelta y encantadora mandíbula. Sus redondos ojos oscuros, enmarcados por una gruesa fila de pestañas que los hacía parecer todavía más redondos, estaban muy abiertos pero decididos.

—Esperamos no haber llegado demasiado tarde —dijo.

Todas miraron a Nesta. Pero ella no era la líder allí.

Le dirigió una mirada a Cassian, y él se encogió de hombros como diciendo: «Yo solo soy el instructor».

Otra cicatriz bajaba por el cuello de Deirdre y desaparecía debajo de su túnica. La existencia de semejantes cicatrices en una alta fae sugería un evento de tanta violencia, tanto horror, que a Nesta se le encogió el estómago. Pero dio un paso hacia la sacerdotisa.

—Justo estábamos comenzando.

—Dame esas piedras y los huesos, por favor —le pidió Nesta en voz baja a la Casa, sentada como estaba en la biblioteca privada, con un mapa de las siete cortes delante de ella, y Cassian un paso más atrás.

Junto al mapa apareció un pequeño cuenco de barro con los huesos y las piedras.

Nesta tragó saliva para mitigar la sequedad de su boca.

Cassian silbó.

—Realmente te escucha.

Ella miró atrás por encima de un hombro. Lo había invitado a ir después de terminar su trabajo en la biblioteca por pura precaución, se dijo a sí misma. Si perdía el control, si no podía precisar dónde caía su dedo en el mapa, alguien tenía que estar presente. Esa persona simplemente dio la casualidad de que era él.

No importaba que él alguna vez hubiera estado a su lado, con la mano en su espalda, como estaba en ese momento, y la dejó apoyarse en su calidez y fuerza.

Cassian miraba entre el cuenco con los instrumentos de adivinación y el mapa.

—¿Por qué has cambiado de idea?

Nesta no se dio tiempo para dudar antes de meter los dedos en el cuenco para coger un puñado de piedras y huesos. Estos chocaron entre sí, con sonidos huecos y antiguos.

—No podía dejar de pensar en esas sacerdotisas que vinieron a practicar hoy. Roslin dijo que no había puesto un pie afuera en sesenta años. Y Deirdre, con esas cicatrices… —Respiró hondo—. Les estoy pidiendo que sean valientes, que trabajen duro, que enfrenten sus miedos. Sin embargo, yo no estoy haciendo lo mismo.

—Nadie te ha acusado de ello.

—No necesito que nadie lo diga. Yo lo sé. Y aunque le tengo miedo a esta adivinación, más le temo a ser una hipócrita cobarde.

Las sacerdotisas habían sido novicias en todos los sentidos de la palabra. Ananke tenía un equilibrio tan terrible que se había caído al tratar de afirmar los dedos de los pies en la tierra. Roslin había sido apenas un poquito mejor. Ninguna se había quitado la capucha, como lo había hecho Deirdre, pero Nesta había vislumbrado destellos de cabellos color vino tinto en Roslin y de cabellos dorados en Ananke, la piel de ambas pálida como la crema.

—¿Estás segura de que no quieres hacer esto con Rhys y Amren presentes?

—le preguntó Cassian.

Nesta apretó los huesos y las piedras en el puño.

—No los necesito.

Él se quedó en silencio y dejó que ella se concentrara.

La primera y única vez que lo había hecho necesitó unos momentos. Tenía que dejar que su mente se vaciara, tenía que esperar ese tirón en el cuerpo que la arrastrara hacia una fuerza invisible. Había sido sacudida por la tierra, y cuando abrió los ojos, estaba de pie en una tienda de guerra, con el rey de Hybern delante de ella, y más allá el Caldero como una masa oscura apoyada en el suelo.

Nesta cerró los ojos, deseando que su mente se silenciara mientras alzaba el puño apretado sobre el mapa. Se concentró en su respiración, en el ritmo de la respiración de Cassian.

Tragó saliva.

Había fallado en todo. Pero podía hacerlo.

Le había fallado a su padre, le había fallado a Feyre durante años. Le falló a su madre, suponía. Y con Elain, también había fallado: primero al dejar que Hybern se la llevara aquella noche en que las habían robado de su lecho, y luego al dejarla entrar en aquel Caldero. Y después cuando el Caldero la llevó al corazón del campamento de Hybern.

Había fallado y fallado y fallado, y aquello no tenía fin, no había fin…

—¿Algo?

—No hables.

Cassian gruñó, pero se acercó sigilosamente, y su calidez estuvo entonces sólidamente a su lado.

Nesta deseó que su mente se vaciara. Pero no lo logró. Era como estar en esa maldita escalera… simplemente daba vueltas y vueltas y más vueltas hacia abajo, y más abajo.

El Tesoro del Miedo. Tenía que encontrar el Tesoro del Miedo.

«La Máscara, el Arpa, la Corona».

Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza, pensamientos que la distraían.

«La Máscara —se esforzó en pensar—. ¿Dónde está la Máscara del Tesoro del Miedo?».

La palma de su mano se humedeció con el sudor, las piedras y los huesos se movían dentro del puño. Si la Máscara era consciente como lo había sido el Caldero… Ella no podía dejar que él la viera. Que encontrara lo que ella más amaba.

No podía dejar que la viera, que la encontrara, que la lastimara.

«La Máscara —deseó con las piedras y los huesos—. Encontrad la Máscara».

Ninguna respuesta. Ningún tirón, ningún susurro de poder. Exhaló por las fosas nasales. «La Máscara», les pidió.

Nada.

Su corazón tronaba, pero lo intentó de nuevo. Una vía diferente. Pensó en su origen común… el que ella y el Tesoro compartían. El Caldero.

El vacío profundo respondió.

Nesta frunció el ceño, y apretó los elementos en el puño con más fuerza. Imaginó el Caldero: el vasto cuenco de hierro del más oscuro, tan grande que varias personas podrían usarlo como bañera. Tenía una forma física, pero cuando esa agua la tragó, no había fondo. Solo un abismo de agua helada que pronto se convirtió en la más absoluta oscuridad. Lo que había existido antes de la luz; la cuna de la que había salido toda la vida.

El sudor le perlaba la frente, como si su propio cuerpo se rebelara contra ese recuerdo, pero se obligó a recordar el momento preciso en que entró en la tienda de campaña del rey de Hybern, en cuclillas sobre las cañas y las alfombras, yacía una bestia primigenia medio dormida.

Y luego abrió un ojo. No uno que ella pudiera ver, sino uno que podía sentir fijo en ella. Se ensanchó cuando se dio cuenta de quién estaba ahí parada: la hembra que se había apoderado de tanto, de demasiadas cosas. Se había reducido todo su poder sin fondo, su rabia, sobre ella, como un gato que atrapa un ratón con la pata.

Le tembló la mano.

—¿Nesta?

Ella no podía respirar.

—Nesta.

Ella no pudo soportar el recuerdo de aquel antiguo horror y furia… abrió los ojos.

—No puedo. —Su voz era ronca—. No puedo. El poder… creo que ya no lo tengo.

—Está ahí. Lo he visto en tus ojos, lo he sentido en mis huesos. Inténtalo de nuevo.

Ella no pudo convocarlo. No pudo enfrentarlo.

—No puedo.

Dejó caer las piedras y los huesos en su recipiente.

Tampoco podía soportar la decepción en la voz de Cassian cuando él habló.

—Está bien.

No cenó con él. No hizo otra cosa más que meterse en su cama y mirar a la oscuridad, para caer libremente en ella.

La estaba buscando.

Recorriendo los pasillos de la Casa, serpenteando como una oscura víbora, la buscaba, la olía y la rastreaba.

Ella no podía moverse de su cama. No podía abrir los ojos para hacer sonar la alarma, para huir.

Sintió que se acercaba, trepando por la escalera. Al final del pasillo.

No podía moverse. No podía abrir los ojos.

La oscuridad se deslizó por la rendija entre su puerta y el suelo de piedra.

No… no podía haberla encontrado. Esta vez la atraparía, la sujetaría en esa cama y le arrancaría todo lo que ella le había arrebatado.

La oscuridad se deslizó hasta su cama y ella se obligó a abrir los ojos para ver cómo se concentraba sobre ella una nube sin forma, sin dimensiones, pero ella reconoció esa malvada presencia y sabía su nombre antes de que saltara.

Gritó cuando la oscuridad del Caldero la inmovilizó en la cama, y luego solo fue el horrible peso sobre su cuerpo, desgarrándola desde dentro hacia fuera…

Y luego nada.

Cassian se despertó de un sobresalto y cogió el cuchillo de su mesita de noche.

No sabía por qué. No había tenido pesadillas, no había oído ningún sonido.

Pero estaba invadido por el terror y el pavor, y eso aceleraba los latidos de su corazón. El solitario Sifón en su mano brilló como sangre fresca, como si también buscara un enemigo al que atacar.

Nada.

El aire se había vuelto frío como el hielo. Tan frío que su aliento desprendía una pequeña nube de vaho, y luego las lámparas se encendieron. Brillaban y parpadeaban, se prendían y apagaban como si estuvieran dándole una señal desesperada.

Como si la Casa le estuviera suplicando que corriera.

Saltó de la cama y la puerta se abrió antes de que pudiera precipitarse a ella. Se lanzó al pasillo, cuchillo en mano, sin importarle que iba en calzoncillos, o que solo tenía un Sifón. La puerta de Az se abrió de golpe un instante más tarde, y los pasos de su hermano se aproximaron tras él mientras se dirigía apresuradamente hacia la escalera.

Había llegado al rellano del nivel de Nesta cuando ella gritó.

No fue un grito de rabia, sino de puro terror.

Ante ese grito, el cuerpo de Cassian se redujo a lo esencial, toda su atención se concentró en el cuchillo que sostenía en la mano, un arma que utilizaría para eliminar y destruir a cualquiera que supusiera una amenaza para ella, matar y matar sin detenerse hasta que todos los enemigos estuvieran muertos o moribundos.

La puerta de ella estaba abierta y la luz resplandecía desde el interior. Una luz fría y plateada.

—Cassian —le advirtió Az, pero Cassian se abalanzó veloz, corriendo tan rápido como nunca lo había hecho en su vida. Se estrelló contra el arco de la puerta para rebotar y entrar en la habitación, donde se detuvo en seco, atónito ante lo que veían sus ojos.

Nesta yacía en la cama, con el cuerpo arqueado. Bañado en fuego plateado.

No paraba de gritar, mientras sus manos rasgaban las sábanas y ese fuego ardía y ardía sin destruir las mantas, la habitación. Ardía y se retorcía, como si la estuviera devorando.

—¡Dios Santo! —exclamó Azriel.

El fuego irradiaba frío. Cassian nunca había oído hablar de semejante poder entre los altos fae. Fuego, sí… pero fuego abrasador, no helado.

Nesta se arqueó de nuevo, sollozando.

Cassian se abalanzó sobre ella, pero Azriel lo agarró por la cintura. Gruñó, preguntándose si podría librarse de los brazos de Azriel, pero este lo tenía agarrado de una manera demasiado hábil.

Nesta volvió a gritar. «No».

Ella siguió gritando, suplicando. «No, no, no».

Nesta se arqueó una vez más, y ese fuego aspiró, como una inhalación profunda para luego exhalar.

Las ventanas de la habitación explotaron.

Irrumpió la noche, llena de sombras, viento y estrellas.

Y cuando Nesta pareció entrar en erupción, expulsando una especie de fuego plateado hacia fuera, Rhys se abalanzó.

Él sofocó ese fuego con su oscuridad, como si hubiera arrojado una manta sobre él. Nesta gritó, y esta vez de dolor.

La noche se despejó lo suficiente como para que Cassian pudiera ver a Rhys junto a la cama, rugiendo algo que el viento, el fuego y las estrellas ahogaban. Pero, por sus labios, Cassian supo que era su nombre.

—¡Nesta! —gritaba Rhys.

El viento se aclaró lo suficiente como para que Cassian lo oyera bien esta vez. «¡Nesta! Esto es un ¡sueño!».

El fuego de Nesta se encendió de nuevo, y Rhys arrojó una ola de oscuridad sobre ella. Toda la Casa se estremeció.

Cassian golpeó a Azriel, gritándole a Rhys que se detuviera, que dejara de lastimarla…

La oscuridad de Rhys empujaba hacia abajo, y la llama de Nesta luchaba hacia arriba, como si sus dos poderes fueran espadas chocando una con otra en la batalla, luchando por vencer.

La autoridad tronó en las palabras de Rhys.

—Despierta. Es un sueño. Despierta.

Nesta todavía luchaba, y Rhys apretó los dientes, reuniendo todo su poder.

—Déjame ir —le dijo Cassian a Azriel—. Az, déjame ir ahora mismo. —Y Azriel, para su sorpresa, le hizo caso.

Cassian sabía que las probabilidades estaban en su contra. Él tenía un cuchillo y un Sifón. Quedar atrapado en la magia entre Nesta y Rhys sería como entrar desarmado en la guarida de un león.

Y caminó hacia donde el fuego plateado y la noche más oscura luchaban.

Y habló con calma constante.

—Nesta.

El fuego plateado parpadeó.

—Nesta.

Él podría haber jurado que la conciencia de ella, ese poder, se movió hacia él. Solo lo suficiente.

La ola de poder de Rhys que la alcanzó no fue el ataque brutal de antes, sino una suave ola que se desparramó sobre aquella llama. La envolvió.

Rhys se quedó quieto de una manera que le hizo ver a Cassian que su hermano ya no estaba del todo presente, sino más bien en la mente de la mujer que había quedado inmóvil en la cama. Rara vez se había detenido a pensar en los dones de Rhys como daemati —también un don de Feyre—, pero nunca se sintió más agradecido de que los tuviera.

Cassian apenas se atrevió a respirar. Azriel flotaba detrás de él mientras Rhys se mantenía de pie frente a la cama.

Lentamente, aquella llama retrocedió. Hasta desaparecer como el humo.

Poco a poco, el cuerpo de Nesta se relajó.

Y luego su respiración se estabilizó, su cuerpo se quedó sin fuerzas. Serenamente inconsciente.

Cassian tragó saliva. Su corazón latía tan fuerte que sabía que Azriel podía oírlo mientras su hermano se acercaba a él.

Entonces Rhys inhaló profundamente y su cuerpo volvió a estar lleno de movimiento.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Azriel, y sus propias sombras se reunieron alrededor de sus hombros.

Pero Rhys simplemente caminó hacia la pequeña área de estar y se dejó caer en un sillón. Las manos del alto lord temblaban… temblaban tan descontroladamente que Cassian no tenía ni idea de qué hacer. Y a juzgar por la preocupación grabada en el rostro de Azriel, tampoco su hermano sabía qué hacer.

—¿Deberíamos llamar a Feyre? —preguntó Cassian.

—No. —Más que una palabra, fue un gruñido. Los ojos de Rhys brillaron como estrellas color violeta.

—Que ni se acerque aquí.

—¿Era eso…? —Azriel miró la cama y a la mujer inconsciente sobre ella—. ¿Ese era el verdadero poder de Nesta? ¿Ese fuego plateado?

—Solo la superficie —susurró Rhys, con las manos todavía temblándole mientras se las pasaba por la cara—. Maldición.

Cassian afirmó los pies, como si pudiera interceptar físicamente cualquier cosa que Rhys estuviera a punto de decir.

—Entré en su pesadilla. —Rhys miró a Cassian—. ¿Por qué no me dijiste que intentasteis hacer una adivinación hoy?

—No funcionó. —Y el miedo y la culpa de Nesta habían sido tan pesados en la habitación que a él le dolió el pecho. Después la dejó, sabiendo que ella iba a querer privacidad.

Rhys dejó escapar un suspiro estremecedor.

—La adivinación era un sendero con trampas. Por los recuerdos. Lo percibí cuando entré. —Se le movió la garganta, como si tuviera náuseas, pero la contuvo—. Estaba soñando con el Caldero. Cuando… cuando ella entró.

Cassian nunca había visto a Rhys tan estupefacto.

—Lo vi —susurró Rhys—. Lo sentí. Todo lo que pasó dentro del Caldero. La vi apoderarse del poder de él con sus dientes y garras y rabia. Y vi… sentí… lo que él se llevó de ella.

Rhys se frotó la cara y se enderezó lentamente. Vio la mirada fija de Cassian sin pestañear. Sus ojos estaban llenos de remordimiento y sufrimiento.

—Su trauma es… —La garganta de Rhys se movía de arriba abajo.

—Lo sé —susurró Cassian.

—Lo supuse —suspiró Rhys—, pero sentirlo fue diferente.

—¿Cuál es su poder? —quiso saber Azriel.

—Muerte —susurró Rhys. Las manos le temblaron otra vez al ponerse de pie y dirigirse hacia la ventana, que en ese momento se estaba reparando astilla por astilla, como si una mano paciente y cuidadosa estuviera haciendo el trabajo. Miró a la mujer que dormía en la cama, y el miedo nubló el rostro del alto lord de la Corte Noche—. Pura muerte.

Capítulo 30

El sueño había sido real y no real, y no había tenido fin, ni escapatoria.

Hasta que una conocida voz de macho pronunció su nombre.

Y el terror cesó, como si el eje del mundo se hubiera desplazado hacia esa voz. Esa voz, que se convirtió en una puerta llena de luz y fuerza.

Nesta había tendido una mano hacia ella.

Y luego hubo otra voz de macho en su mente, y esta también le resultaba familiar y estaba llena de poder. Pero era amable, de una manera que ella nunca había escuchado a esa voz dirigirse a ella, y la alivió sacándola del pozo negro del sueño, llevándola con una mano cubierta de estrellas de regreso a una tierra de nubes a la deriva y colinas onduladas bajo una luna brillante.

Se había acurrucado en una de esas colinas, a salvo y custodiada a la luz de la luna, y se durmió.

Nesta se durmió, pesadamente y sin sueños, y no abrió los ojos hasta que la luz del sol, no la luz de la luna, le besó el rostro.

Estaba en su habitación, las sábanas revueltas y medio caídas en el suelo, pero…

Cassian estaba durmiendo en una silla junto a su cama.

Tenía la cabeza en un ángulo incómodo, y las alas caían sobre la piedra. Solo llevaba puestos los calzoncillos. Sobre el regazo, una manta que daba la impresión de que alguien hubiera puesto allí.

Había sido una pesadilla, se dio cuenta ella con un frío toque de claridad consciente. Había soñado con el Caldero; se había perdido en él, gritando y gritando.

Y había sido su voz la que había oído. Su voz y…

No había ni rastro de Rhysand. Solo Cassian.

Lo miró durante largos minutos, la inusual palidez de su cara, las cejas todavía fruncidas por la angustia, como si se preocupara por ella incluso dormido. El sol le doraba el cabello oscuro y brillaba por entre sus alas, resaltando los matices rojos y dorados en ambas.

Como un caballero que protege a su dama. No podía evitar esa imagen, nacida de las páginas de los libros de su infancia. Como un príncipe guerrero, con esos tatuajes y ese musculoso pecho.

Nesta sintió un nudo en la garganta; le ardían los ojos.

Pero no se iba a permitir llorar, ni por ella misma ni por verlo vigilando junto a su cama toda la noche.

Y eso fue como si su furioso parpadeo lo despertara, como si él pudiera oír el aleteo de sus pestañas.

Sus ojos color avellana se dirigieron a los de ella, como si siempre supiera con precisión dónde estaba. Y estaban tan llenos de preocupación, de esa bondad implacable, que ella tuvo que luchar con fuerza para evitar que se le cayeran las lágrimas.

—Oye —dijo Cassian gentilmente.

Ella se afirmó con fuerza.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí. —No. Aunque no por la razón que él creía.

—Bien —gruñó él, estirándose, primero los brazos y luego las alas. Los músculos se ondularon—. ¿Quieres hablar?

—No.

—Está bien.

Y eso fue todo.

Pero Cassian le dirigió una media sonrisa, de una manera tan única y especial, que volvió a sentir ese nudo en la garganta.

—¿Quieres desayunar?

Nesta logró responder a su media sonrisa con una propia.

—Me gustan sus prioridades, general.

—¿Qué te pasa? —preguntó Emerie mientras jadeaban haciendo sus ejercicios abdominales—. Estás blanca como la muerte.

—Pesadillas —explicó Nesta, forzándose para no mirar hacia donde estaba Cassian, dándole instrucciones a Roslin desde una distancia respetuosa sobre cómo hacer correctamente una sentadilla. Habían tenido un desayuno tranquilo, y no había sido incómodo. Resultó cómodo… fácil. Agradable.

—¿Las tienes a menudo? —preguntó Gwyn, que estaba al otro lado de Nesta.

—Sí. —Nesta terminó una sentadilla, gruñendo por una molestia en la cintura.

—Yo también —confesó Gwyn en voz baja—. Algunas noches necesito una poción especial de nuestro sanador para poder dormirme.

Emerie le dirigió a Gwyn una mirada comprensiva. Emerie nunca preguntaba sobre el pasado de Gwyn, ni sobre las historias de las otras sacerdotisas, pero ella era una hembra astuta. Seguramente había visto la forma en que mantenían una distancia saludable con Cassian, había olido su vacilación y miedo, y así ató algunos cabos.

—¿Con qué soñaste? —le preguntó Emerie a Nesta.

El cuerpo de Nesta se bloqueó, pero volvió a ponerse en movimiento, negándose a dejar que los recuerdos la dominaran.

—Soñé con el Caldero. Con lo que me hizo.

—Yo también sueño con mi pasado —dijo Gwyn, jugando con su cabello.

Pero la confesión de Gwyn y la de Nesta no les impidieron seguir.

La cabeza de Nesta se había aclarado un poco. Y de alguna manera supo que podía esforzarse más.

Quizá el hecho de expresar esas verdades les había dado alas. Y las hizo elevarse hacia el cielo abierto.

—¿Cómo lo estás llevando?

Cassian se sentó frente al escritorio de Rhys en la casa del río, con un tobillo cruzado sobre una rodilla.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Y tú? Tienes un aspecto horrible.

—Ayer fue un día difícil, seguido de una noche difícil. —Rhys reclinó la cabeza sobre un puño apoyado en el escritorio.

Cassian inclinó la cabeza.

—¿Qué pasó antes del desastre de anoche?

Por los dioses, casi había llorado esa mañana al abrir los ojos y encontrar a Nesta mirándolo, con su rostro claro y libre de dolor. Las sombras aún perduraban, sí, pero él se había hecho cargo de todo lo que pendía sobre sus gritos. Sobre esa magia que Rhys solo podía explicar como «pura muerte».

Como Rhys no respondió, Cassian insistió.

—Rhys.

Rhys no lo miró mientras susurraba:

—El bebé tiene alas.

La alegría estalló dentro de Cassian… a pesar de que el susurro quebrado y de lo que esas palabras significaban le helaron la sangre.

—¿Estás seguro?

—Teníamos una cita con Madja ayer por la mañana.

—Pero es solo una cuarta parte ilyrio. —Era posible, por supuesto, que el bebé hubiera heredado alas, pero poco probable, dado que el propio Rhys había nacido sin ellas, y solo las obtuvo por conjuro, por medio de esa magia extraña y sobrenatural que él poseía.

—Lo es. Pero Feyre estaba en forma ilyria cuando fue concebido.

—¿Eso puede suponer alguna diferencia? Pensé que lo único que tiene de ilyria son las alas, nada más.

—Ella cambia de forma. Transforma todo su ser en la forma que ella toma. Cuando se concede alas a sí misma, esencialmente altera su cuerpo en el nivel más intrínseco. Entonces ella era completamente ilyria esa noche.

—Ella no tiene alas ahora.

—No, ella volvió atrás antes de que nos diéramos cuenta.

—Entonces que se convierta de nuevo en una ilyria para dar a luz al bebé.

El rostro de Rhys estaba tenso.

—Madja ha prohibido todo cambio de forma. Dice que alterar el cuerpo de Feyre de cualquier forma en este momento podría poner al bebé en riesgo. Tiene incluso prohibido cambiar el color de su cabello hasta después del parto.

Cassian se pasó una mano por el pelo.

—Entiendo. Pero, Rhys…, todo va a salir bien. No es tan malo.

Rhys gruñó.

—Sí lo es. Por muchas malditas razones es algo jodidamente malo.

Rhys estaba fuera de sí.

—Respira —sugirió Cassian tranquilamente.

Los ojos de Rhys eran fuego; las estrellas dentro de ellos parpadeaban.

—A la mierda.

—Respira hondo, Rhysand. —Cassian hizo un gesto hacia la ventana detrás de él, hacia el césped que bajaba hasta el río—. Luchemos, así despejas la mente. Yo tengo energía para quemar.

Las puertas del estudio se abrieron y entró Azriel. Por la expresión sombría grabada en su rostro, él ya lo sabía.

Azriel se sentó en el asiento junto a Cassian.

—Dinos lo que necesitas, Rhys.

—Nada. Necesito no desmoronarme para que mi pareja no sospeche cuando llegue a casa para el almuerzo. —Rhys entrecerró los ojos, y el poder retumbó en la habitación—. Ni una palabra de esto a Feyre. Ni una.

—¿Madja no le advirtió? —quiso saber Azriel.

—No del todo. Ella solo mencionó un riesgo elevado durante el parto.

Rhys soltó una risa áspera.

—Un riesgo elevado.

El estómago de Cassian se retorció.

—Sé que es un mal momento —intervino Azriel—, pero hay otra cosa que considerar, Rhys.

Rhys volvió a levantar la cabeza.

El rostro de Azriel era como una piedra.

—A Feyre no se le va a notar hasta dentro de unas pocas semanas, pero de todos modos alguien se dará cuenta pronto. La gente se va a enterar de su embarazo.

—Lo sé.

—Eris se va a enterar.

—Él es nuestro aliado. Intuyo que va a estar más concentrado en ocuparse de su padre y en encontrar a sus soldados desaparecidos que en este asunto.

Az fue más agresivo.

—Y Tamlin se va a enterar.

El gruñido de Rhys hizo que las luces parpadearan.

—¿Y?

Cassian le lanzó a Azriel una mirada de advertencia, pero Az, imperturbable,

habló sin miedo.

—Tenemos que estar preparados para lo que sea.

—Como si Tamlin me importara una mierda en este momento.

Que Rhys no pudiera entender lo que Az quería decir le hizo ver a Cassian lo angustiado y aterrorizado que estaba.

Cassian trató de imitar el tono sereno de Az.

—Puede que reaccione mal.

—En cuanto ponga un pie en esta frontera, morirá.

—No lo dudo —aceptó Cassian—. Pero Tamlin ya pende de un hilo. Lucien y tú habéis dejado claro que apenas ha mejorado este año pasado. Enterarse del embarazo de Feyre podría hacer que se desmoronara de nuevo. Con una nueva guerra posible y Briallyn en componendas con Koschei, necesitamos un aliado fuerte. Necesitamos las fuerzas de la Corte Primavera.

—Entonces ¿debemos ocultarle el embarazo de Feyre?

—No. Pero tenemos que convocar a Lucien —aseguró Azriel, algo tenso, como si aquello no le gustara ni un poquito—. Tenemos que contarle la noticia y colocarlo de manera permanente en la Corte Primavera para controlar cualquier daño y ser nuestros ojos y oídos.

Silencio. Dejaron que las palabras hicieran efecto en Rhys.

—La idea de consentir a Tamlin me hace querer romper esa ventana —exclamó Rhys, pero bastó apenas un gruñido para que Cassian casi se desplomara aliviado. Al menos ese filo de violencia había sido desactivado. Apenas lo suficiente.

—Me pondré en contacto con Lucien —ofreció Azriel.

El miedo aún perduraba en los ojos de Rhys, por lo que Cassian dio la vuelta al escritorio y tiró de su alto lord para que se pusiera de pie. Rhys lo dejó hacer.

Cassian puso un brazo en los hombros de Rhys.

—Vamos a golpearnos un poco.

Capítulo 31

Nesta apenas se estaba acomodando en la mesa del comedor, con el estómago gruñendo de hambre, cuando Cassian entró.

Entró cojeando, más bien.

Ella no pudo impedir que se le escapara un casi silencioso suspiro al ver el ojo morado, el labio partido, la mandíbula magullada.

—¿Qué te ha pasado? —quiso saber.

Cassian arrastró los pies hasta su silla para luego dejarse caer en ella.

—He estado entrenando con Rhys.

—Pareces un trozo de carne macerada.

—Deberías verlo a él. —Cassian rio con voz ronca.

—¿Por qué os habéis golpeado de ese modo? —Si tenía algo que ver con su pesadilla…

—Rhys necesitaba desahogarse de alguna manera. —Cassian suspiró ante el bol de pollo asado y sopa de arroz que apareció ante él—. A pesar de ese exterior suave que mi hermano le muestra al mundo, necesita soltarse de vez en cuando.

—Tu idea de soltarte y la mía parecen ser muy diferentes.

Él resopló y tomó una cucharada de sopa.

—No ha sido por diversión. Solo para liberar algo de tensión.

—¿Debido a qué? —Sabía que no era asunto suyo, pero igualmente preguntó.

Cassian dejó la cuchara, su rostro se puso serio.

—El bebé tiene alas.

Ella necesitó parpadear un par de veces para procesar lo que le acababa de decir.

—¿Cómo pueden ya saberlo?

—La magia de Madja le permite obtener la forma general de un bebé dentro del útero, para comprobar que todo está bien. Él ya es lo suficientemente grande y ella puede detectar que todas las extremidades están en orden… y que tiene alas.

Absolutamente increíble, la forma en que su magia podía funcionar. Poder realmente ver dentro del útero mismo.

Nesta no pudo evitar que la vocecita en su mente se preguntara lo que podría hacer su propio poder, si le soltaba el freno. Y no pudo detener el rayo de pánico que respondió. Como si el hecho de solo pensarlo le permitiera vagar libremente.

—Entonces, ¿Rhysand —se obligó Nesta a preguntar— no quería que el bebé tuviera alas?

Cassian siguió comiendo.

—No es eso. Será una alegría para él, para mí, para Az y para Feyre también, supongo, enseñarle al bebé a volar, a amar el viento y el cielo como lo hacemos nosotros. El problema es el parto.

—No entiendo.

—¿Cuántos medio ilyrios conoces?

—Supongo que solo a Rhys.

—Eso es porque son extremadamente poco comunes. Pero la madre de Rhys era ilyria. Y las mujeres ilyrias casi nunca se casan y se reproducen fuera de sus comunidades. Los machos ilyrios lo hacen con mucha más frecuencia, o al menos tienen aventuras, pero rara vez producen descendencia.

—¿Por qué?

—Las hembras ilyrias tienen una pelvis diseñada específicamente para que pasen niños con alas. Las hembras altas fae, no. Y cuando un niño tiene alas, pueden atascarse durante el parto. —Su rostro se había puesto pálido debajo de los moretones—. La mayoría de las mujeres mueren, y los bebés con ellas. No hay forma de que la magia pueda ayudar, salvo fracturar la pelvis de la mujer para ensancharla. Lo que podría matar al bebé de todos modos.

—¿Feyre va a morir? —Sus palabras fueron un susurro. Por un instante todo rastro de despecho, de ira, de amargura se desvaneció. Y fueron reemplazados por el pánico puro y claro.

—Algunas sobreviven. —Cassian intentó frotarse la cara, pero se detuvo antes de tocar las magulladuras—. Pero el parto es tan brutal que muchas veces o se acercan a la muerte o se quedan tan alteradas que no pueden tener más hijos.

—¿Ni siquiera con un sanador para curarlas? —Su corazón latía con tal rapidez que tuvo que dejar los cubiertos.

—Honestamente, no lo sé. Y todo intento en el pasado de cortar para sacar al niño fuera del útero de la madre… —Se estremeció—. Ninguna madre jamás ha sobrevivido. —La sangre de Nesta se volvió ácida. Cassian acomodó los hombros—. De modo que ni siquiera consideramos esa opción. Pero Madja estará allí en todo momento, haciendo todo lo que pueda. Y todavía no sabe de qué manera la propia magia de Feyre afectará en el parto.

—¿Feyre está angustiada?

—Ignora el alcance total del hecho. Pero todos los que hemos crecido aquí sabemos lo que significa para una hembra alta fae tener un bebé con alas.

Nesta se obligó a calmar el miedo que la atravesaba.

—Y Rhys necesitaba luchar contra su miedo.

—Sí. Junto con su culpa y su dolor.

—Quizá otra corte tenga un sanador que sepa más que Madja. Quizá uno con un pueblo alado. La Corte Amanecer tiene a los peregryns… la gente de Drakon son serafim. Miryam no tiene alas y, sin embargo, ha dado a luz a los hijos de Drakon.

—Rhys se dirige a su isla mañana. Y Mor está haciendo consultas discretas en las cortes fae del continente. —Se pasó una mano por el cabello, y el Sifón captó la luz—. Si hay una manera de salvar a Feyre de una sentencia de muerte, Rhys la encontrará. Él no va a detenerse ante nada hasta que encuentre una manera de salvarla.

Se hizo el silencio y el peso sobre su pecho era casi insoportable. Rhys haría todo lo que estuviera en su mano, ella no tenía duda alguna. El alto lord iría hasta los confines del mundo con tal de encontrar una forma de salvar a Feyre.

—Intentaré adivinar de nuevo —anunció en voz baja.

El ojo morado de Cassian permaneció inexpresivo en la luz mientras bajaba las cejas a modo de advertencia.

—Después de anoche…

Ella levantó la barbilla. Si ese bebé sobrevivía… Nesta no iba a permitir que naciera en un mundo hundido una vez más en la guerra. Pero no dijo nada de eso, no podía abrirse de esa manera.

—Necesito recuperar mi fuerza después del intento de ayer. Lo haremos mañana por la noche.

—Quiero que Rhys y Amren estén allí. Y Az.

—Bien.

Cassian se reclinó en su silla. Era casi cómico, su mirada intensa combinada con su labio herido y su ojo morado. Y habló después de un momento.

—¿Por qué no me buscaste?

Nesta supo lo que él quería decir solo por la forma en que su voz bajó una octava.

Ella podía jugar a este juego de distracción. Él no tenía idea de lo bien que había aprendido a jugarlo. Así que también ella dejó bajar el tono de su propia voz.

—¿Por qué no me buscaste tú a mí?

—Estaba esperando tu señal para hacerlo. Y no parecías tener interés en mí después de… —Movió la cabeza en dirección a la mesa entre ellos, hacia el suelo donde ella se arrodilló entre sus piernas—. No te hice daño, ¿no?

Nesta soltó una risa áspera.

—No, no me hiciste daño. —Ella estiró el brazo sobre la mesa y pasó un dedo por el brazo de él antes de mirarlo a los ojos—. Me encantó cuando me penetraste en la boca, Cassian.

Los ojos de él se oscurecieron. Ella se levantó, y él se quedó completamente quieto mientras ella daba la vuelta a la mesa para luego detenerse junto a su silla.

—¿Quieres hacerme el amor en esta mesa? —preguntó en voz baja, pasando una mano por la superficie lisa. Él se estremeció, como si imaginara ese toque en su piel.

—Sí —aseguró él con voz gutural—. En esta mesa, en esta silla, en cada superficie de la Casa.

—No creo que a la Casa le guste un comportamiento tan obsceno. Aunque ella también sea una lectora de novelas de amor.

—Yo… ¿Qué? —Su respiración se había vuelto irregular.

Ella se inclinó para darle un beso en su boca lastimada. No fue un gesto de amor. Ni siquiera fue dulce. Fue un desafío y una burla malvada para que olvidara su miedo y su dolor para así enredarse con ella.

—No tengo interés en acostarme con un macho que parece haber estado en una pelea de taberna —le dijo ella en los labios.

—Podemos atenuar las luces.

Nesta se rio entre dientes. El deseo le había empañado los ojos y sabía que si miraba hacia abajo vería la evidencia de lo afectado que estaba él. Pero ella no se iba a permitir esa tentación.

Él sería su recompensa… pero justo después de haber cumplido con la adivinación.

Los labios de ella se curvaron.

—Cuando estés curado y te veas hermoso otra vez —le prometió y se apartó —, entonces dejaré que me hagas el amor donde quieras en esta Casa.

Las manos de Cassian se hundieron en los brazos de su silla, como si estuviera frenándose para no saltar sobre ella. Pero su boca se abrió en una sonrisa salvaje.

—Prometido.

Nadie preguntó sobre el cambio de opinión de Nesta cuando ella y Cassian entraron al estudio en la casa del río a última hora de la tarde siguiente y encontraron a Rhys, Feyre, Azriel y Amren esperando ante un mapa gigante de los reinos de los inmortales. A su lado había un bol con piedras y huesos.

Todos la miraron, la evaluaron y la juzgaron. Pero los ojos de ella se dirigieron a Feyre, que estaba de pie al otro lado de la habitación, con una mano apoyada distraídamente sobre la ligera hinchazón de su vientre.

Nesta se negó a dejar que su rostro revelara algo al dirigirle a su hermana un leve movimiento de cabeza a manera de saludo. Se odió a sí misma cuando los ojos de Feyre se ablandaron… Odió la cruda emoción en ellos cuando Feyre le devolvió el saludo con la cabeza, y una vacilante sonrisa.

No pudo soportar el alivio y la felicidad en los ojos de Feyre. Incapaz de asimilarlo, Nesta miró a Rhysand, que estaba junto a su hermana. Una mirada a los ojos de él y Nesta permitió que su mente se abriera… apenas una grieta.

No le diré una palabra a Feyre, juró.

Ella no lo hizo por ser particularmente amable, sino para limpiar esa mirada cautelosa de los ojos de Rhys antes de que penetrara más. Sin duda él se había enterado o imaginado que Cassian le había hablado ya de las alas del bebé.

Rhys se limitó a decir, con voz cautelosa: *Gracias*.

Nesta no le preguntó acerca de su visita a Miryam y Drakon… si él se había enterado de algo. Tocó la mesa. Cassian se mantenía cerca. Pero ella se olvidó de él cuando miró a Amren, que la observaba con frío disgusto.

Las palabras de meses atrás que Nesta había intentado tanto olvidar, pululaban desde el pozo más oscuro de su memoria, cada una más hiriente que la otra. «Tú te has convertido en un patético desperdicio de vida».

Nesta apartó su mirada de Amren para concentrarse en el mapa.

—Terminemos rápido con esto.

—Cuando lo intentaste hace dos días ¿no sentiste nada? —preguntó Azriel desde su lugar al lado de Amren.

—Nada. —Los dedos de Nesta se movieron por encima del bol con las herramientas—. Mi mente dio vueltas sobre sí misma.

—¿En qué pensaste? —quiso saber Amren.

En cuánto se odiaba a sí misma. A su padre. En cuánto temía al Caldero.

—En el Tesoro —dijo Nesta—. Y en lo que pasó la última vez que hice una adivinación.

—No permitiremos que Elain sufra daño alguno —intervino Feyre—. Rhys la protegió esta mañana, y la estamos vigilando en todo momento.

—Los ojos se pueden cegar —apostilló Nesta.

—No los que están bajo mi mando —aseguró Azriel como una suave amenaza. Nesta lo miró a los ojos, sabiendo que él era el único, aparte de Feyre, que realmente podía entender su vacilación. Había ido con Feyre al corazón del campamento de Hybern para salvar a Elain… él conocía el riesgo—. No vamos a cometer el mismo error dos veces.

Ella le creyó.

—Está bien. —Cogió las piedras y los huesos. Los sintió helados contra sus dedos.

Los apretó con fuerza, Nesta cerró los ojos y sostuvo su brazo sobre el mapa abierto encima de la mesa. Nadie habló, aunque el peso de sus miradas caía sobre ella.

El calor de Cassian se filtró en el costado de ella, sus alas crujieron cerca de su espalda.

Dejó que esa calidez, ese susurro le sirvieran de apoyo.

Él la había salvado de su pesadilla, se había quedado con ella mientras dormía. La había protegido y luchado por ella. Él no iba a permitir que algo la dañara.

«Ningún daño».

«Ningún daño».

«Ningún daño».

Lo que había sido una interminable espiral de pensamientos se desvaneció. Un enorme agujero se abrió en su mente.

«Ningún daño».

«Ningún daño».

«Ningún daño».

Nesta se sumergió en esa oscuridad, como si se sumergiera lentamente en una piscina.

El brazo de Cassian rozó el de ella, y dejó que eso también la anclara. Un salvavidas. Ella le cogió la mano con la que tenía libre y entrelazó sus dedos con los de él. Dejó que el toque la afirmara mientras dejaba que lo último de su mente se deslizara debajo de la superficie negra.

Y luego nada.

Caía lentamente. A la deriva, como una pequeña piedra hundiéndose hasta el fondo de un estanque.

«La Máscara —susurró, y lanzó su mente a la eternidad—. ¿Dónde está la Máscara del Tesoro del Miedo?».

Seguía flotando en la noche líquida.

«Al principio y al final, solo había oscuridad y nada más». Ella había escuchado esa verdad por primera vez, la había entendido, durante su batalla con el Caldero. Y la entendió de nuevo en ese momento mientras flotaba en ese mismo lugar extraño, lleno y vacío a la vez, eternamente frío.

«¿Dónde está la Máscara?», le preguntó al vacío.

A lo lejos, como una vela en una ventana, sintió la mano de Cassian apretando la suya. Ese era el camino de regreso. Nada podría atraparla, abrazarla, si tenía ese camino de regreso a casa.

«¿Dónde está la Máscara?».

Durante largos minutos, solo el tictac del reloj de pie en un rincón llenaba el estudio.

Nesta estaba junto a Cassian, con una mano aferrada a la de él, y la otra extendida sobre el mapa, con los huesos y las piedras amontonados en el puño cerrado.

Cassian intercambió miradas con Feyre. Apenas había podido mirarla cuando entró al ver la ligera hinchazón en la parte inferior de su vientre. Pero se había obligado a sonreír. Era el vivo retrato de una naturalidad arrogante y despreocupada.

En ese momento una brisa helada y fantasmal pasó por su lado. El vello de la nuca se le erizó.

Amren dejó escapar un suave suspiro.

—¿Adónde se dirige?

La mano de Nesta permaneció sobre el mapa. Pero los dedos que mantenía en la mano de él se habían puesto fríos como el hielo.

Cassian le apretó la mano, y le pasó calor.

Al otro lado de la mesa, la respiración de Azriel se nubló. Rhys se acercó a Feyre, posicionándose para interceptar cualquier amenaza inesperada.

—Esto no sucedió aquella vez durante la guerra con Hybern —murmuró Azriel.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera responder, los párpados de Nesta se movieron… como si estuviera viendo algo. Frunció las cejas. Sus dedos se apretaron sobre las piedras y los huesos. Los nudillos se le pusieron blancos. Y el aire se hizo más frío.

—Si ves la Máscara, niña, entonces ahora es el momento de soltar las piedras y los huesos —ordenó Amren con voz cautelosa.

La mano de Nesta siguió cerrada. Pero sus ojos todavía se movían rápidamente detrás de los párpados, buscando, escrutando.

—Nesta —ordenó Feyre—. Abre la mano. —Feyre había entrado en la mente de Nesta la última vez… la había sacado, gracias al poder de los daemati que había recibido de Rhys. Feyre maldijo en voz baja—. Ella nunca bajó sus escudos. Sus escudos son…

—Una fortaleza de hierro macizo —murmuró Rhys, con los ojos puestos en Nesta.

—No puedo entrar —suspiró Feyre—. ¿Puedes tú?

—Su mente está protegida por algo que ninguna magia de inmortal puede romper —explicó Amren. Era la esencia del Caldero mismo.

Pero Nesta no daba muestra alguna de miedo, ni había olor a miedo.

—Dale tiempo —murmuró Cassian. Dios, qué frío hacía. Los párpados de Nesta se movieron de nuevo.

—Esto no me gusta —dijo Feyre—. Dondequiera que esté, se siente que es

mortal.

El frío seguía aumentando. La mano de Nesta apretó la de Cassian… un apretón fuerte.

Una advertencia.

—Sácala, Rhys —le pidió Cassian—. Sácala ahora.

—No puedo —respondió él en voz baja, su poder era un manto de estrellas y noche que lo envolvía—. Yo… las puertas de su mente estaban abiertas la otra noche. Ahora están cerradas.

—Ella no quiere que eso la vea. O a nosotros —dijo Feyre, con el rostro tenso—. Ella lo bloqueó, pero también se encerró a sí misma.

El estómago de Cassian se retorció.

—Nesta —le dijo al oído—. Nesta, abre tu mano y regresa.

Su respiración se aceleró. El frío se hizo más intenso.

—Nesta —gruñó…

Y el frío se detuvo. No desapareció, sino más bien… se interrumpió. Los ojos de Nesta se abrieron de golpe.

El fuego plateado ardía dentro. Nada fae miraba a través de ellos.

Rhys empujó a Feyre detrás de sí. Ella volvió a ubicarse a su lado. Pero la mano de Nesta siguió apretando la de Cassian. Él le devolvió el apretón para que sus Sifones le transmitieran una pizca de poder.

Ella volvió la cabeza tan lentamente que fue como ver moverse a un títere. Ella lo miró a los ojos.

La Muerte lo miraba.

Pero la Muerte había caminado a su lado todos los días de su vida. Entonces Cassian le acarició la palma con el pulgar.

—Hola, Nes —le dijo.

Nesta pestañeó y él dejó que sus Sifones le traspasaran de nuevo su poder. El fuego parpadeó.

Él movió la cabeza en dirección al mapa.

—Suelta las piedras y los huesos.

Los ojos de ella ardían. Nadie se atrevió a respirar.

—Suelta las piedras y los huesos, y entonces tú y yo podremos jugar —le sugirió Cassian, dejándola sentir su calor, obligándose a recordar aquel beso provocativo en la cena y su promesa de dejar que él le hiciera el amor donde quisiera en la Casa; lo que le había hecho, lo mucho que le había dolido. Dejó que todo ardiera en sus ojos, dejó que el aroma de su excitación la envolviera.

Todos se tensaron cuando él se inclinó, con la cabeza agachada y la besó.

Los labios de Nesta eran trozos de hielo.

Pero dejó que esa frialdad atravesara la suya y apretó su boca sobre la de ella. Le mordisqueó el labio inferior hasta que sintió que se relajaba. Deslizó su lengua en esa abertura, y encontró el interior de su boca, generalmente tan suave y cálido, cubierto de escarcha.

La boca de Nesta se abría lentamente y él deslizó su lengua sobre cada centímetro… sobre sus dientes congelados, sobre el paladar. Entibiando, ablandando, liberando.

La lengua de ella se movió para encontrarse con la de él en un solo golpe que rompió el hielo en su boca.

Él inclinó su boca sobre la de ella, atrayéndola contra su pecho. La saboreó como había querido saborearla la otra noche, profunda y concienzudamente, posesivamente. Su lengua volvió a rozar la de él, y entonces su cuerpo entró en calor. Cassian se retiró lo suficiente para decir junto a sus labios:

—Suéltalos, Nesta.

Metió su boca en la de ella de nuevo, desafiándola a desatar ese frío fuego sobre él.

Algo golpeó y tintineó junto a ellos.

Y cuando la otra mano de Nesta le agarró el hombro, los dedos ya libres de piedras y huesos, cuando ella arqueó el cuello, dándole un mejor y más profundo acceso, él casi se estremeció aliviado.

Ella fue la primera en interrumpir el beso, como si se deslizara dentro de su cuerpo y recordara quién la besaba, dónde estaban y quién los miraba.

Cassian abrió los ojos para encontrarla tan cerca que compartían el aliento. Un aliento normal y sin nubes. Sus ojos habían vuelto al gris azulado que él conocía tan bien. Una sorpresa aturdida y un poco de miedo le iluminaron el rostro. Como si nunca antes lo hubiera visto.

—Interesante —observó Amren, y encontró a la hembra estudiando el mapa.

Pero Feyre se quedó boquiabierta, con la mano de Rhys apretándole con fuerza la suya. La cautela ardía en el rostro de Rhys. En el de Azriel también.

¿Qué diablos has hecho para sacarla?, preguntó Rhys.

Cassian realmente no lo sabía. *Lo único que se me ha ocurrido*.

Has caldeado toda la habitación.

No era mi intención.

Nesta se apartó… no con dureza, sino con el claro propósito de que Cassian

mirara hacia donde ella y Amren se concentraban en el mapa.

—¿El pantano de Oorid? —Feyre frunció el ceño al ver el lugar en el Medio —. ¿La Máscara está en un pantano?

—Oorid fue alguna vez un lugar sagrado —explicó Amren—. Los guerreros eran puestos a descansar en sus aguas negro noche. Pero Oorid se convirtió en un lugar de oscuridad… no me mires así, Rhysand, sabes a qué me refiero… hace mucho tiempo. Se llenó de tanta maldad que nadie se atreve a ir, y solo los peores de los inmortales se sienten atraídos por él. Dicen que el agua de ahí fluye hacia Bajo la Montaña, y las criaturas que viven en el pantano han utilizado durante mucho tiempo sus vías de aguas subterráneas para viajar a través del Medio, incluso en las montañas de las cortes circundantes.

Feyre frunció el ceño.

—Pero ¿no puede ser más específico? —le preguntó a Rhys—. ¿Tenemos un mapa detallado del Medio?

Rhys negó con la cabeza.

—Está prohibido hacer mapas del Medio aparte de algunos vagos puntos de referencia. —Señaló la montaña sagrada en el centro, donde había estado retenido durante casi cincuenta años—. La montaña, los bosques, el pantano… Todo se puede ver desde la tierra y el aire. Pero sus secretos, esos que se descubren caminando…, esos están prohibidos.

El ceño de Feyre no se aflojó.

—¿Por quién?

—Un antiguo consejo de los altos lores. El Medio es un lugar donde la magia salvaje todavía habita, prospera y se alimenta. Los respetamos como entidad, y no deseamos provocar su ira revelando sus misterios.

Feyre miró a Nesta, quien a su vez miraba fijamente donde habían caído las piedras y los huesos en un pequeño montón ordenado sobre el pantano.

—El Medio es donde vivía la Tejedora del Bosque —aclaró Feyre con voz tensa—. Si vais al pantano, tendréis que ir armados.

—Ambos estaremos armados —informó Cassian—. Hasta los dientes.

Como Nesta no respondió, todos la miraron. Ninguno de ellos se atrevió a preguntar sobre aquel poder. El que él había derretido y eliminado con su beso. Todavía podía sentir el sabor del hielo en su lengua; podía oler el aroma, similar al de ella pero completamente diferente.

—Iremos mañana —dijo Nesta.

—Necesitas tiempo para prepararte… —reaccionó Feyre.

—Iremos mañana —repitió. Cassian dedujo todo lo que Nesta callaba. Quería ir al día siguiente para no tener la oportunidad de pensarlo mejor. Para obtener más información sobre el peligro al que se iba a enfrentar.

Los dedos de él le rozaron la parte baja de la espalda, saboreando la tibieza de su cuerpo después de todo aquel frío.

—Saldremos después del desayuno.

Capítulo 32

—Debería ir contigo —le sugirió Rhys a Cassian mientras se reunían en el vestíbulo de la casa del río a la mañana siguiente.

—Yo debería ir contigo —lo contradijo Feyre, apoyada en la barandilla de la escalera, mirando con el ceño fruncido a su pareja y a Cassian.

Nesta los miraba en silencio, con el peso de las armas que cargaba como manos fantasmas empujándola por la espalda, por los muslos, por las caderas. «Todavía es muy probable que te lastimes a ti misma tanto como a un oponente —había dicho Cassian mientras dejaba sus armas en la mesa del comedor esa mañana—, pero es mejor que ir a Oorid desarmada». Ella había elegido una daga y él había sonreído. «El extremo con punta debe ir contra tu enemigo».

Ella lo fulminó con la mirada, pero dejó que la ayudara con las correas y hebillas de las distintas fundas, concentrada en sus fuertes manos que susurraban sobre su piel y no en la tarea de ese momento.

—Ambos deberíamos ir contigo —corrigió Rhys—. Pero al menos Azriel estará ahí.

—Gracias por tu confianza —replicó Cassian con ironía, y besó a Feyre en la mejilla. Seguramente Rhys había bajado su escudo… por el momento—. Ni siquiera sois padres todavía y el síndrome de mamá gallina os afecta ya a niveles insoportables.

—¿Mamá gallina? —Feyre se atragantó con la risa.

—Es una expresión —aclaró Cassian, con un tono tan calmado que Nesta se preguntó si él comprendía el peligro al que se dirigían.

Nesta deslizó su mirada hacia Azriel, quien se encogió sutilmente de hombros a manera de confirmación. Sí, estaban a punto de aventurarse en un

antiguo y letal pantano. No, Cassian no parecía estar tan perturbado como ellos dos.

Cuando Nesta frunció el ceño, Az le dirigió una leve sonrisa. Podían ser aliados, parecía decir esa sonrisa. Contra la absoluta locura de Cassian. Ella se encontró, a su vez, respondiéndole a Azriel con una leve sonrisa.

Rhys suspiró mirando el techo.

—¿Vamos?

Nesta miró hacia la escalera más allá de Feyre. Elain había optado de nuevo por permanecer en su habitación cuando Nesta estaba presente, lo cual era aceptable. Totalmente aceptable. Elain podía tomar sus propias decisiones. Y había elegido cerrarle por completo la puerta a Nesta. Incluso cuando abrazó plenamente a Feyre y su mundo. El pecho de Nesta se tensó, pero se negó a pensar en ello, a reconocerlo. Elain era como un perro, leal a cualquier amo que la mantuviera alimentada y confortable.

Nesta desvió su atención de la escalera, maldiciéndose a sí misma como una tonta por siquiera mirar.

—Esto no me parece buena idea —espetó Feyre, dando un paso hacia ella—. No has entrenado suficiente.

Cassian sonrió con aire de suficiencia.

—Tiene dos guerreros ilyrios custodiándola. ¿Qué podría salir mal?

—No respondas a eso —ordenó Rhys secamente a su pareja. Miró a Nesta a los ojos. Las estrellas nacían y morían en sus ojos—. Si no quieres ir…

—Me necesitas —afirmó Nesta, levantando la barbilla—. El pantano es tan grande que no podrás encontrar la Máscara sin mis… dones. —No tenía ni idea de cómo podía encontrar la Máscara en Oorid, pero al menos podrían comenzar explorando el área ese mismo día. Por lo menos, eso fue lo que Cassian dijo esa mañana.

Feyre parecía dispuesta a objetar, pero Azriel extendió sus manos con cicatrices hacia Cassian y Nesta. Feyre dio un paso adelante de nuevo.

—El Medio no se parece a nada que hayas experimentado antes, Nesta. No debes bajar tu guardia ni por un momento.

Nesta asintió con un movimiento de cabeza, sin molestarse en decir que operaba según ese principio desde hacía mucho tiempo.

Azriel no les dio la oportunidad de intercambiar una palabra más antes de que las sombras murmurantes los rodearan. Nesta no pudo evitar aferrarse a

Azriel, sabiendo que si lo soltaba, daría vueltas por ese espacio entre diferentes lugares y se perdería para siempre.

Pero entonces la alcanzó una luz grisácea y acuosa. Y el aire… el aire era pesado, lleno de agua que fluía lentamente y moho y tierra arcillosa. No había viento a su alrededor; ni siquiera una brisa.

Cassian silbó.

—Mira este infierno.

Neta soltó la mano de Azriel e hizo precisamente eso.

Oorid se extendía delante de ellos. Ella nunca había visto un lugar tan muerto. Un lugar que hizo que su parte todavía humana retrocediera, susurrando que estaba «mal, mal, mal» estar ahí.

Azriel hizo una mueca. El cantor de sombras de la Corte Noche torció el gesto cuando todo el peso del aire opresivo de Oorid y el olor y la rigidez y la quietud lo alcanzaron.

Los tres inspeccionaron el páramo.

Ni siquiera el agua del Caldero era tan sólidamente negra como la del pantano, como si estuviera hecha de tinta. En los bajíos a pocos metros de distancia, donde el agua se juntaba con la hierba, no se veía ni una brizna donde la superficie los tocaba.

Los árboles muertos, grises por la edad y el clima, sobresalían como lanzas rotas de mil soldados, algunos cubiertos con cortinas de musgo. No había hojas pegadas a sus ramas. La mayoría de las ramas se habían quebrado dejando lanzas dentadas que salían de los troncos.

—Ni un insecto —observó Azriel—. Ni un pájaro.

Nesta se esforzó por escuchar. Solo respondió el silencio. Carecía hasta del silbido de una brisa.

—¿Quién enterraría aquí a sus muertos?

—No los enterraban bajo tierra —explicó Cassian, con la voz extrañamente opacada, como si ese aire espeso devorara cualquier eco—. Los sepultaban bajo el agua.

—Preferiría ser reducida a cenizas y arrojada al viento antes de que me depositaran aquí —aseguró Nesta.

—Tomo nota —replicó Cassian.

—Este es un sitio del mal —susurró Azriel. Miedo verdadero brilló en los ojos color avellana del cantor de sombras.

A Nesta se le erizó el vello de los brazos.

—¿Qué tipo de criatura habita aquí?

—¿Y lo preguntas ahora? —dijo Cassian, con las cejas levantadas. Tanto él como Azriel llevaban sus armaduras más gruesas, convocadas al tocar los Sifones en el dorso de sus manos.

—Antes tenía miedo de preguntar —admitió Nesta—. No quería perder mi coraje.

Cassian abrió la boca, pero Azriel se le adelantó.

—Cosas que cazan en el agua y se deleitan con la carne.

—Nadie ha visto un kelpie en mucho tiempo —agregó Cassian.

—Eso no significa que hayan desaparecido.

—¿Qué es un kelpie? —quiso saber Nesta, con el corazón latiéndole con fuerza ante la tensión grabada en sus rostros.

—Una criatura antigua…, uno de los primeros verdaderos monstruos de los inmortales —informó Cassian—. Los humanos les pusieron otros nombres: caballos de agua, nixies. Eran seres que cambiaban de forma y habitaban los lagos y los ríos. Atraían hacia sí a personas distraídas. Y después de ahogarlas, se pegaban un festín. Solo las entrañas regresaban a la orilla.

Nesta miró la superficie negra del pantano.

—¿Y viven aquí?

—Desaparecieron cientos de años antes de que naciéramos nosotros —precisó Cassian con firmeza—. Son un mito que se susurra en torno a las fogatas y una advertencia para que los niños no jueguen cerca del agua. Pero nadie sabe adónde fueron. Muchos de ellos fueron cazados, pero los sobrevivientes… —Aceptó con un movimiento de cabeza la sugerencia de Azriel—. Es posible que hayan huido al Medio. El único lugar que podría protegerlos. —Nesta hizo una mueca. Cassian le dirigió una sonrisa que no llegó a percibir—. Bastará con que no corras detrás de un hermoso caballo blanco o de un joven de cara bonita y estarás bien.

—Y mantente alejada del agua —agregó Azriel solemnemente.

—¿Qué pasa si la Máscara está en el agua? —Ella hizo un gesto señalando al vasto pantano. Habían decidido volar sobre él y dejar que ella sintiera lo que fuera que hubiera allí.

—Entonces Az y yo dejaremos que el azar decida, como corresponde a los guerreros duros que somos, y el que saque la pajita más corta pierde. El perdedor se hace cargo.

Azriel puso los ojos en blanco, pero se rio entre dientes. La sonrisa de

Cassian finalmente resplandeció en su mirada mientras abría los brazos.

—La belleza de Oorid espera, mi señora.

Cassian había estado en algunos lugares horribles en sus cinco siglos de existencia.

El pantano de Oorid era, de lejos, el peor. Su esencia misma hablaba de muerte y putrefacción. El aire opresivo apagaba hasta el ruido de sus alas, como si Oorid no permitiera que ningún sonido perturbara su antiguo sueño.

Nesta se aferraba a él mientras volaban, con Az a su lado y Cassian mirando al bosque muerto que se extendía allá abajo, con el agua negra que lo había inundado como un espejo de obsidiana. Estaba tan inmóvil que pudo ver sus reflejos perfectamente.

—No estoy segura de qué es lo que estoy buscando —protestó Nesta mientras el viento le azotaba el cabello trenzado.

—Solo mantén todos tus sentidos abiertos y observa si algo echa chispas.

Cassian comenzó a dar una amplia vuelta circular hacia el oeste. El aire parecía hacer presión sobre sus alas, como si fuera a arrojarlos a esa superficie.

Pero entrar en esas aguas negras sería el último recurso.

Islas de hierba salpicaban el lugar, algunas tan pobladas de zarzas que resultaba imposible encontrar un lugar seguro para aterrizar. Los nudos de espinas eran una burla de lo que podían haber sido… como si Oorid alguna vez hubiera cultivado rosas. No se veía ni una sola flor.

—Es insoportable. —Nesta se estremeció.

—Nos quedaremos solo mientras podamos soportarlo —la tranquilizó Cassian—, y si no encontramos nada, volveremos mañana y retomaremos desde donde lo dejamos.

Tenía dos espadas, cuatro cuchillos, un arco ilyrio y un carcaj de flechas, más los siete Sifones. De todos modos, no podía evitar la sensación de volar desnudo.

—¿Qué otra cosa habita aquí, además de los kelpies?

—Algunos dicen que brujas —murmuró él—. No del tipo humano —añadió cuando ella arqueó una ceja—. Del tipo que solía ser otra cosa y que luego su sed de magia y poder las convirtió en miserables criaturas, desterradas aquí por varios altos lores.

—Esas no parecen tan malas.

—Beben sangre joven para llenar la frialdad que la magia dejó en ellas.

Nesta hizo una mueca.

—Hay cantores de luz —prosiguió Cassian mientras ella escudriñaba el pantano—. Son seres encantadores y etéreos que te atraerán mostrándose como caras amistosas cuando estés perdida. Justo cuando estés en sus brazos verás sus verdaderos rostros, y no son en absoluto hermosos. Ese horror es lo último que verás antes de que te ahoguen en el pantano. Pero matan por deporte, no por supervivencia.

—¿Y todas estas horribles criaturas simplemente se quedaron aquí, sin que nadie se ocupara de ellas?

—El Medio no está bajo la jurisdicción de ningún alto lord. Hace mucho tiempo que es el basurero de los indeseados.

—¿No es la Prisión?

—Sus crímenes son crímenes de la naturaleza. Un kelpie está diseñado para atraer y matar, al igual que un lobo está diseñado para cazar a su presa. El Medio los mantiene separados de nosotros sin castigarlos por su naturaleza.

—Pero ¿nadie va a hacer nada por librar al mundo de ellos?

—El Medio está lleno de magia primigenia. Tiene sus propias reglas y leyes. Si cazas a los kelpies o a los cantores de luz sin provocación, es posible que te quedes atrapada aquí.

Ella se estremeció.

—¿Cómo es que la Máscara habría terminado en el pantano?

—No lo sé. —Movió la cabeza y señaló el suelo—. ¿Sientes algo?

—No. Nada.

Cassian miró por encima del hombro a Az antes de que entraran en una nube de niebla que flotaba sobre la sección norte del pantano. Era tan espesa que Cassian se elevó más pues no quería que un árbol alto los atravesara. La niebla era tan fría que dedos helados recorrían sus alas, su rostro.

Nesta se sobresaltó, luego suspiró.

—Cassian.

Se apartó de la niebla y volteó hacia la izquierda.

—¿Has sentido algo?

—No sé lo que he sentido. —Tragó saliva—. Aquí hay algo.

Volvió a mirar por encima del hombro para hacerle señas a Azriel.

Pero Az no estaba allí.

Capítulo 33

—¡Azriel!

El grito de Cassian ni siquiera hizo eco.

Aferrada a su cuello, Nesta escudriñó la niebla. Cassian se quedó detrás de la nube, con las alas batiendo para mantenerlos en su lugar mientras buscaba a su hermano.

—Un momento —susurró antes de lanzarse a un descenso y usar el impulso para zambullirse en la niebla.

Una luz azul se encendió abajo… delante. Los Sifones de Azriel.

—Mierda —espetó Cassian, y bajó un poco más.

Los árboles se alzaban altos, afilados como espadas, y él maniobró entre ellos, con sus alas a pocos centímetros de destrozarse en esas puntas afiladas. El corazón de Nesta tronaba, pero no iba a cerrar los ojos ante la muerte por todas partes, no mientras Cassian descendía hasta quedar bajo la cortina de niebla y contemplaron lo que Azriel tenía ante sí.

Cassian giró tan rápido que Nesta apenas tuvo tiempo de aferrarse bien, y luego voló de regreso por donde había venido, a través de la niebla.

—¿Adónde vamos? —preguntó—. ¡Hay dos docenas de soldados allí!

—Soldados de la Corte Otoño —aclaró Cassian. Sus alas batían con tanta fuerza que el viento les lastimaba los ojos—. No sé qué narices están haciendo aquí, o si Eris nos ha jodido majestuosamente, pero uno de ellos ha disparado una flecha de ceniza a través del ala de Az.

—Entonces ¿por qué nos vamos volando?

—Porque no voy a aterrizar contigo en medio de ese caos.

—¡Déjame bajar! —gritó ella—. ¡Déjame donde sea y vuelve! —Él no lo hizo, y siguió inspeccionando el pantano allá abajo en busca de un lugar seguro. Ella golpeó con una mano su pecho musculoso—. ¡Cassian!

—Sé lo que me cuesta cada segundo, Nesta —dijo él en voz baja.

—¡Déjame en un maldito árbol, entonces! —Ella señaló uno que esquivaron en el último momento.

Poco después, vio un área que consideró bastante segura: una franja sólida de tierra y césped, con los restos de un árbol que se alzaba en el medio. La puso en el árbol, como ella había sugerido, y la dejó en la rama más alta y resistente. La rama gimió y se balanceó bajo el peso de ambos.

—Quédate aquí —ordenó, mientras esperaba que ella agarrara la rama con las manos, aferrándose como un niño que ha trepado demasiado alto—. Volveré pronto. No bajes. Sin importar lo que puedas ver u oír.

—Vete. —Ella era completamente inútil en una pelea, lo sabía. Solo serviría para distraerlo.

—Ten cuidado —le advirtió, como si no fuera él quien estaba a punto de ir hacia el peligro, y luego se fue. Nesta se aferró a la rama del árbol con tanta fuerza que todo su cuerpo temblaba, el silencio del pantano la envolvía como una manta de plomo.

Oorid devoró los rápidos aleteos de Cassian en segundos, por lo que ella ni siquiera pudo oírlo mientras desaparecía en la niebla.

Cassian apuntó hacia donde sus sentidos le decían que Az todavía luchaba. Su vista seguramente no le servía de nada… la niebla parecía más espesa en ese momento.

La Corte Otoño estaba ahí. ¿Eran estos los soldados desaparecidos de Eris, o los había tomado a todos por tontos? ¿Beron se había enterado de alguna manera de sus planes?

Voló tan rápido como pudo, rezando para que Az los hubiera detenido, incluso con esa flecha de ceniza que le había atravesado el ala. La limitación que la flecha de ceniza imponía al poder de Az era la única razón por la que los soldados aún no estaban muertos… pues los Sifones de Azriel habían sido un

destello y no una pared incineradora contra soldados que eran mucho menos hábiles.

Cassian se sumió en una calma fría, deseando que cada uno de sus Sifones estuviera despierto. Él les traspasaba su poder a ellos, y ellos lo refractaban a su vez, confirmando que estaban listos, que él estaba listo, para que comenzara el derramamiento de sangre.

Los Sifones azules de Azriel se encendieron, una mancha color cobalto en la niebla, y Cassian voló muy alto en el cielo, hasta que ese azul fue un aleteo debajo de él.

Dejó de aletear por completo para que los guerreros no oyeran ningún batir de alas.

Luego extendió sus alas en silencio y se deslizó en caída libre. El aire pesado le abofeteaba la cara, pero sacó en silencio una espada y el cuchillo del muslo.

La niebla se abría poco más de un metro por encima de la escaramuza.

Los soldados no tuvieron tiempo de mirar hacia arriba antes de que Cassian estuviera sobre ellos.

Brotó sangre y los machos gritaron, el poder rebotaba en el rojo de los Sifones de Cassian. Az luchaba contra seis soldados a la vez, el ala izquierda lesionada y sangrando, sus propios Sifones ardían. La flecha de ceniza había casi anulado el poder de Az. Pero los Sifones habían ardido como una señal… dirigida a Cassian.

La imagen del ala herida de Az hizo que su cabeza comenzara a rugir.

Cassian mataba y mataba, sin detenerse.

Demasiado tiempo.

Cassian y Azriel se habían ido hacía demasiado tiempo.

Las extremidades de Nesta estaban empezando a bloquearse por el esfuerzo de aferrarse como un cachorro de oso al árbol. Sabía que tenía escasos minutos hasta que su cuerpo se rebelara y tuviera que soltarse.

No había ruidos, ni destellos de luz. Solo el pantano silencioso, la niebla y el árbol muerto.

Cada respiración era el eco de sus pensamientos. Cada aliento era devorado por la opresión de Oorid.

Ella había visto a Cassian enfrentarse a los soldados de Hybern. Dos docenas de la Corte Otoño no eran nada. Pero ¿por qué estaban ahí?

Las piernas le temblaban tanto que estuvo a punto de soltarse de la rama. Sabía que presentaba una imagen absolutamente patética, ubicada en la rama precisamente como Cassian la había dejado, con las piernas alrededor de ella, los tobillos cruzados, los dedos clavados en la seca y plateada madera.

Con cuidado, se empujó hacia arriba, con un hormigueo en los brazos por el entumecimiento después de apretar con fuerza durante tanto tiempo. Sus piernas también se movieron aliviadas, cuando se apartaron de la rama para quedar colgando en el aire. Escudriñó la dirección general hacia la que Cassian se había ido. Nada.

Él había caído en batalla antes… ella lo había visto gravemente herido. La primera vez en Hybern, cuando había intentado arrastrarse hacia ella mientras caía al Caldero. La segunda vez contra las fuerzas de Hybern, cuando lo destriparon y Azriel le sujetó las entrañas con las manos desnudas. Y la tercera vez contra el propio rey de Hybern, cuando ella le pidió, le ordenó, que la usara como cebo, como distracción mientras ella alejaba al rey de Feyre y del Caldero.

Después de tantos roces con la muerte, era solo cuestión de tiempo que se produjera.

Se le secó la boca. Azriel había sido alcanzado por una flecha de ceniza. ¿Y si los soldados habían herido a Cassian de la misma manera? ¿Y si ambos necesitaban ayuda?

No podía hacer nada contra dos docenas de soldados… contra un solo soldado, siendo honesta… pero no podía soportar quedarse sentada en un árbol como una cobarde. Sin saber si él vivía. Y ella tenía magia. No tenía ni idea de cómo usarla, pero… ella tenía eso, al menos. Quizá eso podía ayudar.

Se dijo a sí misma que también estaba preocupada por Azriel. Se dijo a sí misma que se preocupaba por el destino del cantor de sombras tanto como por el de Cassian. Pero era la cara muerta de Cassian la que no soportaba ni siquiera imaginar.

Nesta no se permitió reconsiderar las cosas mientras se tendía de nuevo en la rama, envolviendo sus brazos alrededor de ella mientras bajaba ciegamente la pierna buscando la rama justo debajo…

Ahí. Su pie encontró apoyo, pero no dejó que soportara todo su peso. Todavía aferrada a la rama, las uñas clavadas en la madera muerta con tanta fuerza que se desprendían astillas debajo de ellas, y bajó a la rama de abajo.

Jadeando, se arrodilló de nuevo, y otra vez bajó el pie y encontró otra rama. Pero estaba demasiado lejos. Gruñendo volvió a levantar la pierna y puso cuidadosamente las manos a ambos lados de las rodillas, concentrada en su equilibrio, tal como Cassian le había enseñado, pensando en cada movimiento de su cuerpo, de sus pies, de su respiración.

Las puntas de los dedos sufrían por las astillas que perforaban la carne sensible debajo de las uñas. Luego dejó caer las piernas hasta que golpearon la rama de abajo. La rama debajo de ella estaba más cerca, pero era más delgada… más tambaleante. Tuvo que acostarse sobre ella para evitar que se quebrara.

Rama por rama, Nesta descendió hasta que sus botas se hundieron en el suelo cubierto de musgo, mientras el árbol se alzaba como un gigante por encima de ella.

El pantano se extendía por todas partes, kilómetros de agua negra y árboles y pasto muertos.

Tendría que caminar por el agua para llegar hasta él. Nesta se concentró en su respiración… o trató de hacerlo. Cada inhalación era superficial, brusca.

Cassian podría estar herido o muerto. Quedarse y no hacer nada no era una opción.

Escudriñó la costa un par de metros adelante en busca de algún indicio de menor profundidad del agua para vadear hasta la isla cubierta de musgo más cercana, cubierta de espinas que desgarraban la carne, pero el agua era tan negra que resultaba imposible determinar si era poco profunda o si caía a un pozo sin fondo.

Nesta volvió a concentrarse en su respiración. Sabía nadar. Su madre se había asegurado de ello, gracias a una prima que se había ahogado en la infancia. «Asesinada por los inmortales —aseguraba su madre—. La vi cuando era arrastrada al río».

¿Había sido un kelpie? ¿O los propios miedos de su madre se transformaron en algo monstruoso?

Nesta se obligó a acercarse al borde del agua negra.

«Corre —susurró una vocecita—. Corre y corre, sin mirar hacia atrás».

La voz era femenina, suave. Sabia y serena.

«Corre».

No podía. Si corría, sería hacia él, no alejándose de él.

Nesta se acercó a la orilla del agua, donde la hierba desaparecía en la negrura.

Su rostro le devolvió la mirada desde aquella quietud. Pálida y con los ojos muy abiertos, llenos de terror.

«Corre». ¿Era esa voz meramente lo único que le quedaba de sus instintos humanos o era otra cosa? Miró su reflejo como si este fuera a hablarle.

Algo crujió entre las espinas de la isla, y ella alzó de golpe la cabeza. El corazón le retumbaba mientras buscaba ese conocido rostro masculino y las alas. Pero no había ni rastro de Cassian. Y lo que sea que hubiera en la zarza… Debía encontrar otra isla a la que dirigirse.

Nesta volvió a examinar su reflejo.

Y encontró un par de ojos negros como la noche que le devolvían la mirada a través de él.

Capítulo 34

Nesta trastabilló con tal rapidez que cayó de espaldas y el musgo del suelo amortiguó el impacto. Una cara atravesó el agua negra donde había estado el reflejo de ella.

Era un humanoide más blanco que los huesos. Macho. Poco a poco, centímetro a centímetro, la cabeza se elevó sobre el agua negra, su pelo negro como obsidiana flotaba en el agua alrededor de la criatura, tan sedoso que bien podría haber sido la superficie.

Sus ojos negros eran enormes… no se veía la parte blanca… los pómulos eran tan afilados que podrían haber cortado el aire. Su nariz era fina y larga, como una espada, y el agua goteaba desde la punta sobre la boca… una boca…

Una boca inmensa. Labios sensuales, pero demasiado anchos.

Luego sus brazos se deslizaron para salir del agua.

Con movimientos rígidos y temblorosos, se estiraron sobre el musgo, blancos y delgados, y terminaban en dedos tan largos como su antebrazo. Los dedos se clavaron en la hierba y revelaron cuatro articulaciones y uñas afiladas como dagas. Se agrietaron y rompieron al estirarse para hundirse en la hierba, luchando por afirmarse.

Nesta se quedó sin aliento y el terror rugió en su mente mientras retrocedía gateando.

El humanoide se apoyó y salió del agua para dejar ver un torso huesudo y el pelo negro se arrastraba detrás de él como una red.

Otra vez ella se tambaleó hacia atrás cuando él levantó lentamente la cabeza.

Aquella boca enorme se entreabrió. Al sonreír mostró dos hileras gemelas de dientes podridos, afilados como astillas de vidrio.

A ella se le aflojó la vejiga y sintió su regazo húmedo y tibio.

Él lo olió, lo vio, y aquella boca se abrió aún más. Sus dedos temblaban mientras iba saliendo cada vez más y más del agua. Sus caderas estrechas y desnudas…

Se inclinó hacia delante para apoyarse sobre sus brazos mientras sacaba una pierna larga y blanca de la negrura. La otra. Y luego se quedó a cuatro patas, sonriéndole.

Ella no podía moverse. No podía hacer otra cosa que mirar esa cara blanca, aquellos ojos negros, oscuros como el pantano, esos temblorosos y demasiado largos dedos, y esa boca, con aquellos dientes de anguila…

Entonces él habló, y no en un idioma que ella pudiera reconocer. Su voz áspera, profunda y ronca, llena de un hambre terrible y cruel diversión.

La suave voz femenina de su cabeza suplicaba: «Corre, corre, corre».

Él inclinó la cabeza y su pelo negro empapado se agitó con el movimiento, lleno de lo que parecía ser maleza del pantano. Como si él también hubiera escuchado esa voz femenina. Habló de nuevo, y fue como una roca rechinando sobre otra roca… su tono era más demandante.

Kelpie. Eso era un kelpie y la iba a matar.

«Corre —gritó la voz—. ¡Corre!».

Las piernas de Nesta se habían vuelto distantes, entumecidas. No podía recordar cómo usarlas.

La cabeza del kelpie se movió, sus dedos removieron la hierba. Su sonrisa se agrandó más. Tanto, que ella pudo ver la lengua larga y negra que se retorcía en su boca, como si ya pudiera saborear la carne de ella.

Nesta no recordaba cómo gritar cuando él se lanzó sobre ella.

No pudo hacer nada en absoluto mientras esos largos dedos se enrollaban en sus piernas, atravesándole la piel con las garras y arrastrándola hacia él.

El dolor sacó a Nesta de su estupor, y luchó, sus dedos se agarraron a la hierba, que se soltaba en puñados, como si no tuviera raíces de ninguna clase. Parecía que el pantano no iba a hacer nada para ayudarla.

El kelpie la remolcó mientras se deslizaba hacia la gélida agua.

Y la arrastró bajo la superficie.

Los dos soldados estaban de rodillas.

Sus ligeras armaduras de cuero llevaban la insignia de Eris, dos perros aullando, en el pecho. Eso no confirmaba nada. Podrían haber sido enviados ahí por Eris, o por Beron, o por ambos. Hasta que Azriel o Rhys pudieran tener alguna respuesta de ellos, Cassian no iba a perder el tiempo teorizando. Y no porque los soldados ofrecieran alguna explicación.

Sus rostros carecían de expresión. Ni rastro de miedo en ellos, ni en sus aromas.

Azriel jadeó, la herida del ala comenzó a sangrar abundantemente después de arrancarse la flecha de ceniza. Cassian, cubierto de sangre que no era suya, observó a los dos soldados supervivientes, con sus compañeros caídos a su alrededor. Muchos de ellos en pedazos.

—Átalos —le ordenó Cassian a Azriel, que ya se había curado lo suficiente como para convocar el poder de sus Sifones. La luz azul salió disparada y envolvió las muñecas de los dos machos, sus tobillos, sus bocas… y luego los encadenó a los dos juntos.

Cassian había tratado con suficientes asesinos y prisioneros y sabía que el hecho de mantener a dos prisioneros con vida le permitiría ponerlos contra las cuerdas para sacarles información.

Los soldados habían luchado ferozmente con espadas y fuego, pero no habían hablado con sus oponentes, ni entre ellos. Estos dos parecían tan dispersos y en blanco como sus camaradas.

—Algo les pasa —murmuró Azriel mientras los dos soldados simplemente los miraban con violencia en sus ojos. Violencia, pero sin reconocimiento ni conciencia de que en ese momento estaban a merced de la Corte Noche, y que pronto se iban a enterar de cómo esa corte obtenía respuestas de sus enemigos.

Cassian olfateó.

—Huelen como si no se hubieran bañado desde hace varias semanas.

Az también olfateó, e hizo una mueca.

—Podrían ser los soldados perdidos de Eris, ¿no te parece? Él dijo que habían estado actuando de manera extraña antes de desaparecer. Sin duda yo diría que este comportamiento es extraño.

—No lo sé. —Cassian se limpió la sangre de la cara con el dorso de la mano —. Supongo que pronto lo sabremos. —Examinó a su hermano de la cabeza a los pies—. ¿Estás bien?

—Bien. —Pero la voz de Az era lo suficientemente tensa como para revelar

que la herida le dolía mucho—. Tenemos que salir de aquí. Puede que haya más.

Cassian se puso rígido. Había dejado a Nesta en un árbol. Un árbol alto, es cierto, pero…

Se lanzó hacia el cielo, sin asegurarse de que Az podía seguirlo antes de que él estuviera volando hacia esa extensión de tierra. Mejor que una isla, había decidido. En una isla habría quedado atrapada. Pero la franja de hierba en la que la había dejado parecía que alguna vez había sido un prado, y el árbol era tan alto que solo un gigante podría alcanzarlo. O alguna otra cosa con alas.

El aire se abrió y Azriel apareció no lejos de él, inestable y meciéndose, pero volando. La oscuridad se elevó detrás de ellos, lo que confirmaba que Az había ordenado a sus sombras que escondieran a sus cautivos.

Cassian rastreó a Nesta por el olor hasta el árbol, y la niebla se aligeró cuando aparecieron las ramas superiores. Pero Nesta no estaba ahí.

Permaneció inmóvil en el aire mientras examinaba el árbol, el suelo.

—¡Nesta!

Ella no estaba en la hierba ni en el árbol de al lado. Bajó a tierra y rastreó el olor de ella por toda el área, pero no iba más allá. Iba directamente al agua y se desvanecía.

Azriel aterrizó, dando una vuelta en el lugar.

—No la veo.

El agua seguía quieta como un cristal negro. Ni una sola ondulación. La isla a casi cinco metros al otro lado del agua… ¿se habría ido por allí?

Cassian no podía respirar, no podía pensar…

—¡NESTA!

Oorid devoró su rugido antes de que pudiera resonar sobre el agua negra.

Capítulo 35

No había luz, solo agua helada y manos con garras que la arrastraban.

Ya había estado antes en ese lugar. Lo mismo que pasó en el Caldero: arrojada a la oscuridad helada…

Así era como iba a morir, y no había nada que hacer al respecto, no había nadie para salvarla. Ella había respirado hondo por última vez, y ni siquiera esto lo hizo del todo bien, tan concentrada en su terror que se había olvidado de que tenía armas, que tenía magia…

Armas. Ciega en la oscuridad, Nesta agarró la daga que llevaba en un costado. Había luchado contra el Caldero. Y estaba dispuesta a hacerlo en ese momento.

Sus huesos gimieron justo donde el kelpie la tenía agarrada, y ese agarre le indicaba dónde golpear. Luchando contra la corriente mientras avanzaban veloces, Nesta lo atacó decididamente con la daga, rezando no haber cortado su propia pierna.

El hueso reverberó contra la hoja. Logró deshacerse del agarre y empujó la punta de la daga más adentro, arrancándole el brazo.

Ella dio vueltas en esa oscuridad que giraba. Arriba y abajo, borrosa y deformada, y ella se estaba ahogando…

Manos delgadas y largas le golpeaban el pecho, una le envolvía la garganta mientras su espalda golpeaba sobre algo suave y limoso. El fondo.

No, ella no iba a terminar así, indefensa como había estado aquel día contra el Caldero…

Labios y dientes chocaron con su boca, y ella gritó cuando el kelpie la besó. Le metió la lengua negra en la boca. Sabía a carne asquerosa.

Por un instante, ella no estuvo debajo del agua, sino sobre una pila de leña en los territorios humanos, la dura boca de Tomás aplastaba la de ella, sus manos la manoseaban…

Nesta luchó por apartar la cabeza, por alejar la boca, pero el aire llenó sus pulmones. Como si el kelpie se lo hubiera insuflado. Como si quisiera que ella estuviera viva un poco más, para prolongar su dolor.

El kelpie se retiró y Nesta tuvo el suficiente sentido común como para cerrar su dolorida y maltratada boca, para retener el aliento que él le había insuflado. No iba a cuestionar cómo fue posible tal cosa.

Las manos del kelpie rasguñaron su cuerpo y le arrebataron todas las armas con precisión infalible, como si no necesitara ver en esa oscuridad, como si esos grandes ojos negros pudieran percibir el menor hilo de luz, como si fuera una criatura de las profundidades del océano. Todo su cuerpo se tensó, buscaba poseerla con cada brutal y furioso toque. Y se deleitaba con su miedo.

Cuando la hubo desarmado, sus pulmones volvieron a arder, y sintió que ese delgado cuerpo de macho la empujaba hacia el fondo otra vez mientras apretaba su boca contra la de ella.

Ella se atragantó, pero abrió la boca para él, dejando que la llenara con otro aliento vivificante, y que no tenía nada que ver con la bondad. Su lengua se retorcía como un gusano contra la lengua de ella, y sus manos delgadas y demasiado grandes le recorrían los pechos, la cintura, y cuando ella se atragantó otra vez, luchando contra su propio sollozo, la risa de él le atravesó los labios.

Él se apartó y las hileras de dientes le rasparon la boca mientras lo hacía, y ella se estremeció cuando él se detuvo para acariciarle el cabello. Era su pequeño premio… eso era lo que decía esa caricia. Cómo la haría sufrir y suplicar antes del final. Ella había escapado de los monstruos del reino humano solo para encontrar a los mismos más allá del muro. Había escapado de Tomás solo para terminar allí, furiosa como había estado entonces.

Esa suplicante voz femenina se había desvanecido. Como si, fuera lo que fuese, quienquiera que esa voz fuese, sabía que ya no había ninguna esperanza.

Nesta rebuscó internamente su poder mientras el kelpie comenzaba a nadar de nuevo, agarrándola de la muñeca, arrastrándola detrás de él.

Las piernas de ella chocaron con objetos metálicos y huesos, de alguna manera preservados dentro del pantano.

Algunos de los huesos todavía se sentían carnosos.

«Por favor —le suplicó a ese poder dentro de ella, adormecido, antiguo y

terrible—. Por favor». Nesta lo buscó y exploró el abismo interior de sí misma.

Podía verlo brillar frente a ella, dorado y brillante. Sus dedos se estiraban hacia él.

El kelpie nadó más rápido a través de la oscuridad, serpenteando entre los objetos en el agua como si fueran las raíces de un árbol.

La cosa dorada se acercaba cada vez más, era un disco redondo, su poder, cada vez más cerca y más cerca. Mientras Nesta era arrastrada, ese disco dorado se precipitó hacia sus dedos abiertos. El kelpie no parecía verlo; no se desvió cuando se dirigió veloz hacia su mano extendida.

No era su poder lo que brillaba frente a ella.

El disco dorado se conectó con sus dedos, y Nesta supo lo que era mientras lo agarraba con fuerza. Lo igual llama a lo igual. El poder al poder.

El kelpie la arrastraba, sin darse cuenta. El aliento de Nesta se volvió de nuevo insuficiente. Sus pies y piernas se hundían entre objetos agudos como dagas, lastimándose con algunos de ellos.

El poder estaba en su mano. La muerte se apoderaba de ella con la otra.

Sabía lo que tenía que hacer con el tipo de claridad que solo la pura desesperación y el terror podían brindar. Sabía lo que tenía que arriesgar. Sus dedos apretaron la cosa en su mano.

El kelpie aminoró la marcha, como si sintiera el cambio de ella. Pero no lo suficientemente rápido.

No pudo evitar que se pusiera la Máscara en la cara.

Capítulo 36

Sus pulmones dejaron de doler. Su cuerpo dejó de doler.

No necesitaba aire. No sentía dolor.

Apenas si podía ver a través de los ojos de la Máscara. El kelpie era una cosa blanca y delgada… una criatura de puro odio y hambre.

Él la dejó caer, como si estuviera en estado de *shock*. Como si vacilara al contemplar lo que llevaba puesto.

Eso fue todo lo que Nesta necesitó.

Podía sentirlos a su alrededor. Los muertos.

Sentir sus cuerpos descompuestos hacía mucho tiempo, algunos eran meros huesos y otros, conservados, medio descompuestos bajo sus antiguas armaduras. Sus armas yacían cerca, descartadas e ignoradas por las criaturas del pantano, quienes estaban más interesadas en alimentarse de carne putrefacta.

Miles y miles de cadáveres.

Pero ella no iba a llamar a miles. Todavía no.

La sangre de Nesta era una canción fría, la Máscara era un eco zigzagueante que le susurraba todo lo que podría hacer. «Hogar —pareció suspirar—. Hogar».

Nesta no lo rechazó. Solo lo abrazó, dejando que su magia —más fría que la suya y tan antigua— fluyera dentro de sus venas.

El kelpie recuperó el control de sí mismo y enseñó sus filas gemelas de dientes antes de saltar.

Una mano esquelética le envolvió el tobillo.

El kelpie se dio la vuelta y miró hacia abajo. Justo cuando otra mano huesuda, cubierta con un guantelete agrietado por el tiempo, le agarró el otro tobillo.

Una mano con la carne desprendiéndose de entre los dedos le agarró la melena de pelo negro.

El kelpie se volvió hacia ella de nuevo, con los ojos negros muy abiertos.

A la deriva en el agua, con el poder de la Máscara como una canción helada que la atravesaba, Nesta convocó a los muertos. Para hacer lo que su propio cuerpo no podía hacer.

Aunque había luchado contra Tomás, contra el Caldero, contra el rey de Hybern, todos eran cosas que le habían sucedido a ella. Había sobrevivido, pero se había sentido indefensa y asustada.

Esta vez no.

Esta vez ella sería algo que le ocurriría a él.

El kelpie se sacudió, liberándose de una mano esquelética, mientras otras diez, en los extremos de largos y huesudos brazos, se alargaban. Él trató de escapar nadando, pero un imponente esqueleto cubierto a medias con una armadura oxidada apareció detrás de él. Lo envolvió con los brazos. Un rostro que era solo hueso se asomó por encima del hombro del kelpie, con la mandíbula abierta para revelar dientes puntiagudos —no era de un alto fae, entonces—, que brillaban antes de clavarse en la carne blanca del kelpie.

Él gritó, pero no emitió ningún sonido. Así como los muertos no hacían ruido al surgir del fondo turbio, algunos marchando en formación, y todos convergiendo sobre él.

Nesta dejó que el poder fluyera a través de ella, permitiendo que la Máscara hiciera lo que deseaba, resucitando a los honorables muertos que alguna vez habían sido sepultados allí y habían sufrido el sacrilegio de servir como comida interminable al kelpie y a los de su calaña.

El kelpie trató de resistirse, con ojos suplicantes. Pero Nesta lo miró sin una pizca de piedad, aún con su asqueroso sabor en la boca.

Ella sabía que él podía ver sus dientes brillantes. Sabía que el kelpie iba a poder ver su fría sonrisa al ordenarle a los muertos que lo despedazaran.

«¡NESTA!».

Con el agua negra hasta la cintura, tan semejante a la tinta que ni siquiera podía ver sus propias caderas cubiertas por ella, Cassian rugió el nombre de ella

mientras Az se elevaba para observar, y observar…

Captó el olor de ella en la orilla del agua… su olor y su orina, por todos los dioses del infierno. Ella había visto algo, había sido atacada por algo tan horrible que se había orinado encima, y había desaparecido, debajo de esta agua…

«¡NESTA!».

Él no sabía por dónde empezar en esa oscuridad. Si continuaba haciendo ruido, otras cosas vendrían tras él, pero tenía que encontrarla, o de lo contrario se derrumbaría y moriría, él…

«¡NESTA!».

Azriel descendió sobre el agua a su lado.

—No veo nada —jadeó, con esa mirada frenética que Cassian conocía tan bien—. Necesitamos a Rhys…

—No responde.

Como si el pantano se tragara sus mensajes igual que se tragaba los ruidos.

Cassian se hundió hasta el pecho, con las manos moviéndose a ciegas en busca de alguna pista, algún cuerpo…

Gritó con solo pensarlo, y ni siquiera Oorid pudo amortiguar el sonido.

Se lanzó hacia delante, y solo la mano de Azriel en el cuello de su armadura lo detuvo.

—Mira —gruñó Az.

Cassian miró hacia donde Azriel señalaba en las aguas más profundas. Había ondulaciones en la superficie. Una luz dorada brillaba abajo. Cassian chapoteó hacia ella, pero Az lo detuvo otra vez, sus Sifones se encendieron con luz azul.

Entonces las lanzas salieron a la superficie.

Como un bosque que surge del agua, aparecieron lanza tras lanza, tras lanza. Luego los cascos, goteando agua, algunos oxidados, otros brillando como si estuvieran recién forjados. Y debajo de esos cascos: calaveras.

—Madre, sálvanos —susurró Azriel, y fue puro terror, no asombro, lo que silenció su voz mientras los muertos se levantaban de las profundidades de Oorid.

Una fila de ellos; una legión. Algunos eran apenas colecciones de huesos erguidos, de mandíbulas colgando y ojos ciegos. Algunos conservados a medias, con carne en descomposición aleteando sobre las costillas a la vista. A juzgar por sus espléndidas armaduras, eran guerreros, reyes, príncipes y lores.

Salieron del agua, de pie en los bajíos cerca de la isla con espinas. Y cuando esa luz dorada irrumpió en la superficie ante ellos, los muertos se arrodillaron.

Todas las palabras desaparecieron de la cabeza de Cassian cuando Nesta también emergió del agua, como elevada sobre un pilar desde abajo. Una máscara dorada cubría parte de su rostro, primitiva pero grabada con espirales y dibujos tan antiguos que habían perdido todo significado.

Nesta chorreaba agua por toda su vestimenta, la trenza se le había deshecho por completo, y en la mano sostenía…

La cabeza de un kelpie colgando de su mata de pelo negro, el rostro deformado y congelado en un grito. Exactamente como la cabeza del rey de Hybern.

Solo un fuego plateado ardía detrás de los ojos de la Máscara.

—Dios santo —suspiró Azriel. Los muertos permanecieron inmóviles, una legión lista para atacar. La voluntad de ella era la voluntad de ellos; su comando era su única razón de ser. No les quedaba un yo… solo la tenían a ella, solo Nesta fluía a través de ellos.

—Nesta —susurró Cassian.

Nesta soltó la cabeza del kelpie. El agua negra a sus pies la tragó entera.

El poder frío se movió hacia ellos formando pequeñas olas, y cuando llegó, Cassian dejó que pasara junto a él, a su alrededor y se entregó a él. Porque ponerse en su contra sería provocar la ira de la Máscara. Oponerse a él sería como oponerse a la Muerte misma.

A la Muerte misma.

Azriel se estremeció al resistir ese poder primordial.

Pero ambos eran ilyrios, le gustara o no a Az. Y entonces hicieron lo que su gente siempre había hecho ante el hermoso rostro de la Muerte. Hicieron una reverencia.

Con el agua hasta el pecho, no podían inclinarse mucho, pero bajaron las cabezas hasta que sus rostros casi tocaron la superficie. Cassian levantó la vista mientras mantenía la posición y observó el oro del reflejo de la Máscara que danzaba sobre el agua. Luego ese oro se movió.

Levantó la cabeza a tiempo para ver cómo Nesta se quitaba la Máscara.

Los muertos cayeron desarticulados. Se hundieron en la superficie negra produciendo salpicaduras y ondas para desaparecer por completo. No quedó ni una lanza.

Nesta se desvaneció y también cayó. Cassian se zambulló tras ella y su rostro sintió el agua helada. La agarró justo antes de que se hundiera.

Ella parecía casi no tener huesos cuando se la entregó a Az, quien tenía su

espada desenvainada contra cualquier cosa que pudiera salir arrastrándose del agua. Cuando llegaron a la orilla, a la hierba y al árbol, Cassian le examinó el rostro pálido, lastimado y rasguñado alrededor de la boca y la mandíbula…

Nesta parpadeó, sus ojos volvieron a ser de un gris azulado y luego apretó la Máscara contra el pecho como un niño con su muñeca, estaba temblando, temblando, temblando.

Cassian hizo todo lo posible para abrazarla y tenerla cerca, hasta que el temblor cesara y la inconsciencia le ofreciera la piedad del olvido.

Capítulo 37

Había un lugar en la Corte de las Pesadillas en el que ni siquiera Keir y su escuadrón de élite de Portadores de Oscuridad se atrevían a pisar.

Una vez que los enemigos de la Corte Noche entraban en ese lugar, ya no salían. Por lo menos, no con vida.

La mayor parte de lo que quedaba de sus cuerpos tampoco. Atravesaban una escotilla en el centro de la habitación circular… y caían al pozo de bestias que se retorcían abajo. A sus escamas, a sus garras y a su hambre insaciable. Las bestias no se alimentaban a menudo; podían recibir un cuerpo cada diez años y lo hacían durar entrando en hibernación entre una comida y otra.

El goteo de sangre de los dos machos de la Corte Otoño a través de la rejilla del suelo de piedra negra los despertó.

Sus gruñidos y silbidos, los chasquidos de sus colas y sus agudas garras debían de haber incentivado a los machos encadenados a las sillas para hablar.

Azriel estaba apoyado contra la pared junto a la única puerta, con *El que Dice la Verdad* ensangrentada en la mano. Cassian, a un paso de él, y Feyre, al otro lado de Az, observaban como Rhys y Amren se acercaban a los dos machos.

—¿Os sentís más inclinados a dar explicaciones? —preguntó Rhys a la vez que se metía las manos en los bolsillos.

Solo el hecho de saber que Nesta dormía a salvo en un dormitorio en el palacio de Rhys sobre esta montaña, protegida por el poder de su alto lord, le permitía a Cassian permanecer en esa habitación. La Máscara, cubierta con una tela de terciopelo negro, reposaba sobre una mesa en otra habitación del palacio, igualmente custodiada y protegida por la magia. Azriel los transportó y los sacó del pantano momentos después de que Nesta se desmayara y los llevó a la

residencia de Rhys en lo alto de la Ciudad Tallada. Cassian sabía, cuando Rhys desapareció un instante más tarde, que había ido al pantano a buscar a los soldados de la Corte Otoño para traerlos a ese lugar.

Nesta había estado inconsciente desde entonces.

Los dos machos tenían un aspecto similar, de la manera en que la gente de cada corte tendía a compartir ciertas características: la Corte Otoño se inclinaba por el cabello de diferentes tonos de rojos, marrones o dorados, ojos a veces verdes, mayoritariamente piel pálida. El macho de la izquierda tenía el pelo rojizo, más bien marrón; el pelo del de la derecha brillaba como un resplandor cobrizo. Ambos permanecían con el rostro ausente.

—Deben de estar bajo los efectos de algún tipo de encantamiento —observó Amren, caminando alrededor de los machos—. Su único impulso parece ser el de hacer daño sin razón, sin contexto.

—¿Por qué atacasteis a los miembros de mi corte en el pantano de Oorid? —preguntó Rhys con la misma calma que muchos le habían escuchado precisamente antes de ser convertidos en tiras ensangrentadas.

Rhys había estado de acuerdo en que los soldados que atacaron probablemente eran los soldados de la Corte Otoño que habían desaparecido, pero de qué manera habían terminado en el pantano de Oorid… Bueno, eso era lo que trataban de descubrir. Rhys había intentado meterse en sus cabezas, pero solo encontró niebla y bruma.

Lo único que los machos hacían era mirar a Cassian, a Azriel, y erizarse con violencia.

Feyre observaba desde la pared.

—Son como perros rabiosos, lejos de la cordura.

—Y lucharon como si lo fueran —señaló Cassian—. Sin inteligencia… solo un deseo de matar.

Rhys extendió una mano hacia el de cabello castaño, y el macho sangraba por lugares que Azriel sabía que dolían pero no mataban. Az sabía dónde cortar a un macho sin que se desangrara. Sabía cómo hacer para que eso durara varios días.

—Si están bajo los efectos de un hechizo de Briallyn o Koschei —quiso saber Feyre—, entonces ¿está bien hacerles daño de esta manera?

La pregunta resonó en la cámara, por encima de los gruñidos de las bestias hambrientas.

Rhys respondió después de un momento.

—No. No está bien.

—La niebla que envuelve sus mentes —intervino Amren dirigiéndose a Feyre— y el hecho de que soportaran los tratamientos de Azriel, sin mostrar comprensión alguna de nada aparte del dolor básico, al menos confirman nuestras sospechas.

—Si es así como deseas justificarlo —observó Feyre con cierta frialdad—, entonces está bien.

Todos ellos, Feyre incluida, habían sido torturados alguna vez.

Feyre se volvió hacia Rhys.

—Necesitamos pedirle a Helion que nos visite. No para… ya sabes —dijo ella, mirando a los dos soldados, que podrían muy bien seguir estando conscientes de todo, aun atrapados dentro de sus cabezas—, sino para romper el hechizo que los domina.

—Sí —estuvo de acuerdo Rhys, con los ojos brillantes, revelando un sentimiento parecido a la culpa y la vergüenza. Una conversación silenciosa pasó entre él y su pareja, y Cassian sabía que Rhys estaba refiriéndose a la tortura… disculpándose por permitir que Feyre fuera testigo incluso de los diez minutos que Azriel había necesitado.

Pero Feyre, Cassian lo sabía, había sido consciente, antes de entrar, de lo que iba a ver. Y muy consciente de que esos diez minutos solo habían sido los movimientos de apertura de una sinfonía de dolor que Azriel podía dirigir con brutal eficiencia.

El rostro de Feyre se suavizó enseguida, y le dirigió a Rhys una leve sonrisa que hizo que los ojos de él brillaran aún más.

—Se quedan aquí —afirmó Rhys—, custodiados. Me pondré en contacto con Helion de inmediato.

—¿Y Eris? —preguntó Cassian—. ¿Cuándo le diremos que hemos encontrado a sus soldados? ¿O lo que les hemos hecho a la mayoría de ellos?

—Actuaste en defensa propia —aseguró Feyre y cruzó los brazos—. En lo que a mí concierne, quienquiera que estuviera controlando a los soldados tiene la culpa de sus muertes, no tú.

—Se lo diremos a Eris —agregó Amren— una vez que verifiquemos todo. Todavía existe la posibilidad de que él esté de alguna manera detrás de todo esto.

Feyre asintió en señal de aprobación, pero apretó la boca.

—Estos dos machos tienen familias que seguramente están preocupadas por ellos. Deberíamos actuar tan rápido como sea posible.

Cassian apartó la imagen de todos los machos que acababa de matar… todos los cuales también tenían familias preocupadas. Cada muerte tenía un peso, enviaba ondas al mundo, al tiempo. Era demasiado fácil olvidar eso. Miró a Az, pero el rostro de su hermano era frío como una piedra. Si Az se arrepentía de lo que habían hecho, no revelaba ni un indicio de ello. Cassian se envolvió en sus alas.

—Lo haremos lo más rápido que podamos.

Dejaron a los machos en la habitación, con la sangre aun goteando hacia las bestias que se retorcían.

Subieron para salir de las mazmorras de la Ciudad Tallada, fuera de ese miserable lugar, hasta que se detuvieron entre los pilares de piedra de luna del hermoso palacio que había sobre él. Rhys se dirigió a la habitación donde estaba la Máscara. Abrió la puerta y se puso rígido.

Nesta estaba sentada a la mesa y miraba fijamente la Máscara cubierta con una tela.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó Rhys, con la noche arremolinándose en la punta de sus dedos. Cassian sabía que su hermano había hecho que las protecciones de la puerta fueran impenetrables. O deberían haberlo sido.

—La puerta estaba abierta —explicó Nesta aturdida, y recorrió sus rostros como si buscara a alguien. Cassian entró en la habitación y sus ojos se concentraron en él.

Él le dirigió una sombría sonrisa.

—¿La Máscara te ha abierto la puerta? —quiso saber Amren.

—He sentido la llamada de la Máscara —dijo Nesta, sin dejar de mirar a Cassian de arriba abajo.

Buscaba lesiones, se dio cuenta él. Lo estaba examinando para ver si estaba lastimado. Como si él fuera el de la boca agredida, el del cuello marcado por garras, el de las pantorrillas y las espinillas laceradas. Las heridas de ella habían dejado de sangrar y ya estaban cicatrizando, pero…, maldito sea el Caldero, él no podía soportar ver un solo hematoma en ella.

—¿Te habla? —preguntó Feyre, inclinando la cabeza.

Cassian se lo había contado todo… hasta donde había podido averiguar. Nesta había sido atacada por un kelpie, arrastrada bajo el agua, y de alguna manera había encontrado la Máscara. Invocó a los muertos de Oorid para que mataran al kelpie. Y salió triunfante.

—Solo un tonto desesperado se pondría esa Máscara —sentenció Amren, manteniéndose bien lejos de la mesa. Si era para poner distancia entre ella misma y Nesta o para alejarse de la Máscara, él no tenía ni idea—. Tienes suerte de haber podido quitártela. La mayoría de los que la han usado nunca pudieron sacársela. Para separarla hubo que decapitarlos. Es el coste del poder: podrás reclutar un ejército de muertos para conquistar el mundo, pero nunca podrás liberarte de la Máscara.

—Deseé que se soltara, y se soltó —explicó Nesta, mirando a Amren con frío desdén.

—Lo igual llama a lo igual —señaló Rhys—. Otros podrían no liberarse porque la Máscara no reconocía su poder. La Máscara los manejaba a ellos, no al revés. Solo alguien hecho de la misma fuente oscura puede usar la Máscara y no ser gobernado por ella.

—Entonces la reina Briallyn pudo usarla —apostilló Azriel—. Quizá por eso los soldados de la Corte Otoño estaban en Oorid. Ella todavía no puede arriesgarse a poner un pie aquí, pero encontró una unidad que lo hiciera por ella.

Las palabras recorrieron la habitación.

Nesta volvió a mirar la Máscara.

—Debería ser destruida.

—Eso no es posible —informó Amren—. Quizá si el Caldero hubiera sido verdaderamente destruido, la Máscara podría haberse debilitado lo suficiente como para que los altos lores y Feyre unieran sus poderes y lo hicieran.

—Si el Caldero hubiera sido destruido —dijo Feyre con un escalofrío—, entonces la vida habría dejado de existir.

—Por lo que la Máscara sigue entera —concluyó Amren con ironía—. Solo hay que ocuparse de ella. No eliminarla.

—Deberíamos arrojarla al mar, entonces —propuso Nesta.

—¿No te gustan los muertos vivientes, niña? —preguntó Amren.

Nesta dirigió su mirada a Amren de una manera que hizo que Cassian se preparara para lo peor.

—Ningún bien puede provenir de su poder.

—Si la arrojamos al mar —intervino Azriel— alguna criatura malvada

podría encontrarla. Es más seguro tenerla bajo llave.

—¿Aun cuando pueda abrir puertas y deshacer hechizos? —preguntó Rhys.

—Lo igual llama a lo igual —repitió Feyre en medio del silencio del desconcierto—. Quizá Nesta pueda protegerla y cerrar la habitación. Para contenerla.

—No sé cómo hacer esos hechizos —reaccionó Nesta—. Fallé con el más básico de ellos mientras entrenaba con Amren, ¿recuerdas?

La cabeza de Feyre se inclinó hacia un lado.

—¿Eso es lo que piensas, Nesta? ¿Que fallaste?

Nesta se enderezó, y el pecho de Cassian se tensó ante la pared que se alzó frente a sus ojos, ladrillo a ladrillo. Ante la verdad que Nesta había dejado escapar con esa única palabra.

—No importa —replicó ella mientras su antiguo yo asomaba la cabeza y levantaba la barbilla—. Decidme cómo hacer los hechizos y lo intentaré. —Dirigió la última parte a Amren, a Rhys.

—Cuando llegue Helion —dijo Rhys con suavidad, como si él también hubiera entendido lo que Nesta había revelado—, le pediré que te enseñe. Él conoce hechizos de protección que ni siquiera yo conozco.

El silencio se volvió tan tenso que Cassian se obligó a sonreír.

—Teniendo en cuenta que Nesta rechazó los ardientes avances de Helion durante la guerra, es posible que no se sienta muy dispuesto a ayudarla.

—La ayudará —aseguró Rhys y las estrellas brillaban en su mirada—. Aunque solo sea para darle otra oportunidad.

Nesta puso los ojos en blanco y el gesto fue tan normal que la sonrisa de Cassian se volvió más genuina, esta vez con un toque de alivio.

Haces que tu corazón quede a la vista de todos, hermano, dijo Rhys sin volverse hacia Cassian.

Cassian se limitó a encogerse de hombros. Ya no le importaba.

—Deberíamos avisar a Madja para que se ocupe de tus heridas —le dijo Feyre a Nesta.

—Ya se están curando —fue la respuesta de Nesta, y Cassian se preguntó si ella tenía idea de lo horrible que se veía.

Y hasta Amren tuvo algo para decir.

—Parece que un gato hubiera intentado devorarte la cara —resopló—. Y hueles a pantano.

—Es lo que tiene ser arrastrado por un pantano —le aclaró Cassian a Amren,

lo que le valió una mirada de sorpresa de Nesta. Y él le preguntó—: ¿Cómo te atrapó el kelpie?

La garganta dañada de Nesta se movió.

—Me puse… nerviosa cuando tú… vosotros dos… no regresabais. —El silencio en la habitación era palpable—. Fui a buscaros.

Cassian no se atrevió a decir que solo había estado lejos treinta minutos. ¿Treinta minutos y ella había entrado en pánico de esa manera?

—No te habríamos abandonado —aseguró con sumo cuidado.

—No tenía miedo de que me dejarais ahí tirada. Mi miedo era que los dos pudierais estar muertos.

El hecho de que ella siguiera destacando «los dos» le apretó el pecho. Él sabía lo que ella cuidadosamente evitaba decir. Le preocupaba haberse aventurado a enfrentar los peligros de Oorid por él.

Nesta se apartó de la mirada de él.

—Estaba a punto de meterme en el agua cuando apareció el kelpie. Se arrastró hasta la orilla, me habló y luego me arrastró.

—¿Te habló? —preguntó Rhys.

—No en un idioma que yo conociera.

La boca de Rhys se curvó hacia un lado.

—¿Podrías decirme algo al respecto?

Nesta frunció el ceño, como si no quisiera revivir el recuerdo, pero asintió. Ambas miradas se volvieron huecas, y luego Rhys se apartó.

—Esa cosa… —Contempló a Nesta, evidentemente conmocionado por el hecho de que ella hubiera sobrevivido. Rhys se volvió hacia Amren—. Haz una escucha.

Los ojos de todos se volvieron vidriosos, y ninguno de ellos habló mientras Rhys le mostraba a Amren lo que había captado.

Hasta el rostro de Amren palideció ante lo que fuera que Rhys le mostró, luego ella sacudió la cabeza y su melena negra se balanceó.

—Es un dialecto de nuestra lengua que no se ha hablado en quince mil años.

—Solo he podido captar alguna que otra palabra —dijo Rhys.

Feyre arqueó una ceja.

—¿Hablas el idioma de los antiguos fae?

Rhys se encogió de hombros.

—Mi educación fue completa. —Agitó graciosamente y con indiferencia la mano—. Precisamente para estas situaciones.

—¿Qué dijo el kelpie? —quiso saber Azriel.

Amren lanzó una mirada alarmada a Nesta, y luego respondió:

—Dijo: «¿Eres mi sacrificio, dulce carne? Qué pálida y joven eres. Dime, ¿han retomado los sacrificios a las aguas una vez más?». Y como ella no respondió, el kelpie dijo: «Ningún dios puede salvarte. Te tomaré, pequeña belleza, y serás mi esposa antes de ser mi cena».

La mano de Nesta se dirigió hacia las marcas de su rostro y luego retrocedió.

El horror se apoderó de Cassian… luego fue rabia fundida.

—¿La gente solía hacer sacrificios a los kelpies? —preguntó Feyre, arrugando la nariz con repugnancia y pavor.

—Sí —dijo Amren, frunciendo el ceño—. Los fae y los humanos más antiguos creían que los kelpies eran dioses de los ríos y lagos, aunque siempre me pregunté si los sacrificios no habrían comenzado como una forma de evitar que los kelpies los cazaran. Manteniéndolos alimentados y felices, controlando las muertes, ellos no saldrían arrastrándose fuera del agua para robar niños. —Los dientes de ella brillaron—. Para que este siga hablando ese antiguo dialecto… debió de haberse retirado a Oorid hace mucho tiempo.

—O fue criado por padres que hablaban ese dialecto —propuso Azriel.

—No —replicó Amren—. Los kelpies no se reproducen. Violan y atormentan, pero no se reproducen. Fueron hechos, dice la leyenda, por la mano de un dios cruel, y depositados luego a lo largo de las aguas de estas tierras. El kelpie que mataste, niña, era quizá uno de los últimos.

Nesta volvió a mirar la Máscara.

—Voló hacia ti —dijo Rhys—. La Máscara.

—Yo estaba tratando de alcanzar mi poder —murmuró Nesta, y todos se quedaron inmóviles… ella nunca había hablado de su poder de manera tan explícita—. Y, en lugar de mi poder, apareció esto.

—Lo igual llama a lo igual —repitió Feyre—. Tu poder y el de la Máscara son tan similares entre sí que buscar uno es igual que buscar el otro.

—Entonces admites que tus poderes siguen presentes —dijo Amren secamente.

Nesta se encontró con su mirada.

—Eso ya lo sabías.

Cassian intervino antes de que las cosas se pusieran feas.

—Está bien. Dejemos que la señora Muerte descanse un poco.

—No tiene gracia —susurró Nesta.

Cassian guiñó un ojo, aunque los demás se pusieron tensos.

—Creo que viene al caso.

Nesta lo fulminó con la mirada, pero esa era una expresión humana, y él podía preferirla en algún momento por encima de aquel fuego plateado. Por encima del ser que había caminado sobre el agua y comandado una legión de muertos.

Él se preguntó si Nesta estaría de acuerdo.

Nesta se quedó en el palacio de piedra de luna en lo alto de la Ciudad Tallada. Feyre había sugerido que el brillante espacio abierto iba a ser mejor que los sombríos y rojos pasillos de la Casa del Viento. Al menos por esa noche.

Nesta estaba demasiado cansada como para estar en desacuerdo, como para explicar que la Casa era su amiga, y que la habría mimado y cuidado como una vieja aya.

Apenas si le prestó atención al opulento dormitorio… que sobresalía en una ladera de la montaña, con picos nevados que brillaban bajo el sol por todas partes, una cama cubierta con sábanas y almohadas de un blanco resplandeciente, y… bueno, sí se fijó en la piscina natural a ras del suelo, abierta al aire libre, con el agua derramándose por la cornisa saliente y deslizándose hacia el infinito vacío allá abajo.

Hilachas de vapor serpenteaban por encima de su superficie, tentadoras, perfumadas con lavanda, y tuvo ánimo suficiente como para quitarse la ropa y meterse al agua antes de ensuciar otra vez las sábanas. Ya las habían cambiado después de que echara una cabezada… lo sabía porque había dejado una gran huella fangosa en la cama cuando se había levantado, y en ese momento se veía impecable.

Nesta se metió en la bañera, haciendo una mueca cuando el agua le tocó las heridas. Más allá de los picos, el sol pasaba del oro al blanco, al amarillo, para luego hundirse rumbo al abrazo de la tierra. Nubes gordas y esponjosas flotaban llenas de luces color melocotón, hermosas contra el cielo color púrpura. Llevó sus dedos al cabello, y mientras arrastraba sus manos por el enredado y todavía empapado desorden, miró al cielo que se transformaba en la puesta de sol más

hermosa que jamás había contemplado. Restos de hierba y barro del pantano cayeron de sus cabellos, arrastrados por el agua hasta el borde de la piscina.

Aspiró con fuerza y se sumergió. Le ardía la cara y se frotó el cuero cabelludo. Emergió, con su cabello todavía espeso y arenoso, y observó la pared junto a la piscina… allí estaban… frascos de lo que tenían que ser menjunjes para lavarse el cuerpo y el cabello.

Se echó una cucharada en las manos y su nariz se llenó con el aroma de la menta y el romero, y se lo pasó por el pelo. Dejó que el embriagador aroma le quitara la tensión tanto como fuera posible, y enjabonó los pesados rizos. Otra inmersión bajo el agua le enjuagó las burbujas. Cuando salió, cogió la pastilla de jabón que olía a almendras dulces.

Nesta se lavó dos veces cada parte de sí misma. Y justo cuando terminó, se permitió volver a contemplar el paisaje. La puesta de sol estaba en su apogeo, el cielo en llamas con rosados, azules, oro y púrpura, y ella deseó llenarse de él, para eliminar todo rastro persistente de la oscuridad de Oorid.

Nunca había experimentado nada parecido al poder de la Máscara. Al kelpie, al menos, lo había sentido real… ella sintió el terror, la ira y la desesperación… todos habían sido sentimientos humanos y conocidos. Pero apenas se puso la Máscara, esos sentimientos se desvanecieron. Ella se había convertido en algo más, se había convertido en algo que no necesitaba aire para respirar, en algo que no comprendía el odio, ni el amor, ni el miedo, ni el dolor.

Eso la había asustado más que cualquier otra cosa. Esa absoluta falta de sentimiento. Lo bien que se había sentido tan despojada.

Nesta tragó saliva. No se lo había confesado a ninguno de ellos. Estaba contemplando la Máscara cuando la encontraron en la habitación, contemplando ese vacío. Se estaba preguntando si alguien se habría puesto alguna vez la Máscara no para resucitar a los muertos, sino simplemente para dejar de estar dentro de su propia mente.

Ella había sido consciente, sí. Había matado al kelpie porque deseaba que estuviera muerto. Pero todo el peso, los pensamientos resonantes, el odio y la culpa que la atravesaban como cuchillos… todo eso había desaparecido.

Y eso había sido tan seductor, tan liberador y encantador, que ella supo que la Máscara tenía que ser destruida. Aunque solo fuera para salvarse a sí misma de ella.

Pero no podía ser destruida. Y ella era la única persona que podía contenerla.

Aparte de eso, por la misma razón, ella era la única persona con acceso a la

misma. Todos los demás estaban a salvo de su tentación y de su poder… salvo ella. Quien más necesitaba ser apartada de ella.

Un golpe sonó en su puerta, y Nesta se dejó hundir debajo de la oscura superficie de la piscina, dejando que sus largos cabellos le cubrieran los pechos, antes de hablar.

—¿Sí?

Cassian entró con una bandeja de comida en la mano y se detuvo al no verla en la cama. Sus ojos se dispararon hacia la piscina a ras del suelo, y ella podría haber jurado que casi deja caer la bandeja sobre la alfombra blanca.

—Yo… Tú.

Aquella carencia de palabras por su parte fue suficiente para sacarla de sus pensamientos, para que curvara las comisuras de la boca hacia arriba.

—¿Yo?

Él sacudió la cabeza como un perro mojado.

—Te he traído algo de comida. Supuse que querrías cenar.

—¿No hay comedor?

—Lo hay, pero pensé que quizá necesitabas relajarte.

Ella lo examinó, sorprendida de que la conociera tan bien como para adivinar que la sola idea de volver a hablar con todos, de tener que vestirse con ropa adecuada, le resultara agotadora, deprimente. De que la conociera tan bien como para darse cuenta de que prefería comer en su habitación y recomponerse.

Cassian se aclaró la garganta.

—Lo pondré allí. —Movió la barbilla para señalar el escritorio junto al borde más alejado de la piscina, donde el agua caía fuera de la montaña.

Nesta se volvió mientras él caminaba rígidamente hacia el escritorio y dejaba la bandeja.

—Bien. —Él se aclaró la garganta de nuevo—. Disfruta de tu baño. Y de la comida.

Ver a Cassian tan nervioso alejó las sombras de su corazón.

Los pensamientos sobre la Máscara se convirtieron en un rumor distante.

—¿Quieres meterte?

Él respiró hondo, pero algo parecido al dolor se apoderó de sus facciones.

—Estás herida.

Nesta se puso de pie con el agua chorreándole por el cuerpo, el cabello pegado a sus pechos y sin hacer nada para ocultar sus pezones puntiagudos debajo.

—¿Acaso me ves herida?

Él movió la cabeza hacia los cortes con costras en todo su cuerpo, su cara.

—¿Sí?

Ella resopló.

—Se ve peor de lo que se siente.

Cassian no respondió, su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado. Con cada movimiento desigual, ella comenzó a palpitar entre sus piernas, como si su cuerpo respondiera al de él.

«Sí —parecía decir su cuerpo—. Es esto… él. Vida para apartar a la Máscara; vida para ahuyentar al horror de Oorid». La necesidad de tocarlo, de sentir su calor y su fuerza, la atravesaron.

Si él no se metía en la piscina, entonces ella tendría que ir hacia él.

Nesta caminó en el agua hacia los escalones y Cassian se puso tenso.

—Hoy pensé que estabas muerta —susurró él.

Nesta llegó a los escalones.

—Yo también. —Ella subió un escalón y dejó a la vista el abdomen—. Yo también pensé que estabas muerto.

—Te habrás sentido feliz.

Ella sonrió y a la vez seguía su mirada, que iba descendiendo con cada parte de ella que quedaba al descubierto. Otro escalón dejó al descubierto su sexo.

—No me hizo feliz.

Llegó al nivel del suelo de la habitación.

A través de lo que Nesta sabía que eran quinientos años de voluntad, Cassian fijó su mirada en ella mientras caminaba hacia él, con el agua goteando de su cuerpo.

—¿Quieres hacerlo? —susurró él.

—Sí. —Ella se detuvo a menos de medio metro de distancia, con el cabello mojado a lo largo del torso, y lo miró a la cara. Los ojos de él ardían como estrellas color avellana. Nesta le dirigió una sonrisa que era pura fae—. Solo sexo.

Esas palabras parecieron provocar algo, porque Cassian parpadeó.

—Muy bien. Solo sexo. —Él no lo dijo tan a la ligera como ella. Y de todos modos no intentó tocarla.

—No puede haber nada más que sexo, Cassian —confirmó ella.

La mandíbula de él se apretó y pareció ocuparse de alguna batalla interior antes de hablar.

—Entonces tomaré todo lo que me ofrezcas —aceptó con un tono oscuro. Se inclinó, su cuerpo todavía sin tocar el de ella, y le habló al oído—: Te tomaré de la manera que quieras.

Los dedos de los pies de ella se curvaron sobre las piedras, su cabello goteaba.

—¿Y si quiero tomarte yo a ti?

Él sonrió sobre el oído de ella.

—Entonces te rogaré que me montes y me lleves hasta la inconsciencia.

Ella se fundió, y por la forma en que él recogió las alas, supo que podía oler la humedad que se acumulaba entre sus muslos.

Cassian apartó suavemente el cabello mojado de sus pechos. La respiración de ella se producía entre bruscos jadeos mientras él movía la punta de un dedo alrededor de su pezón. Luego lo hizo otra vez.

Las palabras la eludían. No podía recordar ninguna, no podía recordar nada, salvo ese dedo que rodeaba el pezón, con todo su cuerpo palpitando de pura necesidad.

Cassian le dio un golpecito en el pezón, un mordisco duro y agudo que la hizo gemir.

—Haz lo que quieras —dijo Nesta, desesperada por más de él, por todo él.

Volvió a rodear su pezón. Era un depredador jugando con su cena.

—Eso no suena muy emocionante, «haz lo que quieras». —Él le apretó el pezón entre el pulgar y el índice, la presión fue la suficiente como para que ella lo mirara a la cara. Era el retrato de la arrogancia masculina, un guerrero listo para conquistar, y ella casi llega al clímax al contemplarlo. Los ojos de él se oscurecieron—. La forma en que a veces me miras me hace pensar en cosas sucias, Nesta.

—Hazlas. Hazlas todas.

Le pellizcó el pezón casi sin producir dolor, y ella se arqueó hacia el toque, una súplica silenciosa pidiendo más, pidiendo que él se liberara.

—No tenemos tiempo en una noche para todas las cosas que quiero hacerte, que quiero hacer contigo. Cada lugar tuyo que quiero tocar y llenar.

Ella se frotó los muslos, desesperada por cualquier fricción.

—Entonces haz lo mejor que puedas.

Cassian se rio sombríamente, pero su otra mano se acercó al pecho todavía sin tocar, trazando círculos también. Ella observó los dedos marrón claro que jugaban sobre su piel pálida, lo vio tocarla como si quisiera tener un mapa

preciso de cada centímetro de su cuerpo y tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo. Debajo de la cintura de él, ella ya podía distinguir su dureza.

—¿Quieres chuparme de nuevo? —le susurró él al oído—. ¿Quieres sentirme dentro de tu garganta otra vez?

Nesta dejó escapar un gemido de confirmación.

—¿Conservabas mi sabor días después?

Ella no pudo responder, no podía revelar la verdad.

Los dedos de él le agarraron los pezones, provocando el dolor suficiente como para que ella se mojara por completo.

—¿Lo hacías?

—Sí. Tuve tu sabor durante varios días. —Las palabras le salían a borbotones y con ellas la claridad y el hambre agudizaron su concentración. La arrancaban de ese aturdimiento tan necesitado—. He pensado en tu pene en mi boca todas las noches desde entonces, mientras tenía mi mano entre las piernas.

Él gruñó, y ella rozó una mano contra la dureza de él, apretándola. Nesta levantó la cabeza y se encontró con su mirada ensombrecida, mostrando los dientes.

—También pensé en tu cabeza entre mis piernas —le dijo, con el corazón a todo ritmo—. Y en cómo tu lengua se deslizó dentro de mí. —Lo apretó de nuevo.

Cassian gimió y sus pulgares le acariciaron los pezones, visiblemente sensibles.

Nesta le puso la otra mano en el pecho y lo empujó hacia la cama, y él la siguió de buen grado, dejando que ella marcara el ritmo, la ubicación.

—Te prometí que podrías hacerme el amor donde quisieras en la Casa —dijo ella, con su voz convertida en un ronroneo tan profundo y arrollador que ella apenas reconoció. Las partes posteriores de los muslos de él golpearon la cama, y él la detuvo, poniéndole una mano en la cintura para no perder el equilibrio—. Pero esta no es la Casa. —La respiración de él era ronca y los envolvía a ambos mientras ella sonreía frente a la tensa y firme expresión de él—. Así que eso significa que haremos el amor donde yo quiera.

Cassian sonrió y la mano en la cintura de ella se deslizó hacia abajo para agarrarle las nalgas desnudas. Apretó una de ellas.

—Mientras pueda hacerte el amor en la Casa.

Ella vio su sonrisa salvaje.

—De acuerdo.

La mano de Cassian se deslizó hacia abajo, entre sus piernas, sintiéndola desde atrás. Sus dedos rozaron la humedad acumulada allí, y él maldijo mientras retiraba la mano, sosteniéndola entre ellos. La humedad brillaba en sus dos dedos, y los ojos de él brillaban con intención depredadora mientras se los llevaba a la boca y los lamía, uno por uno.

A ella le dolía el cuerpo y se aferraba al vacío, desesperada mientras esperaba a que algo la llenara. Que él la llenara. Acarició con sus dedos toda la extensión del pene, todavía atrapado dentro de sus pantalones. Y cuando ella hizo una segunda pasada, él puso su boca sobre la de ella.

Fue un beso cariñoso y juguetón.

Ella le mordió el labio inferior. Y de pronto él la atrajo hacia sí, sus cuerpos quedaron enlazados uno contra otro, las manos de él apretaban sus nalgas y la empujaban contra su erección. Sus bocas abiertas chocaron y se encontraron, y ella sintió su propio sabor en la lengua mientras sus dedos se enredaban en el sedoso cabello de él.

Cassian se volvió sobre sí y ambos se dieron la vuelta. Ella quedó acostada sobre el colchón y él de pie frente a ella.

Él apartó la boca mientras acomodaba las piernas de ella en la cama, doblándolas por las rodillas. Y a la vez tiraba de ella hacia el borde del colchón, con la intención de que su sexo quedara expuesto para él.

Él se arrodilló y sus alas se elevaron sobre él y arrastró la lengua directamente al centro de ella.

Gimieron al unísono, y él la dejó retorcerse, como si supiera que la atormentaría más moviéndose sin penetrarla, hasta que él quisiera. Le dio otra lamida y se detuvo en el extremo de sus muslos, succionando ese haz de nervios en su boca, mordisqueando con los dientes, antes de empezar otra vez.

Otra vez. Otra vez.

La estaba devorando, derritiéndole el cuerpo como si fuera un trozo de chocolate en su lengua.

Ella no pudo soportarlo, y se apretó su propio pecho, desesperada por más tacto, más sensaciones. Él miró hacia arriba desde el centro de sus piernas y vio la mano que apretaba el pecho. Lo vio y sonrió, sus dientes con destellos blancos frente al brillo ruborizado de ella.

—¿Te gusta verme arrodillado ante ti? —preguntó. Sus palabras retumbaron en el interior de ella. Volvió a sumergir la lengua—. Tu sabor me dice que sí.

Nesta se arqueó, empujándose aún más sobre su lengua, pero Cassian solo se

rio y negó con la cabeza, sabiendo lo que deseaba. Él le dio otra lamida lenta, desde la base hasta lo más alto, y cuando llegó a ese haz de nervios, deslizó dos dedos dentro de ella.

Dos, no uno, porque él parecía saber lo que ella quería, lo quería liberado, rudo y salvaje. Ella se inclinó sobre el borde de la cama, y él metió los dedos de nuevo, su respiración irregular apenas le permitió hablar.

—¿Cómo te gusta?

Volvió a meter la mano en ella, exprimiendo la respuesta.

—Fuerte —jadeó ella.

—¡Gracias a la Madre! —exclamó él y ella escuchó el chasquido del metal y el susurro del cuero, y entonces su lengua la acarició de nuevo, más allá de aquel haz de nervios, para subir por su abdomen hasta llegar a sus pechos. Y luego quedó sobre ella.

Cassian la subió más a la cama. A ella no le importó que sus piernas estuvieran abiertas para él, solo le importaba que él ya estaba desnudo y todos esos músculos ondulantes y la piel dorada brillaban sobre ella.

Bajó hasta el refugio de los muslos de ella, con los ojos tan abiertos que ella pudo ver el blanco a su alrededor. Él abrió la boca, pero ella no quería escuchar las palabras, no quería saber lo que fuera que él estaba por decir. Ella le enmarcó el rostro entre las manos y lo besó salvajemente. Su lengua jugó entre los dientes mientras sus bocas se apretaban una sobre otra.

La punta ancha del pene chocó con fuerza sobre ella para deslizarse en el resbaladizo interior. Con una mano guio la penetración.

El primer empujón de Cassian fue suficiente para que el fuego estallara en su interior. Ella jadeó en la boca de él, y le mordió el labio inferior mientras él entraba algunos centímetros más. Solo un par de centímetros.

Él se detuvo. Era grande y el estiramiento bordeaba el dolor más dulce… bastante grande… ella se preguntó si podría contenerlo por completo. Él tembló, manteniéndose apenas dentro de ella, como si estuviera preguntándose lo mismo en ese momento.

Su vacilación, su cuidado, derritió el fragmento de hielo dentro de ella. Y la hizo liberarse de cualquier restricción.

Nesta le agarró las nalgas y esos músculos se aflojaron bajo las yemas de sus dedos y lo arrastró hacia ella.

Solo un par de centímetros más. Solo un par de centímetros porque Cassian apoyó los brazos contra la cama, y sus caderas retrocedieron para frenar el

empuje de ella.

—Te voy a hacer daño.

—No me importa. —Ella le pasó la lengua por la mandíbula.

—A mí sí me importa —gruñó él. Su cuerpo se puso tenso mientras ella intentaba atraerlo hacia sí—. Nesta.

Sus dedos se clavaron de nuevo, su sangre y sus huesos clamaban por tener más de él, pero él se negó.

—Nesta. Mírame.

A pesar del rugido de su cuerpo, ella obedeció. El calor ardía en los ojos de él, y algo más que eso.

—Mírame —dijo Cassian suspirando.

Que los dioses la perdonen, pero lo miró. No podía apartar su mirada de él. Y ella se encontró en caída libre dentro de sus ojos oscurecidos y de su hermoso rostro.

Cassian volvió a empujar las caderas y se deslizó un par de centímetros más…

Sus respiraciones se sincronizaron y Nesta se quedó inmóvil debajo de él, con una sensación de absoluta calma, de total plenitud que se extendía por toda ella mientras las caderas de él se movían de nuevo para empujar hacia dentro, un poco más esta vez.

Cassian le sostuvo la mirada a lo largo de cada pequeño empujón, de cada retroceso. Él la abría cada vez más, llenándola centímetro a centímetro, y Nesta supo que había hecho bien en ir despacio en esta primera unión.

Retrocediendo y avanzando, Cassian la llenó. No dijeron nada, solo compartían el aliento, los ojos muy abiertos mientras se miraban el uno al otro.

Él volvió a deslizarse hacia fuera, y el movimiento fue tan largo esta vez, que ella supo que había entrado casi por completo. Él se detuvo, su pene apenas dentro de ella, y estudió su rostro. Un dios guerrero conquistador. Él la había llamado la señora Muerte, y él era su espada.

Cassian se inclinó para besarla. Y mientras su lengua se deslizaba en su boca, empujó en un poderoso toque final.

Nesta gimió cuando la penetró hasta la empuñadura, y el impacto total de él la alcanzó, dejándola sin respiración. Cassian se retiró otra vez y cayó sobre ella, empujando sus cuerpos más sobre la cama.

Él gimió esta vez, y ese sonido fue la perdición de ella, quien enganchó sus piernas alrededor de la espalda de él, cuidando de no dañar sus alas, y levantó las

caderas para encontrarse con las de él. Él se hundió aún más y ella le clavó las uñas en los hombros.

Por los dioses… jamás se había sentido tan bien, tan pleno, tan ardiente de placer. Nunca nada lo había hecho sentirse así, nada.

Cassian marcó el ritmo, suave y profundo, y, por un momento, lo único que Nesta pudo hacer fue seguirlo en cada movimiento. Por un momento, ella miró hacia el lugar donde su pene se hundía, tan grueso y largo, y apretó los músculos alrededor de su pene, sintiendo que su propio estallido se iba acercando.

Él sintió que los músculos internos de ella lo apretaban con más fuerza y gruñó.

—Por todos los dioses, Nesta.

Y a ella le gustó tanto verlo así de desarmado que lo hizo de nuevo, apretándolo justo cuando estuvo completamente dentro. Él se arqueó y sus dedos se clavaron en la cama.

—Por todos los dioses —repitió.

Sin embargo, no fue suficiente. Ni siquiera cerca de ser suficiente. Ella quería ver a Cassian rugiendo, lo quería ver tan perdido que ni siquiera pudiera recordar su nombre.

Nesta lo detuvo con una mano en su pecho. Solo una mano, y él se detuvo, completamente a sus órdenes. Si ella quisiera que terminara en ese momento, así sería.

Eso la ablandó tanto que apenas pudo evitar el temblor de su voz cuando habló.

—Te quiero más adentro.

Cassian jadeó, su mirada era salvaje, mientras ella se arrastraba apartándose de sus brazos. Mientras ella se daba la vuelta boca abajo y levantaba el trasero para él, ofreciéndoselo totalmente.

Él dejó escapar un sonido sordo de necesidad. Ella arqueó las caderas más alto, invitándolo a tomar lo que quisiera, a que se deleitara como quisiera.

Su contención se hizo añicos. En apenas un instante se lanzó sobre ella, levantó un poco más sus caderas y la penetró con un solo empujón. Y Nesta gritó. Fue un sonido de tal placer que supo que iba a resonar en las montañas al sentir que él llegaba al punto más profundo de ella.

Cassian empujó más, y una mano se deslizó desde la cadera hasta el cabello, y tiró de su cabeza hacia atrás, dejándole la garganta al descubierto. Ella se entregó a él, y la falta de control resultaba embriagadora, tan placentera que

apenas pudo soportarla. Él empujó más fuerte, tan profundo que ella podría haber gritado de nuevo, podría haber sollozado.

Una mano recorría sus piernas, mientras la otra seguía agarrando los mechones de pelo como si fueran riendas. Ella estaba completamente a su merced, y él lo sabía… él gruñía de deseo, empujando con tanta fuerza que sus testículos rebotaban en ella.

El toque sedoso la hizo estallar.

Su clímax explotó en ella, fuera de ella, y sus músculos internos se tensaron para apretarlo aún más.

Cassian rugió y el sonido resonó en toda la habitación, y se volvió salvaje del todo cuando la liberación lo encontró y se derramó dentro de ella con tanta fuerza que su semilla corrió por sus muslos.

Y luego el peso de él cayó sobre la espalda de ella, y solo un brazo que él estiró para sostenerlos evitó que se cayeran.

Nesta, tambaleándose, solo podía respirar, respirar, respirar.

Cassian yacía perdido en ella, y se sentía tan bien, tan perfectamente bien, que lo quería siempre así, tan dentro de ella, con su semilla derramándose por sus piernas, para siempre.

—Oh, Dios —susurró él sobre la espalda de ella, sobre el tatuaje que la recorría—. Ha sido…

—Lo sé —jadeó ella—. Lo sé.

Eso era todo lo que ella iba a confesar. Todo lo que estaba dispuesta a admitir.

Demasiado bueno. Se había sentido demasiado bien, y nada ni nadie jamás se podría comparar con ello.

Él habló con voz temblorosa.

—Te he dejado hecha un desastre.

Ella hundió el rostro en la manta.

—Me gusta.

Cassian se quedó quieto, y salió suavemente de ella con un tirón lento lento. Arrastró su semilla con él, y otro chorro recorrió de nuevo sus muslos, provocándole un leve cosquilleo, y goteando sobre la manta, mientras él se retiraba por completo. Ella no se movió. No podía moverse. No quería moverse.

Sintió que él se arrodillaba detrás de ella, mirándole el culo, todavía en alto.

—No debería disfrutar tanto mirando esto —gruñó.

Sus pechos se tensaron. Pero ella preguntó con falsa modestia.

—¿Mirando qué?

—A ti. Llena de mí. Ese hermoso sexo tuyo.

Ella se sonrojó y bajó el cuerpo hasta tocar el colchón.

—Nadie nunca dijo que era hermoso.

—Lo es. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Ella sonrió envuelta en la manta.

—Mentiroso.

—Estoy más allá de cualquier mentira en este momento, Nesta.

Su voz era tan áspera que ella miró hacia atrás. Cassian todavía estaba de rodillas, y su rostro… estaba completamente devastado, como si ella lo hubiera destruido y dejado en ruinas.

—¿Qué pasa? —quiso saber, pero él se alejó de la cama y buscó sus ropas desparramadas.

Nesta se dio la vuelta, con las piernas y su interior empapados con las esencias de ambos, pero él se puso los pantalones, recogió la camisa y la chaqueta, y las armas que portaba y que ella no había visto. Cuando levantó la cabeza, le dirigió una sonrisa pícara.

—Solo sexo, ¿verdad?

De alguna manera eso era una trampa. No podía discernir de qué manera, pero las palabras eran peligrosas. Ella había querido decir lo que dijo. O por lo menos hubiera querido decir. Entonces ella habló.

—Bien.

Los ojos de él parpadearon y volvió a sonreír, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Gracias por la cabalgata, Nes. —Guiñó un ojo y se fue.

Ella se quedó mirando fijamente a la puerta, desconcertada por su salida, tan rápida que su semilla todavía seguía goteando de ella.

¿Era un castigo? ¿Él no lo había disfrutado? Ella tenía la prueba de su disfrute entre las piernas, pero los machos pueden encontrar el placer y aun así no considerarlo bueno.

¿Estaba él tratando de demostrar lo que les había hecho a todos esos hombres? ¿Acostarse con ellos y luego echarlos?

Ella había dicho solo sexo, pero había pensado que al menos podría ser con algunos… abrazos cariñosos. Unos minutos para disfrutar de la sensación de su cuerpo contra el de ella antes de que el orgullo la hiciera ordenarle que se fuera.

Nesta se arrodilló en la cama y miró hacia la puerta. El silencio fue la única

respuesta.

Capítulo 38

—Te has acostado con él, ¿verdad?

La pregunta susurrada de Emerie hizo que Nesta volviera la cabeza hacia ella, con los músculos del abdomen temblando mientras practicaba un ejercicio. Emerie simplemente sonrió irónica ante la sorpresa en el rostro de Nesta. Gwyn, al otro lado de Emerie, las observaba con los ojos muy abiertos.

Nesta forzó una expresión de neutralidad en el rostro, y volvió a descansar la espalda en el suelo, siempre manteniendo los músculos abdominales tensos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú y Cassian habéis estado intercambiando miradas sensuales toda la mañana.

Nesta miró a Emerie con el ceño fruncido.

—No es cierto.

Supuso un esfuerzo no mirar al otro lado del campo de entrenamiento, hacia donde estaba Cassian en ese momento dirigiendo al grupo más nuevo de sacerdotisas —dos esta vez, Ilana y Lorelei— en una serie de ejercicios para mejorar la posición de los pies y el equilibrio. Nesta, en efecto, sí lo había sorprendido a él dos veces mirándola desde que la lección había comenzado hacía dos horas, pero ella se propuso no mantener ningún contacto visual prolongado.

—Sí lo has hecho —susurró Gwyn, muy bajo el tono como para que el oído fae de Cassian no oyera sus palabras. Nesta puso los ojos en blanco.

—Bueno, si no quieres hablar del tema —continuó Emerie con la misma tranquilidad—, entonces al menos cuéntanos qué pasó ayer… por qué no hubo lección, y dónde estuviste por la tarde.

—Me han pedido que lo mantenga en secreto —dijo Nesta. Sus heridas ya habían sanado y desaparecido, lo que le hacía más fácil hablar.

—Tiene que ver con el Tesoro —apostilló Gwyn, cuyos ojos verde azulados sabían demasiado.

Nesta no respondió, y esa fue una respuesta suficiente. Emerie conocía los datos básicos —los mismos que le habían dicho a Gwyn—, y frunció el ceño. Y mantuvo su voz suave como un susurro.

—Entonces ¿de verdad no te has acostado con él?

Nesta hizo otro estiramiento, elevó el torso hasta las rodillas.

—No he dicho eso.

Emerie soltó un «ejem».

Las mejillas de Nesta se sonrojaron. Emerie y Gwyn intercambiaron miradas. Y fue Gwyn quien habló.

—¿Y qué tal?

Nesta hizo otra flexión y en ese momento Cassian gritó desde el otro lado del *ring*.

—¡Emerie! ¡Gwyn! Si hicierais esos ejercicios tan bien como movéis las bocas, ya habríais terminado.

Emerie y Gwyn sonrieron llenas de picardía.

—¡Perdón! —gritaron, y se pusieron en movimiento.

Nesta se quedó quieta cuando la mirada de Cassian se encontró con la de ella. El espacio entre ellos se tensó, los sonidos de las sacerdotisas haciendo ejercicios se desvanecieron en la nada, con el cielo como una mancha azul y el viento como una distante caricia en sus mejillas…

—Tú también, Archeron —ordenó, señalando hacia donde Emerie y Gwyn hacían su ejercicio, y a la vez esforzándose todo lo posible por no reír—. Haz otros quince. —Nesta frunció el ceño dirigiéndose a todos y comenzó otra vez a hacer sus movimientos. Esa era la razón por la que había estado evitando el contacto visual con él.

La atención de Cassian se dirigió hacia otra parte, pero con cada abdominal, Nesta se vio obligada a contener el impulso de mirar en dirección a él. Perdió la cuenta tres veces. Bastardo.

—Sabes, Nesta —dijo Gwyn entre un abdominal y otro—, si tienes problemas para concentrarte…

—Oh, por favor —murmuró Nesta.

Gwyn soltó una risa entrecortada.

—Lo digo en serio. Me enteré de una nueva técnica de valquiria anoche. Se llama Serenar la Mente.

Nesta logró preguntar, con el cuerpo chillando por el esfuerzo de los abdominales.

—¿Qué es eso?

—Lo usaban para estabilizar sus mentes y sus emociones. Algunas de ellas lo hacían tres o cuatro veces al día. Pero consiste básicamente en sentarse y dejar que tu mente se quede en silencio. Podría ayudarte con tu… concentración.

Emerie disimuló una risa, pero Nesta hizo una pausa, ignorando la insinuación de Gwyn.

—¿Es eso posible? ¿Entrenar la mente?

Gwyn también interrumpió su ejercicio. Su sonrisa burlona se volvió contemplativa.

—Bueno, sí. Requiere una práctica constante, pero hay un capítulo entero en el libro que resumí para Merrill sobre cómo lo hacían. Implicaba respirar profundamente y tomar conciencia del propio cuerpo, para luego aprender a liberarse. Lo usaban para mantener la calma ante sus miedos, para serenarse después de una dura batalla, y para luchar contra cualquier demonio interior que tuvieran.

—Los guerreros ilyrios no hacen esas cosas —murmuró Emerie—. Sus cabezas están llenas de rabia y batalla. Y eso ha empeorado después de la última guerra. Ahora que están reorganizando sus filas.

—Las valquirias descubrieron que las emociones intensificadas distraían a la hora de enfrentarse a un oponente —explicó Gwyn—. Ellas entrenaban sus mentes para ser armas tan afiladas como cualquier hoja. Para poder mantener la compostura, saber cómo encontrar serenidad en medio de la batalla, eso las convirtió en adversarios inquebrantables.

El corazón de Nesta latía con fuerza con cada palabra. Serenar la mente…

—¿Puedes conseguir que una escriba haga copias de ese capítulo?

Gwyn sonrió.

—Ya lo he hecho.

—¡¿Vosotras tres —gritó Cassian— habéis venido a chismorrear o entrenar?!

Nesta le dirigió una mirada mordaz.

—No le digáis a Cassian nada de esto —les recomendó—. Es nuestro secreto.

¿Acaso Cassian no se sorprendería cuando ella, precisamente, se mostrara

como una persona imperturbable?

Emerie y Gwyn asintieron con la cabeza antes de que Cassian se acercara. Cada músculo, cada trozo de sangre y hueso del cuerpo de Nesta se puso en alerta. Había regresado a la Casa esa mañana, transportada por un Rhys demasiado neutral. Cassian no estaba a la vista.

Había tenido treinta minutos exactos para desayunar y ponerse la ropa de entrenamiento que tenía de repuesto, ya que la que había usado en el pantano todavía estaba empapada. La que se había puesto era más grande, no muy holgada, pero un poco más grande. No se había dado cuenta de lo apretado que era su conjunto habitual hasta que se puso el nuevo, mucho más cómodo. No había notado cuánto le habían crecido los músculos de los muslos y de los brazos en ese mes hasta que se dio cuenta de que sus movimientos habían sido restringidos por el viejo conjunto.

Cassian se detuvo ante ellas, con las manos en las caderas.

—¿Hay algo más interesante hoy que el entrenamiento?

Él lo sabía. El bastardo sabía que habían estado hablando de él. Ella lo supo por la chispa en sus ojos, por la media sonrisa.

Los labios de Emerie temblaron por el esfuerzo de no sonreír.

—De ninguna manera.

La atención de Gwyn rebotaba entre Nesta y Cassian.

Cassian se dirigió a la sacerdotisa.

—¿Sí?

Gwyn negó con la cabeza demasiado rápido como para ser inocente y comenzó a hacer sus abdominales de nuevo, y el sudor brilló en su rostro pecoso. Emerie la siguió. Y ambas trabajaron con tanta diligencia que resultaba ridículo. Nesta miró a Cassian.

—¿Qué?

Los ojos de él bailaron con perversa diversión.

—¿Has terminado tu serie?

—Sí.

—¿Y las flexiones de brazos?

—Sí.

Él se acercó y ella no pudo evitar pensar en cómo se había acercado la noche anterior, la forma en que esas manos habían agarrado sus caderas mientras la penetraba por detrás. Algo debió de aparecer en el rostro de ella, porque él habló en voz baja.

—Ciertamente has sido productiva, Nes.

Ella tragó saliva, y supo que las dos hembras a su lado estaban pendientes de cada palabra. Pero ella levantó la barbilla.

—¿Cuándo vamos a hacer algo útil? ¿Cuándo empezamos con el tiro con arco o las espadas?

—¿Crees que estás lista para manejar una espada?

Emerie dejó escapar un ruido burbujeante, pero siguió trabajando.

Nesta se negó a sonreír, a sonrojarse, y sin romper la mirada de Cassian, dijo:

—Solo tú puedes decirme eso.

Las fosas nasales de él se ensancharon.

—Levántate.

Cassian se había dicho a sí mismo dos docenas de veces desde que salió de aquel dormitorio que el sexo había sido un error. Pero al ver que Nesta lo desafiaba, la insinuación como una llama ardiente, no podía recordar por qué.

Algo que ver con que ella solo quería sexo, algo que ver con que aquel contacto sexual era el mejor maldito encuentro sexual que había tenido, y cómo lo había dejado de verdad hecho pedazos.

Nesta parpadeó.

—¿Qué?

Él movió la cabeza hacia el centro del *ring*.

—Ya me has oído. Crees que estás lista para manejar una espada, entonces demuéstralo.

Sus amigas sabían muy bien lo que habían hecho la noche anterior. Emerie ni siquiera podía ocultar la risa, y Gwyn seguía mirándolos a escondidas.

—¡Terminad vuestros ejercicios ahora! —les gritó a las dos hembras—, o haced el doble.

Dejaron de abrir la boca.

Nesta seguía mirándolo, el sudor y el esfuerzo le daban color a ese hermoso rostro. Una gota de sudor se deslizó por su sien, y él tuvo que apretar los puños para evitar inclinarse y lamerla.

—¿Vamos a aprender a usar espadas? —preguntó ella.

Él se dirigió al soporte al otro lado del *ring* y ella lo siguió.

—Vamos a empezar con espadas de práctica de madera. Ni loco voy a poner acero de verdad en manos de los novatos.

Ella se rio disimuladamente y él se puso rígido. Le habló por encima del hombro.

—Si eres demasiado infantil como para hablar de espadas sin reírte tontamente, entonces no estás lista para la esgrima.

Ella frunció el ceño.

—Estas son armas de muerte —dijo Cassian. Dejó que su voz se elevara para que todas las hembras pudieran escucharlo, aunque solo le habló a ella—. Deben ser tratadas con una buena dosis de respeto. Yo ni siquiera toqué una espada real durante los primeros siete años.

—¿Siete años? —preguntó Gwyn detrás de ellos.

Él llegó al soporte y sacó una hoja larga, casi una réplica de la espada ilyria que llevaba en la espalda.

—¿Crees que los niños podrían jugar cerca de una espada real?

—No —farfulló Gwyn—. Solo quise decir… si planeas hacernos practicar con espadas de madera durante siete años…

—Si vosotras tres seguís con esas risitas, entonces sí.

Nesta se dirigió a Gwyn y a Emerie.

—No dejéis que os intimide.

Cassian resopló.

—Palabras peligrosas para una hembra a punto de enfrentarse a mí.

Ella puso los ojos en blanco, pero vaciló cuando él le ofreció la espada de práctica con la empuñadura hacia delante.

—Es pesada —observó ella mientras evaluaba su peso.

—La espada real pesa más.

Nesta le miró un hombro, donde asomaba la empuñadura de su espada.

—¿De verdad?

—Sí. —Él movió la cabeza en dirección a las manos de Nesta—. Las dos manos agarran la empuñadura. No demasiado cerca del eje.

Emerie comenzó a toser y la boca de Nesta se torció, pero se contuvo… con esfuerzo. Incluso Cassian tuvo que reprimir una risa antes de aclararse la garganta.

Pero Nesta hizo lo que le ordenó.

—Pies como te enseñé —dijo, muy consciente de todos los ojos que los estaban mirando. Por la forma en que el rostro de Nesta se tornó serio, Cassian

supo que también ella era consciente. Que ese momento, con estas sacerdotisas mirando, era clave, de alguna manera.

Vital.

Nesta se encontró con la mirada de Cassian. Y todo pensamiento sobre sexo, sobre lo bueno que había sido, se alejó de su cabeza cuando levantó la hoja delante de sí.

Fue como si una llave entrara por fin en una cerradura.

Era una espada de madera y, sin embargo, no lo era. Era parte de la práctica, y sin embargo no lo era.

Cassian la guio a través de ocho diferentes cortes y bloqueos. Cada uno era un movimiento individual, explicó él, y al igual que los puñetazos, podían combinarse. Lo más difícil era recordar dirigir el movimiento con la empuñadura de la espada… y usar todo el cuerpo, no solo los brazos.

—Bloqueo uno —ordenó, y ella levantó la espada perpendicular a su cuerpo, alzándose contra un enemigo invisible—. Corte tres. —Ella giró la hoja, recordándose a sí misma que debía conducir con la estúpida empuñadura, y cortar hacia abajo en un ángulo—. Estocada uno. —Otra vuelta sobre sí misma y ella se lanzó hacia delante, golpeando la hoja contra el peto metálico de un enemigo imaginario.

Todas se habían detenido a mirar.

—Bloqueo tres —continuó Cassian. Nesta cambió a un agarre con una sola mano, y subió la mano izquierda al pecho, donde él le había dicho que la pusiera. Esa sería su mano escudo, le había indicado, y aprender a mantenerla cerca sería clave para sobrevivir—. Corte dos. —Ella arrastró la espada en línea recta hacia arriba, partiendo al enemigo desde la ingle hasta el esternón—. Bloqueo dos. —Giró sobre un pie, sacando la espada del pecho de ese enemigo para interceptar otro golpe invisible.

Ninguno de sus movimientos poseía nada parecido a la elegancia o la potencia de él. Eran forzados y perdía más de un segundo en recordar cada uno de los pasos, pero se dijo a sí misma que tomaría más de treinta minutos de instrucción. Cassian se lo había recordado con bastante frecuencia.

—Bien. —Él se cruzó de brazos—. Bloqueo uno, corte tres, estocada dos.

Ella lo hizo. Los movimientos fluyeron más rápidos, más seguros. La respiración de Nesta entró en sincronía con su cuerpo con cada embestida.

—Bien, Nesta. Otra vez.

Ella podía ver el campo de batalla embarrado y oír los gritos de amigos y enemigos por igual. Cada movimiento era una lucha por la supervivencia, por la victoria.

—Otra vez.

Ella podía ver al rey de Hybern, y al Caldero, y a los Cuervos… podía ver al kelpie y a Tomás y a toda esa gente que se había burlado de la pobreza y desesperación de los Archeron, los amigos que se habían apartado con sonrisas en sus rostros.

Su brazo era un dolor distante, muy por detrás de esa canción que crecía en su sangre.

Cassian le enseñó diferentes combinaciones, y Nesta obedeció, dejó que fluyeran a través de ella.

Cada enemigo odiado, cada momento en el que se había sentido impotente contra ellos, hervía y salía a la superficie. Y con cada movimiento de espada, con cada respiración, se formaba un pensamiento. Resonaba con cada inhalación, con cada estocada y con cada bloqueo.

«Nunca más».

Nunca más volvería a ser débil.

Nunca más estaría a merced de alguien.

Nunca más volvería a fallar.

Nunca más, nunca más, nunca más.

La voz de Cassian se detuvo, y entonces el mundo se detuvo, y lo único que existía era él, su sonrisa feroz, como si supiera qué canción rugía en su sangre, como si solo él entendiera que la hoja era un instrumento para canalizar aquel fuego furioso en ella.

Las otras hembras estaban completamente en silencio. Su vacilación y conmoción brillaban en el aire.

Lentamente, Nesta dejó de mirar a Cassian y dirigió su mirada a Emerie y a Gwyn, que ya se movían por el *ring*. Cassian ya tenía listas las espadas de madera para cuando llegaron.

Ningún miedo brillaba en los ojos de ellas. Como si también hubieran visto lo que había hecho Cassian. Como si también hubieran escuchado aquellas palabras dentro de la cabeza de Nesta.

«Nunca más».

Capítulo 39

El fuego dentro de ella no cesaba.

Nesta apenas si pudo terminar su trabajo en la biblioteca esa tarde, gracias a ese fuego, a esa pujante energía. Cuando el reloj dio las seis, se despidió de Clotho y fue directamente al hueco de la escalera exterior.

Bajó y bajó, dando vueltas, vueltas y vueltas.

Escalón a escalón a escalón.

No se detuvo. No podía detenerse.

Como si la hubieran liberado de una jaula, en la que no se había dado cuenta de que había estado encerrada.

En cada escalón hacia abajo, escuchaba esas palabras. «Nunca más».

Había escapado del kelpie por pura suerte. Pero se sintió aterrorizada. Tan aterrorizada como cuando fue arrastrada a las profundidades del Caldero, tan aterrorizada como había estado con Tomás. Aunque con Tomás, al menos había luchado. Con el kelpie, apenas había hecho algún esfuerzo hasta que la Máscara la salvó.

Estaba muy asustada. Muy sumisa y temblorosa. Era inaceptable.

Era inaceptable que se hubiera permitido a sí misma retroceder, encogerse y volverse hacia dentro.

Bajar y bajar, dar vueltas y dar vueltas y dar vueltas.

Escalón a escalón a escalón.

Nunca más. Nunca, nunca más.

Nesta llegó al escalón seis mil y comenzó el ascenso.

La primera de las lluvias otoñales llegó al día siguiente, y Cassian medio esperaba que las sacerdotisas no se presentaran a la práctica, pero ya estaban esperando en el frío y la humedad cuando entró en el campo de entrenamiento. Ninguna se molestó en usar magia para mantenerse seca.

Como si quisieran dominar esa determinación, el esfuerzo extra.

En el centro del grupo estaba Nesta, con los ojos ya concentrados.

La sangre de Cassian se calentó, incapaz de contener su deseo al ver esa fiereza en su rostro, esas ansias de aprender más, de empujar con más fuerza.

No la había buscado la noche anterior, y decidió dormir en la casa del río, en lugar de arriesgarse a la tentación. El sexo había sido tan bueno… y sabía que si no levantaba algún tipo de barrera, lo iba a consumir por completo. Ella lo iba a consumir por completo.

Nesta, Emerie y Gwyn estaban juntas y… ese día había tres nuevas sacerdotisas.

—Señoras —dijo él a modo de saludo, inspeccionando a las once hembras empapadas que esperaban como tropas en un campo de batalla. Roslin se había quitado la capucha, revelando una cabeza de cabello rojo oscuro y piel pálida sobre rasgos delicados. Sus ojos eran del color del caramelo, y si sentía miedo por mostrar finalmente su rostro, no lo manifestó de ningún modo. Cassian inspeccionó al resto de la formación y…, bueno, aquello era una novedad. Gwyn vestía ropa de cuero ilyria. Era la ropa vieja de Nesta, por su aroma.

Cassian las observó, todas con los ojos claros y ansiosos.

—Creo que necesitamos otro tutor.

A la mañana siguiente, aunque las hembras vacilaban ante un recién llegado, Azriel se mantuvo tan distante y callado que rápidamente se relajaron alrededor de él. Az había accedido fácilmente a incluir las lecciones antes de salir para vigilar a Briallyn.

Cassian continuó entrenando a Nesta, Emerie y Gwyn. La lluvia no cedía, y todos estaban empapados, pero el esfuerzo mantenía alejado el ataque del frío.

—Entonces ¿esto realmente puede derribar a un hombre con un solo movimiento? —le preguntó Gwyn a Cassian, que estaba de pie ante Nesta. Se habían tomado un descanso con las espadas para estirar las manos, pero en lugar

de sentarse sin hacer nada y hacer que sus cuerpos se agarrotaran por la inactividad, les había mostrado algunas técnicas para librarse de una contractura.

Gwyn parecía distraída ese día… con un ojo en el otro lado del campo de entrenamiento. Cassian solo podía suponer que estaba mirando a su hermano, quien le había dirigido a Gwyn una ligera sonrisa al llegar. Gwyn no se la devolvió. Cassian se maldijo a sí mismo por ser tan tonto. Debió haberle preguntado si le incomodaba la presencia de Azriel allí. Quizá debió haberles preguntado a todas las sacerdotisas acerca de incluir a otro macho, pero especialmente a Gwyn…, a quien Azriel había encontrado aquel día en Sangravah.

Ella no dijo nada al respecto durante la lección. Solo miraba de vez en cuando a Az, quien permanecía concentrado en las hembras a su cargo, como era su deber. Cassian no pudo leer la expresión en el rostro de ella.

Se concentró en las hembras que tenía delante.

—Este movimiento deja inconsciente a cualquiera si golpeas en el lugar correcto. —Cassian cogió la mano de Nesta, colocándola en su propio cuello. Los dedos de ella eran muy pequeños junto a los de él, y estaban helados. Podría haber pasado el pulgar por el dorso de su mano antes de ubicar sus propios dedos —. Tienes que buscar este punto de presión. Si lo golpeas con suficiente fuerza, los harás caer como una piedra.

Los dedos de Nesta se tensaron y él le agarró la mano. Ella sonrió irónica, como si supiera que lo había pillado. Él le apretó los dedos helados.

—Sé que estabas pensando en eso.

—Nunca haría algo así —replicó ella suavemente, con los ojos bailando.

Cassian le guiñó un ojo y Nesta apartó la mano de su cuello.

—Está bien —dijo él—. Volvamos a las espadas. ¿Quién quiere volver a mostrarme los ocho puntos?

A pesar de haberse cambiado la ropa, Nesta y Gwyn siguieron heladas hasta los huesos una hora después de terminar la lección. Refugiada en un cálido y cómodo rincón en una parte rara vez visitada de la biblioteca, Nesta bebió un sorbo de su té de menta, cuyo calor le recorrió todo el cuerpo mientras leía el capítulo que Gwyn le había copiado. Le había dado una copia a Emerie antes de

que su amiga se fuera, y la hembra ilyria le prometió que iba a practicar esa misma noche y compararían sus experiencias a la mañana siguiente.

—¿Así que es realmente tan fácil? —quiso saber Nesta y dejó los papeles en el cojín gastado del sofá.

Gwyn, sentada en el extremo opuesto, estiró los pies hacia el fuego, acompañada por el crujido de las telas de sus ropas al rozar los pliegues.

—Ciertamente parece fácil, pero según todo lo que he leído, no lo es.

—Aquí dice que simplemente hay que sentarse en un lugar cómodo y tranquilo, cerrar los ojos, respirar mucho y dejar que tu mente se vaya.

—Te lo aseguro: las valquirias tardaron meses en aprender lo básico y para dominarlo había que hacer estos ejercicios varias veces al día. Pero intentémoslo. Dice al final del capítulo que si estamos haciendo esto por primera vez, puede que nos dé sueño, o incluso que nos quedemos dormidas mientras lo hacemos, pero aprender a luchar contra las ganas de dormir es algo que aparecerá más adelante en la práctica.

—Me vendría bien una siesta después del entrenamiento de hoy —murmuró Nesta, y Gwyn estuvo de acuerdo riéndose entre dientes. Nesta puso su té en la mesa baja delante del sofá—. Está bien. Vamos a intentarlo.

—He memorizado los pasos, así que yo guiaré esta vez —ofreció Gwyn.

Nesta resopló.

—Por supuesto que sí.

Gwyn le dio una palmada juguetona en el hombro.

—Aprender esto es mi trabajo, ya lo sabes.

—De todos modos, habrías memorizado esta información.

—De acuerdo. —Gwyn se rio, terminó su té y luego se sentó erguida—. Siéntate en una posición cómoda… alerta, pero con serenidad.

—Ni siquiera sé lo que eso significa.

Gwyn le hizo una demostración, deslizándose hasta que su columna tocó los cojines del respaldo, los pies apoyados en el suelo, las manos ligeramente apoyadas en las rodillas. Nesta copió la posición. Gwyn la miró y luego asintió moviendo la cabeza.

—Ahora respira hondo tres veces, inhala por la nariz contando hasta seis, exhala por la boca contando hasta seis. Después de terminar la tercera respiración, cierra los ojos y sigue respirando.

Nesta obedeció. Inhalar y exhalar durante tanto tiempo requirió más concentración y esfuerzo de lo que esperaba. Su respiración era demasiado fuerte

para sus oídos; cada respiración parecía no estar sincronizada con la de Gwyn. ¿Ella había hecho dos respiraciones o tres? ¿O cuatro?

—Puedo sentir que estás pensando demasiado —murmuró Gwyn—. Cierra los ojos y sigue respirando. Respira cinco veces.

Nesta lo hizo. Sin nada que la distrajera visualmente, supuso que la respiración sería más fácil de controlar.

No fue así. De alguna manera, su mente solo quería divagar. Ella se dijo a sí misma que se concentrara en contar, en el tiempo de cada respiración y en llevar la cuenta de cuántas veces lo había hecho y, sin embargo, encontró que estaba pensando en los cojines del sofá, en su té frío, en su cabello todavía húmedo…

¿Cuántas respiraciones había hecho?

—Creo que estoy perdiendo la cabeza —murmuró Nesta.

Gwyn la hizo callar.

—Ahora deja que tu respiración se estabilice y concéntrate en los sonidos que te rodean. Reconócelos, luego deja que se desvanezcan.

Nesta lo hizo. A su izquierda, pudo distinguir el sonido de pasos y susurros de túnicas arrastrándose. ¿Quién caminaba por entre los libros amontonados? ¿Qué libros estaban…?

Concéntrate. Deja que los sonidos desaparezcan. Alguien caminaba cerca. Ella podía sentirlo y, con una exhalación, envió lejos ese pensamiento. A su derecha la respiración de Gwyn se mantenía estable.

Probablemente Gwyn era buena en esto. En realidad, Gwyn era buena en todo. Pero eso no le molestaba. Por alguna razón, a Nesta le gustaba alardear de su amiga ante cualquiera.

Su amiga. Eso era lo que era Gwyn. Había sido…

Concéntrate. Déjalo ir. Nesta notó la respiración de Gwyn, soltó el pensamiento, y pasó al siguiente sonido. Luego al siguiente.

—Ahora examina tu cuerpo —dijo Gwyn en voz baja—. Empezando por la cabeza, bajando lentamente hasta los dedos de los pies, evalúa cómo te sientes. Si hay puntos doloridos…

—Me duele todo después de esa lección de esgrima —susurró Nesta.

Gwyn se atragantó con otra risa.

—Lo digo en serio. Fíjate si hay puntos doloridos, si hay puntos que sientes bien… —Ruido de papeles—. Oh, y las instrucciones también dicen que cuando hayas terminado, debes evaluar cómo te sientes. No te detengas en eso, simplemente reconócelo.

A Nesta no le gustó particularmente el sonido de la última parte, pero obedeció. Le dolía todo el cuerpo, desde una contractura en el cuello hasta un dolor en el pie izquierdo. Nunca se había dado cuenta de cuántas partes de su cuerpo desconocía, todas ellas manifestando constantemente sus dolores o estado. Cuánto ruido se producía en su cabeza. Pero reconoció cada una de esas cosas. Dejó que se alejaran.

Sin embargo, evaluar sus emociones… ¿Cómo se sentía ella? En ese mismo momento, cansada pero… contenta de estar ahí con Gwyn. Riéndose. Haciendo lo que estaban haciendo. Si profundizaba más…

—Ahora vamos a trabajar en la respiración consciente. Inspira a través de la nariz, exhala por la boca. Repítelo diez veces, luego comienza de nuevo. Si aparece un pensamiento, reconócelo y luego haz que se vaya. Debes decirte a ti misma: «Soy la roca contra la que choca el oleaje». Tus pensamientos son las olas. Deja que se estrellen contra ti.

Muy fácil.

No era fácil. Las primeras veces que Nesta contó diez respiraciones, no la asaltó ningún pensamiento. Pero cuando empezó la siguiente serie…

¿Qué pensaría Elain al ver a Nesta ahí con una amiga? El pensamiento surgió de la nada. Como si al abrir su mente hubiera corrido hacia ella. ¿Elain estaría complacida o sentiría la necesidad de advertir a Gwyn sobre el verdadero yo de Nesta?

Estaba en la quinta respiración. No, sexta. Un momento… tal vez solo fueron tres.

—Vuelve a empezar si pierdes la cuenta —le indicó Gwyn, como si hubiera escuchado la detención de la respiración constante de Nesta.

Así lo hizo Nesta, y esta vez se concentró en las respiraciones y no en Elain. «Reconozco este pensamiento sobre mi hermana, y lo dejo ir».

Estaba en la séptima respiración cuando su hermana apareció de nuevo. «Y, sin embargo, de alguna manera lo único en lo que piensas es en lo que mi trauma te causó a ti».

¿Tenía razón Elain? Feyre admitió que ella también era culpable, pero… Feyre no conocía a Elain tanto como la conocía Nesta. O, no había sido así antes. Antes de que Elain eligiera a Feyre.

Antes de que Amren eligiera a Feyre.

Antes…

«Reconozco estos pensamientos y los dejo ir».

Nesta inhaló por octava vez. «Me estoy concentrando en mi respiración. Reconozco estos pensamientos y los dejo ir».

Nesta respiró de nuevo. Obligó a su mente a pensar solo en su respiración.

—Cuando termines tu siguiente serie de diez —indicó Gwyn, cerca pero de todos modos muy lejos—, deja de contar tus respiraciones y deja que tu mente haga lo que quiera. Haremos eso durante unos segundos y luego nos detendremos. El objetivo es trabajar hasta llegar a períodos cada vez más largos.

Nesta hizo lo que le indicó su amiga, y contó cada una de las diez respiraciones restantes, sintiendo el momento como una ola a punto de chocar. Terminó la décima respiración.

«Mente, haz lo que quieras. Ve a la deriva, a esos lugares oscuros y horribles».

Pero la mente no hizo tal cosa. Su mente quedó inalterada. No voló. Simplemente… permaneció allí. Satisfecha. Descansando. Como un gato acurrucado a sus pies.

Serena.

Solo pasó un momento antes de que Gwyn volviera a hablar.

—Empieza a hundirte de nuevo en tu cuerpo —susurró—. Presta atención a los sonidos que nos rodean. Presta atención a la sensación en los dedos de las manos, en los dedos de los pies.

Era extraño… muy extraño encontrar que su cuerpo de repente… estaba sereno. Distante. Como si de alguna manera hubiera podido, efectivamente, dar un paso atrás; hubiera podido dejarlo descansar. Y su mente…

—Abre los ojos —dijo Gwyn al exhalar.

Nesta abrió los ojos. Y por primera vez en su vida, se sintió completamente serena en su propia piel.

Capítulo 40

La lluvia siguió cayendo durante dos días, y las temperaturas descendieron abruptamente. Había hojas esparcidas por todas partes en Velaris, y el Sidra era en ese momento una serpiente plateada, a veces escondida por las brumas a la deriva. Las hembras aparecieron todos los malditos días sin falta.

Pero solo Nesta estaba a su lado cuando él llamó a la puerta de la pequeña herrería en las afueras occidentales de Velaris.

El local de piedra gris y techo de paja no había cambiado en los cinco siglos en que él había sido cliente… Había comprado ahí todas sus armas no ilyrias. La hubiera llevado a un herrero de Ilyria, pero estos eran en su mayoría machos atrasados y supersticiosos que no querían que las hembras se acercaran siquiera a sus talleres. El rubicundo macho alto fae que les abrió la puerta era hábil y amable, aunque brusco.

—General —saludó el macho, limpiándose las manos llenas de hollín en su manchado delantal de cuero. Abrió más la puerta y un delicioso calor salió para recibirlos en medio de la lluvia helada. Los ojos oscuros del herrero se fijaron en Nesta, examinando su cabello y sus ropas de cuero empapados, y también la serena intensidad de sus facciones a pesar del mal tiempo.

Había tenido el mismo aspecto en su rostro y en cada línea de su cuerpo mientras entrenaba esa mañana. Y también cuando Cassian le propuso que lo acompañara a ese lugar durante la hora del almuerzo. Había invitado a todas las otras hembras, pero Emerie tenía que regresar al Refugio del Viento, y las sacerdotisas no habían querido abandonar la montaña. De modo que solo Nesta lo acompañó hasta el pequeño pueblo, con la ciudad alzándose en su lado

oriental, y las amplias y planas llanuras extendiéndose hasta el mar, hacia el oeste.

—¿En qué puedo ayudarte?

Cassian animó a Nesta a adelantarse, empujándola con una mano en la parte baja de la espalda, mientras le dedicaba una sonrisa al macho.

—Quiero que lady Nesta aprenda a hacer una espada. Antes de que coja una de verdad.

El herrero la miró de nuevo.

—Me temo que no necesito un aprendiz.

—Solo se trata de una demostración rápida —explicó Cassian, sin abandonar su sonrisa mientras miraba a Nesta, que observaba el taller, más allá, detrás de los anchos hombros del herrero. Este frunció el ceño y Cassian agregó—: Quiero que vea todo el trabajo y la habilidad que requiere el proceso. Para mostrarle que una hoja no es simplemente una herramienta para matar, sino también una obra de arte. —La adulación siempre ayuda a allanar el camino. Rhys se lo había enseñado.

La mirada de Nesta se desvió hacia el rostro del herrero y, por un momento, se estuvieron mirando el uno al otro. Luego Nesta habló.

—Agradeceré mucho todo lo que puedas enseñarme, en algún tiempo libre que tengas.

Cassian trató de no mostrar su sorpresa ante las amables palabras de ella. El toque de deferencia.

Al parecer dio resultado, ya que el herrero les hizo señas para que entraran.

Nesta escuchó al macho de pelo negro mientras explicaba las diversas etapas de la forja de una hoja, desde la calidad del mineral hasta las pruebas. Cassian se mantuvo cerca de ella, haciéndole sus propias preguntas, ya que ella decía poco. Una de las pocas veces que habló fue para pedir alejarse de los fuegos rugientes del lugar de la forja hacia la oscuridad más tranquila y fresca del taller propiamente dicho.

—¿Puedo probar a hacerlo yo? —preguntó Nesta cuando el herrero terminó de repasar el proceso de diseño para hojas más ornamentadas. Ante la vacilación del herrero, Nesta dio un paso adelante, los ojos en la puerta hacia otro lado, donde se oía el bramido de la fragua—. Me refiero a martillar las hojas. Si tiene alguna de sobra. —Ella miró a Cassian—. Serás compensado, por supuesto.

Cassian asintió con un movimiento de cabeza.

—Pagaremos las hojas si resultan dañadas.

El herrero volvió a observar a Nesta, como si estuviera probando el mineral en ella y luego asintió con la cabeza.

—Tengo algunas con las que podrías probar.

Los condujo de vuelta al calor, a las llamas y a la luz, y Cassian podría haber jurado que Nesta inhalaba y exhalaba con un ritmo perfectamente controlado. De todas maneras, mantuvo la mirada solamente fija en el herrero, mientras este traía una espada a medio hacer y la puso sobre el yunque. Hermosa, pero común. Una espada común y corriente, les dijo el herrero. Después de una rápida e impecable demostración, le entregó el martillo.

—Apoya tus pies así —indicó el herrero, y Nesta siguió sus instrucciones hasta que levantó el martillo por encima de un hombro y lo bajó.

Se oyó un golpe metálico y la espada resonó. Un torpe golpe casi fuera del objetivo. Nesta apretó los dientes.

—No es tan fácil como parece.

El herrero señaló la espada.

—Inténtalo otra vez. Hace falta un tiempo para acostumbrarse a ella. —Cassian nunca había escuchado al macho hablar así… con tanta suavidad. Normalmente sus conversaciones eran rápidas y al grano, libres de formalidades o delicadezas personales.

Nesta volvió a golpear la espada. Un mejor golpe esta vez, pero aun así uno no muy bueno. Los carbones estallaron en la fragua detrás de ellos, y Nesta se estremeció. Antes de que Cassian pudiera preguntar por qué, ella apretó los dientes otra vez y golpeó la espada por tercera vez. Cuarta. Quinta.

Para cuando el herrero sacó una daga, ella ya le estaba cogiendo el tranquillo. Hasta sonreía levemente.

—Las dagas requieren una técnica diferente —explicó el herrero, e hizo una nueva demostración. Tanto trabajo, tanta habilidad y tanta dedicación, y todo por una hoja común. Cassian sacudió la cabeza. ¿Cuándo se había detenido él por última vez a apreciar la artesanía y el trabajo que requerían sus armas?

El sudor perlaba la frente de Nesta mientras martillaba la daga, cada vez con golpes más seguros. El orgullo le atravesó el pecho. Ahí estaba ella, aquella hembra forjada durante la guerra con Hybern. Pero diferente… más enfocada. Más fuerte.

Cassian solo estaba escuchando a medias cuando el herrero sacó una gran espada.

Pero volvió a prestar atención cuando Nesta se ocupó de ella con un suave

movimiento y el martillo golpeó con claridad y verdadera precisión.

Golpe tras golpe, y Cassian podría haber jurado que el mundo se detuvo cuando ella se fue soltando con la misma intensidad que en el entrenamiento.

El herrero le sonrió. Era la primera vez que Cassian había visto al macho hacer tal cosa.

El brazo de Nesta se arqueó por encima de ella misma, el martillo firme en sus dedos apretados. Era una danza, cada uno de sus movimientos sincronizados con el eco que producía el martillo sobre la hoja. Ella golpeaba la espada siguiendo una música que nadie, salvo ella, podía oír.

Cassian la dejó seguir, la lluvia y el viento susurraban en el techo de paja haciendo un lejano contrapunto por encima de ellos, y comenzó a preguntarse qué podría emerger del calor y las sombras.

Aprender el manejo de la espada no era tarea fácil… se requería repetición, memoria muscular y paciencia… pero Nesta, Emerie y Gwyn estaban dispuestas a lograrlo.

No, no era fácil, Cassian se dio cuenta mientras las vio guardar sus espadas en la lluvia helada que continuó al día siguiente. Estaban más que dispuestas a lograrlo: entrenaban con un enfoque nuevo y constante. Ninguna más que Nesta, quien en ese momento envainó su espada y cogió un trozo de tela de lino. Empezó a envolverse las manos, girando el cuello mientras lo hacía.

No habían hablado después de la lección de herrería del día anterior por la tarde, aunque le había dado las gracias en voz baja al regresar a la Casa del Viento. Había vuelto a tener aquella intensidad en el rostro, con los ojos distantes… como si se enfocara en algún blanco invisible. Pero no la había buscado la noche anterior, aunque cada parte de él clamaba para que lo hiciera. Pero prefirió darle tiempo. Que ella diera el primer paso cuando estuviera lista. Si ella lo deseaba de nuevo.

Cassian apartó ese pensamiento. Dejó que la lluvia helada le enfriara el deseo, el terror.

En silencio, Nesta se acercó al poste para practicar golpes, un tronco de árbol caído envuelto con gruesas mantas. Se acercó a él como si estuviera enfrentando a un oponente.

Volvió la cabeza para mirar a Cassian cuando se detuvo ante el poste. Había una pregunta en sus ojos.

Él asintió con un gesto.

—Si quieres usar los últimos quince minutos para practicar golpes, adelante, hazlo.

Eso era todo lo que ella necesitaba, y él se sintió demasiado satisfecho como para poder decir más cuando Nesta adoptó su posición de lucha y comenzó a dar puñetazos.

El primer impacto de sus nudillos contra la madera acolchada dolió. Pero golpeó donde se suponía que debía hacerlo, y su pulgar se mantuvo donde ella lo obligó a aprender a quedarse, y cuando llevó el brazo hacia atrás, el dolor se convirtió en una canción. Lanzó otro puñetazo, y provocó un satisfactorio ruido a hueco en la madera.

Su respiración era aguda como una cuchilla, pero lanzó un gancho de izquierda, luego dos *jabs* con su puño derecho.

No sentía la lluvia, no sentía el frío.

Cada golpe sacaba el miedo, la rabia, el odio de su cuerpo y los ponía en esa madera.

Durante tres días, había tenido fuego en la sangre. Durante tres días soñó con espadas, escaleras y combates. No podía evitarlo. Había caído a la cama tan cansada que ni siquiera tuvo la oportunidad de leer antes de quedar inconsciente. Ciertamente no había tenido sexo con Cassian. Ni siquiera una mirada ardiente en la mesa del comedor.

La presencia de Azriel ayudaba. Él entrenaba a las reclutas más nuevas, silencioso y gentil, pero inquebrantable, y si no fuera por todo lo que sabía, ella podría jurar que al menos dos de las sacerdotisas —Roslin e Ilana— suspiraban cada vez que él pasaba.

Una pequeña y horrible parte de ella misma se alegraba de que no suspiraran por Cassian. También se quitó de encima ese pensamiento. Ese patético y egoísta pensamiento.

Así como toda ella era patética, egoísta y odiosa.

Uno-dos, dos-uno-uno; ella golpeó y golpeó, arrojándose por completo ella misma en la madera.

—¡Por el Caldero! —exclamó una voz masculina conocida junto a Cassian, y él se volvió para encontrar a Lucien en la arcada de ingreso al área de entrenamiento. El resto de las sacerdotisas y Azriel se habían marchado diez minutos antes. Nesta ni siquiera se había dado cuenta—. Feyre dijo que estaba entrenando, pero no me había dado cuenta de que estaba… bueno, entrenando.

Cassian saludó moviendo la cabeza, sin apartar los ojos de Nesta donde ella golpeaba la madera acolchada una y otra vez, tal como lo había hecho durante los últimos veinticinco minutos. Había entrado a un lugar que Cassian conocía muy bien… donde el pensamiento y el cuerpo se volvían uno, donde el mundo se desvanecía en la nada. Tratando de sacar algo desde lo más profundo dentro de sí misma.

—¿Acaso creías que se estaba limando las uñas?

El ojo mecánico de Lucien hizo clic. Su rostro se tensó cuando Nesta lanzó un espectacular gancho de izquierda en aquella viga de madera. Este se estremeció con el impacto.

—Me pregunto si hay algunas cosas que no deberían ser despertadas —murmuró él.

Cassian lo fulminó con la mirada.

—Ocúpate de tus propios asuntos.

Lucien simplemente miraba el ataque de Nesta. La piel dorada de él se veía un poco pálida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cassian, incapaz de evitar el filo—. ¿Dónde está Elain?

—No siempre vengo a esta ciudad para ver a mi pareja. —Las dos últimas palabras goteaban incomodidad—. Estoy aquí porque Feyre me lo ha pedido. Tengo algunas horas libres antes de encontrarme con ella y con Rhys. Pensó que yo podría querer ver a Nesta trabajando.

—Ella no es una atracción de carnaval —murmuró Cassian entre dientes.

—No es por entretenimiento. —El pelo rojo de Lucien brillaba en la penumbra del día lluvioso—. Creo que Feyre quería una evaluación de su

progreso hecha por alguien que no la hubiera visto durante algún tiempo.

—¿Y? —espetó Cassian.

Lucien le dirigió una mirada fulminante.

—No soy tu enemigo, lo sabes. Puedes dejar de actuar como un bruto agresivo.

Cassian le dedicó una sonrisa que no se correspondía con sus ojos.

—¿Quién dice que estoy actuando?

Lucien dejó escapar un largo suspiro.

—Muy bien, entonces.

Nesta lanzó otra serie de puñetazos, y Cassian supo que estaba a punto de dar el golpe de gracia. Dos *jabs* de izquierda y un gancho de derecha que se estrellaron contra la madera con tanta fuerza que esta se astilló.

Y luego se detuvo, con el puño apoyado sobre la madera.

Su respiración jadeante se arremolinaba al salir de su boca bajo la lluvia gélida.

Lentamente, se enderezó, bajó el puño y se dio la vuelta, exhalando vaho por la boca. Él percibió un destello de fuego plateado en sus ojos que luego desapareció. Lucien se había quedado quieto.

Nesta se acercó a los dos machos. Se encontró con la mirada de Lucien mientras se acercaba a la arcada y no dijo nada antes de continuar su camino hacia la Casa. Como si las palabras ya no estuvieran a su alcance.

Lucien habló en cuanto sus pasos se desvanecieron.

—Que la Madre os proteja a todos.

Cassian ya estaba caminando hacia el poste de madera.

En el centro se veía un pequeño disco de impacto. Había atravesado el acolchado, hasta llegar a la madera misma. Brillaba. Cassian levantó sus dedos temblorosos hacia él.

Hacia la marca de la quemadura, todavía brillante como una brasa desde el interior.

Todo el bloque de madera ardía sin llama desde adentro. Apoyó la palma de la mano en él. La madera estaba fría como el hielo.

El bloque se disolvió convertido en un montón de cenizas.

Cassian se quedó atónito, y la madera humeante chirriaba bajo la lluvia.

Lucien se acercó a él.

—Que la Madre os proteja a todos —repitió con voz solemne.

Eso fue lo único que dijo.

Capítulo 41

Helion, alto lord de la Corte Día, llegó a la Ciudad Tallada la tarde siguiente en un caballo volador.

Había querido entrar en la ciudad oscura en un carro dorado tirado por cuatro caballos blancos como la nieve, con crines de fuego dorado, le había contado Rhys a Cassian, pero Rhys había prohibido el carro y los caballos, y le hizo saber a Helion que la única forma de entrar era transportándose.

De ahí el caballo alado. Esa era la idea de Helion de llegar a un acuerdo.

Cassian había escuchado rumores de los raros caballos alados de Helion. El mito aseguraba que su preciado semental había volado tan alto que el sol lo había quemado hasta dejarlo negro, pero al ver a la bestia en ese momento… Bueno, Cassian podría haber sentido envidia, si no fuera porque él mismo tenía alas.

Los caballos alados eran raros… tan raros que se decía que las siete parejas reproductoras de caballos voladores de Helion eran las únicas que quedaban. La tradición sostenía que alguna vez hubo muchos más, en tiempos anteriores a la historia registrada, y que la mayoría simplemente desapareció, como si hubieran sido devorados por el cielo mismo. Su población había disminuido aún más en los últimos mil años, por razones que nadie podía explicar.

Amarantha había contribuido lo suyo, pues había masacrado a tres docenas de caballos voladores de Helion, además de haber quemado muchas de sus bibliotecas. Las siete parejas de pegasos que quedaban habían sobrevivido gracias a que fueron liberados antes de que los compinches de Amarantha pudieran llegar a sus corrales en la torre más alta del palacio de Helion.

La pareja más querida de Helion —ese semental negro, Meallan, y su compañera— no habían producido descendencia en trescientos años, y aquel último potro no había dejado de mamar cuando sucumbió a una enfermedad que ningún sanador pudo remediar.

Según la leyenda, los caballos alados provenían de la isla donde estaba la Prisión…, donde alguna vez se alimentaron en hermosos prados que hacía ya mucho tiempo habían dado paso al musgo y la niebla. Quizá eso fue parte de su declinación: su tierra natal había desaparecido, y lo que fuese que los había mantenido ya no existía.

Cassian se permitió admirar la imagen de Meallan al posarse sobre las piedras negras del patio ante las imponentes puertas de la montaña, con las crines del semental flameando con el viento producido por sus alas de color negro azabache. Pocas cosas quedaban en los reinos de los fae que pudieran provocar algún grado de sorpresa en Cassian, pero ese magnífico semental, orgulloso y altivo y solo domesticado a medias, le arrancó un suspiro del pecho.

—Increíble —murmuró Rhys, y una admiración similar brilló en su rostro.

Feyre sonrió de alegría, y Cassian supo por esa mirada que acabaría pintando a esa bestia, y posiblemente también a su deslumbrante amo. Azriel también parpadeó asombrado cuando el semental pateó el suelo, resoplando, y Helion palmeó el grueso y musculoso cuello del animal volador antes de desmontar.

—Bienvenido —saludó Rhys, avanzando a grandes zancadas.

—No es el acompañamiento que deseaba —comentó Helion al estrechar la mano de Rhys—, pero Meallan sabe cómo hacer una entrada triunfal. —Dejó escapar un silbido y el pegaso giró con gracia a pesar de su tamaño, agitó sus poderosas alas, y saltó de nuevo hacia los cielos para esperar a su amo en otro lugar.

Helion le dedicó una sonrisa a Feyre, que estaba mirando con ojos muy abiertos al caballo volador mientras se elevaba hacia las nubes.

—Te llevaré a dar un paseo en él si lo deseas —ofreció él.

Feyre sonrió.

—En otras circunstancias aceptaría esa invitación, pero me temo que no puedo arriesgarme.

Helion arqueó las cejas. Por un instante, Rhys y Feyre deliberaron en silencio, y luego Rhys asintió con un gesto.

La voz de Rhys llenó la cabeza de Cassian un segundo después. *Se lo vamos a decir*.

Cassian mantuvo su rostro neutral. *¿Para qué arriesgarnos?*

Rhys dijo solemnemente: *Porque necesitamos sus bibliotecas*. Pero Rhys no dijo que era para encontrar alguna forma de salvar a Feyre. Su alto lord prosiguió: *Y porque tú y Azriel teníais razón: es solo cuestión de tiempo hasta que a Feyre se le note. Ella ya aceptó lo del escudo, pero me cortará las pelotas si le sugiero un encantamiento para ocultar el embarazo*. Rhys hizo una mueca. *Así que allá vamos*.

Cassian asintió con la cabeza. *Te cubro la espalda, hermano*.

Rhys le dirigió una mirada de agradecimiento, y luego debió de levantar el escudo sobre su pareja porque el olor de Feyre —ese maravilloso y encantador aroma— llenó el aire. Los ojos de Helion se abrieron de par en par para dirigirse directamente a la cintura de Feyre, que apoyaba la mano sobre la pequeña hinchazón. Dejó escapar una carcajada.

—Así que por eso necesitabas aprender acerca de los escudos impenetrables, Rhysand. —Helion se inclinó para besar a Feyre en la mejilla—. Mis felicitaciones para los dos.

Feyre sonrió radiante, pero Rhys se mostró más reservado. Si Helion lo notó, no dijo nada. El alto lord de Día miró a Cassian y Azriel y luego frunció el ceño.

—¿Dónde está mi hermosa Mor?

—Lejos —dijo Az con firmeza.

—Qué pena. Ella es mucho más agradable a la vista que cualquiera de vosotros dos.

Cassian puso los ojos en blanco.

Helion sonrió satisfecho, pellizcó una invisible mota de pelusa de su amplia túnica blanca, y luego miró a Rhys. Su oscura piel marrón brillaba sobre los fuertes músculos de sus muslos y piernas desnudos. Sus sandalias doradas con cintas hasta las pantorrillas resultaban inútiles en el terreno cubierto de nieve que los rodeaba. El alto lord no llevaba armas… el único metal que portaba era el brazalete de oro alrededor de un bíceps musculoso, con forma de serpiente, y la corona de oro con puntas sobre su cabellera negra, larga hasta los hombros. Jamás nadie podría confundir a Helion con otra cosa que no fuera un alto lord, sin embargo a Cassian siempre le había gustado bastante su aire informal e irreverente. El macho se dirigió a Rhys arrastrando las palabras.

—¿Bien? ¿Querías que investigara un poco sobre encantamientos? ¿O fue una excusa para hacerme venir a tu palacio de retorcido placer bajo esta montaña?

Rhys suspiró.

—Por favor, no hagas que me arrepienta de haberte traído, Helion.

Los ojos dorados de Helion se iluminaron.

—¿Dónde estaría la diversión si no lo hiciera?

Feyre entrelazó su brazo con el de él.

—Te he echado de menos, amigo mío.

Helion le dio unas palmaditas en la mano.

—Lo negaré hasta la tumba si se le dices a alguien, pero también te he echado de menos, Rompemaldiciones.

—Me gusta este palacio mucho más que el de abajo —comentó Helion una hora más tarde, mientras observaba los pilares de piedra de luna y las cortinas de gasa movidas por una suave brisa que no correspondía con la montaña cubierta de nieve que los rodeaba. Más allá de los escudos del palacio, Cassian sabía que la brisa se convertía en el gemido de un viento amargo que podía arrancarle a cualquiera la carne de los huesos.

Helion se echó suspirando sobre un sillón bajo delante de una de las innumerables vistas.

—Está bien. ¿Quieres mi evaluación ahora que estamos fuera de la Ciudad Tallada?

Feyre se deslizó en el asiento junto al suyo, pero Cassian, Rhys y Az permanecieron de pie, el cantor de sombras apoyado contra un pilar, medio oculto a la vista.

—¿Están encantados los soldados? —quiso saber Feyre.

Helion había hablado con los dos soldados de la Corte Otoño encadenados en esa habitación, mantenidos con vida y alimentados por la magia de Rhys. El rostro de Helion se tensó cuando tocó sus manos… y luego murmuró que había visto suficiente.

Nada en la Ciudad Tallada parecía perturbarlo hasta ese momento. Ni las imponentes columnas negras y sus tallas, ni la gente malvada que la ocupaba, ni la oscuridad absoluta del lugar. Si eso le recordaba a Helion su época en Bajo la Montaña, no lo dejó ver. Amarantha había modelado su corte allí siguiendo el arquetipo de esta, aparentemente… una lamentable réplica, había dicho Rhys.

—Encantados no es la palabra correcta —corrigió Helion, frunciendo el ceño —. De hecho, sus cuerpos y sus acciones no son los suyos propios, pero no hay en ellos ningún hechizo. Puedo sentir los hechizos… como si fueran hilos. Los que pueden someter a encanto se sienten como ataduras alrededor de un individuo. Y no he sentido nada de eso.

—Entonces ¿qué los aqueja? —preguntó Rhys.

—No lo sé —admitió Helion con una gravedad inusual—. Más que un hilo, era una especie de neblina. Una niebla, exactamente como la describiste, Rhysand. No había nada a lo que agarrarse, nada tangible para romper y, sin embargo, allí estaba.

—¿Se siente menos como un hechizo —quiso saber Rhys— y más como… una influencia?

Mierda.

Helion se frotó la mandíbula.

—No puedo explicar cómo, pero es como si la niebla alrededor de sus mentes influyera en ellos. —Notó las expresiones de los demás—. ¿De qué se trata?

La boca de Feyre se apretó.

—La Corona, parte del Tesoro del Miedo.

Y entonces todo salió a la luz, la reina Briallyn y su búsqueda del Tesoro. La participación de Koschei, la Máscara que Nesta había recuperado. Solo los secretos de Eris sobre las profundidades de la traición de Beron permanecieron sin ser dichos. Cuando Feyre terminó, Helion sacudió lentamente la cabeza.

—Pensé que tendríamos al menos un descanso en eso de tratar de evitar desastres como este.

—Entonces, solo el Arpa sigue suelta —sugirió Azriel. Siguió apoyado en el pilar, envuelto en sombras—. Si Briallyn tiene la Corona, es posible que la tenga desde hace un tiempo… y probablemente por eso las otras reinas huyeron a sus propios territorios. Tal vez pensaron que la usaría contra ellas, y escaparon. Tal vez incluso la encontrara aquí durante la guerra, mientras todos estábamos distraídos peleando con Hybern, y la usó para hacer retroceder a sus fuerzas, y esperar su momento. Podría ser lo que atrajo la atención de Koschei… Eso es lo que quiere él de ella.

—Entiendo —dijo Feyre—, pero ¿por qué usarlo con los soldados de Eris para atacar a nuestra gente en Oorid? ¿Cuál es el motivo?

—Quizá para hacernos saber que es consciente de que conocemos sus planes

—sugirió Rhys.

—Pero ¿cómo supo que íbamos a estar en el pantano? —preguntó Cassian—. Aquellos soldados no tenían el poder de transportarse… habrían tenido que moverse a pie durante semanas antes de llegar allí.

—Llevan desaparecidos más de un mes —señaló Feyre.

—Recuerda que Briallyn también fue hecha —intervino Helion—. Tal vez no pueda adivinar respecto del Caldero, pero sí puede adivinar respecto del Tesoro del Miedo, igual que Nesta Archeron. Pudo haberse enterado de que la Máscara estaba en Oorid, pero no se atrevió a aventurarse en su oscuridad. Es posible que enviara a los soldados allí para arrebataros la Máscara una vez la encontrarais.

—O quería engañarnos para que los matáramos, convirtiéndonos así en un enemigo de la Corte Otoño —dijo Cassian.

—Pero Briallyn tiene que ser estúpida —intervino Feyre—, si cree que esos soldados serían suficientes para dominar a cualquiera de nosotros.

Helion coincidió con Feyre moviendo la cabeza.

—¿Dijiste que la Máscara está aquí ahora? ¿Puedo verla?

—De hecho, necesitamos tu ayuda —dijo Feyre—. Rhys protegió y cerró la habitación donde se encuentra la Máscara, pero la Máscara abrió las cerraduras para dejar que entrara mi hermana, probablemente debido a que ella fue hecha. Y si ella puede entrar, es posible que Briallyn también pueda hacerlo. —Feyre metió sus manos tatuadas en los bolsillos—. ¿Puedes mostrarle a Nesta cómo protegerla? Algo tal vez con un poco más de… ¿empuje?

—¿Empuje? —preguntó Rhys y levantó una ceja.

—Empuje —insistió Feyre y lo fulminó con una mirada—. No todos tenemos la labia que tienes tú.

Rhys le guiñó un ojo.

—Qué bien que te beneficies de ello, querida Feyre.

Cassian prefirió ignorar la insinuación, y el destello de excitación de ambos. Helion, sin embargo, se rio disimuladamente.

Azriel se aclaró la garganta.

—Nesta está esperando.

—¿Ella está aquí? —Helion prácticamente brillaba con luz dorada.

—Sí —respondió simplemente Feyre, levantándose de la silla. Cassian no se perdió la mirada sensual que su alta lady le dirigió a Rhys cuando pasó junto a él, al encaminarse hacia las habitaciones en el extremo norte del palacio. Y

tampoco pasó por alto la profunda sonrisa que Rhys le devolvió, llena de promesas sensuales.

No pudo evitar la punzada en el pecho que sintió ante aquella intimidad relajada, aquel afecto y el obvio amor. Muy lejos de ser solo sexo.

Helion los siguió, comentando la belleza del palacio. Cassian lo bloqueó. Estaba demasiado ocupado reflexionando sobre cómo Nesta ni siquiera se había molestado en objetar cuando él dejó su cama. Y ni siquiera se había acercado a él buscando más desde entonces.

Él trataba de contenerse, sobre todo desde que ella parecía ejercitarse sola durante el entrenamiento, trabajando todo lo que necesitaba para su corazón, para su mente. Pero él no podía quitárselo de la cabeza… el sexo, y esa imagen de ella, su trasero todavía aupado en la cama, su hermoso sexo hinchado y reluciente, mojado con su semilla.

—¿En qué estás pensando? —Helion arrastró las palabras mientras se acercaban a una puerta de madera que estaba cerrada.

Cassian se enderezó. No se había dado cuenta de que sus pensamientos habían arrancado de él ese aroma. Sonrió.

—En tu madre.

Helion se rio entre dientes.

—Siempre olvido lo mucho que me gustas.

—Encantado de recordártelo. —Cassian le guiñó un ojo.

Feyre llegó a la puerta, llamó, y allí estaba ella… Nesta.

Estaba sentada junto a la mesa donde descansaba la Máscara, con un libro abierto entre las manos. Por la velocidad con la que cerró el volumen, Cassian supo que estaba leyendo una de las novelas de amor que ella, Emerie y Gwyn intercambiaban.

Cassian se puso tenso cuando Helion entró en la habitación, y…

Nesta se levantó. Se había puesto un vestido azul oscuro ese día… la primera vez en un mes que la había visto vestida así. Ya no le quedaba suelto. Había ganado suficiente peso como para que el corpiño volviera a quedar ajustado a su forma, y esos exuberantes senos sobresalían con gracia por encima del generoso escote.

Helion le dirigió una inclinación de cabeza. Era el epítome de la gracia cortesana.

—Lady Nesta.

Nesta hizo una reverencia, pero sus ojos se posaron en Feyre.

—¿Lady?

Feyre se encogió de hombros.

—Está siendo educado.

Nesta deslizó sus ojos hacia Cassian.

—Ahora entiendo por qué encuentras que el título es irritante.

Él sonrió y Helion parpadeó… como si estuviera sorprendido de que ella hubiera olvidado que tenía ante sí a un alto lord.

Pero Nesta también había ignorado a Helion la primera vez que se conocieron, también absolutamente indiferente.

—Nunca es fácil —sentenció Cassian.

Nesta volvió su rostro hacia Helion de nuevo y prestó atención a su corona dorada con puntas y a la túnica blanca drapeada.

—¿Era tu caballo alado el que voló antes?

La sonrisa de Helion era de una belleza cultivada.

—Es mi mejor semental.

—Es hermoso.

—Como tú.

Nesta inclinó la cabeza y Cassian se quedó casi sin aliento esperando su respuesta. Feyre y Rhys parecían estar tratando de no reírse, y Azriel era el vivo retrato del aburrimiento.

Nesta examinó a Helion durante un buen rato y, nervioso, movió los pies.

—Te agradezco el cumplido —dijo ella finalmente. Y eso fue todo.

La pausa mientras ella inspeccionaba a Helion había sido una pausa de cortesano. Estaba evaluando la mejor forma de atacar.

Helion frunció un poco el ceño.

Rhys se aclaró la garganta. La diversión brillaba en sus ojos.

—Bien, allí está. —Señaló el bulto de terciopelo negro sobre la mesa—. ¿Nesta?

Ella apartó la tela. El oro antiguo, batido, relució y Helion suspiró mientras un helado y extraño poder llenaba la habitación, susurrando como una brisa fría.

Helion se volvió hacia Nesta, toda sensualidad se había desvanecido.

—¿Realmente te la pusiste y sigues viva? —No era una pregunta destinada a ser respondida—. Cúbrela otra vez por favor. No puedo soportarlo.

Rhys escondió sus alas.

—¿Tanto te afecta?

—¿No te desgarran los sentidos sus frías garras? —preguntó Helion.

—No tanto como a ti —respondió Feyre—. Podemos sentir su poder, pero a ninguno de nosotros nos afecta tanto.

Helion se estremeció y Nesta colocó la tela sobre la Máscara.

—Quizá un antepasado mío la usó alguna vez, y la advertencia de su coste está impresa en mi sangre. —Helion soltó un suspiro—. Está bien, no-lady Nesta. Permíteme mostrarte algunos trucos de protección que ni siquiera el inteligente Rhysand conoce.

Al final, Helion creó las protecciones y las combinó con la sangre de Nesta. Un pequeño pinchazo, cortesía de *El que Dice la Verdad*, y el trabajo estaba hecho, y Cassian se tensó al ver esa pequeña gotita roja. Su aroma.

Fue un esfuerzo de voluntad decirle a su cuerpo que no había ninguna amenaza, que ella estaba bien. Pero eso no le impidió apretar con tanta fuerza los dientes que Feyre le susurró algo por debajo de la conversación de Nesta y Helion.

—¿Qué te pasa?

—Nada —murmuró Cassian—. Deja de ser tan entrometida, Rompemaldiciones.

Feyre le lanzó una mirada de reojo.

—Estás actuando como un animal enjaulado. —Sus labios se curvaron hacia arriba—. ¿Estás celoso?

Cassian mantuvo su voz neutral.

—¿De Helion?

—No veo a nadie más en esta habitación que le esté sosteniendo la mano a mi hermana mientras le sonríe.

De hecho, lo estaba haciendo, aunque Nesta permanecía impasible.

—¿Por qué iba a estar celoso?

La risa de Feyre fue un susurro de aire.

Cassian no pudo evitar su sonrisa, lo que le valió una mirada confusa de Azriel.

—Entonces ¿ya está? —preguntó Cassian a la vez que sacudía la cabeza, justo cuando Nesta apartaba su mano de la de Helion.

—Una vez que salgamos de esta habitación, nadie podrá entrar. Ni siquiera tú, a no ser que desbloquees mis protecciones.

Nesta soltó un breve suspiro.

—Bien.

—Te mostraré cómo hacer el hechizo de desbloqueo —ofreció Helion, pero ella dio un paso para alejarse de él.

—No —dijo Nesta abruptamente—. No, no quiero saberlo.

Se produjo un silencio.

Nesta habló sin dirigirse a ninguno de ellos en particular.

—Si Briallyn está buscando la Máscara, si ella me aprehende, no quiero tener ningún conocimiento de cómo liberarla. —Era una decisión prudente, aun cuando lo enfermaba la sola idea, pero él podría haber jurado que era mentira. Podría haber jurado que Nesta no quería tener acceso a esa información… por ella misma.

Como si la Máscara pudiera tentarla.

—Bien pensado —aprobó Rhys—. Helion puede enseñármelo a mí, y si es necesario, te lo mostraré. —Rhys le tendió una mano a Helion, indicando cómo prefería que le enseñaran el hechizo. Sus dedos se entrelazaron, sus ojos quedaron sin expresión, y luego Rhys parpadeó.

—Gracias.

—Tenemos que notificarle a Eris la reaparición de sus soldados —intervino Azriel—. Y lo que les hicimos.

Cassian examinó a su familia, a sus amigos.

—¿Qué le vamos a contar a Eris? ¿Le hacemos saber que tenemos la Máscara?

La pregunta quedó en el aire. Hasta que habló Rhys.

—Todavía no. —Movió la cabeza hacia Cassian—. Hazle una visita a Eris mañana. —Rhys le hizo un gesto a Nesta—. Tú ve con él.

Nesta se puso rígida y Cassian trató de no quedarse boquiabierto.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque a ti te gusta jugar esos juegos —respondió Rhys. Indudablemente había visto lo bien que había sorteado unos momentos antes los intentos de coqueteo de Helion. Rhys sabía cómo manejar cualquier herramienta a su disposición—. Pero es tu decisión —agregó.

Cassian se aclaró la garganta.

—Me parece bien.

Nesta, para su sorpresa, no se opuso.

—Quiero confirmar que Briallyn tiene la Corona —dijo Azriel—. Viajaré a los territorios humanos mañana.

—No —dijeron Feyre y Rhys al mismo tiempo, en el mismo aliento.

Los ojos de Azriel se cerraron.

—No estaba pidiendo permiso.

Rhys sonrió.

—No importa.

Az abrió la boca para objetar, pero Feyre intervino.

—No vas a ir, Azriel. Si Briallyn tiene la Corona y te atrapa, quién sabe lo que podría hacerte.

—Confía en mí, Feyre —imploró Az—. Sé muy bien cómo mantenerme escondido.

—No queremos correr riesgos —afirmó Feyre, con la voz clara de quien da órdenes—. Retira a todos tus espías.

—Ni loco.

Cassian se preparó, pero Feyre no retrocedió.

—La información de tus espías, de cualquier espía, no es fiable si la Corona está funcionando. Amren dijo que necesita un contacto cercano para hundir sus garras en la mente de cualquiera. Nos mantendremos bien lejos de Briallyn.

Azriel se erizó y se volvió hacia Rhys.

—¿Y estás de acuerdo con ella?

—Es tu alta lady —precisó Rhys con frialdad—. Lo que ella dice es ley.

Az lo miró, miró a Feyre. Estaba claro que ellos eran una unidad inamovible, un muro impenetrable contra el que su furia solo se rompería una y otra vez.

En el tenso silencio, Helion movió la cabeza en dirección al luminoso salón al otro lado de la habitación.

—Me gustaría alejarme de la odiosa presencia de la Máscara, y tal vez disfrutar de tu palacio, Rhysand. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en un lugar de tanta tranquilidad. Si me lo permites, me quedaré aquí una hora o dos.

—¿Algo te molesta en tu casa? —preguntó Rhys, mientras lo alcanzaba y se ponía junto al alto lord.

Cassian captó la mirada de Nesta mientras salía de la habitación, y esta agarró su libro antes de seguirlos. Feyre salió con Azriel, murmurando con una mano tatuada en su hombro.

—¿Qué estás leyendo hoy? —le preguntó Cassian a Nesta.

—*Breve historia de los grandes asedios* de Osian.

Él casi tropieza.

—¿No es una novela de amor?

—Me di cuenta, después de que me dejaras *La danza de la batalla*, de que todavía me quedan muchas cosas por aprender. Anoche le pedí a la Casa que me diera algo que podrías leer.

—¿Por qué?

Nesta se puso el libro debajo del brazo.

—¿Qué sentido tiene aprender técnicas de lucha si no conozco sus verdaderos propósitos y usos? Tú me enseñas a usar un arma, y yo sería solo eso: el arma de otra persona. Quiero saber cómo manejarla… yo misma, quiero decir. Y a otros.

Cassian se quedó atónito y en silencio mientras subían los escalones, siguiendo a Helion y Rhys, que iban charlando a la cabeza del grupo.

—¿Planeas liderar un ejército, Nes?

—No un ejército. —Lo miró de reojo—. Pero tal vez una pequeña unidad de hembras.

Hablaba muy en serio.

—¿Las sacerdotisas?

—No sé si ellas se unirían, pero… Hay otras por ahí, estoy segura, que podrían unirse. Soy inmortal ahora, o lo más cerca posible de eso. Lo único que tengo es tiempo para planificar el futuro.

El pecho de Cassian se tensó. Planificar el futuro. Era muy buena señal.

Cassian llamó a la puerta del dormitorio de Nesta en la Casa después de la cena. Ella no se había unido a él y Azriel, aunque tal vez había sido lo mejor.

El alto lord y la alta lady de la Corte Noche se habían enfrentado al cantor de sombras esa tarde, y salieron triunfantes.

Quizá «triunfantes» no fuera la palabra correcta, pero la discusión había terminado con Azriel accediendo a regañadientes a no espiar a Briallyn por el momento… y a permanecer pensativo durante toda la cena.

La voz de Nesta resonó a través de la madera.

—Adelante.

La encontró en la cama, con un libro apoyado en las rodillas. Parecía que había vuelto a la novela de amor.

—¿No más libros de guerra? —Levantó los tres que llevaba consigo… esa era la razón por la que estaba ahí. Su excusa.

—Solo durante el día. —Se sentó y recogió las mantas alrededor de la cintura—. ¿Qué son esos libros?

—Más textos que me pareció que podrían interesarte. —Los puso en el escritorio.

Nesta inclinó la barbilla en un gesto superficial de asentimiento. Con ese movimiento su larga trenza se balanceó sobre su pecho. Tenía puesto un camisón de manga larga y, aunque no había fuego en la chimenea, se sentía algo de calor en la habitación. Como si la Casa hubiera advertido su desagrado por el fuego y la calentara de otra manera.

Se obligó a apartarse del escritorio para dirigirse de nuevo a la puerta.

—¿No te gustó? —preguntó ella antes de que él llegara a la arcada.

Cassian se volvió lentamente.

—¿Qué?

Un rubor tiñó sus mejillas al levantar la barbilla.

—¿No te gustó hacer el amor, el sexo, conmigo?

Él tragó saliva.

—¿Por qué me preguntas eso?

La garganta de Nesta se movió. ¿Estaba… estaba realmente tan insegura de él?

—Te fuiste muy rápido. Y no has vuelto a buscarme.

«Me fui rápidamente porque necesitaba mantener enteras algunas partes de mí».

—Has estado concentrada en el entrenamiento.

Los ojos de ella parpadearon como si hubiera algo parecido al dolor.

—Está bien. Bien. Buenas noches.

—No quise decir eso, Nesta. —Se dirigió a la cama, y ella se enderezó de nuevo, mirándolo mientras se elevaba sobre ella—. ¿Cómo podría ser tan egoísta… exigiéndote más sexo cuando estás tan concentrada en el entrenamiento?

—No es una exigencia si ambas partes lo quieren —precisó ella—. Y solo me preocupaba que tú… no lo hubieras disfrutado tanto como yo.

—¿Crees que no te he buscado porque no lo disfruté? —Como no obtuvo respuesta, apoyó las manos a ambos lados de ella y se inclinó para susurrarle al oído, inhalando su aroma—: Lo disfruté demasiado. He pensado en ello durante días y días. —Ella se estremeció y él sonrió rozando su oreja. A él le encantaba esto… ver que ese helado exterior se derrumbaba, ver de qué manera él la afectaba a ella—. ¿Has estado tocándote por las noches, pensando en ello como lo hago yo?

Nesta inclinó la barbilla, asintiendo comedidamente, y desde el rabillo del ojo él vio un destello de sus dientes mientras se mordía el labio inferior.

—¿Sentiste que esos deditos dulces te daban tanto placer como los míos?

Su respiración se aceleró, pero no respondió. Él sabía que ella no quería darle esa satisfacción. Él le mordió el lóbulo de la oreja, lo que le arrancó a ella un jadeo.

—¿Y bien?

—No lo sé —susurró ella—. Tendría que volver a probar.

—Mmm. —Cassian bajó la boca y le dio un beso debajo de la oreja. Se le endureció el pene, presionando contra los pantalones—. ¿Hacemos una pequeña comparación entre unos y otros?

Ella gimió y él se arrastró sobre la cama, sentándose a horcajadas sobre las piernas de ella. La sangre latía con fuerza por sus venas, al mismo ritmo que su miembro, y se apartó del cuello de ella para encontrarse con sus ojos brillantes de deseo.

El mundo se detuvo, y ella fijó la mirada en él mientras él apartaba lentamente las mantas. Ella tenía el camisón arrugado sobre los muslos, y él pasó una mano por uno de ellos, acariciando con el pulgar los suaves músculos.

—¿Por qué no me muestras cómo te tocas, Nesta? Y luego te recordaré cómo te toco yo. —Él mostró los dientes en una sonrisa maliciosa—. Podrás decirme qué te gusta más.

Su pecho se agitó, sus senos como piedras asomaban a través del camisón. A él se le hizo la boca agua, le temblaba todo el cuerpo por el control, por el esfuerzo para no poner su boca sobre ellos.

Ella pareció comprender cada postura de su cuerpo, su deseo. Sus ojos brillaban como fuego fundido.

—Mientras yo… me toco, tienes prohibido tocarme. —Una sonrisa salvaje —. Y está prohibido que te toques.

La piel de él se calentó, amoldándose a sus huesos.

—Está bien.

Cassian esperó a que ella se acomodara en las almohadas, pero agarró el dobladillo del camisón para quitárselo por la cabeza y arrojarlo al suelo hecho una bola.

Todo pensamiento desapareció de su mente mientras ella se reclinaba, completamente desnuda, con esos hermosos pechos erguidos y esperándolo a él. Su carne sedosa casi resplandecía. Y entre sus piernas… Ella abrió ligeramente las piernas, dejando al descubierto su sexo.

Cassian emitió un sonido bajo y dolorido. El sexo rosado de ella brillaba… su aroma embriagador y seductor lo llamaba. Él necesitaba saborearlo, sentirlo en su lengua, en su miembro…

—Sin tocar —ronroneó Nesta, porque la mano se había movido en dirección al pene, desesperado por algún tipo de alivio al verla desnuda, dorada por las luces fae.

Su propio aliento le raspaba la garganta… y luego desapareció por completo cuando Nesta deslizó dos delicados dedos por su cuerpo. Se detuvieron sobre ese haz de nervios, y los hizo girar lentamente.

Nesta clavó su mirada en él mientras trazaba otro círculo, deslizando lentamente sus dedos hacia abajo antes de hundirlos dentro de sí misma. Su respiración era cada vez más irregular.

Cassian gruñó, y sus caderas se movieron ligeramente donde estaba arrodillado, y ella le dirigió una mirada de reprimenda. Él se quedó inmóvil, incapaz de pensar en otra cosa que en sus dos dedos deslizándose dentro de sí misma de nuevo, y gimió. Emergieron brillantes, impregnados de humedad, y él volvió a jadear cuando Nesta hundió los dedos dentro de sí por tercera vez, profunda y lentamente.

—Esto —suspiró ella, mientras sus dedos comenzaron a moverse hacia dentro y hacia fuera de manera lenta y constante— es lo que hago cuando pienso en ti todas las noches.

Hubiera bastado un mínimo roce de ella para que acabara. Pero decidió gruñir.

—Hazlo más fuerte.

Nesta se estremeció como si sus palabras fueran un toque físico y obedeció. Ambos gimieron esta vez… y él se encontró implorando:

—Por favor.

Él no sabía lo que significaba eso… solo que necesitaba tocarla.

Nesta le sonrió con diversión felina.

—Todavía no.

Volvió a meterse la mano entre las piernas.

—Te imagino poseyéndome, una y otra vez. Bruscamente, como aquella noche. —Él no podía respirar, no podía hacer otra cosa que mirar su mano, su rostro empañado por el placer—. Te imagino menos paciente de lo que fuiste la primera vez, metiéndote por completo dentro de mí, totalmente. —Ella se hizo eco de sus propias palabras hundiendo rápidamente sus dedos hasta el fondo.

—No quiero hacerte daño —explicó él, rogándole a la Madre y al Caldero que lo ayudaran a mantener la cordura.

—No me harás daño. —Su otra mano jugueteaba con aquel haz de nervios —. Quiero que te liberes.

Cassian hizo un grave ruido de necesidad.

Ella soltó una risa malvada.

—¿Quieres ver cómo acabo? ¿O quieres saborearlo?

—Saborearlo —le rogó ardiendo por poder lamerla.

Ella abrió más las piernas.

—Entonces saboréame, Cassian.

Su nombre en los labios de ella fue su perdición. Él le agarró los muslos y los abrió al máximo, y luego su boca se abalanzó sobre ella, lamiéndola desde la base hasta el vértice, en un largo y lujurioso deslizamiento.

Ella gimió, más fuerte que la primera vez, y él solo la agarró de las piernas para engancharlas sobre sus hombros mientras sepultaba su rostro sobre ella.

No había nada de dulzura, nada de coqueteo. Él se dio un festín con la lengua, los labios y los dientes, y cada sabor de ella hacía que el rugido en su sangre se alzara como una poderosa ola dentro de él. Nesta se apretó contra Cassian, y los dedos de sus pies le hacían cosquillas en las alas, tan intensas que tuvo que detenerse un momento para no acabar con aquel simple toque. Ya la enseñaría a jugar con las alas más adelante. Porque él quería que ella le tocara las alas, que aprendiera dónde acariciar mientras la penetraba para acabar con tal fuerza que le hiciera ver las estrellas, que aprendiera qué lugares acariciar incluso cuando él no estuviera penetrándola, para acabar en su mano, en su boca.

Deslizó la lengua dentro de ella, sintiendo la liberación final acumulándose debajo de su columna vertebral. Demasiado pronto, él no quería acabar demasiado pronto.

Él se obligó a tomar aliento. Se obligó a retroceder, a alejarse.

Verla sobre las almohadas, desnuda y abierta para él…

Pero se quitó la camisa. Los pantalones.

Desnudo, arrodillado entre las piernas de ella, con el miembro erguido hacia delante, encontró las palabras.

—¿Quieres mis dedos, mi lengua o mi pene, Nesta? —Se agarró el pene y jugó con él durante unos segundos, masturbándose en un lento, casi doloroso apretón. Ella lo miró, con los ojos muy abiertos, como si recordara el tamaño de él dentro de ella.

—¿Qué hay de la comparación de unos dedos con otros? —logró decir ella, pero la altivez no estaba en sus ojos, no mientras él jugueteaba de nuevo con su pene, saboreando la manera en que eso hacía que ella se quedara sin aliento.

—Lo que quieras. Lo que necesites de mí. —Él sabía que esas eran las palabras de un tonto, sabía que ofrecía demasiado.

Pero ella clavó la mirada en su miembro.

—Quiero eso. Ahora.

Él murmuró una plegaria de agradecimiento a la Madre y se inclinó sobre ella, apoyándose en sus brazos.

—Ponme dentro de ti.

Cuando la mano de Nesta lo envolvió, él se arqueó y apretó los dientes. Ella sonrió, y lo masturbó con la misma fuerza que él lo había hecho consigo. Luego lo acomodó en su empapada entrada.

Esta vez no esperó. No con ternura, no ya que ella le había dicho que lo quería de otra manera.

Cassian se hundió en ella, y empujó hasta la empuñadura.

Nesta dejó escapar un sonido entre un gemido y un grito, y él se encontró emitiendo el mismo sonido cuando su sedoso y ardiente calor se apoderó de él. Era tan alucinante que apenas podía soportarlo. Como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Cassian se retiró en un largo deslizamiento y se echó hacia atrás, quedándose completamente sentado. Las uñas de ella se clavaron en sus hombros, el dolor era secundario, el dolor era un placer mientras ella lo marcaba.

Se retiró de nuevo y bajó la cabeza para ver cómo su miembro se deslizaba y salía, brillante con la humedad de ella… y luego volvió a entrar en ella. Cada centímetro en ese tenso y ardiente núcleo era un paraíso y un tormento, y él necesitaba más, necesitaba ir más adentro, necesitaba arrastrarse tan dentro de ella que no hubiera manera de desenredarlos.

Sus uñas le arañaron la piel y el fuerte aroma de su sangre invadió el aire. Él simplemente se inclinó para besarla. Ella se abrió para él al instante, y él la dejó probar su propio sabor en su lengua, moviéndola al compás de sus caderas.

Nesta envolvió los labios alrededor de su lengua y la chupó como había hecho con su miembro, y todo pensamiento cuerdo se desvaneció. Cassian se arrodilló y la atrajo hacia sí. Las piernas de ella se cerraron alrededor de su cintura mientras él empujaba más, y más, y más hacia dentro. Nesta echó la cabeza hacia atrás y dejó la garganta al descubierto. Y él la mordió en el centro, con tanta fuerza como para dejarle una marca.

Nesta se movió sobre su miembro y él la penetró más profundamente mientras le mordisqueaba el cuello.

Ella le soltó el hombro para agarrarse el pecho con la mano y él casi alcanzó el clímax cuando la encontró levantándolo hacia él con una orden silenciosa.

Cassian le lamió el pezón y ella se apretó contra él, y esos delicados músculos internos se apretaron con fuerza.

—¡Joder! —exclamó él alrededor de su pecho. Ella se rio entre dientes y lo volvió a hacer.

Entonces solo estuvieron la lengua y los dientes de él en el pecho de ella, el casi salvaje golpeteo del pene en esa apretada tibieza, el ritmo de las caderas de ella al moverse con cada golpe, como si tratara de hacer que él fuera todavía más adentro. Él apartó la boca de su pecho para morderle el cuello, el hombro, para sellar sus cuerpos, fusionándolos en un solo ser mientras él empujaba más profundamente todavía, con más fuerza todavía.

Y entonces los dedos de ella encontraron las alas de él. El toque no fue cortante, sino delicado… fue un toque suave, vacilante y maravilloso, tanto que él rugió.

La liberación se precipitó en él, y la embistió con tal fuerza que ella gritó, llegando al orgasmo. Se abrazó a él, y él se retorció, frenético, reducido a esa necesidad de estar dentro de ella, de acabar dentro de ella, de derramar tanto de sí mismo como pudiera.

Nesta lo cabalgó hasta que él dejó de correrse, hasta que su propio placer la hizo envolverse en el pecho de él, con un brazo todavía extendido hacia el ala.

Se aferraron el uno al otro, y él trató de recomponerse, de recordar cómo diablos se llamaba y dónde estaban.

Pero solo estaba ella. Solo esta hembra en sus brazos.

Y el único nombre que podía recordar era el de ella.

Nesta no podía moverse.

Envuelta alrededor de Cassian, arrodillado en el centro de la cama, las manos de él todavía clavadas en su trasero, su miembro muy dentro de ella, no quería moverse.

Nunca se había sentido así con nadie, cuando la mirada de algún amante la alejaba un poco más de la liberación; en cambio una sola mirada de él bastaba para robarle el sentido.

No estaba en ella eso de sentirse avergonzada. No cuando se había sentido tan bien, tan perfectamente bien.

Él estaba temblando, sus alas se agitaron cuando su pene finalmente terminó su actuación.

Se dijo a sí misma que no debería disfrutar tanto… al verlo deshecho, al sentir su semilla dentro de ella, chorreando fuera de ella. Y el hecho de que lo hiciera hizo que se apartara, gimiendo apenas mientras se deslizaba para liberarse de su miembro.

Se arrodilló delante de él, casi rodilla con rodilla.

—Todavía necesito más.

Cassian levantó la cabeza, con destellos en sus ojos.

—Lo sé.

Ella no podía respirar ante esa mirada, ante ese hermoso rostro.

—¿Cómo es posible que vuelva a necesitarte tan pronto? —No era una pregunta de cortés coqueteo… era una expresión de pura desesperación. Porque, en efecto, ella necesitaba más. Lo necesitaba otra vez dentro de ella, necesitaba el peso de él, su boca y sus dientes en ella. No tenía explicación para eso, para esa creciente e insaciable sed.

Los ojos de él parpadearon.

—Te necesité desde el momento en que te conocí. Y ahora que puedo tenerte, no quiero parar.

—Sí —suspiró ella. Esa era toda la verdad que ella estaba dispuesta a admitir —. Sí.

Se miraron el uno al otro por un largo minuto, por una eternidad. Y luego, para sorpresa y deleite de ella, Cassian se endureció ante sus ojos.

—¿Ves lo que me produces? —preguntó él—. ¿Ves lo que pasa cada vez que te miro, todo el tiempo, maldición?

Ella sonrió con suficiencia.

—Recuerdo vagamente que hace algunas semanas te jactabas de que iba a ser yo quien se arrastraría para meterse en tu cama. Pero parece que quien se arrastra eres tú.

Los labios de él se curvaron hacia arriba.

—Eso parece. —El corazón de ella tronaba mientras él le sostenía la mirada —. Ponte a cuatro patas —ordenó él con un tono tan bajo que ella apenas pudo entenderle. Pero su sangre se calentó y un dolor que no tenía nada que ver con la dureza con que él acababa de poseerla, comenzó a crecer entre sus piernas una vez más.

Y Nesta obedeció. Desnuda, todavía húmeda y brillante por los fluidos de ambos.

Él gruñó satisfecho.

—Hermosa.

Ella gimió un poco… porque por debajo del aquel elogio, hervía la pura lujuria.

—Pon las manos en la cabecera —gruñó él.

Su respiración comenzó a entrecortarse de nuevo, pero obedeció, ya vibrando por la necesidad.

Cassian se incorporó detrás de ella, agarrándola por las caderas. Metió una rodilla entre las rodillas de ella y le abrió más las piernas. Hizo que las yemas de sus dedos callosos le recorrieran la columna vertebral, sobre el tatuaje, siguiendo las líneas de la tinta.

Él se inclinó para susurrarle algo al oído.

—Agárrate fuerte.

Capítulo 42

Cassian recibió la citación a la casa del río poco después del amanecer.

No había dormido en la habitación de Nesta… no después de esa segunda vez, cuando todo su cuerpo se había convertido en una gelatina saciada y contenta, y después se apartó de ella para regresar a su propia *suite*. Ella no había dicho nada. El trato seguía en pie: solo sexo, pero no tenían que esperar tanto la próxima vez.

El sueño había sido esquivo mientras pensaba en lo que habían hecho, en lo que él le había hecho a ella. La segunda vez había sido aún más dura que la primera, y ella había aceptado todo lo que él le había pedido; había acompañado su exigente ritmo y se había aferrado a esa cabecera hasta que su cuerpo colapsó de placer. Dios, el sexo con Nesta era como…

No se permitió detenerse en comparaciones mientras estaba sentado en la oficina de Rhys, junto a Amren y Azriel, delante de su alto lord al otro lado de su escritorio. Aquellos pensamientos no le habían hecho ningún favor la noche anterior. O esa mañana, cuando se despertó con una erección dolorosa, y se dio cuenta de que el olor de ella seguía envolviéndolo.

Sabía que sus amigos sentían ese olor. Ni Rhys ni Az habían comentado nada, pero los ojos de Amren parecían entrecerrados. Sin embargo, no dijo nada y él se preguntó si Rhys no le habría dado una orden de guardar silencio. Cassian archivó su curiosidad sobre por qué Rhys podría haber sentido la necesidad de hacer tal cosa.

—Está bien, Rhysand —dijo Amren, acomodando un pie bajo el muslo—. Dime por qué estoy aquí antes del desayuno mientras Varian sigue durmiendo profundamente en mi cama.

Rhys retiró una tela gruesa que cubría parte de su escritorio.

—Estamos aquí porque al amanecer recibí la visita de un herrero en el borde occidental de la ciudad.

Cassian se quedó inmóvil al ver lo que había allí: una espada, una daga y una gran espada más larga, todas enfundadas en cuero negro.

—¿Qué herrero?

Rhys se reclinó en la silla, y se cruzó de brazos.

—El que tú y Nesta visitasteis hace unos días.

Cassian frunció el ceño.

—¿Por qué te trajo estas armas? ¿Como un regalo?

Azriel se inclinó hacia delante, y una mano llena de cicatrices se acercó para coger la espada más cercana.

—Yo no haría eso —le advirtió Rhys, y Az se detuvo.

—El herrero las dejó aquí en un estado de pánico absoluto —le informó Rhys a Cassian—. Dijo que estaban malditas.

A Cassian se le heló la sangre.

—¿Malditas de qué manera? —quiso saber Amren.

—Solo dijo que estaban malditas —respondió Rhys y señaló las armas—. Dijo que no quería tener nada que ver con ellas y que ahora eran problema nuestro.

Amren dirigió su mirada hacia Cassian.

—¿Qué pasó en la tienda?

—Nada —replicó Cassian—. Le dejó martillar un poco el metal, para que tuviera una idea del arduo trabajo que implica la fabricación de armas. Pero no hubo maldiciones.

Rhys se enderezó.

—¿Nesta martilló las espadas?

—Martilló las tres armas —explicó Cassian—. Primero la espada, luego la daga, y después la gran espada.

Rhys y Amren intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —preguntó Cassian.

—¿Es posible? —le preguntó Rhys a Amren.

Amren miró las hojas.

—Ha pasado… Ha pasado tanto tiempo, pero… sí.

—Que alguien lo explique, por favor —intervino Azriel, mirando las tres hojas desde una distancia segura.

Cassian se obligó a sentarse perfectamente inmóvil mientras Rhys se pasaba una mano por su pelo negro.

—En otros tiempos, los altos fae eran más elementales, más dados a leer las estrellas y a crear obras maestras de arte, de joyería y de armamento. Sus dones eran más rústicos, más conectados con la naturaleza y podían infundir ese poder en los objetos.

Cassian supo instantáneamente por dónde iba.

—¿Nesta transfirió su poder a esas espadas?

—Nadie ha sido capaz de crear una espada mágica en más de diez mil años —aseguró Amren—. La última espada hecha, la gran espada Gwydion, se perdió más o menos en el momento en que desapareció la última parte del Tesoro.

—Esta espada no es Gwydion —observó Cassian, muy consciente de los mitos sobre esa espada. Había pertenecido a un verdadero alto rey fae en Prythian, tal como había sucedido en Hybern. Él había unido los territorios, sus pueblos… y por un tiempo, con esa espada, reinó la paz. Hasta que fue traicionado por su propia reina y su general más feroz, y perdió la espada, que quedó en manos de ellos, y las tierras cayeron en las tinieblas una vez más. Nunca más vieron otro alto rey… solo altos lores, que gobernaron los territorios que una vez fueron de un rey.

—Gwydion desapareció —afirmó Amren, con una sombra de tristeza— o ha estado felizmente oculta durante milenios. —Ella señaló con la cabeza la gran espada—. Esta es algo nuevo.

—¡Nesta ha creado una nueva espada mágica! —exclamó Azriel.

—Sí —confirmó Amren—. Solo los Grandes Poderes podrían hacer eso… Gwydion recibió sus poderes cuando la alta sacerdotisa Oleanna la sumergió en el Caldero durante su elaboración.

La sangre de Cassian se heló, su piel se estremeció.

—Un toque de la magia de Nesta mientras la hoja aún estaba caliente…

—Y la hoja quedó imbuida de ella.

—Nesta no sabía lo que estaba haciendo —sugirió Cassian—. Solo se estaba desahogando.

—Lo que podría ser peor —aseguró Amren—. ¿Quién sabe qué emociones vertió en las espadas? Podría haberles dado la forma de instrumentos de esos sentimientos… o podría haber sido el catalizador para liberar su poder. No hay forma de saberlo.

—Entonces usemos la espada —propuso Cassian—, y averigüémoslo.

—No —respondió Amren bruscamente—. No me atrevería a desenvainar esas espadas. Sobre todo la gran espada. Puedo sentir su poder. ¿Le dedicó más tiempo que a las otras dos?

—Sí.

—Entonces debe ser tratada como un objeto del Tesoro del Miedo. Un nuevo Tesoro.

—No puedes hablar en serio.

Las cejas de Amren se enderezaron.

—El Tesoro del Miedo fue forjado por el Caldero. Nesta posee los poderes del Caldero. Entonces cualquier cosa que ella elabore y le infunda su poder se convierte en un nuevo Tesoro. Llegados a este punto, ni siquiera probaría un trozo de pan que hubiera tostado ella.

Todos se quedaron mirando las tres armas sobre el escritorio.

—Muchos matarían por este poder —apostilló Azriel—. O la matarían a ella para detenerlo, o nos matarían a nosotros para capturarla.

—Nesta forjó un nuevo Tesoro —intervino Cassian, conteniendo su rabia por la verdad de las palabras de Azriel—. Ella podría crear cualquier cosa. —Movió la cabeza dirigiéndose a Rhys—. Podría llenar nuestros arsenales con armas que nos permitirían ganar cualquier guerra. —Briallyn, Koschei y Beron no tendrían ninguna posibilidad de ganar.

—Es por eso que Nesta no debe enterarse de esto —dijo Amren.

—¿Qué? —preguntó Cassian.

Los ojos grises de Amren se mantuvieron firmes.

—Ella no puede saberlo.

—Eso parece un riesgo —intervino Rhys—. ¿Y si, de manera inconsciente, crea más cosas?

—¿Y si, en uno de sus estados de ánimo —desafió Amren—, Nesta crea lo que le dé la gana solo para fastidiarnos?

—Ella nunca haría eso —aseguró Cassian acaloradamente. La señaló—. Lo sabes muy bien, joder.

—Nesta no crearía un Tesoro del Miedo —sentenció Amren, sin inmutarse por el gruñido de él— sino un Tesoro de las Pesadillas.

—No puedo mentirle —aseguró Cassian, mirando a Rhys—. No puedo.

—No necesitas mentir —replicó Amren—. Simplemente no le des la información.

Él apeló a Rhys.

—¿Estás de acuerdo? Porque yo no lo estoy en absoluto, joder.

—La orden de Amren se mantiene —confirmó Rhys y, por un instante, Cassian lo odió. Odió la desconfianza y la cautela que veía en el rostro de Rhys.

—Deberías tener cuidado cuando hagas el amor con ella —agregó Amren, curvando los labios en una mueca—. ¿Quién sabe en qué podría transformarte cuando sus emociones estén a flor de piel?

—Ya basta —intervino Azriel, y Cassian volvió sus ojos agradecidos hacia su hermano. Az continuó—: Estoy con Cassian en esto. No es correcto ocultárselo a Nesta.

Rhys reflexionó, luego miró larga y duramente a Cassian. Este resistió la mirada, mantuvo la espalda recta y el rostro serio. Hasta que Rhys finalmente habló.

—Cuando Feyre regrese de su estudio, le preguntaré. Ella será quien dé el voto decisivo.

Cassian asintió, inquieto pero dispuesto a dejar que la decisión quedara en manos de Feyre.

Amren se acurrucó en su asiento.

—Esa espada pasará a la historia. —Sus ojos se oscurecieron mientras miraba la gran espada, sus palabras resonaron en un eco—. Queda por ver si será conocida por su bondad o por su maldad.

Cassian se sacudió para eliminar el escalofrío que le recorrió la columna vertebral, como si el destino mismo escuchara esas palabras y se estremeciera. Él le dirigió una sonrisa.

—Te encanta dramatizar, ¿no?

Amren frunció el ceño y luego se levantó.

—Me vuelvo a la cama. —Señaló a Rhysand—. Pon esas armas en algún lugar donde nadie las encuentre. Y que la Madre te maldiga si te atreves a desenvainar una.

Rhys la despidió con un gesto de mano, aburrido y cansado.

—Por supuesto.

—Lo digo en serio, muchacho —insistió Amren—. No desenvaines esas armas. —Examinó las tres antes de irse—. Ni tú ni ninguno de vosotros.

Por un momento, el único sonido fue el tictac del reloj de pie.

Rhys lo miró. Luego habló, con una mirada distante.

—No sé qué más hacer para ayudar a Feyre con el bebé… con el parto.

El pecho de Cassian se apretó.

—¿Drakon y Miryam?

Rhys sacudió la cabeza.

—Las alas de los serafines son tan flexibles y redondeadas como huesudas son las de los ilyrios. Eso es lo que matará a Feyre. Los hijos de Miryam pudieron pasar a través de su canal de parto porque sus alas se doblaban con facilidad… y casi todos los seres humanos que se han mezclado con los de Drakon han tenido un éxito similar. —Rhys tragó saliva. Sus siguientes palabras rompieron el corazón de Cassian—. No me di cuenta de cuánta esperanza tenía hasta que vi la lástima y el miedo en sus rostros. Hasta que Drakon tuvo que abrazarme para evitar que me derrumbara.

Cassian se acercó a su hermano unos pocos pasos. Agarró un hombro de Rhys, apoyado en el borde del escritorio.

—Seguiremos buscando. ¿Qué pasa con Thesan?

Rhys aflojó los botones superiores de su chaqueta negra, dejando a la vista un indicio del pecho tatuado.

—La Corte Amanecer no tenía nada útil. Los peregryns son similares a los serafines… tienen algún parentesco, aunque lejano. Sus sanadores saben cómo hacer nacer a un bebé que viene de nalgas con alas flexibles, y cómo sacarlo, pero, insisto, sus alas son fácilmente maleables.

Azriel apareció al otro lado de Rhys, también agarrándole el hombro con una mano.

El reloj siguió con su tictac, un recordatorio brutal de que cada segundo era una carrera hacia una perdición segura. Cassian se dio cuenta de que necesitaban un milagro con cada tictac del reloj.

—¿Y Feyre todavía no lo sabe? —quiso saber Azriel.

—No. Sabe que será un parto complicado, pero aún no le he dicho que podría costarle la vida. —Rhys les habló a sus mentes, como si no pudiera decirlo en voz alta: *No le he dicho que las pesadillas que ahora me sacan temblando del sueño no son del pasado, sino del futuro.*

Cassian apretó el hombro de Rhys.

—¿Por qué no se lo dices?

La garganta de Rhys se encogió.

—Porque no me atrevo a provocarle ese miedo. No quiero quitarle ni un poco de la alegría en sus ojos cada vez que se pone una mano en el vientre. —Le tembló la voz—. Este terror, maldito sea, me está comiendo vivo. Me mantengo

ocupado, pero… no hay nadie con quien negociar por su vida, no hay riqueza que pueda comprarla, nada que yo pueda hacer para salvarla.

—¿Helion? —preguntó Azriel, con los ojos tristes.

—Se lo dije ayer, antes de que se fuera. Lo aparté cuando Feyre se transportó de regreso a casa y le rogué de rodillas que buscara algo en sus mil bibliotecas para salvarla. Me dijo que todos los jefes de biblioteca y todos los investigadores que estuvieran disponibles se pondría a trabajar en ello. En algún lugar de la historia, debe haber alguien que pueda ayudarnos a encontrar la manera de dar a luz a un bebé con alas, teniendo en cuenta que el cuerpo de la madre no está preparado para ello.

—Nos aferraremos a nuestra esperanza, entonces —dijo Cassian. Rhys se estremeció, y bajó la cabeza. Su sedoso cabello negro le oscureció los ojos.

Cassian levantó la mirada y la dirigió hacia Azriel, cuyo rostro lo decía todo: la esperanza no mantendría a Feyre con vida.

Cassian tragó saliva y desvió la mirada hacia las tres armas sobre el escritorio.

Sus empuñaduras eran comunes… como se podía esperar de cualquier herrero en un pueblo pequeño. Hacía buenas armas, por supuesto, pero no obras maestras. La empuñadura de la espada grande era una simple cruz con guarda y el pomo era un pedazo redondeado de metal.

Gwydion, la última de las espadas mágicas, era oscura y tan hermosa como la noche.

¿Cuántas veces había jugado Cassian de niño junto a Rhys y Azriel con un palo largo, imaginando que era la auténtica espada Gwydion? ¿Cuántas aventuras habían fantaseado, compartiendo esa espada mítica entre ellos mientras mataban a los monstruos wyrms y rescataban a las damiselas?

Pero si Amren tenía razón… Cassian no podía pensar en otro lugar en el mundo que tuviera tres espadas mágicas, o siquiera una.

Estas bien podrían ser las únicas que existían.

Cassian tamborileó con los dedos sobre el escritorio, la curiosidad lo acosaba profundamente.

—Echemos un vistazo.

—Amren dijo que no lo hiciéramos —advirtió Azriel.

—Amren no está aquí —replicó Cassian, sonriendo—. Y no tenemos por qué tocarlas. —Le dio una palmada a Rhys en el hombro—. Usa esa fina magia tuya para desenvainarlas.

Rhys levantó la cabeza.

—Es una mala idea.

Cassian le guiñó un ojo.

—Eso debería estar escrito en el escudo de la Corte Noche.

Unas pocas estrellas aparecieron parpadeando en los ojos de Rhys. Azriel murmuró una plegaria.

Rhys respiró hondo dos veces para tranquilizarse y desplegó su poder en dirección a la enorme espada, elevando el arma sobre el escritorio.

—Es pesada —observó Rhys, frunciendo el ceño en plena concentración—. No debería ser así. Es como si estuviera luchando contra mi magia. —Mantuvo la espada flotando sobre el escritorio, perpendicular a él, como si estuviera en un soporte.

Cassian respiró hondo cuando Rhys inclinó la cabeza para inspeccionar la empuñadura, la funda.

—El herrero no dijo nada sobre qué era lo que le había parecido una maldición —reflexionó Rhys—, y debió de haberla tocado varias veces… para sentir el poder y traerlas aquí, al menos. Entonces no puede ser una espada de la muerte que mate a cualquier mano descuidada.

—Igualmente debemos tener cuidado —gruñó Azriel.

Con una sonrisa pícara hacia Az, Rhys sacó la funda negra sirviéndose de su poder.

No fue fácil, como si la espada no quisiera ser mostrada…, o al menos, no por Rhysand.

Pero centímetro a centímetro, la funda se deslizó de la hoja. Y centímetro a centímetro el acero nuevo brilló… verdaderamente brilló, como la luz de la luna dentro del metal.

Ni siquiera Az controló su expresión para que fuera menos que la boca abierta por el asombro cuando la funda finalmente cayó.

Cassian se tambaleó hacia atrás, boquiabierto.

Chispas iridiscentes bailaron a lo largo de la hoja. Magia pura y crepitante. La luz bailaba y brotaba como si un martillo invisible todavía la estuviera golpeando.

A Cassian se le erizó todo el vello del cuerpo.

Rhys inhaló, reuniendo toda su magia, luego flotó y desenvainó la otra espada y la daga.

No chisporrotearon con poder puro, pero Cassian podía sentirlas. La daga

irradiaba frío, su hoja relucía tan brillante que parecía un carámbano en el sol. La segunda espada parecía caliente…, furiosa y obstinada.

Pero la gran espada entre las otras dos… Las chispas se desvanecieron, como si fueran absorbidas por la hoja misma.

Ninguno se atrevió a tocarla. Algo profundo y primario dentro de Cassian le advirtió que no lo hiciera. Que ser atravesado o rebanado por esa hoja no sería una herida común.

Una suave risa femenina llegó desde la puerta, y Cassian no necesitó darse la vuelta para saber que Amren estaba allí.

—Sabía que no seríais capaces de resistiros.

—Nunca había visto algo así —murmuró Rhys. Su magia hizo girar las tres armas, lo que les permitió observar todos los detalles. El rostro de Az todavía estaba dominado por el asombro.

—Amarantha destruyó una —dijo Amren.

Cassian se sobresaltó.

—No tenía ni idea.

Amren corrigió.

—Se rumoreaba que había arrojado una al mar. No respondía a las manos de Amarantha, ni a las manos de ninguno de sus comandantes, y para evitar que el rey de Hybern se hiciera con ella, la arrojó al mar.

—¿Qué espada? —preguntó Azriel.

—Narben. —Los labios rojos de Amren se arquearon hacia abajo—. Al menos eso es lo que se rumoreaba. Entonces tú estabas en Bajo la Montaña, Rhys. Ella lo había mantenido en secreto. Yo lo supe por una ninfa del agua.

—Narben era incluso más antigua que Gwydion —comentó Rhys—. ¿Dónde diablos estaba?

—No lo sé, pero ella la encontró, y como no se doblegó ante ella, la destruyó. Como hizo con todas las cosas buenas. —Eso fue todo lo que Amren iba a decir sobre aquel momento terrible—. Quizá fue a nuestro favor. Si el rey de Hybern hubiera tenido Narben, me temo que hubiéramos perdido la guerra.

Los poderes de Narben no eran como la luz sagrada y salvadora de Gwydion, sino algo mucho más oscuro.

—No puedo creer que la bruja la arrojara al mar —musitó Cassian.

—Repito. Era un rumor que alguien escuchó de alguien que lo había escuchado de alguien. ¿Quién sabe si realmente ella encontró a Narben? Incluso aunque no le obedeciera, habría sido una tonta arrojándola.

—Amarantha tenía poca visión de futuro —precisó Rhys. Cassian odiaba el solo sonido de su nombre en la lengua de su hermano. Y por el estallido de rabia en el rostro de Azriel, lo mismo le ocurría al cantor de sombras.

—Pero tú no, Rhysand. —Amren movió la cabeza en dirección a las armas, girando todavía sobre el escritorio—. Con estas tres hojas de acero, podrías convertirte en un alto rey.

Las palabras resonaron en la habitación. Cassian parpadeó lentamente.

—No deseo ser alto rey —aseguró Rhys con firmeza—. Solo deseo estar aquí, con mi pareja y mi gente.

—Las siete cortes unidas —replicó Amren—, bajo un solo gobernante, supondrían una mayor probabilidad de sobrevivir ante cualquier conflicto futuro. No necesitaríamos peleas ni politiquería para enviar nuestros ejércitos. Los descontentos como Beron no tendrían la capacidad de amenazar nuestros planes aliándose con nuestros enemigos.

—Primero tendríamos que pelear una guerra interna. Yo sería señalado como un traidor en otras cortes; me vería forzado a obligarlos a arrodillarse ante mí.

Azriel dio un paso adelante, con las sombras sobre sus hombros.

—Kallias, Tarquin y Helion podrían estar dispuestos a arrodillarse. Thesan también lo hará si los demás lo hacen.

Cassian asintió. Rhys como alto rey: no podía pensar en otro macho en quien confiara más. Ningún otro sería un gobernante más justo que Rhys. Y con Feyre como alta reina… Prythian se vería bendecida teniendo semejantes líderes.

—Tamlin probablemente pelearía —dijo entonces Cassian—, y perdería. Beron sería el único que se interpondría en tu camino.

Los dientes de Rhys brillaron.

—Beron ya se está interponiendo en mi camino y, maldito sea, no hay duda de que está haciendo un muy buen trabajo. No tengo ningún interés en justificar su comportamiento. —Le dirigió una mirada fulminante a Cassian—. ¿No teníamos que irnos pronto para transportaros a ti y a Nesta hasta la Corte Primavera y así reuniros con Eris?

—No cambies de tema —reclamó Cassian arrastrando las palabras.

El poder de Rhys retumbó en la habitación.

—No quiero ser alto rey. No hay necesidad de discutirlo.

—El tuyo es un poder terrible y hermoso, Rhysand —observó Amren, suspirando—. Tienes tres espadas mágicas ante ti, cada una de las cuales es

hacedora de reyes por derecho propio y, sin embargo, prefieres compartir ese poder. Mantenerte dentro de tus fronteras. ¿Por qué?

—¿Por qué quieres —preguntó Rhys— convertirme en un conquistador?

—¿Por qué rehúyes el poder que es tuyo por derecho de nacimiento? —replicó enérgica Amren.

—No hice nada para ganarme ese poder —protestó Rhys—. Ya nací con él. Es una herramienta para defender a mi pueblo, no para atacar a otros. —Los observó a todos—. ¿A qué viene ahora esto?

—Estamos todos debilitados —dijo Azriel en voz baja—, todas, las siete cortes. Aún más en desacuerdo entre ellas y con el resto del mundo desde la guerra. Si Montesere y Vallahan marchan contra nosotros, si Rask se une a ellos, no podremos detenerlos. No con Beron ya vuelto contra nosotros y aliado con Briallyn. No si Tamlin no puede dominar su culpa y su dolor y acaba convirtiéndose en lo que alguna vez fue.

Cassian recogió el hilo y se refugió en sus alas.

—Pero un territorio unido bajo un rey y una reina, armados con tales poderes y objetos… Nuestros enemigos vacilarían.

—Si piensas por un momento —gruñó Rhys— que Feyre podría estar remotamente interesada en ser alta reina, estás delirando.

—Feyre lo vería como un mal necesario —intervino Amren—. Para proteger a vuestro hijo de nacer en medio de la guerra, haría lo que fuera necesario.

—¿Y yo no? —preguntó Rhys, incorporándose—. No seré alto rey. Ni siquiera lo voy a considerar, ni hoy ni dentro de un siglo.

Amren miró hacia la gran espada, que aún giraba lentamente sobre ellos.

—Entonces explicadme por qué, después de miles de años, los objetos que alguna vez coronaron y ayudaron a los antiguos fae han regresado. La última vez que un alto rey gobernó Prythian fue con una espada mágica en la mano. Mira esa gran espada delante de ti, Rhysand, y dime que no es una señal del Caldero.

A Cassian se le cortó la respiración en la garganta.

—Fue una casualidad, Amren. Nesta no lo hizo a propósito.

Amren sacudió la cabeza, meciendo el pelo.

—Nada es una casualidad. El poder del Caldero fluye a través de Nesta y podría usarla como una marioneta, sin que ella lo supiera. Quería que esas armas fueran hechas, y por eso fueron hechas. Quería que Rhysand las tuviera y, por eso, el herrero te las trajo. A ti, Rhysand, no a Nesta. Y no olvides que la propia Nesta… y Elain, con cualquiera que sea el poder que tenga…, están aquí. Feyre

está aquí. Las tres hermanas bendecidas por el destino y dotadas de poderes para coincidir con el tuyo. Feyre solo duplica tu fuerza. Nesta te hace imparable. Especialmente si combatiera utilizando la Máscara. Ningún enemigo podría enfrentarse a ella. Ella mataría a los soldados de Beron, para luego resucitarlos de entre los muertos y volverlos contra él.

La sangre de Cassian se heló. Sí, Nesta sería imparable. Pero ¿a qué precio?

Rhys le dirigió una fría mirada a Amren.

—No voy a perder ni un minuto más en esta ridícula idea.

Cassian supo que debían retirarse. Le hizo una seña con la cabeza a Az, quien lo siguió hacia las puertas. Sin embargo, se detuvieron justo antes del umbral. Miraron hacia atrás, a su hermano, su alto lord, ahora sentado solo en el escritorio. La presión de tantas decisiones cargadas pesadamente sobre sus anchos hombros, con las alas caídas.

—Muy bien, Rhysand. —Amren también se apartó del escritorio y, con la magia de Rhys, las espadas volvieron a sus vainas—. Pero sabes que la benevolencia del Caldero estará a tu disposición solo por un tiempo antes de que se la ofrezca a otro.

Capítulo 43

Sin dejar de aspirar el embriagador y dulce aroma del arbusto lila púrpura florecido detrás de ellos, Nesta miró de reojo a Cassian. Ella podría haber jurado que él se rascaba sutilmente cada vez que ella se daba la vuelta para admirar la pura belleza y paz del bosque de la Corte Primavera.

Rhys los había transportado a ese lugar, en silencio y con cara de piedra, para luego desaparecer. Cassian no parecía molesto por eso, así que Nesta no preguntó nada. Sobre todo porque estaban esperando que Eris apareciera en cualquier momento.

Nesta fingió mirar hacia una zarza de rosas, luego volvió súbitamente la cabeza hacia Cassian y lo vio en efecto rascándose los brazos.

—¿Qué te ocurre?

—Odio este lugar —murmuró él, sonrojándose—. Alergias.

Nesta se tragó la risa.

—No es necesario que me lo ocultes. En el reino humano, solía tener tantos picores que tenía que darme dos baños al día para deshacerme de todo el polen.
—Bueno, antes de que se fueran a la cabaña. Después, Nesta habría tenido suerte si se bañaba una vez a la semana, debido a lo trabajoso de calentar y transportar tanta agua a la bañera solitaria en un rincón de su dormitorio. A veces, ella y Elain habían compartido la misma agua del baño, echando a suertes quién iba en segundo lugar.

A Nesta se le cerró la garganta, y observó los cerezos florecidos que se balanceaban por encima de ellos. A Elain le habría encantado ese lugar. Tantas plantas, todas en flor, tanto verde —el verde claro y vibrante de la hierba nueva —, tantos pájaros cantando y un sol tan cálido y generoso. Nesta se sentía como

una nube de tormenta en medio de todo aquello. Pero Elain… La Corte Primavera había sido hecha para alguien como ella.

Lástima que su hermana se negaba a verla. Nesta le habría dicho a Elain que visitara ese lugar.

Y lástima que el lord que gobernaba estas tierras fuera una basura de persona.

—Eris se demora —le dijo Nesta a Cassian. Llevaban esperando diez minutos—. ¿Crees que vendrá?

—Probablemente esté bebiendo un poco de té, disfrutando del hecho de que estemos aquí, esperándolo. —Cassian reflexionó—. Bueno, él solo sabe que yo iba a venir. Y va a disfrutar de la idea de hacerme esperar.

—Es un bastardo. —Las pocas veces que se había encontrado con el hijo del alto lord de la Corte Otoño, Nesta había detestado a ese macho engreído y de frío rostro. Exactamente el tipo de persona capaz de abandonar a Morrigan herida en el bosque.

—¿Estás hablando de mí o del bruto que está a tu lado? —se escuchó decir a una voz profunda, suave, desde la sombra de un joven cerezo silvestre.

Y allí estaba él, como si los pensamientos de ella lo hubieran hecho aparecer de la nada. Eris se vestía de manera tan inmaculada como Rhysand, ni un mechón de su largo cabello rojo fuera de sitio. Pero aunque las facciones angulares de Eris eran hermosas, no brillaba ninguna luz en sus ojos. Nada de alegría.

Esos ojos se posaron en Nesta, desde su pelo trenzado hasta sus ropas de cuero y sus botas.

—Hola, Nesta Archeron.

Nesta lo miró a los ojos. Ella no dijo nada, y dejó que el desprecio se congelara en su mirada.

La boca de Eris se arqueó hacia arriba. Pero esa expresión se desvaneció cuando se volvió hacia Cassian.

—He escuchado que tienes algo que decirme con respecto a mis soldados.

Cassian se cruzó de brazos.

—Buenas noticias y malas noticias, Eris. Tú eliges.

—Las malas. Siempre lo malo primero. —La sonrisa de Eris estaba llena de veneno.

—Casi todos tus soldados están muertos.

Eris solo parpadeó.

—¿Y las buenas?

—Dos de ellos sobrevivieron.

Nesta estudió hasta el más diminuto cambio en el rostro de Eris: la rabia que brillaba en sus ojos; el disgusto en los labios fruncidos; el enfado en la agitación de un músculo en la mandíbula. Como si innumerables preguntas estuvieran pasando por su mente. Sin embargo, la voz de Eris permaneció inexpresiva.

—¿Y quién lo hizo?

Cassian hizo una mueca.

—Técnicamente, Azriel y yo. Tus soldados fueron embrujados por la reina Briallyn y por Koschei para ser asesinos despiadados. Ellos nos atacaron en el pantano de Oorid, y no nos dejaron más opción que matarlos.

—Y, sin embargo, dos sobrevivieron. Muy conveniente. Supongo que fueron sometidos al tipo de interrogatorio particular de Azriel, ¿no? —La voz de Eris destilaba desdén.

—Solo pudimos contener a dos —explicó Cassian con energía—. Bajo la influencia de Briallyn, estaban prácticamente rabiosos.

—No nos engañemos. Solo te molestaste en contener a dos, cuando tu sed de sangre se sació.

Nesta se puso roja ante esas palabras y Cassian contuvo la respiración.

—Hicimos lo que pudimos. Había dos docenas de ellos.

Eris resopló.

—Ciertamente eran bastantes más, y podrías fácilmente haber salvado a más de dos. Pero no sé por qué iba a esperar que alguien como tú hubiera hecho otra cosa.

—¿Quieres que me disculpe? —gruñó Cassian. El corazón de Nesta comenzó a latir salvajemente ante la ira que oscurecía su voz, y el dolor se intensificaba en sus ojos. Él se arrepintió… no quiso matar a esos soldados.

—¿Intentaste siquiera salvar a los demás o simplemente te lanzaste a una masacre? —Eris estaba furioso.

Cassian vaciló. Nesta podría haber jurado que las palabras dieron en el blanco. No, Cassian no había dudado. Nesta sabía que no dudó. Él nunca dudaría en salvar a alguien que amaba de un enemigo. Sin importarle las consecuencias.

Nesta dio un paso más hacia Eris.

—Tus soldados dispararon una flecha de ceniza que atravesó una de las alas de Azriel.

Los dientes de Eris brillaron.

—¿Y también te uniste a esa masacre?

—No —respondió ella con franqueza—. Pero me pregunto: ¿acaso Briallyn armó a los soldados con esas flechas de ceniza, o provienen de tu arsenal privado?

Eris parpadeó, era la única confirmación que necesitaba.

—Tales armas están prohibidas, ¿no? —le preguntó a Cassian, cuyas facciones seguían tensas.

La conflagración dentro de ella ardía cada vez más, con más intensidad. Ella volvió su atención a Eris. Si él jugaba con Cassian, ella le devolvería el favor.

—¿Para quién guardabas esas flechas? —reflexionó ella—. ¿Para enemigos en el extranjero? —Ella sonrió levemente—. ¿O para algún enemigo en casa?

Eris le sostuvo la mirada.

—No sé de qué estás hablando.

La sonrisa de Nesta fue clara.

—¿Una flecha de ceniza atravesada en el corazón podría matar a un alto lord?

El rostro de Eris palideció.

—Me estás haciendo perder el tiempo.

Nesta se encogió de hombros.

—Y tú estás desperdiciando el nuestro. Por lo que sabemos, hechizaste a tus soldados para que nos mataran. Te aseguraste de que tus perros encontraran olores en el lugar de su desaparición que los vinculaban con Briallyn, y luego mentiste sobre la alianza de Beron. Quizá hasta conseguiste que el padre de Morrigan retrasara su visita a Velaris como parte de un gran plan para ganarte nuestra confianza. Todo como parte de tu juego.

Cassian clavó la mirada en su rostro, pero ella mantuvo su atención sobre Eris, que tenía la espalda rígida.

—Si quieres jugar al promotor de guerras, adelante, Eris. —La sonrisa de ella se ensanchó—. Me gustan los oponentes interesantes.

—No soy tu enemigo —espetó Eris, y Nesta supo que había ganado. Por el roce de los dedos de Cassian en la parte baja de su espalda, él también lo sabía.

—Lamento no haber podido salvar a más de tus soldados, Eris —intervino Cassian—. De verdad lo lamento. Los dos que quedan te serán enviados hoy, aunque siguen siendo prisioneros de la Corona. Y yo tampoco soy tu enemigo. Briallyn y Koschei son nuestros enemigos… Si las familias de esos soldados necesitan algo, con mucho gusto daré lo que pueda para ayudarlas.

Algo parecido al orgullo floreció en ella ante las sinceras palabras de Cassian. Él les daría todo lo que tenía a esas familias, si con ello corregía su error.

Eris los miró a ambos. Notó la mano de Cassian en la espalda de ella.

Y le habló a Nesta con una sonrisa de superioridad.

—Eres un hermoso regalito. Me encantaría poder jugar un rato a cualquier cosa contigo, Nesta Archeron.

Los dedos de Cassian se tensaron en la espalda de ella. Eris pareció percibirlo. ¿Tenía Cassian alguna idea de las cosas que dejaba vulnerables para ser atacadas por personas como Eris? Él vivía con demasiada honestidad, con demasiada audacia, como para darse cuenta o preocuparse por ello. Ella no podía evitar admirarlo.

—Cuando te canses del animal —le dijo Eris, señalando con la barbilla a Cassian—, ven a buscarme. Te mostraré cómo juega un futuro alto lord.

Cassian gruñó. Abrió la boca, pero se contuvo.

Eris también se quedó inmóvil.

Nesta lo sintió un instante después. Una presencia se arrastraba hacia ellos.

Cassian la empujó detrás de sí justo cuando una bestia de piel dorada con cuernos curvos saltó desde el otro lado de las zarzas, para aterrizar en el claro del bosque.

Ella nunca olvidaría a esa bestia, jamás olvidaría cómo derribó la puerta de la cabaña de su familia y la aterrorizó hasta los huesos. Recordaba que lo único en que ella pudo pensar fue en proteger a Elain mientras Feyre agarraba un cuchillo para enfrentarlo.

Tamlin.

Esos ojos verdes los miraban fijamente. Ubicó a Eris. Luego a Cassian. Después a ella.

Tamlin gruñó. Fue un sonido agudo y profundo, y los Sifones de Cassian brillaron con fuerza.

—Ya nos íbamos —explicó Cassian con inalterable calma. Su mano buscó la mano de Nesta en un intento de echar a volar. Pero ¿sería lo suficientemente rápido como para evitar las garras de Tamlin? ¿O su poder?

La mirada de Tamlin permaneció fija en ella. Furiosa y llena de odio.

Este era el macho, la bestia, que su hermana alguna vez había amado. Ella habría dado todo, incluida su vida mortal, para protegerlo. Fue él quien luego tomó el amor de ella y lo retorció, y casi destroza a Feyre en el proceso. Hasta

que apareció Rhys. Hasta que Cassian y los demás ayudaron a traerla de regreso. La ayudaron a aprender a amarse a sí misma otra vez.

A Nesta no le importaba si había acudido a ayudar durante la batalla final con Hybern. Tamlin había herido a Feyre. De manera imperdonable.

Este macho se había llevado a su hermana menor porque Nesta había sido incapaz de enfrentarlo. Tamlin incluso la miró y le preguntó si iría ella en lugar de Feyre. Y ella había dicho que no, porque era una odiosa y horrible cobarde.

Esta vez no sería una cobarde.

Nesta dejó que una brasa de su propio poder brillara en sus ojos. Dejó que Tamlin lo viera mientras se dirigía a él.

—No nos vas a tocar.

—Tengo todo el derecho de matar a los intrusos en mis tierras. —Las palabras eran guturales, casi imposibles de entender. Como si Tamlin no hubiera hablado en mucho tiempo.

—¿Siguen siendo estas tus tierras? —preguntó Nesta fríamente, saliendo de detrás de Cassian—. Lo último que supe es que ya ni te molestas en gobernarlas.

Eris permanecía completamente inmóvil. Lo habían sorprendido reuniéndose con ellos, ella se dio cuenta. Si Tamlin se lo contaba a alguien…

—Te sugiero que mantengas tu boca cerrada sobre esto.

Tamlin se erizó. Los pelos del pescuezo se le pusieron en punta.

—Eres exactamente tan desagradable como tu hermana dijo que eras.

Nesta se rio.

—Odio decepcionar.

Ella le sostuvo la mirada color esmeralda.

—Entré en el Caldero por tu culpa —le recordó en voz baja, y podría haber jurado que un trueno se oyó a lo lejos. Cassian y Eris se desvanecieron en la nada. Solo estaba Tamlin, solo esta bestia, y lo que le había hecho a ella y a su familia.

—Elain entró en el Caldero por tu culpa —prosiguió Nesta. Las yemas de sus dedos ardían, y sabía que si bajaba la mirada encontraría brasas plateadas—. No me importa cuántas veces te disculpes, o trates de redimir tus culpas, o asegures que no sabías que el rey de Hybern iba a hacer lo que hizo, o que le rogaras que no lo hiciera. Tú te confabulaste con él. Porque pensabas que Feyre era de tu propiedad.

Nesta señaló a Tamlin. El suelo tembló.

Cassian maldijo detrás de ella.

Tamlin se encogió ante aquel dedo extendido, y clavó sus garras en el suelo.

—Baja ese dedo, bruja.

Nesta sonrió.

—Me alegra que recuerdes lo que pasó con la última persona a la que señalé con el dedo. —Bajó el brazo—. Ahora nos vamos.

Ella dio un paso atrás hacia donde Cassian la estaba esperando, con los brazos abiertos. Los envolvió alrededor de su cintura. Nesta miró a Eris, quien le dirigió un ligero asentimiento con la cabeza y luego se desvaneció.

—Diles a todos que nos has visto, alto lord —le dijo Nesta a Tamlin antes de salir volando hacia el cielo—, y te arrancaré la cabeza también a ti.

Nesta miraba por el pozo de oscuridad en el fondo de la biblioteca.

No había podido dormir. Apenas pudo dejar de pensar todo el día en el encuentro con Tamlin. Cassian había volado a la casa del río y no había regresado. Quizá Rhys había ido para asegurarse de que Tamlin guardara silencio sobre sus intrigas con Eris. Quizá Rhys les haría un favor a todos y convertiría en gelatina la mente de Tamlin.

Nesta apoyaba los brazos en la barandilla del nivel cinco, con la cabeza gacha. A esa hora ya no había nadie despierto y no sabía dónde estaban los dormitorios, de modo que no podía buscar a Gwyn. No era que quisiera despertar a su amiga. De todos modos, dudaba que Gwyn estuviera dispuesta a escuchar sus problemas.

Un vaso de leche tibia apareció en la barandilla junto a ella.

Nesta miró la biblioteca en penumbra.

—Gracias —le dijo a la Casa.

La Corte Primavera se había quedado estancada. Hueca. Vacía a pesar de su vida en crecimiento. Pero esta Casa estaba viva. Le daba la bienvenida, quería que ella creciera y prosperara. Era un lugar donde podía descansar o explorar, donde podía ser quien quisiera y lo que quisiera.

¿Era eso a lo que llamaban hogar? Ella nunca lo había sabido. Pero este lugar… Sí, «hogar» podría ser un buen nombre para este lugar. Quizá eso era lo que Feyre también sintió cuando dejó la Corte Primavera y llegó a estas tierras. Quizá Feyre se había enamorado de esta corte tanto como de su gobernante.

Algo se agitó en la oscuridad de abajo. Nesta se enderezó, olvidó la leche.

Allí. En el corazón del pozo negro, como una hilacha de humo… algo se movió.

Parecía expandirse y contraerse; latía con un ritmo salvaje…

—Sabía que te encontraría aquí. Bueno, aquí o en la escalera que baja a la ciudad.

La voz de Cassian sonó detrás de ella y Nesta se dio la vuelta.

Él se puso en alerta, pero Nesta miró por encima del hombro hacia la oscuridad. Nada.

Se había ido. O lo había imaginado.

—No hay nada —explicó cuando él miró por encima de la barandilla—. Solo sombras.

Cassian dejó escapar un suspiro y se apoyó contra la barandilla.

—¿No puedes dormir?

—Sigo pensando en Tamlin.

—Hiciste lo que debías. Y también hiciste lo correcto con Eris. No creo que lo olvide pronto.

—Es una serpiente.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Nesta soltó una carcajada.

—No me gustó que te hablara como lo hizo.

—Así es como me habla mucha gente.

—Eso no significa que sea lo correcto. —Ella le había hablado de esa manera. Ella le había dicho cosas mucho peores a Cassian que las que le había dicho Eris. Se le cerró la garganta. Pero se dispuso a hablar.

—No puedo creer que Feyre haya amado a Tamlin.

—Tamlin nunca la mereció. —Cassian apoyó una mano en la espalda de ella.

—No. —Nesta volvió a mirar hacia la oscuridad de abajo—. No la mereció.

Capítulo 44

—¿Alguien puede recordarme por qué esto era una buena idea? —Gwyn jadeaba junto a Nesta, el sudor le corría por el rostro mientras repetían los ejercicios de esgrima.

—Eso mismo digo yo —gruñó Emerie. Nesta, demasiado fatigada como para hablar, simplemente gruñó con ella.

Cassian se rio entre dientes y el sonido recorrió su cuerpo. Él la había cogido de la mano en la biblioteca la noche anterior, para llevarla a la habitación de ella, con una mirada irresistiblemente seductora, que desapareció cuando vio una copia de los capítulos de Gwyn sobre las valquirias en el escritorio de Nesta. Ella había estado leyendo sobre ellas, le explicó cuando él agarró las páginas y las hojeó.

Su única respuesta fue besarla profundamente antes de acostarse en la cama para poder deleitarse con ella tranquilamente. Nesta lo soportó durante todo un minuto hasta que necesitó tocarlo y se volvió sobre sí, dejando que él continuara devorándola mientras ella recorría su cuerpo con los labios.

Ella nunca había experimentado tal cosa —disfrutar ella y que otro disfrute de ella— y él llegó a su lengua justo antes de que ella llegara a la de él. Impacientes, jadeando en silencio en la cama, dejaron pasar apenas unos instantes antes de que Nesta trepara sobre su cuerpo, acariciándolo con la mano, luego con la boca, y cuando él estuvo listo, ella se hundió en él, absorbiendo cada maravilloso y grueso centímetro. Él entrando y saliendo de su cuerpo, haciendo que se arqueara de placer, agarrándola de las caderas, en contundentes embestidas, inundándola por dentro hasta alcanzar el clímax.

Ella se había sentido agradablemente dolorida esa mañana, y él le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa del desayuno, como si supiera cuán tiernas son ciertas áreas cuando estaban sentados.

No había nada de aquella petulante satisfacción presumida en el momento en que Cassian les dijo:

—Pensé que hoy sería un buen día para integrar las ocho puntas de la estrella, pero si ya os estáis quejando, podemos esperar hasta la próxima semana.

—No nos estamos quejando —aseguró Gwyn, aspirando aire—. Solo que tú nos estás destrozando.

Las sacerdotisas más nuevas que trabajaban con Az se tambaleaban sobre sus piernas exhaustas.

Cassian captó la mirada de Nesta.

—Vaya unidad valquiria que tienes.

Gwyn se volvió hacia Nesta.

—¿Se lo has contado?

—No —dijeron Nesta y Cassian a la vez. Cassian agregó—: ¿Crees que no he notado las técnicas de respiración que os permiten tener esa mirada serena y constante incluso cuando Az y yo os hacemos enfadar? Estoy muy seguro de que no he sido yo el que os lo ha enseñado. Puedo reconocer la técnica Serenar la Mente a kilómetros de distancia.

Simplemente lo miraban boquiabiertas. Hasta que Gwyn preguntó:

—¿Conoces esa técnica?

—Por supuesto que sí. Luché junto a las valquirias en la guerra.

Un silencio de aturdimiento se agitó. Nesta había olvidado lo viejos que eran estos fae, cuánto había visto y vivido Cassian. Ella se aclaró la garganta.

—¿Conociste personalmente a las valquirias?

Gwyn soltó un agudo ruido que no era más que pura emoción. Azriel, al otro lado del espacio de entrenamiento con el resto de las sacerdotisas, se dio media vuelta al oír el sonido con las cejas levantadas.

Cassian esbozó una sonrisa.

—Luché al lado de las valquirias en cinco batallas. Pero eso se acabó en la batalla del Paso Meinir. —Su sonrisa se desvaneció—. Cuando la mayoría de ellas murieron para salvar el paso. Las valquirias sabían que era una misión suicida desde el comienzo.

Azriel volvió a sus discípulas, pero Nesta tuvo la sensación de que el cantor de sombras seguía de cerca cada palabra, cada gesto de su hermano.

Hasta Gwyn dejó de sonreír.

—¿Por qué pelearon entonces? Todos sabían que iba a ser una masacre. Lo único que se me ocurre es que hubiera una decisión política detrás de todo aquello.

—No lo sé. Yo era un soldado en una legión ilyria; no estaba al tanto de ninguna de las discusiones de los líderes. —Miró a Nesta, quien estaba boquiabierta mirándolo—. Pero tenía… amigos que cayeron ese día. —La manera en que vaciló al decir «amigos» le hizo preguntarse si alguno habría sido más que eso. Y aunque eran honorables, caídos muertos, algo feo se retorció en su pecho—. Las valquirias lucharon cuando ni siquiera los machos más valientes lo hicieron. Los ilyrios intentaron olvidar eso. Luché contra los machos que eran mis superiores, con el argumento de ayudar a las valquirias. Me golpearon hasta dejarme sin sentido, me encadenaron a un vagón de suministros y me dejaron allí. Cuando volví en mí, la batalla había terminado, y las valquirias estaban muertas.

Este era el macho que había metido en su cama, que se había ido de nuevo la noche anterior, sin darle un beso de despedida.

—¿Por qué no mencionaste esto cuando viste las páginas sobre ellas en mi escritorio?

—No me preguntaste. —Desenvainó su espada ilyria—. Basta de historia. —Dibujó cuatro líneas en la tierra, todas intersecadas para formar una estrella de ocho puntas—. Este es tu mapa para golpear con la espada. Estas ocho maniobras. Has aprendido seis de ellas. Hoy aprenderás las otras dos, y comenzaremos con las combinaciones.

—¿Por qué no usamos las técnicas de las valquirias —quiso saber Gwyn—, si las admirabas tanto?

—Porque no las conozco.

Nesta sonrió con suficiencia.

—Si vamos a ser valquirias redivivas —propuso—, tal vez deberíamos empezar a combinar las técnicas ilyrias con las técnicas de las valquirias.

Lo dijo en broma, pero las palabras retumbaron en el espacio, como si hubiera dicho una gran verdad, algo para que el destino se pusiera de pie. Azriel se volvió completamente hacia ellas, con los ojos entrecerrados. Como si aquellas sombras le hubieran susurrado algo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Nesta.

Cassian las miró a la cara. Como si hubiera visto algo que no había visto

antes.

Finalmente, habló con voz ronca.

—Hoy aprendemos técnicas ilyrias. —Le hizo una seña con la cabeza a Gwyn—. Mañana, tráeme cualquier información que tengas sobre el estilo de las valquirias.

—Hay una cantidad enorme —informó Gwyn—. Merrill está escribiendo un libro sobre el tema. Podría conseguirte una copia del manuscrito actual, ya que reúne casi toda la información.

Cassian pareció recuperar el control de cualquier emoción que se hubiera apoderado de él, pues se frotó la mandíbula. La sangre de Nesta vibró en respuesta.

—Algo nuevo —dijo él más para sí mismo que para los demás—. Algo viejo que se convierte en algo nuevo.

Volvió a sonreír, y Nesta descubrió que su boca se crispaba para responder con una sonrisa propia.

Especialmente cuando los ojos de Cassian se iluminaron.

—Está bien, señoras. Primera lección sobre las valquirias: ellas no se quejan por estar sudadas.

—¿Valquirias? —preguntó Feyre desde el otro lado de la mesa del comedor en la casa del río, a punto de llevarse el tenedor a la boca—. ¿En serio?

—De verdad —contestó Cassian, tomando un sorbo de su vino. Había bajado a la mansión para discutir qué hacer con las armas que Nesta había hecho… para saber cuál sería el voto de Feyre. Ella no había vacilado antes de decir que Nesta debía ser informada. Pero cuando se ofreció para decírselo ella misma, Cassian intervino. Él se lo diría a Nesta, cuando fuera el momento adecuado.

La única que no había votado era Mor, quien estaba en Vallahan intentando persuadir a sus gobernantes para que firmaran el nuevo tratado, y su ausencia estaba marcada por un lugar de honor reservado para ella en la mesa.

—Nunca oímos hablar de ellas en los territorios humanos —enfatizó Elain. Ella había estado tan fascinada como Feyre por el relato de Cassian, primero sobre Nesta, luego de la breve historia de las guerreras—. Debieron de haber sido unas criaturas temibles.

—Algunas eran tan hermosas como tú, Elain —precisó Rhys desde donde estaba junto a Feyre—, en su exterior. Pero una vez que ponían un pie en la arena de la batalla, se volvían tan sanguinarias como Amren.

Amren levantó su copa a modo de saludo.

—Me gustaban esas hembras. Nunca permitieron que un macho las mangoneara… aunque para mí su tonto rey estaba de más. Él es tan culpable de sus muertes como los ilyrios que se retiraron durante la batalla.

—No puedo discutirte eso —le aseguró Cassian. Le había costado mucho mucho tiempo superar aquella batalla. Nunca había vuelto a ese paso en las Montañas Gollian, pero los rumores aseguraban que sus rocas seguían siendo estériles, como si la tierra todavía llorara a las mujeres que habían dado su vida sin dudarlo, quienes se habían reído de la muerte y abrazaron la vida tan plenamente. Su primera amante más allá de las fronteras de la Corte Noche era parte de las fuerzas de las valquirias… una valiente hembra llamada Tanwyn cuya sonrisa era como una tormenta. Ella había luchado en esa batalla a la cabeza de las valquirias y nunca salió del paso. Cassian añadió tras un momento —: Nesta habría encajado bien entre ellas.

—Siempre pensé que ella había nacido en el lado equivocado del muro —admitió Elain—. Ella convertía los salones de baile en campos de batalla y conspiraba como cualquier general. Como vosotros dos —aseguró, a la vez que movía la cabeza señalando a Cassian, y luego, un poco más tímidamente, a Azriel.

Azriel le dirigió una leve sonrisa de la que Elain rápidamente apartó la mirada. Cassian escondió su perplejidad. Lucien ciertamente no estaba ahí para gruñirle a cualquier macho que la mirara demasiado.

Feyre finalmente tomó un buen bocado.

—Nesta es un lobo que ha estado encerrado en una jaula toda su vida.

—Lo sé —confirmó Cassian. Ella era un lobo que nunca supo cómo ser un lobo, gracias a esa jaula que los humanos llamaban decoro y sociedad. Y como cualquier animal maltratado, mordía a todo el que se le acercara. Por suerte a él le gustaba que lo mordieran. Por suerte él disfrutaba de los moretones y los rasguños que ella le dejaba en su cuerpo todas las noches, cuando se liberaba mientras él entraba y salía de ella.

Elain se inclinó hacia delante.

—Tú solo crees que la conoces… no la has visto en la pista de baile. Ahí es cuando Nesta realmente deja que el lobo deambule libremente. Cuando hay

música.

—¿De verdad?

Nesta ya se lo había dicho alguna vez, cuando la sacó a rastras de una sórdida taberna en particular. Ella le había dicho que estaba allí por la música. Pero él la ignoró y pensó que era una excusa.

—Sí —confirmó Elain—. Aprendió danza desde muy pequeña. A ella le encantaba, y también la música. No en la forma en que yo disfruto de un vals o de una gavota, sino en la forma en que los intérpretes la convierten en un arte. Nesta podría hacer que todo un salón de baile se detuviera disfrutando al verla bailar.

Cassian dejó su vino.

—Ella me mencionó las lecciones de baile hace algunas semanas. —Él había supuesto que esas lecciones eran el motivo por el que Nesta pudo dominar rápidamente el manejo de los pies y los ejercicios de equilibrio, a pesar de su dificultad inicial. La memoria muscular seguramente estaba intacta. Pero si la danza le había sido inculcada de manera tan implacable como cuando aprendió a luchar…

—Nesta solo tenía catorce años cuando fuimos al último baile antes… bueno, antes de que fuéramos pobres… —Elain sacudió la cabeza—. Había otra joven heredera en el baile, y definitivamente me odiaba. Ella era varios años mayor que yo, y yo nunca le había hecho nada para provocar su odio, pero creo…

—Sentía celos de tu belleza —explicó Amren, con una sonrisa divertida en sus labios rojos.

Elain se sonrojó.

—Es posible.

Definitivamente era eso. A pesar de que Elain apenas tenía trece años en ese momento.

—Bueno, Nesta vio cómo me trataba, vio sus crueldades al pasar y sus desaires disimulados, y esperó su momento. Esperó hasta aquel baile, cuando un apuesto duque del continente estaba allí para encontrar una novia. Su familia se había quedado sin dinero, razón por la cual él se había dignado a viajar… para atrapar a una novia rica que rellenara las arcas de su patrimonio. Nesta sabía que la heredera tenía los ojos puestos en él. La chica se había jactado de ello ante todas nosotras en el tocador en todos los bailes de las semanas anteriores.

»Nesta gastó una pequeña fortuna en el vestido y las joyas para esa noche.

Nuestro padre siempre le tuvo demasiado miedo como para decirle que no, y esa noche… Bien, realmente estaba preparada para jugar el papel de la hija del Príncipe de los Mercaderes. Un vestido de seda color amatista con hilos de oro, diamantes y perlas en el cuello y las orejas…

»Todos en el baile se detuvieron cuando Nesta entró. Hizo toda una entrada, perfectamente fría y distante, ya a los catorce años. Apenas miró en dirección al duque. Porque había averiguado algunas cosas sobre él. Sabía que se aburría de cualquiera que lo persiguiera. Y sabía que la riqueza que la cubría esa noche empequeñecía todo lo que llevaba la heredera.

Amren sonreía en ese momento.

—¿Nesta intentó seducir a un duque por despecho? ¿A los catorce años?

Elain no sonrió.

—Sí, le lanzó unas pocas miradas bien calculadas desde el otro lado del salón de baile para que él la sacara a bailar. El mismo vals que la heredera había planificado para asegurarse la pedida de mano. Nesta le quitó el baile. Y luego también le quitó al duque. Esa noche, Nesta bailó como si fuera uno de vosotros.

—Si has visto bailar a Cassian —murmuró Rhys—, eso no es decir demasiado.

Cassian le dirigió un gesto obsceno con la mano a su alto lord, mientras Feyre y Az se reían entre dientes.

Elain prosiguió, con la voz baja, en un tono casi reverencial.

—El duque era vanidoso, y Nesta se aprovechó de ello. Todos en el salón de baile se detuvieron. Bailaban maravillosamente bien y ella era hermosa. Y cuando terminó… entonces supe que era una artista. De la misma manera en que lo es Feyre. Lo que Feyre hace con la pintura, eso es lo que hacía Nesta con la música y la danza. Nuestra madre vio ese talento cuando éramos niñas y quiso cultivárselo para convertirlo en un arma. Todo para que Nesta algún día pudiera casarse con un príncipe.

Cassian se quedó paralizado. Un príncipe… ¿era eso lo que Nesta quería? Su estómago se contrajo.

—¿Qué pasó con el duque? —quiso saber Azriel.

Elain hizo una mueca.

—Le propuso matrimonio a la mañana siguiente.

Rhys se atragantó con su vino.

—Tenía catorce años.

—Eso mismo dijo mi padre: era demasiado joven. Fue una salida elegante,

ya que mi padre, a pesar de sus defectos, conocía bien a Nesta. Sabía que había seducido a ese duque solo para castigar a la heredera por su crueldad para conmigo. Nesta no tenía ningún interés en él… ella sabía que era demasiado joven. Aun cuando el duque parecía más interesado solo en… reservarla hasta que tuviera la edad suficiente. —El desagrado de Elain hizo que se estremeciera —. Pero creo que una parte de Nesta creía que efectivamente se casaría con un príncipe algún día. Así que el duque regresó a su hogar sin novia, y aquella heredera… Bueno, ella fue una de las personas que disfrutó con nuestras desgracias.

—Lo había olvidado —murmuró Feyre—. Había olvidado lo bien que bailaba.

—Nesta nunca habló de ello después —explicó Elain—. Yo solo observaba.

Cassian se dio cuenta de que Nesta estaba equivocada al pensar que Elain era leal y amorosa como un perro. Elain vio todo lo que Nesta había hecho y comprendió por qué.

—De modo que tu madre tergiversó la alegre creatividad de Nesta para convertirla en el arsenal de una trepa social, ¿no? —preguntó Amren con toda deliberación.

—Nuestra madre —intervino Feyre—, no era lo que uno llamaría una persona agradable. Nesta ha tomado sus propias decisiones, pero nuestra madre preparó el terreno.

Elain asintió con la cabeza, y cruzó las manos sobre el regazo.

—Estoy muy contenta de saber todo este asunto de las valquirias. Me alegra que Nesta se interese en algo de nuevo. Y podría canalizar todo… eso en ese sentido.

«Eso», Cassian lo sabía, se refería a su rabia, a su feroz e inquebrantable lealtad a aquellos que amaba, sus instintos de lobo y su habilidad para matar.

Pasaron a hablar de temas mucho más alegres, pero Cassian se quedó meditando sobre aquello durante toda la noche. Luchar era solo una parte de eso. El entrenamiento la mantendría, canalizaría esa rabia, pero tenía que haber algo más. Tenía que haber alegría.

Tenía que haber música.

Capítulo 45

—Creo que las valquirias eran todavía más sádicas que los ilyrios —gruñó Gwyn, y Nesta pudo ver que las piernas de la sacerdotisa temblaban al adoptar la posición ilustrada en uno de sus muchos volúmenes de investigación—. Por mucha serenidad mental que una tenga, nada me va a ayudar con estos ejercicios. ¿Cuál era la frase que ellas usaban? «Yo soy la roca contra la que chocan las olas». Aunque una roca nunca tuvo que aguantar una estocada.

—Esto es indignante —estuvo de acuerdo Emerie sin dejar de apretar los dientes.

Cassian jugueteó distraídamente con una larga daga en la mano.

—Os advertí que ellas eran guerreras frías como piedras.

Nesta jadeaba entre dientes a un ritmo constante.

—Tengo las piernas destrozadas.

—Todavía os faltan… veinte segundos. —Cassian miró el reloj que Azriel había sacado de la Casa y lo había dejado en la mesa donde estaba el agua. El cantor de sombras no estaba allí ese día, pero las sacerdotisas que normalmente entrenaban con él, tenían un estricto plan de clase.

Las piernas de Nesta se tambaleaban y ardían, pero enraizó su fuerza a través de los dedos de los pies, concentrándose en la respiración, la respiración, la respiración, hasta donde la técnica Serenar la Mente se lo permitiera. Buscó ese lugar de calma, donde pudiera estar más allá de sus pensamientos de dolor y de su cuerpo tembloroso, y estaba tan cerca, tan cerca… Si pudiera concentrarse, respirar más profundamente…

—Terminado —declaró Cassian, y las tres se dejaron caer sobre la tierra del suelo. Él se rio de nuevo—. Patético.

—Haz la prueba —jadeó Gwyn, tendida boca abajo—. Creo que ni tú podrías sobrevivir a esto.

—Gracias a los textos que me enviaste anoche, estuve aquí al amanecer haciendo los ejercicios —explicó. Nesta arqueó las cejas. Él no había estado en la cena y no la había buscado, pero estaba tan cansada después de algunas noches de dormir poco que no le importó—. Pensé que si iba a torturaros, al menos debería poder justificarlo. —Guiñó un ojo—. Exactamente en el momento en que os quejarais diciendo que debería sufrir igual que vosotras.

—Con razón tienes ese aspecto —murmuró Emerie, mientras se daba la vuelta para quedar acostada boca arriba y contemplar el vigorizante cielo otoñal. Los días habían abandonado todo intento de ser tibios, aunque el verdadero frío aún no había aparecido. El sol ofrecía una pizca de calor contra la brisa helada, una calidez que entibiaba los huesos y que Nesta saboreó mientras también permanecía acostada de espaldas.

—Me tomaré eso como un cumplido. —La sonrisa de él hizo tensar algo en la parte baja de las entrañas de Nesta.

Él la pilló mirándolo y esa sonrisa se volvió un poco más cómplice. Pero él simplemente le dijo:

—Si tuvieras que ponerle nombre a una espada, ¿cómo la llamarías?

—Majestad de Plata —respondió Gwyn, aunque no le habían preguntado a ella.

—¿En serio? —resopló Emerie.

—¿Y tú cómo la llamarías? —preguntó Gwyn a su vez.

Emerie lo pensó.

—Exterminadora de Enemigos, o algo así. Algo intimidante.

—¡No es mucho mejor!

Nesta frunció los labios ante aquellas burlas. Gwyn la miró, con mucho brillo en sus ojos verde azulados.

—¿Cuál es peor: Exterminadora de Enemigos o Majestad de Plata?

—Majestad de Plata —decidió Nesta, y Emerie gritó por su triunfo.

Gwyn agitó una mano, abucheando.

—¿Y tú cómo la llamarías? —volvió a preguntarle Cassian a Nesta.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Pura diversión.

Ella arqueó una ceja. Pero luego habló con toda sinceridad.

—Asesina.

Él bajó las cejas.

Nesta se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Es necesario ponerle nombre a una espada?

—Solo dime: si tuvieras que ponerle nombre a una espada, ¿cómo la llamarías?

—¿Le vas a dar una espada como regalo por el solsticio de invierno? —preguntó Emerie.

—No.

Nesta ocultó su sonrisa. A ella le encantaba eso… le encantaba cuando las tres se unían contra él, como leonas alrededor de un cuerpo muy musculoso y atractivo.

—Entonces ¿por qué sigues preguntando? —intervino Gwyn.

Cassian frunció el ceño.

—Curiosidad.

Pero apretó la mandíbula. No era eso. Había algo más. ¿Por qué querría él que ella le pusiera nombre a una espada?

—Ahora a trabajar —ordenó él golpeando las manos—. Vuestro descaro os va a costar el doble de repeticiones de estocadas.

Emerie y Gwyn se quejaron, pero Nesta miró fijamente a Cassian durante un momento más antes de seguir el ejemplo de ellas.

Ella todavía estaba pensando en eso cuando terminaron dos horas después, empapadas de sudor y con las piernas temblorosas. Emerie y Gwyn retomaron su conversación anterior y se dirigieron hacia donde estaba el agua.

Nesta observó a las dos cuando se alejaban y luego se volvió hacia Cassian.

—¿Por qué me insististe tanto para que le pusiera nombre a una espada?

Los ojos de él seguían fijos en Gwyn y Emerie.

—Solo quería saber qué nombre le pondrías.

—Eso no es una respuesta. ¿Por qué quieres saberlo?

Él cruzó los brazos y luego los bajó.

—¿Te acuerdas cuando fuimos al herrero?

—Sí. ¿Acaso él me va a regalar una espada para el solsticio de invierno?

—Ya te ha regalado tres. Las que tocaste.

Ella arqueó una ceja.

Él pateó el suelo.

—Cuando martilleaste esas armas, las dos espadas y la daga, las imbuiste de tu poder. El poder del Caldero. Ahora son espadas mágicas. Y no hablo de una

magia simpática y sencilla. Estoy hablando de una gran magia antigua que no se ha visto en mucho mucho tiempo. Ya no quedan armas mágicas. Ninguna. Todas se perdieron, o fueron destruidas o fueron arrojadas al mar. Y tú acabas de hacer tres. Creaste un nuevo Tesoro del Miedo. Hasta podrías crear más objetos, si lo desearas.

Las cejas de ella se elevaron más con cada palabra absurda.

—¿Que yo hice tres armas mágicas?

—Ni siquiera nosotros sabemos qué tipo de magia tienen, pero sí, eso hiciste.

Ella inclinó la cabeza. Emerie y Gwyn detuvieron su charla, como si pudieran ver o sentir el cambio producido en ella.

—¿A quién te refieres con «nosotros»?

—¿Qué?

—Dijiste «Ni siquiera nosotros sabemos qué tipo de magia tienen». ¿Quiénes son esos «nosotros»?

—Rhys, Feyre y los demás.

—¿Y cuánto hace que lo sabéis?

Cassian hizo una mueca al darse cuenta de su error.

—Yo… Nesta…

—¿Cuánto tiempo? —La voz de ella se volvió aguda como el cristal. Las sacerdotisas estaban mirando, pero no parecía importarle.

Al parecer, a él sí.

—Este no es el lugar para hablar de eso.

—Eres tú el que está tratando de sacarme un nombre en medio de mi entrenamiento. —Hizo un gesto señalando el *ring*.

La sangre martilleaba sus oídos y el rostro de Cassian se cubrió con una expresión de dolor.

—Siento que las cosas hayan surgido así. Discutimos sobre si decírtelo o no, pero votamos y resultó a tu favor. Porque confiamos en ti. Yo solo… no había tenido la oportunidad de mencionarlo todavía.

—¿Existió la posibilidad de que no llegaras a decírmelo? ¿Todos vosotros os reunisteis y me juzgasteis, y luego votasteis? —Algo muy dentro de su pecho se rompió al saber que cada cosa horrible relacionada con ella había sido analizada.

—Eso… Mierda. —Cassian quiso cogerle la mano, pero ella dio un paso atrás. Todas los estaban mirando—. Nesta, esto no es…

—¿Quién… votó… en contra?

—Rhys y Amren.

Aquello fue como un golpe físico. Lo de Rhys no lo sorprendió. Pero Amren, que siempre la había entendido más que los demás; Amren, que no le tenía miedo; Amren, con quien se había peleado tanto… Una pequeña parte de ella había esperado que Amren no la odiara para siempre.

La cabeza de Nesta permaneció en total silencio.

Los ojos de Cassian se agrandaron.

—Nesta…

—Estoy bien —dijo ella con frialdad—. No me importa.

Ella le permitió ver cómo fortalecía esos muros de acero dentro de su mente. Usó cada instante de la práctica de Serenar la Mente realizada con Gwyn para calmarse, concentrarse, estabilizarse. Inhalaba por la nariz, exhalaba por la boca.

Hizo ademán de acercarse a Emerie y a Gwyn, cuyos rostros estaban llenos de preocupación, de una manera que Nesta sabía que no merecía, de una manera que ella sabía que algún día desaparecería, cuando también se dieran cuenta de lo despreciable que ella era. Cuando Amren les dijera el patético desperdicio de vida que ella era, o cuando se enteraran por otra persona, y dejaran de ser sus amigas. Se preguntó si llegarían a decírselo en la cara, o si simplemente huirían.

—Nesta —dijo Cassian de nuevo. Pero ella abandonó el *ring* sin volver a mirarlo.

Emerie salió al instante pisándole los talones, y la siguió escalera abajo.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Nesta, su propia voz ajena a sus oídos—. Asuntos de la corte.

—¿Estás bien? —preguntó Gwyn, un paso detrás de Emerie.

No. Ella no podía detener el rugido en su cabeza, el crujido en su pecho.

—Sí —mintió, y no miró hacia atrás cuando llegó al rellano y desapareció por el pasillo.

Nesta llegó a su dormitorio, donde se preparó un baño. Sabía que Cassian llegaría en cualquier momento. Así que se paró junto a la bañera, con el agua saliendo a borbotones del caño, cuando él llamó a su puerta. Esperó a que se fuera, que la abandonara tal como todos los demás habían hecho, y luego cerró el chorro de agua.

—¿Ya se ha ido? —le preguntó a la Casa.

La puerta se abrió a manera de respuesta.

—Gracias. —Ella se dirigió al pasillo vacío. Quizá la Casa la ocultaba para no ser vista, pues no vio ni olió el menor rastro de Cassian mientras bajaba

apresuradamente el corto tramo de escalera cercano a su habitación. Hasta el final del pasillo. Justo a través de la arcada hacia aquella larga escalera.

Entonces, y solo entonces, dejó salir su furia. Entonces, y solo entonces dejó caer aquella frialdad y se entregó a la ira de su corazón.

Amren desconfiaba tanto de ella como para pensar que si se enteraba de que poseía el don de modificar el mundo podría ser peligrosa. Amren había compartido su sentir con los demás, y ellos habían votado.

Abajo y abajo y abajo.

Escalón a escalón, a escalón.

Vueltas y vueltas, y más vueltas.

No contó los escalones. No sentía el movimiento de las piernas. Solo existía el rugido de su sangre, el rugido en su cabeza y el crujido en el centro del pecho. Ningún intento de dominar la técnica Serenar la Mente podría acallarlos, sofocarlos.

El suelo estaba cada vez más cerca.

No podía pensar, solo podía moverse.

La escalera se hizo más cálida, más alejada del viento frío de arriba.

Amren había perdido toda esperanza respecto a ella. El debate acerca de enviarla ahí arriba había sido diferente… Nesta sabía que había surgido de un deseo de ayudarla. Al fin era capaz de reconocerlo.

Por el contrario, este debate tenía que ver con el miedo, con el odio que sentían hacia ella.

Los tejados se volvieron más claros. Le temblaban las piernas. No las sentía.

No sentía nada, salvo esa rabia fundida cuando la escalera de repente se detuvo, y ella se encontró ante una puerta.

Se abrió antes de que sus dedos pudieran tocar la manija. La luz del sol inundó el hueco de la escalera y dejó ver los adoquines al otro lado.

Con la rabia ondeando como una tormenta a su alrededor, Nesta, finalmente, puso un pie en Velaris.

Capítulo 46

No le prestó atención a la ciudad a su alrededor, ni a la gente que la miraba a la cara y mantenía la distancia o simplemente se ocupaba de sus asuntos. No le prestó atención a los vibrantes colores anaranjados, rojos y amarillos de los árboles otoñales ni al azul brillante del Sidra al cruzar alguno de los innumerables puentes que se alzaban sobre su cuerpo sinuoso para dirigirse a la orilla occidental.

Nesta se entregó a su furia. Más tarde, no recordaría que había corrido escalones arriba hasta el ático. Tampoco recordaría la caminata antes de golpear con la mano la puerta de madera. Esta se hizo añicos bajo su palma, y se quebró en astillas como si fuera de vidrio.

Amren y Varian estaban en la cama, la pequeña hembra estaba desnuda, montada sobre el príncipe de Adriata. Ambos se detuvieron. Amren se volvió hacia la puerta; Varian se enderezó y un escudo de agua los rodeó cuando Nesta entró gruñendo en la habitación.

—Tú. Tú pensaste que ni siquiera había que informarme acerca de lo que mi poder puede hacer.

Amren se movió con la rapidez de los altos fae, y se apartó de Varian, quien agarró una sábana para cubrirse mientras ella se ponía una bata de seda sobre el cuerpo. Ese muro de agua resplandeciente hacía que pareciera que estaban debajo de la superficie del océano. Amren le dirigió una mirada a Varian.

—Basta.

Él obedeció y salió de la cama para meter sus largas y musculosas piernas en los pantalones.

—Fuera —le gruñó Nesta.

Pero el príncipe de la Corte Verano miró a Amren, con el rostro tenso por la preocupación. Él permaneció quieto, dispuesto a defenderla. Nesta resopló. Una vez, Amren había sido esa persona para ella, la persona que sabía que la defendería en una pelea, que hablaría por ella. Amren le dirigió un gesto moviendo la cabeza, y Varian le lanzó a Nesta una mirada de advertencia antes de salir rápidamente de la habitación.

Presumiblemente para avisar a los demás, pero a Nesta no le importó.

Y tampoco le importó lo que dijo Amren:

—Supongo que ese bastardo bocazas habló más de lo necesario.

—Votaste en mi contra —dijo Nesta con una voz fría que contradecía la grieta abierta en su pecho.

—No has hecho nada para demostrar que eres capaz de manejar un poder tan terrible —explicó Amren con idéntica frialdad—. Tú misma me lo dijiste en aquella barcaza, cuando te alejaste de todo intento por dominarlo. Me ofrecí para enseñarte más, pero te fuiste.

—Me fui porque elegiste a mi hermana. —Tal como había hecho Elain. Amren había sido su amiga, su aliada y, sin embargo, al final, eso había importado poco. Ella había elegido a Feyre.

—No elegí a nadie, niña malcriada —espetó Amren—. Te dije que Feyre había pedido que tú y yo trabajáramos juntas de nuevo, y tú, de alguna manera, lo tergiversaste y me dijiste que yo me había puesto del lado de ella, ¿no? —Nesta no dijo nada—. Les dije que te dejaran en paz durante algunos meses. Me negué a hablar de ti con ellos. Y luego, me di cuenta de que mi comportamiento no te estaba ayudando, de que tal vez tu hermana tenía razón, ¿a eso le llamas traición?

Nesta se estremeció.

—Sabes lo que siento por Feyre.

—Sí, pobre Nesta, con una hermana menor que la ama tanto que está dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir su ayuda.

Nesta bloqueó el recuerdo de Tamlin en su forma de bestia, cómo había querido descuartizarlo miembro por miembro. Al final, ella no era mejor que él.

—Feyre no me ama. —Ella no se merecía el amor de Feyre. Tal como Tamlin tampoco se lo había merecido.

Amren soltó una carcajada.

—Que creas que Feyre no te ama solo demuestra que no eres digna de tu poder. Una persona tan voluntariamente ciega no puede ser de confianza. Serías

una pesadilla andante con esas armas.

—Ahora es diferente. —Esas palabras sonaron huecas. ¿Era diferente? ¿Ella era diferente de lo que había sido aquel verano, cuando ella y Amren se pelearon en la barcaza, y la total decepción de Amren por su fracaso era algo que por fin salía a la superficie?

Amren sonrió, como si ella también lo supiera.

—Puedes entrenar tanto como quieras, puedes hacer el amor con Cassian tan a menudo como quieras, pero nada de eso va a recomponer lo que está roto si no empiezas a reflexionar.

—No me sermonees. Tú… —Señaló a Amren y podría haber jurado que la hembra salió de la línea de fuego. Como había hecho Tamlin. Como si Amren también recordara que la última vez que Nesta había señalado a un enemigo había terminado con su cabeza cortada en las manos. Una risa triste brotó de su boca—. ¿Crees que te marcaría con una promesa de muerte?

—Casi lo hiciste con Tamlin el otro día. —Así que Cassian también les había contado eso—. Pero te diré de nuevo lo que te dije sobre aquella barcaza: creo que tienes poderes que aún no entiendes, ni respetas, ni controlas.

—¿Cómo te atreves a dar por supuesto que sabes lo que es mejor para mí?

Amren no respondió, y Nesta soltó un suspiro.

—Tú eras mi amiga.

Los dientes de Amren brillaron.

—¿Yo era tu amiga? No creo que sepas lo que esa palabra significa.

Sintió una punzada en el pecho, como si ese puño invisible la hubiera golpeado una vez más. Se oyeron pasos más allá de la puerta destrozada, y se preparó para cuando Cassian entrara rugiendo…

Pero era Feyre.

Tenía la ropa salpicada con pintura; una mancha blanca adornaba su pómulo pecoso. Varian debió de haber corrido semidesnudo por las calles para llegar a su estudio.

—Basta —ordenó Feyre jadeando.

Si Feyre notó las astillas y los escombros en el suelo o si se preocupó por ello, fue algo que no dejó traslucir mientras se acercaba.

—Nesta, siento que las cosas hayan surgido así —se disculpó Feyre.

—¿Cassian te lo ha contado? —¿Acaso había recurrido a Feyre, en lugar de ir a buscarla?

—No, pero puedo adivinarlo. No quiso ocultarte nada.

—Mi problema no es con Cassian. —Nesta miró fijamente a Amren—. Confiaba en que me apoyarías.

—Dejé de apoyarte en el momento en que decidiste usar esa lealtad como un escudo contra todos los demás.

Nesta gruñó, pero Feyre se interpuso entre ellas con las manos levantadas.

—Esta conversación se termina ahora. Nesta, vuelve a la Casa. Amren, tú… —Vaciló, como si pensara en si era prudente darle órdenes a Amren. Feyre terminó de hablar con cuidado—: Tú te quedas aquí.

Nesta soltó una carcajada.

—Tú eres su alta lady. No tienes por qué ocuparte de ella. No ahora que tiene menos poder que cualquiera de vosotros.

Los ojos de Feyre ardieron.

—Amren es mi amiga y ha sido miembro de esta corte durante siglos. Se merece mi respeto.

—¿Es respeto lo que ella te brinda? —espetó Nesta—. ¿Es respeto lo que tu pareja te ofrece?

Feyre se quedó inmóvil.

—Nesta Archeron —la advirtió Amren—, no digas una maldita palabra más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Feyre.

Pero a Nesta no pareció importarle. No podía pensar en medio de los rugidos.

—¿Acaso alguno de ellos te ha dicho, a su respetada alta lady, que el bebé que llevas en el vientre te matará?

—¡Cierra la boca! —le gritó Amren.

Pero esa orden fue suficiente confirmación.

—¿Qué quieres decir? —susurró otra vez Feyre, con su rostro cada vez más pálido.

—Las alas —dijo Nesta furiosa—. Las alas ilyrias del niño se quedarán atascadas en tu cuerpo fae durante el parto, y eso os matará a ambos.

El silencio recorrió la habitación, el mundo.

—Madja acaba de decir que el parto será peligroso —dijo Feyre suspirando —. Pero el Tallador de Huesos… El hijo que me mostró no tenía alas. —Se le quebró la voz—. ¿Acaso solo me mostró lo que yo quería ver?

—No lo sé —dijo Nesta—. Pero lo que sí sé es que tu pareja le ordenó a todo el mundo que nadie te informara de la verdad. —Se volvió hacia Amren—. ¿Todos vosotros también votasteis a favor? ¿Hablasteis de ella, la juzgasteis y la

considerasteis indigna de saber la verdad? ¿Cuál fue tu voto, Amren? ¿Dejar que Feyre muriera en la ignorancia? —Antes de que Amren pudiera responder, Nesta se volvió hacia su hermana—. ¿No te has preguntado por qué tu precioso y perfecto Rhysand se ha portado como un bastardo malhumorado durante todas estas semanas? Porque sabe que morirás. Él lo sabe, pero no te lo dijo.

Feyre empezó a temblar.

—Si muero… —Su mirada se desvió hacia uno de sus brazos tatuados. Levantó la cabeza, los ojos brillantes por las lágrimas y le preguntó a Amren—: ¿Tú… todos lo sabíais?

Amren lanzó una mirada fulminante en dirección a Nesta, antes de hablar.

—No queríamos alarmarte. El miedo puede ser tan mortal como cualquier amenaza física.

—¿Rhys lo sabía? —Las lágrimas corrían por las mejillas de Feyre y se mezclaban con las salpicaduras de pintura—. ¿Conocía esta amenaza a nuestras vidas? —Miró hacia abajo, a sí misma, a la mano tatuada con la que se tocaba el vientre.

Y Nesta supo entonces que ni una sola vez en su vida había sido amada por su madre tanto como Feyre amaba al niño que crecía dentro de ella.

Algo se rompió en Nesta… se rompió esa rabia, ese rugido… al ver las lágrimas caer en el rostro manchado de pintura de Feyre.

Ella había ido demasiado lejos. Ella… Oh, dioses.

—Creo que lo mejor, niña —intervino Amren—, sería que hablaras con Rhysand sobre este asunto.

Nesta no podía soportarlo… el dolor, el miedo y el amor en el rostro de Feyre mientras se acariciaba el vientre.

—Espero que estés contenta —le gruñó Amren a Nesta.

Nesta no respondió. No sabía qué decir ni qué hacer consigo misma. Simplemente se volvió sobre sus talones y salió corriendo del apartamento.

Cassian había ido a la casa del río. Ese fue su tercer error del día.

El primero fue lo torpe que había sido al preguntar por el nombre de una espada, lo que despertó la sospecha de Nesta. No había podido mentirle, de modo que le contó todo.

El segundo error fue dejar que Nesta se encerrara en su habitación y no irrumpir para hablar con ella. Dejar que se diera un baño, pensando que eso la iba a serenar. Él hizo lo mismo, y cuando salió, siguió su aroma hasta la escalera exterior, donde la puerta estaba abierta.

No tenía ni idea de si había logrado salir o si se había desplomado adentro, así que se dispuso a bajar los escalones. Diez mil escalones, siguiendo su aroma fresco y furioso.

Ella llegó al fondo. La puerta se había quedado abierta.

Él se lanzó al cielo, pues sabía que iba a tener problemas para rastrear su olor en la bulliciosa ciudad, con la esperanza de detectarla desde el aire. Él suponía que Amren estaba trabajando en la casa del río, así que ahí fue a donde se dirigió.

Pero Amren no estaba allí. Y tampoco Nesta.

Había llegado al estudio de Rhys cuando llegó la noticia. No con un mensajero, sino con Feyre… mente a mente con su pareja.

Rhys estaba en su escritorio, con el rostro tenso mientras hablaba con ella en silencio. En cuanto Cassian vio su expresión, supo con quién estaba hablando y permaneció inmóvil. Ninguno estaba ahí, lo que significaba que probablemente estaban en el apartamento de Amren, y si Feyre estaba informando sobre…

Cassian se dio la vuelta y se dispuso a ir hacia las puertas, sabiendo que podría estar allí en dos minutos de vuelo, rogando poder hacerlo con la suficiente velocidad…

—Cassian.

Cassian se congeló ante esa voz que rara vez había escuchado, y nunca dirigida a él.

—¿Qué pasa?

El rostro de Rhys estaba completamente sereno. Pero la muerte —negra y furiosa— cubría sus ojos, despojados de estrellas.

—Nesta consideró conveniente informar a Feyre del riesgo que corrían ella y el bebé —dijo Rhys con esa voz que parecía provenir del mismo infierno.

El corazón de Cassian comenzó a latir con fuerza. Incapaz de articular una sola palabra, dejó que su hermano, su alto lord, hablara.

—Saca a Nesta de esta ciudad. Ahora mismo. —El poder de Rhys retumbó en la habitación como una tormenta creciente—. Antes de que la mate, joder.

Capítulo 47

Cassian encontró a Nesta corriendo por una calle lateral, como si sospechara que Rhysand estaba a punto de emprender una cacería que solo su sangre derramada podría detener. Pero él sabía que ella solo huía de lo que había hecho, huía de sí misma. Que corría hacia una de esas tabernas que tanto le gustaban.

Cassian no le dio a Nesta la oportunidad de verlo mientras descendía por el callejón, para luego agarrarla por la cintura y por debajo de las rodillas, y salir ambos volando hacia el cielo.

Ella no se resistió, no dijo una palabra. Simplemente se echó en sus brazos, con la cara fría contra su pecho.

Cassian voló sobre la Casa del Viento para encontrarse con Azriel, esperándolo con un pesado paquete en la mano. Si eso se debía a una advertencia de Rhys, o al susurro de las propias sombras de Az, era algo que no sabía.

Cassian agarró el paquete, se lo colgó de una muñeca y gruñó debido al peso mientras sostenía a Nesta. Az no dijo nada cuando Cassian pasó junto a él a toda velocidad rumbo a los cielos del otoño.

Y no se atrevió a mirar hacia atrás, a la ciudad que quedó tras él.

No había sonidos en su cabeza, ni en su cuerpo. Ella sabía que Cassian la sostenía, sabía que volaron durante horas y horas, y no le importó.

Había hecho algo imperdonable.

Merecía que Rhysand la convirtiera en una bruma sangrienta. Deseó que Cassian no hubiera acudido a salvarla.

Volaron hacia las montañas hasta que el sol se ocultó detrás de ellas. Para cuando aterrizaron, su entorno estaba velado por la oscuridad. Cassian hizo una mueca mientras descendía, como si le doliera todo el cuerpo, y dejó caer a sus pies el paquete que Azriel les había dado.

—Acamparemos aquí esta noche —informó él en voz baja, con frialdad.

Ella no quería hablar. Estaba decidida a no decir una palabra más por el resto de su vida.

—Voy a hacer fuego —continuó él, y no había nada amable en su rostro.

Ella no pudo soportarlo. De modo que se dio la vuelta, para observar la pequeña área donde él había aterrizado… un sector plano de tierra seca justo debajo del saliente de una roca negra.

En silencio, caminó hacia la parte más profunda del saliente. En silencio, se acostó sobre la tierra dura y polvorienta, usó el brazo como almohada, y se acurrucó mirando hacia la pared de roca.

Cerró los ojos y se obligó a ignorar los chasquidos y los crujidos de la madera a medida que el fuego la consumía, se obligó a fundirse con la tierra, con la montaña, y así desaparecer para siempre.

Cassian.

La voz de Feyre llenó la mente de Cassian, sacándolo de su ensimismamiento mientras observaba las estrellas que aparecían en el amplio panorama celeste. Había conducido a Nesta a través del cielo azul hasta las Montañas Durmientes, la cordillera que separaba Ilyria de Velaris. Eran picos más pequeños, aún no en manos del invierno, con muchos ríos y animales para cazar.

Cassian.

Olvidé que puedes hablar con la mente.

Sonó su risa. *No puedo decidir si debería sentirme insultada o no. Quizá debería usar los dones de los daemati con más frecuencia*. Hizo una pausa antes de preguntarle: *¿Estás bien?*

Debería ser yo quien te preguntara a ti.

Rhysand exageró mucho. Reaccionó total y absolutamente de manera exagerada.

Cassian sacudió la cabeza, aunque Feyre no podía verlo.

Lamento que hayas tenido que enterarte así.

Yo no lo lamento. Estoy furiosa con todos vosotros. Entiendo por qué no me lo dijisteis, pero estoy furiosa.

Bueno, nosotros estamos furiosos con Nesta.

Ella tuvo el coraje de decirme la verdad.

Te dijo la verdad para lastimarte.

Quizá. Pero aun así, fue la única que se atrevió a decírmelo.

Cassian suspiró por la nariz.

Ella… Reflexionó. *Creo que vio los paralelismos entre las situaciones de ambas y, a su manera, decidió vengaros a las dos.*

Eso mismo pienso yo. Pero Rhys no está de acuerdo.

Ojalá te hubieras enterado de otra manera.

Bueno, ya no importa. Lo afrontaremos juntos. Todos nosotros.

¿Cómo puedes estar tan tranquila?

La alternativa es el miedo y el pánico. No dejaré que mi hijo sienta esas cosas. Lucharé por él, por nosotros, hasta el final.

Cassian sintió un nudo en la garganta.

Nosotros también lucharemos por ti.

Lo sé. Feyre volvió a hacer una pausa. *Rhys no tenía derecho a echarte de la ciudad, o a amenazar a Nesta. Está arrepentido. Quiero que regreses. Que regreséis los dos. ¿Adónde pensabais ir?*

A tierras salvajes. Cassian miró por encima del hombro, hacia donde Nesta había dormido durante las últimas horas, acurrucada hecha una bola apretada contra la pared de roca. *Creo que nos quedaremos aquí unos días. Nos vendrá bien hacer alguna caminata.*

Nesta nunca ha hecho una caminata en su vida. Te garantizo que no le hará ninguna gracia.

Entonces dile a Rhys que este es su castigo. Porque Rhys, a pesar de disculparse por sus amenazas, todavía estará furioso. *Dile que Nesta y yo vamos a pasar un tiempo en contacto con la naturaleza, y que regresaremos cuando yo decida que está lista para volver a casa.*

Feyre permaneció en silencio durante un largo minuto.

Dice que él sabe que se supone que debe decir que eso no es necesario, pero que te diga que, íntimamente, está encantado.

Bueno. Íntimamente me alegro de saberlo.

Feyre se echó a reír, y ese sonido fue una prueba de que ella podría haberse sentido dolida, sorprendida por la noticia, pero que de hecho se estaba adaptando a ella. No se dejaría acobardar por el miedo. No sabía por qué había esperado menos de ella.

Por favor, cuídala, Cassian, dijo Feyre. *Y cuídate tú también*.

Cassian miró a la hembra dormida, casi escondida entre las sombras de la roca.

Lo haré.

Capítulo 48

—Levántate.

Nesta se puso tensa, entreabrió un ojo para protegerse del brillo cegador del amanecer. Cassian estaba sobre ella, con un plato de lo que parecían ser hongos y tostadas en una mano. Le dolía todo el cuerpo por la dureza del suelo y el frío de la noche. Apenas había dormido. Casi todo el tiempo permaneció allí, acostada y mirando la roca, dispuesta a ignorar los sonidos del fuego, deseando desaparecer convertida en nada.

Se acomodó para sentarse y él le acercó el plato.

—Come. Tenemos un largo día por delante.

Ella levantó los ojos, pesados y doloridos, hacia el rostro de él.

No había nada cálido en él. Ningún desafío, ninguna luz. Solo el sólido guerrero frío como una piedra.

—Vamos a caminar desde el amanecer hasta el anochecer —dijo Cassian— con solo dos paradas durante todo el día. Así que come.

No le importaba. Ni comer, ni dormir, ni caminar. Nada de todo eso le importaba.

Pero Nesta se obligó a comer, sin hablar, mientras él apagaba el fuego que había encendido, concentrado solo en los ruidos de las maderas. Cassian metió rápidamente los pocos suministros de cocina, junto con el resto de la comida, en la mochila de lona.

La cogió y los músculos del antebrazo se tensaron a causa del peso, y caminó hacia ella antes de dejar caer la mochila entre los pies de Nesta.

—No puedo cargar una mochila tan grande en la espalda por las alas. Así que la llevarás tú.

¿Azriel ya lo sabía? Por el brillo helado y divertido en los ojos de Cassian, ella pensó que sí.

Nesta terminó su comida y como no tenía nada con qué lavar el plato, lo metió en la mochila.

—Puedes lavar los platos cuando lleguemos al río Gerthys a la hora del almuerzo —sugirió él—. Son unas seis horas de marcha desde aquí.

A ella no le importaba. No le importaba que la obligara a caminar y que la tratara como a una sirvienta. No arreglaría nada.

Ni a ella tampoco.

Nesta se puso de pie, y sus articulaciones emitieron un leve chasquido. Sentía el cuerpo rígido. No se molestó en volver a hacerse la trenza.

—Puedes hacer tus necesidades detrás de esa esquina. —Él movió la cabeza hacia la ligera curva en la pared del acantilado—. No hay nadie por aquí.

Ella hizo lo que él le dijo. Cuando regresó, él solo movió la cabeza para señalar la mochila.

—Cógela.

Nesta gruñó mientras lo hacía. Debía de pesar al menos un tercio de su propio peso. No pudo evitar que se le arqueara la espalda cuando la cargó sobre los hombros, pero finalmente logró hacerlo, retorciendo el cuerpo para acomodarla mejor. Se ocupó de las correas y las hebillas hasta que se quedó bien ajustada a la columna, el peso equilibrado entre el pecho y las caderas.

Cassian pareció considerar que lo había hecho bastante bien.

—Vamos.

Nesta dejó que él fuera delante y, a los diez minutos, tuvo que forzar la respiración. Le ardían las piernas mientras Cassian iba colina arriba, cortando camino por la ladera de la montaña. Él no le hablaba y ella tampoco a él.

El día era fresco, lo mejor que uno podría esperar, las montañas que los rodeaban se veían de un verde vibrante, los ríos color verde azulado eran tan claros que incluso, desde lo alto, ella pudo ver las piedras blancas que cubrían los lechos.

Nesta se entregó por completo… con el dolor de su cuerpo, con el jadeo de su respiración —tan agudo que parecía de vidrio— con los pensamientos que

rugían.

El sol trazó un arco a través del cielo, lo que hizo brotar el sudor en la frente de ella, en su cuello. El cabello le quedó empapado de sudor. De todos modos, caminaba, siguiendo a Cassian mucho más arriba cerca de la cima. Él llegó a un saliente rocoso, miró hacia atrás una vez para asegurarse de que ella lo seguía, luego desapareció… presumiblemente para ir cuesta abajo.

Ella llegó al saliente y contempló cuán empinada era la pendiente hacia abajo.

Él había dicho que se iban a detener en un río. Pues bien, allá, muy abajo se veía la ancha corriente de un río, medio envuelto por árboles. No parecía que fueran necesarias horas para llegar a él, pero… Cassian estaba cruzando la montaña, en lugar de ir derecho hacia abajo. Nadie podría descender directamente sin rodar hacia la muerte.

Un conjunto de músculos completamente desconocidos pronto comenzó a protestar por el descenso. Era peor que ir hacia arriba, se dio cuenta… sentía como si la mochila estuviera decidida a inclinarla hacia delante y hacerla caer hacia el valle y el río.

Cassian no se molestaba en elegir cuidadosamente donde dar sus pasos entre la hierba y las piedras pequeñas como hacía ella. Él, al menos, tenía la tranquilidad de tener alas. A esa altura, las nubes pasaban flotando como espectadores ociosos, sin que ninguna tuviera la misericordia suficiente como para ofrecer sombra contra el sol abrasador.

A Nesta le temblaban las piernas, pero seguía avanzando. Se agarraba de las correas de la mochila, que descansaban contra el pecho, y usaba los brazos para equilibrar su peso. Seguía a Cassian, montaña abajo, paso a paso, hora tras hora.

Ella caminaba, un pie tras otro, y no decía nada.

Se detuvieron para almorzar junto al río. Si es que un poco de queso duro y pan pueden ser considerados un almuerzo.

A Nesta solo le importaba que llenara su dolorida barriga. Solo le importaba que el río que había delante de ellos era claro y limpio, y ella estaba muerta de sed. Se dejó caer en la orilla cubierta de hierba, y se arrodilló para meter su

rostro en él. Suspiró debido al impacto del frío, luego se levantó y se llevó agua a la boca con una palma ahuecada una y otra vez, tragando y tragando.

Se apartó del río para acostarse de lado. Todavía le costaba un poco respirar.

—Tienes treinta minutos —le dijo Cassian desde donde estaba sentado en medio de la hierba alta que se mecía y bebía de su cantimplora—. Úsalos como más te guste.

Ella no dijo nada. Incluso asentir con la cabeza le pareció demasiado.

Él abrió la mochila y le arrojó una cantimplora.

—Llena esto. Si te desmayas, podrías caerte de la montaña y romperte cada uno de los huesos de tu cuerpo.

Ella no lo miró. No dejó que él viera la palabra en sus ojos. Bien.

Pero él permaneció inmóvil. Sus siguientes palabras fueron más amables… y esas también le molestaron.

—Descansa.

Cassian sabía que Nesta a menudo se odiaba a sí misma.

Pero nunca imaginó que ella se odiaba tanto como para querer… dejar de existir.

Él vio su expresión cuando mencionó el riesgo de caer.

Y él sabía que volver a Velaris no la iba a salvar de esa mirada. Él tampoco podía salvarla de esa mirada.

Solo Nesta podía salvarse de ese sentimiento.

La dejó descansar durante los treinta minutos prometidos, y tal vez todavía seguía un poco enfadado con ella, porque, antes de ponerse en marcha de nuevo, simplemente dijo:

—Vamos.

Ella lo siguió, sumida en un pesado y rebosante silencio. Tan silenciosa como una fila de burros de carga.

Conocía muy bien estas montañas ya que las había sobrevolado durante siglos. Allí vivían pastores, generalmente inmortales fae menores que preferían la soledad de las imponentes piedras verdes y parduzco-negras antes que zonas más pobladas.

Los picos no eran tan brutales y afilados como los de Ilyria, pero había algo en ellos que él no podía explicar del todo. Mor le había dicho que hacía mucho tiempo, estas tierras habían sido utilizadas para curar. Que la gente herida en cuerpo y espíritu se aventuraban por estas colinas, y por el lago que estaba a dos días y medio, para recuperarse.

Quizá por eso él había ido a ese lugar. Algún instinto había recordado la sanación, había sentido el corazón dormido de estas tierras y decidió llevar a Nesta.

Kilómetro tras kilómetro, con el silencio de ella como un espectro al acecho detrás de él, Cassian se preguntaba si aquello sería suficiente.

Capítulo 49

Estaban a mitad de camino de una montaña que parecía una simple colina a lejos cuando Cassian, que iba adelante, dijo:

—Acamparemos aquí para pasar la noche.

Se detuvo en un sitio que era un mirador sobre la ladera de la montaña, con el pico vecino tan cerca que podría haberlo golpeado con una piedra, separado solo por otro río que serpenteaba allá abajo, muy abajo. El suelo era pálido y polvoriento y, sobre todo, plano.

Nesta no dijo nada mientras subía tambaleándose hasta llegar al nivel del suelo, donde las piernas por fin pudieron aflojarse y se dejó caer al suelo polvoriento.

Polvo que sintió en la mejilla, pero no le importó, no mientras respiraba y respiraba, con el cuerpo tembloroso. No se iba a mover hasta el amanecer. Ni siquiera para ir al baño. Preferiría mojarse antes que tener que mover otro músculo.

Cassian habló desde el otro lado.

—Quítate la mochila antes de desmayarte así al menos podré prepararme la cena.

Sus palabras fueron frías, distantes. Apenas le había hablado en todo el día.

Ella se lo merecía… se merecía cosas peores.

Entonces soltó las correas que le cruzaban las caderas y el pecho. La mochila cayó al suelo, y ella se volvió sobre sí para empujarla hacia él con un pie. La pierna le tembló con el movimiento. Pero ella se forzó para enderezarse hasta que pudo apoyarse contra una pequeña roca.

Él agarró la mochila con apenas un gruñido, como si ella no hubiera estado sudando y temblando bajo su peso todo el día. Luego se alejó a zancadas hasta la maleza cercana, haciendo que las hierbas y arbustos altos hasta la rodilla susurraran.

El viento murmuró, serpenteando entre los picos. Las sombras lentamente avanzaron por las escarpadas laderas de las montañas; lo que quedaba del sol marcaba con oro los límites superiores, y el frío aumentaba con cada centímetro que entregaba a la oscuridad naciente.

El río rugía por un costado de la montaña, un torrente constante que ella había oído durante todo el día mientras caminaban, y sus numerosos rápidos eran apenas visibles desde el saliente. Incluso ahí, con la luz desvaneciéndose, los colores del río cambiaban, del pizarra al jade y al pino, mientras serpenteaba entre las montañas por el fondo del valle.

Todo estaba muy sereno, pero alerta, de alguna manera. Como si ella estuviera rodeada de algo antiguo y apenas despierto. Como si cada pico tuviera sus propios estados de ánimo y preferencias, como si las nubes se posaran en ellos o los evitaran, o los árboles cubrieran sus laderas o las dejaran desnudas. Sus formas eran tan peculiares y extensas que parecía haber sido el lugar donde alguna vez los gigantes se hubieran acostado junto a los ríos, para cubrirse con una manta y quedarse allí dormidos para siempre.

La idea de dormir seguramente la llevó a cerrar los ojos, ya que lo siguiente que supo fue que el mundo estaba oscuro, salvo por las estrellas y la luna casi llena, tan brillante que no hubo necesidad de hacer fuego. Aunque a ella podría haberle sido útil ese calor. Cassian yacía a unos metros de distancia, de espaldas a ella, y la luz de la luna daba brillo a sus alas.

Le había dejado un plato de comida: pan, queso duro y una especie de carne seca. Pero ella no lo tocó. Ignoró las quejas de su estómago.

Se limitó a crujirse el cuello, se envolvió con una manta, y se acostó en el suelo. Volvió a deslizar un brazo por debajo de la cabeza y cerró los ojos contra el frío.

Durante los dos días siguientes, solo veía la parte posterior de la cabeza de Cassian.

Durante los dos días siguientes, Nesta no habló.

Cada guijarro y cada piedra parecían estar listos para hacerla tropezar o para torcerle el tobillo, o para abrirse camino hacia el interior de sus botas.

Se acercaba la tarde del día siguiente y las nubes se movían por encima de los picos con un viento rápido, cuando su cabeza comenzó a latir. La luz del sol se volvió demasiado brillante; le picaba el sudor.

A pesar de los días de caminata, solo habían recorrido unos pocos picos. Las montañas sobre las que Cassian sobrevolaba veloz, eran interminables yendo a pie. Ella no le preguntó en qué se basaba para elegir el camino correcto. Tampoco le preguntó adónde iban. Simplemente lo seguía, con los ojos fijos en su espalda.

Vista que se volvió borrosa cuando su cabeza, cuando todo su cuerpo se tambaleó ligeramente.

Trató de tragar saliva y descubrió que su garganta estaba tan seca que la lengua se le había pegado al paladar. La despegó. Agua… ¿cuándo fue la última vez que bebió un sorbo de agua? Su cantimplora estaba en la parte superior de la mochila, pero detenerse, sacarla… No tenía ganas de desabrochar las correas. Y tampoco de pedirle a él que necesitaba hacer una pausa.

La noche anterior fue igual que la previa: ella llegó al campamento, se dejó caer y apenas pudo quitarse la mochila antes de quedarse dormida. Se despertó más tarde y encontró un plato de comida fría a su lado, cubierto con un paño fino para protegerlo de los elementos. Comió mientras él dormía, y luego volvió a cerrar los ojos.

Solo el puro agotamiento podía provocar el estado de inconsciencia que ella ansiaba. Cada vez que se detenían durante el día, estaba tan cansada que caía de rodillas y arrojaba la mochila. Y durante la pausa en movimiento, estaba tan cansada que no podía pensar en la ruina en que se había convertido y, muy en el fondo, en la ruina que siempre había sido. Ningún entrenamiento, ningún aprendizaje sobre las valquirias y su Serenar la Mente podía ayudarla. Nada podía ayudarla.

Así que el agua podía esperar. Porque detenerse era permitir que esos pensamientos aparecieran, aun cuando se arrastraban detrás de ella como sombras de plomo, más pesados que la mochila.

Nesta se torció el tobillo con una piedra suelta, y apretó los dientes de dolor, pero continuó adelante. Cassian no había tropezado ni siquiera una vez. Ella lo

sabía. Lo observaba todo el día. Pero él tropezó en ese momento. Nesta se tambaleó hacia delante, pero…

No. Era ella. Era ella la que caía.

Cassian estaba a mitad de camino por el lecho seco del río cuando crujieron y rodaron piedras detrás de él.

Se dio la vuelta y encontró a Nesta boca abajo. No se movía.

Lanzó una maldición y corrió por el pedregoso sendero, y se arrodilló junto a ella. Las piedras afiladas le lastimaron las piernas a través de los pantalones, pero no le importó, no mientras le daba la vuelta, con el corazón acelerado.

Se había desmayado. Se sintió profundamente aliviado, pero…

Se dio cuenta de que llevaba horas sin mirarla. Una especie de película blanca cubría sus labios y tenía la piel enrojecida y sudorosa. Agarró la cantimplora en su cinturón, desenroscó la tapa, y puso la cabeza de Nesta en su regazo.

—Bebe —ordenó mientras le abría la boca.

Nesta se movió, pero no se resistió cuando le echó un poco de agua por la garganta. Fue suficiente para que ella abriera los ojos. Los tenía vidriosos.

—¿Cuándo fue la última vez que bebiste agua? —le preguntó Cassian.

El brillo de su mirada se agudizó. Era la primera vez que lo miraba de verdad en tres días enteros. Pero ella solo cogió la cantimplora y bebió hasta vaciarla.

Cuando terminó, gimió y se apartó de su regazo.

—Deberías haber bebido agua durante todo el día —espetó él.

Ella miró las rocas a su alrededor.

Él no podía soportar esa mirada… la vacuidad, la indiferencia, como si ya no le importara vivir o morir ahí, en ese mundo deshabitado.

A él se le retorció el estómago. El instinto le gritó que la abrazara para consolarla y calmarla, pero otra voz, una antigua y sabia voz, le susurró que siguiera adelante. Una montaña más, le decía esa voz. Solo una montaña más.

Él confió en esa voz.

—Acamparemos aquí esta noche.

Nesta no trató de levantarse, y Cassian buscó un espacio más plano. Allí, unos seis metros arriba del lecho del río y hacia la izquierda. Bastante plano.

—Vamos —la instó—. Unos metros más y podrás dormir.

Ella no se movió. Como si no pudiera.

Él se dijo a sí mismo que era porque se había desmayado y que tal vez no estuviera en condiciones de seguir, y caminó hacia ella. Se agachó y la cargó en sus brazos, con mochila y todo.

Ella no dijo nada. Absolutamente nada.

Pero él sabía que la tormenta estaba por llegar. Sabía que Nesta hablaría de nuevo, y cuando lo hiciera, sería mejor que estuviera listo para capear la situación.

Nesta encontró otro plato esperándola cuando se despertó en la oscuridad. La luna llena había mostrado su rostro, tan brillante que las montañas, los ríos, el valle estaban lo suficientemente iluminados como para que incluso las hojas de los árboles allá abajo fueran visibles. Nunca había visto algo semejante. Parecía un territorio secreto, dormido, olvidado por el tiempo.

Nesta se sintió insignificante ante la magnitud de lo que estaba contemplando, como una de las piedras que aún tintineaban en su bota. Era un bendito alivio, ser nada, ser nadie.

No recordaba haberse quedado dormida, pero amaneció y estaban de nuevo en movimiento. Se dirigían al norte, le dijo él, y le mostró, en un raro momento de urbanidad, que los lados cubiertos de musgo de los árboles siempre estaban orientados en esa dirección, lo que lo ayudaba a mantener el rumbo.

Durante el almuerzo le dijo que había un lago. Llegarían a él esa noche y se quedarían allí uno o dos días.

Ella apenas escuchó. Un pie tras otro, kilómetro tras kilómetro, subiendo y bajando. Las montañas la miraban, el río le cantaba, como guiándola hacia ese lago.

Por mucho que conectara su cuerpo con la naturaleza, nada de eso la convertiría en mejor persona. Ella lo sabía. Se preguntó si él también lo sabía. Se preguntó si él pensaba que hacer esas caminatas con ella era un ejercicio inútil.

O tal vez era como una de las historias antiguas que le contaban cuando era niña: él, cazador de una reina malvada, que la llevaba a las profundidades del mundo salvaje antes de arrancarle el corazón.

Ella deseaba que lo hiciera. Deseaba que alguien le arrancara del pecho esa maldita cosa. Deseaba que alguien sofocara aquella voz que susurraba todas las cosas horribles que había hecho en su vida, todo pensamiento horrible que había tenido, todas las personas a las que había fallado.

Ella nació mal. Nació con garras y colmillos y nunca pudo evitar usarlos, nunca pudo contener la parte de ella que rugía ante la traición, que podía odiar y amar con una violencia mayor que nadie jamás entendió. Elain había sido la única que tal vez lo comprendió, pero ahora su hermana la detestaba.

No sabía cómo solucionarlo. Cómo dejar de ser así.

No recordaba un solo momento en el que no hubiera estado enfadada. Quizá antes de que su madre muriera, pero incluso entonces su propia madre había estado amargada, desdeñosa de su padre, y el desdén de su madre se había convertido en el suyo propio.

Ella no podía reprimir esa ira implacable, demoledora. No podía dejar de atacar antes de ser herida.

No era mejor que un perro rabioso. Se comportó como tal con Amren y Feyre. Una bestia, exactamente como Tamlin.

¿Merecía ser tenida en cuenta… valía la pena ser tenida en cuenta?

Esa era la pregunta que hacía que todo dentro de ella se derrumbara.

Nesta atravesó la colina que había sobrevolado previamente Cassian, y un brillante lago color turquesa apareció ante ellos. Estaba ligeramente hundido entre dos picos, como si un par de manos verdes hubieran sido ahuecadas para contener el agua dentro de ellas. Piedras grises cubrían la orilla.

Nesta no vio el lago, ni las piedras, ni la luz del sol, ni el verde.

Su visión se volvió borrosa y le ardían los ojos, como si se los hubieran agujereado para dejar pasar las lágrimas.

Llegó hasta las piedras antes de caer de rodillas, con tanta fuerza que la roca le golpeó los huesos. ¿Acaso merecía ser tenida en cuenta?

Ella sabía la respuesta. Siempre la había sabido.

Cassian se volvió hacia ella, pero Nesta tampoco lo vio, ni escuchó sus palabras.

No, pues ella sepultó la cara entre sus manos y lloró.

Capítulo 50

Nesta soltó un llanto desgarrador que brotó de sus entrañas. No podía parar.

Se arrodilló en la orilla de ese lago de montaña y se abandonó por completo.

Dejó que todo pensamiento horrible la golpeara, la recorriera. Se permitió ver el rostro pálido y devastado de Feyre cuando le reveló la verdad, mientras dejaba que su propia ira y dolor la dominaran.

Nunca podría sobrevivir a su culpa. No tenía sentido intentarlo. Sollozó en la oscuridad de sus manos.

Y luego las piedras hicieron clic. Una presencia cálida y constante apareció junto a ella. Él no la tocó, pero sintió su voz muy cerca.

—Estoy aquí.

Empezó a sollozar más fuerte. No podía parar. Como si se hubiera roto un dique y solo fuera suficiente dejar que el agua siguiera su curso, que la arrasara y la atravesara.

—Nesta.

Los dedos de Cassian rozaron su hombro.

Ella no podía soportar ese contacto. La bondad contenida en él.

—Por favor —imploró ella.

Sus primeras palabras en cinco días.

Él no se movió.

—¿Por favor qué?

Ella se inclinó hacia él.

—No me toques. No… no seas amable conmigo. —Las palabras eran un revoltijo ondulante de sollozos.

—¿Por qué?

La lista de razones brotó, luchando por salir, por expresarse, y ella las dejó decidir. Las dejó fluir a través de ella, a la vez que dejó salir un susurro.

—Lo dejé morir.

Él se quedó callado.

A través de las manos con las que se cubría el rostro, continuó susurrando.

—Él vino para salvarme, y luchó por mí, y lo dejé morir con odio en mi corazón. Odio a él. Murió por mi culpa. —Se le quebró la voz y lloró con más fuerza—. Y fui muy horrible con él, hasta el final. Fui muy muy horrible con él toda mi vida… y de todos modos él me amaba de alguna manera. No me lo merecía, pero él me amaba. Y lo dejé morir.

Se inclinó sobre sus propias rodillas, hablando entre las palmas de sus manos.

—No puedo deshacerlo. No puedo arreglarlo. No puedo hacer que no esté muerto, no puedo arreglar lo que le dije a Feyre, no puedo arreglar ninguna de las cosas horribles que he hecho. No puedo arreglarme a mí misma.

Sollozó con tanta fuerza que pensó que su cuerpo se iba a romper. Quería que su cuerpo se desmoronara como un huevo roto, quería que lo que quedaba de su alma se alejara de ella con el viento de la montaña.

—No puedo soportarlo —susurró.

—No es tu culpa —dijo Cassian en voz baja. Ella sacudió la cabeza, el rostro todavía entre las manos, como si eso la protegiera de él, pero él agregó—: La muerte de tu padre no fue culpa tuya. Yo estuve ahí, Nesta. También busqué una salida. Y no había nada que pudiera haberse hecho.

—Podría haber usado mi poder, podría haberlo intentado…

—Nesta. —Su nombre fue un suspiro… como si él estuviera dolido. Entonces sus brazos la envolvieron, y la apretó contra su propio cuerpo. Ella no se resistió, no cuando la acomodó contra su pecho. Envuelta en la fuerza y la calidez de él.

—Yo podría haber encontrado una manera. Debería haber encontrado una manera.

Una mano de él comenzó a acariciarle el cabello.

Todo el cuerpo de ella, hasta los huesos, tembló.

—La muerte de mi padre es… es la razón por la que no soporto las fogatas.

La mano de él se detuvo, y luego continuó.

—¿Por qué?

—Los troncos… —Ella se estremeció—. Se quiebran. Suenan como huesos

resquebrajándose.

—Como el cuello de tu padre.

—Sí —suspiró ella—. Eso es lo que oigo. No sé cómo voy a poder no recordar la imagen de su cuello rompiéndose cuando estoy cerca de una fogata. Es… es una tortura.

Él continuó acariciándole la cabeza.

Una oleada de palabras se amontonaba para salir de ella.

—Debí haber encontrado una forma de salvarnos antes. Salvar a Elain y a Feyre cuando éramos pobres. Pero estaba furiosa, quería que él lo intentara, que luchara por nosotros, pero no lo hizo, y de haber sido por mí hubiera dejado que nos muriéramos de hambre con tal de demostrar lo miserable que era él. Eso me consumió tanto que… que dejé que Feyre entrara en ese bosque y me dije a mí misma que no me importaba, que ella estaba medio loca, y no importaba y, sin embargo… —Dejó escapar un grito desgarrador—. Cierro los ojos y la veo saliendo de casa para cazar por primera vez. Veo a Elain entrando en el Caldero. La veo cautiva de él durante la guerra. Veo a mi padre muerto. Y ahora veré la cara que puso Feyre cuando le dije que el bebé la iba a matar. —Se estremeció y tembló, y las lágrimas corrían ardientes por sus mejillas.

Cassian siguió acariciándole el cabello, la espalda, mientras la sostenía junto al lago.

—Me odio a mí misma —dijo ella—. Odio cada parte de mí que… hace esas cosas. Y, sin embargo, no puedo evitarlo. No puedo derribar esa barrera, porque dejarla caer, dejar que entre todo… —Eso era lo que iba a pasar. Ese lío de chillidos y de llanto en el que ella se había convertido—. No puedo soportar estar en mi cabeza. Me resulta insoportable oír y ver todo, una y otra vez. Eso es todo lo que oigo: el chasquido de su cuello. Las últimas palabras que me dijo. Que me amaba. —Y susurró—: No me merecía ese amor. No merezco nada.

Las manos de Cassian se estrecharon sobre ella, y las manos de ella cayeron cuando hundió su rostro en la chaqueta de él y lloró en su pecho.

Él habló después de un momento.

—Puedo contarte más sobre mi madre, y de qué manera su muerte casi me destruye. Puedo contarte en detalle todo lo que hice después, y lo que me costó. Puedo contarte sobre la década que me llevó trabajar en ello. Puedo contarte cuántos días y cuántas noches sufrí durante los cuarenta y nueve años que Amarantha mantuvo cautivo a Rhys, sintiéndome culpable porque no estuve allí para ayudarlo, porque no pude salvarlo. Puedo decirte que todavía lo miro y sé

que no soy digno de él, que le fallé cuando me necesitó… eso me impide a veces dormir. Puedo decirte que he matado a tanta gente que he perdido la cuenta, pero recuerdo la mayoría de sus rostros. Puedo contarte que escucho hablar a Eris y a Devlon y a los demás y, en el fondo, sigo creyendo que soy un bruto bastardo que no vale nada. Que no importa cuántos Sifones tenga o cuántas batallas haya ganado, porque les fallé a las dos personas que más quiero cuando más me necesitaban.

Ella no pudo encontrar las palabras para decirle que estaba equivocado. Que él era bueno, valiente y…

—Pero no voy a contarte todo eso —le aseguró, dándole cariñosamente un beso en la frente.

El viento pareció detenerse, la luz del sol en el lago se hizo más brillante.

—Te voy a decir que lo vas a superar —le dijo él—. Que vas a enfrentar todo esto y lo vas a superar. Que estas lágrimas son buenas, Nesta. Estas lágrimas significan que te preocupas. Te voy a decir que no es demasiado tarde. Y no puedo decirte cuándo ni cómo, pero las cosas van a estar mejor. Lo que sientes, esa culpa, ese dolor y ese desprecio por ti misma…, lo vas a superar. Pero solo si estás dispuesta a luchar. Solo si tú estás dispuesta a enfrentarlo, abrazarlo y atravesarlo, para emerger en el otro lado de todo esto. Y tal vez sigas sintiendo ese tipo de dolor, pero por supuesto que existe el otro lado. Un lado mejor.

Ella se apartó entonces de su pecho. Y clavó sus ojos en los suyos, que emitían destellos plateados.

—No sé cómo llegar a ese punto. No creo que se capaz de hacerlo.

—Lo eres. Lo he visto… he visto lo que puedes hacer cuando estás dispuesta a luchar por las personas que amas. ¿Por qué no aplicas esa misma valentía y esa lealtad contigo misma? No digas que no te lo mereces. —Él le cogió suavemente la barbilla—. Todo el mundo se merece la felicidad. El camino para alcanzarla no es fácil. Es largo, duro y a menudo se viaja completamente a ciegas. Pero hay que seguir adelante. —Él movió la cabeza en dirección a las montañas, al lago —. Porque sabes que el destino valdrá la pena.

Ella lo miró fijamente, a este macho que había caminado con ella durante cinco días casi en silencio, a la espera, ella lo sabía, de ese momento.

—Todas las cosas —espetó ella— que he hecho antes…

—Déjalas en el pasado. Discúlpate con quien sientas la necesidad de hacerlo, pero deja esas cosas atrás.

—El perdón no es tan fácil.

—El perdón es algo que también nos otorgamos a nosotros mismos. Y puedo hablar contigo hasta que estas montañas se derrumben a nuestro alrededor, pero si no deseas ser perdonada, si no quieres dejar de sentirte así… eso no ocurrirá. —Le puso las manos en las mejillas, y los callos rasparon su sobrecalentado cutis—. No necesitas convertirte en un ideal imposible. No necesitas volverte dulce y simpática. Puedes mostrarles a todos esa mirada de «mataré a mis enemigos», que es mi favorita, por cierto. Puedes conservar esa agudeza que tanto me gusta, ese atrevimiento y esa audacia. No quiero que pierdas esa parte de ti que te define.

—Pero aun así, no sé cómo arreglarme a mí misma.

—No hay nada roto que arreglar —replicó él con fiereza—. Solo sanar las heridas emocionales, esas partes de ti que te duelen demasiado… y que quizá también lastiman a los que te rodean.

Nesta sabía que él nunca lo habría dicho, pero ella lo vio en su mirada… Sabía que lo había lastimado. Muchas veces. Lo sabía, pero verlo de nuevo en su rostro… Ella levantó la mano y la posó sobre su mejilla, demasiado agotada como para preocuparse por la suavidad del tacto.

Cassian le acarició la mano y cerró los ojos.

—Estaré contigo en cada paso del camino —le susurró en la palma de la mano—. No me apartes. Si quieres caminar en silencio durante una semana, está bien. Siempre que me hables al final.

Ella le acarició el pómulo con el pulgar, maravillada ante él… ante sus palabras y ante su belleza. Una parte esencial de ella pareció encajar en su lugar. Una pieza que susurró: «Inténtalo».

Cassian abrió los ojos y eran tan hermosos que casi le robó el aliento. Nesta se inclinó hacia delante hasta que sus cejas se tocaron. Y a pesar de todo lo que rebosaba en su corazón, todo lo que fluía a través de su cuerpo, todo tan seguro y verdadero, simplemente susurró:

—Gracias.

Estalló la tormenta, y Cassian se llevó una gran sorpresa. Esperaba una rabia capaz de derribar montañas. No lágrimas suficientes para llenar el lago.

Cada sollozo le había roto el corazón.

Cada temblor de su cuerpo mientras las palabras salían de ella lo habían hecho trizas. Hasta que no pudo evitar abrazarla para consolarla.

Ella no oía el crujido de la madera en un fuego, sino la rotura de los huesos. Él debería haberlo sabido.

¿De cuántas fogatas había retrocedido Nesta, no por oír la madera sino el cuello roto de su padre? En la fiesta del solsticio de invierno del año anterior, estaba pálida y retraída…, mucho peor que de costumbre. Y en aquel enorme salón donde habían estado festejando había una hoguera enorme y crepitante. Y la habían mantenido encendida y ruidosa toda la noche.

Cada chasquido de los troncos le habría recordado a su padre. Cada uno habría sido brutal. Insoportable. Y cuando de repente se alejó corriendo de la casa de la ciudad al final de la fiesta… ¿había sido para escapar de ellos, o para liberarse de aquel sonido? Tal vez ambas cosas, pero… él deseó que ella hubiera dicho algo. Deseó, por lo menos, haberlo sabido.

Y joder, ¿cuántos fuegos había encendido estos últimos días? La primera noche, ella se había acurrucado lo más lejos posible de la llama. Había dormido con un brazo sobre la cabeza. Tapándose los oídos. Que la Madre lo maldijera. Y en la herrería, cuando pidió trasladarse a un lugar más fresco y tranquilo… lejos del crujido de la fragua… Se había necesitado más coraje de lo que él había calculado para que ella pidiera regresar al taller, a las llamas, para martillear aquellas espadas.

Ella había estado sufriendo y él no tenía ni idea de cuánto eso consumía cada aspecto de su vida. Él había visto el odio que sentía Nesta hacia sí misma, la ira… pero no se había dado cuenta de hasta qué punto era ella consciente de ello. Cuánto la había consumido. No podía soportarlo. Saber que a ella le había dolido tanto, durante tanto tiempo.

Cassian la abrazó en la orilla del lago hasta que se puso el sol, hasta que salió la luna, y se quedaron allí, escuchando la respiración el uno del otro, como si el mundo se hubiera inundado con sus lágrimas, como si ambos estuvieran esperando para ver qué aparecía una vez retrocedieran las aguas de la inundación.

El lago brillaba como un espejo plateado a la luz de la luna, tan brillante que podría haber sido el anochecer.

El estómago de Cassian gruñó de hambre, pero mientras la luna se elevaba, le dio un beso en la cabeza.

—Levántate.

Ella se revolvió aferrada a él, pero obedeció. Él gimió. Tenía las piernas entumecidas de estar sentado durante tanto tiempo, y se levantó con ella. Ella se envolvió con sus propios brazos. Como si se replegara detrás de esa pared de acero dentro de su mente, de su corazón.

Cassian sacó la espada ilyria que llevaba enfundada en la espalda.

Brilló con la luz de la luna cuando la extendió en dirección a ella con la empuñadura hacia delante.

—Cógela.

Ella parpadeó con los ojos todavía hinchados por las lágrimas, y la cogió. Sus brazos se aflojaron, arrastrados por el peso después de tanto tiempo de práctica con las espadas de madera.

Cassian dio un paso atrás.

—Muéstrame la estrella de ocho puntas —dijo luego.

Ella estudió la hoja y luego tragó saliva. Sus gestos eran abiertos, temerosos, pero tan confiados que Cassian casi se cae de rodillas. Él movió la cabeza en dirección a la hoja.

—Muéstramela, Nesta.

Lo que fuera que ella buscó en el rostro de él, lo encontró. Amplió su posición y apoyó los pies en las piedras. Cassian contuvo la respiración mientras ella adoptaba la primera posición.

Nesta alzó la espada y ejecutó un perfecto corte en arco. Su peso se trasladó a sus piernas justo cuando giró la hoja, manejada con la empuñadura, y levantó el brazo contra un golpe invisible. Otro giro y la espada se deslizó hacia abajo, un corte brutal que habría partido a un oponente por la mitad.

Ejecutó cada movimiento a la perfección. Como si aquella estrella de ocho puntas estuviera grabada en su propio corazón.

La espada era una extensión de su brazo, una parte de ella tan propia como su cabello o su aliento. Cada movimiento florecía con un propósito y con precisión. A la luz de la luna, ante el lago plateado, ella era lo más hermoso que él jamás había visto.

Nesta terminó la octava maniobra y volvió a colocar la espada en el centro.

La luz de sus ojos brillaba más que la luna.

Era tanta la luz y la claridad que él solo pudo susurrar:

—Otra vez.

Con una suave sonrisa que Cassian nunca había visto antes, de pie sobre la orilla del lago, bañada por la luz de la luna, Nesta repitió cada movimiento.

Parte tres
Valquiria

Capítulo 51

—¿Así que lo que quieres decirme —murmuró Emerie mientras estaban en el campo de entrenamiento dos días después— es que te peleaste con tu familia, desapareciste durante una semana con Cassian, y regresaste siendo capaz de usar una espada real, y se supone que debo creerte cuando dices que no pasó nada?

Gwyn se rio disimuladamente, con su atención puesta en atar una cinta de seda blanca a un poste de madera que se alzaba a un costado del *ring*. Ni la cinta ni el poste estaban allí hacía una semana, y Nesta no tenía ni idea de cómo habían fijado la madera en la piedra, pero ahí estaba.

El viento fresco de la mañana despeinó a Nesta.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

—Dime que al menos tuviste una semana de buen sexo —murmuró Emerie.

Nesta se atragantó con la risa cuando Cassian se puso rígido al otro lado del campo de entrenamiento, pero sin darse la vuelta.

—Tal vez.

Después de aquella noche junto al lago, ella y Cassian se habían quedado allí durante dos días enteros, a veces entrenando con la espada, a veces haciendo el amor como animales en la orilla, en el agua, apoyados sobre una roca mientras ella gemía el nombre de él tan fuerte que hacía eco entre los picos que los rodeaban. Él la había poseído una y otra vez, y ella lo arañaba y le rasgaba la piel cada vez que lo hacían, aferrándose a él como si quisiera que sus almas se fusionaran.

Habían regresado la noche anterior, y ella estaba demasiado cansada como para aventurarse a ir a la habitación de él. Supuso que lo habían citado en la casa del río, porque no estuvo en la cena ni la buscó.

De todos modos, ella no estaba lista para ver a Feyre. A pesar de lo que le había confesado a Cassian, afrontaría ese paso pronto.

—Hecho —proclamó Gwyn. La cinta blanca ya ondeaba en el viento, sujeta en el poste. Detrás de ellos, algunas de las sacerdotisas que se ejercitaban con Azriel se habían dado la vuelta curiosas. El cantor de sombras se cruzó de brazos e inclinó la cabeza, pero permaneció en su mitad del *ring*.

Cassian, por su parte, se acercó a la obra de Gwyn e hizo pasar la seda blanca entre dos dedos. Nesta no pudo evitar sonrojarse.

Él había hecho lo mismo junto al lago: después de penetrarla con los dedos, la miró fijamente mientras los frotaba, probando la suavidad de la humedad de ella sobre su piel, tal como estaba tocando la cinta. Por la forma en que sus ojos color avellana se oscurecieron, Nesta supo que él estaba recordando lo mismo.

Cassian se aclaró la garganta.

—Explícalo —le ordenó a Gwyn.

Gwyn enderezó sus hombros.

—Esta es la prueba de la valquiria para saber si tu entrenamiento está completado y estás lista para la batalla: cortar la cinta por la mitad.

Emerie resopló.

—¿Qué?

Cassian emitió un sonido contemplativo y señaló en dirección a la otra mitad del *ring*.

—Az me ha comentado que también empezasteis el trabajo preliminar con las espadas de acero mientras estuvimos ausentes. —Movió la cabeza hacia Gwyn y Emerie. Gwyn estaba mirando a Azriel, quien observaba en silencio—. Mostradme lo que habéis aprendido. Cortad la cinta en dos.

—¿Si cortamos la cinta en dos —quiso saber Emerie dirigiéndose a Gwyn con cautela—, entonces nuestro entrenamiento se dará por finalizado?

Gwyn volvió a mirar a Azriel, quien se acercó más.

—No estoy del todo segura —respondió ella.

Cassian soltó la cinta.

—El entrenamiento de un guerrero nunca finaliza, pero si puedes cortar esta cinta en dos, con un solo corte, entonces diría que puedes defenderte de la mayoría de los enemigos. Incluso si solo has entrenado por un corto tiempo. —Ante el silencio de todas, él las miró—. ¿Quién es la primera?

Nuevamente, las tres intercambiaron miradas. Nesta frunció el ceño. La primera se llevaría probablemente la peor parte de la humillación. Gwyn negó

moviendo la cabeza. De ninguna manera sería ella.

La boca de Emerie se abrió de golpe.

—¿Por qué yo? —quiso saber.

—¿Qué? —preguntó Cassian, y Nesta se dio cuenta de que no habían estado hablando.

—Tú eres la mayor —replicó Gwyn, empujando a Emerie hacia la cinta.

Emerie se quejó, pero se acercó a la cinta, y de mala gana cogió la espada que Cassian le ofrecía. Azriel murmuró algo por encima del hombro a las sacerdotisas a su cargo mientras observaban. Instantáneamente comenzaron a moverse de nuevo. Pero la atención de Azriel permaneció fija en la cinta.

—¿Apostamos algo? —le preguntó Gwyn a Nesta.

—Cállate —susurró Emerie, aunque sus ojos se iluminaron pues aquello le hizo gracia.

Nesta sonrió.

—Adelante, Emerie.

Emerie, maldiciendo en voz baja y con las alas bien recogidas, levantó la espada de manera casi perfecta e hizo un corte dirigido a la cinta.

La seda blanca ondeó y envolvió la hoja. Y de ninguna manera la cortó en dos.

—Admitamos que ya sabíamos que eso era lo que iba a suceder —afirmó Emerie, y mostró los dientes mientras lanzaba otro golpe con la espada. La cinta siguió flameando intacta.

Cassian le dio a Emerie una palmada en el hombro.

—Parece que te veré en el entrenamiento mañana.

—Imbécil —murmuró Nesta.

Cassian se echó a reír y le quitó la espada a Emerie, y —en ese mismo instante— se volvió sobre sí a la vez que daba un golpe bajo y equilibrado con la espada.

La mitad inferior de la cinta cayó al suelo. Un corte perfecto.

—¡Al menos yo puedo cortar la cinta! —exclamó sonriendo.

Nesta no olvidó aquel movimiento cortante. No mientras terminaban la sesión de entrenamiento de ese día, y ciertamente no cuando arrastró a Cassian escalera

abajo, directamente al dormitorio de él, con el deseo rugiendo en sus venas.

Cassian aparentemente sintió lo mismo, ya que apenas habló en esos últimos y escasos minutos, sus ojos resplandecían. Solo llegaron hasta el escritorio, contra la pared, antes de que ella lo agarrara… en el mismo momento en que él la empujaba sobre la superficie de madera y le quitaba los pantalones.

Inclinada sobre el escritorio, con la mitad inferior completamente al descubierto, Nesta apoyó sus doloridos pezones sobre la superficie de madera, saboreando el brutal impulso. No se quitó ni siquiera la chaqueta, ni la camisa, ni las botas. Solo los pantalones, bajados hasta los tobillos, lo que restringía aún más sus movimientos. Dejándola completamente a merced de él.

Y cuando su pene finalmente se hundió profundamente en ella, ambos gimieron. Él estaba de pie detrás de ella, con una mano apoyada en el escritorio y la otra agarrándole la cadera, desatando su pasión con lentas embestidas. Nesta se retorció de placer.

—Podría estar haciéndote el amor durante días —susurró él sobre el cuello sudoroso de ella—. Estoy totalmente impregnado de ti —gruñó, y la mano en la cadera de ella se deslizó para juguetear con el vértice de sus muslos.

—Cassian —suspiró ella ante el provocativo primer toque.

La penetró a un ritmo constante y profundo. El deslizamiento líquido de su pene dentro de ella resonó obscenamente por el dormitorio, por lo demás silencioso. Sus testículos rozaban su sexo, provocándole un cosquilleo con cada fuerte empujón.

—Más fuerte. —Ella quería tenerlo impreso en sus huesos—. Más fuerte.

—Joder —explotó él con un suspiro, y se apartó de donde estaba aferrado—. Agárrate al escritorio —ordenó, y Nesta se estiró para cogerse de los bordes justo cuando las manos se posaron en sus caderas. Él se inclinó hacia delante apretándose contra sus muslos y las piernas de Nesta se abrieron aún más…

Las exquisitas y castigadoras embestidas eran tan profundas que ella pudo sentir cómo su pene rozaba sus paredes más íntimas. Era más grande que cualquiera que ella hubiese experimentado anteriormente. Él se volvió salvaje, implacable. Cada empujón salvaje la hacía avanzar lentamente contra el escritorio, donde la madera y los papeles jugueteaban con sus endurecidos pezones, mientras su cuerpo se retorcía, gritando de puro placer.

Los dedos de Cassian se hundieron en sus caderas con tanta fuerza que Nesta supo que le iba a dejar marca, lo cual le encantaba. Él cambió de posición y el pene se hundió todavía más profundamente, frotándose contra ese punto, y los

sonidos que salían de ella no eran humanos, ni fae, sino algo mucho más primitivo.

—Sí, joder —gruñó él al sentir el abandono de ella—. Eso es, Nesta. —Él reforzó cada palabra con un salvaje empujón—. ¿Te gusta así?

Ella gimió su confirmación y luego logró decir:

—Me gusta cuando me posees con dureza. Cada vez que me muevo y me duele el cuerpo… —Tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar las palabras. Para recuperar el control—. Pienso en ti. En tu miembro.

—Bien. Quiero que mi miembro sea lo único en lo que pienses. —Su ritmo se aceleró cuando le lamió los huesos del cuello. Ella pudo escuchar la sonrisa burlona en las palabras de él cuando le susurró—: Porque solo pienso en tu coño.

Al oír ese lenguaje soez, se le encogieron los dedos de los pies. Pero ella no le iba a dejar ganar esta vez, no cuando de alguna manera aquello se había convertido en una competencia para ver quién conseguía que el otro llegara primero al orgasmo, así que susurró:

—Me encanta llenarme con tu semen. Me encanta sentir cómo se desliza por mis muslos después.

—Joder —soltó él, y sus movimientos fueron tan salvajes, tan desenfrenados que Nesta solo logró mantener los pies en el suelo porque estaba agarrada al borde del escritorio—. ¡Joder!

Cassian eyaculó con un rugido, y ella alcanzó el clímax al sentir el chorro en lo más profundo de su ser, arrancándole un grito tan fuerte que él le tapó la boca con una mano. Nesta le mordió los dedos y él siguió entrando y saliendo de su cuerpo, derramando su semen dentro de ella. Hasta que volvió a recorrer sus muslos desnudos.

—No tienes ni idea de lo que acabas de poner en marcha —le susurró él al oído, frotando su zona más sensible con lentos movimientos circulares.

Nesta no respondió mientras sus dedos se deslizaban sobre ella, y otro orgasmo le robó el aliento.

Nesta no se aventuró a bajar a la ciudad para ver a Feyre. O a Amren.

Pero volvió a la escalera. No había podido llegar al fondo de nuevo. Una parte de ella sabía que si quería, podía conseguirlo… Pero no lo hizo.

Así que siguió intentado bajar la escalera durante toda una semana, para llegar siempre a la mitad antes de regresar, sus piernas parecían de gelatina al regresar al pasillo superior.

Era de esperar, dado que sus brazos también parecían de gelatina. Sí, manejaba la espada con todo el cuerpo, pero lo que más le dolía eran los brazos. Y no ayudaba de ninguna manera el hecho de que hubieran comenzado a trabajar con los escudos.

Nadie había logrado cortar la cinta de Gwyn en dos.

Todas lo intentaban al principio y al final de cada lección, y todas fallaban. A Nesta comenzó a molestarle el hecho de ver una cinta en cualquier lugar: sujetando el cabello rojo de Roslin, doblada en el cajón de accesorios de su tocador, e incluso la que usaba como marcador en la última novela romántica que Emerie le había prestado. Todos se reían de ella.

Así que Nesta ensayó los pasos, practicó y falló. Se llevó a Cassian a la cama todas las noches y a veces durante el día, aunque nunca dormían juntos. Ni una sola vez. Hacían el amor, se entregaban de manera salvaje, pero luego se separaban.

No importaba que algunas noches ella quisiera que se quedara.

Quería rodar junto a él y acurrucarse en su calor para quedarse dormida con el sonido de su respiración. Pero él siempre se iba antes de que ella reuniera al coraje para pedírselo.

Nesta estaba hojeando un libro de historia militar en la biblioteca… uno que tenía solo un párrafo sobre las estrategias de emboscada de las valquirias, cuando apareció Gwyn.

—Dime que has descubierto su secreto para cortar la cinta.

—Tú y esa cinta —murmuró Nesta y cerró el libro. De todas ellas, Gwyn se había convertido en la más decidida a lograrlo.

Gwyn se cruzó de brazos y la pálida túnica crujió. Hizo una mueca de dolor y se frotó el hombro.

—¿Sabías que los escudos pesaban tanto? Yo lo ignoraba. No es de extrañar que las valquirias aprendieran a usarlos como armas tan mortíferas como sus espadas. —Suspiró—. Debía de ser todo un espectáculo verlas en batalla: abriendo cráneos enemigos golpeándolos con escudos; arrojándolos para derribar a un oponente antes de ensartarlo… —Volvió a frotarse el hombro—. Seguro que tenían los músculos de los brazos duros como el acero.

Nesta resopló.

—Por supuesto. —Ladeó la cabeza—. Ahora que estás aquí, quiero pedirte un favor.

Gwyn arqueó una ceja.

—¿Sobre el Tesoro?

—No. —Nesta sabía que tenía que hacer una adivinación pronto respecto del Arpa. Había perdido una semana entera en las montañas, y si la reina Briallyn ya tenía la Corona… No tenía mucho tiempo. Y dijo—: Hace un tiempo mencionaste que hay servicios nocturnos, con música, ¿es correcto?

Gwyn sonrió.

—Oh, sí. ¿Quieres unirte a nosotras? Te aseguro que no todo son cosas religiosas. Quiero decir, lo es, pero es hermoso. Y la cueva en la que se desarrolla el servicio también es hermosa. Fue tallada por el río subterráneo que fluye debajo de la montaña, por lo que las paredes son lisas como el vidrio. Y es acústicamente perfecta: la forma y el tamaño del espacio amplifican y aclaran cada voz en su interior.

—Parece algo celestial —admitió Nesta.

—Lo es. —Gwyn sonrió de nuevo, sus ojos se iluminaron orgullosos—. Algunas de las canciones son tan antiguas que son anteriores a la palabra escrita. Algunas son tan viejas que ni siquiera las teníamos en Sangravah. Clotho las encontró en libros guardados debajo del nivel siete. Hana, la que toca el laúd, descubrió la manera de leer la música.

—Allí estaré. —Nesta movió los pies—. Creo que lo necesito. —Ante la mirada burlona de Gwyn, Nesta dijo—: Yo… —Buscó la forma más suave de decirlo—. Yo…

Gwyn metió las manos en los bolsillos de la túnica, con ojos expectantes, a la espera.

Nesta finalmente habló, permitiéndose pronunciar las palabras.

—Después de la guerra, yo estaba atravesando un mal momento. Todavía estoy ahí, supongo, pero durante más de un año después de la guerra… —No pudo mirar a Gwyn a los ojos—. Hice muchas cosas de las que me arrepiento. Herí a gente a la que más quería. Y me lastimé a mí misma. Bebía todo el día y toda la noche y yo… —no quería utilizar la palabra «fornicar» con Gwyn, de modo que dijo—: metía a extraños en mi cama. Para castigarme, para ahogarme. —Encogió un hombro—. Es una larga historia, y no es una que valga la pena contar, pero también elegí frecuentar tabernas y salones de placer debido a la

música. Siempre me ha gustado la música. —Se preparó para recibir un juicio condenatorio. Pero solo el dolor cubrió el rostro de Gwyn.

Nesta tomó aire y continuó hablando.

—Probablemente hayas adivinado que mi residencia en la Casa, mi entrenamiento, mi trabajo en la biblioteca es el intento de ayudarme de mi hermana. —Esa hermana a la que todavía no había pedido disculpas, a quien todavía no tenía el coraje de enfrentar—. Y yo… creo que tendría que alegrarme de que Feyre hiciera esto por mí. La bebida, los machos… no extraño nada de eso. Pero la música… eso sí que lo echo de menos. —Nesta agitó una mano, como si pudiera desterrar la vulnerabilidad que había mostrado. Y prosiguió—: Y dado que no soy particularmente bienvenida en la ciudad, esperaba que tu invitación para participar de uno de tus servicios siguiera en pie. Solo para poder volver a escuchar algo de música.

Los ojos de Gwyn brillaron, como la luz del sol en un mar cálido. El corazón de Nesta tronaba, esperando su respuesta.

—Tu historia vale la pena ser contada, lo sabes —dijo Gwyn.

Nesta comenzó a objetar, pero Gwyn insistió.

—Claro que vale la pena. Y sí, si quieres música, entonces ven a los servicios. Estaremos encantadas de recibirte. Yo sobre todo.

Hasta que Gwyn se enterara de lo horrible que ella había sido.

—No —replicó Gwyn, aparentemente después de leer ese pensamiento en el rostro de su amiga. Le cogió la mano—. Tú… yo te entiendo. —Nesta escuchó el propio corazón de Gwyn palpitando con fuerza—. Te entiendo —repitió Gwyn—, entiendo lo que significa… fallarles a las personas que más nos importan. Vivir con miedo de que la gente lo averigüe. Tengo miedo de que Emerie y tú lleguéis a conocer mi historia. Sé que una vez que eso ocurra, nunca volverás a mirarme de la misma manera. —Gwyn apretó la mano de Nesta.

Dejarían su historia para más tarde. Nesta le dejó ver en su cara, que cuando estuviera lista, nada de lo que pudiera revelar la haría alejarse de ella.

—Ven al servicio esta noche —insistió Gwyn—. Ven a escuchar la música. —Le apretó la mano de nuevo—. Siempre serás bienvenida, Nesta.

No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba escuchar algo así. Le devolvió el apretón de mano a Gwyn.

Capítulo 52

Los bancos de madera que llenaban la enorme caverna de piedra roja estaban ocupados por muchas pálidas figuras encapuchadas, con sus gemas azules brillando a la luz de las antorchas mientras esperaban que comenzara el servicio vespertino. Nesta ocupó un lugar en un banco de atrás, y recibió algunas miradas curiosas de las hembras encapuchadas que pasaban cerca, pero ninguna le dirigió la palabra.

Había un estrado en uno de los extremos, aunque no había ningún altar. Un pilar de piedra natural se alzaba desde el suelo, con la parte superior aplanada como si se tratara de un podio. Nada más. Sin efigies ni ídolos, sin muebles dorados.

Una figura de cabello plateado recorrió el pasillo, un viento frío le pisaba los talones, y las demás le abrieron un amplio espacio. Nesta se puso rígida cuando los ojos de color crepuscular de Merrill se posaron en ella y se entrecerraron al reconocerla… y lo hizo con odio. Pero la hembra siguió avanzando hacia su lugar en el estrado, donde aguardaba Clotho. Todavía no había ni rastro de Gwyn.

Las últimas sacerdotisas ocuparon los asientos disponibles, y se hizo el silencio cuando un grupo de siete mujeres subieron al estrado junto a Merrill y Clotho. Algunas encapuchadas; otras con la cabeza descubierta. Y una de esas sacerdotisas con la cabeza descubierta…

Gwyn. Sus ojos brillaban con picardía y deleite cuando se encontraron con los de Nesta, como si estuvieran diciendo: «Sorpresa».

Nesta no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Una campana sonó siete veces en algún lugar cercano, y el sonido resonó entre las piedras, entre los pies de Nesta. Cada repique era una citación, un reclamo para concentrarse. Todos se levantaron al séptimo repique. Nesta observaba aquel mar de túnicas pálidas y piedras azules cuando toda la estancia pareció tomar aliento.

Cuando la séptima campana terminó de sonar, estalló la música.

No provenía de ningún instrumento, sino de todas partes. Como si todas fueran una sola voz, las sacerdotisas comenzaron a cantar. Fue una oleada de chispeantes sonidos.

Nesta no pudo menos que quedar boquiabierta ante la encantadora melodía, las voces del frente de la caverna conducían, y se elevaban más alto que las demás. Gwyn cantaba con la barbilla en alto. Un tenue resplandor parecía irradiar de ella.

La música era pura, antigua. En ella alternaba el susurro y la audacia; por un momento era como una hilacha de niebla, y luego como un rayo de luz dorada. Cuando terminó, Merrill habló sobre la Madre y el Caldero, sobre la tierra, el sol y el agua. Habló de bendiciones, sueños y esperanza. De misericordia, de amor y de crecimiento.

Nesta escuchó a medias, pues esperaba que el sonido, el perfecto y hermoso sonido empezara de nuevo. Gwyn parecía brillar de orgullo y satisfacción.

Merrill terminó la oración y el grupo dio comienzo a otra canción.

Una trenza de siete voces, que se tejían y se destejían, con hebras individuales que juntas formaban un patrón. A mitad de la canción apareció un tambor en la mano de la cantante del extremo izquierdo. Un arpa comenzó a sonar, rasgueada por las manos de una cantante en el extremo derecho. Un laúd sonó desde el centro.

Nesta nunca había escuchado ese tipo de música. Era como un hechizo, como un sueño que adquiría forma. Todas en la cueva cantaban, y cada voz resonaba entre las piedras.

Pero la voz de Gwyn se elevó por encima de todas, clara y poderosa y a la vez áspera en algunas notas. Una *mezzosoprano*.

La palabra flotó desde las profundidades de la memoria de Nesta, expresada por un tutor de música de ojos acuosos que rápidamente declaró que para Nesta no había esperanza de cantar o de tocar algún instrumento, pero que era poseedora de un oído inusualmente fino.

La canción terminó, y más plegarias y palabras fluyeron de la boca de

Merrill. Clotho permanecía en silencio a su lado. Luego comenzó otra canción… esta era más alegre, más rítmica. Como si las canciones fueran una progresión. Esta era un cántico cadencioso, cuyas palabras caían unas sobre otras como agua bailando ladera abajo en la montaña, y Nesta golpeaba el suelo con el pie siguiendo el ritmo. Nesta podría haber jurado que debajo de la túnica de Gwyn, el pie de la sacerdotisa estaba haciendo lo mismo. Las palabras y las melodías bailaban dando vueltas y vueltas, hasta que las paredes zumbaron con la música, hasta que la piedra pareció responder a ese canto.

Terminaron, y empezaron otra canción… La introducción fue un vibrante redoble de tambor, luego una sola voz. Luego se unió el arpa, y con ella una segunda voz. Luego el laúd, junto con una tercera. Las tres cantaban alternándose y entremezclándose, otra trenza de voces y melodías. Llegaron al segundo verso, y las otras cuatro se unieron, y la caverna con ellas.

La voz de Gwyn se elevó como un pájaro a través de la caverna cuando comenzó la tercera canción con un solo, y Nesta cerró los ojos para dejarse llevar por la música, cerraba un sentido para deleitarse con el sonido de su amiga. Algo le llamó la atención en la canción de Gwyn, de un modo que no lo habían hecho las otras. Como si Gwyn la estuviera llamando, su voz llena de sol y alegría, de inquebrantable determinación. Nesta nunca había escuchado una voz como la de Gwyn… por momentos una voz entrenada, por momentos salvaje, como si hubiera mucho sonido luchando por liberarse de Gwyn sin que ella pudiera contenerlo. Como si el sonido necesitara estar suelto en el mundo.

Las otras se unieron a Gwyn en el segundo verso y las armonías del arpa se elevaron por encima de su canción, como arcos de notas sin palabras.

Con los ojos cerrados, solo importaba la música… la canción, las voces, el arpa. Daban vueltas alrededor de ella, como si hubiera sido arrojada a un estanque de sonido, un estanque sin fondo. La voz de Gwyn se elevó de nuevo, y sostuvo una nota tan alta que era como un rayo de luz pura, penetrante y convocante. Otras dos voces entraron para unírsele, pulsando alrededor de esa nota alta repetida, con el arpa aún resonando, las voces seguían susurrando y fluyendo, arrullando a Nesta que descendía y descendía hacia un lugar puro y antiguo donde no existía el mundo exterior, ni había tiempo, no había nada que no fuera música en sus huesos, con las piedras a sus pies, a su lado, arriba.

La música adquirió forma detrás de los ojos de Nesta mientras las sacerdotisas cantaban versos en lenguas tan antiguas que ya nadie las usaba. Apreció que la canción hablaba de tierra cubierta de musgo y sol dorado, de ríos

claros y de las profundas sombras de un bosque milenario. El arpa sonaba y las montañas se extendían adelante, como si un velo se hubiera limpiado con la vibración de esas cuerdas, y ella volaba hacia ellas… hacia una enorme montaña velada por la niebla, la tierra estéril salvo por el musgo y las piedras y un mar gris y tormentoso alrededor de ella. La montaña tenía dos picos en la cima, y las piedras que sobresalían de sus lados estaban talladas con extraños símbolos antiguos, tan antiguos como la canción misma.

El cuerpo de Nesta se derritió, sus huesos y las piedras de la caverna eran un recuerdo lejano mientras ella fluía hacia el interior de la montaña, donde pudo ver imponentes portones tallados. Los atravesó hacia una oscuridad tan completa que era primigenia; una oscuridad que estaba llena de seres vivos, de seres terribles.

Un sendero conducía a la oscuridad, y ella lo siguió. Pasó junto a puertas sin picaportes, selladas para siempre. Sintió que había horrores que acechaban detrás de esas puertas, uno de ellos destacaba del resto… un ser de niebla y odio… pero la canción la llevó más allá de todos ellos, invisible y sin marcas.

Este lugar era absolutamente letal. Un lugar de sufrimiento, de rabia y de muerte. Su alma se estremeció al vagar por sus pasillos. Y aunque había pasado junto a la puerta que la mantenía a salvo de ese ser de odio…, sabía que la observaba. Ella se negó a mirar hacia atrás para reconocerlo.

Así que Nesta descendió y descendió, guiada por el arpa y las voces que sonaban, hasta que se detuvo ante una roca. Puso una mano sobre ella para saber si era solo una ilusión, y pasó a través de ella, hasta otro largo pasillo, debajo de la montaña misma, y luego se detuvo en una caverna, casi idéntica a aquella donde cantaban las sacerdotisas, como si estuvieran unidas en canto y sueño.

Pero en lugar de piedra roja, estaba tallada en roca negra.

Había símbolos grabados en el suelo liso, en las paredes curvas, símbolos que llegaban hasta un techo tan alto que se perdía en la penumbra. Hechizos y protecciones pulsaban por todo el ámbito, pero allí, en el centro de aquel espacio, sobre el suelo, como si hubiera sido colocada por alguien que simplemente se olvidó de ella y se alejó…

Allí, en el centro de la cámara, había una pequeña arpa de oro.

El frío la atravesó y eso le aclaró lo suficiente las ideas como para darse cuenta de dónde estaba. Y también se dio cuenta de que la música de las sacerdotisas la había adormecido en trance profundo, de que sus propios huesos

y la piedra de la montaña que la rodeaba eran sus herramientas de adivinación, y entonces se trasladó hasta ese lugar…

El Arpa brillaba en la oscuridad, como si poseyera su propio sol dentro del metal y las cuerdas. «Hazme sonar —parecía susurrar—. Hazme cantar otra vez. Une tu voz a la mía».

Acercó una mano a las cuerdas. «Sí».

El Arpa suspiró y produjo un zumbido cuando la mano de Nesta se acercó. «Abriremos puertas y senderos; nos moveremos juntas por el espacio y los milenios. Nuestra música nos liberará de las reglas y los límites terrenales».

«Sí». Ella tocaría el arpa y no habría nada más que música hasta que las estrellas se apagaran.

«Toca. Hace tanto tiempo que deseaba sonar —dijo el Arpa, y ella podría haber jurado que escuchó una sonrisa dentro del sonido—. ¿Qué podría desbloquear mi canción aquí?». Una risa fría y sin humor se deslizó por los huesos de Nesta. El Arpa cantó de nuevo:

«Toca. Toca…».

La canción se detuvo y aquella visión se hizo añicos.

Las rodillas de Nesta cedieron cuando regresó a la cueva. Cayó desmayada sobre el banco, y se ganó la mirada de alarma de Gwyn por encima de todas las demás. Su corazón retumbaba y tenía la boca seca como la arena. Se obligó a ponerse de pie de nuevo. Para escuchar el servicio hasta el final mientras juntaba todas las piezas, hasta darse cuenta de lo que había descubierto en su adivinación inconsciente.

—¿Estás seguro de esto? —Cassian apoyó una cadera en el escritorio de Rhys —. Nesta dijo que el Arpa está debajo de la Prisión.

—Ella nunca ha estado en la Prisión —informó Rhys, frunciendo el ceño.

Cassian pensó honestamente que Nesta tal vez estaba ebria cuando irrumpió en el comedor una hora antes, sin aliento, y le explicó su descabellada historia. Apenas había podido entender lo que ella le había contado, salvo el hecho de que creyera que el Arpa estaba en la Prisión.

Peor aún, que ella había despertado al Arpa en la Prisión. ¿Qué estragos podrían desencadenarse con el Arpa sin control? La sola idea dejó a Cassian

helado hasta la médula.

Así que voló de inmediato para encontrarse con Rhys, que estaba en su estudio investigando los libros de los antiguos sanadores, tratando de encontrar alguna forma de salvar a su pareja.

Rhys se reclinó contra su asiento. Pensativo.

Az se había transportado a un punto de encuentro en la costa oriental para recibir un informe de Mor sobre la situación de Vallahan, y Feyre había ido a cenar con Amren, así que esa noche estaban los dos solos. Cassian le había sugerido a Nesta que se lo contara ella misma a Rhys, pero se había negado. Ella estaba conmocionada… necesitaba un tiempo para recuperarse. Él iría a verla más tarde. Para asegurarse de que no se hubiera retirado demasiado profundamente dentro de su propia cabeza.

Rhys tamborileó con los dedos sobre sus bíceps. Fijó la mirada en su escritorio durante un buen rato.

—Cuando nos enteramos de la traición de Beron, le pedí a Helion que me enseñara la manera de aplicar un escudo como el que yo puse alrededor de Feyre a la Prisión misma.

—¿Adivinaste que esto iba a pasar?

—No. —Un músculo se movió con un tic en la mandíbula de Rhys—. A Feyre y a mí nos preocupaba que Beron pudiera intentar liberar a los reclusos para usarlos en un conflicto… así como nosotros usamos al Tallador de Huesos en la guerra. Dame esta noche y desharé el escudo para que esté abierto para ti mañana.

—¿Tanto se tarda en deshacer un escudo?

Rhys se pasó una mano por el pelo. Las preocupaciones marcaron profundas arrugas en su frente.

—Es una combinación de magia y hechizo, de modo que sí. Y debo admitir que estoy tan distraído estos días que podría necesitar un poco más de tiempo para estar seguro de hacerlo correctamente.

El estómago de Cassian se estremeció ante la desolación en el rostro de Rhys. Pero solo dijo:

—Está bien.

Apareció una espada en el escritorio, convocada desde donde Rhys la guardaba. Era la gran espada que Nesta había hecho.

—Llévatela contigo —ordenó su alto lord en voz baja—. Quiero ver lo que sucede si Nesta la usa.

—Una visita a la Prisión no es el mejor momento para uno de tus experimentos —replicó Cassian.

Las estrellas en los ojos de Rhys se apagaron.

—Entonces esperemos que no necesite desenvainarla.

Capítulo 53

—¿Rhysand realmente me dio esta espada por su propia voluntad? —le preguntó Nesta a Cassian la mañana siguiente mientras caminaban por las rocas cubiertas de musgo en la ladera de la imponente montaña conocida como la Prisión. Era exactamente como ella la había imaginado en su trance… y aún más horrible en persona. La tierra misma parecía abandonada. Como si algo grandioso hubiera existido alguna vez allí para luego desaparecer. Como si la tierra todavía estuviera esperando que regresara.

—Rhys dijo que debíamos venir bien armados —explicó Cassian, mientras su cabello oscuro era sacudido por el viento frío y húmedo que provenía del violento mar gris al otro lado de la llanura a su derecha—. Y supuso que este era el mejor lugar para probar la espada que hiciste.

—Entonces, si sale mal, al menos me matará a mí, y a nadie más, ¿verdad? —Nesta no pudo evitar el tono agudo de su voz. Rhys los había transportado hasta allí, dejándolos al pie de la montaña, ya que ninguna magia podía atravesar sus pesadas barreras de protección. Nesta no había podido mirarlo a los ojos.

—No te va a matar. Ni la espada ni ninguna otra cosa en este lugar. —La mandíbula de Cassian se tensó mientras inspeccionaba los imponentes portones que se elevaban sobre ellos. Había enviado a ese lugar a muchos de los presos actuales, y Nesta había escuchado los desgarradores relatos de Feyre acerca de su visita a la Prisión en varias ocasiones. Eso asustó poco a su hermana… el hecho de que Feyre lo encontrara aterrador no afectó la sensación de retorcimiento en el vientre de Nesta.

—¿Recuerdas las reglas? —le preguntó Cassian mientras se acercaban a los portones de hueso, intrincadamente tallados con todo tipo de criaturas.

—Sí. —«No te alejes de Cassian, no hables de Amren, no hables de nada relacionado con el Tesoro, ni con la corte, ni con el embarazo de Feyre, no hables de las criaturas que él encerró aquí, no hagas nada, salvo caminar y permanecer en estado de alerta máxima. Y sacar el Arpa antes de que pueda desatar el caos».

Los portones de hueso se abrieron con un gemido. Cassian se tensó, pero siguió subiendo.

—Parece que nos están esperando.

Caminaron y entraron en la oscuridad, entraron en el infierno mismo.

Nesta iba agarrada de la mano de Cassian, la cuerda que le salvaba la vida en ese lugar sin luz. Uno de los Sifones de Cassian brilló con luz roja, y con ella ensangrentó las negras paredes, las puertas junto a las que iban pasando.

Cassian se movía con la fluidez de un guerrero entrenado, pero ella notó que su mirada recorría el sendero por el que caminaban y que se hundía en la tierra. La entrada al pasillo oculto que ella había visto en su adivinación estaba muy muy abajo… entre una puerta de hierro con una sola runa sobre ella y una pequeña hornacina en la piedra.

Suaves ruidos eran susurrados a través de la roca. Ella podría haber jurado que había uñas arañando detrás de una puerta. Cuando miró a Cassian, el rostro de él palideció. Él notó la mirada de ella y se palmeó el pectoral izquierdo… directamente encima de la gruesa cicatriz. Fue una indicación de quién estaba encarcelado detrás de esa puerta. De quién arrastraba las uñas por encima de ella.

A ella se le heló la sangre. Annis Azul.

«Piel color cobalto y garras de hierro», había dicho él. A Annis le encantaba comerse a su presa.

Nesta tragó saliva, apretó la mano de Cassian y continuaron bajando.

Pasaron minutos u horas, ella no lo sabía. En la penumbra, en el pesado aire que susurraba, el tiempo había dejado de importar.

Las náuseas la invadieron. Amren había estado en ese lugar durante miles de años, arrojada allí por unos tontos que habían tenido miedo de ella en su

verdadera forma, o sea, la llama y la luz que había devastado al ejército de Hybern.

Nesta no podía imaginarse pasar un día en este lugar. Mucho menos un año.

No sabía cómo Amren no se había vuelto loca. Cómo había encontrado la fuerza para sobrevivir.

Había tratado mal a Amren. Ese diminuto pensamiento se incrustó en su mente. La había usado, exactamente como dijo Amren, como un escudo contra todo el mundo. Y Amren, que había sobrevivido milenios en ese terrible lugar, junto a los peores monstruos de la tierra… Amren la consideraba aborrecible.

La tristeza quemaba como el ácido.

Algo golpeó a través de la roca a su izquierda, y Nesta se estremeció. Cassian le apretó la mano.

—Ignóralo —murmuró.

Bajaban y bajaban, hacia un lugar peor que el infierno. Y luego ella vio una hornacina grabada a fuego en su memoria, detrás de los párpados. Y… sí, junto a ella estaba esa puerta de hierro con una sola runa en su superficie.

—Aquí. —Nesta señaló con la barbilla la piedra lisa—. A través de la roca.

Como Cassian no respondió, ella se volvió hacia él.

La atención de él estaba fija en la puerta de hierro. Su piel color bronce dorado se había vuelto cenicienta.

Sus labios articularon el nombre del ser que estaba detrás de esa puerta.

«Lanthys».

—¿Estás segura…? —Cassian tragó saliva—. ¿Estás segura de que este es el lugar?

—Sí. —Nesta no les dio tiempo para reconsiderar y estiró la mano libre hacia la piedra.

Sus dedos atravesaron la roca. Como si no existiera.

Cassian tiró de ella hacia atrás, pero ella empujó hacia delante, y su mano, y después la muñeca, después el brazo, fueron desapareciendo. Hasta que estuvieron en el otro lado.

—No tenía ni idea de que hubiera algo más en la Prisión. —Cassian respiraba hondo mientras seguían caminando por otro pasillo. No había puertas que dieran a él. Solo piedra lisa—. Creía que solo había celdas.

—Te lo dije —respondió ella—. Vi una cámara aquí.

La luz del Sifón sobre la mano de Cassian mostró una arcada y un gran espacio. Allí estaba. Los símbolos en relieve tallados en el suelo proyectaban

sombras contra la luz carmesí. Toda la cámara redonda estaba llena de ellos. Y en el centro… el Arpa de oro, cubierta de intrincados relieves, engastados con hilos de plata.

No cantaba, no hablaba. Bien podría haber sido un instrumento común.

Que fue exactamente por lo que Nesta tiró de Cassian para detenerlo debajo de la arcada, sin atreverse a pisar el suelo tallado.

—Tenemos que ser muy cuidadosos. —Nesta observó la vasta cámara vacía —. Hay protecciones y hechizos aquí.

Cassian se frotó la mandíbula con la mano libre.

—Mi magia no llega a los hechizos. Puedo destruir escudos y protectores mágicos, pero si es una trampa como a la que se enfrentaron Feyre y Amren en la Corte Verano, no puedo percibirla.

Nesta golpeó el pie varias veces con rapidez.

—Las protecciones de Rhysand en la Máscara no pudieron dejarme fuera. La Máscara deseaba que fuera, así que me permitió pasar. Tal vez el Arpa haga lo mismo. Lo igual llama a lo igual, como tanto os gusta decir a todos.

—No dejaré que entres sola a ese lugar. No si esa cosa quiere que la toques.

—No creo que tengamos otra opción.

Él le apretó la mano, rozándole la palma con los callos.

—Ve tú. Te sigo.

—¿Y si mi presencia pasara inadvertida, pero la tuya desencadena una trampa? No podemos arriesgarnos a eso.

Sintió un nudo en la garganta.

—No puedo arriesgarte a ti.

Las palabras de Cassian golpearon su corazón.

—Yo… tú puedes. Tienes que hacerlo. —Antes de que él pudiera seguir objetando, ella dijo—: Me estás entrenando para ser una guerrera, ¿y quieres mantenerme lejos del peligro? ¿Acaso eso es mejor que un animal enjaulado?

Esas palabras seguramente dieron en algún blanco dentro de él.

—Está bien. —Cassian desató la gran espada y la colocó en la cintura de Nesta. Su peso era considerable. Ella ajustó el equilibrio—. Lo haremos a tu manera. Pero a la primera señal de que algo anda mal, nos vamos.

—Bien. —Ella se tragó la sequedad de la boca.

A él le brillaron los ojos, al notar la vacilación de ella.

—No es demasiado tarde para cambiar de idea.

Nesta se erizó.

—No voy a permitir que nadie, aparte de nosotros, ponga sus manos en el Arpa.

Dicho eso, se acercó a la línea de demarcación entre el pasillo y la cámara. Una vez lista, adelantó un pie.

Fue como caminar en el barro.

Pero las defensas le permitieron pasar. Nesta dio otro paso, con el brazo extendido hacia atrás dándole la mano a Cassian. La presión de los hechizos empujó contra sus pantorrillas, sus caderas, contra todo su cuerpo, apretándole los pulmones.

—Estas protecciones son diferentes. Nunca he sentido nada igual antes —susurró ella, y se mantuvo inmóvil, a la espera del más mínimo indicio de que alguna trampa se activara—. Siento que son antiguas. Increíblemente antiguas.

—Probablemente sean de tiempos previos a que este lugar se usara como prisión.

—¿Qué era antes?

—Nadie lo sabe. Siempre ha estado aquí. Pero esta cámara… —Él examinó el espacio delante de ella—. No sabía que existían lugares como este aquí. Quizá… —Frunció el ceño—. Una parte de mí se pregunta si la Prisión fue construida o dotada de reclusos para ocultar la presencia del Arpa. Hay tantos poderes terribles aquí, y las protecciones de la montaña… Me pregunto si alguien escondió el Arpa aquí sabiendo que nunca su presencia sería notada con tanta magia horrible a su alrededor.

Nesta volvió a sentir la boca seca.

—Pero ¿quién la puso aquí?

—Ni tú ni yo lo sabemos. Alguien que existió antes de que los altos lores gobernaran. Rhys me dijo una vez que esta isla podría incluso haber sido una octava corte.

—¿No reconoces estas marcas en el suelo?

—Para nada.

Ella soltó un largo suspiro.

—No creo que se haya activado ninguna trampa.

Él asintió con la cabeza.

—Muévete rápido.

Se miraron el uno al otro, y Nesta se apartó de la cruda preocupación en los ojos de él y le soltó la mano para entrar en la cámara.

Las protecciones resultaban pesadas contra la piel de Nesta con cada paso que daba sobre el suelo de piedra hacia la resplandeciente Arpa.

—Parece recién pulida —le señaló a Cassian, que miraba desde la arcada—. ¿Cómo es eso posible?

—Existe fuera de las ataduras del tiempo, tal como le ocurre al Caldero.

Nesta estudió las tallas en el suelo. Todas parecían girar en espiral hacia un punto.

—Creo que son estrellas —suspiró—. Constelaciones. —Y como un sol dorado, el Arpa ocupaba el centro del sistema.

—Esta es la Corte Noche —precisó Cassian secamente.

Pero aquello se sentía… diferente de la magia de la Corte Noche de alguna manera. Nesta se detuvo ante el Arpa, las protecciones presionaban en su piel mientras ella observaba en detalle la estructura de oro y las cuerdas de plata. El arpa estaba ubicada sobre una gran representación de una estrella de ocho puntas. Los puntos cardinales eran más largos que los otros cuatro, con el Arpa situada exactamente en el corazón de la estrella.

Se le erizó el vello de la nuca. Y podría haber jurado que la sangre en su cuerpo invirtió el curso en que circulaba.

Tenía la insidiosa sensación de que había sido llevada por alguien a ese lugar.

No por el Caldero, ni por la Madre, ni por el Arpa. Sino por algo más vasto. Algo que se extendía hacia las estrellas grabadas a su alrededor.

Sus manos frías y ligeras guiaron sus muñecas hasta coger el Arpa.

Sus dedos rozaron el metal helado. El Arpa canturreó sobre su piel, como si todavía estuviera sonando su nota final, desde la última vez que había sido utilizada…

«Fae gritó, golpeando una piedra que no había estado allí un momento antes, suplicando por el bien de sus hijos, suplicando que los dejaran salir, que los dejaran salir…».

Nesta tuvo la sensación de estar cayendo, dando vueltas por el aire, entre las estrellas a través del tiempo…

«Era una trampa, y nuestra gente estaba demasiado ciega como para verla…».

Eones y estrellas y oscuridad se precipitaban alrededor de ella…

«Los fae arañaban la piedra, destrozándose las uñas en la roca donde alguna vez hubo una puerta. Pero el camino de regreso ahora estaba sellado para siempre, y suplicaban tratando de que se dejara pasar a sus hijos a través de la pared sólida, si tan solo sus hijos pudieran ser salvados…».

Brilló una luz cegadora. Cuando se aclaró, Nesta estaba en un palacio de piedra blanca.

«Un gran salón, donde cinco tronos adornaban un estrado. El sexto trono, en el centro, estaba ocupado por una vieja bruja de orejas puntiagudas. Llevaba una corona de oro con púas en la cabeza, que resplandecía como el odio en sus ojos negros.

»La bruja fae se puso tensa, la túnica de terciopelo azul se movió con el movimiento. Su mirada, despejada a pesar de su rostro arrugado, se agudizó. Directamente sobre Nesta.

»—Tienes el Arpa —dijo la reina, con voz como papel arrugado. Y Nesta supo ante quién estaba congelada, qué corona lucía sobre su pelo fino y blanco. Los nudosos dedos de Briallyn se curvaban en los brazos de su trono, y sus ojos se entrecerraron. La reina sonrió, y mostró una boca de dientes medio podridos.

»Nesta retrocedió un paso… o trató de hacerlo. No podía moverse.

»La horrible sonrisa de Briallyn se hizo más profunda y habló en tono distendido.

»—Mis espías me han dicho quiénes son tus amigos. Las mestizas y la quebrada ilyria. Unas chicas encantadoras.

»La sangre de Nesta se agitó, y sabía que sus ojos ardían rebosantes de poder mientras gruñía al responder.

»—Acércate a ellas y te abriré la garganta. Te perseguiré hasta destriparte.

»Briallyn chasqueó la lengua.

»—Esas amenazas son tontas. Tan tontas como tú que sigues apoyada en el Arpa, que canta las respuestas a todas mis preguntas. Sé dónde estás, Nesta Archeron…».

La oscuridad estalló.

Una oscuridad sólida e inmóvil, que golpeó a Nesta con la misma fuerza de un muro.

Los gritos aún resonaban.

No… no, era un macho gritando su nombre.

Y ella no se había estrellado contra la oscuridad. Había chocado con la piedra, y en ese momento yacía en el suelo, con el Arpa en sus manos.

—¡NESTA! —La luz roja se encendió, y fue como una marea sangrienta que bañó las piedras, la cara de ella, el techo. Pero los Sifones de Cassian no podían atravesar las protecciones. Él no podía llegar hasta ella.

Nesta apretó el Arpa contra el pecho, con la última de sus reverberaciones resonando a través de ella. Tenía que soltarla. De alguna manera, al tocar el Arpa mientras Briallyn llevaba la Corona, había abierto un camino entre sus mentes, entre sus ojos. Podía ver a Briallyn y Briallyn podía verla a ella, podía sentir dónde estaba. Tenía que soltarla…

No pudo hacer más que mover las yemas de los dedos mientras un peso invisible, opresivo se apoderaba de ella, como si la hubiera aplastado hasta convertirla en polvo en el suelo.

Suéltame, le ordenó en silencio, apretando los dientes, con los dedos rozando la cuerda más cercana. *Déjame libre, maldita cosa*.

Una hermosa y altiva voz respondió, llena de música tan encantadora que le rompió el corazón al escucharla. *No me gusta tu tono*.

Con eso, el Arpa la empujó con más fuerza y Nesta rugió en silencio. Volvió a tocar la cuerda con la uña. *¡Suéltame!*

Entonces ¿debo abrir una puerta para ti? ¿Debo liberar lo que está atrapado?

¡Sí! ¡Maldición, sí!

Ha pasado mucho tiempo, hermana, desde que soné. Necesitaré tiempo para recordar las combinaciones correctas…

No juegues conmigo. Nesta se quedó helada ante la palabra que había usado. «Hermana». Como si ella y esa cosa fueran lo mismo.

Las cuerdas pequeñas son para juegos… movimiento ligero y salto… pero las más largas, las últimas… Cuántas maravillas y horrores profundos podríamos crear tocándolas. Una magia grande y monstruosa como la que hice con mi último juglar. ¿Quieres conocerla?

No. Solo abre estas protecciones.

Como quieras. Entonces, pulsa la primera cuerda.

Nesta no vaciló y dobló el dedo sobre la primera cuerda para agarrarla y luego soltarla. Una risa musical llenó su mente, y el peso se apartó. Desapareció.

Nesta respiró hondo, empujó hacia arriba y se encontró libre para moverse como quisiera. El Arpa yacía inmóvil en sus manos, dormida. El aire mismo parecía más ligero. Más suelto. Como si al abrir otra puerta se hubiera cerrado la que daba a Briallyn.

—¡NESTA! —gritó Cassian con voz de trueno desde el otro lado de la cámara.

—¡Estoy bien! —gritó ella, sacudiéndose—. Pero creo que alguien muy malvado fue el último que usó esto. —Miró hacia la oscuridad arriba de ella—. Creo que lo usaban… para dejar a sus enemigos y a los hijos de sus enemigos atrapados en la piedra misma. —¿Era eso lo que le había estado pasando a ella hacía un momento? ¿Acaso el Arpa la había empujado contra la roca, fusionando su alma con la piedra? Se estremeció.

—¿Estás herida? —quiso saber Cassian—. ¿Qué ha pasado?

Con un quejido, se levantó lentamente.

—No. La… la toqué y el Arpa tenía un recuerdo. Uno malo. —Uno que ella nunca olvidaría—. Y tenemos que irnos. El Arpa me mostró a Briallyn, que portaba la Corona. Ella sabe que estoy aquí. —Las palabras salían atropelladamente de su boca mientras regresaba atravesando la caverna cargada de protecciones, sintiendo aquel punto central, la estrella en el corazón de la caverna, como una presencia física a su espalda. Esas enormes y ligeras manos parecían tirar de ella, tratando de hacerla regresar, pero las ignoró mientras le explicaba a Cassian lo que el Arpa le había dicho y lo que había visto cuando tuvo la visión de Briallyn.

La respiración de Cassian seguía siendo irregular. No relajó ni un músculo hasta que regresó al pasillo del túnel. Hasta que su mano estuvo otra vez agarrada con la de ella. Ni siquiera se molestó en mirar el Arpa o en hacer algún comentario sobre Briallyn. Solo la observó para detectar cualquier señal de daño.

Era una mirada tan íntima, más que cualquier otra mirada que le hubiera dirigido antes. Incluso cuando él estaba metido profundamente dentro de ella, moviéndose en ella, su mirada nunca había sido tan abiertamente franca.

Ella se colgó el Arpa en un costado y no pudo detener la mano que se alzaba instintivamente para acariciar la mejilla de Cassian.

—Estoy bien.

Él le dio un beso en el centro de la palma de su mano.

—No sé por qué dudé de ti. —Se apartó de la mano de ella—. Salgamos rápido de aquí. —Una oscura promesa se entrelazó con esas palabras y ella supo lo que harían apenas dejaran el Arpa para que se convirtiera en un problema de Rhysand.

Sus mejillas se calentaron y algo parecido al placer la atravesó. Que él la eligiera a ella, a ellos… que él quisiera tanto el bienestar de ella.

Entrelazó sus dedos con los de él, apretándolos tan fuerte como pudo. Él le devolvió el apretón y tiró de ella por el pasillo, lejos del dolor y de los recuerdos olvidados hacía mucho tiempo. La espada rebotó contra su muslo, y ella rompió el silencio.

—Le he puesto Ataraxia.

La miró por encima del hombro.

—¿A la espada? ¿Qué significa?

—Es del antiguo idioma. La encontré en un libro el otro día en la biblioteca. Me gustó cómo sonaba.

—Ataraxia —repitió él como si estuviera probando el arma misma—. Me gusta.

—Me alegra mucho que lo apruebes.

—Es mejor que Asesina… —respondió él. Su sonrisa era más brillante que el resplandeciente Sifón sobre su mano izquierda. El pulso de ella se aceleró—. Ataraxia —repitió él, y Nesta podría haber jurado que la espada que colgaba de su cinturón susurró una respuesta. Como si le gustara el sonido de la voz de él tanto como a ella.

Se acercaron al final del túnel, y Nesta lo detuvo con un tirón en la mano.

—¿Qué? —preguntó él, recorriendo la caverna con su mirada. Y ella se puso de puntillas y lo besó suavemente. Él parpadeó con un gesto de sorpresa casi cómico cuando ella se apartó—. ¿Y eso?

Nesta se encogió de hombros, con las mejillas encendidas.

—Gwyn y Emerie son mis amigas —explicó ella en voz baja. Escondió su horror de saber que Briallyn tenía los ojos puestos en ellas—. Pero… —Tragó saliva—. Creo que tú también podrías serlo, Cassian.

El silencio de Cassian era palpable, y se maldijo a sí misma por dejar a la vista ese deseo, esa constatación. Deseó poder borrar las palabras, la estupidez…

—Siempre he sido tu amigo, Nesta —dijo con voz ronca—. Siempre.

No podía soportar ver lo que había en sus ojos.

—Lo sé.

Cassian le rozó la sien con la boca y finalmente salieron del túnel, para entrar en el sendero principal de la Prisión, en su pesada penumbra.

Nesta susurró, finalmente atreviéndose a decirlo.

—Y yo siempre…

Cassian la empujó detrás de él tan rápido que el resto de las palabras murieron en su garganta.

—Corre. —El latido del corazón de él… su puro terror… llenaba el aire—. Nesta, corre.

Ella se volvió hacia lo que él tenía delante, y la espada ilyria de Cassian relucía como un rubí a la luz de su Sifón. Como si una espada pudiera hacer algo.

La puerta de la celda de Lanthys estaba abierta.

Capítulo 54

Cassian contempló la puerta abierta de la celda de Lanthys y supo dos cosas.

La primera, y más obvia, que estaba a punto de morir.

La segunda, que iba a hacer cualquier cosa en el mundo para evitar que Nesta corriera el mismo destino.

La segunda le aclaró la mente, enfrió y agudizó su miedo convertido en otra arma. Para cuando la voz se deslizó desde la oscuridad alrededor de ellos, ya estaba preparado.

—Me preguntaba cuándo nos volveríamos a encontrar tú y yo, lord de los bastardos.

Cassian nunca, ni por un instante, había olvidado el timbre y la frialdad de esa voz, de qué manera hacía que su sangre se helara. Sin embargo, no se quedó en silencio.

—¿Todos estos siglos aquí —le respondió— y no has sido capaz de inventar un nombre más creativo para referirte a mí?

La risa de Lanthys se enroscó a su alrededor como una serpiente. Cassian agarró la mano de Nesta, aunque su orden de correr aún pendía entre ellos. Era demasiado tarde para correr. Al menos para él. Todo lo que quedaba era conseguir el tiempo suficiente para que ella escapara.

—Te creías muy inteligente con el espejo de ceniza. —Lanthys estaba que hervía, y su voz resonaba alrededor de ellos. La luz del Sifón de la izquierda de Cassian mostraba solo un rojo pálido, una oscuridad brumosa—. Pensé que podrías superarme. —Otra risa—. Soy inmortal, muchacho. Un verdadero inmortal, como tú jamás podrás serlo. Dos siglos aquí no es nada. Sabía que solo tenía que esperar mi momento para encontrar una manera de escapar.

—¿Encontraste una manera? —preguntó Cassian, arrastrando las palabras dirigidas Lanthys—. Parece que alguien te ha ayudado. —Chasqueó la lengua.

Él solo tenía que esperar… esperar hasta que llegara el ataque. Entonces Nesta podría correr. Ella estaba rígida a su lado, completamente helada. Él la empujó con el pie, tratando de sacarla de su estupor. Necesitaba que ella estuviera lista para correr, no paralizada como un ciervo.

—La puerta se abrió solo por mi voluntad —susurró Lanthys.

—Mentiroso. Alguien la abrió para ti.

La niebla de Lanthys se espesó, retumbando de ira.

Nesta tragó saliva audiblemente, y Cassian lo supo. Cuando le ordenó al Arpa que la dejara ir… El Arpa también liberó a Lanthys. «Solo abre estas protecciones», le había ordenado. Y eso fue lo que hizo: las protecciones sobre ella, y las protecciones cercanas… en la celda de Lanthys. Había dicho que quería jugar. Y ahí estaba: jugando con sus vidas.

¿Y si el Arpa hubiera extendido su alcance más allá de la puerta de Lanthys? Si todas las celdas estuvieran abiertas…

Mierda.

Y Cassian volvió a dirigirse al monstruo que más temía de todos.

—Entonces ¿tu plan es girar alrededor de mí como una nube de lluvia? ¿Qué hay de esa hermosa forma que vi en el espejo?

—¿Es eso lo que prefiere tu compañera? —susurró Lanthys muy cerca… demasiado cerca. Nesta se encogió sobre sí misma. Lanthys inhaló—. ¿Qué eres tú?

—Una bruja —susurró ella—. Y vengo del oscuro corazón de Oorid.

—Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre. —La voz de Lanthys sonaba a pocos metros de Nesta. Cassian apretó los dientes. Él necesitaba al monstruo ubicado al otro lado de ella… así el camino hacia arriba estaría libre. Tenía que atraer a Lanthys hacia él—. Pero no hueles a la pesadez de Oorid, a su desesperación. —Una inhalación, todavía detrás de ellos, les bloqueaba la salida —. Tu olor… —Él suspiró—. Lástima que hayas estropeado ese aroma con el hedor de Cassian. Apenas puedo distinguir algo de ti aparte del olor de él.

Solo eso, se dio cuenta Cassian, impedía que Lanthys descubriera lo que ella era. Estaba interesado, como lo había estado el Tallador de Huesos. Pero revelaba otra verdad peligrosa: dónde golpear primero.

—¿Qué es lo que estás ocultando detrás de ti? —preguntó Lanthys, y Nesta se volvió, como si lo estuviera siguiendo y mantuvo el Arpa escondida a su

espalda. Pero Lanthys se rio entre dientes—. Ah. Ya la veo. Mucho me he preguntado quién vendría a reclamarla. Yo podía escuchar su música, ¿sabes? Su nota final, como un eco en la piedra. Me sorprendió encontrarla aquí abajo, escondida debajo de la Prisión, después de todo este tiempo.

La niebla se arremolinó y Lanthys siguió arrastrando las palabras.

—Qué música tan exquisita produce. Qué maravillas entrelaza. Todo rinde homenaje a esa Arpa: las estaciones, los reinos, el orden del tiempo y de los mundos. Estos no tienen importancia para ella. Y su última cuerda… —Él rio—. Incluso la Muerte se inclina ante esa cuerda.

Nesta de nuevo tragó saliva. Cassian le apretó la mano con más fuerza y habló con indiferencia.

—Vosotros, los verdaderos inmortales sois todos iguales: arrogantes charlatanes a quienes les encanta escucharse a sí mismos.

—Y los pequeños fae, sois unos ciegos incapaces de veros siquiera a vosotros mismos —murmuró suavemente Lanthys, sin dejar de dar vueltas, y Cassian preparó su espada—. Basándome solo en el aroma, diría que vosotros dos sois…

Cassian soltó la mano de Nesta y se lanzó hacia delante, para clavar su hoja en la niebla antes de que Lanthys pudiera decir una maldita palabra más.

Lanthys gritó de rabia cuando los Sifones de Cassian brillaron.

—¡CORRE! —rugió Cassian antes de golpear de nuevo. Lanthys se retiró y Cassian usó el aliento para liberar el Sifón de su mano izquierda antes de arrojárselo a ella, deseando que se encendiera—. ¡Ve! —ordenó mientras lanzaba la piedra hacia ella. El rojo salpicó toda la cara de ella, tensa de miedo, cuando atrapó el Sifón, y Cassian ya estaba volviéndose hacia Lanthys.

El crujido de pasos desvaneciéndose le indicaron que Nesta había obedecido.

Bien.

Lanthys se reacomodó en la oscuridad, como una cobra se prepara para atacar.

Cassian rezó para que Nesta pudiera salir por los portones antes de que él muriera.

Nesta huyó de la voz que era odio, crueldad y hambre entrelazados.

La voz que le robaba alegría, calidez, le robaba todo menos el miedo primigenio, básico.

Sus muslos protestaron por la pendiente del sendero, pero ella corrió hacia los portones, obedeciendo la orden de Cassian, mientras el ruido del guerrero y del monstruo resonaba en las piedras. La luz roja brilló detrás de ella. Las puertas de las celdas de la Prisión se sacudieron. Las bestias gritaban detrás de ellas, como si se hubieran dado cuenta de que uno de ellos había logrado salir. Ellos también querían hacerlo.

Apretó el Arpa en una mano, el Sifón de Cassian resplandeció en la otra. Tenía que llegar a los portones. Luego tenía que bajar la montaña. Y luego gritarle a Rhysand, y rezar para que tuviera algún tipo de hechizo que pudiera percibir su nombre en el viento. Entonces él tendría que correr de regreso a la montaña, por el sendero, y…

Cassian podría estar muerto para cuando llegara a los portones en lo más alto. Podría estar muriendo en ese momento.

Un rayo frío le atravesó el corazón.

Ella había corrido lejos de él. Lo había abandonado.

El Arpa se calentó en su mano, canturreando. El oro brillaba como si se estuviera fundiendo.

«Abriremos puertas y caminos; nos moveremos juntas por el espacio y los milenios —había cantado durante su adivinación no intencional—. Nuestra música nos liberará de las reglas y los límites terrenales».

Abrir puertas… Ella había abierto una puerta con ella… la de la celda de Lanthys. Había abierto una puerta con el poder del Arpa. Pero para moverse a través del espacio…

«Las cuerdas pequeñas son para juegos… movimiento ligero y salto… pero las más largas, las últimas… Cuántas maravillas y horrores profundos podríamos crear tocándolas».

Nesta contó las cuerdas. Veintiséis. Ella había tocado la primera, la más pequeña, para liberarse del poder del Arpa, pero ¿qué hacían las otras?

Veintiséis, veintiséis, veintiséis…

La voz de Gwyn flotaba muy a lo lejos, contando la investigación anterior de Merrill sobre las dimensiones. La posibilidad de veintiséis dimensiones.

«Nos moveremos juntas por el espacio y los milenios… Las cuerdas pequeñas son para juegos… movimiento ligero y salto…». ¿Podría el Arpa…? A

Nesta se le cortó la respiración. ¿Podría el Arpa trasladarla de un lugar a otro? ¿No solo abrir una puerta, sino crear una que pudiera cruzar?

«Nos liberará de las reglas y los límites terrenales…».

Tenía que intentarlo. Por Cassian.

El movimiento se agitó en la penumbra de arriba, apresurados pasos se dirigían hacia ella. Alguien había entrado en la Prisión por los portones. Nesta apuntó el Sifón de Cassian hacia el sonido, preparándose para cualquier monstruo que pudiera acercarse…

Machos fae con armadura gastada y sucia avanzaban hacia ella. Al menos diez soldados de la Corte Otoño.

Ella sabía quién los había enviado, transportados con el poder de Koschei. Quién los controlaba, incluso desde el otro lado del mar.

«Sé dónde estás, Nesta Archeron».

Y dado que Rhys había bajado los escudos alrededor de la Prisión… habían entrado directamente.

Nesta no lo pensó. Se apoderó de ese fuego plateado dentro de ella. Dejó que se deslizara por sus manos.

—Llévame con Cassian —susurró, y pulsó la primera cuerda de plata del Arpa.

El mundo y los soldados que se acercaban desaparecieron, y ella tuvo la sensación de ser arrojada, incluso cuando permanecía inmóvil, y rezó y rezó…

El metal brilló y la luz roja se encendió, y allí estaba Cassian, sangrando en el suelo, con los Sifones ardiendo, luchando contra la niebla delante de él.

No había ningún lugar donde asestar un golpe fatal. La niebla se abría con cada estocada de la espada de Cassian, y Lanthys chillaba con cada una, pero Lanthys no podía morir. Solo podía contenerlo, había dicho Cassian.

Y el Arpa podía abrir puertas… pero no matar a gente. Ella corrió hacia Cassian, con el dedo listo en la cuerda del Arpa para sacarlos de allí.

Pero los ojos de Cassian se encendieron y gritó:

—Vete…

La niebla le envolvió la garganta y lo arrojó lejos.

El grito de ella se perdió en el túnel cuando él golpeó contra la pared de roca, sus alas crujieron y cayó al suelo. No se movió.

Una risa como un cuchillo que raspa una piedra llenó el túnel y luego Nesta también fue arrojada por el aire, para estrellarse contra la pared con tanta fuerza

que sus dientes entrechocaron y su cabeza giró, se quedó sin aliento mientras sus dedos se extendían sobre el Arpa antes de caer al suelo.

Cayó cerca de Cassian, y se apresuró a darle la vuelta, rezando para que no se hubiera roto el cuello, que no lo hubiera condenado al venir…

El pecho de Cassian subía y bajaba, y esa cosa poderosa y primordial que había dentro del cuerpo de ella exhaló un suspiro de alivio. Efímero, pues Lanthys volvió a reírse.

—Vas a desear que el golpe lo hubiera matado antes de que yo termine con ambos —dijo la criatura—. Vas a desear haber seguido corriendo.

Pero Nesta se negó a escuchar otra palabra, no mientras se arrodillaba junto a Cassian.

Ya sabía lo que eso significaba.

Había estado en esta posición exacta, la cabeza de él en su regazo, con la Muerte riéndose de ellos.

Entonces, ella se había acurrucado sobre él esperando morir. Entonces, había dejado de luchar.

Esta vez no iba a fallar. La niebla presionaba, y ella podría haber jurado que sintió una mano que la buscaba.

Eso fue suficiente para ponerla en movimiento.

Sacó su espada con el mismo movimiento en que se puso de pie de un salto. Nesta hizo una combinación perfecta.

Lanthys gritó, y su grito no se pareció a nada que ella hubiera escuchado antes… fue un sonido ensordecedor de pura conmoción y furia.

Nesta sopesó Ataraxia, y distribuyó su propio peso entre sus pies para estar segura de que su posición era equilibrada. Inquebrantable. La hoja comenzó a brillar.

La niebla se contorsionó, encogiéndose y retorciéndose como si luchara contra un enemigo invisible, y luego se volvió sólida, con relucientes colores.

Un macho desnudo, de cabello dorado apareció frente a ella. Era de mediana estatura, su piel dorada esculpida con músculos, su rostro de huesos afilados hervía de odio. No era una criatura repulsiva y horrible, sino algo hermoso.

Sus ojos negros se entrecerraron mirando la hoja a la vez que susurraba:

—No es Narben.

Ese nombre no significaba nada para ella.

Nesta arremetió y colocó a Ataraxia en la octava posición. Lanthys dio un salto hacia atrás.

Con un gemido Cassian recuperó la conciencia mientras ella defendía el terreno delante de sí.

—¿Qué dios de la muerte eres tú? —preguntó Lanthys, con su mirada entre la hoja y ella. El fuego plateado chisporroteaba en los ojos de ella.

Nesta volvió a atacar con Ataraxia y Lanthys retrocedió un poco, temeroso de aquella hoja de acero.

Aquel a quien no era posible matar le tenía miedo a su espada. No a ella, sino a Ataraxia. El arma hecha por ella.

—Métete en tu celda. —Nesta avanzó un paso, con Ataraxia apuntando hacia delante. Lanthys retrocedió lentamente hacia su celda.

—¿Qué es esa espada? —Su cabello dorado se balanceó hasta la cintura cuando retrocedió de nuevo.

—Su nombre es Ataraxia —espetó Nesta—. Y será lo último que veas.

Lanthys se echó a reír, con sonidos que eran como graznidos de un cuervo. Horrible, en comparación con su hermoso aspecto.

—¿Le has puesto Ataraxia a una espada de la muerte? —aulló él y la montaña misma se estremeció.

—Te matará, te guste su nombre o no.

—Oh, no lo creo —replicó Lanthys, furioso—. Cabalgué en la Cacería Salvaje antes de que fueras siquiera una hilacha de existencia, bruja de Oorid. Convoqué a los perros de caza y el mundo se aterró con sus aullidos. Galopé a la cabeza de la Partida de Caza, y los fae y las bestias se inclinaron ante nosotros.

Nesta hizo girar a Ataraxia en la mano, un movimiento que le gustaba hacer con las espadas ilyrias en momentos de reposo durante el entrenamiento. Había visto que Cassian lo hacía a menudo y descubrió que disipaba cualquier energía extraña.

No se había dado cuenta de que era una técnica de intimidación muy eficaz. Lanthys retrocedió.

Rezó para que los soldados de la Corte Otoño, que llegarían por el sendero en cualquier momento, también vacilaran ante la espada. Pero sabía que no lo harían. No puesto que eran controlados por Briallyn y la Corona.

—¿Qué dios de la muerte eres tú? —preguntó otra vez Lanthys—. ¿Quién eres tú debajo de esa carne?

—No soy nadie —espetó ella.

—¿De quién es el fuego que arde en tu mirada?

—Tú sabes de quién es el fuego —lo desafió ella.

Y, de alguna manera, era cierto. La piel de Lanthys perdió el color.

—Es imposible. —Miró el Arpa junto a un inquieto Cassian, y sus ojos se abrieron de par en par—. Hemos oído hablar de ti aquí abajo. Eres quien el mar, el viento y la tierra susurran. —Se estremeció—. Nesta. —Él sonrió, mostrando unos dientes ligeramente largos—. Tú sacaste algo del mismo Caldero.

Lanthys detuvo su retirada. Y extendió una mano en gesto amplio y elegante.

—Ni siquiera sabes lo que podrías hacer. Ven. Te lo mostraré. —Volvió a sonreír con esos dientes ligeramente largos, lo que convirtió su bello rostro en uno de horror—. Ven conmigo, Reina de Reinas. —Las palabras eran una canción de cuna, una promesa melosa—. Reconstruiremos lo que éramos antes de que las legiones doradas de fae arrojaran sus cadenas y nos derrotaran. Nosotros resucitaremos la Cacería Salvaje para cabalgar sin control por la noche. Vamos a construir palacios de hielo y llamas, palacios de oscuridad y luz de estrellas. La magia fluirá otra vez sin ataduras.

Nesta pudo ver el retrato que Lanthys tejía en el aire alrededor de ellos. Se vio a sí misma en un trono negro, con una corona haciendo juego en el pelo. Enormes bestias de ónix… con escamas, como las que había visto en los pilares de la Ciudad Tallada…, sentadas al pie del estrado. Ataraxia apoyada en el trono, y al otro lado de ella… Lanthys, con la mano entrelazada a la de ella. El reino de ambos era infinito; su palacio construido de pura magia que vivía y prosperaba alrededor de ellos. El Arpa descansaba detrás de ellos en un altar, la Máscara también, pero la Corona dorada no estaba allí.

Estaba sobre la cabeza de Lanthys.

Y ese fue el hilo enredado que la sacó de allí… el desnudo destello de la codicia de él. Él había visto el Arpa, pues sabía que ella estaba detrás del Tesoro, y revelaba lo que iba a hacer con él. Retenía la Corona para sí mismo. Eso no tendría influencia sobre ella, pero el reinado de ambos sería uno de coerción. De esclavitud.

Un cuarto objeto yacía sobre el altar, velado por las sombras. Pero ella no pudo reconocerlo, aparte de un destello de hueso gastado por el tiempo…

La visión cambió, y ellos se retorcían en una gran cama negra, la piel dorada de la espalda de Lanthys brillaba mientras se movía dentro de ella. Ese placer… nunca había conocido ese placer con nadie. Solo él podía hacerle el amor de esa manera, su cuerpo cálido, flexible y mojado para él, y pronto, muy pronto la semilla de él echaría raíces en su útero y el hijo que ella le iba a dar gobernaría universos enteros…

Otro hilo enmarañado la condujo afuera. Más allá de la ilusión.

Su cuerpo no estaba para que él lo tocara, para que lo llenara de vida. Y ella sí había conocido un placer más completo que el que le había mostrado él.

Nesta parpadeó y desapareció.

Lanthys gruñó. Estaba a su alcance. Al alcance de Ataraxia.

—Puedo ocuparme de ese problema —gruñó en dirección a Cassian—. Y pronto olvidarás esos lazos.

Ella levantó Ataraxia más arriba.

—Vuelve a tu celda y cierra la puerta.

—Escaparé de nuevo. —Lanthys se rio entre dientes—. Y cuando lo haga, te encontraré, Nesta Archeron, y serás mi reina.

—No. No creo que eso ocurra. —Nesta dejó que su poder se deslizara por la hoja. Ataraxia cantó, ardiendo como la luna.

Lanthys palideció.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy terminando el trabajo.

Sus ojos estaban tan fijos en la hoja brillante que ni siquiera miró de reojo a Cassian. No vio la daga desenvainada. La que Cassian lanzó con una puntería impecable.

Se incrustó hasta la empuñadura en el pecho de Lanthys.

Lanthys gritó, se agachó y Nesta saltó. Hizo una combinación de dos-tres, cortando directamente, dejando que el poder de su respiración, sus piernas y su centro atravesaran la hoja.

Ataraxia entonó la canción del corazón del viento mientras azotaba el aire.

La cabeza y el cadáver de Lanthys cayeron en diferentes direcciones, y golpearon sobre las piedras.

Una extraña sangre negra brotó de su cuerpo, y luego Cassian permaneció allí, gimiendo mientras le cogía otra vez una mano a Nesta.

—El Arpa —dijo él casi sin aliento. Su rostro era el retrato del dolor. La sangre le caía desde la sien—. Cógela y vámonos. Tenemos que salir de aquí.

—¿Puedes siquiera ponerte de pie?

Él se balanceó sobre los pies. No era capaz ni de dar tres pasos.

—Sí —gruñó. Sabía que lo iba a intentar con tal de sacarla de allí. Así como sabía que Lanthys estaba muerto. ¿Había sido la espada o su poder? Dado que ella había hecho la espada, supuso que técnicamente contaba como su poder,

pero… Lo que no podía ser matado había sido eliminado. De algún modo. Una pequeña parte de ella se deleitaba con eso, aun cuando el resto estaba temblando.

En ese momento, el ruido sordo de pasos se precipitó hacia ellos.

—Soldados de la Corte Otoño —suspiró ella, señalando el sendero oscuro que subía—. Ahí vienen más. Briallyn los envía a buscar el Arpa.

—Más…

Comenzaron los gritos en toda la montaña. Gritos petrificados, suplicantes, y golpes de puños. No golpeaban en la roca ni en las puertas que los retenían, sino en las paredes opuestas de sus celdas. Como si le estuvieran rogando a la Prisión que los liberara de ella y de esa espada.

Lanthys había caído. Y los ocupantes de la Prisión lo habían podido sentir.

Hasta los pasos de los soldados de la Corte Otoño parecían más lentos ante esos ruidos.

Nesta sonrió sombríamente y cogió el Arpa.

—No vamos a salir corriendo de aquí. Y dejar intactos a los soldados de la Corte Otoño. —Aunque fuera solo para demostrar que Eris estaba equivocado. Pero las heridas de Cassian… Sí, ellos tenían que irse. Rápidamente—. Agárrate a mí —ordenó ella, y susurró—: El jardín delantero de la casa de Feyre junto al río Sidra en Velaris.

Cassian soltó una advertencia, pero esta vez ella tocó tres cuerdas. Con solo tirar de una, la había llevado hasta ahí, así que supuso que dos los llevarían quizá un poco más lejos que eso, y Velaris… Bueno, parecía que para ello se necesitarían tres cuerdas. Ella no quería saber adónde podrían llevarla las veintiséis cuerdas si las tocaba todas juntas. O si alguien tocaba una melodía.

El mundo se desvaneció; otra vez tuvo la sensación de caer mientras seguía de pie, y entonces…

Sol, hierba y una fresca brisa otoñal. Una finca enorme y encantadora detrás de ellos, el río delante de ellos, y ni rastro de la Prisión ni de Lanthys. Nesta soltó a Cassian cuando Rhysand salió veloz por los ventanales de vidrio de la casa. Miró boquiabierto a su amigo, y cuando Nesta vio a Cassian a la luz del día… La sangre le goteaba desde el cabello hasta la mejilla. Tenía el labio roto, el brazo le colgaba en un ángulo extraño…

Eso fue todo lo que vio Nesta antes de que Cassian cayera desmayado sobre la hierba.

Capítulo 55

—Es un pequeño corte. Deja de preocuparte.

—Tenías el cráneo roto y tu brazo estaba quebrado. Guardarás reposo durante unos días.

—No puedes hablar en serio.

—Ciertamente, sí.

Nesta podría haber sonreído ante el enfrentamiento entre Cassian y Rhysand si no estuviera de acuerdo con el alto lord. Feyre estaba al lado de su pareja, y la preocupación le tensaba las facciones.

Ataraxia todavía pesaba en la mano de Nesta. El Arpa, en la otra.

La mirada de su hermana se dirigió a ella. Nesta tragó saliva, y le sostuvo la mirada. Rezó para que su hermana pudiera leer las palabras silenciosas en su rostro. *Lamento lo que te dije en el apartamento de Amren. Lo siento de verdad.*

Los ojos de Feyre se suavizaron. Y luego, para sorpresa de Nesta, Feyre respondió en su mente: *No te preocupes por eso*.

Nesta se armó de valor. Había olvidado que su hermana era… ¿Cuál era la palabra? Daemati. Y por eso podía hablar a través de la mente, al igual que Rhys. Y Nesta dijo, con el corazón como un trueno: *Hablé con ira, y lo siento.*

La pausa de Feyre fue considerable. Y luego dijo esas palabras que fueron como los primeros rayos del alba: *Te perdono*.

Nesta intentó no derrumbarse. Tenía la intención de preguntar por el bebé, pero Rhys se volvió hacia ella.

—Pon el Arpa sobre el escritorio, Nesta —le dijo.

Nesta lo hizo, con cuidado de no tocar ninguna de las veintiséis cuerdas de plata.

—El Arpa te permitió transportarte para entrar y salir de la Prisión —señaló Feyre, mirando el Arpa—. Supongo que porque ha sido hecha y existe más allá de las reglas de la magia ordinaria, ¿no? —Miró a Rhys, quien se encogió de hombros. Feyre frunció la boca—. Si alguno de nuestros enemigos tuviera esto en sus manos lo usaría contra nosotros de inmediato. Ninguna protección alrededor de esta casa, la Casa del Viento, ni alrededor de ninguno de nuestros escondites y lugares secretos estaría seguro. Sin mencionar que el Arpa parece tener voluntad propia… un deseo de causar problemas. No podemos volver a depositarla en la Prisión, no ahora que se ha despertado.

Rhys se frotó la mandíbula.

—Entonces la mantendremos inactiva con la Máscara, con protecciones y hechizos para que no pueda volver a actuar.

—Yo las mantendría separadas —aconsejó Feyre—. ¿Recuerdas lo que pasó cuando las mitades del Libro estuvieron cerca? ¿Y por qué facilitarle las cosas a un enemigo que quiera apoderarse de las dos?

—Bien dicho —intervino Cassian, haciendo una mueca como si las palabras le lastimaran el cráneo. Madja le había curado el brazo y la pequeña fractura que tenía justo encima de la sien, pero su estado todavía era delicado y necesitaba atención. La sola imagen de todos los vendajes era suficiente como para hacer que Nesta deseara poder matar a Lanthys de nuevo.

Rhys tamborileó con los dedos sobre el escritorio, examinando el Arpa. Luego le preguntó a Nesta:

—Aparte de ver a Briallyn, dijiste que también viste algo cuando tocaste el Arpa por primera vez, ¿no?

Nesta lo había explicado brevemente cuando llegaron.

—Creo que quienquiera que la usó la última vez hizo algo horrible con ella. Quizá, de alguna manera, atrapó en las paredes a la gente que alguna vez vivió en la isla de la Prisión. ¿Es eso posible?

La duda brilló en los ojos de Rhys. Ella continuó hablando antes de que Rhys pudiera responder.

—¿Qué es la Cacería Salvaje? —preguntó Nesta. Ella también le había hablado de su encuentro con Lanthys, y de la presencia de los soldados de la Corte Otoño. Cassian había convencido a Rhys de no enfrentarse a ellos, al menos hasta que pudieran ocuparse de Briallyn. Cuando Rhys levantó otra vez su escudo protector alrededor de la Prisión, ya habían desaparecido.

Rhys dejó escapar un suspiro y se reclinó en su silla.

—Honestamente, pensé que se trataba de un simple mito. Que Lanthys recuerde tal cosa… Bueno, siempre hay espacio para la mentira, supongo, pero ante la remota posibilidad de que estuviera diciendo la verdad, eso querría decir que tiene más de quince mil años.

—Entonces ¿qué es? —preguntó Feyre.

Rhys levantó una mano y un libro de leyendas que estaba en un estante detrás de él flotó hasta sus dedos. Lo dejó sobre el escritorio. Hizo que se abriera en una página determinada, revelando la imagen de un grupo de seres altos y de aspecto extraño con coronas sobre sus cabezas.

—Los fae no fueron los primeros amos de este mundo. De acuerdo con nuestras leyendas más antiguas, la mayoría ahora olvidadas, fuimos creados por seres que eran casi dioses… y monstruos. Los daglan. Reinaron durante milenios, y nos esclavizaron a nosotros y a los humanos. Eran mezquinos y crueles y se bebían la magia de la tierra como si fuera vino.

Los ojos de Rhys se dirigieron rápidamente a Ataraxia, luego a Cassian.

—Algunos relatos de la mitología afirman que uno de los héroes fae que se levantó para derrocarlos fue Fionn, a quien la alta sacerdotisa Oleanna le entregó la gran espada Gwydion, que ella había sumergido en el propio Caldero. Fionn y Gwydion derrocaron a los daglan. Hubo un milenio de paz y las tierras se dividieron en rústicos territorios que fueron los precursores de las cortes… pero, al final de esos mil años, volvieron a florecer las disputas y el deseo de la guerra. —En ese momento su rostro se tensó—. Fionn los unificó y se colocó por encima de ellos como alto rey. El primero y único alto rey que ha tenido este país.

Nesta podría haber jurado que las últimas palabras fueron pronunciadas con una dura mirada a Cassian. Sin embargo, Cassian se limitó a guiñarle un ojo a Rhys.

—¿Qué pasó con el alto rey? —preguntó Feyre.

Rhys pasó una mano por una página del libro.

—Fionn fue traicionado por su reina, que había sido líder de su propio territorio, y por su más querido amigo, que era su general. Lo mataron y tomaron algunas de las armas más poderosas y preciosas de su linaje, y luego, después del caos que siguió, se levantaron los siete altos lores, y desde entonces han existido las cortes.

—¿Amren lo recuerda? —preguntó Feyre.

Rhys negó con la cabeza.

—Solo vagamente ahora. Por lo que he podido averiguar, ella llegó durante los años anteriores al ascenso de Fionn y Gwydion, y entró en la Prisión durante la Era de las Leyendas…, la época en que este país se llenó de figuras heroicas, ansiosas por dar caza a los últimos miembros de la raza de sus antiguos amos. A Amren le tenían miedo, pues creían que era una de sus enemigas, y la metieron en la Prisión. Cuando salió, ya había ocurrido la caída de Fionn y Gwydion ya se había perdido, y se encontró con que quienes gobernaban eran los altos lores.

Nesta pensó en todo lo que Lanthys había dicho.

—¿Y qué es Narben?

—¿Lanthys preguntó por ella?

—Dijo que mi espada no era Narben. Parecía sorprendido.

Rhys estudió su espada.

—Narben es una espada de la muerte. Está perdida, posiblemente destruida, pero algunas historias dicen que puede matar incluso a monstruos como Lanthys.

—Al parecer, también la espada de Nesta —acotó Feyre, mientras observaba la espada.

—Sí, murió decapitado por la espada… —reflexionó Rhys.

—Un corte con ella pareció volverlo a una forma física —apuntó Nesta—. La daga de Cassian dio en el blanco justo después de que Lanthys fuera obligado a renunciar a su niebla.

—Interesante —murmuró Rhys.

—Aún no has explicado qué es la Cacería Salvaje —intervino Cassian.

Rhys pasó algunas páginas del libro, hasta una ilustración de una serie de jinetes cabalgando y toda clase de bestias.

—A los daglan les encantaba aterrorizar a los fae y a los humanos. La Cacería Salvaje era una forma de mantenernos a todos a raya. Reunían una gran cantidad de sus más feroces y despiadados guerreros y les daban rienda suelta para matar a su antojo. Los daglan tenían poderosas y monstruosas bestias…, los llamaban sabuesos, aunque no se parecían a los sabuesos que nosotros conocemos…, y los usaban para perseguir a las presas hasta derribarlas antes de torturarlas y matarlas. Es una historia terrible, y gran parte de ella podrían ser elaborados mitos.

—Los sabuesos se parecían a las bestias de la Ciudad Tallada —precisó Nesta en voz baja.

Todos la miraron.

—Lanthys me mostró una visión —admitió ella—. Era… lo que él y yo

podríamos ser. Juntos. Gobernaríamos en un palacio, rey y reina con el Tesoro, y a nuestros pies estaban echados esos sabuesos. Parecían las bestias con escamas esculpidas en los pilares de la Ciudad Tallada.

Ni siquiera Rhys tuvo respuesta para eso.

Cassian apretó la mandíbula.

—¿Así que, incluso mientras trataba de matarte, pretendía también seducirte?

El estómago de Nesta se revolvió, pero se abstuvo de mencionar lo gráfica que había sido esa visión.

—Había un cuarto objeto en la visión, pero estaba en la sombra… ¿Hubo alguna vez una cuarta parte del Tesoro? Lo único que pude distinguir fue algo de hueso antiguo.

Rhys se pasó una mano por su cabello oscuro.

—En lo que respecta a lo que la historia confirma, solo hay tres objetos en el Tesoro.

—¿Y si está protegido por un hechizo, como el que protege todo pensamiento sobre el Tesoro, para evitar que la gente conozca el cuarto objeto?

Los ojos de Rhys se ensombrecieron.

—Entonces que la Madre nos perdone, porque incluso Amren solo recuerda vagamente un rumor al respecto.

Las palabras quedaron ahí, en suspenso.

—Entonces ¿ahora voy tras la Corona? —preguntó Nesta.

—No —respondió Cassian, con sus afilados ojos, ahora nublados por el dolor.

Feyre asintió con la cabeza.

—Briallyn sabe que tenemos los otros dos objetos. Fue ella quien envió a los soldados a buscar el Arpa.

—Pensé que Eris estaba siendo un idiota —gruñó Cassian—, pero cuando habló de las dos docenas de soldados en Oorid, dijo que había más en la unidad que desapareció. —Se frotó la mandíbula—. Debí haber escuchado. Debí haber analizado el asunto. Briallyn tenía otra docena esperando atacar. —El desprecio por sí mismo le cubrió el rostro, y Nesta reprimió el impulso de buscar su mano.

—Eris arroja suficientes tonterías en un buen día que cualquiera puede perderse un comentario despreocupado como ese, Cass —lo tranquilizó Feyre—. Al menos ahora podemos decirle a Eris dónde está el resto de sus soldados. —Nesta podría haber abrazado a su hermana por el alivio que hizo que Cassian

aflojara los hombros al escuchar sus palabras. A pesar de toda su arrogancia, las opiniones de sus amigos, de su familia, le importaban profundamente. Ninguno de ellos jamás lo reprendería por su fracaso, pero él se castigaba a sí mismo por ello.

Nesta rozó con sus dedos los de Cassian en silenciosa comprensión. Los de él se curvaron sobre los de ella, y la miró a los ojos como diciendo: «¿Ves? Somos lo mismo después de todo».

—Si Briallyn desea tan desesperadamente la Máscara y el Arpa como para actuar hoy —continuó Feyre—, aquí estaremos. —Una luz feroz entró en sus ojos.

Rhys frunció el ceño.

—Sin embargo, incluso solo con la Corona, Briallyn puede hacer mucho daño. Por lo que sabemos, Beron está bajo su control, como los soldados de Eris. Tenemos que acabar con ella y recuperar la Corona. Antes de que la guerra realmente estalle.

—Es demasiado arriesgado —replicó Feyre—. Perseguimos al Caldero en Hybern y todo salió mal.

—Debemos aprender de nuestros errores —desafió Rhys.

—Habrá tendido alguna trampa —sugirió Feyre—. No iremos tras ella.

Se hizo el silencio antes de que Rhysand hablara.

—Necesitamos asegurar alianzas para la guerra… Y rápido.

Cassian arqueó una ceja. La preocupación brillaba en sus ojos.

—Suena como si ya tuvieras una idea.

—Eris vendrá a la celebración del solsticio de invierno en la Ciudad Tallada —dijo Rhys. «El solsticio se acercaba rápidamente», se dio cuenta Nesta—. Él está conmocionado porque Tamlin os descubrió a ti y a él reunidos, y está preocupado ante el riesgo de que retiremos la alianza ahora que existe la mínima posibilidad de que Tamlin lo revele. Tenemos que recordarle a Eris nuestro compromiso continuo, y que él es… importante para nosotros. Que nosotros lo respaldamos.

Cassian gruñó disgustado; Feyre se hizo eco de la expresión.

—Entonces cómprale un regalo —intervino Feyre, agitando una mano—, y dile que todos le enviamos nuestro amor.

—Va a querer más que eso —aseguró Rhys, con la boca crispada, mientras sus ojos se posaban en Nesta.

Cassian se enderezó antes de que Rhys pudiera siquiera hablar.

—No vas a usarla.

Feyre miró entre ambos, y después de un segundo, como si su compañero le hubiera hablado en la mente, preguntó:

—¿De verdad, Rhys?

Rhys se echó hacia atrás y Nesta frunció el ceño, la única que aparentemente no sabía lo que eso significaba.

—No tienes que hacer nada que no quieras —le explicó Rhys—. Pero Elain mencionó que tienes una habilidad particular en la pista de baile. Habilidad que alguna vez te hizo ganar la mano de un duque con un solo vals.

Ella había olvidado aquella noche, el revuelo de joyas y sedas, y la hermosa cara del duque. Lo único que ella sintió entonces fue el triunfo salvaje, muy salvaje.

—Por encima de mi maldito cadáver —explotó Cassian.

—¿Quieres que baile con Eris? —preguntó Nesta. Su corazón comenzó a latir, y no precisamente de miedo.

—Quiero que lo seduzcas —explicó Rhys—. No para llevarlo a la cama, sino para que se dé cuenta de lo que podría lograr una vez que comprenda que no tenemos planes de romper la alianza. Para que sopese los beneficios con más fuerza que los riesgos.

Nesta se cruzó de brazos, ignorando la mirada penetrante de Cassian, quien, en silencio, le pedía que descartara semejante idea por completo.

—¿De verdad crees que, si bailo con Eris, eso hará que su lealtad sea más sólida?

—Creo que Eris es nuestro aliado, y esperará bailar con una dama de esta corte en el festejo, pase lo que pase. No dejaré que Feyre esté a menos de un par de metros de él, Mor podría matarlo, y es más probable que Amren lo asuste en lugar de conquistarlo, así que tú y Elain sois las únicas opciones.

—Elain no se le acerca —aseguró Feyre—. ¿Y tú no vas a dejar que me acerque a él?

Rhys le dirigió una sonrisa encantadora.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Feyre puso los ojos en blanco.

—Te estás volviendo insoportable. —Se volvió hacia Nesta—. Eris no es… No es bueno. No es como Beron, pero él…

—Sé lo que le hizo a Morrigan —dijo Nesta. O más bien, lo que no hizo: ayudarla, cuando su familia la había maltratado y abandonado en la frontera de

la Corte Otoño como castigo por arruinar su alianza de matrimonio. Eris la encontró y luego simplemente se alejó—. Me ocupé de él el otro día.

—Mor —prosiguió Rhys— puede enseñarte las danzas. Tuvo que aprendérselas todas, y dado que todavía preside la Corte de las Pesadillas, es la indicada para enseñarte.

—Nesta no ha aceptado nada —espetó Cassian—. Incluso una danza con ese idiota es demasiado…

—Lo haré —lo interrumpió Nesta, aunque solo fuera para fastidiarlo por ser tan… territorial. Miró la espada que aún tenía en su mano—. Acabo de matar a un ser inmortal. Eris no es nada. Y si eso le hace recordar por qué quiere ser nuestro aliado, si le hace pensar que podría llegar a mí si cumple con su parte, entonces está bien.

—Él ya es nuestro aliado —replicó Cassian—. ¿Un baile realmente va a asegurar que continúe con su cooperación?

—Necesitamos demostrarle a Eris que lo respetamos y confiamos en él —admitió Feyre con un suspiro de derrota—. Aunque no sea así. Y dejarlo bailar con alguien de nuestra familia es prueba de ello… al menos para alguien de la Corte Otoño. Si termina comiendo de la mano de Nesta, fantástico. Si tan solo le hace recordar que estamos de su lado, bien. Pero estos lazos deben ser mantenidos.

—No me gusta —gruñó Cassian.

—No tiene que gustarte —precisó Feyre, y levantó la cabeza, llena de esa autoridad de alta lady—. Solo tienes que mantenerte al margen y no dar la impresión de que quieres arrancarle la cabeza.

—Dile a Morrigan —interrumpió Nesta—, que me reuniré con ella para recibir lecciones de baile cuando ella esté disponible.

Feyre y Cassian, todavía resentidos uno con otro, se volvieron silenciosamente hacia ella.

Nesta se acercó al escritorio y dejó a Ataraxia sobre él.

—Toma —le dijo a Rhys—. Puedes hacer con ella lo que quieras.

Rhys no dijo nada, pero Feyre enarcó las cejas.

—¿Por qué no te la quedas?

La mirada curiosa de Cassian la fulminó como una marca de hierro, pero Nesta solo dijo:

—No tengo interés en más muerte.

Nesta inhaló por la nariz contando hasta seis, contuvo la respiración durante unos segundos, y luego exhaló por la boca durante otros seis segundos. En el silencio de su dormitorio esa noche, se acomodó en la silla, se concentró en su aliento, y nada más.

Cualquier pensamiento que la asaltara, lo reconocía y lo dejaba ir. Aun cuando algunos seguían regresando.

No le importaba dónde iban a esconder el Arpa. Si necesitaban su sangre para protegerla como habían hecho con la Máscara, se lo harían saber. Pero el pensamiento de lo que vendría después…

«Respira. Cuenta».

Nesta inhaló otra vez, con la atención fija en sus costillas, que se expandían, en la sensación de la respiración en su cuerpo. Incluso después de varias semanas, los ejercicios para dominar la práctica Serenar la Mente le resultaban algunos días más difíciles que otros. Sin embargo, los seguía haciendo, diez minutos por la mañana y diez minutos por la noche.

Nesta exhaló, contando. Y continuó.

Eso era todo lo que suponía que podía hacer: seguir adelante. Un día, una respiración por vez.

También dejó ir ese pensamiento. Respiraba y respiraba, y luego detuvo la cuenta por completo. Dejó que su mente volara.

Pero su mente no voló en todas direcciones. Se mantuvo en calma. Descansando.

Contenta ahí donde estaba.

La guerra había dejado la cabaña intacta. Pero los duros inviernos desde que Nesta la vio por última vez no habían sido tan amables.

Azriel los había transportado a ella y a Cassian a ese lugar después del entrenamiento, pero no se quedó. Aparentemente, Gwyn quería repasar el manejo de la daga, así que los dejó con la promesa de regresar en una hora.

Nesta no tenía ni idea de si una hora sería demasiado, o demasiado poco. No tenía ni idea de por qué le había pedido a Cassian que la acompañara, la verdad.

Pero se le había metido en la cabeza que necesitaba visitar ese lugar.

El sol otoñal del mediodía hizo que el deterioro fuera aún más notorio: el techo de paja que se había estropeado o pelado en algunos puntos, la maleza demasiado crecida que estaba adquiriendo ya un tono marrón antes del invierno, y trepaba hasta las pequeñas ventanas en las paredes de piedra. A Nesta se le cerró la garganta, pero se obligó a caminar hacia la entrada.

Cassian permanecía en silencio detrás de ella, y sus pasos eran tan sigilosos que podrían haber sido el viento fresco por entre el pasto demasiado alto. Su cabeza y brazo ya estaban completamente curados esa mañana, dos días después de que Nesta accediera a seducir a Eris. Cassian incluso se había ejercitado junto a ella más temprano, aunque a un ritmo más lento que el habitual. Como si hubiera efectivamente prestado atención a las advertencias de Rhys y Madja de ir con calma. Que hubiera hecho los ejercicios sin hacer muecas hizo que una parte intrínseca de ella suspirara de alivio… y se atreviera a pedirle que la acompañara. No lo habría hecho si todavía hubiera estado herido.

No es que hubiera mucho enemigo por ahí que representara una amenaza. Ningún humano vagaba por el sendero cubierto de hojas al otro lado de la cabaña; solo unos pocos pájaros cantaban una melodía tristona desde los árboles casi desnudos.

Silenciada, apagada y vacía. Así era como se sentía esa tierra, incluso con el otoño sobre ella. Como si ni siquiera el sol pudiera molestarse en brillar adecuadamente allí.

El corazón de Nesta retumbó cuando puso una mano sobre la fría puerta de madera. Todavía se veían en ella las marcas de las garras.

—Obra de Tamlin, supongo —sugirió Cassian detrás de ella.

Nesta se encogió de hombros, incapaz de encontrar las palabras. Ella y Elain habían vuelto a poner la puerta en su lugar después de que Tamlin la rompiera. Su padre, con la pierna destrozada más allá de toda posible reparación e incapaz de soportar ningún peso, las había observado, mientras ofrecía consejos inútiles.

Los dedos de Nesta se curvaron en un puño y abrió la puerta con el hombro. Las bisagras oxidadas se quejaron, crujieron y un polvoriento olor a podrido le asaltó la nariz.

Sus mejillas se encendieron. Que Cassian estuviera ahí, que viera ese…

—Solo un bruto, ¿recuerdas? —Él dio un paso a su lado—. He vivido en lugares mucho peores. Al menos tenías paredes y un techo.

Nesta no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba escuchar esas

palabras, y sus hombros se relajaron cuando entró en la cabaña. En la gélida penumbra, interrumpida solo por los rayos del sol, frunció el ceño al mirar el techo.

—Esta casa solía tener un techo. —El deterioro había dejado entrar todo tipo de criaturas e inclemencias del clima… Las primeras se habían acomodado a sus anchas, a juzgar por los nidos y los excrementos esparcidos por todas partes.

Nesta sintió la boca seca. Este horrible, espantoso y oscuro lugar.

No pudo evitar el temblor de su cuerpo.

Cassian le puso una mano en el hombro.

—Muéstrame el lugar.

Ella no pudo. No pudo encontrar las palabras.

Él señaló una larga mesa de trabajo. Tenía una pata rota y todo el mueble estaba inclinado.

—¿Comíais aquí?

Ella asintió moviendo la cabeza. Habían comido ahí, algunas veces en silencio, otras con ella y Elain tratando de llenar el silencio con su parloteo ocioso, otras con ella y Feyre peleándose. Como aquellas últimas comidas que habían compartido con ella en esa casa.

La mirada de Nesta se desvió hacia la pintura que se desprendía de las paredes. Había pequeños e intrincados dibujos. Cassian siguió esa mirada.

—¿Feyre pintó eso?

Nesta tragó saliva y logró decir.

—Ella pintaba cada vez que se le presentaba la oportunidad. Todo dinerillo extra que conseguía ahorrar lo destinaba a las pinturas.

—¿Alguna vez has visto lo que hizo en la cabaña de las montañas?

—No. —Ella nunca había estado allí.

—Feyre la pintó toda. Igualita. Me dijo una vez que hay una cómoda aquí…

Nesta se dirigió al dormitorio.

—¿Esta?

Cassian la siguió y, por lo dioses, era tan estrecho, oscuro y maloliente. La cama todavía estaba cubierta con sábanas sucias. Las tres habían dormido ahí durante años.

Maravillado, Cassian pasó una mano por la cómoda pintada.

—Feyre pintó estrellas antes de saber que Rhys sería su pareja. Antes de saber siquiera que existía. —Siguió trazando con los dedos las enredaderas de

flores entrelazadas en el segundo cajón—. El cajón de Elain. —Los deslizó hacia abajo, y siguió una curva sobre una llamarada—. Y el tuyo.

Nesta logró producir un gruñido de confirmación, con el pecho encogido hasta el punto de dolor. Allí, en un rincón, había un par de zapatos gastados, medio podridos. Sus zapatos. Uno de ellos estaba abierto en la costura de los dedos. Ella había usado esos zapatos… en público. Todavía podía recordar el barro y las piedras que se le metían.

Su corazón tronaba, y salió de la habitación, de regreso a la estancia principal.

No había sido su intención, pero dirigió su mirada hacia la oscura chimenea. Hacia la repisa de la chimenea.

Allí estaban las figurillas de madera de su padre, densamente cubiertas de polvo y telarañas. Algunas estaban caídas, seguramente derribadas por las criaturas que ahora vivían allí.

Ese rugido familiar le llenó los oídos, y los pasos de Nesta resonaron ruidosamente sobre las polvorientas tablas del suelo mientras se acercaba a la chimenea.

En el centro se veía la talla de un oso rampante, no más grande que su puño. Los dedos de Nesta temblaron cuando la cogió y le quitó el polvo.

—Era muy habilidoso —señaló Cassian en voz baja.

—No lo suficiente —acotó Nesta, mientras colocaba el oso de nuevo en la repisa de piedra. Estaba a punto de vomitar.

No. Podía controlar la situación. Controlarse a sí misma. Y enfrentar lo que hubiera frente a ella.

Inhaló por la nariz. Exhaló por la boca. Contó las respiraciones.

Cassian permaneció a su lado durante todo ese tiempo. Sin hablar, sin tocar nada. Simplemente estaba ahí, por si ella lo necesitaba. Su amiga, quien le había pedido que la acompañara a ese lugar, no porque estuvieran compartiendo cama, sino porque ella quería que él estuviera allí. Con su firmeza, con su amabilidad y su comprensión.

Cogió otra estatuilla de la repisa de la chimenea: una rosa tallada en un tipo de madera oscura. La sostuvo en la palma de la mano. Su peso sólido era sorprendente y deslizó un dedo por uno de los pétalos.

—La hizo para Elain. Pues era invierno y ella echaba de menos las flores.

—¿Alguna vez hizo alguna para ti?

—Él sabía que era mejor no hacerlo. —Inhaló temblorosa, y contuvo la

respiración un momento. La soltó. Puso su mente en calma—. Creo que lo habría hecho, si le hubiera ofrecido el más mínimo estímulo, pero… Nunca lo hice. Estaba demasiado enfadada.

—Te habían cambiado la vida. Tenías derecho a estarlo.

—No fue eso lo que me dijiste la primera vez que nos vimos. —Se dio la vuelta y vio que él arqueaba una ceja—. Me dijiste que yo era una mierda por dejar que mi hermana menor fuera al bosque a cazar mientras yo no hacía nada.

—No lo dije de esa manera.

—El mensaje era el mismo. —Acomodó los hombros, y se volvió hacia el pequeño camastro roto en las sombras, al otro lado de la chimenea—. Y tenías razón. —Él no respondió y ella caminó hacia el camastro—. Mi padre durmió aquí durante años, y nos dejó el dormitorio a nosotras. Esa cama de ahí… yo nací en esa cama. Mi madre murió en esa cama. Odio esa cama. —Pasó una mano sobre la madera agrietada del armazón del catre. Las astillas le pincharon las yemas de los dedos—. Pero odio todavía más este camastro. Él lo arrastraba hasta quedar delante del fuego todas las noches y se acostaba, acurrucado bajo las mantas. Siempre pensé que se veía… tan débil. Como un animal acobardado. Eso me enfurecía.

—¿Te enfurece ahora? —Una pregunta casual pero dicha con sumo cuidado.

—Eso… —Su garganta se movió como si tragara saliva—. Pensé que el hecho de que él durmiera aquí era un castigo apropiado mientras nosotras usábamos la cama. Nunca se me ocurrió pensar que él quería que tuviéramos la cama, para mantenernos calientes y estar tan cómodas como pudiéramos. Que solo habíamos podido sacar algunos muebles de nuestra antigua casa y él había elegido esa cama. Para nuestra comodidad. Para que no tuviéramos que dormir en camastros o en el suelo. —Se frotó el pecho—. Ni siquiera lo dejé dormir en la cama cuando los deudores le destrozaron la pierna. Estaba tan perdida en mi pena y mi rabia y… tristeza, que quería que sintiera una fracción de lo que yo sentía. —Se le retorció el estómago.

Cassian le apretó el hombro, pero no dijo nada.

—Él tenía que haberlo sabido —dijo ella con voz ronca—. Tenía que haber sabido lo horrible que era, y sin embargo… nunca gritó. Eso también me enfurecía. Y luego le puso mi nombre a un barco. Navegó hacia la batalla. Y yo… no entiendo por qué.

—Tú eras su hija.

—¿Y esa es una explicación? —Examinó el rostro de Cassian, con la tristeza

grabada en él. Tristeza… por ella. Por el dolor en su pecho y el escozor en sus ojos.

—El amor es complicado.

Al instante, ella bajó la mirada. Pero levantó la barbilla.

—Ni una sola vez pensé en lo que aquello pudo significar para él. De ser aquel hombre que había hecho su propia fortuna, que era conocido como el Príncipe de los Mercaderes, a perderlo todo. No creo que perder a mi madre lo afectara tanto como el hecho de perder su flota. Siempre estuvo convencido de que la empresa le haría ganar aún más riqueza, una obscena cantidad de riquezas. La gente le decía que estaba loco, pero él se negaba a escuchar. Cuando se demostró que los demás tenían razón… Creo que la humillación lo afectó tanto como la pérdida financiera.

Nesta observó los callos que ya se estaban formando en sus dedos y en las palmas de sus manos.

—Los deudores parecían jubilosos cuando llegaron aquí… como si hubieran estado resentidos con él todo ese tiempo y estuvieran más que felices de poder desquitarse con su pierna. Yo estaba más aterrorizada por lo que pudieran hacernos a mí y a Elain que por cualquier otra cosa. Feyre… Ella trató de hacer que se detuvieran. Se quedó aquí con él mientras nosotras nos escondíamos en el dormitorio. —Se obligó a mirar a Cassian a los ojos, otra vez—. No solo le fallé a Feyre al dejarla ir al bosque. También le fallé muchas otras veces.

—¿Se lo has dicho alguna vez?

Nesta resopló.

—No. No sé cómo.

Él la estudió y ella resistió el impulso de mostrarse avergonzada bajo el escrutinio.

—Aprenderás cómo hacerlo. Cuando estés lista.

—Qué sabio de tu parte.

Cassian insinuó una reverencia.

A pesar de esa casa, de la historia que la rodeaba, Nesta sonrió. Guardó en el bolsillo la rosa tallada.

—Ya he visto suficiente.

Él arqueó una ceja.

—¿De verdad?

Ella apretó la rosa de madera en el bolsillo.

—Creo que solo necesitaba ver este lugar. Una última vez. Para saber que

salimos de aquí. Que aquí ya no queda nada excepto polvo y malos recuerdos.

Él deslizó un brazo alrededor de su cintura mientras caminaban hacia la puerta, mirando otra vez todas las pequeñas pinturas que Feyre había metido en la cabaña.

—Az no regresará hasta dentro de un rato. Vamos volando.

—¿Qué hacemos con los humanos? —Echarían a correr, gritando aterrorizados.

Cassian le dirigió una sonrisa traviesa, y le abrió aquella puerta medio rota. Conduciéndola a la luz del sol y al aire limpio.

—Agregará un poco de sabor a sus días.

Capítulo 56

Pasó un mes y el invierno se deslizó sobre Velaris como la escarcha sobre una ventana.

El entrenamiento matutino se convirtió en un asunto helado, el aliento se convertía en una nube en el aire gélido mientras practicaban con espadas y cuchillos. El metal estaba tan frío que les lastimaba las palmas de las manos. Hasta sus escudos a veces se cubrían de escarcha. Las valquirias aprendían a luchar en todo tipo de clima, les dijo Gwyn. Especialmente en el frío. Entonces, cuando ocasionalmente caía la nieve, Nesta y las otras también entrenaban.

Nesta tuvo que cambiar la talla de sus ropas de cuero, y cuando se miraba en el espejo cada mañana para trenzarse el cabello, el reflejo que le devolvía había perdido su delgadez, y también las sombras debajo de los ojos. Aunque Cassian le hacía el amor en todas las superficies de la Casa, a veces hasta la madrugada, el cansancio, los moretones oscuros debajo de los ojos, se habían desvanecido.

Se decía a sí misma que no importaba que él nunca se quedara en su cama después para abrazarla. Se preguntaba cuándo se cansaría de eso… de ella. Seguramente se acabaría aburriendo y pasaría a otra cosa. Aunque él se deleitara con ella todas las noches, como si estuviera hambriento. Le agarraba los muslos con sus poderosas manos y la lamía y la chupaba hasta que ella se retorcía de placer. A veces ella se montaba a horcajadas sobre su rostro, con las manos apretadas en la cabecera de la cama, y cabalgaba en la lengua de él hasta llegar al orgasmo. A veces era la lengua de ella sobre él, alrededor de él, y se tragaba cada gota que él derramaba en su boca. A veces él eyaculaba sobre su pecho, sobre su estómago, sobre su espalda, y ella se corría con solo sentir la primera salpicadura sobre la piel.

No podía imaginar sentirse cansada de él. Tenerlo una y otra vez no hacía más que aumentar su necesidad.

Ella había estado practicando bailes con Morrigan en el estudio de la Casa dos veces por semana, y las dos apenas intercambiaban unas pocas palabras mientras Nesta aprendía un vals tras otro, algunos propios de la Ciudad Tallada, otros de la Corte Otoño, otros de los fae en general.

Rhys les había dado el orbe Veritas para que Morrigan pudiera compartir sus recuerdos de las danzas con Nesta… de los bailes y de la música que las acompañaban.

Nesta había observado los pasos, los bailes y las fiestas que a veces estaban llenos de luz y otras, rodeados de tinieblas y dolor. Morrigan no había ofrecido ninguna explicación más allá de los comentarios sobre la técnica del bailarín.

Sin embargo, la música… era brillante. Tan llena de vida y movimiento que ella siempre se encontraba deseando tener otra hora o dos de lecciones solo para escucharla una y otra vez y otra vez.

Nunca nadie apareció para verlas, ni siquiera Cassian. Si Morrigan informaba sobre sus progresos, ella nunca lo dijo.

En ese momento, cuando faltaban solo tres días para el solsticio de invierno, Morrigan estaba terminando su lección mientras la nieve caía tras las ventanas.

—Y entonces ¿qué te vas a poner para el baile? —le preguntó a Nesta de repente.

Nesta, apoyada en la mesa de trabajo para recuperar el aliento y escuchar los acordes del violín a través del brillante espejismo del orbe Veritas, se encogió de hombros.

—Alguno de mis vestidos.

—Oh, no. —El sudor perlaba la frente de Morrigan, y su cabello dorado y trenzado estaba ligeramente rizado por la humedad—. Eris… —Buscó las palabras—. A él solo le interesan las apariencias. Tienes que usar ropa adecuada.

Nesta consideró el tipo de vestimenta que normalmente usaba Morrigan y frunció el ceño.

—No me gusta usar ropa reveladora. —Ambas, Morrigan y Feyre habían optado por aquello de «menos es más» cuando se trataba de su atuendo en la Ciudad Tallada. Nesta no tenía problemas con la desnudez ante sus compañeros de dormitorio, pero en público… Lo humano en ella no le había sido arrebatado por completo.

—Voy a echar una mirada. —Morrigan se apartó del alféizar de la ventana

—. A ver qué tenemos.

—Gracias, Morrigan.

Era la primera conversación normal que tenían. Incluso era la primera vez que Nesta le decía esas palabras a Morrigan. Nunca había pronunciado su nombre.

Morrigan parpadeó al darse cuenta también.

—Dime solo Mor, ya sabes. Amren es la única persona en esta corte que me llama Morrigan, y eso es porque es una vieja bastarda malhumorada.

Los labios de Nesta se movieron hacia arriba.

—Muy bien, entonces. —Hizo una prueba, y añadió—: Mor.

El reloj dio la una y Nesta empezó a caminar hacia la puerta, dejando el orbe y su música altísima sobre el escritorio.

—Tengo que ir a la biblioteca. —Ya llegaba tarde, pero la música era tan fascinante que no quería parar de practicar.

—Yo también, en realidad —dijo Morrigan… Mor… y caminaron juntas a través del pasillo—. El trabajo que estoy haciendo para Rhys y Feyre en Vallahan requiere un poco de investigación, y le he pedido a Clotho que me ayude con unos libros.

—Ah.

Se hizo un silencio forzado mientras bajaban la escalera, luego hacia otro pasillo.

Las imponentes puertas de la biblioteca aparecieron antes de que Nesta preguntara:

—¿Te molesta que vaya a bailar con Eris?

Mor lo pensó.

—No. Porque sé que vas a hacer que se arrastre antes de terminar.

No era un cumplido. Realmente no lo era.

Encontraron a Clotho en su escritorio habitual. Se levantó y saludó a Mor con un abrazo que dejó a Nesta sin palabras.

—¡Mi vieja amiga! —exclamó Mor y su rostro se iluminó con calidez.

La pluma y el papel encantados de Clotho escribían: «Te ves bien, Mor».

—Eh. —Mor levantó un hombro—. Nesta me ha estado molestando con sus lecciones de baile, pero estoy bien.

«Encontré los libros que solicitaste». Clotho puso una mano nudosa sobre una pila de libros en su escritorio.

Nesta interpretó eso como una señal para retirarse, y saludó con un

movimiento de cabeza a las hembras mientras estas se entregaban a una conversación sobre el material. Gwyn estaba esperando en un nivel inferior, observándolas… Emerie estaba entre las pilas de libros detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Nesta a Emerie. Ella todavía estaba en el *ring* de entrenamiento cuando Nesta dejó el lugar para ir a su lección de baile. Pero de eso hacía ya varias horas.

—Quería ver dónde trabajáis —explicó Emerie, con los ojos fijos en Clotho y Mor en un nivel más arriba. Suspiró, y movió la mano para señalar a Mor—. Siempre olvido lo hermosa que es. Últimamente nunca viene al Refugio del Viento. —Nesta podría haber jurado que el color rosa se impuso al marrón de las mejillas de Emerie.

De hecho, en la profunda penumbra de la biblioteca, Mor brillaba como un rayo de sol. Incluso la oscuridad en el fondo pareció desvanecerse.

—Le estaba mostrando a Emerie las maravillas de la oficina de Merrill aprovechando que está en una reunión —precisó Gwyn—. Tengo que trabajar, pero pensé que podrías acompañarla en el recorrido mientras vas guardando libros. —Gwyn le lanzó una irónica mirada—. Y bailando.

Nesta puso los ojos en blanco. Tal vez la había sorprendido practicando sus valses entre las pilas de libros una o dos veces. O diez.

Nesta movió la cabeza en dirección a Emerie, haciendo que la hembra apartara la mirada de los animados gestos de las manos de Mor.

—Vamos.

Pero Gwyn dijo:

—En realidad, antes de que os vayáis, quería daros algo. Dado que probablemente sea la última vez que nos veamos antes de que pase el solsticio de invierno.

Nesta y Emerie intercambiaron miradas de confusión.

—¿Nos has traído regalos? —preguntó Emerie.

—Nos vemos junto a tu carrito. —Eso fue lo único que dijo Gwyn. Y se precipitó hacia la penumbra.

Emerie y Nesta se dirigieron al nivel cinco, donde Nesta había dejado su carrito. Estaba lleno de libros que había que reubicar en sus estantes. Ella trataba de explicarle en qué consistía su trabajo, pero Emerie parecía escuchar a medias. Estaba pálida.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Nesta.

Emerie frunció las cejas.

—Yo… Seguramente no he bebido suficiente agua durante el entrenamiento. —Habían practicado dos nuevas técnicas de las valquirias que Gwyn había descubierto la noche anterior, y ambas habían resultado ser particularmente duras. Tenían que usar los escudos como trampolines para lanzar a una compañera valquiria a los cielos, y hacer sus flexiones abdominales con el peso de esos escudos.

Nadie había logrado cortar la cinta, aunque Emerie había cortado un borde hacía dos días.

—¿Qué te ocurre? —insistió Nesta.

Los ojos de Emerie se tornaron sombríos.

—Es… Lo juro, puedo oír a mi padre gritando en este lugar. —Le temblaban las manos cuando levantó una para acomodar un mechón de cabello detrás de la oreja—. Puedo oír cómo me grita, puedo oír el ruido de muebles rompiéndose…

A Nesta se le heló la sangre. Volvió la cabeza hacia la pendiente descendente a su derecha. Allí no acechaba ninguna oscuridad, pero estaban bastante abajo…

—Este lugar es antiguo y extraño —dijo, mientras procesaba lo que Emerie le había confesado. Ella nunca había hablado de su padre, aparte del asunto del recorte de sus alas. Pero Nesta había supuesto lo suficiente: el hombre había sido una bestia como el padre de Tomás Mandray.

—Subamos un nivel, donde la oscuridad no susurre tan fuerte. Estoy segura de que Gwyn nos encontrará sin problemas. —Enlazó cariñosamente su brazo con el de Emerie para que le llegara algo de su calor.

Emerie asintió con un movimiento de cabeza, pero su palidez no desapareció.

Nesta se preguntó si Emerie seguiría oyendo los gritos de su padre mientras avanzaban.

Por supuesto, Gwyn las encontró. La sacerdotisa se sonrojó cuando les entregó dos paquetes rectangulares, cada uno aproximadamente del tamaño de un libro.

—Uno para cada una.

Nesta retiró el papel marrón que lo envolvía y vio una pila de páginas escritas. En la parte superior de la primera página, simplemente ponía: «Capítulo veintiuno». Leyó las primeras líneas justo debajo, luego casi deja caer las páginas.

—Esto… esto se refiere a nosotras.

Gwyn sonrió.

—Convencí a Merrill para que nos agregara en el penúltimo capítulo. Incluso me dejó escribirlo… con sus propias anotaciones, por supuesto. Trata sobre el renacimiento de las valquirias. Sobre lo que estamos haciendo.

Nesta no encontró palabras. A Emerie le temblaron otra vez las manos cuando hojeó las páginas.

—¿Tenías tanto que decir sobre nosotras? —dijo Emerie, ahogando una risa.

Gwyn se frotó las manos.

—Y hay más todavía.

Nesta leyó una línea al azar en la quinta página. «Aunque el sol abrasador cayera sobre ellas o la lluvia helada convirtiera sus huesos en hielo, Nesta, Emerie y Gwyneth asistían al entrenamiento todas las mañanas, listas para…».

Le dolía la parte de atrás de la garganta; le picaban los ojos.

—Aparecemos en un libro.

Gwyn entrelazó sus dedos con los de ella, y los apretó con fuerza. Nesta levantó la vista apreciando cómo también cogía la mano libre de Emerie. Gwyn sonrió de nuevo. Sus ojos brillaban.

—Nuestras historias merecen ser contadas.

Nesta todavía seguía impresionada por la generosidad del regalo de Gwyn esa noche cuando encontró una nota de Cassian en la que le decía que tenía que pasar la noche en uno de los puestos ilyrios de avanzada para ocuparse de una pequeña disputa entre grupos de guerreros. Con el comienzo del Rito de Sangre apenas a pocos meses, decía, las tensiones siempre asomaban con fuerza, pero este año parecía particularmente malo. Nuevas disputas surgían cada pocos días, resurgían viejos rencores… Nesta, a pesar del contenido de la nota, había sonreído para sí misma, imaginándose la cara de «a mí no me vengan con sandeces» de Cassian mientras restauraba la ley.

Pero su diversión pronto se desvaneció, y aunque probó con la técnica Serenar la Mente dos veces después de la cena, no logró tranquilizarse. Seguía pensando en el regalo de Gwyn, en el rostro aterrorizado de Emerie cuando percibió lo que fuera que hubiera en la oscuridad.

Sentada a su escritorio, con la mirada perdida en la nada, Nesta apoyaba la frente en las palmas de las manos.

Una taza de chocolate caliente apareció a su lado, junto con algunos mantecados. Nesta se rio entre dientes.

—Gracias.

Bebió un sorbo de su bebida, casi suspirando por la exquisitez del cacao.

—Me gustaría probar un fuego —dijo en voz baja—. Algo pequeño.

Instantáneamente, la Casa encendió un fuego pequeño en la chimenea. Un tronco se quebró y Nesta se enderezó, se le retorció el estómago.

Era el fuego. No el cuello de su padre. Su mirada se dirigió hacia la rosa de madera tallada que había colocado en la repisa de la chimenea, medio escondida en las sombras junto a la estatuilla de una hembra de cuerpo flexible, con los brazos en alto abrazando una luna llena. Una especie de diosa primitiva… tal vez incluso la Madre misma. Nesta no se había permitido pensar en por qué había sentido la necesidad de poner la rosa allí. Por qué no la había arrojado a un cajón.

Otro tronco se rompió y Nesta se estremeció. Pero siguió sentada allí. Mirando aquella rosa tallada.

¿Iba a vivir el resto de su vida como Emerie, siempre mirando hacia atrás, esperando ver la sombra del pasado que la perseguía? ¿Tenía ella el aspecto que tenía Emerie esa tarde, aterrorizada y dolida?

Se debía a sí misma más que eso. Emerie también merecía más. La oportunidad de vivir una vida sin miedo ni terror.

Así que podía intentarlo. En ese mismo momento. Se enfrentaría a este fuego.

Otro tronco se quebró. Nesta apretó los dientes. «Respira. Inhala contando hasta seis, espera, exhala contando hasta seis».

Eso fue lo que hizo.

«Esto es una lumbre. Te hace recordar a tu padre, a algo horrible que sucedió. Pero este no es él, y si bien te sientes incómoda, puedes superarlo».

Nesta se concentró en su respiración. Se obligó a aflojar cada uno de sus tensos músculos, comenzando por la cara y bajando hasta los dedos de los pies.

Todo mientras se repetía a sí misma, una y otra vez: «Esto es un fuego. Te hace sentir incómoda. Por eso reaccionas como lo haces. Puedes respirar para superarlo. Trabaja en ello».

Su cuerpo no se aflojó, pero fue capaz de sentarse allí. Aguantó el fuego hasta que se convirtió en brasas y luego se apagó por completo.

No sabía por qué estaba al borde de las lágrimas mientras las cenizas ardían.

No sabía por qué la oleada de orgullo que le llenaba el pecho le provocó ganas de reír, de gritar y de bailar por toda la habitación. Lo único que había hecho era sentarse junto al fuego, pero… se sentó. Y se quedó allí.

No había fracasado. Se había enfrentado al pasado y había sobrevivido.

Puede que no hubiera salvado al mundo ni conducido ejércitos, pero había dado ese pequeño paso inicial.

Nesta se secó los ojos, y cuando miró a su alrededor, a su habitación, en silencio, se sobresaltó al encontrar un rastro de ramitas de hoja perenne que conducía a la puerta abierta.

Arqueó una ceja y se levantó.

—¿A qué viene esto? —le preguntó a la Casa, siguiendo el rastro que había dejado.

Hasta el final del pasillo, por toda la escalera, hasta la biblioteca.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Nesta al aire tibio. Afortunadamente, incluso las más noctámbulas de las sacerdotisas se habían ido a dormir, sin que nadie pudiera verla corriendo tras el rastro de ramas. Alrededor de los niveles de la biblioteca daba vueltas y vueltas, cada vez más y más profundamente, hasta acabar en el séptimo nivel.

Nesta se paró en seco cuando el rastro se detuvo en el borde de la pared de oscuridad.

Una luz parpadeó más allá. Varias luces.

Como si dijeran: «Ven. No tengas miedo».

Así que Nesta respiró hondo mientras se adentraba en la penumbra.

Pequeñas velas convertían aquello en una oscuridad conocida. Ella y Feyre se habían aventurado alguna vez por ahí… habían enfrentado los horrores de ese lugar. No quedaban pruebas de ese día. Solo la penumbra iluminada por el fuego, y las velas que la conducían a los niveles más bajos de la biblioteca.

Al fondo mismo.

Nesta las siguió, girando en espiral hasta el fondo del pozo, donde brillaba un pequeño farol que iluminaba débilmente las hileras de libros envueltos en la sombra permanente a su alrededor.

Con el corazón acelerado, Nesta levantó el farol en una mano y miró hacia la oscuridad.

El corazón del mundo, de la existencia.

El corazón de la Casa.

—Esta… —Sus dedos se apretaron sobre el farol—. Esta oscuridad es tu

corazón.

A manera de respuesta, la Casa puso una ramita de hoja perenne a sus pies.

—Un regalo del solsticio de invierno. Para mí.

Podría haber jurado que una mano cálida le rozó el cuello en respuesta.

—Pero tu oscuridad… —La admiración suavizó su voz—. Estabas intentando mostrarme. Mostrar al resto. Quién eres, en el fondo. Qué te atormenta. Estabas intentando mostrarnos a todas esas piezas oscuras y rotas porque las sacerdotisas, Emerie y yo… Somos lo mismo que tú.

Su garganta se contrajo ante lo que la Casa le había regalado. Ese conocimiento.

Levantó más el farol y apagó la llama.

Dejó que la oscuridad la invadiera. Que lo envolviera todo.

—No tengo miedo —le susurró ella a la oscuridad—. Eres mi amiga, y mi hogar. Gracias por compartir esto conmigo.

Una vez más, Nesta podría haber jurado que un toque fantasmal le acarició el cuello, la mejilla, la frente.

—Feliz solsticio —dijo ella a la hermosa y quebrada oscuridad.

Capítulo 57

Por lo general, Cassian esperaba con ansias el solsticio de invierno por una serie de razones, la primera la constituían los habituales tres días de beber con su familia para terminar con la diversión desenfrenada de una batalla anual de bolas de nieve con sus hermanos. Seguido de un baño de vapor con leña de abedules y más bebida, normalmente hasta que los tres quedaban desmayados en diversas posiciones estúpidas. Un año, se había despertado solo con una peluca rubia y una guirnalda de hojas perennes como taparrabos. Le picaba y lo raspaba terriblemente, aunque eso no era nada comparado con la palpitante resaca.

Él suponía, en el fondo, que amaba el solsticio de invierno porque era un tiempo sin interrupciones que pasaba con las personas que más quería.

Pero ese año, al igual que el año anterior, la celebración lo llenó de amargos sentimientos.

La Corte de las Pesadillas estaba decorada como de costumbre, adornada para la celebración que duraba tres días enteros en torno a la noche más larga del año. Cada noche había un baile diferente y, durante la primera, Nesta bailaría con Eris.

Esa misma noche. En cuestión de instantes.

Había tenido un mes para prepararse. Un mes de estar en la cama de Nesta… o al menos haciendo el amor con ella. El Caldero sabía que ella nunca le había pedido que se quedara…

Estaba al pie del estrado negro, contemplando la deslumbrante multitud con una expresión en el rostro que prometía muerte. Az estaba en el otro lado del estrado, con una expresión similar.

Todas y cada una de las personas allí reunidas bien podrían arder en el infierno.

Para comenzar, Keir, a la cabeza de los allí reunidos. Para terminar con Eris, orgullosamente de pie a su lado, vestido de negro, al estilo de la Corte Noche.

Mor estaba junto a los tronos de Feyre y Rhysand, representándolos hasta que hicieran su entrada.

Toda la sala del trono estaba ornamentada con velas negras, coronas y guirnaldas de hojas perennes y bayas de acebo. Las largas mesas gemelas del banquete se extendían a ambos lados del enorme espacio, rebosantes de comida, que nadie podía tocar hasta que Feyre y Rhys lo autorizaran.

Había relajado ligeramente su comportamiento de Noche Triunfante con la gente de la Ciudad Tallada últimamente, pero no demasiado. Cassian no envidiaba el acto de malabarismo de Rhys. No podían aislar a Keir, ya que iban a necesitar de nuevo a sus Portadores de Oscuridad. De ahí el tono más agradable. Pero no podían permitir que olvidara la paliza que recibiría si se salía de lo convenido. Por eso su expresión era algo más agradable.

No habían sabido nada de la Corona, nada de Briallyn. Ella no había aparecido para buscar el Tesoro. Cassian no era tan estúpido como para creer que el conflicto había terminado. Ninguno de ellos lo era.

Las imponentes puertas de la sala del trono finalmente se abrieron.

Un poder oscuro retumbó por toda la montaña, evidenciando su proximidad. La montaña cantó con él. Todo el mundo se volvió cuando el alto lord y la alta lady aparecieron, coronados y vestidos de negro.

Rhys lucía espléndido como siempre, pero Feyre…

Todos los presentes se quedaron boquiabiertos.

Esa noche también sirvió para otro propósito: contarle al mundo el embarazo de Feyre.

Ella llevaba un vestido de brillantes paneles negros, muy parecido al que había usado ahí por primera vez… y no hacía nada para ocultar su vientre hinchado.

Todo lo contrario, mostraba orgullosa su aspecto de embarazada, que brillaba a la luz de las velas.

El rostro de Rhys era el vivo retrato de la presunción y el orgullo masculinos. Cassian sabía que podía triturar en mil pedazos a cualquiera que le dirigiera a Feyre un simple pestañeo fuera de lugar. De hecho, Rhys emanaba ondas de fría violencia mientras caminaban hacia el estrado y el intenso aroma del bebé de

Feyre impregnaba el aire. Dejó que todos los presentes lo olieran, para confirmar aún más que estaba embarazada.

Feyre bien podría haber sido una diosa antigua, coronada y resplandeciente, su vientre henchido de vida. Su rostro sereno era encantador, y sus carnosos labios rojos esbozaban una sonrisa dirigida a Rhys mientras se encaminaban hacia sus tronos. Keir parecía dividido entre la ira y la conmoción; el rostro de Eris lucía cuidadosamente neutral.

El movimiento en el fondo de la sala desplazó la mirada de Cassian de sus enemigos, y luego…

Ambas hermanas vestían de negro. Ambas caminaban detrás de Rhys y Feyre, un silencioso indicador de que formaban parte de la familia real. De que tenían inmensos poderes propios. Lo habían planeado de esa manera para que Eris viera lo valiosa que era Nesta. Cassian se preguntaba si Elain y Nesta habrían roto su silencio mientras esperaban el momento de hacer su entrada. No se hablaban desde hacía meses.

El negro no favorecía a Elain. Su belleza era incuestionable, pero el color de su modesto vestido de manga larga le quitaba brillo a la cara. El vestido la llevaba a ella, y no al revés. Y él sabía que la crueldad de la Ciudad Tallada la inquietaba. Sin embargo, no había dudado en asistir. Cuando Feyre le ofreció quedarse en casa, Elain acomodó los hombros y afirmó que ella era parte de esta corte… e iba a hacer lo que fuera necesario. Así que Elain se había dejado el pelo suelto, sujeto atrás con dos peinetas de perlas. Él nunca, ni una sola vez, en los dos años que la conocía, pensó que Elain fuera insulsa, pero vestirse de negro, por más que ella aseguraba ser parte de esta corte… le quitaba vida.

Nesta, vestida de negro al estilo de la Corte Noche, amenazaba con ponerlo de rodillas.

Se había trenzado el pelo sobre la cabeza con su estilo habitual, pero encima, reposaba una delicada tiara de reluciente piedra negra con delgadas puntas que sobresalían hacia arriba formando una corona oscura. Cada punta estaba coronada con un diminuto zafiro, como si esas puntas estuvieran tan afiladas que perforaran el cielo y extrajeran sangre color cobalto.

Y el vestido…

Hilos de plata bordaban el ceñido corpiño de terciopelo, los breteles tan finos que bien podrían haber sido una nada contra su piel blanca como la luna. Un vertiginoso escote le llegaba hasta casi el ombligo, donde el hilo de plata se envolvía para sostener un pequeño zafiro que hacía juego con los de la corona.

Las faldas amplias rozaban el suelo oscuro, con un susurro en el silencio reinante.

Nesta mantenía la barbilla alta, lo que acentuaba su largo y hermoso cuello. Los labios pintados de rojo se inclinaban en una felina sonrisa de satisfacción mientras sus ojos delineados con kohl observaban la sala repleta de gente con la mirada puesta en cada respiración de ella.

Feyre y Rhys se sentaron en sus tronos, y Nesta y Elain permanecieron al pie del estrado, entre él y Azriel. Cassian no se atrevió a decirle ni una palabra a Nesta, ni siquiera a mirarla, a mirar ese cuerpo en exhibición… ese cuerpo que había probado tantas veces, y que en ese momento era un milagro que no dejara en él, en su cuello, la huella de sus labios.

Tampoco se atrevió a mirar a Eris. Una mirada y delataría toda la jugada. Incluso el aroma de ella había sido cuidadosamente disimulado para esconder cualquier rastro de él.

Feyre se dirigió a la multitud allí reunida.

—Que las bendiciones del solsticio de invierno sean con todos vosotros.

Keir se inclinó hacia delante, haciendo una profunda reverencia.

—Permíteme ofrecerte mis felicitaciones. —Cassian sabía que el bastardo no quería decir ni una palabra de lo que dijo.

Eris, invitado de honor de ambos, hizo lo propio.

—Y permíteme ofrecer las mías también, en nombre de mi padre y de toda la Corte Otoño. —Le dedicó a Feyre una bonita y cultivada sonrisa—. Él se alegrará mucho con esta noticia.

La boca de Rhys se curvó en una cruel media sonrisa, y las estrellas parpadearon en sus ojos.

—Estoy seguro de que así será.

Esa noche no había que fingir. Rhys era el alto lord de la Corte de las Pesadillas, mientras Feyre y su bebé estuvieran allí. Él mataría a cualquiera que los amenazara.

Rhys habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Música.

Una orquesta escondida en un entrepiso velado comenzó a tocar.

—Adelante…, sírvanse —invitó Feyre, levantando la voz.

La multitud comenzó a dispersarse a medida que las mesas se iban ocupando.

Solo Eris y Keir permanecieron ante ellos. Tampoco Mor los miró, siquiera

de reojo, aunque sonrió con satisfacción. Su vestido rojo era como una llama en la penumbra del salón.

Cassian, con su armadura negra, se sentía como las bestias talladas en los altísimos pilares debajo de esa montaña. Se había cepillado el pelo, dejándoselo suelto, y ese fue todo su preparativo para esa noche. Pasó la mayor parte del tiempo pensando en cómo le gustaría arrancarle la piel a Eris en pequeñas tiras, en cómo Rhys y Feyre se habían excedido al pedirle tal cosa a Nesta. Los amaba a ambos, pero podrían haber encontrado otra manera de asegurarse la lealtad de Eris. Y no era que a Cassian se le hubiera ocurrido una mejor alternativa.

Al menos Briallyn y Koschei aún no habían movido ficha. Aunque él no tenía ninguna duda de que pronto harían su próxima jugada.

La voz de Feyre sonó como un trueno a medianoche.

—A bailar.

Todos buscaron sus parejas y, sin dudarlo, se dejaron llevar por la música. Keir fue con ellos esta vez.

—Antes de que te unas a la diversión, Eris —dijo Rhys lentamente, y una larga caja negra apareció en sus manos—, me gustaría entregarte tu regalo del solsticio.

Cassian mantuvo su rostro inexpresivo. ¿Rhys le había hecho un regalo al bastardo?

Rhys hizo flotar la caja hacia Eris en un viento suave como un cálido beso nocturno. Dejó que buena parte de ese viento permaneciera, envolviéndose detrás de Eris, para ocultarlo de la vista de los presentes. De la vista de Keir, específicamente.

Eris arqueó las cejas y abrió la tapa tallada. Se puso rígido.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja.

—Un regalo —replicó Rhys, y Cassian vislumbró una conocida empuñadura en la caja.

La daga que Nesta había hecho. Cassian se abstuvo de dar vueltas sobre Rhys y Feyre, exigiendo saber qué demonios estaban pensando.

Eris contuvo el aliento.

—Puedes sentir su poder —observó Feyre.

—Hay una llama en ella —dijo Eris, sin tocarla. Como si su propia magia lo pusiera en alerta. Cerró la tapa. Su rostro estaba ligeramente pálido—. ¿Por qué me das esto?

—Eres nuestro aliado —explicó Feyre, con una mano apoyada en su panza

—. Te enfrentas a enemigos que existen fuera de las reglas habituales de la magia. Nos pareció justo darte un arma que también opera al margen de esas reglas.

—Está realmente hecha con magia, entonces.

Cassian se preparó para la verdad, la maldita y peligrosa verdad, sobre Nesta, a punto de ser revelada. Pero Rhys dijo:

—De mi colección personal. Una reliquia familiar.

—¿Poseías un artículo hecho con magia y lo mantuviste oculto todos estos años? ¿Durante la guerra?

—No des por sentada nuestra generosidad —le advirtió Feyre a Eris en voz baja.

Eris se quedó quieto, pero asintió con la cabeza. Le entregó la caja a Rhys.

—La dejaré en tu custodia mientras bailo, entonces. —Y añadió con lo que Cassian podría haber jurado era sinceridad—: Gracias.

Feyre movió la cabeza mientras Rhys cogía la caja y la colocaba junto a su trono.

—Úsala bien —dijo Feyre sonriéndole—. En otras circunstancias te pediría que bailaras conmigo, pero mi condición hace que solo me preocupe por lo que demasiadas vueltas podrían provocar en mi estómago. —Era la verdad. Feyre había salido corriendo de la cena hacía tres noches para encontrar el baño más cercano. Y en ese momento miró expresamente a sus dos hermanas. Elain parecía ligeramente interesada. Nesta simplemente parecía aburrida. Como si no acabaran de regalar la daga que había hecho.

Quizá fuera porque los ojos de Nesta se habían desviado hacia el baile, hacia la reluciente multitud. Como si no pudiera evitarlo cuando la música se imponía. Parecía estar escuchando a medias.

Tal vez, para ella, la música significaba más que la daga… más que la magia y el poder.

Feyre notó la dirección de la mirada de Nesta.

—Mi hermana mayor lo hará en mi lugar.

Nesta apenas miró a Eris, quien evaluaba a Elain con la mirada. Este apartó sus ojos de Elain para mirar a la mayor de las hermanas Archeron con una mezcla de cautela e interés que hizo rechinar la mandíbula de Cassian. O, más bien, la habría hecho rechinar si no se hubiera dominado a tiempo para mantener su rostro inexpresivo mientras Nesta comenzaba a caminar hacia Eris.

Eris le ofreció el brazo y Nesta lo agarró. Su rostro se mantuvo neutral, la

barbilla en alto, deslizándose con cada paso. Se detuvieron al borde de la pista de baile y se separaron para quedar uno frente al otro.

Los demás observaban desde la barrera cuando la danza terminó y comenzaron los acordes introductorios de la siguiente, con el sonido agudo y dulce de un arpa. Eris extendió una mano, con una media sonrisa en la boca.

Como si aquellas cuerdas del arpa envolvieran el brazo de Nesta, ella lo levantó y puso su mano en la de él precisamente cuando sonó el último y rápido acorde del arpa.

Se unieron la percusión y los cornos; los instrumentos bajos de cuerda iniciaron una apresurada carrera musical. Una llamada al baile en una cuenta regresiva para el movimiento. Cassian se recordó a sí mismo que debía respirar cuando Eris puso su enorme mano en la cintura de Nesta, atrayéndola hacia sí. Ella levantó la barbilla, y lo miró a la cara cuando sonó un tambor de gran volumen.

Y cuando los violines comenzaron su canción arrolladora, un atractivo ida y vuelta, Nesta se movió como si su propia respiración estuviera sincronizada con la música. Eris la seguía, y era evidente que conocía los matices y las notas exactas de la danza, pero Nesta…

Recogió su falda con la otra mano, y mientras Eris la conducía en los movimientos de apertura del vals, todo su cuerpo se tensó y después se aflojó, y se dejó llevar por la música, sintiendo las vibraciones. Cassian no sabía dónde mirar.

Hasta los ojos de Eris se agrandaron al verla… era pura habilidad y gracia, cada movimiento de su cuerpo afinado con precisión según cada nota y cada requerimiento de la música. Desde las yemas de los dedos hasta la extensión de su cuello al girar, el arco de su espalda era parte de la nota tocada. Cassian se atrevió a mirar a Feyre y a Rhys y descubrió que hasta sus rostros normalmente serenos se habían relajado levemente.

Cuando Nesta y Eris terminaron su primera vuelta por la pista de baile, Cassian tenía la creciente sensación de que Elain había subestimado las habilidades de su hermana.

La música ardía a través de Nesta.

¿Ha habido alguna vez un sonido tan perfecto y medio salvaje en el mundo? Los recuerdos de Mor sobre el Veritas no eran nada comparados con escuchar la interpretación en vivo. Fluía y flotaba a su alrededor, llenándole la sangre, y si ella hubiera podido hacerlo, se habría fundido con la melodía, se habría convertido en los tambores que retumbaban, en los violines que se elevaban, en los platillos que chocaban en el contratiempo, en los cornos y las cañas con sus agudos sonidos.

No había suficiente espacio dentro de ella para el sonido, por todo lo que le hacía sentir… ni suficiente espacio en su mente, en su corazón, en su cuerpo; y lo único que podía hacer para honrarlo y adorarlo, era bailar.

Eris, hay que reconocerlo, supo acompañarla.

Nesta no dejó de mirarlo a los ojos en un solo momento, haciéndole sentir su cuerpo flexible, lo moldeable que era cuando se arqueaba como si fuera un grupo de notas. La mano de él la apretaba, con los dedos clavados en el surco de su columna vertebral, y ella permitió que una comedida sonrisa apareciera en sus labios pintados de rojo.

Nunca había usado un color tan intenso en la boca. Parecía la imagen personificada del pecado. Pero fue Mor quien decidió por ella, junto con la línea de kohl líquido sobre los párpados superiores. Y cuando Nesta se miró finalmente en el espejo, no se reconoció.

Vio a una Reina de la Noche. Tan despiadada, fría y hermosa como el dios Lanthys había querido hacerla. Consorte de la Muerte.

La Muerte misma.

Eris soltó su cintura para hacerla girar y, sin ningún esfuerzo, el movimiento coincidió con el fluir de las notas, con la mirada de ella fija en los ojos de él exactamente cuando la música retomó la melodía. La llama ardía en sus ojos y volvió a hacerla girar… un movimiento no incluido en la danza, pero ella lo siguió y de nuevo volvió la cabeza para mirarlo a los ojos, mientras su falda volaba.

Los labios de él se curvaron en señal de aprobación. Había pasado la prueba.

Nesta le devolvió la sonrisa de suficiencia, dejando que sus ojos brillaran. «Haz que se arrastre», le había dicho Mor. Y así lo haría.

Pero primero bailaría.

Cassian conocía el vals. Lo había visto bailar y lo había bailado durante siglos. Sabía que el último medio minuto era un rápido frenesí de notas y un sonido grandioso y ascendente. Sabía que la mayoría de los bailarines seguía bailando durante ese medio minuto, pero los valientes, los habilidosos darían las doce vueltas, con la hembra girando ciegamente con un brazo por encima de la cabeza, girando una y otra y otra vez junto a su pareja mientras atravesaban la pista de baile. Girar era arriesgarse a parecer tontos en el mejor de los casos, o estrellarse contra el mármol en el peor.

Nesta se atrevió a hacerlo.

Y Eris la siguió, con los ojos encendidos de salvaje deleite.

La música atacó con fuerza el final estrepitoso, con retumbar de tambores, violines zumbando, y todos los presentes se detuvieron para mirar a Nesta.

Sobre Nesta, esa hembra otrora humana que había conquistado la Muerte, que ahora brillaba como si también hubiera devorado la luna.

Entre un tiempo y el siguiente, Eris levantó el brazo de Nesta por encima de su cabeza y la hizo girar con una fuerza tal que sus talones se despegaron del suelo. Apenas había terminado el giro cuando él la hizo girar de nuevo, y su cabeza se volvió con tal precisión que dejó sin aliento a Cassian.

Y sus pies…

Un giro tras otro, tras otro, moviéndose por la ya vacía pista de baile como una tormenta nocturna, los pies delicadamente calzados de Nesta bailaban tan rápido que eran apenas una imagen borrosa. Él sabía que Eris la hacía girar con el brazo, pero sus pies la sostenían, la impulsaban. Era ella la que llevaba el ritmo de la danza. En el séptimo giro, lo hizo con tal rapidez que se alzó sobre la punta de sus pies.

En el noveno giro, Eris soltó los dedos. Y Nesta, con el brazo todavía estirado por encima de la cabeza, giró tres veces más. Cada uno de los zafiros encima de su tiara brilló como si estuviera iluminado con un fuego interior. Alguien, muy cerca, dejó escapar un suspiro. Podría haber sido Feyre.

Y mientras giraba sola, sobre los dedos de un pie perfecto, Nesta sonrió. No era la sonrisa hábil de un cortesano, tampoco era una sonrisa tímida, sino una sonrisa de pura y salvaje alegría, producida por la música y la danza, y por su entrega incondicional a ella.

Fue como ver nacer a alguien. Como ver que alguien cobra vida.

Cuando Nesta terminó el último giro, ese absurdo desafío a las leyes básicas del movimiento y el espacio, Eris volvió a coger su mano, haciéndola girar tres

veces más, el cabello rojo de él brilló como un fuego, como si fuera un eco de la alegría oscura e incontrolada que brotaba de ella.

La madre de Nesta había querido un príncipe para ella. Cassian en ese momento pensó que había subestimado a su hija. Solo un rey o un emperador serían dignos de alguien con ese nivel de habilidad.

Nesta había seducido a Eris hasta casi matarlo. El murmullo de la Ciudad Tallada confirmó que Cassian no era el único que se había dado cuenta.

Los ojos de Eris brillaban con un deseo lascivo mientras bebía de la sonrisa de Nesta, del brillo que la envolvía. Sabía en lo que Nesta podría convertirse con un poco de ambición. Con la orientación adecuada.

Si se enterara de que el Tesoro del Miedo respondía a ella, que ella era quien había hecho su nueva daga…

Fue un error exponerla ante Eris, ante el mundo.

Al salir de su capullo de dolor y rabia, esta nueva Nesta podría muy bien poner de rodillas a cortes enteras. Reinos enteros.

La música subía, subía y subía, cada vez más rápido, más rápido, y cuando sonaron las últimas notas, Eris volvió a soltarla. Nesta giró sola una vez más, tres giros más precisos y perfectos cuando Eris se arrodilló ante ella y levantó una mano.

La nota final resonó y se mantuvo, y Nesta se detuvo con una facilidad sobrenatural, y cogió la mano de Eris al tiempo que arqueó la espalda y levantó el otro brazo. El vivo retrato del triunfo.

Comenzó el siguiente baile, y Nesta no vaciló cuando Eris la condujo a la pista. Era una danza más ligera y fácil que la primera, cuya música había sido una canción en su sangre.

Su compañero podía ser un monstruo, pero sabía bailar. Había sabido cómo el cuerpo de ella gritaba para hacer sola esos giros adicionales, y la dejó en libertad no una sino dos veces, e incluso entonces no había sido suficiente. Si no hubiera llevado puesto ese pesado vestido, podría haberle rogado a la orquesta que tocara de nuevo esa pieza para poder dar vuelta tras vuelta ella sola, sabiendo cuándo hacer giros dobles o triples solo por instinto y oído.

Estaba borracha de música. Pero el segundo baile no requirió giros salvajes ni demasiada emoción. Como si el director de la orquesta escondido en aquella habitación quisiera que ella se tomara un respiro. O, al menos, que hablara con su pareja de baile.

Los ojos ambarinos de Eris estudiaron los de ella.

—Confía en Rhysand para mantenerte oculta.

Bien. Ella debía halagarlo, mantenerlo de su lado.

—Pude verte la otra semana.

Eris soltó una risita.

—Y aunque fue fascinante verte enfrentar a Tamlin, alejándose con el rabo entre las piernas, no conocía esta faceta tuya. El tiempo que ha pasado desde la guerra te ha cambiado.

Ella no sonrió, pero lo miró directamente a los ojos.

—Para mejor, espero —le dijo.

—Ciertamente para ser más interesante. Parece que has venido a jugar el juego esta noche después de todo. —Eris la hizo girar, y cuando ella regresó a él, le murmuró al oído—: No creas las mentiras que te dicen sobre mí.

Ella se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Oh?

Eris movió la cabeza hacia donde Mor los miraba desde su sitio al lado de Feyre y de Rhys, con su rostro neutral y distante.

—Ella sabe la verdad, pero nunca la ha revelado.

—¿Por qué?

—Porque le tiene miedo.

—No te haces ningún favor con tu comportamiento.

—¿En serio? ¿Acaso no me he aliado con esta corte bajo la constante amenaza de ser descubierto y asesinado por mi padre? ¿Acaso no ofrezco ayuda cada vez que Rhysand lo desea? —La hizo girar de nuevo—. Creen en una versión de los hechos que es más fácil de tragar. Nunca pensé que Rhysand fuera tan ingenuo, pero tiene tendencia a ser ciego cuando se trata de aquellos a los que ama.

La boca de Nesta se movió hacia un lado.

—¿Y tú? ¿A quién amas?

Su sonrisa se agudizó.

—¿Estás averiguando sobre mi elegibilidad?

—Solo digo que es difícil encontrar un buen compañero de baile en estos

tiempos.

Eris se rio, y el sonido fue como seda sobre su piel. Nesta se estremeció.

—Así es. Especialmente uno que pueda bailar y también arrancarle la cabeza al rey de Hybern.

Le dejó ver un poco de esa persona… le dejó ver la furia salvaje y el fuego plateado que él ya había visto cuando estaba delante de Tamlin. Luego ella parpadeó y eso desapareció. El rostro de Eris se puso tenso, y no por miedo.

La hizo dar vueltas de nuevo, el vals ya estaba llegando a su fin.

—Dicen que tu hermana Elain es la más bella —le susurró al oído—, pero esta noche tú le haces sombra. —La mano de él le acarició la piel desnuda de la espalda, y ella se arqueó levemente.

Nesta movió la garganta, y dejó que sus mejillas se enrojecieran ligeramente.

El vals terminó, y continuaron sin interrupción con el siguiente baile, un poco más exigente esta vez. Ella recordó esta danza por sus lecciones con Mor… Era encantadora y arrolladora, como estar en un sueño, hasta que su último minuto era tan grandioso que siempre la dejaba sin aliento. La expectativa la invadió y le iluminó los ojos.

—Es un desperdicio que estés en la Corte Noche —murmuró Eris mientras ella giraba y su falda los envolvía a los dos—. Un absoluto desperdicio.

—No estoy segura de que eso sea un cumplido.

Otra risita. Seguía el movimiento por el rabillo del ojo, pero ella no apartó su mirada de los ojos de Eris, no detuvo sus pasos hasta que…

—Apártate.

La fría voz de Cassian quebró el hechizo de la música y la detuvo. Se plantó frente a ellos, en medio del mar de gente que daba vueltas y vueltas alrededor, y aunque la mayoría vestía de negro, su armadura y espadas lo hacían parecer… diferente.

Eris miró a Cassian por debajo de su recta nariz.

—No recibo órdenes de salvajes.

Nesta reprimió un gruñido y le habló con frialdad a Cassian.

—¿Debo entender que te gustaría bailar conmigo?

—Sí. —Sus ojos color avellana ardían con violencia. ¿Realmente se creyó lo que había visto en la pista de baile?

Eris le enseñó los dientes a Cassian.

—Ve a echarte a los pies de tu amo, perro.

Nesta necesitó toda su concentración, cada momento practicando Serenar la

Mente, para evitar abrirle la garganta a Eris. Pero contuvo su furia y la envió hacia abajo, al lugar donde había reprimido su poder.

—A nadie le gusta un compañero de baile egoísta, Eris. —Ella ni siquiera miró a Cassian. No confiaba en lo que ella podría hacer si veía dolor en sus ojos por el insulto de Eris. Feyre y Rhysand le habían dado a Eris una de sus armas solo para asegurarse de que continuara su alianza. Ella no pondría eso en peligro. Así que añadió con un canturreo—: Es hora de compartir.

Eris le dirigió una sonrisa burlona.

—Jugaremos más tarde, Nesta Archeron. —Ignoró a Cassian mientras se alejaba en dirección al estrado de nuevo.

A solas con Cassian, en medio de la pista de baile abarrotada, Nesta le preguntó:

—¿Estás contento?

El rostro de él era como una piedra.

—No. —Una mirada por encima del hombro de él le mostró a ella las caras tensas de Rhys y Feyre, quienes indudablemente le estaban gritando a Cassian, de mente a mente. Pero si ella y Cassian se quedaban así durante demasiado tiempo, el hechizo que había tejido alrededor de Eris podría verse alterado, y…

Cassian le ofreció la mano. Tragó saliva.

Estaba nervioso. Este macho que había enfrentado ejércitos enemigos, que había luchado hasta quedar al borde de la muerte más veces de las que ella quisiera contar, que había luchado contra tantos peligros, que era un milagro que siguiera con vida… estaba nervioso.

Eso ablandó una parte crucial de ella, y Nesta deslizó su mano en la de él, sus callos se rasparon entre sí. La mano de él se deslizó alrededor de su cintura, una mano tan grande que la cubría casi hasta la mitad. Ella recogió su falda, y levantó la vista para mirarlo.

Nesta retrocedió un paso, conduciéndolo al baile, y Cassian la siguió.

Él no era elegante como Eris. No se movía de manera instintiva con cada compás como ella. Pero ahí estaba, dispuesto a seguir el ritmo de la música, y sin poder apartar sus ojos del rostro de ella.

Sus pasos se aceleraron y Cassian encontró su ritmo.

Él la hizo girar, y ella dio la vuelta, mientras sus brazos esperaban impacientes volver a cogerla.

Cassian apretó la mano en su cintura, su única advertencia antes de lanzarse ambos más y más rápido con la música. Cassian le sonrió y el mundo

desapareció.

La música ya no era lo más hermoso que existía. Lo más hermoso era él.

Nesta no pudo entonces contenerse.

La sonrisa de respuesta que floreció finalmente en ella le cubrió el rostro, brillante como el amanecer.

Cassian dejó que Azriel sacara a bailar a Nesta, quien la arrastró a un vals de manera tan fácil como respirar.

Mientras se dirigía a la mesa de los vinos para servirse una copa, Cassian clavó la mirada sobre algunos cortesanos que contemplaban boquiabiertos a Nesta y les hizo ver lo que les sucedería si llegaban a acercarse a ella. Rápidamente fueron tomando distancia, y él se apoyó en un pilar, contento de ver a Nesta bailando con su hermano.

Mor estuvo a su lado un momento después, con sus labios curvados hacia arriba.

—Parece que nuestras lecciones han valido la pena.

Cassian la besó en la mejilla.

—Estoy en deuda contigo. —Habían estado entrenando en secreto aquellas últimas semanas. Mor se sintió muy emocionada cuando él le pidió ayuda.

Sin embargo, en ese momento tenía los ojos ensombrecidos y el rostro pálido.

—¿Cómo estás? —le preguntó él en un tono neutral, muy consciente de la gente que había alrededor de ellos. De lo que Mor había sido y era ahora para ellos.

Mor levantó un hombro y luego lo dejó caer.

—Bien. —Movió la cabeza en dirección a Nesta—. He disfrutado mucho viéndola bailar. —Ella le dio un codazo en las costillas—. Aunque supongo que tú no. Pero tenías que intervenir, ¿no?

Él se cruzó de brazos.

—Rhys puede ocuparse de ello.

—Parece que Rhys lo está haciendo —observó Mor, y Cassian le siguió la mirada hacia el estrado, donde Eris estaba junto a los tronos, hablando con Rhys y Feyre.

Sin que Rhys siquiera parpadeara en su dirección, Cassian sintió que lo había dejado entrar en la conversación… estaba dentro de la mente de Rhys, escuchando la conversación a través de los ojos de Rhys. Por la repentina quietud de Mor, supo que ella también.

—Está bien —le decía Eris a Rhys, mientras se metía las manos en los bolsillos—. Me mostraste lo que puedo tener, Rhysand. Lo que me intriga es saber qué es lo que quieres a cambio.

Feyre estalló en los pensamientos de Rhys: *¿Qué?*

Cassian quiso hacerse eco de lo mismo y todo su cuerpo pareció tensarse. Pero Rhys no se movió de donde estaba sentado en su trono.

—¿Qué quieres decir?

La lujuria se apoderó de los ojos de Eris. Una lujuria codiciosa y calculadora. Cassian se tragó su gruñido.

—Quiero decir que te daré lo que quieras a cambio de ella. Como mi pareja. —Señaló con la barbilla la caja con la daga a los pies de Rhys—. La prefiero a ella.

¡Bailó tres veces con ella!, gritó Feyre. Los labios de Rhys parecían estar librando una batalla perdida para no sonreír.

Cassian solo podía mirar atentamente la garganta de Eris, preguntándose si estrangularlo o abrirle la piel de un lado a otro. Y dejar que se desangrara en el suelo.

—Eso no lo decido yo —precisó Rhys con calma—. De todos modos, me parece una tontería que me ofrezcas lo que yo quiera a cambio de ella.

Apretó la mandíbula.

—Tengo mis razones.

Por las sombras de sus ojos, Cassian supo que había algo más detrás de ese precipitado ofrecimiento. Algo que ni siquiera los espías de Az habían descubierto en la Corte Otoño. Un solo empujón del poder de Rhys en su mente y ellos lo sabrían, pero… eso iba en contra de todo lo que ellos defendían, al menos entre sus aliados. Rhys les pidió tener confianza; tenía que dársela a cambio. Cassian no podía culpar a su hermano por eso.

—Es una ventaja, por supuesto —agregó Eris—, que, al hacerlo, le estaría devolviendo el favor a Cassian por arruinar mi compromiso matrimonial con Morrigan.

Estúpido. Las manos de Cassian se cerraron en puños, pero los dedos de Mor se posaron en su brazo. De manera suave y reconfortante.

¿No podemos arrojarlo a las bestias debajo de la celda y terminar con él?, le dijo Feyre furiosa a Rhys.

Una vez más, los labios de Rhys se crisparon. *Tan sedienta de sangre*, escuchó Cassian canturrearle a su compañera. Pero Rhys dijo:

—¿Cualquier cosa que yo quiera, sea los ejércitos de la Corte Otoño, sea tu primogénito, me lo entregarías a cambio de Nesta Archeron como tu esposa?

Cassian contuvo un gruñido sordo en su garganta. Su hermano estaba dejando que aquello fuera demasiado lejos.

Eris lo fulminó con la mirada.

—No en lo que respecta al primogénito, pero sí, Rhysand. Si quieres ejércitos contra Briallyn y mi padre, los tendrás. —Sus labios se curvaron hacia arriba—. No podría permitir que la hermana de mi esposa fuera a la batalla sin ayuda, ¿no?

Puedes devolver cada regalo de solsticio a cambio de dejarme destrozarlo, dijo Feyre. Cassian cerró la boca con fuerza para evitar gritarles que estaba de acuerdo con eso.

Pero Rhys, el bastardo, se rio en silencio. Su rostro permaneció helado como una piedra cuando habló.

—Lo consideraré, y hablaré con Nesta. Pero quédate con la daga. Podrías necesitarla.

Cassian miró a Azriel y a Nesta, que seguían bailando un hermoso vals.

No encendió ni una chispa de su temperamento.

Pero Eris… Aliado o no, él se encargaría de que el imbécil recibiera su merecido.

Capítulo 58

Nesta ya había pasado por eso una vez, antes. En realidad, un año antes.

Una casa diferente, en una parte diferente de esta ciudad, y ella estaba afuera mientras los demás celebraban el solsticio de invierno adentro, y se sintió como un fantasma mirando por una ventana.

El hielo cubría el Sidra detrás de la casa, el césped que se extendía hasta el río era de un blanco invernal. Pero la casa del río estaba adornada con guirnaldas y coronas de hojas perennes… era la viva imagen de la alegre calidez.

—Deja de fruncir el ceño —le dijo Cassian—. Esto es una fiesta, no un funeral.

Ella lo fulminó con la mirada, y él abrió la puerta principal en medio del estruendo de música y risas.

No se había acostado con él después del baile, ni posteriormente. Él se había mostrado deseoso de hacerlo cuando regresaban a la Casa del Viento, pero ella simplemente dijo que estaba cansada y se fue a su habitación.

Porque apenas la música se desvaneció y el baile se detuvo, ella se dio cuenta de lo estúpidamente que le había sonreído, de lo bajo que las paredes de su mente habían caído. Eris había bailado con ella dos veces más después de Azriel, y él había tenido tal intención en sus ojos que ella supo que había tejido bien el hechizo a su alrededor. Él había pujado por ella, y ella, con toda pedantería, estaba convencida de que lo iba a hacer.

Nesta dejó que Rhysand y Feyre decidieran cómo manejar ese ofrecimiento.

En cambio, se concentró en entrenar. Se entregó a ello. Las sesiones se habían suspendido durante las vacaciones, pero ella subió al *ring* a la mañana

siguiente para practicar de todos modos, y golpeó el poste de madera con mucha fuerza para ocuparse de sus pensamientos, que seguían rugiendo en su cabeza.

Luego, siguió a Cassian a la casa del río, donde él de inmediato se dirigió a la sala de estar, y se quitó la nieve acumulada en su capa. La dejó caer en un banco en el gran vestíbulo. Nesta frunció el ceño al ver la nieve goteando sobre la tela bordada y la recogió, encantada de tener algo en qué ocuparse y así evitar entrar en la sala. Se desabrochó su propia capa, y observó el pasillo en busca de un armario o un perchero, y encontró un armario ubicado debajo de la arcada de la escalera. Colgó ambas prendas, y exhaló un largo suspiro mientras cerraba la puerta.

—¡Has venido! —exclamó Elain detrás de ella, y Nesta se sobresaltó, pues no la había oído acercarse. Estudió a Elain de la cabeza a los pies, mientras se preguntaba si ella habría estado tomando lecciones de sigilo, con Azriel o con esos dos medio espectros que él llamaba amigos. Había reemplazado el vestido negro del baile por uno de terciopelo color amatista, con el pelo medio recogido y que caía rizado hasta la cintura. Se veía radiante de salud. Salvo…

Sus ojos marrones miraban cautelosos. Por lo general, esa mirada estaba reservada para Lucien, que se encontraba en la sala de estar, pues Nesta sabía que Feyre y Rhys lo habían invitado, pero que esa mirada se dirigiera a ella…

No habían hablado de su discusión en los pocos minutos que habían estado juntas antes de que comenzara el baile, y luego había evitado a Elain por completo hasta que el evento terminó. No sabía qué decir. Ni cómo hacer las cosas bien.

Nesta se aclaró la garganta.

—Cassian dijo que podría estar… bien que yo viniera.

Los ojos de Elain parpadearon.

—¿Feyre te pagó, como el año pasado?

—No. —La vergüenza se apoderó de ella.

Elain suspiró, mirando por encima del hombro de Nesta hacia la puerta abierta en la entrada, al otro lado. La fiesta en el interior, solo para su pequeño círculo íntimo.

—Por favor, no incomodes a Feyre. Primero que nada, es su cumpleaños. Y en su estado…

—Oh, vete a la mierda —espetó Nesta, y luego se atragantó.

Elain parpadeó. Nesta parpadeó en respuesta. El horror la atravesó.

Y luego Elain se echó a reír.

Una risa que era como un aullido, medio sollozando, una risa que la hizo inclinarse hacia delante, jadeando en busca de aliento. Nesta se limitaba a mirar, dividida entre hacer preguntas y querer arrojarse al helado Sidra.

—Lo… lo siento mucho.

Elain levantó una mano y se secó los ojos con la otra.

—¡Nunca me habías soltado algo así! —se rio de nuevo—. Creo que es una buena señal, ¿no?

Nesta sacudió la cabeza lentamente, sin comprender. Elain la cogió del brazo y la condujo hacia la sala de estar, donde Azriel estaba en la puerta, vigilándolas. Como si hubiera escuchado la risa aguda de Elain y se preguntara qué la habría causado.

—Solo estaba controlando el postre —explicó Elain cuando se acercaron a la puerta y a Azriel. Nesta miró a los ojos al cantor de sombras y él asintió con la cabeza. Luego la mirada de él se dirigió a Elain, y aunque fue una mirada completamente neutral, alguna carga había en ella. Entre ambos. La respiración de Elain se alteró un poco, y ella le dirigió un leve asentimiento de cabeza antes de pasar junto a él, llevando a Nesta a la sala.

Mor descansaba en un sofá de terciopelo verde frente a la chimenea; Amren estaba sentada en el regazo de Varian en el sofá del mismo juego frente a ella; Feyre, al lado de ellos, con una mano en su panza. Rhys estaba tendido en un sillón y Cassian ocupaba un segundo sillón con Lucien apoyado en él, discutiendo sobre algo que parecía relacionado con un evento deportivo.

Nesta había intentado convencer a Emerie y Gwyn para que la acompañaran, pero ambas se habían negado. Emerie dijo que estaba obligada a visitar a su horrible familia, y Gwyn simplemente dijo que no estaba lista para dejar la biblioteca e ir más lejos que el campo de entrenamiento. Así que ahí estaba Nesta, sola con el mismo grupo con el que había tratado el año anterior.

Cuando la habían visto sentada, hosca como una niña en la parte trasera de la sala de estar de la casa de la ciudad, lista para salir corriendo.

Feyre le sonrió, radiante de salud y de vida. Pero la mirada de Nesta se concentraba en Amren.

La hembra ni siquiera la miró.

Varian sí lo hizo, y le dirigió una mirada cautelosa que decía: «No, Amren no quiere hablar».

A Nesta se le tensó el pecho. Pero Cassian le hizo una seña para que se acercara. Él se levantó de su asiento para ofrecérselo, aunque había una docena

más de sillas en la sala.

—Toma asiento —le dijo—. ¿Quieres un poco de té de menta?

Ella sabía que todos la estaban mirando, odiaba que lo hicieran, pero también entendía por qué lo hacían. Asintió con la cabeza y se sentó para dirigirse a Feyre.

—Feliz cumpleaños.

Feyre volvió a sonreír.

—Gracias.

Y eso fue todo. Nesta ignoró la sensación colectiva de alivio que recorrió la sala y se dio la vuelta. Se encontró mirando a Lucien, quien la saludó con un cauteloso movimiento de la barbilla. Elain, la desdichada, se había sentado entre Feyre y Varian, lo más lejos de Lucien que pudo. Azriel se quedó en la puerta.

—¿Cómo está la Corte Primavera? —preguntó Nesta. El fuego crepitaba alegremente a su derecha, y dejó que el sonido vibrara a través de ella y la atravesara. Reconoció el crujido y lo que le producía y lo dejó ir. Incluso mientras se concentraba en el macho al que se había dirigido.

La mandíbula de Lucien se apretó.

—Como se espera que esté.

La tensión recorrió la habitación, lo que confirmaba que Tamlin se había enterado de la noticia del embarazo de Feyre. Por el rostro sombrío de Lucien, ella supo que no había reaccionado bien.

—¿Y Jurian y Vassa? —quiso saber Nesta.

—Como el perro y el gato, como siempre —replicó con cierta brusquedad. Ella se preguntó qué querría decir… y juraría por su propia vida que no lograba darse cuenta. Lucien preguntó, sorbiendo su té—: ¿Cómo va el entrenamiento?

Ella le dirigió una sonrisa… una de verdad.

—Bien. Estamos aprendiendo a destripar a un macho.

Lucien se atragantó con el té y estuvo a punto de escupírselo a la cara. Apareció Cassian con una taza de té humeante en sus manos, y se la pasó antes de asegurarle orgulloso a Lucien:

—Como era de esperar, Nes sobresale del resto.

Mor levantó su copa en un brindis burlón.

—Mi parte favorita del entrenamiento.

Nesta frunció el ceño.

—Pero todavía no hemos cortado la cinta.

Mor arrugó la frente.

—Así que realmente estáis aprendiendo las técnicas de las valquirias.

Nesta asintió con la cabeza. Habían estado tan ocupadas durante sus lecciones de baile, que no habían hablado de los detalles del entrenamiento.

Mor sonrió.

—¿Te importa si te acompaño una vez que este negocio con Vallahan se acabe? Nunca llegué a entrenar con las valquirias antes de la primera guerra, y después ya habían desaparecido.

—Creo que a las sacerdotisas les gustará verte —fue la respuesta de Nesta, y miró a Cassian para asegurarse de que a él no le molestaba. Él aceptó haciendo un gesto con la mano.

La sonrisa de Mor se volvió diabólica.

—Bien. También quiero asegurarme de que Cassian use su regalo para practicar.

—Que los dioses me libren —gimió Cassian, y el estómago de Nesta se retorció. No les había comprado nada… no le había comprado nada a él. Se lo había dicho antes de que la trajera, y a él no le había importado, pero… a ella sí le importaba.

Con su taza de té en la mano la conversación giró en torno a ella. Y se las arregló para apartar el miedo, al menos por ahora. Se las arregló para participar.

Azriel se quedó cerca de la puerta, en silencio, y cuando Feyre y Mor comenzaron a hablar de algunos de sus cuadros, Nesta se acercó a él.

—¿Por qué no te sientas? —Se apoyó en la puerta junto al cantor de sombras.

—A mis sombras no les gustan mucho las llamas. —Una bonita mentira. Ella había visto muchas veces a Azriel delante del fuego. Pero miró quién estaba sentado cerca de él y supo la respuesta.

—¿Por qué has venido si te atormenta tanto?

—Porque Rhys quiere que yo esté aquí. Le dolería si no vengo.

—Bueno, creo que estas celebraciones son estúpidas.

—Yo no.

Ella arqueó una ceja.

—Unen a la gente —explicó él—. Son un momento para hacer una pausa, reflexionar y reunirse, y esas cosas nunca son malas. —Las sombras le oscurecieron los ojos, llenos de tanto dolor que ella no pudo evitar tocarle el hombro. Ese gesto le hizo ver que entendía por qué permanecía junto a la puerta, por qué no quería acercarse al fuego.

El secreto de él se podía contar, nunca el de ella.

El rostro de Azriel permaneció neutral.

Así que Nesta le dirigió un ligero movimiento de cabeza y volvió a unirse a los demás. Eligió sentarse en el sofá más cercano, uno con el brazo redondo.

Pasó una hora antes de que Mor comenzara a protestar porque quería abrir los regalos. Rhys chasqueó los dedos y apareció un montón de paquetes envueltos.

Cassian se preparó para cualquier horrible regalo que le hubiera hecho Mor… y miró a Nesta. Él había guardado su presente para ella en un bolsillo. Se lo entregaría más tarde en privado. Había hecho lo mismo el año anterior, y la maldita cosa había terminado en el fondo del Sidra. Probablemente arrastrado hasta el mar.

Había pasado meses rastreando aquel libro, tan pequeño que cabía en la mano de una muñeca, pero tan valioso que le había costado una cantidad indecente de dinero. Un manuscrito en miniatura, elaborado por las expertas manos del más pequeño de los fae menores… uno de los primeros libros impresos existentes. No estaba destinado a la lectura…, pero imaginó que alguien que adoraba los libros tanto como Nesta disfrutaría de ese pedacito de historia. Aun cuando ella despreciaba todas las cosas de los fae. Se arrepintió de haberlo tirado al río en el instante en que desapareció bajo el hielo, pero… se había portado como un tonto aquella noche.

Este año, Cassian rezó para que fuera diferente. Se sintiera diferente.

Nesta mostró un cambio con respecto al año anterior. Parecía otra persona. No se rio con libertad como Mor y Feyre, ni sonrió con dulzura como Elain, pero habló, participó y, a veces, sonrió. Nesta lo veía todo, lo escuchaba todo. Incluso el fuego, al que pareció ignorar. Ante eso, el pecho de él se llenó de orgullo… y de alivio. Y no hizo más que aumentar cuando se dio cuenta de que hasta se había preocupado por la actitud distante de Az.

Solo Amren la ignoró, y Nesta ignoró a Amren. La tensión entre ellas era un concierto en vivo de relámpagos. Pero nadie dijo nada y ambas parecían contentas fingiendo que la otra no existía.

Nadie compró nada para el bebé, ya que iba en contra de la tradición fae hacerlo antes del nacimiento, por el temor de atraer la mala suerte al celebrar

algo antes de tiempo. Pero los regalos de cumpleaños de Feyre fueron abundantes… tal vez de manera demasiado excesiva.

Los regalos de Cassian fueron una mezcla de cosas raras: un antiguo manuscrito sobre la guerra de Rhys; una bolsa de tasajo de Azriel. «Literalmente, no se me ocurrió nada que pudieras disfrutar más», dijo Az cuando Cassian se echó a reír. Un jersey verde horriblemente feo de parte de Mor, que hizo que su piel se pusiera amarilla. Amren le había regalado una selección de especias para viaje. «Para que no sufras cada vez que estás en Ilyria», le dijo. Y Elain le obsequió un jarro de cerámica especialmente diseñado con una tapa para poder viajar, envuelto en un hechizo contra la rotura, para mantener el té caliente durante horas.

Feyre le regaló un cuadro, que abrió en privado y tuvo que luchar contra las lágrimas antes de esconderlo detrás del sillón. Era un retrato de él, Azriel y Rhys, de pie encima de Ramiel, después del Rito de Sangre. Ensangrentados, magullados y sucios, sus rostros dominados por el sombrío triunfo, las manos unidas y tocando el monolito en la punta. Una imagen que seguramente encontró en la mente de Rhys.

Cassian le dio un beso en la mejilla, aprovechando un momento que el escudo estaba desactivado, y murmuró su agradecimiento… como si eso alguna vez llegara a ser suficiente. Él adoraría esa pintura por el resto de su vida.

Él y Lucien no intercambiaron regalos, aunque el macho había llevado un regalo para Feyre y otro para su compañera, que no mostró mucho entusiasmo después de abrir los pendientes de perlas. El corazón de Cassian se tensó ante el dolor grabado profundamente en el rostro de Lucien mientras trataba de ocultar su decepción y añoranza. Elain simplemente se encogió más en sí misma, sin rastro a la vista de aquella nueva audacia.

Cassian podía sentir que Nesta lo estaba mirando, pero cuando él miró, su rostro resultó ilegible. Nadie había recibido sus regalos, salvo Feyre y Elain, quienes juntas le habían regalado un crédito por valor de un año de compra de libros en su librería favorita de la ciudad. Tenía un límite de unos trescientos libros, que a ellas les pareció que serían más de lo que podía leer en un año. El valor de quinientos libros habría sido una apuesta más segura, él lo sabía.

Entonces Azriel se acercó a ella. Nesta parpadeó cuando el cantor de sombras depositó un regalo en su regazo.

—No te he comprado nada —le murmuró a Az, con sus mejillas enrojecidas.

—Lo sé —replicó él, sonriendo—. No importa.

Cassian trató de concentrarse en el regalo que sostenía en sus manos: el juego de peine y cepillo de plata que había comprado para Mor, con su nombre grabado… pero su mirada se dirigió a los dedos de Nesta mientras abría la cajita. Ella miró lo que había dentro y luego miró a Azriel, confundida.

—¿Qué es?

Azriel cogió la pequeña varita de plata doblada que había dentro y la desplegó. En un extremo tenía un clip, en el otro una pequeña esfera de cristal.

—Puedes sujetar esto a cualquier libro que estés leyendo, y la pequeña bola de luz fae brillará. Así no tendrás que entrecerrar los ojos cuando leas de noche.

Nesta tocó la bola de cristal, no más grande que su dedo pulgar, y la luz fae parpadeó en su interior, proyectando una luminosidad brillante y cómoda sobre su regazo. La tocó de nuevo y se apagó. Luego se puso de pie de un salto y abrazó a Azriel.

La habitación se quedó en silencio por un momento.

Azriel se rio entre dientes y le devolvió el abrazo. Cassian sonrió al ver la escena.

—Gracias —dijo Nesta, alejándose rápidamente para apreciar maravillada el artilugio—. Es genial.

Azriel se sonrojó y dio un paso atrás. Las sombras se arremolinaron.

Nesta miró a Cassian, y esa luz volvió a aparecer en sus ojos. Tanto que estuvo a punto de darle su regalo ahí mismo.

Sin embargo, teniendo en cuenta cómo había salido el intento del año anterior, y teniendo en cuenta que desde el baile ella no se había metido en su cama… se contuvo.

A la una de la madrugada a Nesta le dolían los ojos de cansancio. Los demás seguían bebiendo, pero como no le habían ofrecido vino… y ella no quiso servirse, de todas maneras…, no se unió a ellos para cantar y bailar. Aunque se había servido varias porciones de la gran tarta de cumpleaños rosada de Feyre.

Cassian había dicho que pasaría la noche allí, pues estaría demasiado borracho para llevarlos volando de regreso a la Casa del Viento, y Mor y Azriel estarían igualmente borrachos como para transportarlos, sin mencionar que él además tendría que volar con ella el último tramo del camino. Rhys y Feyre

probablemente estarían disfrutando el uno del otro cuando estuvieran listos para partir.

La puerta a la que Feyre la había dirigido estaba abierta. Las luces fae brillaban dentro del opulento dormitorio decorado en colores blanco, crema y bronce. Las velas parpadeaban en recipientes de vidrio sobre la repisa de mármol. Las cortinas ya estaban echadas para pasar la noche, pesadas franjas de terciopelo azul, el único toque de color en la habitación, junto con unos adornos azules. Era reconfortante y olía a jazmín, precisamente el tipo de habitación que ella habría diseñado para sí, si hubiera tenido la oportunidad.

Se dio cuenta de que sí le habían dado la oportunidad, pero ella se había negado. Aparentemente, la había diseñado Feyre, de alguna manera sabiendo lo que le podía gustar.

Nesta se sentó en el pequeño tocador, mirando su propia imagen en silencio.

Su puerta se abrió con un crujido, y entonces apareció Cassian, apoyado en el marco, mirándola en el espejo.

—¿No vas a darme las buenas noches?

El corazón de ella empezó a tronar.

—Estoy cansada.

—Has estado cansada varias noches. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué está pasando?

—Nada. —Se volvió sobre el taburete tapizado del tocador—. ¿Por qué no estás abajo?

—No me has preguntado por tu regalo.

—Supuse que no recibiría ninguno de tu parte.

Se apartó del marco de la puerta, cerrándola detrás de sí.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente lo supuse.

Él sacó una cajita de su chaqueta y la puso en la cama entre ellos.

—Sorpresa. —Cassian tragó saliva mientras ella se acercaba.

A Nesta le sudaban las manos cuando cogió la caja y la examinó. Pero no la abrió de inmediato.

—Lamento la manera en que me comporté en el último solsticio. Lamento haber sido tan horrible.

Él también le había comprado un regalo. Y a ella no le había importado, había sido tan mala que había querido lastimarlo solo por preocuparse.

—Lo sé —dijo él con voz ronca—. Te perdoné hace mucho tiempo. —Ella todavía no podía mirarlo, ni siquiera cuando le insistió—: Ábrelo.

Le temblaban levemente las manos mientras lo hacía. Se encontró con una esfera de plata dentro de la caja de terciopelo negro. Era del tamaño de un huevo de gallina, redonda salvo un área que había sido aplanada para que pudiera ser colocada sobre una superficie sin rodar.

—¿Qué es?

—Toca la parte superior. Solo un toque.

Con una mirada de desconcierto hacia él, lo hizo.

La música estalló en la habitación.

Nesta dio un salto hacia atrás, con una mano en el pecho mientras él se reía.

Pero… la música salía de ese orbe de plata. Y no era cualquier música, sino los valses del baile de la otra noche, puros y libres de todo el parloteo de la gente, como si estuviera sentada en un teatro.

—No es el orbe Veritas —logró decir ella mientras el vals salía de la esfera, con tanta claridad y perfección que su sangre cantó de nuevo.

—No, es un Symphonia, un dispositivo raro de la corte de Helion. Puede atrapar música y guardarla para luego reproducirla. Se inventó originalmente para ayudar a componer música, pero nunca se puso de moda, por alguna razón.

—¿Cómo lograste eliminar el ruido de la gente cuando capturaste el sonido la otra noche? —observó ella maravillada.

Las mejillas de él se tiñeron de color.

—Volví al día siguiente. Les pedí a los músicos de la Ciudad Tallada que tocaran todo de nuevo para mí, además de algunas de sus favoritas. —Movió la cabeza hacia la esfera—. Y luego fui a algunas de tus tabernas predilectas, donde encontré a otros músicos y les pedí lo mismo…

Él se interrumpió cuando ella inclinó la cabeza. No podía detener las lágrimas. En realidad, no trató de detenerlas mientras la música llenaba la habitación.

Él había hecho todo esto por ella. Había encontrado la manera de que ella tuviera música… siempre.

—Nesta —suspiró él.

Ella cerró los ojos a medida que la comprensión crecía en su interior como una marea, que arrasaría con todo a su paso una vez que ella lo admitiera. Que la consumiera por completo. La sola idea fue suficiente para que ella se enderezara y limpiara sus lágrimas.

—No puedo aceptarlo.

—Está hecho para ti. —Él sonrió suavemente.

Ella no pudo soportar esa sonrisa, su bondad y su alegría, mientras se corregía.

—No lo voy a aceptar. —Volvió a colocar el orbe en su caja y se lo entregó —. Devuélvelo.

Él cerró los ojos.

—Es un regalo, no un maldito anillo de bodas.

Ella se puso rígida.

—No, buscaré a Eris para eso.

Se quedó inmóvil.

—Repítelo.

Su rostro se enfrió, el único escudo que tenía contra él.

—Rhys dice que Eris me quiere como su esposa. Hará lo que queramos a cambio de mi mano.

Los Sifones en las manos de Cassian parpadearon.

—No te estarás planteando decir que sí.

No dijo nada. «Que piense lo peor».

Él gruñó.

—Ya veo. Me acerco apenas un poco y me rechazas de nuevo. Me alejas hasta un punto seguro. Mejor casarse con una víbora como Eris antes que estar conmigo.

—No estoy contigo —espetó ella—. Es solo sexo.

—Lo único posible para un bruto bastardo, ¿verdad?

—No he dicho eso.

—No es necesario. Lo has dicho mil veces antes.

—Entonces ¿por qué te molestaste en interrumpir durante el baile?

—¡Porque estaba celoso, joder! —rugió, abriendo las alas—. ¡Parecías una reina, y era dolorosamente obvio que debías estar con un macho principesco como Eris y no con un humilde don nadie como yo! ¡Porque no pude soportar veros, ni mis huesos podían soportarlo! Pero adelante, Nesta. ¡Adelante, cásate con él y que tengas suerte!

—Eris es el bruto —replicó ella—. Es un bruto y un mierda. ¡Y me voy a casar con él, porque soy igual que él!

Las palabras resonaron en la habitación.

El rostro dolorido de él la destrozaba.

—Me merezco a Eris. —Su voz se quebró.

Cassian jadeó. Sus ojos todavía estaban iluminados por la furia… a lo que se sumaba el estado de *shock*.

Nesta habló con voz ronca.

—Tú eres bueno, Cassian. Y valiente, brillante y amable. Podría matar a cualquiera que te haya hecho sentir menos que eso…, menos de lo que eres. Y sé que formo parte de ese grupo, y lo odio. —Sus ojos ardían, pero luchó contra eso —. Tú eres todo lo que yo nunca he sido y nunca seré lo suficientemente buena para ti. Tus amigos lo saben, y lo he cargado conmigo todo este tiempo… que no te merezco.

La furia desapareció del rostro de él.

Nesta no detuvo las lágrimas que fluían, ni las palabras que salían con torpeza.

—No te merecía antes de la guerra, ni después, y ciertamente tampoco ahora. —Ella soltó una risa profunda y quebrada—. ¿Por qué crees que te aparto? ¿Por qué crees que no te hablo? —Se puso una mano en el pecho. Un dolorido pecho —. Después de la muerte de mi padre, después de fallar de muchas maneras… negándome a ser tuya… —Sollozó—. Ese fue mi castigo. ¿No lo entiendes? — Apenas podía verlo a través de sus lágrimas—. Desde el momento en que te conocí, te deseé más de lo razonable. Desde el momento en que te vi en mi casa, fuiste lo único en lo que podía pensar. Y eso me aterrorizó. Nadie jamás había tenido tanto poder sobre mí. Y sigo aterrorizada ante la idea de poder perderte… —Hundió la cara entre sus manos—. No importa —susurró—. No te merezco, y nunca jamás te mereceré.

Un silencio absoluto llenó la habitación. Un silencio tal que Nesta se preguntó si él se habría ido, y bajó las manos para ver si todavía estaba ahí.

Cassian seguía delante de ella. Las lágrimas recorrían su rostro hermoso, perfecto.

No se apartó de él, para que pudiera verla así, con su más crudo y básico yo al desnudo. De todos modos, siempre la había visto en su totalidad.

Él abrió la boca y trató de hablar. Tuvo que tragar saliva e intentarlo de nuevo.

Sin embargo, Nesta vio todas las palabras reflejadas en sus ojos. Las mismas que ella sabía que revelaban los suyos.

Así pues, él dejó de intentar hablar y acortó la distancia entre ellos. Le pasó una mano por el cabello y con la otra le cogió la cintura, atrayéndola hacia sí. No

dijo nada mientras agachaba la cabeza, rozando con los labios las lágrimas que se deslizaban por una de sus mejillas. Luego la otra.

Ella cerró los ojos, y se permitió saborear los labios de él sobre su piel caliente, disfrutar de la forma en que su aliento le acariciaba la mejilla. Cada beso cariñoso era un eco de aquellas palabras que ella había visto reflejadas en sus ojos.

Cassian se apartó y permaneció así el tiempo suficiente para que ella abriera los ojos de nuevo y se encontrara con su rostro a centímetros del suyo.

—No te vas a casar con Eris —aseguró él bruscamente.

—No —suspiró ella.

Los ojos de él ardieron.

—No habrá nadie más. Para ninguno de nosotros.

—Sí —susurró ella.

—Nunca —prometió él.

Nesta puso una mano sobre su pecho musculoso y dejó que los atronadores latidos del corazón resonaran en la palma de su mano. Y dejó que le recorrieran el brazo, que entraran en su propio pecho, en su propio corazón.

—Nunca —juró.

Eso fue todo lo que él necesitaba. Lo único que ella necesitaba.

La boca de Cassian se encontró con la de ella y el mundo dejó de existir.

El beso fue un castigo y una exaltación, fue total y frenético, un reclamo y una concesión. Ella no tenía palabras para describirlo. Lo envolvió en sus brazos, y lo apretó sobre su cuerpo todo lo que pudo. Unieron sus lenguas en una caricia tras otra.

Él gruñó y la empujó hacia la cama. La devoraba y la saboreaba con la boca a la vez que decía todo lo que ella aún no podía expresar, pero algún día, tal vez pronto, podría hacerlo. Por él, lucharía hasta encontrar el coraje para decirlo.

Las pantorrillas de ella golpearon el colchón, y él interrumpió el beso para ocuparse de sus ropas.

Nesta esperaba tirones y desgarros. Pero él le quitó con suavidad el vestido, con dedos temblorosos, desabrochando cada botón de la parte posterior. Los dedos de ella temblaban cuando le quitó la camisa.

Hasta que quedaron desnudos. Se miraron otra vez el uno al otro con esas palabras no dichas en sus ojos, y ella dejó que la tumbara en la cama. Dejó que se subiera encima de ella.

No hubo nada rudo ni salvaje en lo que siguió.

Ella no quería la cabeza de él entre sus piernas. Ni siquiera quería sus dedos. Cuando él deslizó uno por el centro de ella, le dejó sentir que estaba preparada y luego le cogió la mano, entrelazando sus dedos mientras con la otra le envolvió el pene y lo guio hacia su abertura sin dejar de mirarse.

Cassian la besó profundamente mientras se deslizaba lentamente dentro de su calor.

Ella jadeó. No por la plenitud de sentirlo dentro de ella… sino por esa cosa en su pecho. Esa cosa que tronaba y latía de manera salvaje mientras la miraba de nuevo, y salía de ella para luego empujar hasta el fondo.

En el segundo empujón, esa cosa en su pecho, su propio corazón… En el segundo empujón, se entregó por completo a él.

En el tercero, la besó de nuevo.

En el cuarto, Nesta entrelazó sus brazos alrededor de la cabeza y el cuello de Cassian y lo retuvo ahí mientras lo besaba, lo besaba y lo besaba.

En el quinto, los muros de esa fortaleza interior de hierro antiguo se desmoronaron. Cassian se apartó, como si lo sintiera, y sus ojos brillaron al encontrarse con los de ella.

Y él siguió moviéndose en ella, haciéndole el amor a fondo, sin urgencia. Así que Nesta dejó que todo lo que había más allá de esos muros de hierro se desplegara ante él. Rayo tras rayo de pura luz dorada fluyeron dentro de Cassian, y él los unió a los suyos. Donde esos rayos se entrelazaban, la vida brillaba como un fuego de estrellas. Ella nunca había visto nada más hermoso, ni sentido nada más hermoso.

No podía dejar de llorar y no sabía por qué… solo sabía que no quería que aquello terminara, esa unión entre ellos, la sensación de él moviéndose tan profundamente dentro de ella que deseaba que quedara impreso bajo su piel. Las lágrimas recorrieron también las mejillas de Cassian y ella se las secó con cuidado mientras él dejaba caer la cabeza en su mano, acariciándole cariñosamente la palma con el rostro.

—Dilo —susurró Cassian sobre su piel.

Ella sabía lo que eso quería decir. De alguna manera, ella sabía a qué se refería.

Nesta esperó a que él volviera a empujar, penetrando tan profundamente en ella como nunca lo había hecho.

—Eres mía —susurró.

Él gimió y empujó con fuerza.

—Soy tuya —susurró ella. Esos rayos dorados en lo más profundo de sus almas brillaron con las palabras, como si formaran un arpa tocada por una mano celestial.

Porque había música entre sus almas. Siempre la había habido. Y la voz de él era la melodía favorita de ella.

—Nesta. —Ella escuchó la súplica en su nombre. Él estaba cerca y quería que ella fuera con él. Quería que cayeran juntos en el éxtasis. Era importante para él, por alguna razón, que, en esa unión, ese momento, ellos fueran como uno solo.

Cassian deslizó la cabeza hasta su pecho, apretando los dientes alrededor del pezón mientras su lengua jugueteaba con él.

Era todo lo que Nesta necesitaba para alcanzar al clímax. Ella gimió y él lo hizo de nuevo, sincronizando su lengua con el duro empuje de su pene. Otra vez, otra vez.

Los rayos dorados brillaban y cantaban, y ella no pudo soportarlo, no podía soportar la música entre sus almas, la sensación de su cuerpo sobre ella y…

Una ola de liberación la atravesó, borrando hasta el último pedacito de esa muralla interior, y arrasó montañas y bosques, limpiando así el mundo con luz y placer, con estrellas cayendo de los cielos en una lluvia interminable.

Cassian rugió cuando acabó, y aquel sonido era la llamada de una cacería, era una sinfonía, era el toque de un corno solitario y claro mientras el amanecer domina el mundo.

Solo existía ese momento, esa cosa compartida entre ellos, y que duraba una eternidad. No importaba el tiempo. El tiempo siempre estaba inmóvil a su alrededor, alrededor de ellos.

Él se corrió y se corrió dentro de ella, más que nunca, como si se hubiera estado conteniendo todas las veces anteriores, como si hubiera dejado que su propia muralla interior se derrumbara.

«Para siempre, para siempre, para siempre».

Esas palabras resonaban en cada respiración, en cada latido de sus corazones, tan sincronizados que parecían latir como uno solo.

Entonces se produjo el silencio, exquisito y sereno, y Cassian permaneció perdido en ella, mirándola con asombro y alegría.

Nesta se enderezó para besarlo.

Un beso llevó a otro y a otro, y el hambre creció como la marea dentro de ella, entre ellos. Y entonces Cassian volvió a moverse dentro de ella, más rápido

y más intensamente, y otra vez el tiempo dejó de existir.

Horas más tarde, días, semanas, meses y milenios después, cuando ambos finalmente estuvieron agotados, cuando sus almas se habían unido del todo, Cassian salió de ella y se desplomó sobre la cama.

Nesta apenas podía recordar palabras. Pero las encontró cuando susurró en la oscuridad:

—Quédate conmigo.

Un escalofrío lo atravesó, pero él solo sonrió mientras la arropaba a su lado.

Y así, abrigada, segura y por fin en casa, en los brazos de Cassian, Nesta se durmió.

Capítulo 59

Nesta abrió los ojos.

Sabía que estaba a gusto y protegida, aunque le llevó un momento recordar la razón. Le tomó un momento darse cuenta de que seguía en los brazos de Cassian. Estaba encantada de estar con él. Saboreaba cada aliento que le rozaba la sien, sentía la presión de sus dedos en la espalda y cintura. La dominaba una calma sorprendentemente similar a lo que sentía cuando hacía sus ejercicios para mejor la técnica Serenar la Mente.

Cassian se despertó poco después, y le dirigió una sonrisa soñolienta y saciada. Durante largos minutos, permanecieron así, mirándose el uno al otro, mientras Cassian acariciaba distraídamente su espalda con la mano. Las caricias pronto se convirtieron en toques más fervorosos, y cuando amaneció, se enredaron de nuevo para hacer el amor sin urgencia.

Nesta, que yacía sudando y jadeando de nuevo a su lado, pasándole un dedo por el surco de su musculoso abdomen, murmuró:

—Buenos días.

Los dedos de Cassian le acariciaban con suavidad el pelo.

—Buenos días para ti también. —Miró hacia la repisa de la chimenea… al pequeño reloj de madera en el centro, y entonces se sentó rápidamente—. Mierda.

Nesta frunció el ceño.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —Él estaba ya poniéndose los calzoncillos, buscando en el suelo el resto de su ropa. Nesta señaló en silencio al otro lado de la cama, donde estaba la camisa, justo encima de su vestido.

—Batalla de bolas de nieve. Llegaré tarde.

Nesta tuvo que pensar cada una de sus palabras. Pero solo pudo preguntar.

—¿Qué?

—Tradición anual, con Rhys y Az. Subimos a la cabaña de la montaña… recuérdame que te lleve algún día… y… Bueno, es una larga historia, pero lo venimos haciendo casi todos los años desde hace siglos, y hace años que no gano. Si no gano este año, nunca dejarán de burlarse de mí —respondió Cassian, mientras terminaba de ponerse la camisa, la chaqueta de cuero y las botas.

Nesta solo se rio.

—Vosotros tres… los guerreros más temidos del país… ¿tenéis una batalla anual de bolas de nieve?

Cassian llegó a la puerta y le dirigió una sonrisa pícara.

—¿Te he mencionado que después tomamos un baño de vapor con leña de abedul junto a la cabaña?

Por esa sonrisa pícara, ella supo que quería decir completamente desnudo. Nesta se sentó, y el cabello se deslizó sobre sus pechos. Él dirigió los ojos hacia abajo, mientras le latía un músculo en el cuello. Por un instante, Nesta esperó que se abalanzara sobre ella de nuevo. De hecho, sus fosas nasales se ensancharon, olfateando la necesidad que hervía en ella cuando él le recorrió libremente el cuerpo con la mirada, y cada parte de él se tensaba.

Pero Cassian tragó saliva, y la sonrisa y la picardía se desvanecieron cuando se aclaró la garganta.

—Después de la pelea, tengo que hacer una inspección completa de las legiones en Ilyria durante unos días. Volveré después.

Sin siquiera un beso de despedida, él desapareció.

Pasaron tres días sin noticias de Cassian. Había sido reemplazado en el entrenamiento por un Azriel con rostro de piedra, quien se mostraba más distante de lo habitual y ni siquiera le dirigía una sonrisa. Pero no se opuso cuando ella trajo su Symphonia al lugar de entrenamiento todas las mañanas para una motivación extra durante los ejercicios. Las sacerdotisas se habían maravillado con el regalo, y algunas de ellas bailaron al ritmo de la música, pero Nesta solo podía pensar en todo el tiempo y el esfuerzo que Cassian había invertido en ello. ¿Cómo supo él lo que un regalo así iba a significar para ella?

Todo su cuerpo le dolía por la necesidad, haciendo que sus dientes se apretaran con fuerza. Tres días sin él bien podrían haber sido tres meses. Estaba tan desesperada por él que necesitaba contentarse constantemente, en el baño, en la cama, incluso durante el almuerzo en su habitación. Pero la liberación la dejaba vacía, como si su cuerpo supiera que lo necesitaba a él dentro de ella, llenándola. Todos los días le preguntaba a Azriel cuándo iba a regresar, y Azriel solo había respondido: «Pronto», antes de empezar a dirigir los ejercicios.

Quizá se había vuelto loca. Tal vez eso era lo que el muro de hierro alrededor de su mente había sido… la cosa que mantenía su cordura bajo control. Seguro que no era normal pensar tanto en una persona, necesitarla tanto.

Era esa preocupación la que la acosaba mientras terminaban las lecciones, jadeando y sudando a pesar de la fría mañana gracias a los esprints que habían estado practicando: diez segundos a toda velocidad, treinta segundos trotando, otros diez segundos corriendo… Durante quince minutos seguidos.

Una vez que lo lograban, agregaban sus escudos. Luego las espadas. Todo diseñado para desarrollar su resistencia y centrarse en controlar la respiración entre ejercicios de ataque y de retirada. Todo una completa locura pero que no podía hacer desaparecer la inquietud de Nesta cuando le preguntó a Emerie y Gwyn:

—¿Queréis quedaros en la Casa conmigo, esta noche? —Hizo un movimiento de cabeza hacia la arcada—. ¿Tenéis algo para leer?

Gwyn parpadeó, y lo pensó. Ella no había puesto un pie fuera de la biblioteca, salvo para acudir a las lecciones o para usar el campo de entrenamiento para cortar la cinta.

—Le preguntaré a Clotho.

Emerie le sonrió a Nesta, como si supiera por qué necesitaba compañía.

—Claro.

Esa noche, Nesta y Emerie leían en amigable silencio en la biblioteca privada, esperando a Gwyn. Emerie se había tumbado sobre el sillón, con las piernas colgando de un brazo, la espalda apoyada en el otro. Habló sin levantar la vista del libro en su regazo.

—Cassian debe de ser realmente bueno en el sexo, si estás tan tensa cuando él no está.

Nesta se aclaró la garganta, borrando los recuerdos de la boca de él, de su cuerpo fuerte, la forma en que su sedoso cabello negro caía a ambos lados de su

rostro mientras estaba sobre ella, balanceándose mientras empujaba dentro de ella.

—Él es… —Produjo un ruido grave en la garganta.

—Lo suponía —dijo Emerie, con una risita entre dientes—. Él tiene el Andar.

—¿El Andar?

Emerie sonrió.

—Ya sabes, cuando un macho sabe cómo usar bien su polla y se pavonea con esa arrogancia.

Nesta puso los ojos en blanco.

—Es de esperar que sepa usarla bien después de estar vivo durante quinientos años. —Resopló—. Aunque he conocido a muchos que contradicen esta afirmación.

Emerie arqueó una ceja esperando que continuara, pero sonó un golpe en la puerta de la biblioteca. Apareció la cabeza de Gwyn y observó bien el lugar antes de entrar. Llevaba una pequeña bolsa, seguramente con lo que iba a necesitar para pasar la noche. Nesta ya le había pedido a la Casa que preparara un dormitorio para compartir las tres, y entró en la biblioteca privada para encontrarla transformada: junto a la ventana en la pared del fondo, en lugar de una mesa de trabajo y sus sillas había tres catres, cada uno equipado con sus mantas y almohadas.

Gwyn sonrió, aunque su pulso latía salvajemente en la garganta.

—Lamento llegar tarde. Merrill me hizo repasar un párrafo con ella diez veces. —Gwyn suspiró—. Por favor, dime que todo el chocolate es para nosotras.

La Casa había llenado la mesa entre los sillones con pilas de chocolate: trufas, bombones y tabletas. Además de galletas y pequeñas tartas. Y una fuente de quesos y fruta. Y jarras de agua y varios zumos.

Gwyn examinó la mesa.

—¿Te has tomado todas estas molestias?

—Oh, no —intervino Emerie, con los ojos brillantes—. Nesta nos ha estado ocultando algo.

Nesta se rio.

—La Casa te dará cualquier cosa que desees —continuó Emerie—. Solo debes decirlo en voz alta. —Ante las cejas levantadas de Gwyn, Emerie agregó —: Quiero una porción de tarta de pistacho, por favor.

Delante de ella apareció un plato lleno. Y también un cuenco de crema batida cubierta con frambuesas.

Gwyn parpadeó.

—Vives en una casa mágica.

—Le gusta leer —admitió Nesta, acariciando una pila de novelas románticas —. Eso nos une.

—¿Cuál es tu libro favorito? —le susurró Gwyn a la habitación.

Un libro cayó ruidosamente sobre la mesa junto al pastel de Emerie, y Gwyn gritó sorprendida. Pero luego se frotó las manos.

—Ah, esto es fascinante.

—Esa sonrisa significa problemas —intervino Emerie.

La sonrisa de Gwyn se ensanchó.

Dos horas más tarde, Nesta estaba completamente vestida dentro de una bañera llena de burbujas en el centro de la biblioteca privada. Sin agua, solo burbujas. En dos tinas iguales a ambos lados de ella, Emerie y Gwyn reían.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Nesta, aunque su boca estaba curvada hacia arriba.

Cada una de sus peticiones se había vuelto cada vez más absurda, y Nesta podría haber sentido que estaban abusando de la Casa si esta no hubiera sido tan… exuberante al obedecer sus órdenes. La Casa iba añadiendo unas florituras muy creativas.

Como el hecho de que cada burbuja tenía en su interior un pajarito que revoloteaba.

Fuegos artificiales silenciosos seguían explotando en el rincón más alejado de la habitación, y un pequeño caballo alado —una petición de Nesta, hecho cuando sus amigas la conminaron a hacer una— que se alimentaba con pasto en un diminuto sector junto al estante, encantado de ignorarlas. En el centro de la habitación había una tarta más alta que Cassian e iluminada con mil velas. Seis ranas bailaban en círculos alrededor de una seta venenosa con manchas rojas y blancas. Los valses los proporcionaba la Symphonia de Nesta.

Emerie llevaba una corona de diamantes y seis hileras de perlas. Gwyn lucía un sombrero de ala ancha digno de una elegante dama, inclinado en un ángulo

desenfadado en su cabeza. Apoyada en el otro hombro tenía una sombrilla de encaje que ella hacía girar distraídamente mientras observaba por las ventanas el mundo al otro lado.

—A veces me pregunto —dijo en voz baja— si alguna vez tendré el coraje para salir de nuevo. Pero todos los días me temo que no lo haré.

La sonrisa de Nesta se desvaneció. Pensó bien sus palabras antes de pronunciarlas.

—Yo siento lo mismo.

Porque esta existencia, vivir en la Casa, entrenar, trabajar en la biblioteca… Eso no era la vida real. No del todo. Cuando se le permitiera regresar a la ciudad propiamente dicha, entonces se enfrentaría de nuevo a la vida. Ver si era digna de ella. La sola idea hizo que se le retorciera el estómago.

Gwyn disipó la penumbra y salió con un salto de su bañera salpicando burbujas, y fue a buscar su bolso.

—Y ahora ni se os ocurra reíros de mí, pero he traído algo para que hagamos. No sabía que tendríamos una casa mágica para mantenernos ocupadas. —Sacó un manojo de hilos de varios colores—. Mi hermana y yo solíamos trenzar brazaletes y les poníamos estos pequeños dijes llenos de deseos de una para la otra. —Levantó un saco y dejó caer unas monedas de plata en la palma de su mano. No eran más grandes que su uña meñique, y delgados como una oblea. Su voz se suavizó—. Creíamos que el deseo se haría realidad cuando el brazalete se cayera.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Emerie amablemente.

—Catrin. —La voz de Gwyn estaba llena de dolor y añoranza—. Éramos mellizas. Su cabello era oscuro como el ónix, su piel, pálida como la luna. Y era tan cambiante como el mar. —Se rio en voz baja—. A pesar de sus defectos… y los míos… nos queríamos mucho. Éramos lo único que teníamos cuando éramos niñas. Ella era la única en la que podía confiar de verdad. La extraño todos los días.

Nesta no pudo evitar pensar en Feyre.

—Ojalá pudiera tener un momento más con ella —agregó Gwyn—. Solo uno, para decirle que la amo y despedirme. —Se secó los ojos y levantó la cabeza. Miró directamente a Nesta—. Eso es lo único que realmente importaba al final, como tú sabes. No nuestras pequeñas peleas o diferencias. Me olvidé de todo en el momento en que ella… —Gwyn sacudió la cabeza—. Eso es la único que importa.

Nesta asintió lentamente con la cabeza. Quizá no eran solo ella y Feyre, entonces. Tal vez todas las hermanas tienen dificultades, peleas, abismos entre ellas. Y no era perfecta, pero… tampoco lo era Feyre. Ambas habían cometido errores. Y ambas tenían una vida muy larga por delante. Lo que había ocurrido en el pasado no tenía que dictar el futuro.

Así que Nesta asintió de nuevo moviendo la cabeza, dejando que Gwyn viera que había entendido el mensaje.

—Eso es lo único que importa —estuvo de acuerdo Nesta.

Gwyn sonrió y luego se enderezó. Se aclaró la garganta.

—Pude encontrar el hilo y los dijes antes del solsticio, pensando en hacerlos para vosotras como pequeños obsequios, pero tardaron más en llegar de lo que pensé. Así que se me ocurrió que podríamos hacer las pulseras esta noche. —Dejó cuidadosamente los materiales sobre la mesa más cercana.

Nesta y Emerie se levantaron para examinar la variedad de hilos de todos los colores y matices, todos cuidadosamente agrupados.

—Muéstrame cómo hacerlo —propuso Emerie con voz suave. Nesta se preguntó si las palabras de Gwyn también habían resonado en ella… en algún dolor y esperanza que Emerie pudiera tener dentro de sí.

Gwyn sonrió y comenzó su demostración seleccionando tres colores que pensaba que coincidían con el espíritu de Emerie, afirmó. Verde, morado y dorado. Nesta contuvo una risa y eligió colores para Gwyn: azul, blanco y verde azulado. Emerie, a su vez, eligió los colores para Nesta: azul marino, carmesí y plateado. Nesta y Emerie diligentemente intentaron copiar los «sencillos» pasos de Gwyn: doblar el hilo, anudarlo, cortar las partes en bucle, luego sujetar la parte superior del brazalete debajo de un libro pesado mientras separaban cada hebra por color. Y luego comenzaba un proceso de envolver y tirar, de un lado a otro. Los nudos de Emerie eran perfectos. Los de Nesta…

—Tu pulsera va a ser una monstruosidad, Gwyn. —Nesta frunció el ceño ante el confuso y amontonado lío que eran sus primeras diez vueltas.

—Sigue —sugirió Gwyn, leguas por delante con su propio brazalete y comenzando a agregar bonitos dibujos dentro de las vueltas—. Los nudos saldrán mejor con la práctica. Avisadme cuando lleguéis a la mitad y entonces pondremos los dijes.

Trabajaban juntas, como buenas compañeras, con música y parloteo ocioso entre ellas. Cada tanto Emerie y Gwyn se reían de los horribles resultados del trabajo de Nesta.

—Ahora —indicó Gwyn cuando estaban a la mitad—, vamos a formular deseos de unas a otras. —Cogió una de las pequeñas monedas—. Simplemente la sostengo en mi mano, pienso en algo para Emerie y…

—Espera —interrumpió Nesta, agarrando la mano de Gwyn antes de que pudiera tocar el dije—. Déjame a mí.

Sus amigas la miraron con curiosidad y Nesta tragó saliva.

—Voy a pedir un deseo para todas nosotras —explicó, y cogió los tres dijes juntos. Un pequeño regalo… para las amigas que se habían convertido en hermanas.

Una familia elegida. Como la que Feyre le había encontrado.

Nesta apretó los amuletos en su mano, cerró los ojos y habló.

—Deseo que tengamos el coraje de salir al mundo cuando estemos listas, pero que siempre podamos encontrar el camino para volver a encontrarnos. A cualquier precio.

Gwyn y Emerie lo celebraron con gritos. Y cuando Nesta abrió los ojos, y mostró la palma de la mano, podría haber jurado que las monedas tenían un ligero brillo nuevo.

Capítulo 60

Cassian se había ido por cinco días. Cinco días, para inspeccionar cada una de las legiones ilyrias, y recordar cómo comportarse como un macho normal, cuerdo, y no como un cachorro enamorado. Pero de alguna manera, cuando regresó, se había producido un cambio.

No solo el cambio que había alterado el mundo entre él y Nesta durante el solsticio de invierno. Sino un cambio entre Nesta, Emerie y Gwyn.

Él salió a la gélida mañana para encontrarlas a las tres ya en el campo de práctica. Estaban de pie alrededor del poste, con la cinta flameando graciosamente en el viento helado. Gwyn tenía una espada en la mano, y Emerie y Nesta estaban a unos metros de distancia. Las tres llevaban brazaletes trenzados de colores con dijes de plata colgando.

Cassian se quedó en la puerta mientras Nesta le murmuraba algo a Gwyn.

—Encárgate de esto.

Azriel se acercó a él, silencioso como las sombras que revoloteaban alrededor de sus alas.

Gwyn miró la cinta como a un enemigo en un campo de batalla.

La cinta ondeó en el viento, como bailando, sus movimientos impredecibles como los de cualquier enemigo.

—Hazlo por el pequeño caballo alado —la alentó Emerie. Cassian no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero los labios de Gwyn se movieron hacia arriba.

Nesta se rio.

El sonido bien podría haber sido un rayo en su cabeza por lo mucho que lo sacudió esa risa. Libre y ligera, tan diferente a cualquier cosa que hubiera

escuchado de ella que hasta Azriel pestañeó. Una verdadera risa.

—El pequeño caballo alado —explicó Nesta—, era una ilusión. Y ahora está de vuelta en su prado de fantasía.

—Él prefería a Gwyn —bromeó Emerie—. A pesar de tus esfuerzos por conquistarlo.

Se quedaron en silencio de nuevo cuando Gwyn movió los pies y levantó la espada. El viento volvió a agitar la cinta, como burlándose de ella.

Cassian miró a Az, pero su atención estaba fija en la joven sacerdotisa. Admiración y sereno aliento brillaban en su rostro.

—Yo soy la roca contra la que choca el oleaje —susurró Gwyn.

Nesta se enderezó al oír esas palabras, como si fueran una oración y un reclamo.

Gwyn levantó la espada.

—Nada puede romperme.

Cassian notó cómo se tensaba su garganta e, incluso desde el otro lado del lugar de entrenamiento, pudo ver los ojos de Nesta que brillaban con orgullo y dolor.

—Nada puede rompernos —repitió Emerie.

El mundo pareció detenerse ante esas palabras. Como si hubiera estado siguiendo un sendero y ahora se bifurcara en otra dirección. Dentro de cien años, dentro de mil, ese momento seguiría grabado en la mente de él. Que les contaría a sus hijos, a sus nietos: «Fue en ese mismo momento. Ahí fue cuando todo cambió».

Azriel se quedó completamente inmóvil, como si él también hubiera sentido el cambio. Como si él también fuera consciente de que fuerzas mucho más grandes se asomaban a ese campo de entrenamiento mientras Gwyn se movía.

Suave como el Sidra, rápido como el viento de las Montañas Ilyrias, el cuerpo entero de ella operaba en armonía de canto, Gwyn se lanzó hacia la cinta, giró y, mientras giraba, su brazo se abrió, ejecutando un perfecto corte de revés.

La mitad de la cinta revoloteó hasta caer sobre la piedra roja.

Un corte impecable y preciso. Ni una hebra deshilachada ondeó en el viento cuando la cinta cortada que colgaba del poste se agitó.

Nesta se inclinó, recogió la mitad caída de la cinta y la ató solemnemente alrededor de la frente de Gwyn. Una versión improvisada de lo que las sacerdotisas llevaban encima de la cabeza con sus piedras. Pero Cassian nunca había visto a Gwyn mostrando su piedra de invocación.

Gwyn se llevó los dedos temblorosos a la frente para tocar la cinta con la que Nesta la había coronado.

La voz de Nesta era intensa cuando declaró:

—Valquiria.

Se convirtió en un ritual: cortar esa cinta, ser coronada con la mitad cortada y ser ungida como valquiria.

Gwyn fue la primera. Emerie la segunda. Al final del entrenamiento de esa mañana, Nesta se convirtió en la tercera.

Eso hizo que enfrentar a Cassian fuera apenas un poco más fácil. Aun cuando la necesidad interior de ella había empeorado, y rasguñaba la parte interior de su piel, suplicando poder salir. Para llegar a él.

Cada vez que Nesta se encontraba con su mirada, o se acercaba a unos metros de él, le gritaba que se quitara la ropa y se ofreciera a él. Ella se concentró en la cinta blanca alrededor de la frente, concentrada en lo que las tres habían logrado.

La lección terminó, y ella podría haber arrastrado a Cassian hasta su dormitorio si él no hubiera salido volando por los cielos para irse. No volvió hasta la mañana siguiente.

La estaba evitando.

Pero a la mañana siguiente, ella entendió por qué… o al menos él tenía una razón para su súbita desaparición.

El campo de entrenamiento se había transformado de nuevo.

Había una pista para carreras de obstáculos a su alrededor, enrollada como una serpiente en todo su contorno. Nesta fue una de las últimas en llegar y se unió al grupo de hembras reunidas junto a la puerta, murmurando al respecto mientras Cassian y Azriel se volvían hacia todas ellas.

—Las valquirias eran intrépidas y brillantes guerreras cada una en sí misma. Pero su verdadera fuerza provenía de ser una unidad altamente entrenada. —Señaló la pista de obstáculos—. Sola, ninguna de vosotras podrá completar esa pista. Juntas podéis encontrar la manera de hacerlo.

Emerie resopló.

Cassian le dirigió una sonrisa.

—Parece simple, ¿no?

Emerie tuvo el buen sentido de mostrarse nerviosa.

Azriel aplaudió y todas las hembras se enderezaron.

—Trabajaréis en grupos de tres.

—¿Qué obtenemos si completamos la pista? —le preguntó Gwyn a Az, y sus ojos verde azulados brillaron.

Las sombras de Az bailaron a su alrededor.

—Dado que no hay ni la menor posibilidad de que alguna de vosotras termine la carrera, no nos hemos molestado en conseguir un premio.

Sonaron abucheos. Gwyn levantó la barbilla desafiante.

—Os demostraremos que estáis equivocados.

Parecía que demostrar que Azriel y Cassian estaban equivocados llevaría un tiempo.

Gwyn, Emerie y Nesta fueron las que más lejos llegaron en tres horas: una grandiosa, enorme mitad de camino.

Roslin, Deirdre y Ananke llegaron al obstáculo detrás de ellas antes de que se acabara el tiempo, y el cabello dorado de Ananke estaba enmarañado en sangre por el golpe que había recibido en la cabeza con un aparato de muchos brazos de madera que giraba.

—Monstruos sádicos —susurró Gwyn mientras las tres amigas se acercaban cojeando al sitio donde estaba el agua. La derrota pesaba sobre sus hombros.

—Lo intentaremos de nuevo mañana —juró Emerie, que lucía un ojo morado gracias al tronco oscilante que la había golpeado en el trasero antes de que Nesta pudiera agarrarla—. Seguiremos intentándolo hasta que borremos esa mirada de suficiencia de vuestros estúpidos rostros perfectos.

De hecho, Azriel y Cassian acababan de apoyarse contra la pared, con los brazos cruzados y sonriéndoles todo el tiempo.

Gwyn le dirigió a Azriel una mirada fulminante cuando pasó junto a él.

—Hasta mañana, cantor de sombras —le dijo por encima del hombro.

Az se quedó mirándola, divertido, con las cejas levantadas. Cuando se dio la vuelta, Nesta sonrió.

—No tienes ni idea de lo que acabas de empezar —le dijo. Az inclinó la cabeza y entrecerró los ojos color avellana cuando Gwyn llegó a la arcada.

—¿Recuerdas cómo estaba Gwyn con la cinta? —Nesta guiñó un ojo y le dio una palmada en el hombro al cantor de sombras—. Tú eres la nueva cinta, Az.

La pista de obstáculos seguía siendo imposible.

Los muy cabrones la cambiaban todas las noches. Cada nueva mañana era un desafío diferente y más difícil. Pero uno que tenía un patrón general: habitualmente comenzaba con una serie de ejercicios de pies, ya fuera haciendo una rápida carrera de pasos con la rodilla hasta el pecho por una escalera en el suelo o haciendo equilibrio sobre una viga suspendida. Luego seguían las pruebas mentales… acertijos que requerían que pensaran juntas, y luego confiar la una en la otra para poder pasar. Y cuando estaban completamente agotadas, llegaban las pruebas de fuerza.

Las tres llegaron a la tercera etapa solo una vez en las siguientes dos semanas.

Roslin, Ananke y Deirdre les pisaban los talones, lo que alentaba a Gwyn a presionar más a su grupo. Ella quería ser la primera. Quería que Nesta y Emerie y ella fueran las que borraran las sonrisas de los rostros de Azriel y Cassian. Especialmente las de Azriel.

No importaba que, después del primer día, solo tuvieran una hora para recorrer toda la pista. Las otras dos horas las pasaban como grupo, trabajando en entrenamiento militar: marchar en formación (más duro y más estúpido de lo que parecía), luchando hombro a hombro (más peligroso de lo que parecía), y aprendiendo a moverse, a pensar, a respirar como una unidad.

Pero continuaron practicando. Marcharon en falanges valquirias. Lucharon como una sola con Cassian y Azriel peleando como sus oponentes. Aprendieron a sostener los escudos en su sitio contra el ataque de los Sifones de los ilyrios, sus imponentes formas masculinas. Cada momento del entrenamiento de resistencia de las valquirias daba resultado: cada sentadilla o estocada infernal después les permitía sostener los escudos con poco esfuerzo. Mantenerse firmes contra un ataque enemigo.

Se ejercitaban como unidad, en líneas precisas mientras hacían sus abdominales al mismo ritmo. Hacían juntas las flexiones de brazos. Si una colapsaba, todas tenían que empezar de nuevo.

Y seguían adelante. Por medio del sudor, del aliento y de la sangre, se forjaban juntas.

Y a veces, cuando terminaban los servicios vespertinos, las tres se reunían en la biblioteca y leían sobre estrategia militar. Sobre la tradición de las valquirias. Sobre las técnicas de los antiguos.

Más sacerdotisas cortaron la cinta… Roslin. Deirdre. Ananke. Ilana. Lorelei.

Todo lo que Azriel y Cassian les arrojaban, lo tomaban y lo lanzaban de vuelta.

Y todas las noches, Nesta corría por la escalera de la Casa. Más lejos, más y más lejos. No había podido llegar otra vez al fondo desde aquella pelea con Amren, pero seguía intentándolo.

Los recuerdos y las palabras ya no la hacían precipitarse. Ahora estaba impulsada por un propósito puro e implacable.

Nesta, Gwyn y Emerie derrotaron la pista de obstáculos a los dos meses exactos de haberla instalado. Por supuesto, eso ocurrió un día en que Clotho había convocado a todas las sacerdotisas para una ceremonia especial, por lo que no hubo nadie que presenciara el hecho aparte de Cassian y Azriel. Solo Gwyn había sido eximida de la ceremonia, aparentemente.

Y cuando Gwyn llegó a la línea de meta, sangrando, jadeando y sonriendo tan salvajemente que sus ojos verde azulados brillaban como un mar iluminado por el sol, solo extendió su mano maltratada hacia Azriel.

—¿Y bien?

—Ya tienes tu premio —dijo Azriel simplemente—. Acabas de pasar la clasificación del Rito de Sangre. Felicidades.

Gwyn se quedó boquiabierta. Nesta y Emerie se detuvieron. Pero Gwyn le dijo:

—¿Por eso los invitaste a ellos?

Nesta no tenía ni idea de qué estaba hablando la sacerdotisa, pero dirigió su mirada hacia arriba, hacia el borde del pozo de la escalera, donde un lord Devlon con rostro de piedra y otro macho se asomaban con el ceño fruncido.

Sin duda, esa era la razón por la que las otras sacerdotisas habían estado ocupadas ese día.

—Tenía el presentimiento de que hoy podría ser el día —murmuró Cassian a

Nesta.

Devlon parecía a punto de estallar, con el rostro morado de rabia, pero miró a Cassian y asintió lacónicamente.

—¿Les dijisteis a las sacerdotisas que no vinieran? —les preguntó Nesta a Cassian y a Azriel.

—Le informamos a Clotho que podríamos tener algunos observadores hoy —respondió Azriel con los ojos llenos de hielo y muerte mientras miraba a Devlon. El macho apartó la mirada del cantor de sombras antes de gruñirle algo a su compinche y salir volando hacia el este, hacia Ilyria. Azriel prosiguió, mirando como desaparecían—. Clotho se lo explicó a las demás… y ellas decidieron buscar otras formas de llenar su día.

—Pero parecía que no sabías lo que estábamos haciendo —le dijo Nesta a Gwyn.

—Cassian y Azriel me advirtieron que seríamos observadas por algunos machos hoy, pero no especificó por qué. No tenía ni idea de que era la clasificación para el Rito de Sangre. —Sus ojos brillaban por encima de la suciedad que le cubría el rostro.

Pero Emerie había palidecido.

—No vamos a entrar en el Rito de Sangre, ¿verdad? —le preguntó a Cassian.

—Solo si tú quieres —le aseguró Cassian. Ella era la única de todas las hembras presentes ahí que entendía los verdaderos horrores del Rito de Sangre, se dio cuenta Nesta—. Pero queríamos que Devlon… y cualquiera que él dijera… se dieran cuenta de que vuestra unidad es tan talentosa como cualquier unidad ilyria. Esta era la única forma de conseguirlo. Ser una valquiria no significa nada para ellos, y ciertamente no necesitáis su aprobación, pero… —Volvió a mirar a Emerie—. Yo quería que lo supieran. Que supieran lo que habéis logrado. Que a pesar de que las valquirias no tienen nada que ver con el Rito de Sangre, estáis tan entrenadas como cualquier otro guerrero en Ilyria.

—¿Las carreras? —preguntó Gwyn.

—Diferentes rutas —explicó Azriel—, de varias clasificaciones a lo largo de los siglos.

Cassian sonrió.

—Aparte de participar en el Rito de Sangre, ahora estáis lo más cerca posible de ser guerreros ilyrios.

Se hizo un silencio. Entonces Nesta habló, a la vez que se limpiaba la sangre de un extremo de su boca magullada.

—Prefiero ser una valquiria. —Las hembras murmuraron estar de acuerdo. Cassian se rio.
—Que los dioses nos ayuden.

Capítulo 61

Faltaba una prueba.

Ninguna que Cassian le hubiera indicado, ni ninguna decretada por los ilyrios o las valquirias, sino una que ella misma se había propuesto.

Nesta pensó que ese día era tan bueno como cualquier otro para esforzarse en esos últimos cientos de escalones.

Y ella bajó, bajó y bajó.

Dando vueltas, vueltas y vueltas.

Habían cortado la cinta de las valquirias y habían pasado la clasificación para el Rito de Sangre. Pero seguirían entrenando. Quedaba mucho por aprender, quedaba tanto que ella esperaba con ansias aprender con todos ellos. Con sus amigas.

Con Cassian.

Alternaban los dormitorios, y dormían en el que estaba más cerca para hacer el amor. O para echar un polvo. Había una diferencia, se había dado cuenta. Hacer el amor por lo general sucedía a altas horas de la noche o a primera hora de la mañana, cuando él estaba perezoso, entero y sonriente. Echar un polvo solía ocurrir en el almuerzo o al azar, contra una pared o inclinada sobre un escritorio o sentada a horcajadas sobre su regazo, empalándose en él una y otra vez. A veces empezaba como un polvo y se convertía en la cosa tierna e intensa que ella llamaba hacer el amor.

A veces, hacer el amor se convertía en un polvo frenético. Ella nunca podía saber lo que iba a suceder, lo cual era, en parte, la razón por la que nunca le parecía suficiente.

Pasó los cien escalones. Doscientos. Mil.

Tenía la cabeza despejada. Ardía con un objetivo, con dirección y enfoque. Se despertaba cada mañana contenta de estar ahí, para lanzarse contra el mundo y ver lo que hacía. Tenía música todas las noches en los servicios vespertinos, donde había aprendido la mayoría de las canciones y cantaba con las sacerdotisas, dejando que su voz sonara junto con la de Gwyn. Tenía música del Symphonia de Cassian, que usaba siempre que podía.

Y tenía música en su corazón. Una canción hecha con la voz de Cassian, las risas de Gwyn y Emerie, su propia respiración mientras avanzaba bajando y bajando y bajando la escalera.

Dos mil. Tres mil.

Los pies de Nesta volaban con pasos firmes, incluso cuando le ardían los músculos.

Luchaba para poder seguir. Apretaba los dientes en una sonrisa salvaje.

Se entregaba al ardor, al cansancio y al dolor. No dejaba que la consumieran, pero les permitía que se derramaran sobre ella. A través de ella. No les permitía doblegarla o disuadirla.

Ella era la roca contra la que chocaban esas cosas. Con cada paso, con cada respiración, se entregaba a la práctica Serenar la Mente. Era la siguiente fase en el entrenamiento mental de las valquirias: pasar de la calma inmóvil a la calma activa. Ser capaz de estabilizar la mente, de centrarse en ella en medio del caos.

Cuatro mil. Cinco mil. Seis mil. Serenar la Mente se hacía tan fácil como respirar.

No volvería a dejarse dominar por nada. Ella era la dueña de sí misma.

Siete mil. Ocho mil. Nueve mil.

Y esta persona en la que se estaba convirtiendo, emergiendo día a día…

Hasta podría gustarle.

La escalera desapareció. Y entonces una puerta apareció justo ante ella.

Nesta se balanceó, el cuerpo todavía parecía pensar que tenía que seguir adelante, dando vueltas y vueltas, pero agarró el pomo. Abrió la puerta hacia el crepúsculo y la ciudad del otro lado.

Todas las luces se habían atenuado, pero voces alegres llenaban las calles. Nadie le iba a impedir aventurarse en la ciudad, entrar a una taberna y beber hasta emborracharse. Nadie vendría a llevarla de regreso. Había bajado la escalera. Tenía la vida ante ella.

Solo que se encontró mirando hacia arriba. Hacia la Casa donde una fiesta de Caída de las Estrellas iba a comenzar en una hora. Hacia el macho que estaría

ahí, el que la había animado a asistir.

Se enfrentó a la ciudad…, la hermosa y vibrante ciudad. Nada de eso parecía tan vibrante como lo que la esperaba arriba. La escalada sería brutal y casi sin fin, pero en la cima… Cassian estaría esperando. Como la había esperado durante hacía ya muchos años.

Nesta sonrió. Y comenzó a subir.

Cassian, vestido con sus mejores galas cortesanas, estaba de pie en la puerta de la escalera cuando ella regresó.

Él se veía tan exquisito que, si Nesta no hubiera estado jadeando por la subida, se habría quedado sin respiración.

Cinco pasos llevaron a Nesta al otro lado del pasillo. Sus brazos alrededor del cuello de él. Su boca en la de él.

Ella lo besó, y él se abrió para ella, dejando que esas palabras silenciosas pasaran entre ellos, abrazándola con tanta fuerza que sus latidos resonaban el uno en el otro.

Cuando ella se apartó, sin aliento por el beso y todo lo que le llenaba el corazón, Cassian se limitó a sonreír.

—La fiesta ya ha empezado —anunció, besándole la frente y alejándose—. Pero todavía no ha llegado a su punto máximo. —En efecto, la música y las risas llegaban desde los niveles superiores.

Cassian extendió una mano y Nesta la cogió sin decir palabra y dejó que él la llevara por el pasillo. Cuando miró los escalones hacia arriba y sus piernas se doblaron, él la aupó en sus brazos y la cargó. Ella inclinó la cabeza contra el pecho de él y cerró los ojos, saboreando el sonido de los latidos de su corazón. Todo el mundo era una canción, y ese latido era su melodía central.

El aire libre y la música fluían a su alrededor, las copas tintineaban y los ropajes susurraban. Ella abrió los ojos de nuevo cuando Cassian la bajó.

Las estrellas fluían por encima de ella. Miles y miles de estrellas. Apenas recordaba la Caída de las Estrellas del año anterior. Había estado demasiado borracha como para que le importara.

Pero esto, tan alto…

A Nesta no le importaba estar cubierta de sudor, vestida con sus ropas de cuero en medio de una multitud cubierta de joyas. No cuando llegó a la terraza en la parte superior de la Casa y se quedó boquiabierta ante la lluvia de estrellas atravesando el cielo. Pasaban a toda velocidad, tan cerca que algunas chispeaban sobre las piedras, dejando polvo brillante a su paso.

Tenía una vaga sensación de que Cassian, Mor y Azriel estaban cerca, también de Feyre y Rhys y Lucien, de Elain y Varian y Helion. De Kallias y Viviane, también hinchada por el embarazo y radiante de alegría y fuerza. Nesta sonrió a modo de saludo y los dejó parpadeando, pero los olvidó en un momento porque las estrellas, las estrellas, las estrellas…

No se había dado cuenta de que existía tanta belleza en el mundo, de que podía sentirse tan llena de asombro que podría dolerle, como si su cuerpo no pudiera contenerlo todo. Y no supo entonces por qué lloraba, pero las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro.

El mundo era hermoso, y ella estaba muy agradecida de estar en él. De estar viva, de estar ahí, de ver eso. Extendió una mano sobre la barandilla y rozó una estrella que pasaba veloz, y sus dedos se apartaron brillando con polvo azul y verde. Ella se rio, un sonido de pura alegría, y lloró más, porque esa alegría era un milagro.

—Nunca pensé escuchar ese sonido de ti, niña —aseguró Amren, junto a ella.

La delicada hembra lucía un vestido de color gris claro, embellecido con llamativos diamantes que rodeaban su cuello y sus muñecas, y su habitual melena negra adquiría un sutil tono plateado con la luz de las estrellas.

Nesta se secó las lágrimas y sus mejillas se cubrieron con polvo de estrellas, sin que eso le importara. Durante un largo momento, su garganta se movió, tratando de ordenar todo lo que trataba de alzarse desde el pecho. Amren se limitó a sostenerle la mirada, esperando.

Nesta cayó sobre una rodilla e inclinó la cabeza.

—Lo siento.

Amren dejó escapar un sonido de sorpresa, y Nesta supo que otros estaban mirando, pero no le importó. Mantuvo la cabeza agachada y dejó que las palabras fluyeran desde su corazón.

—Me diste amabilidad y respeto, y tu tiempo, y los traté como basura. Me dijiste la verdad y no quise escucharla. Estaba celosa y asustada. Era demasiado

orgullosa como para admitirlo. Pero perder tu amistad es una pérdida que no puedo soportar.

Amren no dijo nada, y Nesta levantó la cabeza para encontrar a la hembra sonriendo, con algo parecido al asombro en su rostro. Los ojos de Amren se volvieron plateados, un indicio de cómo habían sido alguna vez.

—Fui a hurgar en la Casa cuando llegamos hace una hora. Vi lo que has hecho con este lugar.

Nesta frunció el ceño. Ella no había cambiado nada.

Amren agarró a Nesta por debajo del hombro y la levantó.

—La Casa canta. Puedo oírla en la piedra. Y cuando le hablé, respondió. De acuerdo, me dio una pila de novelas románticas al final, pero… hiciste que esta Casa cobrara vida, niña.

—Yo no hice nada.

—Tú hiciste la Casa —afirmó Amren, sonriendo de nuevo, un toque de rojo y blanco en la oscuridad resplandeciente—. Cuando llegaste aquí, ¿qué fue lo que más deseaste?

Nesta lo pensó, viendo pasar unas cuantas estrellas.

—Un amigo. En el fondo, quería un amigo.

—Así que hiciste uno. Tu poder le dio vida a la Casa con un deseo silencioso nacido de la soledad y la necesidad desesperada.

—Pero mi poder solo crea cosas terribles. La Casa es buena.

Nesta suspiró.

—¿Lo es?

Nesta lo pensó.

—La oscuridad en el foso de la biblioteca… es el corazón de la Casa.

Amren asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y dónde está ahora?

—Hace semanas que no aparece. Pero sigue ahí. Creo que simplemente… está siendo controlado. Quizá el hecho de que la Casa sepa que soy consciente de su existencia, y no lo juzgue, hace que sea más fácil controlarlo.

Amren puso una mano sobre el corazón de Nesta.

—Esa es la clave, ¿no? Saber que la oscuridad siempre estará ahí… pero lo importante es cómo uno decide enfrentarla, cómo manejarla. No dejar que te consuma. Concentrarte en lo bueno, en las cosas que te llenan de asombro. —Señaló con un gesto las estrellas que pasaban a toda velocidad—. La lucha con esa oscuridad vale la pena, aunque solo sea para ver esas cosas.

Pero la mirada de Nesta ya no estaba dirigida a las estrellas… seguía una cara familiar entre la gente, y que bailaba con Mor. Riendo, con la cabeza echada hacia atrás. Tan hermosa, que no tuvo palabras para describirla.

Amren se rio suavemente.

—Y vale la pena por eso también.

Nesta miró a su amiga. Amren sonrió y su rostro se volvió tan hermoso como el de Cassian, como las estrellas que pasaban formando un arco.

—Bienvenida de regreso a la Corte Noche, Nesta Archeron.

Capítulo 62

Llegó la primavera a Velaris. Nesta le dio la bienvenida al sol en sus huesos, en su corazón, y dejó que le diera calor.

Habían pasado el invierno sin que hubiera movimiento alguno por parte de Briallyn o de Beron, sin que ningún ejército atacara. Pero Cassian advirtió que muchos ejércitos no atacan durante el invierno, y Briallyn podría haber estado juntándolos en secreto. Azriel tenía prohibido acercarse a menos de unos cuantos kilómetros de ella, debido a la amenaza de la Corona, y cualquier informe tenía que ser verificado por múltiples fuentes. En resumen: no sabían nada y solo podían esperar.

El estado de ánimo no mejoró debido a una rara estrella roja que brilló un día en el cielo… un mal presagio, según lo que Nesta les oyó murmurar a las sacerdotisas. Cassian informó que incluso Rhys fue sacudido por ese hecho, y se mostró inusualmente contemplativo después. Pero Nesta sospechaba que ese presagio no era lo único que contribuía a la solemnidad de Rhys. Feyre estaba a solo dos meses de dar a luz, y todavía no sabían nada sobre cómo salvarla.

Ella canalizó esa creciente preocupación en su entrenamiento con las sacerdotisas. Azriel y Cassian idearon más simulaciones de entrenamiento, y se movían a través de ellas como una unidad, pensaban y luchaban como una unidad.

Nesta a veces se preguntaba si alguna vez verían una batalla. Si las sacerdotisas estarían dispuestas a salir de allí para luchar, para enfrentarse a la violencia que podría convocar a los demonios devoradores de sus pasados. ¿Quería ella ir más allá de las simulaciones, pasar al combate real? ¿Qué le produciría a ella ver a sus amigas matando o siendo aniquiladas?

Supuso que era una prueba final. Una a la que tal vez nunca fueran sometidas.

Quizá el Rito de Sangre, para el que Cassian le había dicho que apenas faltaban unos pocos días, había comenzado así: una forma de hacer que los jóvenes guerreros ilyrios mataran en un entorno controlado, un trampolín hacia la total falta de misericordia de una batalla.

Pero la primera incursión de Nesta en una batalla despiadada llegó en forma de una carta. Una carta impaciente y exigente que solicitaba su presencia inmediatamente. Y la de Cassian.

Eris estaba esperando a Nesta y Cassian cuando llegaron al claro de un bosque enclavado en el Medio. Pero Nesta no se molestó en dirigir apenas una mirada al hijo del gran lord…, no con la vista alzándose por encima de los árboles. La montaña sagrada… la montaña bajo la cual Feyre, Rhys y todos altos lores fueron retenidos por Amarantha. Se elevaba como una ola en el horizonte, desolado y estéril, y, de alguna manera, vibraba con su presencia.

—¿Nunca la habías visto? —le preguntó Eris a modo de saludo, siguiéndole la mirada.

—No. —Ella apartó la mirada del inquietante pico—. ¿Por qué es sagrada para ti?

Eris se encogió de hombros y Nesta sabía que Cassian monitoreaba cada respiración.

—Hay tres de ellos, ya sabes. Picos hermanos. Esta, la montaña llamada la Prisión, y a la que los brutos ilyrios llaman Ramiel. Todas montañas desnudas y estériles a diferencia de las que las rodean.

—No vinimos para una lección de historia —murmuró Cassian.

Nesta le dirigió una dura mirada.

—Yo he preguntado. Quiero saber.

Cassian resopló y movió la barbilla en dirección a Eris… una orden silenciosa de continuar.

—No sabemos por qué existen, pero ¿no te parece extraño que dos de las tres tengan palacios subterráneos tallados en ellas?

—Difícilmente llamaría palacio a la Prisión —interrumpió Cassian—. Basta con preguntarle a los presos.

Eris le dirigió una sonrisa burlona, pero continuó.

—Como era de esperar, los ilyrios nunca fueron lo suficientemente curiosos como para ver qué secretos se escondían debajo de Ramiel. Si también había

sido tallada como las demás por manos antiguas.

—Pensé que la propia Amarantha hizo la Corte Bajo la Montaña —comentó Nesta.

—Ah, ella la decoró y nos hizo actuar como una lamentable imitación de tu Corte de las Pesadillas, pero los túneles y pasillos fueron tallados mucho antes. Por quién, no lo sabemos.

—Esa es toda la historia que puedo soportar —intervino Cassian, lo que le significó una fulminante mirada de Eris. Nesta hizo lo mismo. Cassian solo le hizo un divertido guiño antes de continuar—: Tu carta parecía insinuar que tu padre estaba haciendo alguna maniobra. Dime de qué se trata.

—Mi padre volvió al continente la semana pasada. Regresó aparentemente normal, sin los ojos vidriosos y distantes que mostraban mis soldados. No me invitó a acompañarlo, ni me explicó lo que había hablado con Briallyn. Y solo puedo suponer que las consecuencias no están lejos, por lo que quería advertirte. No era algo que pudiera arriesgarme a poner por escrito. Pero por ahora…, por ahora, parece que el mundo está a la expectativa.

—¿Esperando qué? —preguntó Nesta.

—Que encuentres el Arpa.

Nesta parpadeó. Y se dio cuenta demasiado tarde, demasiado lentamente, de que no le habían dicho a Eris que ya la había encontrado. Y de que su parpadeo la había delatado.

—¿La tienes? —preguntó Eris.

—¿Cuál es la diferencia si es así? —dijo Cassian con cierta indiferencia.

—La Corte Noche posee dos objetos del Tesoro. Yo diría que sí hay diferencia. —Eris se irguió—. ¿A eso se deben todos estos retrasos? ¿Para ganar tiempo y así poder conocer los secretos del Tesoro y usar el poder en beneficio propio?

—Eso es absurdo —espetó Nesta—. ¿Qué podríamos ganar?

Una llama roja chisporroteó en los ojos de Eris.

—¿Qué podía ganar el rey de Hybern cuando se apoderó del Caldero e invadió nuestras tierras?

—No tenemos ningún interés en la conquista, Eris —aseguró Cassian, y se cruzó de brazos—. Tú lo sabes. Y no vamos a utilizar el Tesoro.

Eris soltó una carcajada. Nesta pudo ver que no les creía… estaba tan acostumbrado a la política retorcida y las intrigas de su corte que incluso cuando se le ofrecía la simple y fácil verdad, no podía verla.

—No me siento del todo cómodo con el hecho de que tu corte posea dos elementos del Tesoro. —Le dirigió la mirada a Nesta—. Sobre todo teniendo en cuenta que tienes tantas otras armas en tu arsenal.

Nesta se puso tensa, pero Cassian ni siquiera hizo el amago de moverse sobre sus pies.

—Rhys tiene sus propios planes, Eris. No puedes ser tan tonto como para pensar que te los vamos a revelar todos, pero puedo asegurarte que no implican el uso del Tesoro.

Nesta trató de no quedarse boquiabierta ante la voz fría y divertida que había emitido Cassian. Era la voz de un cortesano. Como si la hubiera estado escuchando a ella y a Rhysand, y hubiera replicado perfectamente esa combinación de aburrimiento y crueldad. Nesta no pudo evitar la emoción que le recorrió la espalda. Quería que usara esa voz en el dormitorio. Quería que le susurrara de esa manera en el oído mientras él…

—Eso es lo que dices —apostilló Eris—. Supongo que vas tras la Corona ahora. —Su cabello brillaba como brasas bajo los rayos de luz.

Cassian sonrió con suficiencia.

—Te lo diremos cuando debas saberlo. Y trataremos de no olvidarlo esta vez.

Eris se quitó una pelusa de la chaqueta. Llevaba la daga que Rhys y Feyre le habían regalado colgada a un lado, simple y sencilla en comparación con las galas que él lucía. La daga de ella.

—Serías realmente estúpido si fueras tras Briallyn directamente.

—Deja lo heroico para los brutos, Eris —sentenció Cassian—. No me gustaría arriesgarme a cortar esas bonitas manos.

Los dedos de Eris se curvaron ligeramente sobre sus bíceps. Nesta contuvo su sonrisa. Las palabras de Cassian habían dado en el blanco.

—¿Y qué harás cuando tengas los tres objetos del Tesoro? —Las cejas de Eris se enderezaron—. No puedes destruirlos; y dudo que ocultarlos funcione. Considerando el peligro que nos rodea, no veo por qué no ibas a usarlos.

Nesta guardó silencio, contenta con dejar que Cassian tomara la iniciativa.

Cassian dejó escapar una risa suave, y la sangre de Nesta cantó de nuevo ante la habilidad de ese gesto. Iba a jugar con Eris un poco más. De hecho, Cassian preguntó con frialdad:

—¿Y qué vas a hacer para detenernos?

A lo que Eris solo respondió:

—Si fallas en recuperar la Corona, te arriesgas a que Briallyn la use contra ti.

Podría poneros uno contra otro. Obligaros a hacer cosas indecibles. Incluso revelarle a ella dónde están los otros dos objetos. Y no tendrías más remedio que decírselo todo. —Le preocupaba que ellos revelaran su alianza con él, por su propio bien—. Tú amenazas con exponernos. No busques la Corona.

—Ya veremos —replicó Cassian. Era el retrato vivo de la calma imperturbable. Nesta casi soltó una carcajada cuando él señaló con un movimiento de cabeza la daga en un costado de Eris—. Tenemos nuestras propias maneras de protegernos de la Corona. —Nesta ocultó su sorpresa. ¿Las armas que ella había hecho protegían del Tesoro? Nadie le había dicho tal cosa.

Eris echaba chispas por los ojos.

—¿Este era el plan desde el principio? ¿Arrastrarme a mí, convertirme en enemigo de mi padre, para luego usar el Tesoro contra todos nosotros?

—Tú mismo te convertiste en enemigo de tu padre —acotó Cassian, apenas sonriendo—. Cuando él se entere, me pregunto si dejará que tus propios sabuesos te despedacen, o si lo hará él mismo.

Eris palideció levemente.

—¿No quieres decir más bien en el caso de que se entere?

Cassian no dijo nada. Mantuvo su rostro neutral. Nesta contuvo su suficiencia e hizo lo mismo.

Eris los observó. Por primera vez desde que Nesta conocía a aquel macho, la incertidumbre cubrió el fuego en su mirada.

Y luego volvió al otro tema de su carta. Se volvió para quedar cara a cara con Nesta antes de hablar.

—¿Y mi ofrecimiento por ti? —quiso saber. Ni un gramo de cariño o añoranza apareció en sus palabras.

Nesta levantó la barbilla, sonriendo satisfecha al fin.

—Supongo que una vez que tengamos la Corona en nuestras manos, la Corte Noche ya no te necesitará después de todo. Y yo tampoco.

Ella podría haber jurado que Cassian estaba reprimiendo una risa, pero mantuvo la mirada sobre Eris, que se puso tenso, temblando de rabia.

—No me gusta que jueguen conmigo, Nesta Archeron. Mi ofrecimiento era sincero. Quédate en la Corte Noche y corres el riesgo de tu propia destrucción.

Cassian interrumpió suavemente.

—Intenta jodernos, Eris, y el que se arriesga a ser destruido eres tú.

El labio superior de Eris se curvó.

—Haz lo que quieras. —Se enderezó, como si se estuviera deshaciendo de

alguna emoción, y su cara volvió a ser fría y cruel—. Estáis jugando con vuestras propias vidas, no con la mía. —Se rio entre dientes, y movió la cabeza en dirección a Cassian—. ¿Qué pasa si el mundo pierde a otro bruto en la guerra? Adiós y hasta nunca.

Cassian sonrió lentamente.

—Gracias por tus buenos deseos, Eris.

Y dicho esto, Cassian cogió a Nesta en sus brazos y salió volando. Los árboles pasaban como una mancha verde y la montaña sagrada quedaba acechando atrás.

Nesta lo miró a la cara mientras volaban hacia el norte y descubrió a Cassian sonriendo.

—Lo has hecho bien —aprobó ella mientras le pasaba una mano por el cuello.

—He jugado a ser tú —admitió él—. Creo que he conseguido tener esa mirada despreciativa de «mataré a mis enemigos», ¿no?

Nesta se rio, y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Sí, totalmente.

Volaron durante horas, contentos de estar solos, sobrevolando la tierra. Volaron y volaron. Cassian resultó incansable y decidido, y Nesta se permitió deleitarse con la sensación de sus brazos. Con el solo hecho de estar con él. Y aunque el frío le entumecía la piel, cuando las luces de Velaris aparecieron en el horizonte cada vez más oscuro, lamentó verlas.

Pero él los condujo hasta la ciudad propiamente dicha, para aterrizar en uno de los puentes sobre el Sidra.

—Pensé que podríamos caminar un poco —dijo él y entrelazó sus dedos con los de ella.

Después de tanto tiempo en los cielos vacíos, la gente a su alrededor parecía presionarlos. Pero Nesta aceptó y caminó a su lado, saboreando el roce de sus callos contra los suyos, el roce del hilo que mantenía su Sifón, el calor que recibía de él.

—¿Qué crees que hará Eris? —No habían hablado de eso durante el vuelo.

—Enfurruñarse, y luego pensar alguna nueva manera de insultarme —respondió Cassian, y Nesta se rio. Él la miró de reojo—. ¿Te gustó verme jugar al cortesano?

La boca de Nesta se arqueó hacia arriba.

—No quisiera que fueras así para siempre, pero fue… tentador. Me dio algunas ideas.

Los ojos de él brillaron, y aunque estaban a la vista de toda la ciudad, le puso una mano en la mejilla y le dio un ligero beso en la boca.

—A mí me dio también algunas ideas, Nes. —Él se apretó contra ella, y ella entendió por completo lo que quería decir.

Nesta se rio y se apartó, yendo hacia un extremo del puente.

—La gente está mirando.

—No me importa. —La alcanzó y caminó junto a ella de nuevo. Le puso un brazo sobre el hombro para ser más evidente—. No tengo nada que esconder. Quiero que sepan que compartimos la cama. —La besó en la sien, y la atrajo hacia sí mientras caminaban por la bulliciosa ciudad.

Una afirmación tan simple y encantadora, y sin embargo… Ella se encontró preguntándole:

—¿Socava mi imagen de guerrera estar contigo?

—No. ¿Acaso socava la imagen de Feyre cuando la ven con Rhys?

Se le apretó el estómago. Los latidos de su corazón latían en sus brazos, en sus entrañas.

—Es diferente para ellos —se obligó a decir cuando llegaron al final del puente y se volvió para caminar por el muelle que flanqueaba el río.

—¿Por qué? —preguntó Cassian con cuidado.

Nesta mantuvo su atención en el río resplandeciente, vibrante con los colores del atardecer.

—Porque son pareja.

Ante su absoluto silencio, ella supo lo que iba a decir. Se detuvo otra vez, preparándose para ello.

El rostro de Cassian no mostraba expresión alguna. Estaba totalmente vacío.

—¿Y nosotros no? —preguntó.

Nesta no dijo nada.

Él soltó una carcajada.

—Porque ellos son pareja y tú no quieres que nosotros lo seamos.

—Esa palabra no significa nada para mí, Cassian —aseguró, con la voz tensa

y tratando de evitar que las personas que pasaban a su lado pudieran escuchar—. Esa palabra significa algo para vosotros, pero durante la mayor parte de mi vida, esposo y esposa eran suficiente. «Pareja» es solo una palabra.

—Menuda tontería. —Cuando ella comenzó a caminar de nuevo a lo largo del río, él preguntó—: ¿Por qué tienes miedo?

—No tengo miedo.

—¿Qué te asusta? ¿El hecho de que te vean públicamente conmigo de esta manera?

Sí. Que la besara y darse cuenta de que pronto tendría que regresar a este mundo que zumbaba alrededor de ellos, y dejar la Casa, y ella no sabía qué iba a hacer entonces. Qué iba a pasar con ellos. Si ella volvía a sumergirse en ese lugar oscuro que había ocupado antes.

Arrastrarlo con ella.

—Nesta. Háblame.

Ella lo miró a los ojos, pero no abrió la boca.

Los ojos de Cassian brillaban.

—Dilo. —Ella se negó—. Dilo, Nesta.

—No sé de qué estás hablando.

—Pregúntame por qué desaparecí durante casi una semana después del solsticio. Por qué de repente tuve que hacer una inspección justo después de las fiestas.

Nesta mantuvo la boca cerrada.

—Fue porque me desperté a la mañana siguiente y lo único que quería era hacer el amor contigo durante una semana entera. Y supe lo que eso significaba, lo que había sucedido, aunque tú no lo supieras, y yo no quería asustarte. No estabas preparada para la verdad, no todavía.

A ella se le secó la boca.

—Dilo —gruñó Cassian. La gente les dejó mucho espacio. Algunos directamente se dieron la vuelta y regresaron por donde habían venido.

—No.

El rostro de él se contrajo de rabia incluso cuando la voz de ella se calmó.

—Dilo.

Ella no podía. No antes de que él se lo ordenara, y ciertamente no en ese momento. No lo dejaría ganar de esa manera.

—Di lo que yo adiviné desde el momento en que nos conocimos —cogió aire—. Lo que supe la primera vez que te besé. Lo que se volvió irrompible entre

nosotros en la noche del solsticio.

Ella no lo iba a decir.

—¡Soy tu pareja, por el amor de Dios! —gritó Cassian, gritó tan fuerte que la gente al otro lado del río lo escuchó—. ¡Eres mi pareja! ¿Por qué te sigues negando?

Ella dejó que la verdad, expresada por fin, la envolviera por completo.

—Me prometiste estar conmigo para siempre en el solsticio —le recordó él, con la voz quebrada—. ¿Por qué una palabra puede de alguna manera apartarte de eso?

—¡Porque, con esa palabra, el último retazo de mi humanidad desaparece! —No le importó quién pudiera estar viéndolos, quién pudiera estar oyendo—. Con esa estúpida palabra, ya no soy humana de ninguna manera. ¡Soy una de vosotros!

Él parpadeó.

—Creía que querías ser una de nosotros.

—No sé lo que quiero. Yo no elegí esto.

—Bueno, yo tampoco elegí estar atado a ti.

Esa declaración la golpeó. «Atado».

Él respiró hondo.

—Dicho de esa manera, suena horrible.

—Pero es la verdad, ¿no?

—No. Lo dije enfadado… No es la verdad.

—¿Por qué? Tus amigos me vieron tal como era yo. Como soy. El lazo del apareamiento te volvió estúpidamente ciego. ¿Cuántas veces te advirtieron que te alejaras de mí, Cassian? —Ella soltó una risa fría.

«Atado».

Las palabras la llamaban, afiladas como cuchillos, rogándole que agarrara uno y lo clavara en su pecho. Hacerlo sufrir tanto como esa palabra le dolía a ella. Hacerlo sangrar.

Pero si ella hacía eso, si se enfadaba con él… No podía. No podía permitírselo.

—No quise decirlo de esa manera… —suplicó él.

—Voy a pedirte el favor que me debes —dijo ella.

Él se quedó inmóvil, frunciendo el ceño. Y luego sus ojos se abrieron de par en par.

—Sea lo que sea que tú…

—Quiero que te vayas. Ve a la Casa del Viento para pasar la noche. No me hables hasta que yo vaya a hablarte a ti, o hasta que haya pasado una semana. Lo que sea que ocurra primero. No me importa.

Hasta que ella pudiera controlarse como para no lastimarlo, para dejar de sentir el viejo impulso de golpear y herir antes de que la hirieran a ella.

Cassian se acercó a ella, pero hizo una mueca y arqueó la espalda. Como si el tatuaje en la espalda lo hubiera quemado.

—Vete —ordenó ella.

Él tragó saliva, con los ojos desorbitados, luchando contra el poder del trato con cada respiración.

Luego dio la vuelta y el batir de las alas retumbó cuando salió volando hacia el cielo por encima del río.

Nesta permaneció en el muelle mientras su columna vertebral hormigueaba, y supo que el tatuaje había desaparecido.

Emerie estaba junto a la mesa de su cocina cuando Nesta apareció en la puerta trasera. Mor la había transportado hasta ahí sin hacer ni una pregunta, sin siquiera una mirada de desaprobación. Sin embargo, a Nesta no le había importado. Solo estaba agradecida de que la hembra hubiera aparecido… probablemente enviada por Cassian. Tampoco le importaba.

Nesta dio dos pasos en la tienda de Emerie antes de derrumbarse y ponerse a llorar.

Apenas se dio cuenta de lo ocurrido. De cómo Emerie la ayudó a sentarse, de cómo las palabras salían a borbotones de su boca para explicarle lo que acababa de suceder entre ella y Cassian.

Una hora después, llamaron a la puerta y Nesta detuvo su llanto cuando vio quién estaba allí.

Gwyn abrazó a Nesta.

—Supe que podrías necesitarnos. —Nesta se quedó tan atónita al ver a la sacerdotisa que le devolvió el abrazo.

Mor, un paso más atrás, asintió moviendo la cabeza con preocupación y luego se alejó transportándose.

Fue Emerie quien le habló a Gwyn.

—No me puedo creer que hayas salido de la biblioteca.

Gwyn le acarició la cabeza a Nesta.

—Algunas cosas son más importantes que el miedo. —Se aclaró la garganta —. Pero por favor no me lo recuerdes demasiado. Estoy tan nerviosa que hasta podría vomitar.

Hasta Nesta sonrió al escuchar eso.

Sus dos amigas se preocupaban por ella, sentadas a la mesa de la cocina y bebiendo chocolate caliente…, un obsequio tardío del solsticio a Emerie de Nesta, hurtado de la despensa de la Casa. Cenaron, luego llegó el postre, y conversaron sobre sus últimas lecturas. Hablaron de todo y de nada hasta bien entrada la noche.

Solo cuando los ojos de Nesta ardían de cansancio, con el cuerpo exhausto, subieron la escalera. Había tres dormitorios sobre la tienda, todo impecable y simple, y Nesta se puso el camisón que Emerie le ofreció sin pensarlo dos veces.

Hablaría con él al día siguiente. Pero antes a dormir, a salvo con sus amigas cerca de ella, y hablar con él después.

Se lo explicaría todo… por qué se había resistido, por qué eso la asustaba, ese siguiente paso hacia lo desconocido. La vida más allá de eso. Se disculparía por haber recurrido al trato que tenían para alejarlo, y no dejaría de hacerlo hasta que él sonriera de nuevo.

Quizá el futuro no tenía por qué estar tan planeado; ella podría simplemente vivir el presente. Mientras tuviera a Cassian a su lado, a sus amigas con ella, podría hacerlo. Enfrentarlo. No la dejarían caer de nuevo en ese pozo. Cassian nunca permitiría que cayera de nuevo.

Pero si caía… él la esperaría otra vez en la cima. Con la mano extendida. Ella no se lo merecía, pero se esforzaría para ser digna de él.

Nesta se durmió con ese pensamiento resonando en su cabeza.

Mañana hablaría con Cassian. Mañana, su vida comenzaría de nuevo.

Un aroma a macho llenó su habitación. No era Cassian. Y no era Rhys, ni Azriel.

Estaba lleno de odio, y Nesta se tambaleó hasta sentarse justo cuando sonó una risa áspera. En el pasillo, Gwyn gritó… luego se hizo el silencio.

En la oscuridad, no podía distinguir nada, y buscó a tientas el poder dentro de ella, el cuchillo al lado de la cama…

Algo frío y húmedo le presionó la cara.

Le quemó las fosas nasales, y le abrió la mente.

La oscuridad entró de repente, y ella desapareció.

Capítulo 63

El trato de Nesta requería que él pasara la noche en la Casa del Viento.

Y que solo podía hablar con ella una vez que ella le hablara, o después de que pasara una semana.

Reglas bastante fáciles de seguir. Se hizo un recordatorio mental para enseñarle a redactar sus tratos con un poco más de astucia.

Cassian esperó a que pasara la noche requerida. Luego se encontró con Rhys al amanecer, y le pidió a su hermano que lo transportara hasta el Refugio del Viento. Mor le había informado de mala gana que había llevado a Nesta allí el día anterior. Pondría fin a esa pelea con Nesta, de una forma u otra. Nunca lo había asustado. Ni el vínculo de apareamiento, ni tampoco el hecho de que Nesta fuera suya. Lo había adivinado mucho antes de que el Caldero la convirtiera.

Lo único que lo asustaba era que ella pudiera rechazarlo. Que lo odiara por ello. Que se resintiera. Había visto la verdad en sus ojos en el solsticio, cuando el vínculo de apareamiento ya era como un hilo de oro entre sus almas, pero ella todavía dudaba. Y el día anterior su temperamento se había apoderado de él, y… comenzó el segundo asalto presionándola para que dijera una palabra, dejándolo así libre para decir el resto.

La disculpa, la declaración que aún necesitaba hacer… todo eso.

Olió tanto a Nesta como a Gwyn en la puerta trasera de la tienda de Emerie cuando golpeó. Lo conmovió que Gwyn hubiera desafiado el mundo más allá de la biblioteca para consolar a Nesta. Aun cuando le avergonzaba haber sido él la causa de ello.

Pero, a su lado, el rostro de Rhys se puso pálido de repente.

—No están aquí.

Cassian no esperó para entrar a la tienda y rompió la cerradura de la puerta de Emerie. Si alguien las había lastimado, si alguien se las había llevado…

No había nadie en la acogedora salita del fondo. Pero… de repente notaron cierto aroma a macho, como si alguien se hubiera transportado directamente al interior.

Los ilyrios no tenían ese tipo de magia.

Salvo en una noche, cuando los ilyrios poseían un antiguo y salvaje poder.

—No. —Corrió escalera arriba, los escalones hedían a olores de machos, y detectó también el olor del miedo de las hembras. Primero encontró la habitación de Nesta.

Había signos de lucha. Parecían haber arrastrado la cama por la habitación, la mesita de noche estaba volcada, y había un charco de sangre en el suelo —sangre de macho, por el olor—. Y el olor acre del brebaje para dormir, suficiente como para noquear a un caballo, seguía en el aire.

Su cabeza se quedó en silencio. Las habitaciones de Emerie y Gwyn estaban igual. Señales de lucha, pero ni rastro de las hembras.

El miedo se apoderó de Cassian. Apenas podía respirar. Era un mensaje… dirigido a las hembras por considerarse guerreras, y a él por enseñarles, por desafiar las arcaicas jerarquías y las reglas de los ilyrios.

Rhys se acercó a él, con el rostro pálido por el mismo terror.

—Devlon acaba de confirmarlo todo. El Rito de Sangre comenzó a la medianoche.

Y Gwyn, Emerie y Nesta habían sido arrancadas de sus camas.

Para participar en él.

Parte cuatro
Ataraxia

Capítulo 64

Alguien le había echado arena en la boca. Y le había dado un golpe en la cabeza.

Al parecer, todavía seguía golpeándola.

Nesta apartó la lengua de los dientes y tragó unas cuantas veces para humedecerse la boca. Le dolía la cabeza…

Percibía los aromas. De machos, variados y muy numerosos…

Notaba el suelo duro y frío que había debajo de sus piernas desnudas, las agujas de pino atravesaban la fina tela de su camisón. Un viento fresco que helaba la sangre esparcía todos esos aromas de machos por encima de la marea de nieve, pino y tierra…

Nesta abrió de golpe los ojos. Solo pudo ver una ancha espalda de macho, imagen oscurecida en gran parte por un par de alas. Alas atadas.

Las imágenes de la noche anterior la abrumaban: los machos agarrándola mientras trataba de liberarse hasta que cayó desmayada, sin dejar de oír los gritos de Gwyn y de Emerie de fondo.

Nesta se enderezó de golpe.

Lo que vio era peor de lo que esperaba. Mucho mucho peor.

Lenta, silenciosamente, se dio la vuelta. Guerreros ilyrios inconscientes yacían esparcidos a su alrededor. Detrás de ella, enfrente de ella. Junto a sus pies descalzos. Aún más la rodeaban, eran al menos doscientos, desperdigados entre los altísimos pinos.

El Rito de Sangre.

Seguramente ella se despertó antes que los demás porque había sido hecha. Diferente.

Nesta buscó su propio interior, en ese lugar donde habitaba el antiguo y terrible poder, pero no encontró nada. Como si el pozo se hubiera secado, como si el mar hubiera retrocedido.

Hechizos mágicos del Rito de Sangre. Sus poderes habían sido inutilizados.

Sabía que su temblor no se debía exclusivamente al frío. Fuera cual fuese el tiempo que tenía, no duraría mucho. Los demás no tardarían en despertarse.

Y la encontrarían de pie entre ellos, vestida solo con un camisón. Sin armas.

Tenía que hacer algo. Tenía que encontrar a Emerie y a Gwyn entre todos aquellos incontables cuerpos esparcidos. A menos que las hubieran arrojado a otro lugar.

Recordaba que a Cassian, Rhysand y Azriel los habían dejado en diferentes lugares. Habían pasado días abriéndose camino uno hacia otro en medio de guerreros sedientos de sangre y de las bestias que vagaban por esas tierras. Pero ellos de alguna manera se encontraron y escalaron Ramiel, la montaña sagrada, y ganaron el Rito.

Ella tendría suerte si lograba cubrir esa área indefinida.

Con la respiración entrecortada, Nesta se puso de pie. Apartada del escudo que brindaban los cuerpos de los guerreros, el frío la envolvió y casi la deja sin aliento. Su temblor se hizo más intenso.

Necesitaba algo más cálido. Necesitaba zapatos. Tenía que fabricar un arma.

Nesta miró el débil sol, como si le fuera a indicar en qué dirección debía ir para encontrar a sus amigas. Pero la luz le quemó los ojos, lo que empeoró los golpes en la cabeza. Árboles… debía buscar el lado cubierto de musgo de los árboles, le había dicho Cassian. El norte estaba en esa dirección.

El árbol más cercano medía unos seis metros de alto y estaba a diez cuerpos de distancia. Por lo que pudo ver, no había musgo en ninguna parte.

Entonces debía encontrar un área más alta y estudiar el terreno. Ver dónde asomaba Ramiel y tratar de encontrar otros vertederos.

Pero necesitaba ropa, armas y comida. Y también debía encontrar a Gwyn y a Emerie, y, oh, dioses…

Nesta se puso una mano en la boca para mantener sus temblorosas exhalaciones casi silencio. Moverse. Tenía que moverse.

Pero alguien ya se había movido.

El susurro de sus alas lo delató. Nesta se dio la vuelta.

A treinta metros de distancia, separado de ella por el mar de cuerpos dormidos, se erguía un macho que era una bestia.

No lo conocía, pero reconoció el brillo de sus ojos. Detectó la intención depredadora y de cruel diversión cuando bajó la mirada hacia sus pechos duros por el helado frío, sus piernas desnudas.

El miedo quemaba como ácido por todo su cuerpo.

Ninguno de los otros se movía. Al menos. Pero este macho…

Él miró a su izquierda… solo por un instante. Nesta le siguió la mirada y se quedó sin aliento. Incrustado en el tronco de un árbol, brillando débilmente, había un cuchillo.

Imposible. Tener armas en el Rito de Sangre iba en contra de las reglas. ¿El macho ya sabía que el arma iba a estar allí, o la vio antes que ella?

No importaba. Solo importaba que ese cuchillo existiera. Y era la única arma a la vista.

Ella podría correr. Dejar que él se lanzara sobre el cuchillo mientras ella huía en dirección contraria, rezando para que él no la siguiera.

O podría ir a buscar el cuchillo. Vencerlo y luego… ella no sabía qué iba a hacer luego. Pero estaba en un campo de guerreros durmientes que no tardarían en despertar, y si la encontraban desarmada, indefensa…

Nesta corrió.

Cassian no podía respirar.

No había podido respirar ni hablar hacía ya unos cuantos largos minutos. Su familia había llegado, y todos estaban alrededor de él en el dormitorio destrozado de la casa de Emerie. Estaban hablando, Azriel con cierta urgencia, pero Cassian no lo oía, solo podía escuchar el rugido en su cabeza antes de hablar con nadie en particular.

—Voy a buscarlas.

Se hizo un silencio y se volvió para encontrarlos a todos mirándolo, pálidos y con los ojos muy abiertos.

Cassian dio un golpecito a los Sifones en los dorsos de sus manos, y sus otros Sifones aparecieron en los hombros, en las rodillas y en el pecho. Movió la cabeza en dirección a Rhys.

—Tienes que transportarme hasta ella. Az, busca a Emerie y a Gwyn.

Rhys no se movió ni un centímetro.

—Conoces las leyes, Cass.

—Al diablo con las leyes.

—¿Qué leyes? —quiso saber Feyre.

—Díselo —le ordenó Rhys, mientras la noche giraba alrededor de sus alas. Cassian se erizó—. Díselo, Cassian.

El idiota había usado ese dominio inherente sobre él. Cassian apretó los dientes.

—Cualquiera que saque a un guerrero del Rito de Sangre será perseguido y ejecutado. Junto con el guerrero que será deshonrosamente retirado del Rito.

Feyre se frotó la cara.

—Entonces Nesta, Emerie y Gwyn tienen que quedarse y continuar con el Rito.

—Ni siquiera yo puedo ignorar esas reglas —explicó Rhys, en un tono más suave—. Por mucho que quisiera hacerlo —agregó y agarró el hombro de Cassian.

A Cassian se le revolvió el estómago. Nesta y sus amigas —también amigas de él— participaban en el Rito. Y no podía hacer nada para interferir, no sin condenarlos a todos. Le temblaban las manos.

—Entonces ¿qué…, nos quedamos sentados durante una semana y esperamos? —La idea era repugnante.

Feyre apretó sus dedos temblorosos. Los apretó con fuerza.

—¿Tú…, Cassian, no escuchaste nada cuando llegamos aquí?

No. Apenas había escuchado algo.

—Mis espías se enteraron de que Eris fue capturado por Briallyn —informó Azriel con firmeza—. Envió a los otros soldados de él a buscarlo mientras estaba fuera, cazando con sus perros. Lo agarraron y de alguna manera fueron todos transportados de regreso al palacio de ella. Supongo que usaron el poder de Koschei.

—No me importa. —Cassian se dirigió a la puerta. Incluso si… Maldición. ¿No había sido él quien le había dicho a Rhys que no fuera tras esos soldados? ¿Que los dejara hacer lo suyo? Fue un tonto. Había dejado a un enemigo armado en su punto ciego y se había olvidado de él. Pero no le importaba si Eris se pudría.

—Tenemos que ayudarlo —dijo Azriel.

Cassian se detuvo en seco.

—¿Nosotros?

Rhys se acercó a Azriel, con Feyre a su lado. Una formidable pared.

—No podemos ir —aseguró Feyre, y movió la cabeza en dirección a Rhys. No necesitaba explicación. Con el bebé a menos de dos meses de nacer, Feyre no iba a arriesgarse a nada. Pero Rhys…

—Puedes ir y venir en una hora —desafió Cassian a su alto lord.

—No puedo ir. —Tormentas de medianoche se arremolinaron en los ojos de Rhys.

—Sí que puedes, joder —exclamó Cassian. Su rabia se alzó como un maremoto que barrería todo a su paso—. Tú…

—No puedo.

Era sufrimiento… puro sufrimiento sin diluir lo que llenó el rostro de Rhys. Y miedo. Feyre deslizó sus dedos tatuados por entre los de Rhys.

—¿Por qué? —preguntó Amren bruscamente.

Rhys miró el tatuaje en los dedos de Feyre, entrelazados con los suyos. Tragó saliva. Feyre respondió por él.

—Hicimos un trato. Después de la guerra. Solo… solo dejaríamos este mundo juntos.

Amren comenzó a masajearse las sienes, murmurando una plegaria pidiendo cordura.

—¿Hicisteis un trato para morir juntos? —intervino Azriel.

—Tontos —susurró Amren—. Tontos románticos e idealistas.

Rhys volvió sus desolados ojos hacia ella.

Cassian no podía respirar. Az permaneció inmóvil como una estatua.

—Si Rhys muere —dijo Feyre con voz ronca. El miedo brillaba en sus ojos —. Yo muero. —Se acarició el vientre hinchado con los dedos. El bebé también moriría.

—Y si tú mueres, Feyre —apostilló Azriel en voz baja—, entonces Rhys muere.

Las palabras sonaron huecas y frías como una sentencia de muerte. Si Feyre no sobrevivía al parto…

Las rodillas de Cassian amenazaban con doblarse. La cara de Rhys estaba tensa en un gesto de súplica y dolor.

—Nunca pensé que resultaría así —reflexionó Rhys en voz baja.

Amren volvió a masajearse las sienes.

—Podemos discutir la idiotez de este trato más tarde. —Feyre la fulminó con la mirada y Amren le devolvió la mirada antes de decirle a Cassian—: Tú y

Azriel tenéis que recuperar a Eris.

—¿Por qué no tú?

Feyre se pellizcó el puente de la nariz.

—Porque Amren…

—Ya no tiene poderes —gruñó Amren—. Puedes decirlo, niña.

Feyre hizo una mueca.

—Mor se fue a Vallahan esta mañana y está fuera del alcance de nuestra magia daemati. Az no puede ir solo. Te necesitamos a ti, Cassian.

Cassian se quedó inmóvil. Los demás esperaron.

Dejar que Nesta participara en el Rito de Sangre, arriesgándose a todos los horrores y los males mientras él iba a salvar al maldito Eris…

—Que se muera.

—Por muy tentador que sea eso —replicó Feyre—, él representa un gran peligro para nosotros en manos de Briallyn. Si está bajo la influencia de la Corona, revelará todo lo que sabe. —Le preguntó a Cassian—: ¿Qué sabe sobre nosotros, exactamente?

—Demasiado. —Cassian se aclaró la garganta. Por sus propias disputas, por su necesidad de provocar a Eris, él mismo había revelado demasiado—. Le preocupaba lo que podríamos hacer con Nesta como poder de la Corte Noche, y con los tres objetos del Tesoro del Miedo a nuestra disposición. Pensaba que la Corte Noche podría darse la vuelta e intentar algún tipo de toma de poder.

—Tal vez la daga hecha que le dimos —sugirió Feyre esperanzada— le conceda inmunidad ante la Corona. Si lleva la daga, si no lo han desarmado, podría protegerlo contra otro objeto hecho.

—Pero no lo sabemos —replicó Rhys—. Y de todos modos seguirá estando en las garras de Briallyn. Ella misma podría sentir la daga… y esta podría responderle.

—Y hay muchos otros métodos para hacerlo hablar —agregó Az sombríamente.

—Tienes que irte ahora —intervino Amren—. Se volvió hacia Feyre y Rhys. —Regresaremos a Velaris y tendremos una larga y agradable charla sobre ese trato.

Cassian no se molestó en interpretar las expresiones de Feyre y de Rhys mientras miraba la pequeña ventana, con la tierra salvaje en el otro lado. Como si pudiera ver a Nesta allí.

Convocó a su armadura y las intrincadas escamas y placas se acomodaron

con tranquilizadora familiaridad sobre su cuerpo.

—Entrené bien a Nesta. Las entrené bien a todas —explicó, y tragó saliva. Luego, mientras Az convocaba sus Sifones y hacía aparecer su propia armadura, añadió al silencio—: Si alguien puede sobrevivir al Rito de Sangre, son ellas.

Si podían encontrarse las unas a las otras.

Nesta salió disparada en una carrera hacia el árbol con el cuchillo, y el macho se puso en movimiento apenas un instante después.

Él tropezaba con los cuerpos esparcidos, pero Nesta levantaba las rodillas en cada paso. Tal como lo hacía en cada ejercicio de juego de pies que habían hecho con la escalera en el suelo, como si esos cuerpos fueran los peldaños de cuerda a evitar. Memoria muscular incorporada a la fuerza; apenas miró la maraña de piernas y brazos mientras se dirigía hacia aquel árbol. Pero el macho había recuperado el equilibrio y se acercaba rápidamente.

Alguien tenía que haber puesto el arma allí, fuera con la protección de la oscuridad la noche anterior o hacía semanas. El Rito de Sangre era lo suficientemente salvaje sin armas de verdad, pero con hojas de acero propiamente dicho…

El macho tenía unos buenos quince centímetros y cincuenta kilos más que ella. En un combate físico, él tenía todas las de ganar. Pero si ella lograba apoderarse de ese cuchillo…

Los cuerpos no fueron obstáculo para Nesta y sus piernas volaban cuando corrió los últimos metros hasta el tronco del árbol con una mano extendida. Tocó el mango del cuchillo…

El macho se abalanzó sobre ella con toda la fuerza de un guerrero adulto ilyrio.

El impacto la dejó sin aliento mientras caían… Pasaron sobre la cima de la colina para ir a dar al otro lado del árbol.

Rodaron hacia el lecho del arroyo que corría treinta metros más abajo, dando vueltas mientras se precipitaban por la ladera de la colina. Su cuerpo golpeaba y se lastimaba contra las rocas y las hojas secas. El cabello le azotaba el rostro mientras sus manos luchaban…

Nesta se estrelló contra el lecho del río con tanta fuerza que su espalda gimió, y el macho aterrizó encima de ella, lo que hizo que perdiera hasta el último aliento que salió de sus pulmones como una explosión.

Las alas del macho se agitaron levemente. Pero él no se movió.

Nesta abrió los ojos y se encontró con una mirada indescriptible, ciega.

La mano de ella seguía sosteniendo la daga que le había clavado en la garganta cubierta de sangre caliente.

Con un gruñido, Nesta lo apartó. Dejó la daga sobresaliéndole del cuello, con la sangre todavía goteando de la herida. El cuchillo lo había atravesado hasta la nuca.

Nesta escupió un poco de sangre sobre las piedras secas. Tenía el camisón cubierto de sangre y polvo, y su piel estaba en carne viva por las magulladuras. Pero estaba viva. El macho, no.

Nesta se permitió inhalar lentamente por la nariz contando hasta seis. Contuvo la respiración y luego la soltó lentamente. Repitió el ejercicio de respiración dos veces más. Evaluó el estado de su cuerpo, desde los golpes en la cabeza hasta los pies lastimados. Respiró de nuevo.

Cuando su mente se serenó, Nesta sacó el cuchillo del cuello del macho. Luego le quitó la ropa, prenda por prenda, incluidas las botas. Se vistió con fría eficiencia. Se quitó el camisón ensangrentado y lo dejó caer sobre la cara del macho a manera de un sudario fúnebre. Después puso el cuchillo en el cinturón que apretó tan fuerte como pudo. La ropa le colgaba del cuerpo, y las botas, demasiado grandes, podían ser un impedimento, pero todo aquello era mejor que el camisón.

Y entonces partió en busca de sus amigas.

Capítulo 65

Nesta escaló la otra ladera del valle hasta encontrar el terreno de arriba, donde no había guerreros. Detrás de ella, al otro lado del pequeño barranco, los demás aún dormían. Ni señales de Emerie ni de Gwyn entre ellos. Tampoco había señales de adónde podrían haber ido.

Cassian le había dicho mientras estaban acostados en la cama una noche, sudorosos y agotados, que había tres vertederos para el Rito: uno al norte, uno al oeste y otro al sur. Sus amigas tenían que estar en los otros, ya sea juntas o una en cada uno. Se sentirían aterrorizadas cuando despertaran.

Gwyn…

Nesta se negó a pensarlo mientras corría por entre los pinos, alejándose de los guerreros dormidos hasta que encontró un árbol imponente. Trepó y la savia rápidamente le cubrió los dedos, y cuando llegó a la copa…

Ramiel bien podría haber estado al otro lado de un océano. Se alzaba directamente adelante, con dos montes y un mar de árboles y los dioses sabían qué otras cosas entre ella y sus áridas laderas. Se veía idéntico al cuadro de Feyre. Miró al sol, luego al tronco debajo de ella. Buscaba musgo. Ahí… justo debajo de su pie izquierdo.

Ramiel estaba al este. Así que la habían abandonado en el oeste, y los otros…

Tenía que elegir entre el norte o el sur. ¿O sería mejor dirigirse a la montaña con la esperanza de encontrarlas en el camino?

Revisó su memoria en busca de algún consejo que Cassian pudiera haberle dado sin pensarlo. Cassian… Tal vez ya estaba en camino para salvarla.

La burbuja de esperanza en su pecho se rompió. Él no podía rescatarla. Él mismo le había explicado las leyes que prohibían tal cosa. Él sería ejecutado y ella también. Ni siquiera Rhysand o Feyre podían evitarlo.

Cassian no vendría a salvarla. Nadie vendría a salvarla a ella, ni a Emerie, ni a Gwyn.

Nesta flexionó los dedos, moviéndolos ligeramente después de tenerlos inmóviles durante tanto tiempo. Maldijo en voz baja la sangre que goteaba de algunos cortes leves en sus manos.

Ya deberían haberse curado. Pero la magia que envolvía al Rito aparentemente también suprimía cualquier magia curativa dentro de la sangre fae. Incluida la suya.

Cualquier herida podría ser fatal. Se curaba a un ritmo humano y mortal. Nesta se permitió inhalar lentamente, con serenidad, unas cuantas veces. Podía hacerlo. Y lo iba a hacer.

Ella iba a salvar a sus amigas. Y a sí misma.

Se oyeron gritos muy lejos detrás de ella. Los demás se estaban despertando. Maldiciendo, Nesta se apresuró a bajar del árbol, con trozos de corteza y agujas de pino pegoteadas en las manos cubiertas de savia. Tenía que elegir una dirección y correr una vez que llegara al suelo.

A los gritos detrás de ella se agregaron gemidos.

Miró hacia atrás para asegurarse de que nadie la estuviera siguiendo. Y mientras lo hacía, vio un destello de luz en el brazalete tejido que llevaba en la muñeca izquierda. Provenía del pequeño dije de plata, en el medio. Eran destellos luminosos.

No… estaba brillando.

Nesta pasó la yema del dedo por el dije. Zumbó al contacto con su piel. El terror la atravesó… un pinchazo en la nuca, como si una voz suave le estuviera susurrando: «Date prisa».

Nesta se dio la vuelta para verlo mejor contra el sol, pero la luz del interior del dije se desvaneció. Nesta giró hacia el norte. El dije brilló de nuevo.

Con las cejas levantadas, inclinó el brazo hacia el este: nada. Sur: solo un débil resplandor. Sin sensación de urgencia, de puro pánico. Pero al norte… el dije resplandeció, y de nuevo aquel terror la invadió.

Nesta contuvo el aliento, y recordó aquella noche en la Casa cuando habían hecho las pulseras. Recordó su deseo para ellas: «[…] el coraje de salir al mundo

cuando estemos listas, pero que siempre podamos encontrar el camino para volver a encontrarnos entre nosotras. A cualquier precio».

Ella había hecho los dijes. Los convirtió en faros. Y aquella de sus amigas, fuera cual fuese, que estaba en el sur no corría tanto peligro como la que estaba en el norte.

El terreno en esa dirección era cuesta arriba. Una pequeña ventaja. Los otros guerreros probablemente iban a elegir la forma más rápida y fácil de llegar a Ramiel y evitarían una que implicara una escalada.

Pero ¿cómo podían funcionar los dijes en este lugar? El Rito prohibía la magia, tanto de un portador de ella como de cualquier objeto. A menos que el poder que envuelve al Rito no alcanzara a las cosas hechas. Los hechizos fae tenían que ser pronunciados cuidadosamente… tal vez quien había tejido este hechizo para los ilyrios nunca consideró la posibilidad de que un objeto hecho terminara dentro del Rito.

Pero su propio poder permanecía dormido. Se esforzó internamente, buscándolo, pero solo encontró el vacío.

Se le hizo un nudo en la garganta. Ella misma era una cosa hecha… y, a la vez, una persona. La magia la reconoció como una persona y no como una cosa.

No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba que le mostraran esa distinción. Aspiró el pino y la lejana promesa de nieve. Viva. Incluso en ese paisaje infernal, ella estaba viva.

Y se ocuparía de que sus amigas también lo estuvieran.

Exhaló lentamente, dominando su respiración, Nesta bajó el brazo y comenzó a caminar.

Las botas demasiado grandes golpearon el suelo, los dedos de sus pies se movieron libres dentro de ellas.

Para cuando Nesta se irguió, después de confirmar que el cuchillo seguía con ella, ya se estaba dirigiendo hacia el norte.

Después de diez minutos corriendo cuesta arriba, Nesta pensó, con el resplandor del dije siempre urgiéndola y sus pies en esas botas infernales resbalando de un lado a otro, que necesitaba agua. Y comida. Y que iba a necesitar un refugio

antes del atardecer. Además, tendría que decidir entre arriesgarse a encender un fuego o posiblemente morir de frío solo para evitar que la encontraran.

La ropa que le había quitado al macho no era tan gruesa como para ayudarla a sobrevivir esa noche. Y si el cielo gris era una indicación, la nieve o la lluvia podría ser inminente.

Pero no había guerreros detrás de ella. Al menos tenía eso a su favor. Salvo que ellos fueran tan sigilosos como Cassian y Azriel.

Esa idea la hizo controlar su ritmo frenético y silenciar sus propios pasos. Metió el brazalete y el dije brillante en una manga para ocultar su brillo en la penumbra. Trató de no dejar la menor prueba de su paso mientras escalaba una colina particularmente empinada para examinar el terreno al otro lado.

Más árboles y rocas y…

Nesta cayó al suelo cuando una flecha pasó zumbando. Una maldita flecha…

El cuchillo no había sido una casualidad. Alguien había dejado armas en el Rito de Sangre. Nesta escudriñó el terreno detrás de sí en busca de la flecha. Allí… clavada en la base de un árbol.

Retrocedió colina abajo hasta llegar a ella, la sacó y se la metió en el cinturón. Luego subió de nuevo la colina, manteniéndose agachada, mientras observaba por encima de la cresta una vez más.

Y quedó cara a cara con una punta de flecha filosa como una navaja.

—Levántate —gruñó el guerrero.

Después de cada legua que Cassian volaba alrededor del castillo alguna vez compartido por las reinas, maldecía a Eris por ser tan estúpido como para dejarse capturar. Suponía que ahora aquello era la fortaleza de Briallyn. Manchones de nieve todavía cubrían parte del terreno abierto y montañoso, aunque los primeros brotes y capullos de la primavera asomaban entre ellos. Se mantenía a gran altura y eso le dificultaba la respiración, tan alto que solo parecería un pájaro muy grande a ojos de cualquier humano que mirara desde el suelo. Pero con su vista de fae, podía distinguir claramente lo que se movía en aquellos terrenos.

Sin embargo, no se veían rastros de Eris. Ninguna cabeza con pelo rojo, ningún fuego con llamas, nada relacionado con sus soldados. Azriel, que volaba

dando vueltas en la dirección opuesta, hizo señales de que él tampoco había visto nada.

Era un esfuerzo mantenerse concentrado. Seguir volando, dando vueltas como buitres, cuando su mente volaba hacia el noroeste. Hacia las Montañas Ilyrias, hacia el Rito de Sangre y hacia Nesta.

¿Había ella sobrevivido a las jugadas iniciales? Los guerreros ya estarían despertándose.

Maldito Eris. ¿Cómo pudo haber sido tan imprudente como para permitir que esos soldados se acercaran?

Cassian volvió a escudriñar el terreno debajo, luchando por mantener su respiración tranquila en el aire enrarecido. Iba a encontrar a Eris rápidamente. Para patearle el trasero, si tenía tiempo.

¿Y luego qué? No podía hacer nada para ayudar a Nesta. Pero al menos podría estar más cerca del Rito. En caso de que ocurriera lo peor…

Dejó de pensar. Nesta iba a sobrevivir. Gwyn y Emerie iban a sobrevivir.

Él no iba a permitir otra alternativa.

Capítulo 66

El guerrero ilyrio era más pequeño que el que Nesta había matado, pero había conseguido un arco y una flecha.

—Dame tus armas —le ordenó, con los ojos clavados en ella, en la sangre que le cubría el rostro, sangre que formaba costras en la barbilla y el cuello.

Nesta no se movió. Ni siquiera bajó la barbilla.

—Dame tus armas, joder —le advirtió el macho. Su voz sonó más amenazadora.

—¿De dónde vienes? —quiso saber ella, como si él no tuviera una flecha apuntándole a la cara. Y luego, antes de que él tuviera tiempo de responder—: ¿Hay otra hembra allí?

El macho parpadeó… y esa fue la única confirmación que Nesta necesitó antes de entregar la flecha. Lentamente, alcanzó el cuchillo.

—¿También la mataste? —La voz de ella se había convertido en hielo puro.

—¿La perra lisiada? Se la dejé a los otros. —Sonrió—. Tú eres mejor presa de todos modos.

Emerie. No podría estar muy lejos, si este macho ya la había visto. Nesta sacó el cuchillo.

El macho mantenía la flecha apuntándola.

—Suéltalo y retrocede diez pasos.

Emerie estaba viva. Y cerca. Y en peligro.

Y este hijo de puta no iba a impedir que Nesta la salvara.

Nesta inclinó la cabeza y hundió los hombros en lo que esperaba que el macho creyera que era una muestra de sumisión. Y, efectivamente, él sonrió.

No tuvo la menor posibilidad.

Nesta bajó el cuchillo. Y movió la muñeca a la vez que abría los dedos para lanzárselo.

Directo a la ingle.

Él gritó y ella atacó mientras la mano de él soltaba el arco. Se lanzó sobre él y su arma, la cuerda le golpeó la cara con fuerza lo que le arrancó una lágrima, pero ambos cayeron y él gritaba…

Nadie iba a interponerse entre ella y sus amigas.

Su mente se deslizó hacia un lugar frío y sereno. Agarró el arco y lo arrojó lejos. Al ver que el macho se retorcía en el suelo tratando de arrancar el cuchillo que le había perforado las pelotas, saltó sobre él y lo empujó con más fuerza. Su grito hizo que los pájaros salieran volando de los pinos.

Nesta le sacó el cuchillo y lo dejó allí tirado. Cogió las dos flechas, pero no se molestó en liberar el carcaj que había quedado debajo de su espalda. Agarró el arco ilyrio, guardó el cuchillo y corrió en la dirección por la que él había venido.

Los aullidos de él la siguieron durante varios kilómetros.

Un río anunció su presencia mucho antes de que Nesta llegara a él. También lo hicieron los guerreros en la orilla cercana, hablando entre ellos con timidez… preocupados unos por otros, supuso ella… mientras llenaban lo que parecían ser cantimploras. Como si alguien también las hubiera dejado ahí.

Ni rastros de Emerie.

Se mantuvo detrás de un árbol, a favor del viento, y escuchó.

Ni un susurro sobre Emerie u otra hembra. Solo una tensa elaboración de reglas sobre los grupos que estaban formando, sobre cómo llegar a Ramiel, sobre quién les había dejado las armas y las cantimploras…

Estaba a punto de buscar un lugar fácil para cruzar el río, lejos de los machos, cuando oyó algo.

—Lástima que esa perra se haya escapado. Habría sido un buen pasatiempo en las noches frías.

Todo en el cuerpo de Nesta se quedó inmóvil. Emerie había llegado a este río. Viva.

—Probablemente —dijo otro, bebiendo del agua que corría—, el agua la arrastró corriente abajo por la montaña. Si no ha muerto en los rápidos, las

bestias la atraparán antes del amanecer.

Emerie seguramente saltó al río para escapar de estos machos.

Nesta pasó los dedos por el arco que colgaba de su hombro. Las flechas en su cinturón colgaban como pesas. Debería matarlos. Disparar esas dos flechas a dos de ellos y matarlos por lastimar a su amiga.

Pero si Emerie hubiera sobrevivido…

Se apartó del árbol. Se deslizó hasta el siguiente. Y el siguiente. Siguió el río. Sus pasos eran apenas más fuertes que el susurro del agua sobre la piedra.

Por entre los pinos, colina abajo. Los rápidos aumentaban y las rocas se elevaban como lanzas negras. Una cascada rugía más adelante. Si Emerie hubiera caído por ahí…

Los rápidos se precipitaron sobre el borde, hasta el fondo a treinta metros más abajo. Nadie podría sobrevivir a eso.

A Nesta se le secó a garganta.

Y se le secó aún más cuando vio lo que había al otro lado del río, atrapada en un árbol caído que sobresalía de la orilla rocosa directamente antes de la caída de la catarata.

Emerie.

Nesta corrió hacia el borde del agua, pero sacó rápidamente el pie de la helada corriente. Emerie parecía inconsciente, pero Nesta no se atrevió a gritar su nombre. Una mirada al cielo le mostró que el sol estaba en el punto de la media tarde, y no ofrecía calor ni salvación.

¿Cuánto tiempo había estado Emerie en el agua helada?

—Piensa —murmuró Nesta—. Piensa, piensa.

Cada minuto en el agua aumentaba el riesgo de que Emerie muriera. Estaba demasiado lejos como para ver posibles heridas, pero no se movía sobre la rama. Solo sus alas temblorosas daban alguna señal de vida.

Nesta se quitó la ropa. Ojalá hubiera tenido a mano el camisón para atar el cuchillo y las dos flechas a la pierna, para no tener que dejar sus armas en la orilla, pero no tenía otra opción. Sin embargo, cogió el arco ilyrio, y se lo colgó a través del pecho, con la cuerda clavándose en su piel desnuda.

Desnuda, observó la distancia entre la catarata, los rápidos, las rocas y Emerie.

—De roca en roca —se dijo a sí misma. Preparada para el frío.

Y saltó al agua.

Nesta jadeó y farfulló con el impacto helado. Las manos le temblaban con

tanta fuerza que temió perder su agarre en las rocas resbaladizas para ser arrojada a la caída. Pero siguió adelante. En dirección a Emerie. Cada vez más cerca, hasta que finalmente nadó frenéticamente entre la última roca y la orilla del río… y Emerie que yacía sobre el árbol medio sumergido un poco más allá.

Nesta, temblando y castañeteando los dientes, arrastró a Emerie para liberarla de las ramas, luego se inclinó sobre ella.

Emerie tenía la cara golpeada, le sangraba el brazo por una herida en el bíceps. Pero respiraba.

Nesta contuvo un sollozo de alivio y sacudió suavemente a su amiga.

—Emerie, despierta.

La hembra ni siquiera gimió de dolor. Nesta buscó entre el cabello oscuro de Emerie y sus dedos salieron ensangrentados.

Tenía que llevarla al otro lado del río. Encontrar refugio. Hacer un fuego para calentarse. El arco que llevaba no era suficiente para protegerlas. Ni un poco.

—Está bien, Emerie. —Los dientes de Nesta castañeteaban con tanta fuerza que le dolía la cara—. Perdón por esto.

Agarró el camisón de su amiga y lo rasgó por la mitad, dejando desnudo el cuerpo delgado y musculoso de Emerie a merced de los elementos. Nesta le quitó el camisón y lo retorció para hacer una cuerda larga, luego se descolgó el arco del hombro.

—Esta parte no te va a gustar —le anunció Nesta entre los chasquidos de sus dientes, y arrastró a Emerie de nuevo al agua—. A mí tampoco me gusta —murmuró cuando el agua helada le cubrió los pies entumecidos.

Frío como el Caldero. Frío como…

Nesta dejó pasar ese pensamiento, deseando que se desvaneciera como una nube. Se concentró en lo que estaba haciendo.

Se las arregló para meter a Emerie en el agua hasta la cintura, sosteniéndola tan fuerte como se lo permitían sus dedos temblorosos. Luego cargó a su amiga sobre su espalda y enganchó el arco ilyrio alrededor de ambas, dejando que la casi irrompible cuerda atravesara su pecho para que la madera se apoyara sobre la espalda de Emerie, atándolas a las dos juntas.

—Mejor que nada. —Puso los brazos flácidos de Emerie sobre sus hombros, luego tomó el camisón de Emerie y lo envolvió alrededor de las muñecas de ella y las ató—. Sujétate —le indicó, a pesar de que Emerie era un peso inmóvil sobre su espalda.

De roca en roca. Tal como lo había hecho antes. De roca en roca y luego otra

vez en la costa.

De roca en roca. Paso a paso.

Había hecho diez mil pasos en la Casa del Viento. Había hecho más que eso durante estos meses. Podía hacerlo.

Nesta se adentró más en el agua, conteniendo un grito por el frío.

Emerie se balanceaba y golpeaba contra ella, y la cuerda del arco ilyrio que tenía en torno al pecho le apretaba tanto que pensaba que le cortaría. Pero aguantó.

Paso a paso.

Cuando Nesta regresó a la otra orilla, temblando, casi sollozando, la cuerda del arco la había hecho sangrar. Pero estaban en tierra firme, y su ropa y sus armas estaban allí, y… y ahora había que buscar calor y abrigo.

Nesta dejó a Emerie sobre las agujas de pino, y cubrió a su amiga con la ropa seca que había dejado, y recogió toda la madera que pudo encontrar. Desnuda, temblorosa, apenas podía sostener las ramas en sus brazos mientras las apilaba cerca de Emerie. Sus dedos temblorosos se esforzaron para cortar la madera del largo necesario como para encender una chispa, y hacer que la leña se convirtiera en una llama, pero… ahí estaba. Fuego. Recorrió el área en busca de troncos caídos, rezando para que no estuvieran demasiado mojados por las brumas de los rápidos como para producir fuego.

Cuando el fuego ya crepitaba de manera constante, Nesta se metió debajo de su pila de ropa al lado de Emerie y abrazó a su amiga, piel contra piel. Ambas estaban heladas, pero el fuego era cálido y, debajo de las amplias ropas del macho, el frío del agua comenzó a desvanecerse.

Pero estaban completamente indefensas ante el mundo. Si alguien las veía, morirían.

Nesta abrazó a Emerie y sintió que su cuerpo se iba calentando gradualmente. Vio que su respiración era regular. Sintió que sus propios dientes dejaban de castañetear.

Pronto sería de noche. Y lo que podía salir de la oscuridad…

Nesta recordó las historias de Cassian sobre los monstruos que merodeaban por esos bosques. Tragó saliva, y abrazó con más fuerza a Emerie. Se miró el brazo, el dije aún brillaba débilmente, solo que esta vez apuntaba hacia el sur. Un único rayo de esperanza, de dirección. ¿Qué le habría pasado a Gwyn? ¿Estaba soportando sus peores pesadillas de nuevo? ¿Estaba…?

Nesta se concentró en su respiración. Serenó su mente.

Sobreviviría esa noche. Ayudaría a Emerie. Luego buscaría a Gwyn.

Había aprendido en su caminata con Cassian que en las cercanías de un río con frecuencia había cuevas conectadas entre sí, formadas por el agua. Pero para encontrar una, tendría que dejar a Emerie…

Nesta miró hacia el sol que desaparecía, luego salió de debajo del montón de ropa. Cubrió a Emerie con hojas y ramitas, añadió otro leño al fuego, y se arriesgó a tomar la chaqueta del macho para envolverse en ella.

Se puso las botas, a pesar de que sus pies ampollados se oponían, y caminó cuidadosamente en círculo alrededor del campamento, atenta a cualquier sonido. A cualquiera que se moviera. Observó cada roca y cada hendidura.

Nada.

El cielo se oscureció. Tenía que haber cuevas por ahí en alguna parte. ¿Dónde diablos estaban? Dónde…

—La entrada está aquí.

Nesta se dio la vuelta sosteniendo con fuerza el puñal, y se encontró con un macho ilyrio de pie a tres metros de ella. Cómo se había movido, cómo había sobrevivido con ese corte abierto en el costado de su cara…

Él vio las heridas de ella, su desnudez bajo la chaqueta, las piernas desnudas y las botas. El cuchillo.

Pero no había lujuria ni odio que nublaran sus ojos marrones.

El macho señaló con cuidado lo que ella había confundido con una roca cubierta de hojas.

—Eso es una cueva. Bastante grande como para caber dentro.

Nesta se irguió en toda su estatura. Que él viera la fría violencia en sus ojos.

—No sobrevivirás una hora en el suelo una vez que caiga la noche —le advirtió él, con su rostro juvenil y encantador sin expresión alguna—. Y si no estás ya trepando a un árbol, entonces supongo que tienes a alguien herido contigo.

Ella no reveló nada.

Él levantó las manos. Sin armas, sin sangre en él, salvo la herida que goteaba en su rostro.

—Vine desde el lugar de aterrizaje hacia el oeste. —De allí había venido ella —. Vi el cuerpo en el barranco… tú no le hiciste eso a Novius, ¿no? Él estaba desnudo. Tú vistes ropa de macho. Y ese debe de ser el cuchillo que le atravesó la garganta. ¿Sabes quién diablos dejó armas por aquí?

Nesta guardó silencio. La noche se hizo más profunda a su alrededor.

El individuo se encogió de hombros ante la falta de respuesta por su parte.

—Decidí dirigirme hacia el norte, esperando llegar a Ramiel por un camino menos transitado, evitando, en lo posible, cualquier conflicto con los demás. No tengo ninguna disputa contigo. Y voy a entrar en esa cueva ahora mismo, y si eres inteligente, traerás a quien sea que esté contigo y entrarás también.

—¿Y dejar que cojas mis armas y me mates mientras duermo?

Los ojos marrones del macho parpadearon.

—Sé quién eres. No soy tan estúpido como para ir tras de ti.

—Es el Rito de Sangre. Serías perdonado.

—Feyre Rompemaldiciones no me perdonaría por matar a su hermana.

—Entonces ¿haces esto para ganarte su favor?

—¿Y eso qué importa? Juro por el mismo Enalius que no te mataré ni a ti ni a quien esté contigo. Tómalo o déjalo.

—No nos matarás ni nos harás daño de ninguna manera. Ni harás que alguien que conozcas tampoco lo haga.

Una leve sonrisa.

—Te adaptaste muy rápidamente a las reglas de los fae. Y bien, sí. Juro eso también.

Nesta tragó saliva mientras sopesaba la expresión del macho. Echó un vistazo a la entrada de la cueva oculta detrás de él.

—Necesito ayuda para cargarla.

No se arriesgaron a un encender un fuego en la cueva, pero el macho, cuyo nombre era Balthazar, ofreció su gruesa capa de lana para cubrir a Emerie. Nesta le puso a Emerie la ropa del macho muerto, y ella se quedó solo con la chaqueta de cuero, y aunque eso iba en contra de todos sus instintos, le permitió a Balthazar que se sentara en el otro lado. El calor de él se filtró en el cuerpo helado de ella.

—Te irás apenas amanezca —dijo Nesta en la oscuridad de la mohosa cueva llena de hojas al caer la noche.

—Si sobrevivimos a la noche, me iré encantado —respondió Balthazar—. Las bestias del bosque podrían oler la sangre de tu amiga y rastrearla hasta descubrirnos.

Nesta dirigió la mirada hacia el joven guerrero.

—¿Por qué no estás ahí fuera matándolos a todos?

—Porque quiero llegar a la montaña y convertirme en oristiano. Pero si me encuentro con alguien a quien me gustaría matar, no lo dudaré.

Se hizo un silencio que no fue interrumpido.

Pocos momentos después se oyeron crujidos de ramas.

El cuerpo de Balthazar se tensó, su respiración se volvió increíblemente silenciosa. En la negra oscuridad de la cueva, los únicos sonidos eran los crujidos de sus ropas y de las hojas debajo de ellos.

Un aullido rasgó la noche, y Nesta se estremeció. Agarró a Emerie y la acercó hacia sí.

Pero el ruido de ramas que se partían y los aullidos se alejaron, y el cuerpo de Balthazar se relajó.

—Es solo el primero —susurró él en la oscuridad—. Van a seguir merodeando hasta el amanecer. —Ella no quería saber qué era lo que había allí. Y menos cuando comenzaron los gritos en la distancia—. Algunos pueden trepar a los árboles —murmuró Balthazar—. Los guerreros tontos se olvidan de eso.

Nesta permaneció en silencio.

—Yo haré la primera guardia —decidió el guerrero—. Descansa.

—Bien. —Pero ella no se atrevió a cerrar los ojos.

Nesta estuvo despierta toda la noche. Si Balthazar se dio cuenta de que no durmió durante la guardia de él, no lo dijo. Ella usó ese tiempo para hacer sus ejercicios y practicar la técnica Serenar la Mente, que relajaba bastante, pero no del todo.

El crujido de la maleza bajo las patas y garras de las sigilosas bestias y los gritos de los ilyrios continuaron durante horas.

Cuando Balthazar le dio un golpecito con una rodilla y ella fingió despertar, él solo murmuró que se iba a dormir y se acurrucó junto a ella. Nesta se permitió absorber el calor de él contra el aire gélido de la cueva. Si la respiración profunda de él era verdadera o fingida, como fue la suya, a ella no le importó.

Nesta mantuvo los ojos abiertos, incluso cuando el ardor y la pesadez resultaban insoportables. Incluso cuando el calor de sus dos compañeros

amenazaba con ser un arrullo que la hiciera dormir.

Ella no iba a dormir. No bajaría su guardia ni por un momento.

El amanecer finalmente se filtró a través de las ramas enredadas. Los gritos y los aullidos se habían ido alejando hasta desaparecer. Una inspección rápida en la penumbra reveló que, aunque su amiga seguía inconsciente, la herida en la cabeza de Emerie había dejado de sangrar. Pero…

—Encontrarás mucha ropa hoy —informó Balthazar, que parecía haberle leído la mente. Dio un paso hacia la luz del día y miró a su alrededor, luego maldijo entre dientes—. Mucha ropa.

Esas palabras hicieron que Nesta saliera corriendo de la cueva.

Había cuerpos con alas por todas partes, muchos a medio comer.

Un viento fresco alborotó el cabello oscuro de Balthazar mientras se alejaba.

—Buena suerte, Archeron.

Eris no se encontraba en ninguna parte dentro de las tierras que rodeaban el castillo de las reinas. Pero Azriel se había encontrado con un comerciante humano que pasaba por el camino desde el palacio, que no dudó cuando le preguntaron si un macho fae había llegado recientemente. Muy bien dispuesto informó que un pelirrojo macho fae había sido arrastrado al castillo hacía dos noches. Y en la taberna se decía que el macho iba a ser llevado pronto a otro sitio.

—Esperaremos aquí hasta que salgan del castillo. Luego los seguiremos ocultos en una nube —ordenó Azriel, con el rostro oscurecido.

A la vez que se pasaba una mano por el pelo, Cassian gruñó su conformidad. Apenas había dormido, pensando en Nesta, en Feyre y en Rhys.

Cassian y Azriel no habían hablado del trato de su hermano, el que condenaría a Rhys si Feyre no sobrevivía al parto. Perderla a ella sería insoportable, pero también lo sería perder a Rhys… Cassian no podía pensar en eso sin sentir náuseas. Quizá Amren estaba buscando alguna forma de deshacer el trato… si alguien podía pensar en una forma para lograrlo, esa era ella. O Helion, supuso.

Pero Cassian y Azriel estaban más allá del alcance daemati de Rhys y de Feyre. No tendrían noticias de nada.

Pero sabría si Nesta estaba muerta. En su corazón, en su alma, él lo iba a sentir. Sin duda lo iba a sentir.

Una pareja siempre lo sentía.

Aunque ella rechazara ese vínculo.

Nesta había sobrevivido a la noche, gracias a la mera casualidad y a un ilyrio más interesado en la política que en matar.

El agotamiento debilitaba cada movimiento de Nesta al abrirse paso por entre los cuerpos desmembrados, mientras les quitaba la ropa que estuviera intacta, sin manchas de sangre o fluidos corporales. Muchos de los guerreros se habían meado o cagado encima cuando las bestias del bosque los habían encontrado. Encontrar un par de pantalones limpios fue una tarea difícil.

Pero Nesta reunió lo suficiente, incluido un par de botas más pequeñas para ella y un par para Emerie. Además, recogió otra daga, dos cantimploras de agua, y lo que parecía ser la ración de conejo a medio comer de alguien.

Cuando regresó a la cueva —vestida, después de haber tomado agua, y con media pata de conejo en la mano— Emerie estaba despierta. Débil, pero despierta. No dijo nada cuando Nesta le entregó la carne y el agua, para luego ayudarla a vestirse.

Justo cuando Nesta la sacó de la cueva y Emerie vio la matanza, habló con voz ronca.

—¿Y Gwyn?

Nesta, con el brazo alrededor de la cintura de Emerie, levantó su mano libre, la que tenía el brazalete en la muñeca. Apuntó lentamente el brazo en cada dirección.

—Sur —dijo cuando el dije brilló. La ubicación general de Gwyn no había cambiado desde el día anterior.

Emerie respiró hondo. Levantó su propia pulsera hacia el sur. El dije brillaba casi frenéticamente en ese momento. Transmitía una urgente sensación de necesidad de moverse, de actuar, de hacerlo rápido.

El asombro brilló en los ojos de Emerie antes de prepararse y luego concentrarse sombríamente.

—Démonos prisa.

Capítulo 67

Emerie confirmó que había sido atacada y perseguida por los machos que Nesta había visto en el río. Ella saltó al agua como una última oportunidad para sobrevivir, se golpeó la cabeza contra una roca, y no recordaba nada hasta que despertó en la cueva.

Nesta le hizo un resumen rápido y brutal de sus propios encuentros mientras marchaban hacia el sur, la dirección elegida. La mayor parte del tiempo iban en silencio para escuchar cualquier posible grupo ilyrio que pasara. Algunos guerreros solitarios las ignoraron al pasar cerca, cubiertos de sangre, todos en dirección al este; algunos grupos luchaban entre sí; y muchos más cuerpos yacían sobre la tierra fría.

Ellas buscaban alguna melena rojiza. Pero no vieron señal alguna de Gwyn, ni se enteraron de nada que pudiera guiarlas. No hablaron de si sus dijes podrían estar llevándolas hacia un cuerpo.

Pasó el día, y al caer la noche encontraron otra cueva, donde se acurrucaron juntas en busca de calor. Emerie insistió en hacer la primera guardia y Nesta por fin durmió. Cuando su amiga la despertó, Nesta tuvo la sensación de que Emerie la había dejado dormir más de lo debido.

Por la mañana, al salir encontraron sangre mezclada con la nieve en el terreno. Las huellas de animales alrededor de la boca de la cueva eran grandes, tanto como para revolverle el estómago a Nesta.

Pronto, la nieve comenzó a caer en serio. Suficiente como para ocultar el mundo por delante y por detrás, y a cualquier enemigo con él. Cada vez temblaban más con cada paso que daban hacia el sur, aunque se habían puesto

varias chaquetas extra de los guerreros caídos, y mientras la mañana se acercaba al mediodía, Nesta flexionaba los dedos para evitar que sus manos se congelaran.

Si sobrevivía, nunca más se iba a quejar del calor del verano; nunca más iba a subestimar su abrigo, su sombrero y sus guantes y esa estúpida bufanda que Cassian le había hecho usar fuera de su apartamento todos esos meses antes.

—Huelo a fuego —murmuró Emerie. Habían hablado por última vez hacía unas horas, y en lugar de hablar se concentraron en evitar el frío que era tan intenso que hacía que les dolieran los dientes.

Se detuvieron detrás de dos pinos para observar el terreno y el cielo cargado de nieve. Nesta miró su dije.

—Por ahí —dijo e inclinó la cabeza hacia la izquierda—. El fuego también está en esa dirección… el viento trae el humo desde esa cresta.

—Podría ser el fuego de Gwyn —sugirió Emerie esperanzada.

Nesta asintió con la cabeza y trató de calmar las palpitaciones de su corazón. Avanzaron poco a poco, yendo de árbol en árbol, tratando de escuchar cualquier peligro a su alrededor, cualquier indicio de que Gwyn estaba más adelante. Habían estado caminando durante varios minutos cuando oyeron una risa. Era una risa de macho.

El rostro de Emerie palideció cuando sostuvo su brazalete en dirección a la fuente de esa risa. Su dije brillaba, destellando incluso en la débil luz del sol de invierno.

—Mantente en la dirección del viento —indicó Nesta sombríamente—. Llegaremos al saliente por el lado sur.

Había un camisón colgado en una rama cerca del límite del campamento.

A Nesta se le revolvió el estómago y su escaso desayuno le quemó la garganta. Una suave inhalación de Emerie fue el único signo de miedo de su amiga, y de dolor, mientras subían el último tramo hasta el saliente, hacia los guerreros acampados en él. Estos se estaban jactando de los machos que habían matado, de la caminata que faltaba rumbo a Ramiel. Nesta se esforzó por escuchar cualquier indicio de alguna hembra entre ellos. Si el camisón de Gwyn estaba colgando de un árbol, entonces Gwyn…

Al diablo con llegar a Ramiel. Pasaría el resto de la semana ahí, matándolos a todos ellos lentamente.

El borde del saliente estaba tres metros más arriba.

Nesta controló su respiración, manteniéndola suave y silenciosa, como habían hecho las valquirias. Una mirada a Emerie le dijo que ella estaba haciendo lo mismo, aunque la rabia ardía en sus ojos oscuros.

Habían decidido antes de subir la pendiente que, como el arco de las alas de Emerie era demasiado alto, por encima de su cabeza, Nesta observaría lo que había más allá del borde. Emerie tenía dos cuchillos; Nesta tenía una daga y el arco ilyrio y dos flechas. Ella también tendría que observar para recopilar información sobre las armas que tenían los machos.

Intercambiaron una última mirada, justo cuando los machos se echaron a reír a carcajadas y Nesta se alzó un poco. Solo lo suficientemente como para que su visión cubriera el borde del saliente.

Había diez machos sentados alrededor del fuego, comiendo. Algunos tenían hachas, algunos, espadas, otros, cuchillos. Nesta eligió al macho del medio, quien reía y hablaba más fuerte, como un líder. Su rostro… ella había visto su rostro antes. En algún lugar.

Ni señales de Gwyn. Nesta volvió a agacharse y se volvió hacia Emerie.

Pero Emerie no estaba ahí. Había sido arrastrada hasta la mitad de la pendiente y estaba apresada entre dos machos sonrientes.

Nadie entraba ni salía del imponente castillo de piedra gris. Azriel y Cassian se turnaban para dar vueltas sobre él en las alturas, esperando cualquier señal de algún grupo saliendo, pero los portones no se abrieron. Nadie entró ni salió de la ciudad amurallada que lo rodeaba. Como si las puertas hubieran sido trabadas, y su gente, retenida dentro. Tampoco había pueblos en las colinas que rodeaban la ciudad.

El castillo parecía haber surgido de la tierra y haberse asentado allí, como una enorme bestia sobre la tierra.

—Briallyn tiene que saber que estamos aquí —sentenció Cassian mientras se posaba en tierra, ya completada su inspección aérea—. ¿Crees que ella está esperando a que nosotros nos movamos?

—Creo que es mejor preguntar si Eris todavía está vivo —murmuró Azriel, mientras las sombras susurraban en su oreja—. No puedo tener una lectura de eso.

—Esperar no tiene sentido. Deberíamos forzar la entrada. Y mantenernos ocultos para que ella ni siquiera sospeche que estamos allí y se sienta tentada a usar la Corona contra nosotros.

—Ya te lo dije. El lugar está protegido con tantas barreras como la Casa del Viento. Si Briallyn traslada a Eris, lo mejor sería que lo atrapemos en ese momento.

—Quizá el comerciante estaba equivocado.

—Es posible. Continuaremos vigilando hasta mañana. —Azriel se cruzó de brazos—. Sé que quieres ayudar a Nesta. Quizá Amren pueda encontrar algún atajo legal…

Cassian tragó saliva.

—No hay ningún atajo legal. Si interfiero, ambos estaremos muertos. E incluso si lo hiciera, Nesta me mataría. Ella nunca me lo perdonaría.

Él no había tenido otra cosa que hacer en estos últimos días, salvo mirar. El destino de Nesta era de ella. Era suficientemente fuerte como para forjar su propio camino, incluso a través de los horrores del Rito de Sangre. Él mismo le había enseñado las habilidades para hacerlo.

E incluso si las leyes lo hubieran permitido, él nunca se lo iba a impedir: la oportunidad de salvarse a sí misma.

—No pensé que fueras tan estúpida como para caer por culpa del camisón, pero supongo que esa es la diferencia entre una hembra que cree que es una guerrera y la realidad —señaló el líder de fría expresión mientras Nesta y Emerie eran arrojadas a los pies con botas de él. Se rio entre dientes. Sus ojos estaban tan vidriosos que Nesta se preguntó si alguien habría pasado de contrabando una caja de vino junto con las armas—. Hola, Emerie.

Justo entonces Nesta reconoció al macho. Era Bellius, el odioso primo de Emerie.

—¿Dónde diablos está ella? —fue lo único que Emerie espetó.

Bellius se encogió de hombros.

—Encontré el camisón unos kilómetros atrás. Quizá algún otro guerrero la penetró y la mató. —Su sonrisa era pura maldad—. No deberías haber venido aquí, prima.

—Me trajeron aquí en contra de mi voluntad, primo —replicó Emerie—. Pero ahora voy a disfrutar demostrando que tú y tu padre estáis equivocados.

Los dientes de él brillaron en la tenue luz blancuzca que atravesaba las copas de los árboles.

—Has deshonrado a tu padre. Has deshonrado a nuestra familia.

Nesta miró sus propias armas a los pies del macho, todas entregadas cuando Emerie fue capturada.

—¿Fuiste tú quien saboteó el Rito con estas armas? —Nesta estaba furiosa.

Bellius volvió a reír entre dientes, aunque sus ojos seguían turbios. Los copos de nieve se acumulaban en su cabello oscuro.

—Yo no lo llamaría sabotaje. Y tampoco ella.

Nesta se quedó helada. Ella había visto antes esa mirada de ojos vidriosos… en las caras de los soldados de Eris.

Y esa palabra… ella.

¿Briallyn se había apoderado de alguna manera de Bellius con la Corona? Ya tenía los ojos vidriosos cuando lo vio en la tienda de Emerie hacía unos meses. Cuando acababa de regresar de un viaje de exploración por el continente. Briallyn seguramente lo atrapó en ese viaje. Quizá usó la Corona para hacer que los ilyrios rompieran sus sagradas reglas del Rito, para colocar armas allí. Pero ¿por qué?

—Sabes que no puedo dejarte salir de aquí con vida —le dijo Bellius a Emerie, que temblaba de rabia—. Nuestra familia nunca se recuperaría de la vergüenza.

—Vete a la mierda —gruñó Emerie—. A la mierda tu familia.

Bellius solo miró a Nesta, con una ligera sonrisa. Se sacudió la nieve de los hombros de su chaqueta.

—El primer turno con la perra alta fae es mío —les anunció a sus guerreros.

A Nesta se le retorció el estómago, el ácido la quemaba por todo el cuerpo. Tenía que encontrar la manera de salir de allí, aunque la superaban en número, aunque estaba desarmada, sin magia.

El pánico puro y la rabia en el rostro de Emerie le dijeron que su amiga tampoco encontraba una solución.

Bellius dio un paso hacia ellas.

Y entonces, un costado de su cara fue salpicado de sangre cuando las tripas de uno de sus compinches quedaron desparramadas sobre la nieve ante él.

Lo que se arrastraba sobre el saliente era algo creado en alguna pesadilla. En parte gato, en parte serpiente, todo el pelaje negro y las garras afiladas, con dientes en forma de gancho. Se detuvo en el límite del campamento. No miró el cuerpo destripado del guerrero cuyo abdomen fue abierto con un solo golpe. La nieve a su alrededor estaba manchada en un amplio círculo de sangre.

Los guerreros, Bellius con ellos, se prepararon. Este desenvainó su espada.

La criatura dio un salto. Los guerreros gritaban y las armas destellaban en medio de los gritos de la sangrienta refriega.

—Corre —le ordenó Nesta a Emerie mientras se ponía en pie. Agarró sus armas, y Emerie se abalanzó para coger una espada que volaba desde la mano del guerrero hacia la nieve.

Una voz de hembra sonó desde el otro lado del saliente.

—¡Aquí!

Nesta casi sollozó al oír esa voz, al ver la cabellera cobriza que apareció, con la mano haciendo señas mientras Bellius y sus machos se enfrentaban a esa cosa que los iba desgarrando. Nesta y Emerie llegaron al borde de la cima de la colina y se deslizaron hacia abajo, haciendo que la nieve volara. Gwyn esperaba al otro lado, ensangrentada y con ropa de guerrero, el rostro sucio y lastimado, pero con los ojos claros.

—Seguidme —ordenó Gwyn, sin aliento, y ellas no desperdiciaron fuerzas discutiendo la orden, mientras caían colina abajo para luego correr por entre los árboles, en dirección al sudeste.

Corrieron hasta que los gritos de los guerreros y los rugidos de la bestia se hicieron distantes. Hasta que se desvanecieron por completo.

Se detuvieron cerca de un hilo de agua que corría por entre la nieve, tan sin aliento que Nesta tuvo que apoyarse en un árbol.

—¿Cómo? —jadeó Emerie.

—Me desperté antes que los demás —explicó Gwyn entre una inhalación y otra, con una mano en el pecho.

—Yo también —replicó Nesta—. Pensé que era porque estoy hecha, pero tal vez sea porque tú y yo no somos ilyrias.

Gwyn asintió moviendo la cabeza.

—Empecé a correr y encontré un depósito de armas casi inmediatamente. —Hizo un gesto hacia la sangre en sus ropas ilyrias de cuero—. Me quité el camisón y me puse la ropa de otra persona. De un cuerpo, quiero decir. —Levantó su muñeca—. ¿Sabías que esta cosa brilla? Recordé tu deseo para nosotras: que siempre pudiéramos encontrar el camino para volver a encontrarnos. A cualquier precio. Pensé que me llevaría a vosotras. De alguna manera debía ser inmune al hecho de que el Rito prohíbe la magia.

Le dirigió una sonrisa pícara a Nesta.

—Me mantuve entre los árboles las dos primeras noches, atenta a las bestias, hasta que vi a ese horrible macho y sus compañeros esta mañana. Vi que habían encontrado mi camisón y lo exhibían. Además, sabía que os estaban buscando. Pensé en eliminarlos antes de que pudieran encontraros.

—Condujiste a la bestia directamente hacia ellos.

—Ya sabía dónde duermen las bestias durante el día —explicó Gwyn—. Y que se enfadan mucho cuando las despiertan. —Mostró los cortes en su cara y en sus manos—. Apenas pude adelantarme a eso y la conduje hacia el campamento. Aunque me salió bien solo por mi buena suerte.

Emerie se estremeció.

—La Madre nos cuidaba.

Nesta podría haber jurado que los dijes de sus brazaletes dejaron escapar un suave y canturreado tarareo al escuchar eso.

Gwyn hizo una mueca.

—¿Es realmente tu primo?

—Espero poder referirme a ese triste hecho en tiempo pasado después de esto —respondió Emerie con frialdad.

Nesta le dirigió una sonrisa salvaje.

—Tenemos que seguir avanzando. Si Bellius o cualquiera de sus amigos sobrevive, van a querer matarnos, ahora más todavía.

Cuatro días más. Debían resistir cuatro días más.

Gwyn habló con voz ronca mientras se adentraban en territorio salvaje, donde, afortunadamente, había menos nieve.

—Habéis venido a buscarme.

—Por supuesto —confirmó Emerie, entrelazando su mano con la de Gwyn,

luego con la de Nesta, y las apretó con fuerza—. Es lo que hacen las hermanas.

Capítulo 68

Nesta prefería las cuevas a los árboles. Pero como cayó la noche y no había cuevas, no tuvo otra opción que trepar a uno detrás de Emerie y Gwyn. Esta última explicó cómo se las había arreglado para descansar trepada a uno: con una cuerda bastante larga. Seguramente era una de las cosas que la reina Briallyn hizo que los ilyrios llevaran, presumiblemente para atar cautivos, o para ensartarlos o estrangularlos, y Gwyn la había usado para atarse al tronco de un árbol cada noche. Era lo suficientemente larga como para que las tres, sentadas una al lado de la otra sobre una enorme rama, pudieran atarse entre sí y al árbol mismo.

—¿Cómo evitaste que las criaturas treparan para comerte? —le preguntó Emerie a Gwyn, que estaba atada entre ella y Nesta—. Bajaban a los ilyrios de las ramas como si fueran manzanas.

—Tal vez porque no huelo a ilyrio —supuso Gwyn, y señaló sus ropas—. A pesar de esto. —Movió la cabeza en dirección a Nesta—. Tú tampoco. Con un poco de suerte, nuestros aromas podrán enmascarar los de Emerie.

—Es posible —aceptó Nesta, con la voz más baja ya que la noche se hacía más profunda. Finalmente había dejado de nevar hacía varias horas, e incluso el viento era más suave. Un pequeño milagro.

Gwyn miró hacia delante para mirar a Emerie.

—¿Cuánto sabes sobre el Rito?

Emerie se metió las manos debajo de las axilas para abrigarse.

—Bastante. Mi padre y mi hermano… y mis horribles primos… hablaban siempre de eso. En cualquier reunión familiar, todos los machos contaban una y otra vez sus muy gloriosas historias vividas en los Ritos de cada uno. A cuántos

mataron, de las bestias de las que escaparon. Sin embargo, ninguno de ellos llegó a Ramiel. —Emerie movió la cabeza mirando a Nesta—. Ellos siempre odiaron eso de Cassian. Y de Rhysand y de Azriel. Odiaban que los tres hubieran llegado a la cima y lo ganaran todo.

—¿La montaña es tan difícil de escalar? —quiso saber Gwyn. Habló en voz baja.

Emerie gruñó.

—Es difícil llegar a ella; y es más difícil de escalar. Está cubierta de rocas dentadas que te despedazan como un rallador de queso.

Nesta se estremeció.

—Y con nuestra curación reducida a un ritmo humano gracias a las reglas del Rito —prosiguió Emerie—, tendremos suerte de llegar al Paso de Enalius de una pieza.

—¿Qué es eso? —preguntó Nesta.

Los ojos de Emerie brillaron.

—Hace mucho tiempo… tanto tiempo que ni siquiera se tiene una fecha precisa para ello… se libró una gran guerra entre los fae y los seres antiguos que los oprimían. Una de sus batallas clave fue aquí, en estas montañas. Nuestras fuerzas estaban maltrechas y eran superadas en número y, por alguna razón, el enemigo estaba desesperado por alcanzar la piedra en la cima de Ramiel. Nunca supimos cuál era la razón. Creo que ha sido olvidada. Pero un joven guerrero ilyrio llamado Enalius resistió en el lugar contra los soldados enemigos durante días. Había encontrado un arco natural de piedra entre las muchas rocas y lo convirtió en su puesto de lucha. Al final murió, pero mantuvo a raya al enemigo el tiempo suficiente como para que nuestros aliados llegaran hasta nosotros. Todo este Rito es para honrarlo a él. Buena parte de la historia se ha perdido, pero el recuerdo de su valentía permanece.

«Como el nombre de Cassian va a perdurar a lo largo de la historia», pensó Nesta. ¿Perduraría el suyo? Una pequeña parte de ella así lo deseaba.

—Hay varios caminos diferentes para llegar a la cima de Ramiel —continuó Emerie—. Pero el más difícil, el más infame, es el que te lleva a través del Paso de Enalius. A través del arco de piedra. Ellos llaman a ese camino el Quebradero.

—¿Por qué no me sorprende que sea el que Cassian y sus hermanos siguieron? —gruñó Nesta.

Emerie y Gwyn se rieron entre dientes, pero cuando una bestia rugió en la

distancia, instantáneamente se quedaron en silencio.

—Deberíamos hacer guardias —murmuró Nesta.

Las distribuyeron. Nesta haría la primera guardia, Emerie, la segunda y Gwyn, la tercera, y cuando eso quedó decidido, permanecieron sentadas en silencio un largo rato. Apenas habían cenado, una ardilla asada que Gwyn había logrado robarle a un ilyrio desprevenido, pero el hambre seguía siendo un nudo sonoro en sus estómagos.

Nesta se inclinó hacia el calor de Gwyn y dejó que este se filtrara a través de sus huesos. Y le rogó a cualquier dios que pudiera estar escuchando que el retumbar de sus estómagos no delatara su presencia a las bestias de abajo.

El cuarto día trajo el sol, tan brillante que hizo que la nieve fuera cegadora, incluso en las sombras de los pinos. Gwyn había trepado su árbol hasta lo más alto, y estimó que Ramiel se encontraba a varios días hacia el noreste. Dejándoles, en caso de que lo lograran, un día para escalar su ladera yerma.

—No pude ver si había alguien más adelante —informó Gwyn—, pero cerca hay un enorme barranco con un pequeño puente de madera. Debemos de ser las primeras en encontrarlo… si alguien más lo hubiera hecho, lo habrían destruido para evitar un uso posterior. Tenemos que llegar a él antes que los demás.

—¿A qué distancia? —preguntó Nesta mientras controlaba el cuchillo que llevaba en un costado, la cuerda que había enrollado sobre un hombro, con el arco ilyrio. Emerie tenía la espada que había arrebatado en el campamento de Bellius, y Gwyn llevaba un escudo y un cuchillo propios.

—Varias horas, si podemos correr —respondió Gwyn.

—Si corremos podemos llamar la atención —advirtió Emerie.

—Si caminamos podemos perder el puente —replicó Nesta.

Las tres se miraron.

—Entonces, corramos —insistió Gwyn, y todas estuvieron de acuerdo.

Comenzaron con un ritmo liviano, con el objetivo de hacer que sus pasos fueran silenciosos y tranquilos incluso con la nieve bajo los pies, pero tener que correr después de días de agotamiento, con las piernas rígidas por el frío y con el estómago casi vacío, hizo que Nesta sintiera los latidos en la cabeza.

—Tenemos compañía —jadeó Emerie, y las tres se detuvieron.

A menos de quinientos metros de distancia había seis machos.

—¿Crees que saben lo del puente? —se preguntó Gwyn en voz baja.

Apenas dijo esto, los machos echaron a correr. No hacia ellas, sino hacia el barranco.

Nesta, maldiciendo entre dientes, se puso en movimiento con Gwyn y Emerie detrás. Sus pies hacían que la nieve volara.

—¡Más rápido! —gritó.

A través de los árboles delante de ellas el mundo pareció iluminarse, como si allí desapareciera el bosque. Y así era, se dio cuenta. Al borde del barranco, ahora a la misma distancia de ellas y de los machos. Quien llegara primero cortaría el puente después de usarlo.

Y si ambos grupos llegaban al puente al mismo tiempo…

—Tenemos que interceptarlos —jadeó Nesta—. Mucho antes de que lleguen al puente. —Alteró su trayectoria abruptamente, y Emerie y Gwyn se movieron con ella como una unidad. Los machos que se dirigían al puente parecieron darse cuenta de que su enemigo ahora iba directamente hacia ellos. Desaceleraron para buscar sus armas.

Nesta eligió su objetivo, un macho bastante más alto que ella, y desenvainó su daga mientras se precipitaba hacia él. Él venía corriendo tan rápido que perdió el equilibrio y cayó al esquivar el golpe de ella. Eso era precisamente lo que ella quería: justo delante de Emerie. Nesta se volvió para enfrentar al siguiente macho mientras su amiga le clavaba la espada en el pecho al primer macho.

El siguiente macho al que Nesta atacó estaba preparado, moviendo una espada corta. Ella se agachó, se volvió… y dejó que él asestara el golpe al escudo de Gwyn. Justo cuando Gwyn se agachó y le cortó las canillas con una daga.

Los otros cuatro…

Nesta zigzagueó y se movió de arriba abajo contra otro macho, daga contra daga. Cada movimiento cantaba en perfecta armonía con su respiración; cada giro de su cuerpo, de sus miembros, eran parte de una sinfonía.

El macho dio un amplio giro hacia Nesta y ella vislumbró su oportunidad. Dejó que el golpe de él se ampliara antes de golpearle la nariz con el codo. Un hueso se encontró con otro hueso con un crujido que la hizo vibrar.

Él cayó con un gruñido y la espada de Nesta le atravesó la garganta con un corte plateado y rojo. Ella no se permitió sentir la cálida viscosidad de aquella sangre.

Otro macho ya se lanzaba al ataque contra ella, y Gwyn gritó el nombre de Nesta… y atrajo su atención justo antes de que la sacerdotisa le arrojara un escudo.

Nesta lo atrapó, giró en la nieve sobre una rodilla para absorber el impacto de su peso. Expulsó su aliento en una fuerte exhalación, levantó el escudo cuando el macho bajó su espada cuyo objetivo era la cabeza de ella. Nesta recibió el golpe con el escudo en alto y golpeó al macho haciéndole perder el equilibrio. Después le clavó el cuchillo en la bota.

Él gritó y cayó hacia atrás. Nesta se puso en pie de un salto, y movió el escudo con tanta fuerza que se abolló cuando se estrelló contra su cabeza. Las reverberaciones se extendieron a su mano y su antebrazo, pero ella mantuvo el escudo bien agarrado.

Entonces se volvió hacia el siguiente oponente, pero sus amigas se habían detenido. Los machos a su alrededor habían caído.

Un silencio absoluto llenó el bosque nevado. Hasta los pájaros en los pinos habían dejado de piar.

—¡Valquirias! —exclamó Emerie, con los ojos brillantes.

Nesta sonrió sabiendo que tenía la cara cubierta de sangre.

—Claro que sí.

—Cuatro días de mierda —susurró Cassian desde donde él y Azriel vigilaban el castillo—. Hemos estado sentados en vano durante cuatro putos días.

Azriel afilaba a *El que Dice la Verdad*. La hoja negra absorbió la tenue luz del sol que se filtraba por entre las copas de los árboles del bosque.

—Parece que has olvidado que buena parte de la vigilancia secreta consiste en esperar el momento adecuado. La gente no lleva a cabo sus malas acciones cuando es conveniente para uno.

Cassian puso los ojos en blanco.

—Dejé de hacer vigilancias secretas porque me aburría a muerte. No sé cómo aguantas esto todo el tiempo.

—Me gusta. —Azriel no dejó de afilar y las sombras se reunían alrededor de sus pies.

Cassian dejó escapar un suspiro.

—Sé que me estoy impacientando. Lo sé. Pero ¿realmente crees que no deberíamos ir a ese maldito castillo y echar un vistazo dentro?

—Ya te lo dije: el castillo de ella está demasiado protegido y lleno de trampas mágicas que harían tropezar incluso a Helion. Aparte de eso, Briallyn tiene la Corona. No tengo ningún interés en explicarles a Rhys y a Feyre por qué tú moriste durante mi guardia. Y mucho menos interés en explicárselo a Nesta.

Cassian miró hacia el castillo.

—¿Crees que ella está viva? —Esa pregunta lo atormentaba con cada aliento últimamente.

—Lo sabrías si ella hubiera muerto —dijo Azriel, haciendo una pausa en su trabajo y mirando a Cassian. Le tocó el pecho a su hermano con su mano llena de cicatrices—. Justo aquí… lo sabrías, Cass.

—Hay muchas otras cosas horribles que podrían estarle sucediendo —sentenció Cassian, con la voz espesa—. Y a Emerie y a Gwyn.

Las sombras se intensificaron alrededor de Azriel, sus Sifones brillaron como fuego de cobalto.

—Tú… nosotros… las entrenamos bien, Cassian. Confía en eso. Es lo único que podemos hacer.

A Cassian se le hizo un nudo en la garganta, pero un movimiento desvió la mirada de Azriel. Cassian se puso en pie de un salto.

—Alguien sale del castillo. —Ambos salieron volando por los cielos sin decir una palabra, y entraron en la protección de la nube en pocos momentos. En el aire frío y enrarecido, Cassian solo veía lo que los huecos en las nubes le permitían.

Pero era suficiente.

Una pequeña caravana había salido por las puertas orientales de la ciudad, siguiendo el camino desnudo que atravesaba las colinas.

—No veo ningún carro de prisioneros —informó Cassian por encima del viento.

La mirada de Azriel seguía fija en la tierra de abajo.

—No lo necesitan —aseguró con silencioso veneno.

Cassian tuvo que esperar hasta el siguiente hueco en las nubes para ver.

No, no habían necesitado un carro de prisioneros. Porque cabalgando sobre un blanco caballo al frente del grupo, junto a una figura pequeña y encorvada, iba Eris.

—Estúpido idiota —gruñó Cassian—. Ella lo atrapó con la Corona.

—No —contradijo Az en voz baja—. Mira a su izquierda. Todavía tiene la daga en un costado. Si él estuviera dominado por ella, ya se la habría entregado.

—Así que el hecho de poseer otro objeto hecho lo protege contra la Corona. —Lo cual significaba…—. Traidor —espetó Cassian—. No sé por qué me sorprende. —Sus manos se apretaron en puños—. Vamos a buscarlo. Lo arrastremos de vuelta a casa para destrozarlo. —¿Se había alejado de Nesta por esto? ¿Por los juegos de Eris?

La voz de Azriel atravesó el aullido del viento.

—Mejor los seguimos. Si capturamos a Eris ahora es posible que no obtengamos nada de él. Por lo menos no rápidamente. Los seguimos y así nos enteramos hasta dónde llega esta traición. Vemos con quién se van a reunir. Tiene que ser importante para que dejen la seguridad del castillo.

No se podía discutir con esa lógica, incluso si el corazón de Cassian le gritaba con cada aleteo de sus alas que volaran de regreso a casa.

Nesta, Emerie y Gwyn ni siquiera habían llegado al puente cuando un nuevo grupo de machos se acercó, armados con arcos y flechas.

—Podemos lograrlo —jadeó Emerie, corriendo a la cabeza de su grupo hacia el puente, ya visible por entre los árboles cubiertos de nieve—. Podemos dejarlos atrás.

Las flechas pasaron zumbando.

Emerie fue la primera en llegar al puente. El desvencijado artilugio se balanceó con el peso de la ilyria, que lo cruzó prácticamente volando sobre él. Las flechas se clavaron en los árboles, en el suelo, en los postes del puente, y Nesta no vaciló al correr sobre los listones, sin atreverse a mirar abajo hacia un lecho de río seco. Su mirada estaba en Emerie que salía del puente…

Un grito de dolor estalló detrás de ellas, y Nesta se volvió al final del puente para ver a Gwyn todavía en el otro lado con una flecha atravesada en el muslo. Caída. Demasiado cerca de los machos que se acercaban…

—¡Córtalo! —rugió Gwyn.

—Levántate —gruñó Nesta—. Levántate.

La sacerdotisa lo intentó. Se puso de pie, pero no conseguiría cruzar el puente a tiempo.

Entonces Nesta cogió el arco ilyrio de su hombro. También agarró la cuerda enrollada y se la entregó a Emerie sin mirarla.

—Ata un extremo a ese árbol, y luego a tu cintura. —Nesta no esperó a ver si la obedecía antes de anudar el otro extremo a la flecha. Ubicó la flecha en el arco.

—No aprendimos tiro con arco —señaló Emerie casi sin respirar.

Pero Nesta colocó la flecha en su lugar. Apuntó. Directamente a Gwyn, que miró la cuerda atada a la flecha, y el otro extremo alrededor del árbol y de Emerie, y comprendió.

—Mi hermana me enseñó. —Los brazos de Nesta temblaban cuando estiró la cuerda—. Hace mucho tiempo.

Los dientes le rechinaban, gruñían cuando Nesta estiró centímetro a centímetro. Apuntó a Gwyn mientras su amiga corría hacia el puente, cojeando, la cara blanca de dolor, dejando detrás un rastro de sangre en la nieve.

Nesta dejó que la flecha se elevara cuando el primero de los machos salió de entre los árboles.

Voló con precisión y aterrizó en la nieve a los pies de Gwyn.

La sacerdotisa agarró la flecha y envolvió la cuerda en su cintura una y otra vez mientras corría hacia el puente…

Nesta soltó el arco. Gwyn llegó al otro lado del puente.

—¡CÓRTALO, CÓRTALO, CÓRTALO!

Los machos salieron de entre los árboles. Corrieron hacia el puente y hacia Gwyn, que cojeaba. Se le acercaban rápidamente. Nesta solo tuvo que extender una mano antes de que Emerie le arrojara la espada.

Gwyn, cojeando en el medio del puente, no dejó de avanzar. Los machos estaban apenas unos metros atrás, apiñándose sobre la desvencijada estructura.

Nesta bajó la espada sobre las cuerdas del puente. Aun cuando las maderas caían debajo de ella, Gwyn todavía parecía estar corriendo, para luego saltar en el aire. Solo esa cuerda alrededor de la cintura la separaba de la muerte mientras comenzaba a caer en picado…

Nesta se había agarrado a la cuerda y se había dejado caer delante del poste del puente. Se había agarrado a él con las piernas, sujetándose con fuerza mientras centímetro tras centímetro de fibra áspera corría entre sus manos. Detrás de ella, abrazada al pino, Emerie resistía con la misma fuerza.

Gwyn descendía hacia el fondo del barranco. Los machos ilyrios gritaban mientras caían, sin ataduras, con ella.

Nesta gritó, con las palmas de las manos en llamas. La cuerda estaba roja, pero ella apretó sus manos desgarradas con más fuerza y respiró para dominar la sensación de ardor y desgarro.

Hasta que Gwyn paró su caída. Se detuvo con un tirón. El mundo entero pareció tomar aire mientras Nesta esperaba el chasquido de la cuerda.

Y Gwyn solo se precipitó hacia la pared rocosa para gruñir de dolor al golpear.

Los ilyrios que habían caído llevaban los únicos arcos, afortunadamente, y los machos del otro lado maldecían y escupían.

Pero Nesta y Emerie no les prestaron atención mientras arrastraban a Gwyn hacia arriba, y sus manos ensangrentadas hacían que la cuerda se tiñera aún más de rojo. Cada tirón hacía que Nesta jadeara de dolor hasta que Gwyn apareció en el borde del acantilado. Hizo una mueca cuando la flecha que le atravesaba el muslo tocó el suelo. Había sido un tiro limpio, pero la sangre le empapaba la pierna. Su rostro ya estaba pálido.

—¡Malditas perras! —rugió uno de los machos.

—¡Bah, cállate! —le gritó Emerie desde el otro lado del barranco, mientras ayudaba a Nesta a llevar a Gwyn hacia los árboles nevados, resoplando antes de llegar—. ¡Encuentra algo nuevo para insultarnos!

Se las arreglaron para sacar la flecha de la pierna de Gwyn y le ataron la herida con una camisa extra que le habían quitado a un guerrero muerto, pero la sacerdotisa seguía cojeando. Su rostro estaba pálido e, incluso apoyada entre Nesta y Emerie, su paso tenía la lentitud de un glaciar.

De todos modos, continuaron marchando hacia Ramiel, ya visible delante de ellas.

No encontraron a nadie más. Comenzó a nevar de nuevo alrededor del mediodía, y los pasos de Gwyn eran muy inseguros. Le costaba mucho respirar. Pronto Nesta y Emerie tuvieron que cargarla a medias entre ambas.

Cuando cayó la noche, solo subir a Gwyn a un árbol les llevó toda la fuerza que les quedaba. Se ataron a su tronco con la cuerda ensangrentada, y Nesta y Emerie se dedicaron sin prisa a quitar las diminutas fibras de la cuerda de sus manos desgarradas. Ya no tenían más comida. Solo tenían agua.

El día siguiente fue igual: marcha lenta, ráfagas de nieve, orejas atentas a cualquier indicio de otros guerreros por allí, muchas paradas para descansar, solo agua para llenar sus estómagos y, al caer la noche, un nuevo árbol.

Pero este árbol era el último antes de una pendiente árida que se elevaba sobre ellas como una bestia negra.

Habían llegado al pie de Ramiel.

Nesta se despertó antes del amanecer, comprobó que Gwyn respiraba, que su pierna no se había infectado, y se quedó mirando la pendiente negra y gris que tenían delante.

Arriba, muy arriba, estaba el pico con la sagrada piedra negra. Tres estrellas brillaban sobre la montaña: Arktos y Oristes, a la izquierda y a la derecha; Carynth las coronaba. Su luz aumentaba y menguaba, como una invitación, como un desafío.

—Cassian me dijo que solo doce llegaron hasta aquí —murmuró Nesta a sus amigas—. Ya nos hemos ganado el título de oristianos con solo estar aquí.

Emerie se movió un poco.

—Podríamos quedarnos aquí hoy, esperar a que pase la noche, y terminar al amanecer. Al diablo con los títulos. —Era lo más prudente que podían hacer. Lo más seguro.

—Ese sendero —indicó Nesta, señalando uno pequeño a lo largo de la base de Ramiel— también podría llevarnos al sur. Nadie iría por ese camino, porque te aleja de la montaña.

—¡¿Así que hemos llegado hasta aquí y ahora nos escondemos?! —exclamó Gwyn con voz ronca.

—Estás herida —respondió Nesta—. Y eso que tenemos delante de nosotras es una montaña.

—¿Así que en lugar de intentar y fallar —insistió Gwyn—, vas a elegir el camino seguro?

—Seguiremos con vida —apostilló Emerie con cuidado—. Nada me gustaría más que borrarles las sonrisas de los labios a los machos de mi aldea, pero no a este precio. No si el precio eres tú, Gwyn. Te necesitamos con vida.

Gwyn estudió la escarpada e implacable ladera de Ramiel. No era mucha la nieve que adornaba sus lados. Como si el viento se la hubiera llevado toda. O las tormentas hubieran evitado este pico por completo.

—¿Eso es vivir, entonces? ¿Tomar el camino seguro?

—Tú eres la que ha estado en una biblioteca durante dos años —precisó Emerie.

Gwyn no se inmutó.

—Así es. Y estoy cansada de eso. —Observó el pantalón de cuero empapado en sangre en su muslo—. No quiero ir por el camino más seguro. —Señaló la montaña, el estrecho sendero que ascendía—. Quiero seguir ese camino. —Su voz se espesó—. Quiero ir por el camino que nadie se atreve a seguir, y quiero hacerlo con vosotras dos. No me importa lo que pueda sucedernos. No como ilyrias, no por sus títulos, sino como algo nuevo. Para demostrarles, a todos, que algo nuevo y diferente podría triunfar sobre sus reglas y restricciones.

Un viento frío sopló por las laderas de Ramiel. Susurrando, murmurando.

—A este camino de ascenso lo llaman el Quebradero por alguna razón —replicó Emerie con voz grave.

—No hemos comido en días —agregó Nesta—. Apenas nos queda agua. Para escalar esa montaña…

—Me han quebrado una vez —dijo Gwyn con su voz clara—. Y sobreviví. Y no me van a quebrar otra vez…, ni siquiera esta montaña podrá hacerlo.

Nesta y Emerie guardaron silencio mientras Gwyn soltaba un fuerte suspiro.

—Un comandante de Hybern me violó hace dos años. Hizo que sus soldados me sostuvieran sobre una mesa. Se reía todo el tiempo.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Gwyn.

—Hybern atacó en medio de la noche. Estábamos todas dormidas cuando irrumpieron en el templo y empezaron la matanza. Yo compartía una habitación con mi gemela, Catrin. Nos despertamos con los primeros gritos de las paredes. Ella era… Catrin siempre fue la más fuerte. La más inteligente y encantadora. Después de que nuestra madre muriera, ella se ocupó de mí. Me cuidó. Y esa noche, me ordenó que fuera a proteger a los niños de Sangravah mientras ella corría directamente hacia los muros del templo.

La voz de Gwyn tembló.

—Cuando llegué al dormitorio de los niños, la matanza estaba a solo unos pocos pasillos de distancia. Reuní a los niños y corrimos hacia uno de los túneles de las catacumbas. La entrada a ellos era por un escotillón en el suelo de la

cocina, y ya había metido al último niño cuando oí a los soldados que se acercaban. Yo… yo sabía que nos encontrarían si seguía a los niños y dejaba la puerta descubierta, así que arrojé una alfombra encima y arrastré la mesa de la cocina sobre ella. Acababa de mover la mesa cuando los soldados me encontraron.

Nesta no podía respirar. Gwyn miraba atentamente la montaña que se elevaba ante ellas. Hasta el viento pareció calmarse al escuchar sus palabras.

—Los gritos habían cesado y habían capturado a otras sacerdotisas. Incluida Catrin. Pero su comandante entró y me preguntó dónde estaba el resto de nosotras. También querían a los niños. A las chicas.

Nesta podía oír el corazón palpitante de Emerie. Ese frenético latir era un eco del suyo.

Gwyn tragó saliva.

—Le dije que los niños se habían ido por el camino de la montaña para buscar ayuda. No me creyó. Entonces agarró a Catrin… nuestros aromas eran casi idénticos, por supuesto… y me dijo que si no le decía dónde estaban los niños, la mataría. Y como no le entregué a los niños… —le tembló la boca— decapitó a Catrin ahí mismo, junto con otras dos sacerdotisas. Y luego les dijo a sus soldados que se pusieran a trabajar con nosotras. Él se quedó conmigo. Le escupí en la cara. —Las lágrimas caían por sus mejillas—. Y entonces él… se puso a trabajar.

A Nesta se le partió el corazón.

—Yo todavía no había participado en el Gran Rito, y estábamos tan aisladas allí arriba que nunca tuve la oportunidad de acostarme con un macho, y él me quitó eso también. Y luego llamó a tres de sus soldados y les dijo que siguieran haciéndolo hasta que les dijera dónde estaban los niños.

Las náuseas agitaron el estómago de Nesta. No podía moverse, aunque quisiera.

—El primero acababa de desabrocharse el cinturón cuando llegó Azriel. —Lágrimas silenciosas e interminables corrían por el rostro de Gwyn—. Azriel los mató a todos en unos pocos momentos. No vaciló. Pero yo apenas podía moverme, y cuando traté de levantarme… él me dio su capa y me envolvió en ella. Morrigan llegó unos minutos más tarde y entonces apareció Rhysand, y quedó claro que algunos de los soldados habían escapado con la pieza del Caldero, por lo que Azriel fue tras ellos. Mor me curó lo mejor que pudo y luego me llevó a la biblioteca. No podía… No podía soportar estar en el templo con las

demás. No podía soportar ver la tumba de Catrin y saber que le fallé, ver esa cocina todos los días durante el resto de mi vida.

»Los primeros cinco meses que estuve en la biblioteca, apenas hablaba. No cantaba. Acudí a la sacerdotisa que nos aconsejaba a todas, y a veces simplemente me sentaba allí y lloraba, o gritaba, o no decía nada. Y luego comencé a trabajar con Merrill, a petición de Clotho, y el trabajo hizo que me concentrara. Me motivaba para levantarme de la cama cada mañana. Comencé a cantar en el servicio vespertino. Y luego llegaste tú, Nesta.

Gwyn la miró a los ojos, que estaban llenos de lágrimas, dolor y… esperanza. Valiosa y hermosa esperanza.

—Y me di cuenta de que algo malo te había pasado a ti también. Pero estabas luchando contra eso. No dejabas que te dominara. Yo sabía que Catrin habría sido la primera en inscribirse para el entrenamiento, entonces… también me inscribí. Pero incluso entrenar todos estos meses no borra el hecho de que dejé que mi hermana muriera. Una vez me preguntaste por qué no uso la capucha o la Piedra de Invocación. Esa piedra es un signo de santidad. ¿Cómo puede alguien como yo llevarla consigo?

Gwyn finalmente se detuvo, como si esperara que la condenaran.

Pero las lágrimas recorrían el rostro de Emerie. No cesaron cuando Emerie cogió la mano de Gwyn.

—No estás sola, Gwyn —le dijo—. ¿Me oyes? No estás sola.

Nesta agarró la otra mano de Emerie mientras su amiga continuaba hablando.

—Hemos sufrido de manera diferente, pero… Mi padre una vez me golpeó tan fuerte que me rompió la espalda. Me mantuvo en cama durante semanas mientras me curaba, diciéndole a la gente que estaba enferma, aunque no era así. Ese era… era uno de sus males menores. —Hizo una pausa—. Ya antes había golpeado a mi madre. Y ella… creo que ella me protegía de él, porque nunca me puso la mano encima hasta que ella desapareció. Hasta que la golpeó con tanta fuerza que ella no pudo recuperarse. Me hizo cavar su tumba una noche con luna nueva, y le dijo a la gente que había abortado un bebé y había muerto por la pérdida de sangre.

Con rabia, se secó una lágrima.

—Todos le creyeron. Siempre le creían… él era tan encantador con ellos, tan inteligente. Cuando la gente me decía lo afortunada que era al tener un padre tan bueno, me preguntaba si no habría imaginado todas las partes malas. Solo mis cicatrices, mis alas, me recordaban la verdad. Y cuando murió, yo estaba muy

feliz, pero los demás esperaban que lo llorara. Debería haberles dicho a todos el monstruo que era él, pero no lo hice. Habían hecho la vista gorda a mis alas recortadas mientras él estaba vivo. ¿Por qué deberían molestarse en creer la verdad ahora que él estaba entre los honorables muertos?

Emerie arrugó la nariz.

—Todavía siento sus puños sobre mí. Todavía siento el impacto de cuando él golpeaba mi cabeza contra una pared, o hacía crujir mis dedos con una puerta, o simplemente retándome hasta que me desmayaba. —Ella estaba temblando y Nesta le apretó la mano con más fuerza—. Él nunca me dio dinero ni me permitió ganarme el mío, nunca me dejaba comer más de lo que él consideraba apropiado, y se metió tanto en mi mente que todavía lo escucho cuando me miro al espejo o cometo un error.

Tragó saliva.

—Fui a entrenar porque sabía que él me lo habría prohibido. Fui a entrenar para sacar su voz de mi cabeza. Y para saber cómo detener a un macho si alguna vez alguno me ponía una mano encima. Pero nada de eso traerá de vuelta a mi madre, ni el hecho de que yo me escondía mientras mi padre descargaba su rabia sobre ella. Nada va a corregir eso jamás. Pero esta montaña… —Emerie señaló el pequeño sendero de tierra en la base de aquel pico—. Lo escalaré por mi madre. Por ella, me enfrentaré al Quebradero y llegaré lo más lejos que pueda.

Las dos miraron a Nesta. Pero su mirada siguió fija en la montaña. En su cima. Ese sendero que conducía a ella. La más difícil de todas las rutas.

—Me enviaron a la Casa del Viento —dijo Nesta finalmente— porque me había convertido en un tremendo desastre, bebiendo y acostándome con el primero que aparecí. Mi… la familia no pudo soportarlo. Durante más de un año, abusé de su amabilidad y generosidad, y lo hice porque… —exhaló y se estremeció— mi padre murió durante la guerra. Ante mis ojos, pero no hice nada para impedirlo. —Y entonces salió todo. Ella les contó a las dos todas las cosas horribles que había hecho, pensado y saboreado. Les contó sobre el Caldero y su terror, su dolor y su poder. Les contó lo peor de ella de modo que si decidían arriesgarse a escalar esa montaña con ella, lo iban a hacer con los ojos abiertos. De modo que en ese momento podían optar por retirarse.

Y cuando Nesta terminó, se preparó para ver la decepción en los rostros de ellas, el disgusto.

Pero Gwyn le dio la mano. Y Emerie también apretó la suya en la de Nesta.

—Ninguna de vosotras tiene la culpa de lo que pasó —susurró Nesta—.

Ninguna de los dos le falló a nadie.

—Tú tampoco —dijo Emerie en voz baja.

Nesta miró a sus amigas. Y vio dolor y tristeza en sus rostros cubiertos de lágrimas, y también la franqueza de dejar a la vista de las otras los lugares rotos en el interior. La certeza de que no se iban a apartar.

A Nesta le ardieron los ojos cuando Gwyn habló.

—Entonces vamos a escalar Ramiel. Iremos por el Quebradero. Ganaremos al demostrarles a todos que algo nuevo puede ser tan poderoso e inquebrantable como las viejas reglas. Que algo que nadie ha visto antes, no del todo valquiria ni del todo ilyrio, puede ganar el Rito de Sangre.

—No —intervino Nesta finalmente—. Ganaremos para demostrarnos a nosotras mismas que puede hacerse. —Enseñó los dientes en una sonrisa salvaje dirigida a la montaña—. Ganaremos toda esta maldita cosa.

Capítulo 69

Eris y la pequeña caravana viajaron hacia el este durante tres días, y se detuvieron solo para comer y dormir. Avanzaban a paso lento, y por lo poco que Cassian y Azriel podían ver entre las nubes, parecía que Eris no estaba encadenado. La pequeña y encorvada figura de Briallyn cabalgaba a su lado todos los días. Pero no pudieron ver señal alguna de la Corona con ella…, ningún destello de oro con el sol.

El Rito de Sangre terminaría al día siguiente. Cassian no tenía noticias de Nesta, y tampoco sentía nada. Y apenas había dormido. Casi no había podido mantener su atención en el grupo que iba a la cabeza cuando entraron en un bosque bajo al otro lado de las colinas, con árboles antiguos y nudosos, llenos de musgo colgante.

—Nunca había estado aquí antes —murmuró Azriel por encima del viento —. Se siente como un lugar muy antiguo. Me recuerda al Medio.

Cassian se mantuvo en silencio. No habló mientras seguían a su presa cada vez más adentro del bosque hasta un pequeño lago en el centro. Justo cuando el grupo se detuvo en sus costas oscuras, Azriel y Cassian aterrizaron cerca y comenzaron su silenciosa vigilancia a pie.

Al grupo seguramente no le preocupaba ser oído, ya que Cassian podía distinguir sus palabras desde bastante lejos de su campamento, junto a la orilla. Se habían reunido veinte de ellos, una mezcla de lo que parecía ser nobleza humana y soldados. Habían atado al semental blanco de Eris a una rama. Pero el macho…

—Aquí estoy, Cassian —canturreó Eris.

Cassian se dio la vuelta y encontró al hijo del alto lord empuñando un cuchillo sobre sus costillas.

Llegado el mediodía Nesta apenas podía respirar. Gwyn casi se arrastraba, Emerie estaba jadeando y habían comenzado a racionar el agua. Por mucho que subieran, por muchos peñascos que dejaran atrás en el estrecho sendero, el pico no parecía estar más cerca.

No veían a nadie más. No se oía a nadie más.

Flaco consuelo.

La respiración de Nesta le quemaba los pulmones. Le tambaleaban las piernas. Solo existía el dolor en su cuerpo y sus pensamientos que, implacables, daban vueltas y vueltas, como buitres reuniéndose para el festín.

Ella solo deseaba apagar su mente…

¿Podría ser que el Quebradero no fuera solo algo físico, sino también mental? ¿Que esta montaña de alguna manera extirpara hasta el más pequeño de sus miedos para llevar la mente de ella a lo más profundo de las rocas?

Se detuvieron para almorzar, si es que al agua se le puede llamar almuerzo. La pierna de Gwyn sangraba de nuevo, su rostro estaba blanco como el de un fantasma. Ninguna dijo nada.

Pero Nesta vio la angustia en sus ojos… Sabía que ellas escuchaban sus propios horrores.

Descansaron todo el tiempo que se atrevieron a relajarse para luego volver a ponerse en marcha.

Siguieron subiendo. Esa era la única forma. Paso a paso.

—Parece que estamos a dos tercios de la subida —calculó Emerie con voz ronca. Ella iba delante.

Cuando cayó la noche, la luna brilló lo suficiente como para mantener iluminado el sendero del Quebradero. Para mostrar esas tres estrellas sobre el pico de Ramiel. Estrellas que invitaban. Que esperaban.

Si llegaban a su meta al amanecer, sería un milagro.

—Necesito descansar —murmuró Gwyn débilmente—. Solo… solo otro minuto. —Su rostro estaba gris, el cabello, lacio. El cuero sobre la pierna estaba empapado de rojo.

Emerie se había caído sobre una roca suelta dos horas antes y se había torcido el tobillo… así que ella también cojeaba.

Se estaban moviendo con demasiada lentitud.

—El Paso de Enalius no está muy lejos —insistió Emerie—. Si logramos atravesar el arco, después solo hay que dar un par de pasos hasta la cima.

Gwyn suspiró.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Dejemos que descanse, Emerie —sugirió Nesta, sentada en una pequeña roca junto a Gwyn. Debían faltar solo cuatro horas para que amaneciera. Y entonces todo habría terminado. ¿Importaba algo si para entonces habían llegado a la cima? ¿Si habían ganado?

Habían llegado tan lejos. Ellas…

—¿Cómo llegaron ellos aquí? —quiso saber Gwyn, y agregó una maldición.

Nesta se quedó quieta. Desde donde estaba, podía ver directamente abajo. Hacia donde un rayo de luz de luna iluminaba a un macho y a otros seis que subían la montaña detrás de ellas. Bastante lejos todavía, pero acercándose.

—Bellius —susurró Emerie.

—Tenemos que continuar —dijo Nesta, y se puso de pie. Gwyn la siguió, aunque no pudo evitar hacer una mueca.

Nesta calculó el poder que tenían los machos. Emerie y Gwyn estaban demasiado heridas como para poder pelear, demasiado exhaustas, y…

—Pon tus brazos alrededor de mi cuello —invitó Nesta, y le dio la espalda a Gwyn.

—¿Qué?

Nesta lo hizo por ella. Había trepado los diez mil escalones de la Casa del Viento, hacia arriba y hacia abajo, una y otra vez. Y otra vez. Quizá para esto. Para este preciso momento.

—¡Estamos ganando esta maldita cosa! —exclamó Nesta, y se agachó para agarrar las piernas de Gwyn. Con los dientes apretados, Nesta cargó a Gwyn sobre su espalda.

Los músculos de sus muslos se tensaron, pero resistieron. Sus rodillas no se doblaron.

Su mirada estaba fija en el terreno que tenía delante. No iba a mirar atrás.

Y así, Nesta empezó a subir, con Emerie cojeando a su lado.

Con el viento como melodía, Nesta y Emerie encontraron su ritmo. Subían, esquivando y zigzagueando, cargando con su peso. Y los machos quedaban atrás, como si la montaña estuviera susurrando silenciosamente: «Adelante, adelante, adelante».

—Sabía que eras un bastardo mentiroso —espetó Cassian entre dientes. Azriel, a un paso de distancia, no podía hacer nada. No ante Eris que tenía ese cuchillo —la daga de Nesta— apuntando a las costillas de Cassian. Él podría haber jurado que una llama le quemó allí donde el cuchillo le tocó la ropa de cuero—. Pero esto es una bajeza, incluso viniendo de ti.

—Honestamente, estoy decepcionado con Rhysand —dijo Eris a la vez que hacía que la punta del cuchillo atravesara la ropa de cuero de Cassian. Solo lo suficiente como para que él sintiera el pinchazo y la ola abrasadora de la llama. Si era el poder de Eris a través de la hoja o era lo que fuera que Nesta había hecho en esa daga, no le importaba. Él solo tenía que encontrar alguna forma de evitar que le perforara la piel—. Se ha vuelto tan blando últimamente. Ni siquiera trató de mirar dentro de mi mente.

—No puedes ganar en esto —le advirtió Azriel con un silencioso tono de amenaza—. Eres un hombre muerto caminando, Eris. Lo has sido desde hace mucho tiempo.

—Sí, sí, todos esos viejos asuntos con la Morrigan. Qué aburrido resulta que te aferres a eso de esa manera.

Cassian parpadeó. «La Morrigan».

Eris nunca se había referido a ella de esa manera.

—Suéltalo, Briallyn —gruñó Cassian—. Ven a jugar con nosotros en cambio.

La daga hecha se apartó de sus costillas, y se oyó una voz cercana, seca y aflautada.

—Ya estoy jugando contigo, lord de los bastardos.

A Nesta le temblaban las piernas. Le temblaban los brazos. Gwyn era un peso medio muerto en su espalda. La pérdida de sangre la había debilitado tanto que parecía que ya no daba más.

El Quebradero corría a través de un arco de piedra negra donde el sendero se hacía más ancho y fácil. El Paso de Enalius. Emerie se detuvo solo el tiempo suficiente para pasar una mano sangrante sobre la piedra. Su cara sucia se llenó de asombro y orgullo.

—Estoy parada donde ninguno de mis antepasados ha estado antes —susurró, con la voz ahogada.

Nesta deseó poder hacer una pausa junto a su amiga. Para poder maravillarse con ella. Pero detenerse, aunque solo fuera para darse un respiro… Nesta sabía que una vez que se detuviera, no podría volver a moverse.

El aplanamiento del camino alrededor del arco era solo un alivio temporal. Pronto llegaron a un grupo de piedras… el último obstáculo de aquel ascenso imposible antes de que pareciera convertirse en un sendero directo a la cima. Faltaba todavía un buen par de horas para el amanecer. La luz de la luna llena comenzaba a desvanecerse a medida que se hundía hacia el oeste.

El grupo de machos las iba a alcanzar antes de la cumbre.

Los dedos de Nesta se tensaron cuando alcanzó la mano extendida de Emerie, allí donde su amiga estaba arrodillada sobre una de las rocas afiladas. Si lograban superar esta parte…

Se le doblaron las rodillas y Nesta se cayó. Su cara chocó con una roca y el golpe fue tan fuerte que su visión fue encandilada por estrellas que estallaban, y lo único que pudo hacer fue aferrarse a Gwyn mientras caían y chocaban con las rocas y la grava, rodando sin cesar ladera abajo. Los gritos de Emerie resonaban en sus oídos, y luego…

Nesta chocó con alguien duro.

No…, no era alguien, aunque podría haber jurado que sintió la tibieza y el aliento. Habían chocado con el arco de piedra. Habían caído hasta llegar otra vez al Paso de Enalius, peligrosamente cerca de los machos que las perseguían.

—Gwyn…

—Estoy viva —gimió su amiga.

Emerie se arrodilló en el sendero.

—¿Estáis heridas?

Nesta no pudo moverse cuando Gwyn trataba de acomodarse. Las dos estaban cubiertas de tierra, de restos de roca y de sangre.

—No puedo… —jadeó Nesta—. No puedo seguir llevándote.

Se hizo el silencio.

—Entonces, descansemos —logró decir Gwyn—, luego continuaremos.

—Nunca llegaremos a tiempo —se lamentó Nesta—. O al menos antes de que los machos nos alcancen.

Emerie tragó saliva.

—Al menos lo intentamos —asintió Gwyn—. Primero, descansa un minuto. Quizá el amanecer nos alcance antes que ellos.

—No. —Nesta miró el sendero—. Están subiendo demasiado rápido.

De nuevo, silencio.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Emerie con preocupación.

Nesta se maravilló ante la esperanza y la valentía que veía en sus rostros.

—Puedo contenerlos.

—No —reaccionó Gwyn, con voz tensa.

Nesta dominó su rostro para expresar una frialdad absoluta.

—Ambas estáis heridas. No sobreviviríais a un enfrentamiento. Pero podéis lograr subir. Emerie puede ayudar…

—No.

—Puedo usar el cuello de botella del camino aquí mismo —insistió Nesta y señaló el espacio al otro lado del arco—, para detenerlos durante el tiempo suficiente para que lleguéis a la cima. O hasta que llegue el amanecer. Lo que ocurra primero.

Gwyn enseñó los dientes.

—Me niego a dejarte aquí.

La cara de dolor de Emerie le dijo a Nesta lo suficiente. Ella lo entendía. Veía la lógica.

—Es la única forma —le dijo Nesta a Gwyn.

—¡NO ES LA ÚNICA MANERA! —gritó Gwyn. Y comenzó a sollozar—. No te abandonaré para que ellos te apresen. Te matarán.

—Tienes que irte —insistió Nesta, y sus manos comenzaron a temblar—. Ahora.

—No —dijo Gwyn llorando—. No, no lo haré. Los enfrentaré contigo.

Algo profundo en el pecho de Nesta se quebró. Se quebró para abrirse completamente, y lo que había dentro floreció, pleno, brillante y puro.

Envolvió a Gwyn con sus brazos. Que su amiga sollozara en su pecho.

—Los enfrentaré contigo —susurraba Gwyn, una y otra vez—. Prométeme que los enfrentaremos juntas.

En ese momento, Nesta ya no pudo contener sus lágrimas. El viento helado les congelaba las mejillas.

—Lo prometo —suspiró y acarició el pelo enmarañado de Gwyn—. Lo prometo.

Gwyn sollozaba y Nesta se permitió sollozar con ella, y la apretó con fuerza. Dejó que la mano que la acariciaba descansara en el cuello de Gwyn.

Un pellizco en el lugar correcto, exactamente en ese punto de presión que Cassian le había enseñado, y se produjo.

Gwyn se desplomó. Inconsciente.

Nesta gruñó, y bajó con cuidado a Gwyn al suelo mientras miraba a Emerie. El rostro de su amiga estaba serio, pero no sorprendido.

—¿Puedes cargarla el resto del camino? —fue lo único que dijo Nesta. Eso sería toda una hazaña en sí misma—. ¿O al menos hasta el amanecer?

—Lo haré. —Nesta sabía que Emerie encontraría esa fuerza. Ella tenía un alma de acero. Emerie puso su espada ante Nesta. Su daga. El escudo.

—Quédate con las cantimploras —sugirió Nesta, acariciando la suya—. Tengo suficiente. —Otra mentira.

—Ella nunca te perdonará por esto —sentenció Emerie.

—Lo sé. —Los machos estaban ya más arriba. Ayudó a colocar a Gwyn en la espalda de Emerie, quien exhaló al sentir el peso sobre sus alas, y las extendió en ángulos inesperados. Nesta ató la cuerda ensangrentada alrededor de ella y las ató una a la otra. Emerie hizo una mueca, pero logró dar unos pasos.

—Ven con nosotras —invitó Emerie, con líneas plateadas en los ojos.

Nesta negó con la cabeza.

—Considéralo como el pago de una deuda.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Emerie.

—¿Deuda por qué?

—Por ser mis amigas. Aun cuando no me lo merecía.

El rostro de Emerie se arrugó.

—No hay ninguna deuda, Nesta.

Pero Nesta sonrió suavemente.

—Sí que la hay. Déjame pagarla.

Emerie se tragó las lágrimas y asintió moviendo la cabeza. Subió un poco

más a Gwyn e hizo un gesto de dolor, pero logró pasar por el arco. Cojeando. Hacia las rocas y el último tramo del Quebradero, hasta la cima.

Nesta no se despidió. Ella solo inhaló por la nariz, contuvo la respiración, luego exhaló. Repitió la técnica Serenar la Mente una y otra vez, hasta que su respiración se convirtió en un constante choque de olas y su corazón se transformó en piedra sólida, y cada centímetro de su cuerpo fue quedando bajo su control.

Ella era la roca contra la que rompía el oleaje. Estos machos también se romperían contra ella.

No tenían otra opción. Con Eris en las manos de Briallyn, Cassian y Azriel solo podían seguir a la figura encorvada y envuelta en una capa hasta el lago. Cassian no se atrevía a pensar si la Corona estaba siendo utilizada sobre él. Si se usaría sobre Azriel.

El grupo con el que habían viajado Eris y Briallyn se había dispersado y no se veía a nadie por ningún lado cerca del lago. ¿Habían sido siquiera reales? ¿O solo un espejismo?

Una mirada a Az reveló la cara de piedra de su hermano, la fría furia en sus ojos.

La figura encorvada y envuelta en una capa se detuvo ante las piedras del lago. Eris se detuvo al lado de ella.

—Suéltalo, entonces —dijo Cassian.

Briallyn echó hacia atrás la capucha de su capa.

Allí no había nada. La tela cayó y se amontonó sobre las piedras.

El rostro de Eris permaneció inexpresivo. Vacío.

—Solo una muestra de magia elemental animada —se hizo oír una voz que salía del lago.

A diez metros de la costa, de pie sobre la superficie, flotaba una sombra. Se movió y se dobló, con unos bordes que aleteaban, pero tenía la vaga forma de un macho alto.

—¿Quién eres? —quiso saber Azriel.

Pero Cassian sí lo sabía.

—Koschei —susurró.

Nesta permaneció bajo el Paso de Enalius por un largo minuto.

Sacó su cantimplora. Bebió lo que quedaba de agua y la dejó a un lado.

Metió la daga en el cinturón. Recogió la espada. Y trazó una línea en la tierra delante del arco.

Su última posición. Su última línea de defensa.

Nesta agarró el escudo. Miró hacia atrás, hacia donde Emerie había pasado el último grupo de rocas y ya subía trabajosamente por el largo sendero que iba directo a la cima.

Una ligera y serena sonrisa pasó por el rostro de Nesta.

Luego ubicó el escudo. Levantó la espada.

Y dio un paso al otro lado de la línea que había trazado para encontrarse con el enemigo.

Capítulo 70

Bellius primero envió a sus guerreros a través del cuello de botella. Una sabia maniobra pensada para desgastar a Nesta.

Ella no tenía más remedio que enfrentarlos.

No había voces de odio en su cabeza. Solo la certeza de que sus amigas estaban detrás de ella, al otro lado de la línea que había trazado en la tierra, y ella no iba a entregar esa línea a estos machos.

Ella no les iba a fallar. No había lugar para el miedo en su corazón.

Solo calma. Determinación.

Y amor.

Los labios de Nesta se curvaron en una sonrisa cuando el primero de los guerreros corrió hacia ella con la espada levantada. Todavía sonreía cuando levantó el escudo para recibir el impacto total del golpe.

Nesta estrelló su escudo contra el primer macho, cortó las espinillas del segundo, y despachó al tercero con un bloqueo que lo envió con fuerza sobre el cuarto y ambos cayeron al suelo. Uno con cada respiración, un movimiento por cada inhalación y exhalación. Serenó su mente de nuevo y dejó que eso le diera firmeza.

Por un instante, se preguntó qué podría haber hecho con Ataraxia en la mano. En qué podría hacer con ese cuerpo, esas habilidades entrenadas y ya metidas en sus huesos. Si por fin era digna de la espada.

Había optado por un nombre en el idioma antiguo, una lengua que nadie había hablado en quince mil años. Un nombre que hizo que Lanthys se riera al escucharlo.

Nesta se enfrentó a cuatro ilyrios a la vez, luego a cinco, luego a seis, y los machos empezaron a caer, uno tras otro. Nesta conservó la línea en una tormenta de concentración inquebrantable y muerte, protegiendo a las amigas a su espalda.

Ataraxia, así había llamado a esa espada mágica.

Paz interior.

Capítulo 71

El ser que estaba sobre el lago era una sombra. «Debe de ser un reflejo», pensó Cassian. Humo y espejos.

—¿Dónde está Briallyn? —preguntó Azriel y los Sifones ardían como llamas de cobalto.

—He pasado tantos meses preparándome para ti —dijo Koschei a media voz — ¿y ni siquiera quieres hablar conmigo?

Cassian se cruzó de brazos.

—Libera a Eris y luego hablaremos. —Rezó para que Koschei no supiera nada de la daga hecha que Eris tenía otra vez envainada en un costado, que el aura de poder de la Corona hubiera impedido incluso a Briallyn darse cuenta de su presencia. Pero si el lord de la muerte ponía sus manos en ella… Mierda. Cassian no se permitió ni siquiera mirar en dirección a la daga.

—Aceptaste con bastante facilidad —continuó Koschei—, aunque te tomaste tu tiempo para hacer contacto. Pensé que ibas a correr para empezar a matar, bruto como eres. —Casi no podían verlo, aparte de las sombras de su silueta. Hasta las propias sombras de Azriel se habían escondido detrás de sus alas. Koschei se rio y Azriel se puso rígido. Como si sus sombras le hubieran murmurado una advertencia.

Sus Sifones volvieron a encenderse.

—Vete —suspiró Az, y el terror puro en el rostro de su hermano hizo que Cassian desplegara sus alas, preparándose para salir volando…

Pero sus alas se detuvieron. Todo su cuerpo se detuvo.

Azriel agarró a Eris y salió volando hacia los cielos, y la daga hecha seguía con ellos. Tenían que alejarla de Koschei. Pero Cassian no podía moverse.

Los Sifones de Cassian brillaron como sangre fresca y, tras un chisporroteo, se apagaron. Azriel gritó su nombre desde lo alto. Koschei se acercó a la orilla.

—Puedes llevártelo ahora, Briallyn. Tienes mucho tiempo antes del amanecer.

Una figura pequeña y encorvada emergió de detrás de los árboles. Una bruja. Con una corona de oro posada sobre la cabeza, justo encima de sus orejas arqueadas. El odio ardía en sus ojos.

—Dile a mi Vassa que estoy esperando —dijo Koschei. Y sus sombras se arremolinaron.

Azriel volvió volando al suelo, sus Sifones crearon un orbe azul de poder que lo envolvió, pero Briallyn ya había alcanzado a Cassian.

—Te necesito, lord de los bastardos —dijo furiosa la reina de aspecto antiguo. Cassian no pudo decir nada. No podía moverse. La corona brillaba como hierro fundido. Briallyn le ordenó a Koschei—: Transpórtanos.

El lord de la muerte señaló con su mano de largos dedos a Briallyn y a Cassian. Hizo un rápido movimiento con los dedos.

Y el mundo se desvaneció, girando en la oscuridad y el viento.

El escudo de Nesta se había convertido en una piedra de molino. Su espada, bañada en sangre, colgaba de su mano, un peso enorme y resbaladizo.

Le ardía cada centímetro del cuerpo. Por el cansancio, por las heridas, por la certeza de que detrás de esa línea que había dibujado en la tierra, a través del arco a su espalda, Gwyn y Emerie todavía respiraban, todavía subían esa última parte del Quebradero hacia la cumbre.

Por eso había matado a los machos ilyrios que pasaban por esas rocas irregulares, quienes creían que iban a encontrarse con una mujer indefensa y sin entrenamiento, pero encontraron que la muerte los esperaba ante el arco.

Solo quedaba uno.

Una parte interior de ella se estremeció ante los rostros que ya no podían mirar, maltrechos. La sangre brotaba de los cadáveres.

«Valquiria —se susurró a sí misma—. Eres una valquiria y, una vez más, estás resistiendo en el paso. Si caes, será para salvar a las amigas que te salvaron a ti, aun cuando no sabían que lo estaban haciendo».

Una mirada hacia atrás mostró a Emerie todavía escalando el último tramo a la cumbre, tan lenta, pero tan cerca. El amanecer se acercaba, pero… ellas iban a hacerlo. Iban a ganar esta cosa.

Nesta volvió a mirar hacia el arco. Sabía perfectamente a quién iba a encontrar allí.

Bellius estaba apoyado en una roca, espada en mano, el escudo colgando en la otra.

—Impresionante trabajo para una puta alta fae.

El macho se apartó de la roca del arco, sin siquiera una mirada a los guerreros que había dejado morir por él.

—Tal vez ya lo sabes, nuestro dios, el primero de los ilyrios, defendió el territorio contra las hordas enemigas justo donde estás ahora.

Él no tenía ni un rasguño. Ni señales de agotamiento a pesar de la escalada.

Bellius sonrió con suficiencia.

—Él también trazó una línea en la tierra. —Movió la cabeza en dirección a ella—. Un pequeño y agradable detalle.

Nesta no conocía ese fragmento de la historia de ellos. Pero no dijo nada. Ella era solo sangre, suciedad y pura determinación.

—No terminó bien para Enalius —continuó Bellius—. Murió después de defender este lugar durante tres días. Subió con las tripas colgando hasta la piedra sagrada en la cima y murió allí. Es por eso que hacemos esta cosa estúpida. En honor a él.

Ella seguía sin decir nada. Los ojos de Bellius se dirigieron a la cumbre. El disgusto los estrechó.

—Mi puta y lisiada prima y esa mestiza deshonran este lugar sagrado.

Un destello de luz procedente de la cima bañó el rostro de Bellius.

Los labios de Nesta se curvaron. Y se ensancharon en una sonrisa ante el gruñido de Bellius.

Gwyn y Emerie tocaron la piedra sagrada y la magia de esta las transportó.

—Parece que no has ganado —le dijo finalmente Nesta a Bellius.

El odio oscureció los ojos vidriosos de Bellius. Como si fuera una respuesta a eso, empezó a nevar mientras grandes nubes se entrelazaban en torno a la montaña. Truenos. La nieve se aferró a las rocas esta vez.

—Nunca quise ganar. —La boca de Bellius se torció hacia arriba—. Yo solo quería esto.

Se lanzó hacia ella.

Capítulo 72

Emerie y Gwyn ganaron. Habían logrado atravesar el Quebradero. Era suficiente.

Nesta solo tenía que contener a ese imbécil unos minutos más… hasta el amanecer. Entonces todo habría acabado. Su poder regresaría y ella podría… Nesta no sabía lo que podría hacer. Pero al menos ella tendría esa arma.

Bellius arremetió, con más rapidez y más seguridad que los otros.

Nesta apenas tuvo tiempo para levantar su escudo. El impacto la sacudió hasta los huesos, y él ya estaba girando sobre sí mismo y su propio escudo iba directo al rostro de la alta fae…

Pero ella giró para quedar fuera de alcance. Por los dioses, estaba cansada. Tan, tan cansada y…

Él no se detenía. No le daba un momento de respiro y atacaba sin cesar, bloqueando y arremetiendo, empujándola de vuelta a la línea, al arco. El odio ardía en su rostro.

Un odio ciego e impulsivo. Sin razón. Sin final.

La nevada se hizo más intensa, el viento aullaba y el cielo retumbaba. Bellius golpeó de nuevo, y Nesta levantó su escudo para recibir el golpe.

Brilló un relámpago y después retumbó el trueno.

Una tormenta envolvió la montaña y cubrió la luna y las estrellas. Solo los relámpagos que atravesaban el cielo iluminaron la arremetida de Bellius.

Ella estaba a la defensiva, y si quería sobrevivir, tenía que encontrar alguna forma de cambiar de táctica…

La nieve cubría las piedras y la tierra, y cuando otro relámpago cruzó veloz el cielo, cegándolos a ambos, él pensó más rápido. Actuó más rápido.

Usó el parpadeo de ella para golpear su escudo con el suyo, lo que hizo que ella lo soltara.

Y chocó con una piedra cercana. Cuando ella miró desconcertada su escudo caído, él aprovechó para hacerle soltar la espada que tenía en la otra mano.

Desarmada como un novato.

Resonó otro trueno y Bellius se rio.

—Decepcionante. —Él hizo una pausa para observarla. Y sonrió antes de atacar otra vez.

Nesta esquivó asalto tras asalto, pero no con la suficiente rapidez como para evitar los cortes precisos que Bellius le fue asestando en los brazos, en las piernas, en la cara. Ella se movía más lentamente, sus pies se deslizaban por la ladera resbaladiza mientras crecía la tormenta de nieve y truenos.

Otro golpe y sus pies abandonaron el suelo. De pronto se quedó sin aliento cuando dio con la espalda sobre algo muy duro. Una roca.

El cuerpo de Nesta se negó a moverse. Apenas jadeaba. Le goteaba sangre caliente de la nariz.

Bellius se acercó y dejó sus armas a un lado.

—Hacer esto con mis propias manos será mucho más satisfactorio.

«Muévete».

La palabra resonó en todo el cuerpo de Nesta. Tenía que seguir moviéndose.

Con las manos temblorosas, mientras los relámpagos no cesaban y la nieve se arremolinaba, Nesta se irguió apartándose de la roca. Las piernas, sin dejar de temblar, le rogaban que se sentara, que se detuviera, que se muriera de una buena vez.

Bellius avanzó, su poderoso cuerpo adoptó una posición de lucha.

El odio salvaje en su mirada la quemaba.

Sus amigas lo habían logrado… pero ella no quería morir.

Quería vivir, vivir bien y vivir feliz.

Quería hacerlo con…

Nesta separó los pies preparándose. Acomodó su cuerpo dolorido y maltratado.

Bellius resopló.

—¿De verdad crees que puedes vencerme en un combate cuerpo a cuerpo?

Le salía sangre de la boca, de la nariz. Pero Nesta sonrió de todos modos, con ese sabor en la lengua.

—No lo creo. Estoy segura.

Bellius lanzó su primer golpe, poniendo toda la fuerza de su poderoso cuerpo en él. Nesta lo bloqueó, y le dio con el puño en la nariz. El hueso crujió. Bellius aulló y retrocedió un paso.

—Porque mi pareja me entrenó bien —susurró Nesta.

Capítulo 73

«Pareja».

La palabra fue una estrella fugaz que atravesó a Nesta mientras ella y Bellius se lanzaban el uno al otro, golpeando, pateando, esquivando. Como si el hecho de pronunciar esa palabra le hubiera dado esa última oleada de fuerza…

Bellius estrelló su puño en la mandíbula de Nesta, con tanta fuerza que ella retrocedió unos pocos pasos.

Nesta esquivó el siguiente puñetazo, y se lo devolvió con un golpe en las costillas. Pero él siguió empujándola hacia el arco, hacia la línea.

Estaba agotándola. Superándola.

Ella seguiría luchando. Hasta el final.

El puño de Bellius se descargó en su mejilla izquierda. El dolor la atravesó. Los pies de Nesta dejaron de sostenerla. Voló hacia atrás y el tiempo se hizo más lento.

Cayó al suelo en el otro lado de la línea en la tierra, y podría haber jurado que la montaña se estremeció.

Nesta gateó. No le importaba lo patética que eso le hiciera parecer. Se arrastró lejos de Bellius, a través del arco, destruyendo la línea que ella había trazado.

Él avanzaba, ensangrentado y burlándose.

—Esto lo voy a disfrutar.

Ella había asegurado que estaba bien morir por sus amigas, que estaba bien porque ellas lo habían logrado, habían ganado, pero morir a manos de este don nadie…

Nesta gruñó. No le quedaba nada. Su cuerpo ya la había abandonado. Como tantos otros lo habían hecho.

Bellius sacó un cuchillo de su bota.

—Creo que prefiero cortarte el cuello.

Estaba sola.

Había nacido sola y moriría sola, y este horrible macho sería quien la matara…

Sonó un trueno, y toda la montaña tembló con su impacto. Bellius dio un paso hacia ella y levantó el cuchillo.

Gotas de sangre por todos lados.

En un primer momento, ella pensó que fue un rayo lo que le atravesó la garganta, abriéndola tanto que su sangre bañaba el aire nevado.

Pero entonces vio las alas. El otro par de alas.

Cuando Bellius cayó al suelo, ahogándose en su propia sangre vital, y pudo ver a Cassian de pie allí, mostrando los dientes, espada en mano, ella se preguntó si el trueno que sacudió la montaña no habría sido la rabia de él.

Cassian pasó por encima del cuerpo agonizante de Bellius y le tendió una mano. No para abrazarla, sino para ayudarla a levantarse. Como siempre había hecho.

Nesta la aceptó y se puso en pie mientras su cuerpo chillaba protestando.

Pero olvidó el dolor y la muerte que los rodeaba, mientras él la apretaba contra el pecho y la abrazaba con fuerza.

—Y ahora voy a abrir tu linda y pequeña garganta —le susurró tiernamente sobre su cabello ensangrentado.

Las palabras de Cassian no eran las suyas. Tampoco sus manos. Nesta trató de apartarse y él apretó los brazos alrededor de ella. Con tanta fuerza que sintió que sus huesos se juntaban dolorosamente.

Él estaba gritando. En silencio, sin parar. Gritándole a ella para que luchara contra él, que corriera. Gritándose a sí mismo para acabar con ello.

Pero no podía. Hiciera lo que hiciese, él no podía detenerlo.

—Cassian —dijo Nesta, esforzándose.

«Mátame —le rogó a ella en silencio—. Mátame antes de que tenga que hacer esto».

«Cassian», Nesta se apretó contra su pecho. Sus brazos se mantuvieron firmes. La apretaron más fuerte.

—Él no puede obedecerte, Nesta Archeron —se oyó que decía una voz ronca y marchita detrás de Nesta—. Él es mío ahora.

Cassian ni siquiera pudo abrir los ojos como advertencia. Sus brazos se aflojaron por una orden silenciosa de la reina, lo que permitió a Nesta liberarse de su abrazo.

Se la presentó a Briallyn, que llevaba la Corona sobre su fino y blanco cabello.

Capítulo 74

La satisfacción brillaba en los ojos oscuros de Briallyn, y las tres simples puntas de la Corona de oro brillaron cuando ella levantó una mano.

La tormenta cesó. Al despejarse dejó a la vista el cielo gris pálido previo al amanecer, la última estrella dejó de parpadear.

Hasta la naturaleza podía ser influenciada por la Corona.

El horror se apoderó de Nesta cuando los brazos de Cassian se aflojaron. Ella dio un giro y se apartó unos pasos, pero sabía lo que iba a encontrar. Cassian seguía inmóvil como una estatua. Como si lo hubieran convertido en piedra. Sus ojos, normalmente tan brillantes y vivaces, estaban vidriosos. Vacíos.

Briallyn lo había querido así. Había movido a la gente como piezas de ajedrez para asegurarse de que Nesta llegara aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Nesta.

La gruesa capa de piel de Briallyn se agitó con el viento de la montaña.

—Tu poder es demasiado fuerte… ser arrojada en medio de este espectáculo primitivo te agotó.

—¿Hiciste que los ilyrios me trajeran aquí?

—Mi intención era agarrar a la mutilada. —La sangre de Nesta hirvió ante la mención de Emerie—. Bellius me informó sobre tu amistad y vi lo mucho que ella significaba para ti cuando nos vinculamos a través del Arpa y la Corona. Sabía que, si la capturaba a ella, la traía hasta aquí, tú la seguirías, a pesar de lo que dijera la ley. Eres tan imprudente y engreída que pensaste que podrías salvarla. Pero me lo hiciste más fácil: fuiste directamente a su casa en el Refugio del Viento. Me ahorraste la molestia de atraerte. Dejé que esos tontos ilyrios las tomaran a ella y a la mestiza como un divertido premio extra.

Nesta no se atrevió a mirar a Cassian.

—¿Todo eso para desgastarme?

—Sí. Y sin tu magia…

Nesta la interrumpió.

—Yo estaba agotada hacía días. ¿Por qué esperar hasta ahora? —quiso saber.

Briallyn frunció el ceño ante la interrupción.

—Lo estaba esperando a él. —Ella movió la cabeza en dirección a Cassian, que estaba erizado de rabia… algo así como el odio y el miedo se abrían paso por entre la opacidad de sus ojos—. Días y días, esperé a que él se acercara lo suficiente como para que yo pudiera usar la Corona para atraparlo. Tuve que usar a ese príncipe descarado de Eris para atraerlo. —Una risa suave—. Eris trató de ayudar a sus soldados cuando lo rodearon durante su cacería. Ayudar a esos desgraciados. Él cabalgó directamente hacia ellos, en lugar de alejarse al galope, como haría cualquier persona con sentido común. Ellos lo atraparon con un mínimo de alboroto. Ni siquiera esos infernales perros suyos pudieron hacer nada cuando Koschei lo transportó y se lo llevó.

¿Eris estaba muerto? ¿O ahora era su esclavo? El rostro de Cassian no revelaba nada.

Pero Briallyn le sonrió a él.

—Me preocupaba que nunca fueras a acercarte. El pobre Eris habría tenido un final muy lamentable si hubiera ocurrido tal cosa. No creo que su fuego hubiera soportado el lago de Koschei.

Miró el cadáver de Bellius.

—Es un bruto odioso… igual que tú, Cassian. Arrogante y atrevido. Se alejó de su grupo de exploración para buscar diversión en mis territorios. Así que le mostré cuál era mi idea de la diversión. —Sus delgados labios se torcieron en una sonrisa burlona.

Briallyn se rio entre dientes.

—Le dije que te persiguiera, que no te matara, pero parece que no fui muy precisa en mi elección de palabras. Y es bastante satisfactorio ver a alguien matar, especialmente si lo hace con las herramientas que una misma le proporcionó. Sabía que el Rito sería mucho más entretenido si había armas. Supongo que podría haberle ordenado a Bellius que se retirara, pero me estaba empezando a gustar esa imagen.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Nesta—. ¿Por qué no quieres la paz?

—¿Paz? —Briallyn se rio—. ¿Qué paz puedo tener ahora? —Agitó una mano señalándose a sí misma—. Lo que quiero es venganza. Lo que quiero es poder. Lo que quiero es el Tesoro. Así que me aseguré de que tú también lo supieras. Me aseguré de que te convirtieras en mi socia involuntaria para la recolección de los objetos con poder de este territorio dejado de la mano de los dioses. Y sé que solo hay una forma para que me los entregues. Una persona por la que lo harías. —Le dirigió una sonrisa a Cassian—. Tu pareja.

—No tengo el Tesoro aquí.

—Puedes convocarlo. Los objetos te responderán, sin importar las protecciones que haya en ellos. Y me los entregarás.

—¿Y luego nos matarás a los dos?

—Y entonces me haré joven de nuevo. Y os dejaré a los dos intactos.

Nesta olió la mentira.

—No lo hagas —gruñó Cassian.

Briallyn le dirigió una mirada de sorpresa y él cerró la boca. Temblaba, pero se quedó quieto. Pero el brillo de su mirada se había aclarado.

—Entonces —continuó Briallyn—, me darás el Tesoro a cambio de la vida de tu pareja. Eres completamente fae ahora, Nesta Archeron. Permitirías que el mundo se convirtiera en cenizas y se destruyera antes que dejar morir a tu pareja. —Ella frunció el ceño con disgusto mirando los cuerpos y la sangre que los rodeaban—. Convoca al Tesoro, y acabemos con este complicado asunto.

Nesta no pudo evitar su temblor. Darle a Briallyn el Tesoro, incluso si ella pudiera convocarlo…

—No.

—Entonces tendré que tratar de convencerte.

Briallyn chasqueó los dedos en dirección a Cassian, y Nesta tuvo medio segundo para volverse antes de que él estuviera sobre ella.

El pánico y la rabia brillaban en los ojos de él, pero Nesta no pudo hacer nada, absolutamente nada, cuando él se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo. La inmovilizó allí mismo, con un brazo en el cuello y todo su peso, alguna vez tan íntimo y amoroso, era ahora lo que la iba a sujetar allí, la iba a lastimar…

Su rostro solo expresaba una súplica, una absoluta angustia, mientras luchaba contra la Corona. Luchó contra ella y perdió.

—Eso lo va a destruir, por supuesto, matar a su propia pareja —anunció Briallyn—. Estarás muerta, y morirás sabiendo que lo condenas a una vida de desgracias.

El brazo libre de Cassian tembló cuando sacó del cinturón el cuchillo con el que había matado a Bellius. Lo acercó a ella.

—Me vas a matar —jadeó Nesta—, y no vas a conseguir el Tesoro. Nunca lo vas a encontrar.

—Hay otros en tu corte tan delirantes como tú. Ellos me lo van a conseguir de una forma u otra, con el incentivo adecuado. De acuerdo, voy a necesitar tu sangre para desbloquear las protecciones del Tesoro. También vi eso, ¿sabes? Cuando tan tontamente sostuviste el Arpa en la Prisión. Pero supongo que matarte nos dará la sangre necesaria en abundancia. —Briallyn movió la cabeza en dirección a Cassian—. Levántala.

Nesta no se resistió cuando él hizo que se pusiera en pie. Él seguía sosteniendo el cuchillo sobre su garganta. La súplica brilló en los ojos de él. Súplica y miedo… y amor.

Amor que ella no se merecía. Que no lo había merecido ni una vez, pero ahí estaba. Tal como había estado allí desde el instante en que se conocieron.

¿Cuál era el valor del mundo comparado con él? ¿Con esto?

—¡Esto se está volviendo agotador! —exclamó Briallyn.

Nesta dejó que su pareja viera el amor que brillaba en su rostro.

El cielo se llenó con una luz suave y apacible.

—Mata —le ordenó Briallyn a Cassian.

Nesta amaba a Cassian desde que lo vio por primera vez. Lo había amado aun cuando ella no quería amarlo, aun cuando ella fue tragada por la desesperación, el miedo y el odio. Lo amó y se destruyó a sí misma porque no creía merecerlo, porque él era todo bondad, valentía y amabilidad, y ella lo amaba, lo amaba… ella lo amaba…

Cassian sacudió el brazo, y Nesta se preparó para el golpe, mostrándole su perdón, su amor interminable e inquebrantable por él…

Pero Cassian rugió.

Y entonces el cuchillo giró en su mano. No la apuntó a ella, sino a su propio corazón.

Por su propia y libre voluntad.

Contra el poder de la Corona, contra una Briallyn jadeante, eligió clavar el cuchillo en su propio corazón. «Mata», había dicho ella. Pero no había especificado a quien.

Y cuando el sol se asomó por el horizonte, cuando el cuchillo de Cassian se hundió en su pecho, Nesta estalló con la fuerza del Caldero.

No había nada en la cabeza de Nesta más que el grito. Nada en su corazón sino amor, odio y furia cuando dejó salir todo de ella y el mundo entero estalló.

El aullido de su magia era una bestia sin nombre. Avalanchas cayeron en cascada por los acantilados hacia mares de un blanco brillante. Los árboles se doblaban y se quebraban al paso del poder que arrancaba de ella. Mares lejanos retrocedían alejándose de sus costas, para luego volver en grandes olas hacia ellas nuevamente.

Los vidrios temblaron y se rompieron en Velaris, los libros cayeron de los estantes en las mil bibliotecas de Helion, y los restos de una ruinosa cabaña en los territorios humanos se derrumbaron para convertirse en un montón de escombros.

Briallyn fue lo único que Nesta vio. Lo único que Nesta vio cuando saltó sobre ella fue a la vieja bruja de mandíbula floja mientras su frágil cuerpo caía sobre el suelo de rocas. Lo único de lo que tenía conciencia era de su grito cuando agarró la cara de Briallyn, cuando la Corona brilló con un blanco cegador, y cuando rugió con furia hacia las montañas, hacia las estrellas, hacia los lugares oscuros entre ellas.

Las manos nudosas se volvieron jóvenes. Un rostro arrugado se volvió hermoso y encantador. El cabello blanco se oscureció hasta ser negro como un cuervo.

Nesta bramó y bramó, dejando que su rabia mágica liberara todas las brasas. Que borrara de la existencia a la reina debajo de ella.

Las manos jóvenes se convirtieron en cenizas. La cara bonita se disolvió en la nada. El cabello oscuro se convirtió en polvo.

Hasta que todo lo que quedó de la reina fue la Corona en el suelo.

Capítulo 75

Cassian yacía boca abajo en el suelo.

Nesta corrió hacia él, rezando, sollozando, mientras su magia seguía resonando por el mundo.

Le dio la vuelta, buscó el cuchillo, la herida, pero…

El cuchillo estaba debajo de él. Sin sangre.

Él gimió y entreabrió los ojos.

—Supuse —dijo con voz ronca— que debía permanecer inmóvil mientras hacías eso.

Nesta lo miró boquiabierta. Luego rompió a llorar.

Cassian se sentó y en su lengua sonaban palabras de serenidad. Le enmarcó el rostro entre sus manos.

—La deshiciste.

Nesta miró a la Corona en el suelo… la mancha negra donde había estado Briallyn.

—Ella se lo merecía.

Él se rio entre dientes y apoyó su frente contra la de ella. Nesta cerró los ojos y aspiró su esencia.

—Eres mi pareja, Cassian —dijo ella ya sobre sus labios, y lo besó suavemente.

—Y tú eres la mía —replicó él, y la besó a su vez.

Y luego sus manos se deslizaron por el cabello de ella. Y el beso…

Nada importaba. Ni el mundo que los rodeaba ni la Corona a sus pies, mientras él la besaba. El beso de una pareja. Uno que hacía que sus almas se entrelazaran, que brillaran.

Ella se echó hacia atrás y dejó que él viera la alegría en sus ojos, en su sonrisa. El asombro de él y su propia alegría, hicieron que a ella se le hiciera un nudo en la garganta.

—Cassian, yo…

En ese momento dos figuras aterrizaron junto a ellos, lo que hizo temblar a la montaña. Se dieron la vuelta y vieron a Mor y a Azriel allí, ambos con rostros graves.

—¿Eris? —quiso saber Cassian.

—A salvo, y la daga hecha está en nuestras manos de nuevo —lo tranquilizó Azriel—, aunque Eris está enojado y confundido. Está en la Ciudad Tallada. Pero…

—Es Feyre —dijo Mor.

Capítulo 76

La casa del río estaba muy silenciosa. Como una tumba.

—Comenzó a sangrar hace unas horas —explicó Mor mientras los conducía por la casa.

—Pero todavía faltan meses para dar a luz —señaló Nesta, que la seguía de muy cerca.

El olor a sangre llenaba la habitación en la que entraron. Mucha sangre, sobre toda la cama, sobre los muslos abiertos de Feyre. No había un bebé… y la cara de Feyre… estaba blanca como la muerte. Tenía los ojos cerrados y su respiración era muy débil.

Rhys estaba inclinado a su lado, tomándole la mano. Pánico, terror y dolor le oscurecían el rostro.

Madja, arrodillada en la cama entre las piernas de Feyre, con sangre hasta los codos, habló sin mirarlos.

—Giré al bebé, pero no baja. Está trabado en el canal de parto.

Una ligera inhalación desde un rincón de la habitación indicó que Amren estaba sentada allí, con su rostro pálido y sin color.

—Está perdiendo demasiada sangre, y puedo sentir que el corazón del bebé tiene problemas —anunció Madja.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mor mientras Cassian y Azriel se acercaban a Rhys y le ponían las manos en los hombros.

—No hay nada que podamos hacer —aseguró Madja—. Cortarla para sacarle al bebé la matará.

—¿Cortarla? —preguntó Nesta, lo que le valió una intensa mirada de Rhys.

Madja ignoró el tono que ella usó.

—Una incisión a lo largo de su abdomen, incluso una hecha con sumo cuidado, es un riesgo enorme. Nunca ha tenido éxito. E incluso con las habilidades curativas de Feyre, la pérdida de sangre la ha debilitado…

—Hazlo —logró decir Feyre. Sus palabras estaban cargadas de dolor.

—Feyre —objetó Rhys.

—Es probable que el bebé no sobreviva —explicó Madja, con voz suave pero llena de sentido común—. Es demasiado pequeño todavía. Los arriesgamos a los dos.

—A todos vosotros —susurró Cassian, con los ojos puestos en Rhys.

—Hazlo —ordenó Feyre, y su voz era la de la alta lady. Sin miedo. Solo determinación por la vida del bebé dentro de ella. Feyre miró a Rhys—. Debemos hacerlo.

El alto lord asintió moviendo lentamente la cabeza, sus ojos tenían líneas plateadas.

Una mano agarró la de Nesta, y allí estaba Elain, temblando y con los ojos muy abiertos. Nesta apretó los dedos de su hermana. Juntas se acercaron al otro lado de la cama.

Y cuando Elain comenzó a rezar a los dioses extranjeros de los fae, a su Madre, Nesta también inclinó la cabeza.

Feyre estaba muriendo. El bebé estaba muriendo.

Y Rhys moriría con ellos.

Cassian sabía que no era el miedo a su propia muerte lo que hacía que su hermano estuviera temblando. La mano de Cassian se apretó en el hombro de Rhys. Un poder salpicado de noche emanaba de su alto lord, tratando de curar a Feyre, tal como hacía el poder de Madja, pero la sangre seguía saliendo, más rápido de lo que cualquier poder podría detener.

¿Cómo se había llegado a esto? Un trato hecho por amor entre los dos miembros de una pareja ahora iba a terminar con tres vidas perdidas.

El cuerpo de Cassian se apartó cuando Madja se levantó de la cama para luego regresar con un juego de cuchillos y herramientas, mantas y toallas.

—Entra en su mente para quitarle el dolor —le indicó Madja a Rhys, quien parpadeó a modo de confirmación, luego maldijo, como si se reprochara a sí

mismo por no haber pensado antes en eso. Cassian miró al otro lado de la cama, donde Elain le tomaba la otra mano a Feyre, y Nesta tomaba la de Elain.

—Feyre, cariño… —le dijo Rhys a su pareja.

—Nada de despedidas —jadeó Feyre—. Nada de despedidas, Rhys.

Sea lo que fuese que Rhys hizo por el dolor, el resultado fue que los ojos de ella se cerraron. Y la mente de Cassian quedó totalmente en silencio y en blanco cuando Madja apartó la ropa de Feyre y los cuchillos brillaron.

No hubo sonido alguno cuando emergió el pequeño bebé alado. Mor permaneció en su lugar, con las mantas en la mano, y recibió al niño inmóvil de las manos ensangrentadas de Madja.

Rhys estaba llorando, y las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Mor cuando miró al bebé en silencio en sus brazos.

Y entonces Madja lanzó una maldición, y Rhys…

Rhys comenzó a gritar.

Cassian sabía, cuando Rhys se arrojó sobre Feyre en la cama, lo que iba a ocurrir.

Y ninguna fuerza en el mundo podría detenerlo.

El mundo redujo su velocidad. Se enfrió.

Allí estaba en silencio el bebé demasiado pequeño en los brazos de Mor.

Allí estaba Feyre, abierta con un tajo y sangrando sobre la cama.

Allí estaba Rhysand gritando, como si le estuvieran arrancando el alma, pero Cassian y Azriel estaban allí, apartándolo de la cama mientras Madja intentaba salvar a Feyre…

Pero la Muerte rondaba por ahí. Nesta la sintió, la vio. Era una sombra más densa y permanente que cualquiera de las de Azriel. Elain sollozaba y apretaba la mano de Feyre, suplicándole que resistiera, y Nesta estaba de pie en medio de aquello, con la Muerte dando vueltas alrededor de ella, y no había nada nada nada que hacer mientras la respiración de Feyre se debilitaba, mientras Madja comenzaba a gritarle que luchara…

Feyre.

Feyre, que había ido al bosque por ellas. Que las había salvado tantas veces.

Feyre. Su hermana.

La Muerte acechaba cerca de Feyre y de su pareja, una bestia lista para saltar, para devorarlos a ambos. Nesta soltó su mano de la de Elain. Retrocedió.

Cerró los ojos y abrió ese lugar en su alma que se había liberado en Ramiel.

Cassian apenas podía contener a Rhys, incluso con sus siete Sifones brillando juntos con los de Azriel.

Debería dejar que Rhys fuera con ella. Si ambos estaban a punto de morir, él debería dejar que Rhys fuera con su pareja. Estar con ella en esos últimos segundos, su último aliento…

Una luz dorada parpadeó en el otro lado de la habitación, y Amren jadeó. El corazón de Cassian se encogió de horror.

Nesta ya no rondaba al lado de la cama. Ahora estaba de pie a una cierta distancia.

Llevaba la Máscara. Se había puesto la Corona en la cabeza. Y acunaba el Arpa en sus brazos.

Nadie había tomado las tres cosas a la vez y había vivido. Nadie podía contener sus poderes, ni controlarlos…

Los ojos de Nesta brillaban con fuego plateado detrás de la Máscara. Y Cassian sabía que el ser que miraba así no era fae ni humano, ni nada que caminara por las tierras de este mundo.

Ella comenzó a moverse hacia la cama, y Rhys corrió hacia ella.

Nesta levantó una mano y Rhys se quedó quieto. Tan quieto como Cassian había estado bajo el control de la Corona.

El pecho de Feyre se levantó, un estertor de muerte susurró a través de sus labios blancos, y Cassian no pudo hacer otra cosa que mirar cuando los dedos de Nesta, todavía ensangrentados y sucios después del Rito, se movieron hasta la última cuerda del Arpa. La cuerda vigesimosexta.

Y la hizo sonar.

Capítulo 77

Era el Tiempo.

La vigesimosexta cuerda del Arpa era el Tiempo mismo, y Nesta lo detuvo cuando Feyre lanzó su último aliento.

Lanthys lo había dicho. Que incluso la Muerte se inclinaba ante la última cuerda. Ese tiempo no significaba nada para el Arpa.

La cuerda no emitió ningún sonido cuando Nesta la pulsó. Solo le quitó el mundo.

Y la Muerte, que Nesta sentía alrededor de su hermana, alrededor de Rhysand, alrededor del bebé en los brazos de Mor…, ella le pidió a la Máscara que detuviera eso también. Que lo mantuviera a raya.

Al principio
y al final,
solo había oscuridad
y nada más.

Una voz suave y conocida susurró esas palabras. Como se las habían susurrado a ella hacía mucho tiempo. Como le había sido advertido en la oscuridad de Oorid. Una voz femenina encantadora, amable, sabia y cálida, que la había estado esperando todo ese tiempo.

La habitación era una imagen congelada de movimiento, de rostros conmocionados y horrorizados que se volvían hacia ella, hacia Feyre y toda esa sangre. Nesta caminó a través de ella. Pasó junto al cuerpo tenso de Rhys que gritaba, con su rostro que era el retrato vivo de la desesperación, el terror y el dolor; junto al rostro grave de Azriel; junto a Cassian, que apretaba los dientes

mientras sostenía a Rhys. Pasó junto a Amren, cuyos ojos grises estaban fijos en donde había estado Nesta, y en su rostro había puro terror y algo como el asombro.

Pasó junto a Mor y ese bulto demasiado pequeño en sus brazos, con Elain a su lado, congelada en su llanto.

Nesta lo atravesó todo, a través del Tiempo. Hacia su hermana.

¿Ves cómo podría ser?, le susurró esa suave voz femenina que miraba a través de sus ojos. *¿Lo que podrías hacer?*

No siento nada, dijo Nesta en silencio. Solo la imagen de Feyre en el umbral de la Muerte le impidió olvidar por qué estaba ahí, lo que tenía que hacer.

¿No es eso lo que querías? ¿No sentir nada?

Yo creía que eso era lo que quería. Nesta observó a la gente a su alrededor. Sus hermanas. Cassian, que había estado dispuesto a clavar una daga en su corazón en lugar de hacerle daño a ella. *Pero ya no*. Como la voz femenina no la presionó, Nesta prosiguió: *Quiero sentirlo todo. Quiero abrazarlo con todo mi corazón*.

¿Incluso las cosas que te duelen y te persiguen? Solo la curiosidad envolvía esa pregunta.

Nesta se permitió un respiro para reflexionar sobre ello, serenando su mente una vez más. *Necesitamos esas cosas para poder apreciar lo bueno. Algunos días eso puede resultar más difícil que otros, pero… Quiero experimentarlo todo, vivir a través de todo eso. Con ellos*.

Esa voz sabia y suave susurró: *Entonces vívelo, Nesta Archeron*.

Nesta no necesitó nada más cuando tomó la mano inerte de su hermana y se arrodilló en el suelo. Puso el Arpa a su lado, con su nota silenciosa todavía reverberando, sosteniendo con firmeza al Tiempo en sus manos.

Ella no sabía qué podía ofrecer, aparte de esto.

Mientras acariciaba la mano fría de Feyre, Nesta le habló a la atemporal y congelada habitación.

—Me amaste cuando nadie más lo hacía. Nunca dejaste de hacerlo. Incluso cuando no lo merecía, me amaste y luchaste por mí, y… —Nesta miró el rostro de Feyre, con la Muerte a un instante de reclamarla para sí. Ella no detuvo las lágrimas que corrían por sus mejillas mientras apretaba con más fuerza la delgada mano de Feyre—. Te amo, Feyre.

Ella nunca había dicho esas palabras en voz alta. A nadie.

—Te amo —susurró Nesta de nuevo—. Te amo.

Y cuando la última cuerda del Arpa vaciló, como un susurro de trueno en el aire, Nesta cubrió el cuerpo de Feyre con el suyo. El Tiempo volvería a comenzar pronto. No le quedaba mucho más.

Se dirigió a su interior, hacia el poder que había hecho temblar a monstruos inmortales, y había hecho que reyes malvados cayeran de rodillas, pero… ella no sabía cómo usarlo. La Muerte corrió por sus venas, pero ella no tenía el conocimiento para dominarla.

Un movimiento en falso, un error y Feyre estaría perdida.

Así que Nesta abrazó a su hermana con fuerza, con el Tiempo detenido alrededor de ellas.

—Si me muestras cómo salvarla —susurró—, puedes tenerlo de vuelta.

El mundo se detuvo. Mundos más allá del de ellas se detuvieron.

Nesta metió su rostro en el sudor frío del cuello de Feyre. Abrió ese lugar dentro de ella, y le habló a la Madre, al Caldero.

—Te devolveré lo que te quité. Solo enséñame cómo salvarlos… a ella y a Rhysand y al bebé. —Rhysand…, su hermano. Eso es lo que era él, ¿no? Su hermano, que le había brindado amabilidad incluso cuando ella sabía que él hubiera querido estrangularla. Y ella a él. Y él bebe…, su sobrino. Sangre de su sangre. Ella lo iba a salvar, los salvaría a los tres, aunque se lo llevara todo—. Enséñame —suplicó.

Nadie respondió. El Arpa dejó de resonar.

Cuando volvió el Tiempo, el ruido y el movimiento rugieron en la habitación, y Nesta le susurró al Caldero su promesa que se elevó por encima del estruendo.

—Te lo devuelvo todo.

Y una mano suave e invisible le rozó la mejilla a manera de respuesta.

Cassian parpadeó, y Nesta había ido de un costado de la habitación a la cama. Había pulsado el Arpa y ahora yacía medio encima de Feyre, susurrando. Ningún fuego plateado ardía en sus ojos. Ni una brasa fría. Tampoco había rastros del ser que se asomaba en la mirada de ella.

Rhys trató de soltarse, pero Amren se acercó a ellos.

—Escucha —susurró.

—Te lo devuelvo todo —dijo Nesta en un suspiro. Sus hombros se agitaron cuando lloró.

Rhys comenzó a mover la cabeza. Su poder era una ola ascendente palpable que podría destruirlos a todos, destruir el mundo si eso significaba que Feyre ya no estaba en él, incluso si solo tenía segundos para vivir más allá de ella, pero Amren lo agarró por la nuca. Sus uñas rojas se clavaron en su piel dorada.

—Mira la luz.

Una luz iridiscente comenzó a fluir del cuerpo de Nesta. Para entrar en Feyre.

Nesta siguió sosteniendo a su hermana.

—Te lo devuelvo. Te lo devuelvo. Te lo devuelvo.

Hasta Rhys dejó de luchar. Nadie se movió.

La luz brillaba por los brazos de Feyre. Por sus piernas. Le bañó el rostro ceniciento. Comenzó a llenar la habitación.

Los Sifones de Cassian se agitaron, como si sintieran un poder mucho más fuerte que el de él, que el de cualquiera de ellos.

Hilachas de luz flotaban entre las hermanas. Y una, delicada y amorosa, flotó hacia Mor. Hacia el bulto en sus brazos para envolver al silencioso bebé en un brillo resplandeciente como el sol.

Y Nesta seguía susurrando:

—Te lo devuelvo. Te lo devuelvo todo.

La iridiscencia la llenó, llenó a Feyre, llenó el bulto en brazos de Mor, iluminando el rostro de su amigo para que el impacto en él quedara grabado con un marcado relieve.

—Te lo devuelvo —dijo Nesta, una vez más, y Máscara y Corona cayeron de su cabeza. La luz estalló, cegadora y cálida. Un viento pasó junto a ellos, como si reuniera todos los fragmentos de la luz misma para sacarlos de la habitación.

Y mientras se desvanecían, una tinta oscura se expandió por la espalda de Nesta, visible a través de su túnica medio rota, como si fuera una ola que se rompe en la costa.

Un acuerdo. Con el Caldero mismo.

Sin embargo, Cassian podría haber jurado que una mano luminiscente y suave impedía que la luz abandonara del todo su cuerpo.

Esta vez Cassian no detuvo a Rhys cuando corrió hacia la cama. Allí donde Feyre yacía y recuperaba el color. La sangre ya no corría entre sus piernas. Feyre abrió los ojos.

Parpadeó mirando a Rhys y luego se volvió hacia Nesta.

—Yo también te amo —le susurró Feyre a su hermana y sonrió. Nesta no contuvo su llanto cuando se arrojó sobre Feyre y la abrazó.

Pero el gesto duró poco, apenas la duración de un parpadeo, cuando se oyó un berrido saludable que venía desde el otro lado de la habitación, y…

Mor tartamudeó, llorando, y el bebé que llevó a la cama no era la cosa pequeña e inmóvil que ella había tenido en sus brazos, sino un niño alado nacido a término. Tenía el espeso cabello oscuro pegado a la cabeza mientras lloraba buscando a su madre.

Entonces Feyre también empezó a sollozar cuando tomó a su hijo de los brazos de Mor, casi sin darse cuenta de que Madja de repente se inclinaba entre sus piernas, para ver lo que estaba ocurriendo… la cicatrización.

—Si no supiera que eso es imposible, diría que has desarrollado la anatomía de una ilyria —murmuró la sanadora, pero nadie estaba escuchando.

No cuando Rhys envolvió a Feyre con sus brazos para mirar juntos a su niño…, su hijo. Juntos lloraban y reían.

—Amamántalo —sugirió Madja.

Feyre obedeció. Se maravilló cuando acercó al niño a su pecho y vio que este estaba hinchado de leche.

Rhys miró con asombro durante todo un rato antes de volverse hacia Nesta, que se había apartado de la cama y ahora estaba junto a la Máscara. Detrás de ella, la Corona y el Arpa estaban en el suelo. Cassian contuvo la respiración mientras aquellos dos se miraban el uno al otro.

Entonces Rhys cayó de rodillas y tomó las manos de Nesta entre las suyas, y apretó su boca sobre sus dedos.

—Gracias —dijo llorando, con la cabeza inclinada. Cassian sabía que no fue en agradecimiento por la propia vida de Rhys que este se arrodilló encima de los tatuajes entintados de sus rodillas.

Nesta se dejó caer sobre la alfombra. Levantó la cara de Rhys en sus manos y observó lo que había en ella. Luego puso sus brazos alrededor del alto lord de la Corte Noche y lo abrazó con fuerza.

Capítulo 78

Gwyn y Emerie esperaban en uno de los salones que daban al río, curadas pero todavía con sus ropas desgarradas y ensangrentadas. El vapor subía de las tazas colocadas en la mesa baja delante de ellas.

—Dos espectros nos trajeron un té… —dijo Emerie con voz ronca cuando Nesta se detuvo frente a ellas.

Pero Gwyn la interrumpió, con la cara ardiendo.

—Nunca te voy a perdonar —le susurró a Nesta.

Nesta simplemente saltó sobre el sofá y abrazó a Gwyn con fuerza. Estiró un brazo hacia Emerie, quien se unió a su abrazo.

—Podemos hablar de perdonar otro día —replicó Nesta entre lágrimas, acomodándose entre ellas—. Habéis ganado esta maldita cosa.

—Gracias a ti —acotó Emerie.

—Tengo una corona propia, no te preocupes —explicó Nesta, aunque sabía que Mor en ese momento estaba transportando los tres objetos del Tesoro hasta el lugar del que Nesta los había sacado. Ella los había convocado, después de esquivar los hechizos de Helion. Ningún hechizo podría apartarlos de ella… Briallyn había dicho la verdad sobre eso.

—¿Quién os ha curado? —Nesta se apartó para verlas mejor—. ¿Cómo es que habéis llegado hasta aquí?

—La piedra —explicó Emerie, sus facciones suavizadas por el asombro—. Curó todas nuestras heridas en el momento mismo en que nos sacó del Rito. Y llegamos aquí, precisamente.

—Creo que sabía dónde nos necesitaban más —dijo Gwyn en voz baja y Nesta sonrió.

Pero su sonrisa se desvaneció cuando le preguntó a Emerie:

—¿Tu familia te va a castigar por lo que le pasó a Bellius? —Si solo llegaran a pensar en hacerlo, Nesta les haría una breve visita. Con la Máscara, el Arpa y la Corona.

Y esa era la razón por la que el Tesoro debía mantenerse lejos de ella.

Emerie se encogió de hombros.

—Se producen muertes en el Rito. Cayó en combate cuando uno de sus compañeros guerreros se volvió contra él durante la caminata por las laderas de Ramiel. Eso es todo lo que necesitáis saber. —Sus ojos centelleaban.

Nesta tenía la sensación de que la verdad de lo que había ocurrido en esa montaña solo la sabrían ellas… y el círculo más íntimo de la corte de Feyre. Cassian claramente había sido metido en el Rito en contra de su voluntad. Con suerte, nadie jamás negaría ese hecho.

Gwyn se rio con voz ronca.

—Los ilyrios se van a poner furiosos con nuestra victoria, ya lo sabes. Especialmente porque no tengo la menor intención de que me digan que soy una carynthia. Estoy encantada de ser una valquiria.

—Oh, van a estar histéricos durante décadas —estuvo de acuerdo Emerie, sonriendo.

Nesta le devolvió la sonrisa, y puso de nuevo los brazos alrededor de sus amigas y se hundieron en los mullidos cojines del sofá.

—Estoy deseando verlos así.

Y por primera vez, con esas dos amigas a su lado, con su pareja esperándola… eso era cierto.

Nesta deseaba ansiosamente ver el futuro que los esperaba. En su totalidad.

El bebé, al que Rhys y Feyre llamaron Nyx, era el bebé más hermoso con el que cualquiera alguna vez pudiera soñar. Cabello oscuro, con ojos azules que ya brillaban con la luz de las estrellas de su padre y su madre, contrarrestando el bronceado claro de su piel.

Y allí estaban las alas diminutas, que Cassian nunca se había dado cuenta de que eran tan delicadas, tan perfectas, hasta que tocó aquella suavidad aterciopelada. Las garras sobre ellas iban a crecer mucho más tarde, junto con la

habilidad para usar las alas mismas, pero… observó al bebé en sus brazos, con su corazón pleno y listo para estallar.

—No tenéis ni idea de la cantidad de problemas en los que este niño se va a meter —dijo dirigiéndose a Feyre y Rhys, sentados en la cama, cuidadosamente rehecha con sábanas limpias.

Feyre se rio entre dientes.

—Esos bonitos ojos serán los culpables, estoy segura.

Rhys, todavía aturdido y pálido, apenas sonrió.

La puerta se abrió, y allí apareció Nesta, todavía con sus ropas robadas, desgarradas y llenas de sangre. Ella ya había tenido en sus brazos al bebé, y el pecho de Cassian se hinchó, dolorido, al ver que ella le sonreía a Nyx.

Pero en ese momento los ojos de Nesta se dirigieron a Cassian, y él vio la silenciosa demanda en ellos.

Silenciosamente Cassian le entregó Nyx a Azriel —sorprendido ante la entrega de esta delicada criaturita a sus manos llenas de cicatrices—, y siguió a Nesta por la puerta, hacia el pasillo y luego escalera abajo. No hablaron hasta que se detuvieron en el jardín trasero de la casa, con vistas al río, que una vez más se despertaba bajo el sol primaveral.

Lo que ella había hecho, tanto durante el Rito como después… Ella las había reemplazado a todas rápidamente. Él sabía que había algo más. Pero tal vez algunas cosas siempre serían un secreto entre ella y sus amigas. Sus camaradas.

—¿Tu magia…, realmente ese poder desapareció?

El fresco viento primaveral le agitó el cabello color marrón dorado que pronto le cubrió la cara.

—Se la devolví al Caldero a cambio de que me enseñara la manera de poder salvarlos. —Tragó saliva—. Pero algo queda. Creo que algo… o alguien… le impidió al Caldero llevársela toda. E hice algunos cambios por mi cuenta.

La Madre. El único ser que podía ver el sacrificio que Nesta había hecho y devolverle un poco. Quizá fue ella quien miraba a través de la Máscara.

—¿Qué cambiaste?

Nesta puso una mano sobre su abdomen.

—También me cambié un poco. Para que ninguna de nosotras tenga que pasar por esto de nuevo.

Por un instante, Cassian se quedó sin palabras.

—¿Estás… estás esperando un bebé?

Nesta soltó una carcajada.

—No. Por los dioses, no. Seguiré tomando mi té anticonceptivo todavía durante un tiempo. —Se rio de nuevo—. Pero me hice unos ajustes como los que le hizo el Caldero a Feyre. Para cuando llegue el momento.

Él no podía dejar de mirar la tranquila alegría que iluminaba el rostro de ella. Y entonces él le dirigió una suave sonrisa. Sí… cuando llegase el momento, empezarían ese viaje los dos juntos.

Pero lo que Nesta había hecho ese día, lo que había entregado…

—Podrías haber gobernado el mundo con tu poder —señaló él cuidadosamente.

—No quiero gobernar el mundo. —Sus ojos estaban desprotegidos de una manera que él nunca había visto. «Pareja» lo había llamado.

—¿Qué es lo que quieres? —Cassian logró preguntar con la voz ronca.

Ella sonrió, y maldito sea si no era esa la cosa más hermosa que él jamás había visto en su vida.

—A ti.

—Me has tenido desde el momento en que me conociste.

Ella recolocó un mechón de cabello detrás de su oreja arqueada.

—Lo sé.

La besó rozándole apenas la boca. Y ella habló.

—Quiero una ceremonia de apareamiento asquerosamente recargada —señaló.

Él se rio y se apartó.

—¿En serio?

—¿Por qué no?

—Porque Azriel y Mor jamás dejarían de burlarse de mí. —Igual que los ilyrios.

Nesta lo pensó. Luego sacó algo de su bolsillo. Una galletita, tomada de una bandeja en la sala de partos.

—Entonces aquí tienes. Comida. De mí para ti, mi pareja. Ese es el ritual oficial, ¿no? El intercambio de comida de un miembro de la pareja al otro, ¿no?

Él se atragantó.

—¿Estas son mis dos opciones? ¿Una ceremonia de apareamiento bien recargada o una galleta rancia?

A ella se le llenó el rostro con una luz tan verdadera que él casi se queda sin aliento.

—Sí.

Y Cassian se rio de nuevo y cerró los dedos sobre la patética galleta. Luego se inclinó para susurrarle algo al oído.

—Haremos toda una coronación, Nes.

—Ya tengo una corona —replicó ella—. Solo te quiero a ti.

Él apretó la mandíbula. Sí, tendrían que resolver qué hacer con el Tesoro del Miedo completo ahora que ya poseían los tres objetos. Cómo lo había hecho Nesta para convocarlos a pesar de los hechizos que Helion había puesto sobre los otros dos… Ya pensaría en todo eso otro día. Además del hecho de que había detenido el Tiempo con el Arpa. Y que ella parecía tener algún tipo de conexión —o comprensión— con la Madre. La Madre.

Pero Nesta le suavizó el ceño fruncido, como si pudiera ver esas preocupaciones allí.

—Más adelante —prometió—. Nos ocuparemos de todo eso más adelante. —Incluidas las reinas restantes, Koschei, y una todavía inminente guerra.

—Más adelante —estuvo de acuerdo él, y ella le puso los brazos sobre el cuello.

No hubo más palabras después de eso. Solo ellos dos, de pie en la orilla del río bajo el sol, dejando que su calor les atravesara los huesos.

Nesta se apartó.

—Te amo —susurró y eso fue lo único que Cassian necesitó antes de besarla de nuevo, con una fuerza más poderosa y duradera que el propio Caldero.

Capítulo 79

Encontrarse con Eris era lo último que Cassian quería hacer, pero alguien tenía que hablar con el macho. Dos días después del nacimiento de Nyx, Cassian partió precisamente para ocuparse de eso. Eris había sido trasladado a una *suite* en la Ciudad Tallada, y por la expresión tormentosa de Keir ante la llegada de Cassian, tuvo la sensación de que Eris le había dicho muy poco a su asistente.

Eris estaba leyendo un libro junto a una gran fogata en el hogar, con un tobillo cruzado sobre la rodilla, como si su presencia ahí no fuera nada inusual. Como si no hubiera sido secuestrado, hechizado y manipulado por una reina vengativa y un lord de la muerte.

En cuanto Cassian cerró la puerta, Eris levantó sus ojos color ámbar.

—No puedo quedarme mucho tiempo.

—Bien.

Eris cerró el libro mientras observaba a Cassian, que se dejó caer en el sillón frente a él.

—Supongo que quieres saber qué le dije a Briallyn.

—Rhys ya miró dentro de tu mente. Resulta que no sabías mucho. —Le dirigió al macho una sonrisa cortante.

Eris puso los ojos en blanco.

—Entonces ¿por qué estoy aquí?

Cassian examinó al macho. La ropa de Eris seguía estando impecable, pero un músculo le hizo tic en la mandíbula.

—Queríamos saber qué le dijiste a Beron. Dado que estás sentado aquí, y entero, supongo que él no sabe nada sobre nuestra participación en tu rescate.

—Oh, él sabe que tú… me ayudaste.

Cassian se enderezó, moviendo las alas.

—Siempre hay que mezclar verdades y mentiras, general —prosiguió Eris—. ¿Acaso esos guerreros brutos no te enseñaron a resistir la tortura de un enemigo?

Cassian lo sabía. Había sido torturado e interrogado y ni una sola vez lo habían quebrado.

—¿Beron te torturó?

Eris se levantó y se puso el libro bajo el brazo.

—¿A quién le importa lo que mi padre me haga? Creyó mi historia sobre los espías del cantor de sombras que le informaron de que un valioso agente había sido secuestrado por Briallyn, y que a todos vosotros os disgustó llegar y descubrir que era yo, en lugar de alguien de la Corte Verano o la Corte Invierno o quienquiera que esté dispuesto a asociarse con vosotros.

Cassian analizó cada palabra. Beron había torturado a su propio hijo en busca de información, en lugar de agradecer a la Madre por devolvérselo. Pero Eris había resistido. Le dio a Beron otra mentira.

Y luego estaba la forma en que Eris había hablado sobre las otras cortes. Algo fallaba en sus palabras, en su expresión tensa. ¿Estaba el macho celoso?

Cassian abrió la boca, más que listo para lanzarle esa pregunta a él y darle un golpe punzante.

Sin embargo, vaciló. Miró a Eris a los ojos.

El macho había sido criado con todos los lujos y privilegios… en apariencia. Pero ¿quién sabía qué terrores le había infligido Beron? Cassian sabía que Beron había asesinado a la amante de Lucien. Si el alto lord de Otoño estuvo dispuesto a hacer eso, ¿qué no sería capaz de hacer?

—Quita esa mirada de lástima de tu cara —gruñó Eris suavemente—. Sé qué clase de criatura es mi padre. No necesito tu compasión.

Cassian lo estudió de nuevo.

—¿Por qué dejaste a Mor en el bosque aquel día? —Era la pregunta que siempre quedaría pendiente—. ¿Fue solo para impresionar a tu padre?

Eris soltó una carcajada, áspera y vacía.

—¿Por qué eso sigue siendo tan importante para todos vosotros?

—Porque es mi hermana y la amo.

—No me di cuenta de que los ilyrios tenían la costumbre de hacer el amor con sus hermanas.

Cassian gruñó.

—Sigue siendo importante —espetó—, porque no cuadra. Tú sabes el

monstruo que es tu padre y quieres usurpar su lugar; actúas contra él por el bienestar no solo de la Corte Otoño, sino también de todos los territorios fae; arriesgas tu vida para aliarte con nosotros… y, sin embargo, la dejaste en el bosque. ¿Es la culpa lo que motiva todo esto? ¿Porque la dejaste para que sufriera y muriera?

Una llama dorada estalló en la mirada de Eris.

—No me di cuenta de que iba a tener que enfrentar otro interrogatorio tan pronto.

—Dame una maldita respuesta.

Eris se cruzó de brazos y luego hizo una mueca. Como si las heridas que pudiera tener debajo de su inmaculada ropa le dolieran.

—No eres la persona ante la que quiero dar explicaciones.

—Dudo que Mor quiera escuchar.

—Tal vez no. —Eris movió los pies e hizo una mueca de nuevo—. Pero tú y los tuyos tenéis cosas más importantes en las que pensar en lugar de esas historias antiguas. Mi padre está furioso por la muerte de su aliado, pero eso no lo desalienta. Koschei sigue en juego, y Beron bien podría ser tan estúpido como para establecer una alianza con él también. Espero que sea lo que sea que Morrigan esté haciendo en Vallahan pueda contrarrestar el daño que mi padre va a desatar.

Cassian había escuchado suficiente. Quería volver a casa… a la Casa, a Nesta. Su fiera y hermosa pareja, que había salvado a su alto lord, a su alta lady y al hijo de ambos. Él nunca dejaría de estar asombrado por ella, y por todo lo que había hecho. Por lo lejos que había llegado.

Y un día, cuando fuera el momento adecuado… darían el siguiente paso. Caminarían juntos por cualquiera que fuera el camino que tuvieran por delante.

Así que Cassian se dirigió a la puerta, a la vida que lo esperaba en Velaris.

Eris seguía siendo su aliado. Estaba dispuesto a ser torturado con tal de mantener sus secretos. Y Cassian no necesitaba ser un cortesano para saber que sus siguientes palabras cortarían hasta lo más profundo, pero sería una herida necesaria. Quizá eso fuera suficiente para empujar las cosas en la dirección correcta.

—Sabes, Eris —dijo, ya con una mano agarrando el pomo de la puerta—. Creo que podrías ser un macho respetable, en el fondo, atrapado en una situación terrible. —Miró hacia atrás y vio que la mirada de Eris ardía de nuevo. Pero solo la lástima se agitó en su pecho, lástima por un macho que había nacido en la

riqueza, pero era indigente en todos los aspectos que realmente importaban. Carente de todas las formas en que Cassian había sido bendecido… bendiciones que ahora desbordaban.

Entonces Cassian agregó:

—Crecí rodeado de monstruos. He pasado toda mi existencia luchando contra ellos. Y te veo a ti, Eris. No eres uno de ellos. Ni remotamente. Creo que incluso podrías ser un buen macho. —Cassian abrió la puerta, dejando atrás el labio curvado de Eris—. Pero eres demasiado cobarde como para actuar como tal.

Capítulo 80

La primavera de Velaris florecía en plenitud, y Feyre y Nyx por fin estaban suficientemente bien como para salir de la casa todos los días, para hacer caminatas que muchas veces duraban horas gracias a los entusiastas que querían ver al niño. Siempre los acompañaba alguien, generalmente Rhys o Mor, que era igual de protectora que los padres del bebé. Cassian y Azriel no eran muy distintos.

Pero ninguno de los demás estuvo presente en un día caluroso unas semanas más tarde, cuando Nesta se unió a Feyre y Elain para dar un paseo fuera de la ciudad. Una rápida mirada al cielo no reveló señal alguna de Cassian, que había mantenido despierta a Nesta hasta el amanecer haciendo el amor y quien se había vuelto francamente molesto en su insistencia en llamarla «pareja» cada vez que podía, excepto en el entrenamiento matutino que continuaban con las sacerdotisas.

Haber salido victoriosas en el Rito de Sangre no significó que el entrenamiento se detuviera. No, después de que ella y sus amigas les contaran a Cassian y a Azriel la mayoría de los detalles de su terrible experiencia, los dos comandantes habían confeccionado una larga lista de errores que las tres habían cometido y que tenían que ser corregidos, y las otras también querían aprender de ellos. De modo que seguirían entrenando hasta que todas fueran realmente unas verdaderas valquirias. Gwyn, a pesar del Rito, había vuelto a vivir en la biblioteca.

Gwyn había dicho que podría salir para ir a la ceremonia de apareamiento de Nesta y Cassian dentro de tres días, que tendría lugar en el pequeño templo en los terrenos de la casa del río. A pesar de los deseos de Nesta de una ceremonia

muy ornamentada, ella no había querido que acudiera mucha gente. El templo ya estaba siendo adornado con flores de todas clases, con hechizos para que no se marchitaran, y también con sedas, encajes, velas y guirnaldas…, todo eso pagado por Rhys, que no podía dejar de comprarle regalos. Vestidos, joyas, cojines de adorno y todo tipo de tonterías habían llovido sobre ella hasta que Nesta tuvo que ordenarle que no siguiera. Le dijo que una ceremonia de apareamiento extravagante sería suficiente.

Así que Rhys se aseguró de que la ceremonia fuera lo más excesiva posible. Nesta no tenía ninguna duda de que el templo estaría cubierto con tantas riquezas que resultaría ridículo.

Pero lo único que importaba, se dio cuenta, era el macho que iba a estar junto a ella, primero cuando hicieran sus votos, luego cuando se ofrecieran comida uno al otro, y luego, cuando sus amigos y familiares ataran las manos de ambos con un trozo de cinta negra, que debía permanecer así hasta que el apareamiento fuera consumado.

Aunque la consumación se había estado produciendo dos o tres veces al día desde hacía varias semanas.

Pero no importaba. Nesta esperaba ansiosa… la ceremonia, la… lo que fuera que la esperara después. Nada de eso la asustaba. Nada de eso la dejaba con aquel pozo de desesperación. No con Cassian a su lado, con sus amigas detrás, con la Casa del Viento…

Ese había sido el último regalo de Rhys antes de la ceremonia: esa casa ahora era suya. De ambos.

Desde que la Casa había decidido que le gustaba Nesta más que ningún otro, Rhys se la había regalado a ella y a Cassian, con la salvedad de que la biblioteca pertenecía a las sacerdotisas y que la corte todavía podía usar la Casa para ocasiones formales. Lo cual estaba bien para Nesta…, mejor que bien.

Las reunió en la casa del río una noche para recibir un regalo de apareamiento de Feyre, regalo que estaba esperándola colgado en la pared de la gran entrada.

Un retrato de Nesta, defendiendo la línea en el Paso de Enalius. Ella dejó que Rhys viera algunas partes del Rito… pero no tenía idea de que él se lo había pedido, no por curiosidad, sino para darle a su pareja algunas ideas.

Nesta se quedó mirando su retrato, colgado entre uno de Feyre y uno de Elain, y no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que Feyre la abrazó con fuerza.

Un hogar. La Casa del Viento, Velaris, esta corte… ellos eran su hogar. Ese pensamiento encendió un foco de luz en su pecho que no se había extinguido, ni siquiera en los días posteriores al Rito.

Ese foco aún parpadeaba cuando Nesta se enfrentó a la tarea de ese día. Tarea que hacía mucho tiempo esperaba ser realizada.

Feyre dejó el adornado cochecito negro al pie de la colina cubierta de hierba, y llevaron en brazos a Nyx mientras las tres subían la suave pendiente. La ciudad se extendía ante ellas, brillando bajo el sol primaveral, pero los ojos de Nesta estaban fijos en la piedra solitaria en la cima de la colina.

Su corazón tronó, y se mantuvo un paso atrás cuando Feyre se arrodilló ante la lápida, y le mostró a Nyx a la piedra.

—Tu nieto, padre —susurró. Su voz era espesa. Y luego Feyre inclinó la cabeza, y habló demasiado bajo como para que Nesta o Elain, que estaban al lado de Nesta, pudieran escuchar.

Después de unos minutos, Feyre se levantó, dejando correr las lágrimas, ya que sus manos estaban ocupadas cargando al bebé. Elain se adelantó, susurró algunas palabras en la tumba de su padre, y luego ambas hermanas miraron a Nesta, con una sonrisa vacilante.

Feyre le había preguntado esa mañana a Nesta si quería ir con ella. A presentarle el bebé a su padre.

Y solo hubo una respuesta en el corazón de Nesta.

Así que asintió moviendo la cabeza para que sus hermanas siguieran adelante, y ellas obedecieron. Regresaron ladera abajo por la colina cubierta de hierba mientras Nesta se detenía junto a la lápida.

Buscó las palabras, alguna explicación o disculpa, pero no encontró ninguna.

El sol era una mano cálida en su hombro, como la que impidió que lo último que quedaba de su poder se desvaneciera, como si le estuviera diciendo que las disculpas, las súplicas por el perdón… ya no eran necesarias.

Su padre había muerto por ella, con amor en su corazón, y aunque ella podría no haberlo merecido entonces… ella haría todo lo que pudiera ahora para ganárselo. Para merecer no solo el amor de él, sino también el de quienes estaban cerca de ella. El de Cassian.

Algunos días eso podría ser realmente difícil, pero lo haría. Lucharía por ello.

Su padre había muerto por ella, con amor en su corazón, y Nesta tenía amor en su propio corazón cuando sacó la pequeña rosa tallada del bolsillo y la puso

sobre la lápida. Un recuerdo de la belleza y el bien que él había intentado traer al mundo.

Nesta se llevó los dedos a los labios, los besó y luego puso la mano sobre la lápida.

—Gracias —dijo, parpadeando para contener el escozor en sus ojos—. Gracias.

Una sombra veloz sobre ella, seguida de un susurro de alas, y Nesta no necesitó mirar para saber quién volaba allá arriba, cuidando que todo estuviera a salvo. Que ella estuviera a salvo.

Entrometido. Pero también le lanzó un suave beso a Cassian.

Su pareja. Su amor. Su amigo. La luz dentro de su pecho se iluminó hasta parecer un sol radiante.

Encontró a Feyre y Elain esperando a mitad de camino colina abajo. Nyx dormía tranquilamente en los brazos de Elain. Sus hermanas sonrieron, haciéndole señas para que se acercara a ellas.

Y Nesta les devolvió la sonrisa mientras bajaba apresurada y con pies ligeros por la colina para reunirse con ellas.

Agradecimientos

Llegar al final de este libro fue un viaje que llevó años de trabajo, en muchos sentidos, desde las páginas iniciales garabateadas mientras trabajaba en *Una corte de alas y ruina* hasta los años transcurridos desde entonces dedicados a redactar, revisar y pulir. Pero quizá lo más importante es que este libro fue un compañero durante mi propio viaje por los valles y montañas de la salud mental, que viajó a mi lado mientras me enfrentaba a todos los escarpados trozos dentro de mí. Si bien la historia de Nesta no es de ninguna manera un reflejo directo de mis propias experiencias, hubo momentos en este libro que realmente necesitaba escribir… no solo por el bien de estos personajes, sino por mí misma. Espero que algunos de esos momentos resuenen y te recuerden, querido lector, que eres amado, y que eres digno de ser amado, pase lo que pase.

Agradezco muchísimo estar rodeada, en mi vida profesional y en mi vida personal, de gente que ha caminado de manera inquebrantable conmigo por esas colinas y esos valles, sobre todo en un tiempo tan tumultuoso para todo nuestro mundo.

A mi hijo, Taran: me traes alegría, fuerza y tanto amor que mi corazón rebosa de ellos todos los días. Tu risa es la música más bella del mundo. (Escribo esto a pesar de que acabas de intentar comerte un paquete de cacahuetes mientras yo no miraba). Me siento muy orgullosa de ser tu mamá, y estoy muy orgullosa de ti. Te amo, conejito.

A mi esposo, Josh: hay muchos momentos de nuestra historia esparcidos a lo largo de todos mis libros, pero este parece haberse llevado la parte del león. Desde el momento en que te vi en la sala común de nuestra residencia hace dieciséis años, supe que serías el elegido. No me preguntes por qué, pero tú

entraste y lo supe. Y todavía no tenía ni idea del notable y maravilloso camino que íbamos a transitar juntos… los lugares que visitaríamos, la vida que íbamos a construir y la familia que íbamos a crear. Gracias por amarme todo el tiempo.

Para Annie, mi niña peluda y muy fiel compañera: eres la mejor hermana imaginable para Taran, el mejor copiloto mientras escribía estos libros, y el mejor abrazo después de un largo día de trabajo. Adoro tu cola rizada, tus orejas de murciélago, tu constante descaro… y tu dulce y amorosa alma.

A mi amiga y hermana Jenn Kelly: espero que cuando finalmente leas este libro, comprendas el impacto que tu amistad ha ejercido en mí, y cuánto bien has traído a mi vida. Siempre tuviste tu mano tendida hacia mí, y por ello estaré eternamente agradecida.

A mi editora y colega, fanática de los crucigramas del *New York Times*, Noa Wheeler: eres un genio. Un genio de verdad y un salvavidas, y el mejor editor con el que he tenido el placer de trabajar. Gracias, gracias, gracias por tu increíble e incansable trabajo, por tus inteligentes y profundas ideas, y por impulsarme a ser una mejor escritora. Me despierto todas las mañanas realmente encantada de trabajar contigo y aprender de ti, y no sé cómo empezar a decirte lo agradecida que estoy por ello.

A mi agente, Robin Rue: gracias no parece adecuado por todo lo que has hecho por mí y lo mucho que adoro trabajar contigo. Llegaste en el preciso momento de mi vida en que más te necesitaba a ti y tu experiencia, y le agradezco al universo todos los días tener el honor de considerarte mi agente. Aunque a estas alturas ya hemos tenido un millón de contactos por Zoom, espero algún día poder abrir una botella de champán (ja, ja) contigo en persona.

A Jill Gillett: eres mi verdadera hada madrina. Gracias por trabajar tan incansablemente para hacer realidad muchos de mis sueños… y por ser un brillante y encantador ser humano.

A Victoria Cook: eres el epítome de una persona formidable, y me siento muy agradecida por tenerte en mi rincón.

A Maura Wogan: gracias, gracias, gracias por tu sabiduría, tu incansable trabajo y tu generosidad.

A Cecilia de la Campa: eres una de las personas más brillantes y trabajadoras de esta industria. ¡Gracias por apoyarme a mí y a mis libros!

A Beth Miller: eres un verdadero rayo de sol y la persona más organizada que he conocido. ¡Me inclino ante tu habilidad para tomar notas! Agradezco mucho todo lo que haces.

Al equipo de Writers House: aunque no hemos trabajado juntos durante mucho tiempo, habéis superado ya mis expectativas más locas. ¡No puedo imaginar que mis libros estén en mejores manos… o con mejores personas! ¡Estoy muy orgullosa de ser parte de esa familia!

A Laura Keefe: ¡gracias por tu arduo trabajo y por las sugerencias de juguetes para distraer a Taran! ¡Es muy divertido trabajar contigo… Gracias por todo!

A todo el equipo en general de Bloomsbury: Nigel Newton, Emma Hopkin, Kathleen Farrar, Rebecca McNally, Cindy Loh, Valentina Rice, Nicola Hill, Amanda Shipp, Marie Coolman, Lucy Mackay-Sim, Nicole Jarvis, Emily Fisher, Emilie Chambeyron, Patti Ratchford, Emma Ewbank, John Candell, Donna Gauthier, Melissa Kavonic, Diane Aronson, Nick Sweeney, Claire Henry, Nicholas Church, Fabia Ma, Daniel O'Connor, Brigid Nelson, Sarah McLean, Sarah Knight, Liz Bray, Genevieve Nelsson, Adam Kirkman, Jennifer González, Laura Pennock, Elizabeth Tzetzo y Valerie Esposito. Gracias por vuestro increíble e incansable trabajo.

A Kaitlin Severini: muchas gracias por tu meticulosa edición de texto.

A Christine Ma: gracias por el buen ojo para leer pruebas.

A mis editores de todo el mundo: estoy profundamente agradecida por todo vuestro apoyo y todo el esfuerzo que habéis puesto para que estos libros lleguen a las manos de todos esos lectores.

A Jillian Stein: es muy divertido trabajar contigo, y eres una de las personas más increíbles que conozco. Gracias por todo el incansable trabajo… ¡y por ser quien eres!

A Tamar Rydzinski: muchas gracias por tu dedicación y amabilidad.

A Nick Odorisio, verdadero maestro Jedi: gracias por acompañarme a través de todo, desde el equilibrio hasta la importancia de los pies, hasta los conceptos básicos del maestro Jedi. ¡Gran parte de tu sabiduría se abrió paso en este libro (junto con mis quejas sobre abdominales y flexiones y mi falta de equilibrio)!

A Jason Chen: gracias por tu artículo sobre cómo dar un puñetazo… y a Aiman Farooq, Keith Horan, Chris Waguespack y Pete Carvill, por la información y los valiosos consejos que se brindan en él. Si alguna vez estoy en una pelea de bar, ¡espero poder recordar al menos algunos de tus consejos! Si he puesto información incorrecta en este libro, la culpa es enteramente mía.

Gracias a Anna Victoria, cuya aplicación de entrenamiento (Fit Body) me ayudó a experimentar por mí misma gran parte de la transformación física de

Nesta. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que significaría para mí poder hacer una sola flexión de brazos (¡aunque podría prescindir de esas sentadillas búlgaras!). Y gracias a Headspace, por la calma y el descanso que encontré al meditar.

Al doctor C: hay tantas cosas que me gustaría decirle, aunque sé que todo eso no alcanzaría para transmitirle mi gratitud. Pero me conformaré con agradecerle lo mucho que me ha ayudado.

Me gustaría extender mi más profundo agradecimiento a Mahu Whenua en Nueva Zelanda. Caminar por los senderos de la montaña, escuchar el rugido del río, ver el sol que se mueve sobre la tierra… todo eso inspiró la caminata de Nesta y Cassian. (¡Aunque casi me rompo el tobillo unas cuantas veces mientras trataba de escribir algunas notas y seguir caminando!). Tu propiedad es mi lugar favorito en el mundo, donde experimenté un nivel de paz y claridad que todavía no puedo explicar del todo. Gracias a ti y al pueblo maorí por la curación que estas tierras produjeron en mi alma cansada.

A Lynette Noni: gracias por la amistad que ilumina mis días, y por ser la socia crítica más inteligente del planeta. ¡No sé lo que haría sin ti!

A mi amigo Steph Brown: te amo. Eso es todo. (Está bien, no es absolutamente todo, ¡pero ya sabes lo que siento por ti a estas alturas!).

A Louisse Ang y Laura Ashforth: lo he dicho unas mil veces, pero quiero que sepáis cuánto os adoro y lo afortunada que soy por haberos conocido a ambas.

A mis maravillosos padres y a mi familia: ha pasado mucho tiempo desde que pudimos vernos en persona, pero he sentido vuestro amor incluso a cientos de kilómetros de distancia. No sé qué haría sin vosotros. Y a mis suegros, Linda y Dennis: gracias por el chocolate (¡incluso cuando decía que no quería!), por ser abuelos tan cariñosos y por el amor incondicional.

Y por último, a todos mis lectores: vuestra amabilidad, generosidad y apoyo significa el mundo para mí. Gracias por llevar estos personajes en vuestros corazones, y por permitirme hacer lo que más amo hacer para poder vivir. Estoy por siempre agradecida.

SARAH J. MAAS (Nueva York, 1986). Escritora de literatura juvenil especializada en el género fantástico.

Estudió en el Hamilton College de Clinton, Nueva York, donde se graduó en escritura creativa y estudios religiosos en 2008. Está casada y vive en Pensilvania.

Trono de Cristal fue su primera novela, la comenzó a escribir con dieciséis años y fue publicada en agosto de 2012.

Esta novela fue el comienzo de la saga «Trono de Cristal» que se compone de otras seis novelas más y varios relatos cortos ambientados dos años antes del comienzo de la saga.

También ha escrito la saga «Una corte de rosas y espinas» y en 2020 publicó el primer libro de su tercera saga «Crescent city».

Índice

Mapa

Prólogo

Parte uno. Novata

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Parte dos. La espada

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Parte tres. Valquiria

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63

Parte cuatro. Ataraxia

Capítulo 64
Capítulo 65

Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80

Agradecimientos

Sobre la autora